

Conque ese llanto detén,
que si a la venganza vas,
mientras vengada no estás,
llorar tu amor no está bien.
¿Has entendido?

ZEL. ¡Quizál!

CONDE. Pues echa a un lado tu amor
y vamos a Roquefort,
que allí la venganza está.
Y pues la noche se anda
a largo paso, al rastrillo
llega, Hassán, de ese castillo,
y al castellano demanda
por esta noche hospedaje,
que fuera muy triste paso
hacernos dormir al raso
después de tan largo viaje.

HASS. Harelo así.

(Hassán va a subir y se detiene al oír a la
hora, que le dice.)

ZEL. Hassán, detente,

que siento el puente crujir
y va tal vez a salir,
sin apercibirnos, gente.

ESCENA IX

LOTARIO, en la torre; EL CONDE, ZELINA y
HASSÁN, ocultos

(Bájase el puente y salen por él GENARO y
GINÉS.)

GIN. ¿Conque me echa del castillo
de la noche a la mitad?

GEN. Por ese sendero echad
y hallaréis un bosquecillo
donde podéis recogeros.

GIN. A fe que esta fortaleza,
más que casa de nobleza
es mansión de bandoleros.
Pero no tardará mucho
ese torrente en seguir,
que el plazo se va a cumplir.

LOT. ¡Santos del cielo, qué escucho!

GIN. Y dígame a su señor
que rayan días mejores,
y traerán nuevos señores
al solar de Roquefort.

GEN. ¡Bueno!
LOT. ¡Otros dueños aquí!

¿Quién dice tal impostura?
(Va a acercarse a la ventana para mirar
y retrocede con temor.)

No, no; que me da pavora
esa ventana, ¡ay de mí!
No; como siempre, mi huella
saldrá ese espectro a tener...
Mis ojos no pueden ver
mas que su sombra tras ella.

(Durante estos versos Ginés desaparece.

Genaro se adelanta hasta la peña en
que se apoya el puente. Hassán trepa
por ella hasta colocarse entre Genaro
y el puente. El conde y Zelina apare-
cen un momento después, y al huir de
ellos Genaro, da con Hassán, le sor-
prenden y mientras le atan, etc., etc.,
dice arriba Lotario.)

GEN. ¡Ay!
LOT. ¡Qué lamento! ¡Ahí está!

Bien decía yo; ¡jella est...
Esa cabeza... Ven pues,
espectro, a mis manos va.
Ven, aparición liviana,
de quien siempre me dividen
y a quien destrozarme impiden
los hierros de esta ventana.

Ven, trae un cuerpo real,
cruza ese oscuro dintel,
y ven a lidiar con él
cuerpo a cuerpo y por igual.
Ven, no te temo así, no;
y en lucha desesperada,
con tu postrer carajada
cantaré mi triunfo yo.

ZEL. (abajo). Ahora por ese postigo
meted, conde, vuestra gente.

ESCENA X

LOTARIO, ZELINA

(El conde queda guardando a Genaro;
Hassán parte hacia el bosque; Zelina
pasa el puente y entra en el castillo.)

LOT. (arriba). ¡Oh, callas traidora-
No; no te atreves conmigo. [mente!

¡Cobardel ¡Yo te provooco
y tú con pavor te escondes!
¡Te llamo y no me respondes!
¡Por Dios, que vales bien poco!
¡Me temes, espectro, sí,
ahora que me ves con brío!
Pues bien, yo te desafío.
(Zelina entra en la torre por la puerta del
fondo.)

ZEL. Pues bien, Lotario, heme aquí.

ESCENA XI

LOTARIO y ZELINA, en la torre; EL CONDE,
en el puente

LOT. Tú, tú, ¿quién eres tú?

ZEL. ¿No me conoces?
Yo su espíritu soy, yo soy su hija!
(Aparta el velo.)

LOT. ¡Mi esclava!
(En esta escena muestra Lotario la va-
riedad de la demencia.)

ZEL. Y heme aquí pronto a tus voces.

LOT. ¡Luego bajo tu forma se cobija
su ser, y en su lugar te me apareces!
Pronta a mi voz...

ZEL. Sí, sí, ya expiró el plazo
y en vano de tus torres te guareces;
polvo las torna mi potente brazo.
¿Qué has hecho de mi padre?

LOT. (con pavor). ¡Esclava, calla!
Duerme allí su cabeza, en el torrente,
y esa reja no más sirve de valla
entre el espectro y yo.

(Zelina va a asomarse, y Lotario la de-
tiene.)

¡Necia, detente!
Detente, sí; ¿no ves que al asomarte
la vas a despertar, y ella, irritada,
se asomará también de la otra parte,
lanzándote a la faz su carcajada?

ZEL. ¡Miserable de ti! Ya te compren-
do: tu conciencia me venga de ti mismo.

LOT. ¿Me comprendes? Pues bien, lo
estás oyendo:
no te asomes jamás, hay un abismo.

ESCENA XII

DICHOS; ARGENTINA, con velo, que al
salir por la izquierda, da un grito

ARG. ¡Cielos, aquí la esclava!

ZEL. Aquí, señora:
del plazo que otorgué pasó la hora
y heme aquí ya.

ZEL. ¿Y qué quieres, desdichada?
(Señalando a Lotario.)

La mano del Señor hirió su mente,
y estás del cielo por demás vengada.

ZEL. Condesa, ya lo sé; no quiero nada
de ese hombre, le perdono.

LOT. ¡Dios clemente,
tú puedes perdonarme! ¡Oh! ¿Me perdo-
nas?

Sí, viven en tu ser ambas personas:
tú acudiste a mi voz, y eres, lo has dicho,
el espíritu que habla en el torrente;
tú eres el ser de esa visión odiosa
que detrás de tu forma se cobija.

Tú estás en su lugar, y generosa
tú puedes perdonarme, eres su hija.

¡Ay! Dime, por piedad, que desde ahora
no tornarás a ser sombra tirana,
ni guardarás su forma aterradora,
ni vivirás al pie de esa ventana.

¡Dímelo, por piedad! ¿Podré asomarme
a contemplar en paz esa cascada,
sin que salga tu espíritu a asombrarme,
sin que vuelva a escuchar tu carcajada?

(Hassán, seguido de muchos soldados de
Castilla disfrazados de peregrinos, en-
tra tras el conde en el castillo durante
esta escena.)

ARG. ¿Lo ves? No le atormentes; vete,
[mora.]
(Zelina se cruza de brazos con dignidad.)

ZEL. Espero.

ARG. ¿A quién?

ZEL. A un hombre.

ARG. ¿Al conde?

ZEL. Al conde.

ARG. ¡Te sigue! ¡Oh! Siempre sospeché,
[traidora.]
la pasión infernal que tu alma esconde.

Le amabas, y tal vez correspondía tu amor.

ZEL. ¡Silencio!

ARG. Y la razón es ésa que a Roquefort te trae..., me lo temía; eso es, mora, tu plazo y tu promesa. *(Asoma el conde y se detiene a escuchar al dintel de la puerta.)*

ZEL. Pues bien, yo le amo: mas grande de un corazón de esclava. Si él ahora vuelve hacia ti sus ojos y te tiende satisfecho su mano protectora, a mi razón mi corazón se humilla. Sí, ahogaré mi pasión dentro del pecho, y a ser tu esclava volveré en Castilla. Mas siempre, siempre atada a vuestro [lecho

y tendida a los pies de vuestra silla, noches y días viviré en acecho; y humilde, sí, mas suspicaz leona, yo guardaré su honor y su corona. No lo olvidéis, condesa; si imprudente cedéis a otra pasión, si otra os aqueja, vos el ángel seréis que su alma tienta, yo el ángel tutelar que le proteja.

ESCENA XIII

DICHOS, EL CONDE

CONDE *(saliendo)*. ¡Gracias!

ZEL. y ARG. ¡Cielos! *(De rodillas.)*

CONDE. Hassán, cumple tu oficio.

ARG. ¡Perdón!

CONDE. No.

(Hassán la lleva por la puerta de la izquierda.)

LOT. ¡Vive Dios! ¿Qué maleficio contigo va? ¿Quién eres, extranjero, ante quien todo con pavor se humilla?

CONDE. ¿Quién he de ser?, El conde de [Castilla.

LOT. ¡El conde! ¿Tú y en Roquefort, [qué quieres?

¿Qué buscas, ¡vive Dios!, conde altanero? Si a apartarla de mí tu saña viene, el corazón me arrancarás primero.

CONDE. No ayuda Dios a quien razón [no tiene.

Hassán, ¿cumplistes? *(Sale Hassán.)*

HASS. Sí.

CONDE. Pues desde ahora guarda tú a Roquefort; hasta que muera, que yazca en esta torre, y vencedora que tremole sobre ella mi bandera.

LOT. No mientras viva yo, no; será a [precio de mi sangre.

(Va a salir tras el conde y éste le aparta.)

CONDE. No llega a ti mi encono; apártate, francés, yo te desprecio.

(Aún insta por salir y Zelina le aparta también.)

ZEL. Aparta, Roquefort, yo te perdono. *(Cierran y vanse.)*

ESCENA XIV

LOTARIO

¿Qué es esto? ¡Me desprecia..., me per-

[donal ¡Perdón, desprecio! ¿A mí? ¡Por vida mía! Mas él en Roquefort, ¿qué pretendía?

¿Vengarse?... ¡Y sin venganza le abandon! Y esa esclava, ¿a qué vino si me abona? Sueños son de mi loca fantasía.

¡Triste, triste de mí! Sueño, deliro... Es ilusión cuanto oigo y cuanto miro.

ESCENA XV

Salen por el puente algunos soldados del conde y parten por el bosque. Después éste, y detrás ZELINA. HASSÁN se asoma a la muralla. EL CONDE, al salir, se vuelve, y permaneciendo en el puente con ZELINA, le dice a HASSÁN:

CONDE. Con ese tercio, en Burgos es- [cogido, guarda el castillo, y que la Francia entera vea sobre sus torres mi bandera.

HASS. Idos, conde y señor, con con- [fianza.

(Vase Hassán. Zelina y el conde permanecen sobre el puente contemplándose

un momento, después del cual el conde la dice con voz solemne.)

CONDE. Oye, mora: mis ojos han dorado
[mido,

mas no mi corazón: de su venganza la pasión justiciera se ha cumplido; ya cabe en él de amor una esperanza.

ZEL. (humilde). ¡Señor!

CONDE. (Con solemnidad y señalando al cielo.)

No hay más que un Dios omnipotente.

ZEL. (resuelta). Al que vos adoréis, mi
[fe se humilla.

CONDE. Y ese turbante...

(Zelina se descubre el turbante y le tira al agua.)

ZEL. Tráguete el torrente.

CONDE. Corona en su lugar pondrá
[Castilla.

Vamos.

(La toma de la mano y la mora besa la suya.)

ESCENA ÚLTIMA

LOTARIO

Oigo crujir..., alzarse el puente...

(Se alza el puente.)

Se van. ¡Oh! Era su voz, estoy seguro.

La percibi entre el ruido del torrente hasta aquí resbalar lamiendo el muro.

¡Miserable de mí! Si a esa ventana me atreviera a llegar..., mas, ¿qué vacilo?

¿No era su propio ser esa africana?

¡Sí, pobre corazón, late tranquilo;

ella es su ser, su espíritu evocado

al brío de mi voz..., ¿Qué hay que me

¿[aflija?

¿Qué tengo que temer del padre airado,

¿en su nombre el perdón me da la hija?

Nada. Voy a asomarme con fiereza

(Se asoma.)

y a ahuyentar la visión ensangrentada.

(Con alegría pueril.)

¡Oh! ¡No asoma, no asoma esa cabeza,

no suena, no, su horrible carcajada!

Cede mi estrella al fin; gozo..., respiro...

Veo el monte y el parque... ¡y no aparece!

Y alejarse de mí por él los miro

al resplandor del alba que amanece.

¡Son ellos! Esa mora..., ese hombre...,

[necio!

Idos, idos en paz, gente menguada;

idos y de mi orgullo y mi desprecio

lleve el aire hasta vos mi carcajada.

(Suelta la carcajada, el eco se la devuelve.

Hassán clava en la muralla la bandera

de Castilla. Lotario retrocede espantado.)

¡Todavía está ahí! ¡Voz del infierno!

¡Todavía me escuchas! ¡Todavía

me devuelves con eco sempiterno

esta angustiosa carcajada mía!

¿Conque vives conmigo eternamente?

¿Conque no tiene fin este suplicio,

ni tiene más destino ese torrente

que el de abrirme en su fondo un pre-

[cipicio?

No, no: huyamos de aquí..., pronto, Ar-

[gentina.

Genaro, ¡pronto a mí!...

(Va a salir por la izquierda y retrocede.)

¡Cielos! ¿Qué es esto?

Sangre... Argentina..., ¡Vil, él te asesina!

¡Ya entiendo ahora su perdón funesto!

Lo comprendo. ¡Ay de mí! No se me es-

[conde

el porvenir horrible que me espera:

esa voz, esa sangre me responde...

(A la ventana.)

¡Ay! Vuelve, vuelve, detestable conde;

mátame, sí, mas no de esta manera.

(Cae sin sentido y concluye el drama.)

LOS DOS VIRREYES

DRAMA EN TRES ACTOS ^{II}

PERSONAS

EL CONDE DE VERGARA.
 DON GARCÍA DE ORELLANA.
 DON RODRIGO DE LUZ, conde de Monforte.
 DIEGO.
 ANGELINA.

UN JUEZ.
 UN SOLDADO.
 UN PESCADOR.
 JUECES, SOLDADOS ESPAÑOLES, PESCADORES NAPOLITANOS, MIEMBROS DEL CONSEJO COLATERAL, etc., etc.

La escena es en Nápoles, el día 10 de noviembre de 1653

ACTO PRIMERO

Salón del palacio del virrey, suntuosamente adornado, cuya bóveda está sostenida por dos robustos pilares. Balcón a la derecha, puerta en el fondo y secretas a los lados. — Mesa con cubierto de terciopelo blasonada. Sillones, escribanía, etcétera, etc.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE DE VERGARA, *virrey*

¡Por Cristol... Esa vil canalla no se contenta jamás.
 ¡Oh, no he de volverme atrás, ni rehusar la batalla!
 ¿Quiere el populacho guerra?
 Pues habrá guerra, y cruel.
 Con tu sangre, pueblo infiel, fertilizaré tu tierra.
 (Mirando por el balcón.)

Sí, retoñarán tus mieses granos con tu sangre rojos, y trocarán mis enojos tus frutales en cipreses. Sangre habrá, duelos prolijos, y ¡vive Dios!, que de hoy más en sangre te bañarás; sangre han de beber tus hijos.

ESCENA II

EL VIRREY; varios individuos del CONSEJO COLATERAL, con togas, etc.; LOS SÍNDICOS, etc.

VIR. ¡Hola! Adelante, señores: entrad y dadme noticias de esa rebelión

CONSEJ. Albricias os damos ya. Los traidores se han dispersado; está sola

la plaza, y Nápoles todo se calma del mismo modo ante la enseña española.

VIR. ¿Conque vuestra fiel ciudad de Nápoles va, ¡pardiez! por la vigésima vez contra su rey? En verdad que debiera con más juicio andar en tales proezas, y no ofrecer más cabezas al altar del sacrificio.

CONSEJ. Señor conde...

VIR. Idos de aquí, señores, y no os dé empacho en decir al populacho lo que vais a oír de mí. Decid que mandé plantar una horca en esa plaza, y en vez de azote y mordaza sus cuerdas mandé emplear. Decidle que si pensó escudarse con la ley, ya no hay más ley, ni más rey, ni más tribunal que yo. Y al que murmuré o se asombre, haré, porque el resto calle, matarle donde le halle, sea mujer, sea hombre. ¿Lo habéis entendido bien? Pues id al pueblo a decirlo, y tomadlo, al repetirlo, para vosotros también. Si Nápoles no se humilla de Castilla al blando yugo, se humillará del verdugo bajo la corva cuchilla. Salid, y no os olvidéis que si no cesa el tumulto, hago degollar a bulto a cuatro por cada seis.

ESCENA III

EL VIRREY

Yo pondré a esa chusma vil de pescadores soeces, como ellos ponen sus peces prensados en el barril.

Y si aún me osan levantar una voz esos infieles, sobre sus propios bajeles se los sorberá la mar.

ESCENA IV

EL VIRREY, DIEGO

VIR. ¡Hola, servidor leal, te esperaba con ardor! ¿Qué hay por ahí?

DIEGO. Nada, señor. Ya está remediado el mal.

VIR. ¿Cuál ha sido la ocasión de esa bulla?

DIEGO. El santo celo de pedir de Masanielo...

VIR. ¿Qué?

DIEGO. La canonización.

VIR. ¡Diego!

DIEGO. No es más que lo dicho: esos pescadores ruines, que han dado en armar motines con el más terco capricho, su cadáver exhumaron, y en procesión funeral, de su amigo el cardenal hasta el palacio llegaron. Hubo blasfemias atroces; mendigos, viejos, muchachas, con faroles y con hachas, pedían a grandes voces que declarasen por santo al rebelde Masanielo, mártir de Dios.

VIR. Y el capelo ¿qué es lo que hacía entretanto?

DIEGO. Estarse como un hurón encerradito en su alcoba, que no es su eminencia boba, ni peca de imprevisión. Ya el populacho impaciente, al ver señas tan inciertas en el cardenal, sus puertas desvencijaba insolente. Mas todo ello concluyó, muriendo sus esperanzas, cuando con setenta lanzas

metíme en la plaza yo.
 El que en sus piernas no puso
 su salvación, la cabeza
 perdió allí por su torpeza.
 Ya sabéis que éste es el uso.
 Y a los minutos siguientes,
 las más bravas, en dos filas,
 los tazones y las pilas
 festonaban de las fuentes.
 Con lo cual, los que escaparon
 de esta justicia agarena,
 sin duda en cabeza ajena
 escarmentando callaron.

VIR. Tu lealtad no se acrisola
 hasta sacar con sigilo
 el ovillo por el hilo:
 esa hoguera no arde sola.

DIEGO. Tenéis razón; mas espero
 que con el cabo en que toco,
 tirando poquito a poco
 sacaré el ovillo entero.

VIR. Veo, Diego, tu destreza.
 DIEGO. Y os asombrará algún día:
 o soy o no soy espía.

VIR. ¡Conque todo...! Pues empieza.
 DIEGO. De estas revueltas el germen,
 no está en el pueblo que grita;
 el cardenal, que os evita,
 y el viejo duque no duermen.

VIR. ¿El de Guisa?
 DIEGO. O yo estoy ciego,
 o ese ovillo y esa hoguera
 atan y soplan de fuera
 los dos; escuchadme, os ruego.
 Hará como unos tres meses
 que a una mujer misteriosa
 trajo a esta ciudad dichosa
 un barco de portugueses.
 Tomó esta desconocida
 tal precaución en taparse,
 que fué inútil afanarse
 en averiguar su vida.
 Jamás abrió sus balcones,
 ni alzó su veló tupido
 a un saludo comedido,
 ni a las nocturnas canciones.
 Y aunque su garbo promete
 libertad, nobleza y oro,
 no desmintió su decoro

ni un regalo, ni un billete.
 Nadie su casa visita;
 los nobles más perspicaces,
 los mancebos más audaces,
 desesperan de una cita.
 No pasa por sus dinteles
 ni pajecillo ni dueña
 a quien el dinero empeña
 en dar o tomar papeles.
 Sólo un sombrío escudero,
 con traje o disfraz de España,
 en silencio la acompaña,
 frío como ella y severo.

Y envuelto en su capa oscura,
 con su espadón abrazado,
 con militar desenfado
 por donde va la segura.

Mas, señor, hablando en plata,
 jamás se la vió pasar
 sino para ir a rezar.

VIR. ¿Adónde?
 DIEGO. A la *Inconornata*.

VIR. ¡A la Inconornata!
 DIEGO. Sí;
 es la iglesia más vecina
 de la calle Catalina.

VIR. ¿Vive esa mujer allí?
 DIEGO. Allí vive.

VIR. ¿En una casa
 de seis balcones?

DIEGO. ¡Por Dios!
 ¿La conoceríais vos?

VIR. Tengo una noticia escasa
 de esa mujer.

DIEGO. No sé cómo,

(*Con intención.*)
 porque un hombre hay solamente
 que logró hablarla audazmente,
 y aunque jamás tuvo asomo
 de favor con la hermosura,
 rondó de noche a sus rejas,
 y aunque entonó amantes quejas
 bajo de ellas, se asegura...
 Mas sin duda el escudero
 salió una noche al cantor,
 porque hubo en una rumor,
 tras del cántico, de acero,
 y el músico no volvió.
 ¿Mas que tenéis?

VIR. Impaciencia le aguija
de oír tanta incoherencia.
Como tu labio ensarté,
¿Qué diablos tiene que ver
con esta conspiración
ese paje, esa canción,
ni ese hombre, ni esa mujer?
DIEGO. Idos, señor, poco a poco,
que si os dignáis escuchar,
en ella habréis de encontrar
de esta rebelión el foco.

VIR. Mujer tan joven, tan sola...
Eso es imposible, Diego.

DIEGO. Mudaréis de opinión luego
que sepáis que es española.

VIR. ¡Española!

DIEGO. Sí, escuchad:
¿visteis de ayer la horrorosa
tormenta?

VIR. Sí, sí; espantosa
la mar estubo en verdad.

DIEGO. Pues bien, a la hora postrera
de esta noche tan fatal,
víctima del temporal,

zozobró aquí una galera.
Toda su tripulación
se hundió en el mar iritado;
sólo un hombre pudo a nadó
encontrar su salvación.

Con serena bizarría,
con invencible constancia,
ni le arredró la distancia,
ni temió la mar bravía.

Luchó por más de una hora
contra las ondas, y al cabo
agotó su aliento bravo
al despuntar de la aurora.

Con sus primeros albores
desde su barca le vieron,
y en ella le recogieron
unos buenos pescadores.

Este hombre, pues, cuya edad
pasa ya de años cincuenta,
mas que tiene de los treinta,
el brío y la agilidad,
traía colgado al cuello
de metal un cajoncillo,
y en un dedo un grueso anillo
con blasones y con sello;

rezó un momento, el tesoro
guardó que en la caja encierra,
y pagó al saltar a tierra
con una cadena de oro.
Desapareció en seguida
por oscura encrucijada,
sin que dejase marcada
su huella desconocida.
Y de mi gente más lista
los ojos más perspicaces,
no han sido hasta ahora capaces
de rastrearle la pista.

VIR. ¿Mas que tiene, pesiamí,
todo ese cuento que ver
con aquella otra mujer?

DIEGO. Oíd, que vamos ahí;
Por lenguas que una vecina
nos dió, sospecha certera
tuvimos de esa extranjera
de la calle Catalina.

En su casa sospechamos
que estaba el náufrago oculto,
y hace media hora que a bulto
en ella nos presentamos.
Asaltamos con sigilo
su alcoba, tras visto todo.

VIR. ¿Y estaba?

DIEGO. De ningún modo:
reposando muy tranquilo
en su propio lecho hallamos,
no al náufrago misterioso,
sino al mozo más hermoso
que haber visto recordamos.

VIR. ¡Voto va!

DIEGO. Los veinte abriles
contrará apenas tal vez:
pero es un mozo, ¡pardiez!,
gentil entre los gentiles.

VIR. Concluye en fin...

DIEGO. Con voz fiera
nos dijo insultos atroces;
mas yo desprecié sus voces,
y hallé al fin esta cartera
bajo su almohada.

VIR. A ver. (La mira.)
¡Cartas del duque de Guisal!

DIEGO. Por eso con tanta prisa
os la vine yo a traer.

Y este retrato además,
(*Dale un medallón.*)

que tomé del cuello de ella,
por si aclaraba la huella
de algún rebelde quizás.

VIR. Dame: es de un hombre, y anciano.

DIEGO. ¡Qué noble fisonomía!
¿Le conocéis?

VIR. No, a fe mía,
pero es de maestra mano.

Mas ese mozo...

DIEGO. Le traigo
preso.

VIR. ¿Y la joven?

DIEGO. Ahora
clamando por veros llora
en la antesala.

VIR. Ya caigo.
Quiere por ese traidor
su hermosura interponer.

DIEGO. Dice que espera mover
vuestro corazón, señor.

VIR. Diego, tráemele al momento.

DIEGO. ¿Ver su excelencia no quiere
a esa muchacha?

VIR. Que espere
en el próximo aposento.

ESCENA V

EL VIRREY

¡Ira de Dios, ella es!
Ella..., mas juro a los cielos
que él aplacará mis celos
agonizando a mis pies.
¡Ah, todo lo veo claro;
en huírme tanto afán,
era por ese galán!
Pero ha de costarle caro.

ESCENA VI

EL VIRREY; DON RODRIGO, *entre soldados*;
DIEGO

VIR. (*¡Gallardo mozo en verdad!*)
¿Conque eres tú ese villano

que osa con traidora mano
del rey a la majestad?

ROD. Señor conde de Vergara,
mudad si os place de tono,

que es fácil que tanto encono
os salga luego a la cara.

VIR. ¡Infame!

ROD. Señor virrey...
yo tengo un nombre mejor,
que puede con mucho honor

servir aun al mismo rey.
Yo me llamo don Rodrigo
de Luz, conde de Monforte,

y no hay uno en vuestra corte
que se compare conmigo.

Y a los nobles, ¡vive Dios!
no podéis en juicio osar,
porque sus culpas juzgar

toca al Consejo, no a vos.

VIR. Si lástima no tuviera
a vuestra edad tan temprana,
Monforte, el sol de mañana

ya para vos no saliera.
Que aunque decís, con razón,
que no puedo a un noble osar,

puedo, sin embargo, ahorear
un reo de alta traición.

ROD. ¡Yo traidor!

VIR. Pruebas son hartas
que os pueden matar y aprisa,
del noble duque de Guisa,
conde Rodrigo, esas cartas.

ROD. ¡Esas cartas, que son obra
de algún esbirro impostor!

VIR. Para llamaros traidor,
con cualquiera de ellas sobra.

Pero dejemos a un lado
cuestión que nos sienta mal,
y que justo el tribunal
fallará por de contado.

Vos sois noble y me habéis hecho
tan a tiempo esta objeción,
que renuncio con razón
de juzgaros el derecho.

De próceres tenéis, sí,
un tribunal competente,
y no hay miedo que yo atente
a vuestros fueros allí.

Nada de eso; mas con todo,

en calidad de virrey, con los traidores al rey me cumple obrar de otro modo.

Por lo cual, antes de ir al tribunal que apeláis, quiero yo que me digáis, y os ruego que sin mentir: ¿qué relaciones os ligan a una joven extranjera?

ROD. Es impostura grosera, señor, cuanto de ella os digan.

VIR. De estar como vos la acusan puesta en comunicación de vuestra conspiración con las cabezas.

ROD. ¡Oh, abusan de vuestra bondad, señor; es inocente!

VIR. Mancebo, no sé lo que de ella debo pensar por vuestro temor.

ROD. Es inocente, os lo juro, señor virrey; lo demás un secreto es que jamás saldrá de mí.

VIR. Os aseguro, señor Monforte, que tengo resuelto saberlo todo, y lo diréis.

ROD. De ese modo, señor virrey, os prevengo que tan joven como soy, tengo un alma tan entera, que sin deciros muriera lo que en callaros estoy.

VIR. Bravatas de vuestra edad; si yo os pongo en la tortura, a pesar de esa bravura, confesaréis la verdad.

ROD. Señor conde de Vergara, antes que sufrir tal mengua, os escupiré la lengua desde el tormento a la cara.

¡Tortura a mí, ¡vive Dios! Antes que hablara yo en ella, se apagaría la estrella de uno de nosotros dos.

Aquí vendría mañana, injuria tan afrentosa

a vengar, la generosa nobleza napolitana. Y el pueblo, que os aborrece, con ella unido a la vez, vuestra tirana altivez pagara como merece.

VIR. Siempre las revueltas olas de esa servil muchedumbre, cederán, según costumbre, a mis lanzas españolas.

ROD. No os fiéis tanto, señor, que aunque pobres pescadores, contra duros opresores su fe les dará valor.

VIR. Basta: vuestra audacia iguala vuestra perfidia; y oíd un buen consejo. Salid. *(A los guardias.)* Diego, espera en la antesala.

(Salen los guardias y Diego.)

ESCENA VII

EL VIRREY, RODRIGO

VIR. Oídme, joven conde de Monforte. He hecho salir a todos esos testigos cuyos oídos torpes, oyendo mal lo que nada les importa, podrían interpretar peor palabras que no estarían en estado de comprender. Ahora, pues, que estamos a solas, voy a daros un consejo, que espero no despreciaréis, por lo mucho que os interesa.

ROD. A la verdad que no alcanzo, señor Virrey, el verdadero sentido que queréis dar a tan retórico circunloquio; pero ya os he dicho que desprecio vuestras amenazas, y espero a mi vez que no tendréis el orgullo de creer que vuestros torcidos consejos harán más mella en mi corazón.

VIR. De todas maneras, oíd lo que os quiero aconsejar.

ROD. Decid, que os escucho.

VIR. Vos sois aún muy joven para conocer el mundo y las pasiones tal como son en sí; engañosas y corrompidas. Sois, digo, muy joven, y me desagradaría veros ir al cadalso con la frente serena y con heroica resolución, por una causa indigna de un alma tan noble como la vuestra.

ROD. Os he dicho, y os lo repito por última vez, señor conde de Vergara, que no tengo parte alguna en la conspiración presente, y que esas cartas del duque de Guisa son una impostura infame.

VIR. No es de eso de lo que se trata ahora. No son las cartas del duque, ni la conspiración, la causa indigna de vos; ni puesto que tenéis un tribunal competente que os juzgará, si estáis inocente, como decís, si no habéis conspirado, como aseguraréis, nada tenéis que temer de la rectitud de vuestros jueces. De lo que yo quiero hablaros es de esa extranjera.

ROD. ¡Señor Virrey!

VIR. ¡Oh! Veo que la amáis con toda la sencillez de vuestro corazón y de vuestros veinte y dos años.

ROD. Pues bien. Sí; la amo, la idolatro. Hace mucho tiempo que mi existencia no tiene otro halago ni otra esperanza: pero el origen de esta pasión con cuyo encanto vivo, la razón oculta de mis relaciones misteriosas con esa joven, son un secreto de familia que nadie tiene derecho a escudriñar, y cuya confesión os protesto que no arrancarán a mis labios ni vuestras amonestaciones, ni vuestra tortura.

VIR. Estáis trastornado, buen joven; vuestra imaginación fascinada os hace ver esa pasión por un prisma encantado que embellece y perfecciona cuanto toca al objeto que os la alimenta. Pero creedme, no comprometáis vuestros días, el lustre de vuestro nombre y el reposo de vuestra madre, por una mujer, que abusando de vuestra ciega confianza os paga muy mal la buena fe con que la entregáis vuestra alma inexperta.

ROD. ¡Vive Dios, señor Virrey, que los que han calumniado en vuestra presencia a esa infeliz criatura, han mentido como villanos!

VIR. Acordaos de que empleo inmensos caudales en mantener una severa cuanto necesaria policía, cuyos individuos tienen obligación de penetrar hasta los secretos más íntimos de las más oscuras

familias. Acordaos de que esa mujer, que ha excitado mis sospechas hace algún tiempo, ha sido seguida, espíada por todas partes, de noche y de día; y que no ha dado un paso, no ha pronunciado una palabra, no ha exhalado un suspiro que no haya venido a retumbar en los oídos del Virrey de Nápoles, quien os asegura que sois víctima de su falsedad.

ROD. Penetro todo el veneno de vuestras frases, señor Virrey. Queréis vengaros de la firmeza que os he manifestado, del desprecio que he hecho de vuestras amenazas, fiado en mi razón y en la nobleza de la clase a que pertenezco, y queréis emponzoñar mi alma, envolviéndola en las tinieblas de la duda, acerca de lo único en que creo y espero después de Dios: en el amor de esa mujer. Pero os habéis equivocado; la conozco más de lo que pensáis, leo en su corazón mejor que vos en el mío, y me atrevo a juraros por las cenizas de mi padre, que no hay en todo Nápoles un solo hombre que pueda jactarse de haber visto el brillo de sus ojos, ni de haber escuchado el encanto de sus palabras.

VIR. ¡Pobre joven! Me dais compasión. ¿Qué diríais si yo os presentara uno cuyos ojos hiciesen bajar los suyos, y cuyo acento hiciera brotar sus lágrimas y caer a sus pies pidiendo misericordia?

ROD. Eso es imposible, Virrey.

VIR. ¿Y si no lo fuera?

ROD. Repito que es imposible; y si hubiese algún comprado impostor que se atreviese delante de mí a sostener tamaño absurdo, por Dios, que serían las últimas palabras de su vida, porque yo se la arrancaré donde quiera que le encontrara.

VIR. Pues bien, vos mismo seréis juez en este asunto; voy a mandar que introduzcan a esa mujer en este salón, y veréis, noble conde, cómo no es vuestra presencia lo que más va a sorprender a la señora de vuestros pensamientos. ¡Hola, Diego!

ESCENA VIII

DICHOS, DIEGO

DIEGO. ¿Qué mandáis, señor?

VIR. Haz entrar a esa mujer, acusada como cómplice del noble don Rodrigo de Luz, conde de Monforte. (*Al conde.*) Espiada bien el momento en que pase el dintel de esa puerta, y preguntaos a vos mismo a quién de los dos reconoce más pronto.

ESCENA IX

EL VIRREY, DON RODRIGO, ANGELINA

ANG. Señor, si hay en vuestra alma... ¡Cielos, amparadme! (*Cae de rodillas a los pies del virrey.*)

ROD. ¡Ira de Dios! ¡Angelina!

VIR. Silencio, mancebo: ya veis que hay un hombre en Nápoles que no sólo ha visto el brillo de sus ojos, y oído el encanto de sus palabras, sino delante de quien se avergüenza y se postra.

ANG. ¡Señor Virrey!

VIR. Silencio, digo. ¿Y sabéis, joven, por qué se humilla delante de otro que vos? Pues sabed que otro además de vos es víctima de sus engaños, porque esta señora ha jurado delante de otro que un voto indisoluble la prohibía oír las palabras de ningún hombre; y esto ya podéis conocer, buen Rodrigo de Luz, conde de Monforte, que es renegar de vuestro amor en presencia del virrey de Nápoles.

ANG. No, señor Virrey, mil veces no.

VIR. Haréis muy mal en dar crédito a sus voces: será muy capaz de renegar hasta de sí misma.

ROD. Dime, Angelina, dime por piedad que ese hombre está loco, que lo que dice es un sueño; dime que no le conoces, que no le has visto jamás.

VIR. ¡Oh! Eso sí que no podrá negarlo.

ANG. Yo no sé mentir: le he visto.

VIR. Y hablado, señor Monforte. ¡Hola!

ROD. Un momento, señor Virrey; un

momento, por cuanto caro tengáis en el universo.

VIR. ¿Qué queréis?

ROD. Un instante de explicación acerca de lo que acabo de oír: ¡oh! Una hora de esta angustiosa incertidumbre me ahogaría: os lo aseguro.

ESCENA X

DICHOS, DIEGO, *guardias*

VIR. Guardad en el aposento inmediato a este noble joven.

ROD. Conde de Vergara, tenéis un corazón de hiena, y os digo que sois un vil y un miserable.

ANG. ¡Perdón, señor, perdón!

VIR. (*a Angelina*). Apartad. La explicación que me pedís, voy a tenerla yo con esta dama; y de sus respuestas depende sólo vuestra salvación y vuestra existencia. Id, pues, señor Monforte, a esperar vuestra sentencia, favorable o contraria, en el vecino aposento, donde os serán comunicadas las órdenes del virrey.

ESCENA XI

EL VIRREY, ANGELINA

ANG. Perdonad, señor, si os callé la verdad. Los cielos me son testigos de que mi intento no fué jamás engañaros; pero había jurado guardar silencio. ¿A que negároslo, señor? Yo veía que me seguiais por todas partes: oía por las noches las canciones de vuestros músicos al pie de mis ventanas: os encontraba siempre inmóvil y apoyado en el macizo pilar de Nuestra Señora l'Incoronata, y no se me ocultaba que vuestros ojos estaban devorando los míos por cima de vuestro embozo, y a través de mi espeso velo. Pero yo no podía corresponderos; y viendo que mi indiferencia nada podía con vos, que habiais venido dos veces con sacrilega audacia a arrodillaros a

mi lado, para dejar caer en mis oídos vuestras tentadoras palabras, dejé de ir al templo, y me pasé los días y las noches encerrada en mi aposento, sin poder llegarme al altar de Nuestra Señora a rogar por mi anciano padre. ¡Ah! Todo lo sacrificé, porque siempre aguardaba que nuestro amor...

VIR. ¡Mi amor, miserable criatura! Mi amor ha crecido con el tiempo, sí; lo que fué una chispa inflamada al soplo de un pasajero capricho, es hoy una hoguera que llena todo mi corazón, una hoguera inmensa que tus palabras atizan con otro fuego más devorador, el de los celos. Miserable, me hablabas de un voto que te prohibía escuchar las palabras de los hombres, ¿y bajo tu mismo techo ocultabas, doblemente pérfida, un galán preferido y un enemigo del Estado?

ANG. Llenadme de injurias, señor; descargad sobre mí toda vuestra cólera; y no imploro vuestra misericordia más que para él. Os juro mil veces por la Virgen María que es inocente. Uno de los esbirros que asaltaron esta mañana nuestra casa puso bajo su almohada unos papeles que supuso ser cartas que le acusaban de conspirador. Pero es una infame falsedad, porque yo se las vi sacar de su jubón antes de ponerlas en nuestro lecho. ¡Oh! Yo no soy más que una infeliz mujer; pero si vos no dais crédito a mis palabras, sabré repetir las en alta voz delante de todo el mundo.

VIR. Y nadie te creerá, porque estás acusada de ser su cómplice; y porque, aunque todos estuvieran convencidos de su verdad, todos saben que es nulo el testimonio de las cortesanas, y tus lágrimas, tus juramentos y tus súplicas no harían más que agravar la mala causa de tu amante.

ANG. ¿Y qué habéis visto en mí, señor Virrey, para tomarme por una vil cortesana? ¿Qué razones habéis hallado para aplicarme un título tan afrentoso? ¿Será acaso porque mi velo es tres veces más espeso que el de las doncellas napoli-

tanas? ¿Será porque siempre me he presentado en público vestida de luto y acompañada de un viejo escudero, cuya librea no deja dudar de la nobleza de mi sangre? ¿O será porque mis oídos, señor conde, han estado siempre cerrados a vuestras amorosas propuestas? ¡Por vida mía! Meditad mejor vuestras palabras cuando toquen a la reputación de las mujeres, porque daréis a conocer que sois un torpe libertino, y os arriesgáis a equivocarse como ahora con una impúdica cortesana a la condesa de Monforte, que os desprecia demasiado para no escupiros a la cara por el baldón que acabáis de hacerla.

VIR. ¡Vos condesa de Monforte!

ANG. Sí, señor Virrey, esposa de don Rodrigo.

VIR. ¡Su esposa! ¡Oh! Circunstancia es esta que no le librará del cadalso.

ANG. ¡Perdón, perdón! Olvidad, señor, mis palabras, como yo olvidaré vuestra injuria. Pero os protesto que Rodrigo es inocente; que no ha urdido jamás conspiración alguna. ¿Qué tiene de común un noble como él con esa turba de miserables pescadores? Escuchadme, señor, quiero revelároslo todo, porque al fin es fuerza que lo sepáis para que nos hagáis justicia. ¡Hemos sido tan desdichados!

VIR. ¿Vas a darme algunas noticias de los demás jefes de esa conspiración?

ANG. ¡Ah! Nada sé de eso, señor. ¡No os he dicho ya que somos inocentes! Monforte ha vivido mucho tiempo lejos de su país. ¡Oh! Es una historia completa. Si es dignáis oírme un momento, os convenceréis de nuestra inocencia. Yo perdí mi madre cuando salí a la luz del mundo, y soy española como vos.

VIR. ¡Española!

ANG. Sí; recibía mi educación lejos de mi padre, en un convento de Sevilla. Allí, a través de las celosías y de las rejas, penetraron los ojos y los suspiros de un gallardo manecbo que venía todos los días a nuestros oficios. Supe que era desgraciado, y que todos sus votos se diri-

gían a suplicar al cielo que le permitiese volver a su patria, y abrazar a su pobre madre que le lloraba... y la compasión hizo lugar al amor, y el amor me precipitó en brazos de la locura. Amé a Monforte, señor, y cuando obtuvo licencia para volver a su país, no tuve valor para renunciar a su cariño, y huí con él. No quiero contaros los trabajos que sufrimos, mis remordimientos, mi afán, los medios que tuvimos que adoptar... Perdonadme, Dios mío, tan vergonzosa confesión.

VIR. Continúa, continúa.

ANG. Anduvimos errantes noche y día como delincuentes perseguidos por la maldición divina, y el miedo, la fatiga y los remordimientos alteraron mi salud de tal manera, que me vi a las puertas de la muerte. Conmovido de mi deplorable estado, nos recogió en su casa con evangélica piedad un sacerdote de una escondida aldea; y advertida de que llegaba el término de mis días, escribí a mi padre una carta rogándole que me perdonase: encerré dentro de ella una trenza de mis cabellos, y supliqué al sacerdote que se la remitiese por mano desconocida, a fin de que nunca supiese mi padre la espantosa miseria en que moría, y al menos no maldijese mi memoria sobre mi sepulcro. Hízolo así el buen eclesiástico; mas el cielo dispuso que yo recobrará mi salud, y antes de volver a emprender nuestro viaje, escuchó nuestra confesión y bendijo nuestro himeneo. Seguí a mi esposo, y no he querido desengañar a mi padre, que me cree muerta, porque juró vengarse cruelmente de mi pobre Rodrigo. Ésta es mi historia, señor, y he aquí por qué nos ocultábamos en las sombras del misterio... Y sin embargo, yo adoro a mi padre, y me atrevo por fin a hacer os una súplica postrera.

VIR. ¿Cuál es?

ANG. Que me devuelvan su retrato, que me fué arrancado del cuello esta mañana por uno de vuestros agentes, cuando sorprendieron nuestra casa. Si

así lo hacéis, rogaré por vos como lo hago por él todas las tardes en el templo de la Incononata, donde me visteis por la primera vez. Ya sabéis, pues, quién somos; ya veis que ninguna parte tenemos en las revueltas de este país, que somos inocentes: servíos, pues, mandar dar libertad a Rodrigo; que por este servicio, si necesario fuese, morirá lidiando por vos aunque sea contra sus mismos concinadanos de Nápoles.

VIR. Pues bien, ya que eres la esposa de Monforte, yo le perdono.

ANG. ¡Oh! ¡Cómo pagaras, señor, vuestra generosidad!

VIR. Poniéndote bajo mi protección.

ANG. ¡No, jamás!

VIR. Con esa condición podrá disponer de un barco que le conducirá esta noche muy lejos de aquí: de otro modo mandaré al punto reunir el tribunal secreto; y falsas o verdaderas las cartas del duque de Guisa, le llevarán a morir en el cadalso.

ANG. Hombre vil, ¿para esto me escuchaste con sangre fría la historia de nuestras desventuras?

VIR. Elige, pues.

ANG. No, no, mil veces no: primero consentiré en que rueden nuestras cabezas escarnecidas por la bez del populacho.

VIR. Sea. ¡Diego!

ESCENA XII

ANGELINA, EL VIRREY, DIEGO

VIR. Conduce a esta mujer a uno de los calabozos interiores de este palacio, y guárdame en otro distinto a ese manco.

ANG. ¡Monstruo! Caiga sobre ti la ira del cielo.

VIR. Basta, Diego, haz que dentro de una hora se reúna el Consejo secreto en este mismo salón. Esta hora os doy de término; pensadlo bien, condesa de Monforte. (Vase.)

ESCENA XIII

ANGELINA, DIEGO, GUARDIAS

(Los guardias conducen a Angelina en medio de ellos hacia la puerta secreta de la izquierda: al salir, la voz de Diego les detiene, y la escuchan.)

DIEGO. Conducidla, con todo el miramiento de que seáis capaces, a la prisión más cómoda del palacio. Y cuenta con que os atreváis ni a dirigirla la palabra, porque os haré clavar la lengua en la puerta de su calabozo. Id.

ESCENA XIV

DIEGO: DON RODRIGO, que se presenta a una señal de DIEGO

DIEGO. Venid, joven.

ROD. ¿Adónde vamos?

DIEGO. A los calabozos de palacio. Pero desarrugad el ceño que entolda vuestras miradas, y escuchadme antes un breve instante.

ROD. ¿Qué quieres de mí, miserable?

DIEGO. Quiero sacaros de un error para consuelo de vuestra alma: quiero daros una pauta segura para que conozcáis a vuestros amigos, y los distingáis de los que no lo son.

ROD. Yo desprecio la amistad de gentes tan infames como los esbirros del virrey de Nápoles.

DIEGO. Poco a poco, caballero, poco a poco. Es verdad que yo soy quien os ha arrestado; pero olvidáis que no os he faltado a la consideración que merecís, y que he permitido que me llenéis de ultrajes, y no he hecho caso de las amenazas que habéis fulminado a mis gentes. Además, he escoltado hasta palacio a esa joven a quien amáis, más bien como una imagen que se lleva en procesión, que como una acusada que se conduce a un tribunal. Bien sé que sois inocentes, y lo sé tanto mejor cuanto que conozco al individuo que introdujo al desperta-

ros bajo vuestra almohada unas cartas del duque de Guisa, cuyas cartas llevaba bajo su jublón el individuo de quien os hablo.

ROD. ¿Y quién es, ¡vive Dios!, el villano que imaginó tan ruin calumnia?

DIEGO. Yo, señor mancebo, yo mismo.

ROD. ¡Tú!

DIEGO. Escuchadme, señor Monforte, y después seréis dueño de estrechar o de no admitir la mano amiga que vengo a tenderos. El virrey ha encontrado a vuestra esposa dos veces en el templo de la Incononata. A beneficio de su disfraz la habló él mismo estas dos veces. La primera fué despedido con severidad; la segunda, viendo a aquel hombre obstinado en perseguirla, y temiendo que lo supieseis vos, le hizo saber que un voto indisoluble la impedía escuchar la voz de los hombres. Todo lo demás que el virrey os haya querido hacer creer con respecto a sus relaciones con ella, es una solemne mentira.

ROD. ¡Ah! Dios os premie, buen hombre, la paz que vuestras palabras vuelven a mi corazón.

DIEGO. Oíd. El virrey creía ser él solo poseedor de este secreto; se imaginaba que su disfraz le ponía a salvo de todos los ojos, y que todo el mundo ignoraba sus nocturnas exeursiones, y las músicas que pagaba como fin vulgar galanteador; pero se engañaba. Yo le he seguido como una sombra, me he arrastrado como una culebra por las calles más solitarias, he trepado como una astuta zorra por las paredes y las escalinatas de los jardines y de los palacios, y me he agazapado como un hurón entre los confesonarios de la Incononata, y todo lo he visto, todo lo he oído... y le he probado bien a su costa, que ha tenido mucha razón en elegirme para su espía favorito.

ROD. Conclud, que me tenéis impaciente, y no comprendo...

DIEGO. Ahora bien, respondedme francamente a la pregunta que voy a hacer os. Cuando hace dos años el virrey in-

saltó a las mujeres del pueblo, el pueblo pegó fuego a su palacio, y degolló la mitad de su guardia: ahora que el virrey ha insultado a las mujeres nobles, ¿qué harán los nobles a su vez?

ROD. ¿Adónde vais a parar?

DIEGO. Yo detesto al virrey con mis cinco sentidos; pero si mi boca os hubiera dicho ayer: «Conde de Monforte, el virrey trata de robaros vuestra esposa», me hubierais contestado que mentía como un bellaco. Si os hubiera dicho: «Conspirad con nosotros para derrocar al virrey», me hubierais denunciado antes que uniros a la plebe. He adoptado, pues, otro medio más seguro: el de denunciaros yo mismo a vos. El tribunal se reúne aquí mismo dentro de una hora, y el virrey obtendrá sin duda vuestra condena, porque está ciego por vuestra mujer. Ahora, conde de Monforte, ¿queréis uniros a la plebe para derrocar al virrey?

ROD. ¿Y quién me responde de tí?

DIEGO. Os daré la libertad.

ROD. ¿Y a Angelina?

DIEGO. ¡Oh! Esa me quedará en rehenes, para responderme a su vez de vos.

ROD. No quiero; o los dos, o nadie.

DIEGO. Pues bien, escribid una carta a vuestra madre, que está en Nápoles. Decidla que el virrey ha atropellado los fueros de la nobleza, y ha atentado al honor de vuestra esposa. Yo me encargo de hacerla llegar a sus manos, y a las del cardenal Mazarino, y todos los nobles se alarmarán, y la conjuración mal ahogada por mí en la noche anterior, fermentará sordamente robustecida por la nobleza, y estallará dentro de pocas horas para salvaros, tomando la vida del virrey en venganza de la vuestra. ¿Dudáis? Veo que no tenéis fe en mi resolución, porque ignoráis las razones que tengo para odiar al virrey. Pues bien, yo soy español como él, y tenía una mujer como vos la tenéis ahora: él la vió, como ha visto a la vuestra...

ROD. Basta: ¿cuándo he de escribir esa carta?

DIEGO. Ahora mismo, en vuestro calabozo.

ROD. ¿Cuándo estará en poder de mi madre?

DIEGO. Dentro de diez minutos.

ROD. Vamos: pero si me vendes, Dios será mi vengador.

DIEGO. Os dará todavía otra seguridad.

ROD. ¿Cuál?

DIEGO. Pondré a vuestra mujer en vuestro mismo calabozo, hasta que os traiga la respuesta del cardenal.

ROD. Acepto, y toma. (*Le tiende la mano.*)

DIEGO. Apretad, y vamos. (Y mañana, señor Virrey, amanecerá Dios y medramos.)

(*Diego conduce a don Rodrigo por la misma puerta por donde llevaron a Angelina, y cae el telón.*)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

EL VIRREY; los cinco Jueces del Consejo secreto sentados alrededor de la mesa; ANGELINA, sentada en un taburete sin respaldo.

JUEZ. En fin, señora, si os obstináis en no contestar a las preguntas del tribunal, se verá precisado a usar con vos medios más severos, o creará por vuestro silencio que, conociéndoos culpable, no tenéis razones con que defenderos.

ANG. El tribunal de los hombres juzgará como quiera; Dios, que en el suyo ve mi corazón, no me abandonará a su injusticia.

JUEZ. Dios no favorece nunca a los culpables, y los jueces de la tierra tomarán en cuenta, a imitación suya, la sinceridad del reo en la solemnidad del juicio. Servíos, pues, contestar ingenuamente.

ANG. Servíos, señores, de no molestar.

taros en preguntar más a quien está resuelta a morir primero que contribuir con una respuesta ambigua a la perdición de una persona a quien está ligada con los vínculos más sagrados. Sí, señores, repito por última vez que no contestaré a vuestras capciosas preguntas, porque conozco bien la sutileza con que enredaríais mi sencillez en el laberinto de ellas, y me haríais concluir por afirmar mil falsedades, sin que mi corazón tuviera parte en mis palabras. Esta es vuestra táctica, señores, lo sé muy bien, y sé que delante de vosotros se afirman cosas que jamás nos han pasado por la imaginación.

VIR. Es inútil, señores, insistir en ello. Esa pobre muchacha está trastornada y sería imposible hallar coherencia en su pensamientos. Sus declaraciones además servirían de poco, siendo, como su esposo, acusada de una traición cuyos datos posteriores están igualmente patentes en contra de ambos.

JUEZ. Os concedemos, pues, una hora más para que meditéis las cuestiones sobre que habéis sido interrogada, y si en ella no las satisfacéis en vuestro favor, el tribunal os aplicará la pena que las leyes señalan a los traidores.

ANG. Mi fe me promete que llegará un día en que los acusados podrán pedir a sus jueces cuenta de sus juicios ante un tribunal que no estará sujeto a error, y os protesto, señores, que en ese día infalible mi voz y mi inocencia se levantarán contra vosotros.

JUEZ. Llevadla. *(Tocan la campanilla.)*

ANG. Vamos.

ESCENA II

EL VIRREY, LOS JUECES

VIR. Esa joven, señores, es española. Conozco la firmeza de carácter que aquel país inspira a sus hijos, y creo que los medios rigurosos no harán más que acrisolar el fiero valor de esa mujer. Me atre-

vo a proponeros, pues, que mandéis a su calabozo un confesor que merezca vuestra confianza, cuyas suaves y cristianas amonestaciones lo conseguirán todo de su fe sencilla. Los españoles no reniegan nunca de la religión que profesan.

JUEZ. Así se hará. Pasemos, si gustáis, señor Virrey, al juicio del otro acusado. *(Con una señal afirmativa, toca el virrey la campanilla y se presenta Diego.)*

JUEZ. Introducid al conde de Monforte. *(Vase Diego y vuelve con don Rodrigo.)*

ESCENA III

EL VIRREY, DON RODRIGO, LOS JUECES

JUEZ. ¿Sois Rodrigo de Luz, conde de Monforte?

ROD. Jamás he negado el nombre que llevo, y ahora lo intentaría menos que nunca. Creo que mi nombre no tiene muy gratos recuerdos para vosotros, y me complazco en repetiroslo para sonrojáros.

JUEZ. Acercaos a jurar sobre estos Evangelios que vais a decir la verdad en cuanto el tribunal tenga a bien demandaros.

ROD. El conde de Monforte no ha manchado jamás su lengua con un perjurio, y su palabra vale tanto como el más solemne juramento.

JUEZ. Mirad, joven, que el tribunal tomará en cuenta la arrogancia de vuestras palabras.

ROD. Está dicho, señores.

JUEZ. Mirad que se os acusa de rebelión, y que todos sabemos que a pesar de vuestra corta edad, habéis sido proscrito con vuestro difunto padre por haber hecho pocos años coadyuvado a la sublevación del pueblo con el infame pescador Tomás Aniello. Mirad que no hemos olvidado que hasta la caída del duque de Arcos no habéis podido volver a vuestro país, y que vuestra madre lo ha conseguido ahora a fuerza de intri-

gas. Mirad que el rebelde duque de Guisa os da en estas cartas poderes amplios hasta para suministrar al populacho dinero y armas contra su legítimo gobierno. Mirad...

ROD. Basta, señor juez, basta. Todo el mundo sabe que mi familia ha sido siempre amiga del pueblo, y que por más que sus individuos descendían de sangre de príncipes, no han olvidado nunca que Nápoles es su patria. Yo tampoco lo olvidaré, y os aseguro que, aunque mi espada esté guarnecida de oro y mi armadura sea la más rica que haya salido de las armerías de Milán, no me avergonzaré de esgrimir la una y ostentar la otra al lado de los arpones y los desnudos pechos de los tostados pescadores de Nápoles.

JUEZ. Reparad que estáis corroborando las acusaciones que pesan sobre vos, y que esto sólo bastará para probar al tribunal...

ROD. ¡Ira de Dios! Protesto solemnemente contra la competencia de este tribunal, en donde queréis juzgarme como rebelde para que no asistan a él los próceres que sólo pueden juzgar a los individuos de la clase a que pertenezco. Sí, señores, protesto contra un tribunal donde no veo más que a enemigos personales míos, que harto cobardes para atacarme de frente, se cobijan bajo las leyes para saciar su venganza. ¿Y por qué no se halla entre vosotros Ludovico Pignatelli? ¿Dónde están los dos Carafas? ¿Dónde Ferrante San Severino? Cuando estos miembros se reúnan, os tendré por tribunal competente. No a vosotros solos, que todos habéis recibido beneficios de mi familia, que no querréis confesar, porque se los habéis pagado indignamente. ¡Vive Dios! ¿A quién de vosotros demandaré justicia? ¿Será a ti, viejo príncipe de Celamaro, que debes la vida a mi padre? ¿A vosotros, Carlos Caracciolo y Hector Calpecelatro, cuyas deudas ha satisfecho mi madre? ¿A ti, duque de Maddaloni, a quien yo escondí bajo mi

lecho, cuando el pueblo napolitano ofrecía cien ducados de oro al que presentase tu cabeza? Ya veis que os conozco bien, para fiar de vosotros. Pero existe una inocente en quien queréis hacer caer el fallo de vuestra injusta sentencia, y aún ignoráis el motivo que la ha conducido a vuestros pies, y voy a decíroslo, para que no incurráis en un error. Porque tuvo la osadía de resistirse a quedar infestada por el impuro aliento de ese libertino hipócrita que os ha reunido aquí.

JUEZ. Joven, moderad vuestra lengua, o nos pondréis en la precisión de sujetárosela con una mordaza.

VIR. Dejadle decir, señores; su misma cólera atestigua la imposibilidad en que se halla de negar su crimen. Dejadle.

ROD. Señor conde de Vergara, una cosa me resta que deciros, y es que sois un cobarde, y que si algún día, despojando de vuestras insignias de Virrey, os encontráis cara a cara conmigo, os lo repetiré en alta voz en cualquier lugar en que nos hallemos.

VIR. Y yo os despreciaré como ahora, mancebo.

ROD. Pues bien, si entonces como ahora no me contestáis, porque entonces como ahora me teméis, yo os obligaré a desnudar vuestra espada, haciéndoos una injuria que no podáis lavar sino matando o muriendo.

JUEZ. ¡Hola! *(Toca la campanilla y aparece Diego.)* Volvedle a su calabozo.

ROD. Sí, sí, llevadme; pero no iré sin deciros que, sea cualquiera la suerte que me preparéis, la arrostraré con fiereza, y os despreciaré como merecéis. Vamos.

DIEGO. Vamos.

ESCENA IV

EL VIRREY, LOS JUECES

JUEZ. Admirable ha sido, señor Virrey, vuestra paciencia con ese joven.

VIR. La ira, señor juez, no debe tomar parte por la justicia, cuando la justicia

es desapasionada y recta. Si el puñal de los conjurados no hubiera amenazado más que a mi pecho, si sólo se tratase de mí, nunca hubieran comparecido esos jóvenes ante vuestro respetable tribunal. Yo lo hubiera sacrificado todo a las consideraciones debidas a la nobleza napolitana, acreedora a mis respetos y simpatías; pero tratándose de súbditos rebeldes a su majestad, tengo, a pesar mío, que llenar este sagrado deber, que Dios sabe hasta qué punto me es penoso y repugnante. Sólo os suplico, señores, que al fallar vuestra sentencia no os acordéis de las amenazas y dicitorios que ese acalorado joven ha tenido la audacia de dirigirme. Cumplid, nobles señores, todos los deberes que la justicia y la seguridad de vuestro país exigen; pero sed más benignos que severos. En cuanto a mí, declaro solemnemente que si, como ejerzo ante vosotros el terrible ministerio de fiscal, tuviera voto decisivo en el Consejo, tendría presente, al sentenciar, la juventud, la inexperiencia y la desgracia de los criminales. No lo olvidéis, pues, y pasad, si os placé, a ese gabinete, porque yo no puedo asistir a vuestra secreta votación.

JUEZ. Esa clemencia y esa bondad os honran mucho, señor Virrey, y tendremos presente al administrar la justicia las virtudes de vuestra persona ultrajada.

VIR. Id, pues, nobles señores, pero que no sea esa la razón que más pese en vuestra balanza.

ESCENA V

EL VIRREY

Id, mentecatos, id; y no os olvidéis de dorar el temor que me tenéis con las virtudes que me encomiáis. Id a pensar una sentencia, con la cual me queráis tener agradecido, cuando no sois más que las figuras que el jugador coloca y mueve sobre su tablero. Encareced como

política y clemencia la fascinación que ejerzo sobre vosotros, porque con la misma política con que os obligo a servirme, obligaría a otros a hundiros en el polvo de que os he sacado. ¡Diego!

ESCENA VI

EL VIRREY, DIEGO

DIEGO. ¿Señor?

VIR. ¿Se ha buscado ese sacerdote que ha de recibir la confesión de esa joven?

DIEGO. Sí, señor excelentísimo; hemos dado la comisión a un reverendo monje, cuya inteligencia ha servido ya al tribunal en semejantes ocasiones.

VIR. Me has comprendido perfectamente.

DIEGO. Este monje tiene toda la confianza de los jueces, y su fama de santidad hará que su declaración pase por válida y verdadera, como si las palabras fuesen las de la misma acusada.

VIR. Es decir, que en todo caso estará pronto a asegurar que niega o confiesa en el momento que sea necesario.

DIEGO. Siempre que la caridad de los que le confían semejante comisión, se explique con él generosamente por su servicio.

VIR. Dale eso. *(Le da un bolsillo.)*

DIEGO. ¿En nombre del virrey de Nápoles?

VIR. No; en nombre de los jueces del Consejo secreto.

DIEGO. Está bien, fiad en mí.

VIR. Dentro de dos horas a lo más, recibirá orden para salvarla o para condenarla.

DIEGO. Es decir...

VIR. Que esa mujer ha de pertenecer dentro de dos horas al virrey o al verdugo.

DIEGO. ¿Y en cuanto al joven?

VIR. En cuanto al joven, como Dios no lo disponga de otro modo, infaliblemente será del último.

DIEGO. Tenéis razón. Porque dice un refrán de nuestro país, que el hombre propone y Dios dispone.

VIR. Es verdad. Pero los jueces salen: retiráte.

ESCENA VII

EL VIRREY, LOS JUECES

VIR. ¿Habéis concluído ya la votación?

JUEZ. Sí, señor Virrey. He aquí el fallo del tribunal, cuya ejecución os está encargada como suprema autoridad de Nápoles.

VIR. Y yo la cumpliré exactamente, sea cualquiera, aunque estoy seguro de que Dios habrá puesto en vuestros corazones la rectitud de su justicia.

JUEZ. Tomadla, y mirad si tenéis algo más que pedir al tribunal.

VIR. Quisiera, señores, que tuvieraís presente que la joven condesa de Monforte nada ha declarado: y que el estado de su juicio, según los facultativos, exige más indulgencia...

JUEZ. Dentro de una hora un comisionado oirá su postrera declaración, y sea la que quiera, vos, en nombre de su majestad católica, podéis usar con los acusados la clemencia o el rigor a que los juzguéis acreedores.

VIR. Está bien.

JUEZ. El cielo os guarde, señor Virrey.
VIR. Dios gué vuestros pasos, nobles señores.

ESCENA VIII

EL VIRREY

Bien; ya están llenas todas las formalidades de la ley. Veamos la resolución. (*Lee en secreto.*) A la última pena..., quedando su ejecución al arbitrio del virrey. ¡Oh, esto es más de lo que yo esperaba! Esta sentencia puede ejecutarse en secreto o en público; de noche o de día; puede elegirse el género de muerte más conveniente. ¡Diego!

ESCENA IX

EL VIRREY, DIEGO

VIR. Ya están en mis manos, gracias a tu celo, leal servidor.

DIEGO. El tribunal...

VIR. Mira. (*Diego mira la sentencia.*)

DIEGO. En esta sentencia, señor Virrey, se trasluce claramente vuestra benignidad. Si yo hubiera sido juez, hubiera mandado clavar la cabeza de ese joven sedicioso en una pica a las puertas de la ciudad, y su mano derecha en las de vuestro palacio. ¿Y cuándo se ha de ejecutar?

VIR. Dentro de dos horas, fiel servidor. Pero escucha. Pon a Monforte en el calabozo del enverjado que da a la galería subterránea y tráeme la llave de caracol que desde mi dormitorio conduce a ella: quiero decirle cuatro palabras antes de morir. En cuanto a su esposa, la harás llevar a la sala del norte de mi palacio, y la anunciarás mi visita; porque ya te he dicho que ha de pertenecer al virrey o al verdugo. Y a propósito, ¿qué dicen esos villanos de mis justicias?

DIEGO. Todo Nápoles está tranquilo como un sepulcro, y se ha dispuesto que se ilumine esta noche la ciudad, y que se os manifieste la gratitud del Estado, a quien acabáis de salvar, dándoos una magnífica serenata.

VIR. Mi triunfo no puede ser más completo, Diego. Pero ahora recuerdo... ¿tus esbirros duermen?

DIEGO. Os comprendo, señor, y os confieso que esa inculpación me avengüenza. Tenéis razón para extrañar que no haya caído en vuestras manos el desconocido a quien salvaron los pescadores de Puzzola. Todo lo hemos escudriñado con la más exquisita sagacidad, pero ha sido inútil.

VIR. No sé por qué; pero ese desconocido es una sombra que anubla mi esperanza, y no me acuerdo de él sin un aciago presentimiento.

DIEGO. No hay otro medio, señor; o ese hombre se ha vuelto a la mar que le arrojé a nuestras playas, o yace oculto en vuestro propio palacio. Os respondo con mi cabeza de que fuera de este recinto no se oculta dentro de los muros de Nápoles.

VIR. Pues bien, Diego; te autorizo para registrarlo todo. Abre mis habitaciones más retiradas; penetra en mis oficinas más escondidas; baja a mis calabozos más oscuros; pero si no me presentas a ese hombre muerto o vivo, acepto tu cabeza, que acabas de ofrecerme por garantía.

DIEGO. ¿Y qué término me señaláis para cumplir vuestra voluntad?

VIR. Acaba de anochecer: te doy dos horas.

DIEGO. Os prometo, señor Virrey, que antes que hayan expirado tendréis en vuestra presencia, muerto o vivo, a ese misterioso incógnito. *(Saluda y se va.)*

ESCENA X

EL VIRREY

Ahora, corazón, respira el ámbar de la esperanza. Ahora, o amor o venganza cumplida has de conseguir. Ya soberano absoluto de este país de placeres, sus hijos y sus mujeres de hinojos me han de servir. *(Empieza a verse el resplandor de la ciudad, que se ilumina, y se oyen músicas, canciones y vivas a lo lejos.)* Así, servil muchedumbre, así, festéjame, canta; tu voz hasta mí levanta con tus aplausos... así. Arrástrate humildemente a las plantas de tu dueño; su orgullo arrulla y su sueño con dulces cánticos, sí. Bien haces: gózate y canta; que, tan lejos de Castilla,

las nuevas de tu mancuella a España no llegarán. La fama de tu hermosura, la riqueza de tus playas, doquier que a quejarte vayas a desmentirte saldrán.

Nápoles, ciudad dichosa de aceite y de pereza, no hay corona en mi cabeza, mas soy tu rey en verdad. Ya no alzan tus pescadores de Amalfi ni de Sorrento sobre tu golfo sangriento sus himnos de libertad. Castilla ganó tus tierras; y en nombre yo de Castilla, te tiranizo, y se humilla ante mis plantas tu grey. Tu golfo oprimen mis naves, y en tus torres altanera, clavada está mi bandera en el nombre de mi rey. ¡Pueblo insensato! A quien hizo para servir el destino, canta y ríe, ese es tu sino: tu fortuna es tu ilusión.

Canta, que a fe que me halagan al son de tus blandas olas las alegres barcarolas con que cantas tu opresión.

(Cantan dentro.)

«Era Nápoles un día un inculto paraíso, y venderle fué preciso al cuidado de un señor. Ora canta sin afares de su golfo entre las olas, sólo amantes barcarolas su olvidado pescador.

Pero acaso estudia y fragua en el agua otro cántico mejor.»

VIR. ¡Qué alegres son esas danzas, qué dulces esos cantares! ¡Los aplausos populares cuánto agradan al señor!

¡Cuánto exalta mis antojos
y mis ansias enardece,
y mi ser enorgullece
el cantar del pescador!

(*Cantan dentro.*)

«Está Nápoles dormida
por las ondas arrullada,
pero Nápoles no olvida
lo que debe a su señor.
Y del chuzo con que rompe
las escamas a los peces,
puede hacer como otras veces
una lanza el pescador.»

Porque acaso
estudia y fragua
en el agua
de vivir modo mejor.»

VIR. ¡Vive el cielo! De esa estrofa
con el doblado sentido,
ese imbécil ha querido
insultar a su señor.
¡Hola!

(*Aparece un esbirro.*)

Al punto, que me saquen
de esa torpe concurrencia
y que venga a mi presencia
ese infame pescador.

(*Vase el esbirro.*)

Con un cordel a la gola
y un crucifijo en la mano,
cantar haré a ese villano
su postrera barcarola.
Si él puede, como otras veces,
hacer del chuzo una lanza,
yo haré que tomen venganza
de sus lanzadas los peces.

(*El virrey se asoma al balcón, y mientras
vuelve la espalda aparece por una puerta
secretá y embozado don García, que le
escucha.*)

(*Virrey, mirando por el balcón.*)

Mas a su barca se acoge,
¡vive Dios, y el remo abarca
y huye! Yo haré que otra barca
a darle alcance se arroje.
Y aunque el mismo Belcebú

se la ayude a remolcar,
por Dios que le he de atrapar.
(*Al volverse ve a don García, y dice es-
pantado.*)

Mas, ¡Cristol, ¿quién eres tú?

ESCENA XI

EL VIRREY, DON GARCÍA

GARC. Callad.

VIR. ¡Socorro!

(*Va a tocar la campanilla, y don García
le sujeta la mano.*)

GARC. Es en vano.

señor conde de Vergara;
escuchadme cara a cara,
u os hago polvo la mano.

VIR. ¡Soltad!

GARC. Escuchadme, pues,
que en secreto hemos de hablar,
y lo que oigáis, enterrar
en el alma fuerza es.

Virrey habéis sido vos
de Nápoles por seis años,
y horror son ya vuestros daños
de los hombres y de Dios.

Por saciar vuestros placeres,
jueces habéis corrompido,
empleos habéis vendido,
y deshonorado mujeres.

Con rastrera hipocresía,
abusando del poder,
os dispensáis de tener
religión, fe, ni hidalguía.

Tras el denso cortinaje
de una justicia severa,
escondéis de un alma fiera
el hondo libertinaje.

Y así a vuestra excelcitud
creísteis que no llegaban
más que ojos que se cegaban
con vuestra falsa virtud.

Pero un perpetuo testigo
que por doquier os seguía,
y que sumiso os servía,
de la sospecha al abrigo,
avariento os espiaba
vuestra eterna sombra hecho,

y a los pies de vuestro lecho
por la noche se sentaba.

Él, con vengativo empeño,
con incansable tesón

ganó vuestro corazón,
de todo vos se hizo dueño.

Y no hay escondida idea,
no hay intención solapada

que por él comunicada
sabida del rey no sea.

Tu nombre, pues, se ha borrado,
Vergara, del libro de oro;

tus haciendas, tu tesoro,
todo está ya confiscado.

Y encontránde te tu rey
a sus favores ingrato,

te aparta del virreinato
y te acusa ante la ley.

VIR. Espectro amedrentador,
mensajero funeral

de esa nueva tan fatal,
aparición de pavor,

delante de quien estoy,
¿quién eres, visión tirana?

GARC. Don García de Orellana,
virrey de Nápoles, soy.

(Don García se desemboza y queda en

traje negro con el Toisón al cuello. El

virrey cae a sus pies de rodillas. Al ins-

clinarse cae de su pecho el retrato cogido

a Angelina, y que él guardó en el pri-

mero acto. Lo recoge, lo mira un mo-

mento comparándolo con don García,

y después que éste le dice con desprecio

los cuatro primeros versos, se levanta

el conde con aire de triunfo y tomando

con don García un tono irónico.)

GARC. No os humilléis ante mí,
y tablemos, Vergara, claros.

Yo no he venido a ultrajaros,
y me avergonzáis así.

VIR. (Mas ¡qué ve! Dios me apresta
represalia bien segura.)
Estimoos tanta mesura
en ocasión tan funesta:
obedecer sé que debo
las órdenes de mi rey,
y acato su augusta ley,
y a murmurar no me atrevo.

Mas veo que generoso
ser conmigo pretendéis.

GARC. Ruégoos que me perdonéis,
si al veros tan orgulloso

en palabras propaséme.
VIR. Perdonado estáis, señor.

Yo encendí vuestro furor,
pues al veros exaltéme.

GARC. Apenas pisé la tierra
que teniais en gobierno,

creí que todo el infierno
se hacía en ella la guerra.

Corría la sangre a arroyos,
y al resplandor del incendio,

vi quedar con vilipendio
los cadáveres sin hoyos.

Y vi lágrimas correr,
y of imprecaciones tales,

que mis sentidos cabales
llegué a dudar de tener.

Por todas partes of
maldeciros y acusaros.

Entonces, ¿a qué engañaros?
Yergara, os aborrecí.

Por quedar más convencido,
yo mismo veros ansí,

y con ira os escuché
cerca de vos escondido.

Señor conde, perdonad:
os juro de buena fe

que al oír me horroricé
por vos mismo la verdad.

(El virrey se sonríe y oye sereno.)

Ahora, pues órdenes reales
sujeto a cumplir estoy,

a dar al Consejo voy
mi fe con mis credenciales.

Vos a partir disponeros
para Castilla podéis,

VIR. Un momento. ¿Qué queréis?

VIR. Quiero un pacto proponeros.
No os sorprendáis. A pesar

de hallarnos a tal distancia,
aun puedo con arrogancia

con mi sucesor pactar.
GARC. Decid.

VIR. Yo he mandado aquí
seis años, y bien quizás:

dejadme dos horas más
el gobierno que perdí.

GARC. ¿Sabéis cuando el mar bravío
mi barco anoche sorbió
con qué fuerzas nadé yo?
¿Sabéis qué afán era el mío?
No era la sed de mandar,
no era, conde, la ambición;
que está ya mi corazón
harto de humo popular.

MI FUERZA FUE LA ESPERANZA
DE ALZAR EL YUGO EXCRÁBLA
QUE A ESTE PUEBLO MISERABLE
HABÉIS PUESTO: Y LA TARDANZA
DE CADA BREVE MOMENTO
QUE PASABA BAJO DE ÉL,
ERA UN MANANTIAL DE HIEL
ABIERTO EN MI PENSAMIENTO.
JUZGAD SI IRÉ A CONCEDER
LAS DOS HORAS QUE PEDÍS.

VIR. ¿Es decir, que no admitís?

GARC. Vergara, no puede ser.

VIR. Por última vez, señor,
dos horas y nada más.

GARC. Vergara, haceos atrás;
la bajeza me da horror.

VIR. Dos horas.

GARC. Ni dos instantes.

JURÉ ante el rey y el altar
a Nápoles libertar
de vos, y será cuanto antes,

VIR. Lo jurasteis..., ¡vive Dios!
¿Qué os importa haber jurado,
a olvidar acostumbrado
vuestros juramentos vos?

GARC. ¡Infame!

VIR. A espacio, señor,
que habéis llegado a jurar
a vuestra hija vengar,
y aún vive su seductor.

GARC. ¡Vive! ¡oh!, ¿adónde está, adón-

VIR. Dadme el tiempo que os propongo,
y en vuestras manos lo pongo.

GARC. Sois un miserable, conde;
Mas os vais al precipicio;
porque o habláis al momento,
u os mando atar al tormento.

VIR. Don Garcia, estáis sin juicio.

¿En olvido habéis echado
que aquí mi juez os han hecho,
y el juez no tiene derecho
para osar al acusado?

GARC. ¡Desventurado de mí!
¿No hay, pues, medio de que habléis?
VIR. Las dos horas que calléis
y siga el gobierno en mí;
no hay más medio.

GARC. ¡Voto al sol!
Quien da en tan infame traza,
¿cómo dirá que su raza
es de solar español?

¡Mentira!..., lo dice a voces
el pueblo... Sois un bandido;
las hienas os han tenido
en sus entrañas feroces.

VIR. Seguid, me tenéis sujeto
bajo el yugo de la ley;
mas pensado bien, virrey,
dos horas vale el secreto!

GARC. Pues bien; ya que tanto os
de Nápoles el gobierno, ¿cuesta
llevése el mando el infierno
y escuchadme otra propuesta!

Yo con ciega idolatría
amé a la hija de mi amor:
ella era el bien mayor,
el único que tenía.

Por ir al campo a lidiar
por mi rey y por mi España,
el tiempo de la campaña
la hice en un claustro guardar.

Robómela un seductor,
y fué mi única esperanza
vivir para la venganza
de aquel engaño traidor.

Mirad su carta postrera:
siempre la llevo conmigo,
de mi llanto por testigo

y para atizar la hoguera
de mi cólera: pues bien;
a España, conde, partid;
sinceraos en Madrid,

y haced con oro que os den
el virreinato: interino
quedaré yo, y aunque enormes
vuestras culpas, daré informes
que salven vuestro destino.

VIR. No, que habrá en mi contra allí
(Oyese a lo lejos la serenata.) in-
 acusaciones tamañas,
 que las mayores hazañas
 se volverán contra mí.
 No: ya que habéis dado un paso
 a la reconciliación,
 aceptad, en conclusión,
 y no andéis en gracia escaso.

GARC. No, Vergara; tanto empeño
 el gobierno en conservar,
 me hace de vos sospechar
 mal designio, y no pequeño.
 Oíd: no hay más que un solo hombre
 que ahora en esa serenata
 pueda a esa turba insensata
 dar o descubrir mi nombre.

Concibo todo el pesar
 que debe ser para vos
 saber a cuál de los dos
 vienen ahí a festejar.
 Conozco que os es gran pena
 ver que esos himnos comprados,
 para vos aparejados,
 celebran la dicha ajena.
 Conozco que la esperanza
 de vengar mi propia afrenta,
 es cebo que mi fe tienta
 a otorgaros la tardanza
 de dos horas que pedís;
 pero no puede mi honor
 ser ni dos horas traidor
 a mi rey y a mi país.

VIR. Pues bien, si estáis decidido
 a que con vos no transija,
 ahí tenéis de vuestra hija
 ese recuerdo perdido.

(Le da el retrato.)

GARC. ¿Y quién esta prenda os dió?
 VIR. El sacerdote que oyera
 su confesión postrimera,
 y enviarosle me encargó.
 Dijo que enviarlo era ley
 a don García derecho,
 y esta ocasión aprovecho
 para dárselo al virrey.

GARC. ¡Sin duda el cielo maldijo
 hasta su último recuerdo!

VIR. La pobre murió en su acuerdo.
(Con malignidad.)

Y con afán muy prolijo
 os encargó la venganza
 de aquel que os la arrebató,
 y que al fin la abandonó
 sin consuelo ni esperanza.
 Dijo que murió en sus brazos,
 maldiciendo al seductor
 que la abandonó traidor.

GARC. Basta; quiero en mil pedazos
 su corazón dividido;
 necesito su existencia.

VIR. ¿Luego acepta su excelencia...?

GARC. Sí, acepto vuestro partido.

¿Ese hombre...?

VIR. A mí está sujeto;
 yo sé quién es solamente,
 y a ese precio únicamente
 os vendo vuestro secreto.

GARC. Sea. ¡Dios lo quiere así!
 No puede mi corazón
 con tan grave tentación;
 sucumba mi honor aquí.

Escribid que os dejo dueño

(El virrey escribe.)

del mando dos horas más,
 y de no volverme atrás
 palabra y firma os empeño.

VIR. Firmad, pues.

GARC. Tomad.

VIR. *(con ironía.)* Señor,
 hoy me habéis hecho feliz.

GARC. Y a mí vos con vuestro ardíd
 me habéis hecho ser traidor.

VIR. Pasemos a ese aposento,
 pues primero de entregárosle
 necesito asegurárosle.

GARC. Pero sed breve.

VIR. Un momento.

(Entran por la puerta que da a la cámara del virrey, y en este momento se oye la serenata al pie del balcón, y suenan voces de ¡viva el conde de Vergara, viva el libertador de Nápoles!)

ESCENA XII

DIEGO, con linterna y llaves

Ya se fueron: bien me lo imaginé cuando dejé de oírlos a través de la cerradura. Ya fe que hubiera dado cualquier prenda buena por oír su conversación. Sin embargo, de nada me han servido mis sentidos de espía. Este aposento se come las palabras que se pronuncian dentro de él, y no he alcanzado más que murmullo. ¡Cómo ha de ser! Vamos a separar al conde de Monforte de su hermosa mitad, antes que su excelencia me los coja en el garlito. (*Vivas fuera, y se asoma Diego al balcón.*) Sí, sí, tocad. Así como así, mañana puede ser que os den doble cantidad de la que yo os he dado hoy, para tocar en nuestro entierro. Pero como así no sea, ¡vive Dios!, que he de volver a buscaros para tocar en los funerales del virrey a quien celebráis. Mas no perdamos tiempo, que da dos veces quien da primero, y hombre prevenido vale dos, como dice el refrán de nuestra tierra. (*Entra por la puerta secreta de la izquierda que conduce a las prisiones, y cae el telón.*)

ACTO TERCERO

Prisión en el interior del palacio del virrey. Puerta en el fondo, con una rejilla en medio, a través de la cual se alcanza una larga y oscura galería guardada por centinelas. En la prisión y a la izquierda, una puerta secreta y un balconcillo a la derecha.

ESCENA PRIMERA

DON RODRIGO, ANGELINA

ANG. Si es cierto, Rodrigo, inclina la frente; que yo te vea: el placer completo sea de tu adorada Angelina, y en dicha tamaño crea. No hay más que tú para mí: escuche yo de tu acento palabras de amor aquí,

y es tuyo mi pensamiento, mi existencia es para ti. ¡Suspiras!

ROD. Miro en tu frente tan galano resplandor, aureola tan refulgente, que suspira tristemente el pecho ansioso de amor. ¡Por Dios! En donaire sola, en gala y cortesanía, bien puede a la luz del día mi enamorada española disputar la primacía.

Es tanto el placer que siento viéndote, hermosa, a mi lado, y es tal mi enajenamiento, que olvida mi pensamiento nuestro destino menguado.

ANG. Mayor, Rodrigo, es el gozo que mi alma siente, mayor; y a merced de este alborozo, es para mí el calabozo santuario de nuestro amor.

ROD. Ilusoria es por demás esa amorosa quimera; soñando, Angelina, estás: que aquí la muerte me espera, y acaso tú...

ANG. No, jamás: vivir sin ti, ¿qué me vale?

ROD. Sí, es cierto, Angelina hermosa.

ANG. Sí, sí, Rodrigo; no hay cosa entre los hombres que iguale la dicha de ser tu esposa.

Loca de amores dejé por ti mi patria y mi hogar, y embelesada, la fe del alma te consagré de hinojos ante el altar.

Por ti crucé de los mares las alborotadas olas,

y hoy en tus nativos lares olvido por tus cantares mis canciones españolas.

No hay más deidad para mí que la imagen que retrata el cristal en que te vi: jamás mi oración sin ti se elevó en la Incoronata.

ANG. Angelina, ¡quién tuviera
tu amante incredulidad!

ANG. Sólo en el mundo me espera
amor y felicidad,
a tu lado viva o muera.

ROD. Mas no hallo fe en el espía.

ANG. Libertarnos me juró.

ROD. Sin duda que juraría
por ver si revelaría
secreto importante yo.

Porque, Angelina, a juzgar
por su faz torva y sañuda,
por su siniestro mirar,
mi fe en sus promesas duda;
nada me atrevo a esperar.

ANG. Rodrigo, no sé por qué,
mas tengo en ese hombre fe:
y no me inspira recelo
quien la cárcel hizo un cielo
uniéndonos.

ROD. Dicha fué,
y un cielo es para los dos
mientras juntos nos hallamos,
mientras nos vemos y hablamos;
y es el cielo, sí, ¡por Dios!,
el aire que respiramos.

Mas, ¡ay de mí!, ¡qué dolor
será y qué amarga la suerte
si nos conduce, traidor,
de los brazos del amor
a los brazos de la muerte!

ANG. Y a un tiempo nos matarán,
porque a tu cuello mis brazos,
Rodrigo, se anudarán,
y a no hacérmelos pedazos,
de ti no me apartarán.

ROD. Mas no viene... ¡Oh, tarda mucho!

ANG. Vendrá para nuestro bien.

ROD. A cada ruido que escucho
con dudas horribles lucho.

(Ruido de pasos.)

ANG. ¡Rodrigo!

ROD. Angelina, ¿quién...?

ANG. Me ha parecido escuchar
pisadas.

ROD. Sí, oigo a fe mía
por el caracol bajar.

ANG. ¡Cielos! Tiemblo a mi pesar.

(Abren.)

ROD. ¡Él es!

ANG. ¡Diego!

DIEGO. ¡Ave María!

ESCENA II

DON RODRIGO, ANGELINA, DIEGO

DIEGO. Bendito sea Dios, amables jó-
venes: no me ha costado poco trabajo
llegar hasta aquí. Gracias a que yo estoy
acostumbrado a vivir a salto de mata,
y me escurro como una anguila entre las
espadañas, y paso sin ser visto por los
ojos de las cerraduras y por los resqui-
cios de las puertas como un espíritu.

ROD. Acabad, por compasión, buen
hombre. ¿Habéis entregado mi carta?

DIEGO. En la propia mano de vuestra
madre, la condesa viuda de Monforte.

ANG. y ROD. ¿Y qué?

DIEGO. La pobre señora exhaló su
dolor en lamentos; me preguntó cien veces
las circunstancias de vuestra prisión; mal-
dijo otras tantas la perfidia del virrey;
porque lo que es yo no me anduve en
chiquitas, sino que la espeté la historia
de las músicas que daba a esta señora a
la puerta de vuestra casa de la calle Ca-
talina, los disfraces que usaba para seguir-
la a Nuestra Señora l'Incoronata...

ROD. Adelante, adelante; vamos a los
efectos de vuestra relación.

DIEGO. Los efectos, señor conde, son
los siguientes: vuestra madre, convenci-
da del riesgo inminente que os amenaza,
se ha vestido de luto, se ha lanzado a los
pies de los nobles de la Sede Capuana,
donde está inscripta vuestra familia, y
les ha repetido palabra por palabra cuan-
to yo la he dicho de vos, de esta señora
y del virrey. Podéis suponeros que no
me habré quedado corto con respecto al
último. Sus lágrimas han enternecido a
la aristocracia napolitana, que aborrece
de muerte tanto al pueblo como al virrey;
se ha aprontado dinero, se han desente-
rrado hachas, lanzas, estoques, arcabuces,
y en una palabra, la conspiración que yo

sofoqué malamente ayer, cercenando cabezas de cuatro tontos, que acaso nada tenían en ella, eunde sordamente por los barrios más pacíficos de la ciudad, y el estallido será espantoso. Mi gente lo revuelve todo, y los agentes de la nobleza no se descuidan. Pero aunque este negocio es de éxito infalible, todavía fío yo más en un personaje misterioso que está en este momento con el virrey, y a quien ha hecho cejar hasta sus últimos atrincheramientos.

ROD. ¡Ah! ¿Qué puede hacer ese hombre solo contra todo el poder del virrey de Nápoles?

DIEGO. No toda la fuerza consiste en las espadas que se llevan a la cintura, ni en las lanzas de los guardias que custodian un palacio. Unos pocos renglones de mala letra escritos en un pedazo de mal papel, logran muchas veces lo que no consiguieron poderosas armadas y ejércitos aguerridos.

ROD. Luego ese desconocido...

DIEGO. Viene de la corte de España.

ROD. Con alguna misión secreta, sin duda.

DIEGO. Yo no atino a punto fijo con su misión; pero ello es que traía para mí uno de esos pedazos de papel, de que os acabo de hablar, y al mostrármele anoche en una callejuela oscura, y a la luz de un farolillo agonizante, os confieso que me quité respetuosamente mi sombrero, y le dije con la frente doblada hacia la tierra: «Mandad, señor; yo estoy pronto.» Ahora ved si quien me hizo a mí descubrir y doblar la cabeza ante un papel, podrá hacer caer de rodillas al virrey delante de otro. ¿Parece que os asombráis de mis noticias?

ROD. Sí, en verdad.

DIEGO. Pues son más seguras que los cerrojos de vuestra prisión. Pero no gastemos el tiempo en palabras inútiles. El virrey puede bajar por ese caracol de un instante a otro, y es preciso, señora condesa, que no os encuentre aquí.

ANG. ¿Y a dónde queréis llevarme?

Separarme de Monforte, mi esposo, es dejarme sin amparo, sin defensor, a merced de ese monstruo de perfidia y de libertinaje.

DIEGO. Con harto sentimiento mío voy a conducirlos a un aposento situado en la torre del Norte de este palacio, donde él mismo me ha mandado llevaros.

ANG. ¡Oh! No, no me apartaré de aquí un solo paso. Que venga si quiere a hacerme pedazos; pero sea a los ojos de Monforte, que me vengará o mirará conmigo.

ROD. Eso sí, ¡vive Dios!

DIEGO. No hay que afanarse tanto por tan poca cosa, señores. El esbirro Diego no os perderá de vista ni aquí ni en la torre del Norte, y estad descuidada, condesa; el brazo y el puñal del esbirro Diego se interpondrá siempre entre vos y el conde de Vergara. Yo he sido siempre vuestro ángel tutelar y su espíritu tentador. El virrey está ya ligado a la tierra por un hilo muy delgado, y al menor esfuerzo de mi mano se romperá, y el ebismo que yo he abierto a sus pies se le sorberá irremisiblemente. Pero es fuerza no darle tiempo a que sus sospechas se corroboren, y con sutiles maquinaciones retarde su hora y abrevie la nuestra. Os aseguro que nada tenéis que temer si me seguís, pero no respondo de nada si os quedáis.

ROD. Separémonos, Angelina mía. El cielo velará por nosotros, y se encargará de vengarnos si ese hombre es un miserable impostor.

DIEGO. Dentro de una hora, señor Monforte, me presentaré delante de vos, y espero que habréis mudado de opinión. Vamos, que siento pasos en el caracol.

ANG. Adiós, Monforte.

ROD. Protéjanos su misericordia.

DIEGO (a Angelina). ¡Ah! Esperad un instante. (A don Rodrigo.) El virrey os hará probablemente una visita; conque será preciso que os encuentre atado como me encargó, para no dar pábulo a mis sospechas.

ROD. ¡Cobarde!

DIEGO. ¡Oh! Sí; os teme sin duda alguna; y acaso en vez de bajar a encontraros cara a cara, se asomará por aquel balconcillo, infernal invención a favor de la cual se goza y se cerciora de los sufrimientos de sus víctimas.

ROD. Sea en buen hora; y Dios os perdona esta afrenta, que tolero fiado en vuestras promesas. (*Diego le ata mientras habla.*) Adiós, Angelina mía; ruegale por nuestro porvenir.

DIEGO. Dios os guarde, joven. Dentro de una hora habremos subido a su tribunal, o estaremos celebrando nuestra victoria en los salones del palacio del virrey de Nápoles.

ROD. ¡Quiera nuestra buena estrella que sea como decís!

ESCENA III

DON RODRIGO

¿Será verdad? ¿Hipócrita y cobarde de mi desgracia mofará el espía, para arrancarme con placer más tarde la rica flor de la esperanza mía? ¿Será que así un ejemplo tenebroso de sublime tormento se le alcanza, o cumple un mandamiento poderoso protegiendo tal vez nuestra venganza? ¡Loca ilusión! No hay más que lo presente y el puñal que en secreto ya se aguza: necia ilusión que huye de la mente como polvo que el viento desmenuza. ¿Quién puede hallar en los chispazos rojos que en sus pupilas a la voz se encienden de sangre y de venganza, que sus ojos las esperanzas de mi amor comprenden? ¿Quién no ve en su furtivo movimiento que acecha la ocasión para lanzarse como el tigre feroz que está sediento, y con sangre no más quiere embriagarse? No hay más allá: del misterioso espía la fúnebre y siniestra catadura, horas sólo de horror y de agonía al receloso corazón augura. No hay más allá: mi sangre generosa, mi sangre manchará los escalones

del cadalso, y allí la gente ociosa servirán de ludibrio mis blasones. ¡Pobre Angelina! Al saludar un día tus pocos años y tu frente pura en la fértil, gentil Andalucía, patria, templo y edén de tu hermosura, en premio de tu amor no imaginaba que en las playas de Nápoles hubiese un caballero vil que te esperaba, y no tu amante, tu verdugo fuese. Perdóname, Angelina, si te pago tan tristemente tu pasión primera: funesto ha sido para ti y aciago lo que mi gloria y mi entusiasmo era. Este amor infeliz que me devora, este amor infeliz que nos tenemos, ¡ay!, Angelina, dentro de una hora sepultura con él nos abriremos.

ESCENA IV

DON RODRIGO, EL VIRREY

VIR. Salud al conde de Monforte...
ROD. ¡Cielos!
 ¿El conde de Vergara?
VIR. Que al impulso de la piedad se rinde, y generoso abandona el salón de los virreyes, por acorrer en su postrera hora al mancebo gentil napolitano que se dignó estrechar de la española, embriagado en amor, la linda mano.
ROD. Bien habéis en reír amargamente y en el alma gozar: nuestro destino es diferente aquí: si no lo fuese respondería mi valiente acero a la mofa sangrienta y al insulto del que es, aunque virrey, mal caballero.
VIR. ¡Que siempre lenguaraz el noble [conde olvide mi razón y mi justicia!
ROD. ¿Razón, justicia, el conde de Vergara? Hipocresía, mucha.
VIR. ¿Y la paciencia?
 ¿No os parece también de gran cuantía? Oídmeme y pesareis en lo que vale. Hay un virrey en Nápoles... el conde

de Vergara, Monforte, que celoso de cumplir su deber, en el mancebo de la Sede Capuana, al peligroso conspirador halló.

ROD. Mentís...

VIR. Si miento,

ya sancionó, Monforte, la mentira el Consejo y la ley... Preso Rodrigo, reclamó a tiempo de su noble estirpe los rancios privilegios, y celoso de cumplir su deber el de Vergara, cedió a su pretensión; y el pueblo todo de Nápoles entiende que se guardan con él los miramientos de costumbre. Mirad esa espaciosa galería; mirad la rejá del encierro abierta; el pueblo hablaros puede; sois un noble; mas ¡ay del pueblo, si llegó a esa puertal, Desde lejos os ve y os compadece. Yo os miro muy de cerca y me consuelo.

ROD. Y Dios, de tanto crimen ya cansado,

la maldición preparará en el cielo.

VIR. Mientras que llega, seguiré la historia;

y si en algo apreciáis vuestra existencia, no tan pronta la echéis de la memoria. Esos soldados que con faz adusta, ni reparan en vos, ni en la riqueza de esos vestidos, ni el bizarro porte, ni imbéciles recuerdan la nobleza de que hicisteis alarde en el Consejo que de Castilla os distinguió en la corte, estatuas son; pero, entendedlo, estatuas que al amagar no más la muchedumbre, con sangre y fuego cegarán la entrada al populacho alborotado y ciego que pretenda asaltar esta morada. Hay sin embargo, una mujer...

ROD. Vergara...

ten esa lengua; y si a manchar su nombre te atreves, pronunciándole tu boca, desde mi encierro escupiré tu cara.

VIR. Nолlegará hasta mí vuestra arrogancia;

hay entre un preso, aunque de noble estirpe, y de Italia el virrey, mucha distancia. Angelina tal vez pudo en un día,

menos enamorada de Monforte, de amor cediendo a la demanda mía, la vida libertar y gentileza de su noble mancebo, y los blasones del que atrevido acaso y con mancilla de la casa infanzona de Orellana, a un monasterio la robó en Sevilla... Mas hoy es tarde ya: ría en buena hora su galana y espléndida hermosura; reuerde en su escondido calabozo el aura matinal que amante y pura meció en vergeles de pintadas flores vuestras sabrosas pláticas de amores. Dentro de poco tan amante yugo, merced a la justicia de Vergara, romperá la cuchilla del verdugo.

ROD. Piedad, señor, piedad... En mí

[tan sólo

cébase tu rencor: yo he conspirado, yo he querido arrastrar las españolas banderas por el fango; sí; yo he dicho que era un villano el conde de Vergara, un infame traidor, un asesino... Reid, conde, reid..., ese es el nombre que merecéis...

VIR. A fe que me enternece tu súplica cortés, pero es ya tarde... Un sacerdote confesó a Angelina... y el sacerdote declaró al consejo: ya ha firmado, Monforte, su sentencia y ejecutada hoy, que no mañana, dentro de un hora su fatal destino te anunciará el clamor de la campana.

ROD. Dejadme, por favor...

VIR. Primero ella... Yo te perdono a ti; yo te desprecio... Hay un anciano en Nápoles, que quiere una afrenta vengar que tú le hiciste... Me ha comprado tu vida, y generoso sin paga se la di; y breve espacio a tu lado estará; poca distancia hay de tu calabozo a mi palacio.

ESCENA V

DON RODRIGO

¡Pobre Angelina! Horribles desengaños halló en mi patria tu cariño ardiente;

¡tan pura y bella y de tan pocos años
en Nápoles morir tan tristemente!
¿Quién me dijera, ¡ay Dios!, cuando rezaba
en una catedral de Andalucía,
que yo mismo, ¡ay de mí!, te preparaba
prisión, cadenas y cadalso un día?
¡Perdóname, mi bien! Antiguas salas
de dorado artesón, montes de oro,
de seda ricas y escogidas galas
y de mi eterno amor el gran tesoro...
he aquí, Angelina, el porvenir que ufano,
en el calor de su amorosa llama,
el de Monforte presentó en su mano
a la que mártir hoy padece y ama.

(*Se arrodilla.*)

Quando en el cielo, serafín hermoso,
al lado de los ángeles sentada,
desde tu asiento de eternal reposo
dirijas a este mundo una mirada,
búscame por doquier, ¡oh mi Angelina!,
que yo te juro me hallarás de hinojos,
y desde el trono de tu luz divina
en ti clavados hallarás mis ojos.

ESCENA VI

DON RODRIGO, DON GARCÍA

ROD. ¡Ya viene el verdugo a mí!
Recibe, pues, madre mía,
el adiós de mi agonía
que exhalo lejos de ti.

(*Se arrodilla como en oración.*)

GARC. ¡Cuán cobarde es la traición!
Allí está ese hombre de hinojos,
destilando por los ojos
el miedo del corazón.
¿Mancebo?

ROD. ¿Qué quieres?

GARC. ¿Sabes
cuántos años has vivido?

ROD. A cortarlos has venido:
suplicote, pues, que acabes.

Y di a quien aquí te envía
después de mi ejecución,
que sólo en su corazón
cupiera tal villanía.

GARC. Mancebo, engañado estás;
ni yo su verdugo soy,

ni a sus órdenes estoy,
ni me obligaron jamás.
A entrar en tu calabozo
una razón me sujeta
tan justa como secreta.
Respóndeme, pobre mozo:
¿tienes padres?

ROD. ¡Ay de mí!

Quédame sólo mi madre,
porque a vivir mi buen padre
ya hubiera llegado aquí
por cima de los escombros
de este palacio fatal,
e ido yo en marcha triunfal
de sus vasallos en hombros.

GARC. Si eras, cual dices, tan noble,
siento que no esté a tu lado,
para que fuera, ¡malvado!,
tu afrenta y la suya doble.

ROD. ¡Ah! Te comprendo: del yugo
teme el virrey que su presa
se le escape, y tiene priesa.
Ea, pues, hiere, verdugo;
haz de tu crueldad alarde.

GARC. Mozo, tráeme a tu prisión
tan sólo mi corazón.

ROD. Entonces sois un cobarde.

GARC. ¡Ira de Dios!

ROD. Si en verdad

lo sois; si como decís,
a asesinar me venís
de espontánea voluntad,
os habrá dicho el virrey:
allí le tenéis atado;
sustituid de contado,
la injusticia de mi ley.

GARC. No más al virrey me nombres,
y escúchame en conclusión;
que es fuerza que a mi razón
te amedrentes y te asombres.
Había un noble en Sevilla
leal cual nadie en la tierra,
el cual se partió a la guerra
con las huestes de Castilla.
Tenía este hombre consigo
una hija, tierna y hermosa,
que crecía virtuosa
de su amor bajo el abrigo.
Mas a la guerra al marchar,

por más que le fuera en pena,
a la vigilancia ajena
la tuvo que encomendar.

Fió, pues, en el misterio
de un claustro, y aunque no sola,
sujeta a un aya dejóla
cerrada en un monasterio.

Pero, ¡oh fortuna cruel,
sin conciencia y sin pudor
un infame seductor
se introdujo astuto en él.

La embriagó con sus promesas,
y la infeliz criatura

aborreció la clausura,
saltó sus verjas espesas,
y arrojándose en los brazos
de aquel corruptor maldito,
cometió el primer delito
haciendo mi honor pedazos.

ROD. ¡Vos sois su padre! ¡Señor,
perdón!

GARC. Me vas comprendiendo,
según parece.

ROD. ¡Oh! Comprendo
de un padre el justo furor.

GARC. Escúchame, pues, villano,
y entiende que sólo vengo
a decirte que yo tengo
tu vida entera en mi mano.

ROD. Oíd primero, señor.

GARC. Nada tengo que escuchar;
ni yo te vine a matar
a oscuras, como un traidor.

Sé, conozco tu inocencia;
con una palabra mía
sé que salvarte podía
el honor con la existencia;
mas tú fuiste el asesino
de mi hija, y aunque es injusta
tu sentencia, es cosa justa
que se cumpla tu destino.

ROD. ¡Yo asesino de Angelina!
Aquí hay un error fatal.

GARC. No sólo con el puñal
o el veneno se asesina.
Miserable seductor,
tú el sepulcro la has cavado,
tú me la has asesinado,
mas vilmente, con tu amor.

A las fatigas y viajes
a que exponerla has querido
para matarla, has unido
tus desprecios, tus ultrajes.

Con tu amor la enloqueciste;
mas del suyo te cansaste,
y al cabo la abandonaste,
y al fin pereció la triste.

ROD. ¡Viven los cielos, señor!
Vos sois víctima fatal
de alguna trama infernal.

GARC. Mira, infame: el confesor
(Mostrando el retrato.)

que la escuchó en su agonía,
con sus palabras postreras
en que encargó que murieras,
este retrato me envía.

ROD. ¡Es el vuestro!

GARC. El mío, sí.
Yo al cuello se le colgué
cuando a lidiar me marché.

ROD. Todo lo entiendo, ¡ay de mí!
Los esbirros del virrey
del cuello se le arrancaron
cuando mi casa asaltaron
en el nombre de la ley.

¿Sin duda él mismo os le dió?

GARC. Sí, por cierto.

ROD. ¡Y él, de fijo,
que murió Angelina os dijo!

GARC. Él mismo.

ROD. Señor, mintió.

Mintió; pura y virtuosa,
lamentando nuestro error,
vive Angelina, señor.

GARC. ¡Vive!

ROD. Vive, y es mi esposa.

GARC. ¡Tu esposa!

ROD. En la soledad
de una aldehuela española,
en nuestra fuga asaltóla
peligrosa enfermedad.

Salvóla el favor de Dios,
y nuestro delito es
no haber ido a vuestros pies
en lugar de huir de vos.

GARC. ¡Vive! ¡Ay de mí! ¿Dónde está?
Alza, sígueme, corramos.

ROD. Dios quiera que no vayamos muy tarde en su auxilio ya.

GARC. ¡Qué dices!

ROD. El alborozo refrenado, padre y señor, que por resistir su amor suspira en un calabozo.

GARC. ¡Amor! ¿De quién?

ROD. De Vergara.

GARC. ¡É! ¡El infierno le auxilia! ¿El insultar mi familia?

Saldrá su audacia cara.

¡Oh! Haré un terrible escarmiento:

yo le arrancaré el Toisón,

enlodaré su ropón,

y le haré sin miramiento

cumplir con la ley completa,

y al suplicio por traïdor

irá como un malhechor

sentado en una carreta.

¿No me comprendes, mancebo?

Mas respira a tu placer,

que es inmenso mi poder

y a todo con él me atrevo.

Del poder de que abusó

apartó a Vergara el rey.

ROD. ¿No es ya Vergara el virrey?

GARC. No; ahora el virrey soy yo.

ROD. ¡Ah! Desatadme, y salgamos...

GARC. Sí, que todo cabe en él.

(Va don Rodrigo a la puerta por donde

entró don García, y la halla cerrada.)

ROD. Mas resiste este cancel...

GARC. ¡Cielos! Perdidos estamos.

Cerróle detrás de mí

cuando aquí me acompañó,

y el lazo que me tendió,

ciego de rabia, no vi.

¡Vive Dios!

ROD. Desdicha fué

de nuestra suerte tirana.

(Suena la campana.)

Mas ¡Dios santo! la campana.

Todo se perdió!

GARC. ¿Por qué?

ROD. Esa campana, señor,

anuncia que mi Angelina

hacia el cadalso camina

sin consentir en su amor.

GARC. ¡Ah! Todo lo entiendo ahora.

¡Por eso el traïdor Vergara

pedía que le dejara

mandar aún una hora!

Cref a la hija de mi amor

vengar entretanto en ti.

ROD. ¿Y habéis consentido?

GARC. Sí.

ROD. ¡Ah! ¡Qué habéis hecho, señor!

(Durante esta escena y la siguiente, oyesse doblar pausadamente la campana, de modo que no estorbe a la representación. Oyesse murmullo como de cánticos sagrados a lo lejos, y la luz de las hachas que se supone que acompañan a Angelina penetra por la reja de la puerta, por la que no debe verse más que el resplandor.)

GARC. Mas oye, ¿qué significan esas voces religiosas?

ROD. No sé, pero me estremecen.

GARC. Se ve resplandor de antorchas por esa reja.

ROD. ¡Dios mío!

¿Qué procesión tenebrosa de enlutados es aquélla

que se aleja por las cóncavas galerías?

(Se asoman a la reja, tapándola con sus personas, impidiendo al público ver lo que pasa por el fondo.)

GARC. Es, sin duda, algún entierro.

ROD. Oíd: dobla

un atambor destemplado,

GARC. Oye, oye lo que pregonan.

ROD. ¡Es una justicia!

GARC. Escucha.

(Suena el pregón a lo lejos.)

VOZ. Esta es la justicia que manda

hacer en nombre del rey nuestro señor, su excelencia el conde de Vergara, virrey de Nápoles, en la persona de Angelina de Orellana, por delito de lesa majestad.

GARC. ¡Tened, canalla traïdora!

Yo soy el virrey de Nápoles.

Abrid pronto esta mazmorra,

o ¡voto a Dios, que en cenizas

tomaré la ciudad toda!

ROD. ¡Ay, padre! Que están muy lejos, y vuestras voces ahoga la multitud que murmura, y en vano intentáis que os oigan.

GARC. ¡Oh! Ya se pierden cruzando las galerías tortuosas.

ROD. Todo es en vano, señor.

GARC. El coraje me sofoca.

¡Guardias, soldados, a mí! Al que mis cerrojos rompa, le haré tan rico, que pueda despreciar una corona.

UN SOLDADO (por fuera de la reja).

¿Qué es lo que estáis ahí gritando?

GARC. Llegá, buen soldado, toma.

(Alargando por entre la reja sus credenciales.)

Yo soy el virrey de Nápoles; mis credenciales en forma son esas; corre al Consejo a presentarlas, y pródiga mi mano te abrirá de oro cuanto mi raza atesora.

SOLD. (riendo.) ¿Vos el virrey?

GARC. Mira, mira.

SOLD. Vaya, esta gente está loca.

GARC. Lee, por peidad, y la firma verás del rey.

SOLD. ¡Esa es otra!

Ni yo sé leer, ni nada de lo que decís me importa.

GARC. ¡Por Cristo crucificado!

Si llamas quien nos socorra, te haré alcaide del castillo.

SOLD. ¿Y si por ello me ahorcan antes de llegar a serlo?

GARC. ¡Triste de mí! ¡No hay quien fin a tan duro suplicio!

¡Conque ningún medio logra tener ese asesinato!

SOLD. ¡Pobre viejo, cómo llora!

ROD. ¡Y aun esa fatal campana temerosamente dobla!

GARC. ¡Y va a la muerte mi hija...!

SOLD. ¡Calla! ¿Sois de esa señora...?

GARC. Su padre, ¡voto a los cielos! ¿No lo has entendido hasta ahora?

ROD. ¡Oh! ¡Te entenece, soldado, nuestra situación penosa!

GARC. ¡Por la Virgen sacratísima! Esas credenciales toma, corre al Consejo, y la salvas.

Es inocente.

SOLD. En buen hora: dadme esos papeles, dádmelos;

que si hago esa buena obra, todo lo demás es nada.

ROD. Toma, y vuela, y Dios te acorra.

ESCENA VII

DICHOS; EL VIRREY, que durante la escena anterior se habrá asomado al balcón.

VIR. Llegará tarde, señores.

GARC. ¡Oh, vibora ponzoñosa!

El cielo ponga en tu alma el pesar que me destroza.

VIR. Yo os juro, buen don García, que comprarás a gran costa el virreinato de Nápoles.

GARC. Téngale tu alma ambiciosa, si tanto el mando te agrada.

Yo te le vuelvo.

VIR. Me sobra con las dos horas que tengo.

GARC. Tiembla, traidor: esas horas te abreviará tu consejo.

VIR. Es esperanza ilusoria; yo presentaré contra ellas tu firma y palabra propia.

GARC. ¡Oh, por piedad, tu venganza descarga en mí... mas perdónala!

(La campana deja de tocar.)

ROD. (espantado). ¡Infelices de nosotros! Ya la campana no toca.

GARC. ¡Dios mío!

VIR. Y ya está cumplida su sentencia. Sed ahora virrey de Nápoles, sedlo:

y vuestra primera obra sea abrir su sepultura

y hacer celebrar sus honras.

GARC. ¡Oh, calla, y Dios te maldiga!

(Vuelve a sonar la campana con más prisa.)

ROD. Escuchad: otra vez dobla la campana.

VIR. ¡Cielos!

ROD. Padre, a rebato es lo que tocan. *(Suenan arcabuzos, tambores y clarines a lo lejos.)*

ROD. ¡Tiembla, miserable, tiembla si la fortuna se torna!

VIR. ¡Tiembla, si yo te presento la cabeza de tu esposa!

(El tumulto y las voces se acercan. Óyense gritos de ¡muera el conde de Vergara! y se ve por la reja de la puerta el resplandor de los hachones. Don García y don Rodrigo se abalanzan a la puerta, gritando a los de afuera:)

ROD. y GARC. ¡Aquí, soldados, aquí! ¡FAVOR a Nápoles!

UN SOLD. ¡Hola!

Aquí están. ¡Eh!, camaradas, ¡abajo la puerta!

OTRO. ¡Otra palanca por ese lado!

VIR. ¡Cielos! La turba traidora los calabozos asalta.

Huyamos. *(Va a salir y halla cerradas las puertas del balconcillo.)*

¡Mas qué alevosa traición! ¡Por dentro han cerrado este balcón!

(Golpea y empuja las puertas, que no cedén.)

¡Oh, ellos doblan sus esfuerzos! ¡Me han vendido!

Mas mi suerte no me importa si se logra mi venganza.

PUEBLO. ¡Adentro!

ESCENA ÚLTIMA

Cae la puerta y entran en tropel soldados, pescadores, villanos, etc., con antorchas, chuzos, picas, sables, etc. DON GARCÍA y DON RODRIGO, al ver que no viene entre ellos ANGELINA, dan un grito y van a salir diciendo a un tiempo:

GARC. y ROD. ¡Virgen piadosa! ¿Angelina?

VIR. *(a don García.)* No la esperes: con ella el mando me compras.

DIEGO *(dentro)*. Abridnos paso.

ROD. ¡Ese acento...! *(Diego, abriéndose paso de repente, se presenta trayendo a Angelina, la cual se echa en los brazos de don García y de don Rodrigo.)*

ROD. ¡Dios mío, es ella!

GARC. ¡Hija mía!

ANG. ¡Padre, esposo!

VIR. ¡Ah, él me vendía!

UN PESCADOR *(viendo al conde de Vergara)*.

¡El virrey!

PUEBLO. ¡Muera!

DIEGO. ¡Eh! Con tiento.

(Al virrey.)

Las vueltas os he cogido, señor Vergara, que al cabo el astuto vence al bravo y en la trampa habéis caído.

(El balcón se abre y deja ver dos hileras de soldados españoles que guardan al virrey.)

Mi cabeza me exigisteis o el incógnito del mar, y os le vengo a presentar: aquí está el que me pedisteis.

(Señalando a don García.)

VIR. ¡Oh, rabia!

PUEBLO. ¡Muera!

OTROS. ¡Matarle, matarle!

GARC. ¡Todos atrás!

Sólo el rey tiene no más derecho de castigarle. Vergara, a su real Consejo os remito, y sin encono, como quien soy os perdono, y como vencido os dejo.

Y esta piedad, que acrisola mi justicia y mi nobleza, os prueba cuánta grandeza cabe en un alma española. *(Los guardias retiran del balcón al conde de Vergara. Don García toma de la*

CAÍN, PIRATA

CUADRO DE INTRODUCCIÓN AL DRAMA EN TRES ACTOS TITULADO

UN AÑO Y UN DÍA

PERSONAS

- CAÍN, capitán pirata.
- RODULFO.
- ELENA.
- PEDRO.

- TOMÁS.
- UN MARINERO DE LA MARINA REAL.
- DOS MARINEROS PIRATAS.
- DOS DE LA MARINA REAL.

La escena es en la isla Cabrera, una de las Baleares. Siglo XVII

Playa desierta en la isla Cabrera. Mar en el fondo. Rocas a la derecha. La acción empieza al anochecer de un día de junio.

ESCENA PRIMERA

(El mar empieza a calmarse después de una tempestad, y la noche va cerrándose. Pedro aparece bajando por los peñascos a la playa, desde donde contempla el mar, sentándose en una piedra.)

PEDRO

¡Esto va malo, Pericol!
No es esta vida salvaje
para quien ha estado siempre
entre seres racionales.
Ello es verdad que, no habiéndolos
aquí, tampoco hay percances

de escribanos ni alguaciles...
y esto ¡qué diablito algo vale.
Aquí nadie me pregunta
ni exige pruebas legales
que acrediten que soy Pedro,
Diego, Juan, Antonio o Jaime;
mi oficio, mi ocupación,
qué casa vivo y qué calle.
Todo eso es verdad, sin duda,
y una ventaja muy grande
para hombres que, como yo,
no gustan de que se hable
mucho de ellos: mis asuntos
al cabo a nadie le atañen.
Pero ajustando las cuentas
en limpio, y por otra parte
viendo el negocio, es muy duro
que un hombre la vida pase
como un lobo entre las peñas,

los espinos y los árboles,
durmiendo en una caverna,
de peces alimentándose,
y esperando a que la mar
le arroje algo que le cuadre,
presa arrancada a otro pobre
por traidores temporales.
¡Oh, y el de hoy fué cosa horrenda!

Hizo noche a media tarde.

Esto va malo, Perico...

Mas de la vista al alcance
flota en el agua un objeto,
dos, tres... ¡bah! Dios te lo pague,
Levante amigo, que empujas
hacia tierra el oleaje.

Y es un barril... ¡haga el diablo
que no sea de vinagre,

que a fe que no necesito
ácidos que abran el hambre!

¡Hola, hola, y cómo pesa!

Y allí viene un cajón grande,

y más allá veo un fardo

y otro barril; ¡oh santo ángel

de mi guarda! Y esto es vino,
y esto pólvora.

VOZ EN EL MAR. ¡Amparadme,
santo Dios!

PED. ¡Cielos, qué acento!

VOZ. ¡Ay de mí!

PED. (mirando). Del agua sale:
¡oh! sí, lo veo, es un naufrago.

(Haciendo seña con las manos.)

¡Eh! buen hombre, ánimo; nade
un poco más, y está en salvo.

No me escucha... ¡Oh! Se desase
del palo a que se agarraba;

no puede más... a salvarle
voy, si es que alcanza su vida

hasta que llegue a esperarme.

(Se arroja al mar, y queda un momento
sola la escena.)

ESCENA II

PEDRO, ELENA

(Pedro trae a Elena desmayada y la pone
sobre las piedras.)

PED. Dios quiera que aún sea tiempo
de salvarla... ¡Oh! ¡Hubo un instante

en que temí por los dos
del agua con los embates!
¡Infeliz! Perdió el sentido
antes de que yo llegase,
y ya a merced de las olas
estaba próxima a ahogarse.
Si un sorbo de vino al menos
pudiera hacer que tragase.
¡Vamos a ver!

(Toma una concha, vierte en ella unas gotas del licor que contiene el barril, y se lo hace tragar.)

ELENA. ¡Ay!

PED. Respira.

ELENA. ¿Dónde estoy?

PED. En un paraje

seguro ya, aunque no ofrece
sobradas comodidades.

Ea, bebed; que ahora es fuerza
reponerse y calentarse,
porque el baño ha sido largo
y peliagudillo el lance.

ELENA. Y vos, hombre generoso,
que sin duda por salvarme
vuestras ropas aún mojadas
muestran que al mar os echasteis,
¿quién sois? ¿Qué país es este?

PED. Contestación no muy fácil
tienen esas dos preguntas,
señora... mas escuchadme,
aunque no den mis palabras
gran consuelo a vuestros males.
La tierra en que estáis es una
de las islas Baleares.

ELENA. ¡Oh! ¿Cuál de ellas?

PED. La Cabrera.

Pero no hay más habitantes
que nosotros en su suelo,

y no siendo útil a nadie,

rara vez aporta un buque
a sus riberas salvajes.

Ha tiempo había una torre,
de la cual eran guardianes

diez soldados españoles;

mas dos o tres años hace

que un día los degollaron

unos piratas de Tánger.

Por lo que toca al país
os he dicho lo bastante;

y en cuanto a mí, de mi historia no habrá mucho que relate. Soy mallorquín: mis negocios me hicieron al mar lanzarme de un pescador en un bote, y el mar me echó a estos lugares. Un mes ha que estoy en ellos, y puesto que a ellos llegasteis, contándoos cómo vivo no hay para qué más os canse.

ELENA. ¡Ay de mí! ¿Conque en tal [caso

no hay medio de abandonarles?

PED. Ninguno, como algún buque

no nos descubra, que pase,

o algún águila marina

de los pelos no nos saque;

lo cual, señora, ya veis

que sería extraño viaje.

ELENA. ¿Y qué hacer?

PED. Nada; ponerse

en manos de Dios, estarse

noche y día en atalaya

por si llegar vemos alguien

que nos socorra, y vivir

en soledad agradable,

como allá en el paraíso

nuestros primitivos padres.

ELENA. ¡Misericordia de Dios!

PED. No está de más invocarle.

Mas decidme (esto, señora,

si es que se puede y os place),

cómo llegasteis aquí.

ELENA. Un barco de catalanes,

a cuyo bordo a Mallorca

pasaba desde Alicante,

naufragó, perdido el rumbo

con la borrasca, y salvarme

logré asida a ese madero,

luchando toda la tarde

con la mar, desesperada

de lograrlo a cada instante.

Esta es mi historia, buen hombre.

PED. Ea, pues Dios nos depare

buen suerte y buen auxilio.

Entre aquestos peñascales

tengo una mala barraca;

tengo una mala barraca;

ocupada, y que descanse

dejad al cuerpo unas horas,

mientras que pongo remate a la colección de frutos

que la marea nos trae.

Y tiempo hay decurrir

lo que conviene.

ELENA. Ayudadme,

que estoy entumida toda.

PED. Dadme el brazo, y animarse,

¡voto va el diablo!

(*Éntranse por la derecha, y vuelve luego*

Pedro solo.)

ESCENA III

PEDRO

Ea, pues.

Heme aquí ya ¡vive Dios!

en medio de este desierto,

y a la tormenta deudor

de una nueva compañera

que en mi soledad me dió.

Vaya, veamos qué es esto.

¡Hola! Barrica de ron,

un baúl...

(*Lo rompe con una piedra para abrirlo.*)

Ropa... pistolas...

Un collar, un libro, dos,

tres, cuatro... esto era de un sabio:

veamos qué libros son.

«Historia de Carlo Magno

y los doce pares...» ¡oh!

¡Gran libro! «Tomo tercero,

comedias de Calderón.»

Siempre que no hablen en ellas

más personajes que dos,

bien las podemos hacer

esa compañera y yo.

(*Sigue recogiendo cajones y demás objetos que el mar arroja a la playa.*)

ESCENA IV

PEDRO, ELENA

ELENA (*dentro*). ¡Eh! Mirad, mirad.

PED. ¿Qué es ello?

ELENA. Un barco.

PED. ¡Poder de Dios!

(*Aparece a lo lejos un bergantín.*)

Y es cierto; hagámosle seña; ahí tenéis ese jirón de mi manta... mas ¿qué es esto? O veo visiones yo, o a las velas cogen rizos: sí, sí, víran a estribor, dirigen aquí su rumbo.

ELENA. *(desde las peñas)* ¡Oh! Mis ruegos escuchó el cielo, y en ese barco nos envía salvación.

PED. Botan al agua una lancha; pero ¡válgame el Señor! Buen amparo nos envía.

ELENA. ¿Qué decís?

PED. ¡Pues! Ellos son.

ELENA. ¿Quiénes?

PED. ¿No veis los arreos?

Piratas.

ELENA. ¡Cielos! ¡Hay hoy más desdichas que apurar!

PED. Pronto, ocultaos, si no queréis que seamos hechos cautivos ambos a dos.

Meteos entre las peñas; puede que su expedición no sea más que a hacer agua; y con prudencia y valor puede que salgamos bien y que nos ayude Dios.

ELENA. Si Él no lo hace...

PED. Ea, venid.

Y dejadme que obre yo, que para perdernos ambos siempre ha de ser ocasión.

(Vanse por la derecha.)

ELENA. ¡Piratas! ¡Ay, esperanza de sueño fascinador!

ESCENA V

CAÍN, RODULFO, TOMÁS, dos piratas, en una lancha y con trajes sicilianos, pistolas al cinto, etc., etc.

CAÍN. Sacad a tierra esas pipas, bajadlas a la caverna en que el manantial se oculta, y avisad cuando estén llenas.

(Los marineros sacan los toneles y los llevan por detrás de las peñas a la derecha.)
Preside tú esa maniobra

y cuida de que obedezcan; y tú, Rodulfo, colócate de atalaya entre las peñas.

Si algo repentino ocurre que reclame mi presencia, la tierra de la isla es poca y oír al punto la seña.

(Vanse Caín por la izquierda y Rodulfo por la altura de la derecha.)

ESCENA VI

TOMÁS

Oscura cierra la noche, hierva el mar y el viento arrecia.

Ya darnos caza no pueden, nuestra nave es más velera, y traen mucha gente inútil y poca marina diestra.

¡Ay de mí! ¡Quién otros días suerte tal me predijera!

Así las cosas del mundo se eslabonan y encadenan las unas tras de las otras

y nos arrastran por fuerza del oscuro porvenir a la sima de tinieblas.

ESCENA VII

PEDRO aparece sacando la cabeza con precaución por los peñascos. TOMÁS le descubre al punto y le encañona una pistola.

PED. No siento nada; tal vez se internaron por la tierra.

TOM. ¿Quién va?

PED. ¡Cielos, soy perdido!

TOM. ¡Eh! buen hombre, sea quien sea, échese al punto, o le meto una bala en la cabeza: entregaos.

PED. Ya me entrego.

TOM. ¿Solo estás?

PED. Solo.

TOM. Desierta está hace tiempo esta isla: ¿cómo os encontráis en ella?

PED. Huyendo de enemistades y voluntades siniestras,

echéme al mar en Mallorca y el mar me echó a esta ribera.

TOM. ¿Nadáis, pues, como un salmón?

PED. No nadé, que vine a fuerza de remos en una barca

de un pescador.

TOM. Cosa es esa que se acerca a la verdad: ¿mas ¿y el bote? *(Mirando al agua.)*

PED. La marea se lo tragó, y ya hace un mes que habito aquí entre las peñas como un animal salvaje.

TOM. ¿Y a Mallorca no quisierais volver?

PED. ¿A Mallorca? Oh, no.

TOM. Tenéis en aquella tierra muchos amigos sin duda, y pues la hacéis tal preferencia.

PED. ¡Qué queréis! Cosas del mundo.

TOM. Ya. *(Si este hombre a mis ideas contribuyese.)* *(Examinándole.)*

PED. ¡Qué diablitos me examina con tal fiabilidad!

TOM. *(Veamos.)* Buen hombre, hablé-

ambos a dos con franqueza. Yo necesito de vos,

y vos de quien os proteja. Si me servís, yo os prometo

que sois libre, y las antenas de aquel bergantín pirata

no han de saber lo que pesa el cuerpo de un mallorquín

suspendido en una verga.

PED. ¡Oh! Sí, sea la que fuere, acepto vuestra propuesta.

TOM. Decidme, pues: para ser hombre de bien en la tierra,

¿qué os hace falta?

PED. Dos cosas. Bien, dinero es una de ellas.

PED. Precisamente.

TOM. ¿Y la otra?

PED. Otro nombre y otras señas en mi individuo.

TOM. ¿Queréis cambiar conmigo las vuestras?

PED. ¿Con vos?

TOM. Nada os dé cuidado; caí, volviendo de América,

en las manos de esa gente, y aunque hay razones secretas

que abandonarla me impiden, no hay hombre alguno que pueda

reconocerme en mi patria, pues años ha salí de ella.

PED. Si no hay peligro en mostraros...

TOM. Ninguno.

PED. Pues cosa hecha.

TOM. Pues tomad. Todos los años volveréis por esta época

a esta isla, y hallaréis una cantidad como esa

donde queráis enterrada.

PED. ¿Pero qué hay que hacer por ella?

TOM. Oíd. Con esos papeles que contiene esa cartera,

acreditaréis que sois Tomás Ruiz de Villanueva.

PED. Que sois vos.

TOM. Seguramente. Escrita en una hoja de esas

veréis mi historia, que es breve; usada como os convenga.

PED. Bueno.

TOM. Y siendo Tomás Ruiz arribaréis a Marbella,

a Alicante, a cualquier punto de España, donde os parezca.

Iréis luego a Andalucía, y en el valle de Purchena

hallaréis un lugarcillo de seis casucas de tierra.

Preguntaréis por vos mismo, tomaréis todas las señas

y noticias que allí os den de vuestra mujer.

PED. La vuestra.

TOM. Por supuesto. Allí hallaréis *(si por ventura no es muerta),* una hija que Dios me dió:

amparadla, protegedla,
decidla que sois su padre:
no le digáis la manera
con que vivo, y sed vos bueno,
sed indulgente con ella.
Si yo no parezco más
(lo que es fácil que suceda),
os doy todos mis derechos:
persona fiel y secreta
os llevará la noticia
de mi muerte, y suma inmensa
os entregará en mi nombre;
mas si el mensaje no llega,
seguid haciendo mis veces
y esperad a que yo vuelva.
¿Aceptáis?

PED. Acepto.

TOM.

Ahora
tomo sobre mi conciencia
todo el mal que hayáis vos hecho.
A esta isla una galera
llegará que nos da caza,
y sabe que en estas peñas
hay una fuente, que usamos;
podéis acogeros a ella,
y pues sois ya Tomás Ruiz,
empezad vuestra comedia.

PED. Está bien.

TOM.

Pues ocultaos;
y no os paséis en la cuenta,
que aunque me fío de vos
de tan extraña manera,
no faltará quien me vengue
si olvidáis vuestras promesas.

PED. De todas mis fechorías
sería esa la más necia,
cuando me reporta a mí
más que a nadie conveniencia.

TOM. Contad, pues, con un amigo,
y andad, que alguno se acerca.

ESCENA VIII

TOMÁS, RODULFO

TOM. ¡Quién sabe! Acaso el destino
me depara un hombre fiel
para que encuentre por él
de mi ventura el camino.

¡Ah! Sin el fatal secreto
que a esos inicuos me ata,
fuera yo por el pirata
antes muerto que sujeto.
Mas Rodulfo ¡desdichado!
destino tal no merece,
y su destino parece
en acosarle empeñado.

ROD. ¡Tomás!

TOM. ¡Rodulfo! ¡Imprudente!

ROD. No pases, buen viejo, afán:
lejos está el capitán
y en tranquilidad la gente.

Y pues un momento aquí
nos hallamos en sosiego,
aconsejame, te ruego.

TOM. ¡Aconsejarte!

ROD. Oye.

TOM. Di.

ROD. Tomás, hasta aquí llego:

aquí mi padre me mata

primero que del pirata

al barco me vuelva yo.

No volveré a ver izar

en combinación extraña,

de la Inglaterra y la España

las banderas a la par.

No quiero ver que en un viaje

si topamos tres bajeles,

entramos como de infieles

en los tres al abordaje.

Bajo un pabellón lidiar,

sea el que sea, eso es valor:

pero no, a todos traidor,

correr con todos la mar.

Y, en fin, es cosa segura,

pese al capitán o no,

en esta isla tendré yo

libertad o sepultura.

TOM. ¡Tan resuelto!

ROD. Sí, Tomás;

y pues tú mi solo amigo

fuiste siempre, tú conmigo

libre o muerto quedarás.

TOM. ¡Ah! El capitán, pobre niño,

tal vez te dé esa licencia,

porque en Dios y en mi conciencia

te tiene mucho cariño.

Pero a mí... nunca lo esperes.

ROD. ¿Y por qué? ¿No sabe acaso que sin ti no he dado un paso desde que nací? ¿Que me quieres como a un hijo? ¡Oh! Yo me atrevo a asegurar que consiente en que dejemos su gente.

TOM. Y yo consentir no debo que en mi nombre le supliques, porque a la primer sospecha, Rodulfo, a la mar nos echa...

ROD. Por Dios, Tomás, que te expli-
TOM. Mira, Rodulfo: yo fui... [ques.

quien los primeros abrazos te dió, y en mis propios brazos al nacer te recogí.

Desde aquel día fatal no me he separado un punto de ti, y pensaba difunto dejar compañía tal.

Tú, que no puedes memoria conservar de tu niñez, ni aún te imaginas tal vez tu desventurada historia.

Mas yo, que la tengo escrita, Rodulfo, en mi corazón, medito tu salvación, y hasta el descanso me quita.

No, no; con razón ninguna podemos ni tú ni yo vivir con quien nos juntó nuestra maldita fortuna.

Pero sigue mi consejo; si tú te quieres salvar, a mí no me has de nombrar, que los conozco y soy viejo.

ROD. No sé, Tomás, qué adivino de siniestro en tus palabras.

TOM. Sigue mi consejo, y labras tu destino y mi destino.

ROD. ¿Y qué me tengo de hacer sin tus consejos en tierra, si en el llano o en la sierra no sé los peligros ver?

Los que en la mar nos pasamos nuestra vida, ¿qué valemos en tierra si no tenemos uno tras de quien vayamos?

Seré... infeliz o dichoso; pero ¿piensas que sin ti

pueda olvidar que hoy aquí dejo un hombre generoso?

Ya me depare mi suerte una opulenta fortuna, ya oscura como mi cuna ruende mi vida a mi muerte,

Tomás, tú en mi corazón vivirás siempre conmigo, en mis placeres amigo y consuelo en mi aflicción.

Sí, pediré al capitán nuestra licencia; los dos juntos, que juntos por Dios nuestros destinos están.

TOM. ¡Hijo mío! Así te quiero, noble y generoso, así; ¡bien veo, Rodulfo, en ti (*Con entusiasmo.*) tu valor de caballero!

ROD. ¿Qué dices, Tomás? Mi padre...

TOM. ¡Calla por Cristo, imprudente!

ROD. Pero...

TOM. A pesar de esa gente, vive en ti tu noble madre.

ROD. ¡Mi madre! (*Con tristeza.*)

TOM. ¿Qué te entristece?

¿Te pesa de asemejarte a tu madre?

ROD. A confesarte la verdad, no me parece bastante esa semejanza.

De mi padre la quisiera, porque con ella creciera más hidalga mi esperanza.

TOM. Pues, en fin, al tiempo aguarda, que quien tuvo buena madre, bien puede tener buen padre.

ROD. O ella una pasión bastarda.

Porque mi padre, lo ves, es ya de rapiña un ave que sólo hacer presa sabe con las alas y los pies.

Tomás, ¡Dios me lo perdone! pero siento a mi pesar que jamás le podré amar aunque el ser padre le abone.

Y si no es por el amor que tú siempre me has mostrado, al mar me hubiera arrojado mil veces en mi furor.

TOM. ¡Ay, Rodulfo! Ya lo sé.
Yo, que a tu lado he dormido
tantos años, conocido
tu corazón tengo a fe.
¡Cuántas veces escuchánete
bajo pesadilla horrible
luchar, a la lid terrible
puse yo fin despertándote!
¡Cuántas veces al salir
ese fatal pensamiento
de tu boca, ahogué tu aliento
por si él lo podía oír!
Rodulfo, tienes razón:
ya acompañarnos no debes,
y si a dejarnos te atreves,
no pierdas esta ocasión.

ROD. Sin ti, imposible será.
TOM. De rodillas te lo pido;
no me nombres, o perdido
tu porvenir todo está.

ROD. No alcanzo por qué misterio...
TOM. No le intentes comprender,
porque es forzoso ceder
a su poderoso imperio;

y te lo digo otra vez,
aunque te canse mi afán...
Mas viene allí el capitán,
ten en cuenta su altivez.

ROD. Mi puesto voy a ocupar,
Tomás; y antes de partir
mi padre, aquí me ha de oír;
o aquí me habrá de matar. (Sube.)

TOM. ¡Oh bizarro corazón!
¡Cómo tu sangre conoces!
¡Y cómo te dice a voces
tu origen, tu inclinación!

ESCENA IX

TOMÁS, CAÍN

CAÍN. ¿Qué hace esa gente? ¿Tenemos
acaso el tiempo de sobra,
cuando ingleses nos dan caza
y está cercana la aurora?
Baja a la gruta y agúñalos.

TOM. Capitán, ved que son hondas
las pipas.

CAÍN. ¡Eh! No que las llenen
pronto, y si no que las rompan.

ESCENA X

CAÍN, después PEDRO

CAÍN. Nada penetran los ojos
por esas tinieblas lóbregas;
mas ¿quién sabe lo que ocultan
en su oscuridad recóndita?
¿Adónde está ese muchacho?
(Al subir por las rocas, como buscando a
Rodulfo, ve la entrada de la cueva donde
se oculta Pedro.)

¿Pero qué tenemos? ¡Hola!
No conozco esta abertura,
y allá arriba hay una choza
metida entre los peñascos:
¿quién este desierto mora?
Ese rumor... aquí hay gente
guarecida... una pistola
meto dentro... ¡eh! En esa gruta
quien quiera que esté responda,
o muere como un gazapo.

PED. Teneos, teneos.
CAÍN. ¡Hola!

¿Quién eres tú?
PED. ¿Yo? Un perdido,
a quien echaron las ondas
a estas riberas desiertas.

CAÍN. ¿De dónde eres?
PED. De Mallorca.

CAÍN. ¿Quién está contigo?
PED. Nadie.

CAÍN. Pues qué, ¿el mar se tragó toda
la tripulación del barco
que montabas?

PED. Más persona
no había dentro que yo.

CAÍN. Expílicate, y sea con pocas
palabras si amas tu vida
y conservarla te importa.

PED. Pues bien, yo hice en mi país
unas cuantas de esas cosas
en que contra gusto de uno
cartas la justicia toma,
y no gustándome mucho
que de cerca me conozca,
así un bote a un pescador
y echéme a la mar traidora.

CAÍN. Y poco diestro sin duda...

PED. En eso acaba mi historia.
CAÍN. ¡Oh! Parece que eres hombre capaz...

PED. De cualquiera cosa.
CAÍN. ¿Y ahora qué piensas hacerte?
PED. Aguardar la suerte loca; nada tengo que perder; cuanto logre, pues, me sobra.

CAÍN. ¿Tienes afición al mar?
PED. No mucha, que es veleidosa según el viento que sopla.

CAÍN. ¿Y si te vieras en tierra, fueras hombre cuya boca guardar supiera un secreto y mandar una maniobra?

PED. Sin duda.
CAÍN. ¿Serías hombre para acudir a la costa en un día convenido con una respuesta pronta?

PED. ¿Qué inconveniente tendría? Nadie me sujeta ahora, y al servicio de cualquiera puedo entrar, si me acomoda.

CAÍN. ¿Tienes talento y constancia para armar una tramoya y enredar una novela?

PED. No habrá juglar que se ponga tanto disfraz como yo si usar de muchos importa.

CAÍN. ¿Y si te ponen a prueba, cantarás la palinodia?

PED. Lo que está en mi corazón, allí se pudre y se ahoga.

CAÍN. ¿Y si con harpones de oro te lo pescan?

PED. Si en mi bolsa hay una sola moneda, en vano han de echarlos.

CAÍN. Toma; para dos meses hay harto; al fin de ellos, a la costa te acercarán de Marbella, sabiendo cuántas personas, cuántos bienes, cuántas rentas, en fin, cuanto corresponda a la familia de un conde

que a una expedición remota salió de España.

PED. ¿Su nombre?

CAÍN. Cuanto a este negocio toca, de mí bergantín a bordo sabrás; te daré las notas y documentos precisos para cambiar tu persona en la de otro hombre, que a bien que no saldrá de las ondas a desmentirte, y te haré tomar tierra en cierta costa adonde no ha de alcanzarte la justicia de Mallorca.

¿Te acomoda?

PED. Sí.

CAÍN. Está bien; y si mis planes se logran, tendrás tierras e hidalguía, y aún puede que esclavos y honra.

(Hace Caín una señal con un pito que lleva colgado al cuello, y mientras aparece a esta señal Tomás, dice Pedro.)

PED. Fortuna te dé Dios, hijo, dice el refrán, y te sobra lo demás. Esta mañana mi esperanza era tan corta, que no ocupaba extendida el espacio de una ostra; me estorbaba hasta mi nombre; y al cabo de pocas horas, tierra y mar tengo por mío, represento tres personas, dirijo grandes negocios y espero hidalguía y honra. ¡Bahl! Tiene razón quien dice que este mundo es una bola, y que la empuja el demonio del lado que se le antoja.

ESCENA XI

CAÍN, PEDRO, TOMÁS

CAÍN. Ve aquí un nuevo compañero que ha de venir con nosotros; mas la alianza es secreta. Cuando volvamos a bordo,

con nosotros ha de ir; llévale, pues.

TOM. (a Pedro). Si capcioso lazo me tiendes, te juro que ves de la mar el fondo.

PED. Dime, ¿impiden tus asuntos los que interesan a otro?

¿No puede un hombre de dos ser agente de negocios?

TOM. Pues bien, ni tú me conoces desde hoy, ni yo te conozco: no haya palabra ni seña en el buque entre nosotros; sirvámonos mutuamente, mas en secreto.

PED. En un pozo echaste el tuyo.

TOM. Él conserva tu cabeza entre tus hombros.

PED. Juguemos limpio y vivamos.

TOM. Eso mismo te propongo.

PED. Y eso admito.

TOM. Vamos, pues. Caín gusta de estar solo.

ESCENA XII

CAÍN

Sí, sí: fuera del mar se necesita una morada incógnita y segura;

ya mi sed de vagar se debilita;

ya deseo quietud, calma y hólcura.

Hoy un oculto espíritu me incita

otra vida anhelar y otra ventura.

Con el oro que tengo y con mi aliento,

¿a qué no puede osar mi pensamiento?

Buques tendré en el mar que me acarreen

espléndido botín; tendré en la tierra

viles esclavos que su vida empleen

mi reposo en velar; tendré en la sierra

monteros que a mi antojo me la ojeen,

y haré a los osos y a los ciervos guerra;

y, en fin, con mi osadía y con mi plata,

más que cualquiera rey será el pirata.

(Elena asoma.)

Sí, tomaré ese nombre y esa historia:

dentro de mí se encerrarán dos seres;

ambos con gran poder, ambos con gloria:

y si hay alguien que pueda mis placeres turbar, guardando de quien fui memoria, antes que ose traidor decir: tú eres... aunque tenga por medio una alpujarra le cortará la voz mi cimitarra.

ESCENA XIII

ELENA, CAÍN

ELENA. No tan pronto será que no te [lance tu ingratitud al rostro.

CAÍN. ¡Dios, qué veo!

ELENA. Ni tan pronto será que no te su suplicante voz. [alcance

CAÍN. ¡Que sueño creo!

¡Oh! ¿Y es en realidad la misma Elena, o es ilusión que engaña mis sentidos?

ELENA. No, no; de amor y de esperan-

[za llena,

Elena es la que habla a tus oídos.

CAÍN. ¿Quién te trajo a esta playa?

ELENA. El aire incierto,

la tempestad, el mar, tu mala estrella.

CAÍN. La tuya sí que te ofreció mal

[puerto,

pues que te trajo a dar conmigo en ella.

ELENA. ¡Oh! No tan malo si a encon-

[trarte acierto,

que largo tiempo rastree tu huella,

y navegue segura de encontrarte

sin más rumbo ni afán que el de buscarte.

CAÍN. (con frialdad).

Pues bien, heme aquí ya: di, ¿qué me

[quieres?

ELENA. ¿Eso preguntas tú que me co-

[neces?

¿No tienes corazón? ¿De mármol eres?

¿No te lo dice tu conciencia a voces?

Me amaste y te adoré; partí contigo

el placer y el dolor; en la montaña

a los tuyos y a ti franqueé un abrigo...

¿Hallarme, si esto sabes, qué te extraña?

CAÍN. Y bien, ¿qué te se antoja? ¿Qué

[apeteces?

¿Oro? Rica serás. La tierra es tuya;

libre como las aves y los peces

busca mansión, mas húyeme.

ELENA. ¡Que huya, hombre sin corazón! ¿Con tierra y oro pagarás el amor que hay en el mío? ¿Quieres pagar con brezos un tesoro! Mas tiembla.

CAÍN (con desprecio). Ehl! De esa cólera me río.

ELENA. ¿Te olvidas de que fuí tu com- [pañera?

¿Que sé desde el momento en que nacíste tu historia toda entera?

¿Te olvidas que mi amor y mi esperanza pueden tornarse en bárbara venganza, tus crímenes contando por dóquiera?

CAÍN. Cuéntalos en buen hora. ¿Qué [hay en ellos que no tengan su origen

en esas leyes que a los pueblos rigen, y que dan a sus súbditos los reyes sin preguntar si necesitan leyes?

Yo buscaba en Sicilia mi pobre vida; en mi batel pasaba una y otra vigilia,

y un pedazo de pan a mi familia con mi sudor compraba.

Te amé, y viví feliz entre peligros que siempre desprecié; pero ¿qué hicieron las leyes con nosotros? Remolcaron

nuestro barquillo y en la mar lo hundieron; después, defraudadores nos llamaron, por las peñas después nos persiguieron,

y al pobre que cogieron en los robles del monte le colgaron. ¿Qué pudimos hacer? Como nosotros

nuestros padres también vivido habían; no nos dejaron otros

oficios ni caudales, ni podían. Cual fieras acosados,

de nuestro hogar lanzados, sin amparo en la tierra,

la sociedad nos arrojó en su encono; y salimos al mar a hacerla guerra, y en él buscamos libertad y trono;

y desde entonces, sí, la tierra toda nuestra enemiga fué, y la tierra ingrata pagó tributo al vencedor pirata. Tal es mi historia, y de lo que haya en ella a la razón contrario,

no me culpen a mí, sino a mi estrella.

ELENA. Mas cuando al mar saltas por la primera vez, y a las bravías olas del mar tu porvenir fiabas, el solo ser de quien fiar podías en la ribera sin piedad dejabas.

CAÍN (con amargura). Y allí dejé también padres y hermanos; cuanto pude querer quedé en Sicilia.

¿La sangre en que a teñir iba mis manos alcanzara a mi amor, a mi familia? No: ¿cómo fuera el tigre carnicero camarada del tímido cordero?

ELENA. La falta de poder, amor la [abona;

sí, la mujer que osaba en la montaña contra la ley abrirte su cabaña, hubiera sido junto a ti leona.

CAÍN. Tú deliras, mujer. Sobre mi nave sería tu presencia de la muerte de entrambos la sentencia.

ELENA. Tu salvación, ¿quién sabe?

CAÍN. Ea, no hablemos más; he renun- [ciado a todo cuanto he sido,

ignoro mi pasado y de mi porvenir tampoco cuido. Mujer, no hablemos más, se me ha olvi- [dado si en tiempo más feliz te he conocido.

ELENA. Conque quiere decir que así [inhumano...

CAÍN. Quiere decir que sé tu desven- [tura, mas no tendré la estúpida locura de tenderte una mano.

Tu suerte en esta isla te dió puerto, y no saldrás por mí de este desierto.

ELENA. Pues bien, sea en buen hora, abandóname y huye, porque acaso antes que raye la vecina aurora, una nave velera

que a la tuya da caza en esa roca alcanzará una hoguera.

CAÍN. ¡Ira de Dios! Y entonces... ELENA. Entonces... lo que en ella aún [no se sabe,

se sabrá... Sí, las señas, patria, nombre, y la historia, por último, del hombre que va en aquella nave.

CAÍN. Pues tú también la montarás [conmigo, pero el mar te abrirá tumba escondida.

ELENA. Yo no temo la mar; es mi desquite respete mi vida [tino para abrir contra ti siempre el camino: dos veces me tragó y me dió salida.

CAÍN. No me tientes, mujer. Calla, y a prueba tal poniendo mi paciencia. [no cierras la suya a tu existencia,

ELENA. No hay medio, no; o amigo, o si aceptas la amistad, pronto partamos; si enemistad, veamos; el cielo y la razón están conmigo.

CAÍN. Pues bien, tu cielo y tu razón, si [pueden, contra mi fiera voluntad te ayuden.

(Pone mano a una pistola del cinco. Elena huye subiendo por los peñascos. El pirata espera a que llegue a lo alto, y, apuntándola, seguramente hace fuego. Elena da un grito y cae del otro lado de las peñas, fuera de la vista del público.)

CAÍN. Veremos el favor que-te conceden, y en tu favor los cielos cómo acuden.

ESCENA XIV

CAÍN, TOMÁS, RODULFO, PEDRO

TOM. ¿Qué es esto?

CAÍN. Nada.

ROD. Padre, ¿y ese tiro?

CAÍN. Contad si de vosotros falta algo.

ROD. Al revés; según veo, sobra uno.

CAÍN. Entonces, ¡vive Dios!, sólo fue [ruido.

Ya sabéis que aun en medio de las olas no erró el plomo jamás de mis pistolas.

¿Y nuestra gente?

TOM. Ya espera en el bote con la carga.

CAÍN. Al agua, pues, que no es larga a noche como quisiera.

ROD. Antes, padre, de partir quisiera hablaros a solas.

CAÍN. Mi gente es sorda, y las olas tus palabras no han de oír. Me lo dirás en el mar.

ROD. En el imposible toca; lo que salga de mi boca en tierra se ha de quedar.

CAÍN. Rodulfo, el tiempo nos falta; déjalo para después.

ROD. Capitán, imposible es.

CAÍN. Pues en la verga más alta sobra una cuerda y... cuidado con ocuparla.

ROD. Ese extremo de vuestra crueldad no temo, que estoy bien determinado.

Acordaos de una tarde en que debisteis la vida a que recibí esta herida [La muestra.]

que os destinaba un cobarde. Entonces me concedisteis

lo primero que os pidiera, y esta es la ocasión primera;

y cumplid lo que prometisteis. En tierra os tengo de hablar,

o mirad lo que escogéis; prefiero que me matéis

a volver con vos al mar.

CAÍN *(a Tomás)*: Tomás, si llego a entender que fué tu lengua atrevida,

puedes rezar por tu vida.

TOM. Lo haré así, si es menester.

CAÍN. Pues ve a esperar tu sentencia.

ESCENA XV

CAÍN, RODULFO

CAÍN *(a Rodulfo)*. Empieza tú, que ya escucho, pero no te alargues mucho, que tengo poca paciencia.

ROD. Lo que tengo que decirlo no os causará largo afán; se reduce, capitán, a que no quiero seguirlos.

CAÍN. Qué, ¿tienes miedo a los peces?

¿O es que la gente que tengo
no te acomoda? Convento
en que algo ruda es a veces.
Mas ¿qué lo quieres hacer?
No sé puede un bando echar
para que vengan al mar
para donde escoger.
Y a más, no encuentro motivo,
porque siendo mi hijo tú,
quien te ofenda ¡Belcebú
me lleve si queda vivo!

ROD. Padre, os lo dije, no quiero
vivir más en una nave
cuyo capitán no sabe
cuál bandera usar primero.

CAÍN. ¿Y no es fortuna, en verdad,
por entre el mundo enemigo
poder arrastrar consigo
su mundo y su libertad?

¿Qué califa te da leyes?
¿Quién puso a mi barco nombre?
¿Quién dijo: mandan a ese hombre
esos o los otros reyes?

Todos los mares visito,
y siempre por mi valor
en todos, como señor,
tomo lo que necesito.

Y si hay razón para dar
a un hombre un reino en la tierra,
¿por qué no ha de hacerse guerra
por el imperio del mar?

ROD. Es otro mi pensamiento,
padre: ¿Y adónde has de ir,
CAÍN. ¿Y adónde has de ir,
no tengas que decir
tu nombre y tu nacimiento?

¿Piensas que ha de darte plata
y fortuna tu conciencia?

ROD. Y qué, ¿no hay otra existencia
que valga la del pirata?
Vos, ceñidas las pistolas
para dormir y velar,
no hacéis más que cavilar
vuestros secretos a solas.

No lleváis jamás con vos
ni otro hermano ni otro amigo;
el mar es vuestro testigo
y la suerte vuestro Dios.
La fuerza es la única ley

que en el barco se respeta;
¿y si esa ley os sujeta,
de qué os vale ser el rey?

República del más fuerte,
porque otro no os avasalle,
no hay más medio que aplice
una sentencia de muerte.

Una queja suelta apenas
de los labios, basta a veces
para llamar a los peces
colgado de las entenas.

¿Eso es vida? ¿Eso es fortuna?
¿Qué vale tanto botín,
si para gastarlo al fin
no llega ocasión alguna?

Y, por último, señor,
o en tierra me abandonáis,
o lo que de amor no hagáis,
yo lo he de hacer de furor.

A la mar me arrojaré.
CAÍN. ¡Hola, y el mozo está lleno
de brío, y de algo bueno
será capaz!

ROD. Sí seré, capitán, lo espero;
y así, capitán, lo espero;
mas pues cada cual se fragua
su suerte, cual vos en agua,
en tierra la mía quiero.

CAÍN. Y desde hoy te quiero más,
que mozo con tanto brío,
que hacer dará al lado mío
aun al mismo Satanás.

Conque vaya, echa adelante,
que en la primera ocasión,
donde gastar un doblón
no ha de faltar a un tunante.

ROD. Padre, un paso no daré,
ya os lo dije. Y que no ha habido
nadie que os haya pedido
lo que yo, también lo sé.

Pero en vano me acosáis;
con vuestra gente no puedo,
y en esta isla me quedo,
o en esta isla me matais.

CAÍN. ¡Ira de Dios! Cosas tales
están pasando por mí,
que estoy por saciar en ti
todo el furor de mis males.

ROD. Hacedlo si se os antoja,

y acabad los míos hoy,
 porque vuestra sangre soy,
 y os juro que me sonroja.
 Tener padre, y padre tal
 sin patria y sin religión,
 está con mi corazón
 aviniéndose muy mal.

CAÍN. ¡Víbora de sangre ingratal
 ¿Así pagas ¡pese a mí!
 la existencia que te di?

ROD. (con desprecio).
 ¡Con el nombre de un pirata!

CAÍN (con brío).
 Con su nombre y su poder,
 con su oro y su libertad.

ROD. Y una horea en la ciudad
 donde irlo todo a perder.

CAÍN. ¡Voto a...! Mas dejemos eso,
 porque siento que si dura,
 me va a faltar la cordura...
 y el amor que te profeso
 no ha de poderme tener;

y pues tan claro me anuncias
 que a mis favores renunciás,
 tú sólo lo has de perder.

Acércate acá, rapaz,
 y escucha lo que te digo,
 que soy tu padre, y tu amigo
 aunque eres algo tenaz.

Lléveme el diablo si atino
 qué afán tienes en largarte
 a tierra, mas por mi parte
 busca en ella tu destino.

Mas oye, si otro que tú
 tal intento me propone,
 hoy mismo en marcha se pone
 a cenar con Belcebú.

Te haré parte en el botín;
 vive, y en ninguna parte
 vuelvas, Rodulfo, a acordarte
 de tu capitán Caín.

Aquí la gente...

ROD. Señor,
 pues parto, y largo quizás...

CAÍN. Muchacho, no hables ya más,
 que no eres predicador.

ESCENA XVI

CAÍN, RODULFO, los piratas

CAÍN. Oíd, habida atención
 a lo bien que se ha batido,
 la vida le he concedido.

a este mozo, a condición
 de que aquí se ha de quedar,
 en donde nadie reside;

y que si otro me lo pide,
 le echo por respuesta al mar.
 ¿Lo oís? Ea, pues, al bote;

(Dispérsanse todos.)

Toma ese oro que te toca: (A Rodulfo.)
 y el que desecha la boca (A los suyos.)
 está mal con su cogote.

¿Tomás?

ESCENA XVII

CAÍN, RODULFO, TOMÁS

CAÍN (a Tomás). Te has portado bien;
 y pues de todo ignorante
 va, sea libre y que medre;
 que hombre es, y la tierra grande.

TOM. (Si un día me ayuda el cielo,
 ¡vive Dios qué ha de pesartel!)

CAÍN. (Ya no hay nadie que me venda,
 que hablen los muertos no es fácil).
 Conque al agua. Adiós, muchacho.

TOM. Rodulfo, que Dios te ampare.
 ROD. ¿Así se olvida de un hijo?

Tomás, bien hago en dejarle.
 (Los piratas y Pedro entran en el bote y desaparecen. A poco el bergantín pirata
 tiende velas y sigue su rumbo. Rodulfo
 queda en la playa viéndolo partir.)

ESCENA XVIII

RODULFO

Heme aquí solo, ¡ay de mí!
 Pero estar sólo más vale
 que en la odiosa compañía
 de esos corsarios infames.
 Mas no pensemos en ello;

Dios, que los secretos sabe del corazón de los hombres, no querrá desampararme. Aquí hay pólvora, y un arma; en aquestos peñascos voy a encender una hoguera por si algún buque al alcance pasa de esta isla, que entienda que implora su auxilio alguien.
(*Mete unas hojas en la cazoleta de una pistola, y al fogonazo las enciende, levantando a poco llama que alimenta con brezos, etc.*)

Y aquí me siento a espiar la inmensidad de los mares, y a esperar a que sus ondas me den camino o me traguen. Llama en que arde mi esperanza, dura, dura, y no te apagues, y cual te doy yo alimento, fuerza y esperanza dame.

ELENA (*dentro*). ¡Ay!
ROD. ¡Qué voz! De ese desierto ¿quién puede ser habitante?

Ilusión mía sin duda; no, entre aquellos matorrales oigo rumor, algo veo que se agita en su ramaje. ¿Quién va allá?

ELENA (*dentro*). Quien quier que seas, por el cielo santo, amápame.

ROD. ¿Dónde estás?
ELENA. Estoy acaso de la vida en los umbrales.

ROD. Aguarda a ese precipicio que busque por donde bajé.
(*Desaparece por detrás de las peñas, y vuelve con Elena.*)

ESCENA XIX

RODULFO, ELENA

ELENA. No puedo ya más, detente, déjame aquí que descanse.

ROD. Recóbrate y di qué puedo hacer por ti. ¡Cielos! Sangre.

¡Oh, sí, sí, comprendo ahora el pistoletazo de antes!
ELENA. ¡Ay! Las fuerzas me abandonan. ¡Fallezco!

ROD. ¡Ah, no, no! Aún late su corazón, late el pulso.
(*Un buque pasa a lo lejos.*)

¡Santos del cielo, una nave! ¿Si distinguieran mi hoguera?
(*El buque sigue cruzando.*)

Pasa..., sí, ¡todo es en balde!
¡Ah! Probemos. (*Tira un pistoletazo.*)
Pasa: ¡nótil!

El ruido sofoca el aire, no hay esperanza ninguna.
(*El buque tira un cañonazo.*)

¡Gracias, Dios mío! ¡Dios grande! Por aquí llega una lancha: ea, corazón, ensánchate, la suerte te da la mano, y un nuevo mundo te se abre.

(*Llega el bote con marineros.*)

ESCENA ÚLTIMA

RODULFO ELENA, dos MARINEROS

MARINERO. Es un pirata. Ellos fueron quien, en esta isla dejándome, a morir me condenaron.

MAR. Sí, es de ellos.
ROD. Amigos, padre, cuanto amé les abandono por no seguirles.

MAR. ¿Y qué hace ahí esa mujer? ¿Quién es?
ROD. Víctima de sus maldades.

MAR. ¿Vive?
ROD. Sí.
MAR. Venga a la lancha.
ROD. Gracias.

(*Ponen en el bote a Elena.*)
MAR. Remar y adelante.
(*Entra Rodulfo en el bote y se aleja remando.*)

UN AÑO Y UN DÍA

DRAMA EN TRES ACTOS 12

PERSONAS

EL CONDE REINALDO (CAÍN).
 DON JUAN (RODULFO).
 DON PEDRO (PEDRO).
 ISABEL.
 ELENA (mujer con manto en el acto primero).

TOMÁS.
 CLARA, criada.
 JUAN.
 GIL.
 UN CAPITÁN DE GUARDACOSTAS.
 UN SOLDADO (marinero en el prólogo).

La escena en Lubrin, pueblillo cercano a la costa y al valle de Purchena, en Andalucía

ACTO PRIMERO

Habitación amueblada al gusto del siglo XVII. Puerta en el fondo y otra a la derecha. A la izquierda, otra secreta y una ventana. Un reloj que marca el tiempo, y apunta las doce menos veinte minutos. Nada de lujo.

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO

La media ha dado... ya tarda, y si se pasa la hora...
 ¡Ah! Ni vivo ni sosiego hasta ver cómo se logran mis planes, y cómo salgo de tan infernal tramoya.
 Sí, sí; fuerza es dar un brinco antes que el velo se rompa y el tiempo aclare los hechos: mas aún no parece... ¡hola!

Oigo ruido en la escalera: él es... él es... ¡arda Troya!
(Va hacia la puerta a recibir al conde, que llega vestido con lujo.)

ESCENA II

DON PEDRO, el CONDE

CONDE. Dios sea contigo, Pedro.
 PED. Bien venido, conde.
 CONDE. ¿Es hora?
 PED. Para nuestra cita, la única, temprano para la otra.
 CONDE. ¿A qué hora se cumple el plazo?
 PED. A las doce en punto.
 CONDE. ¿Todas mis órdenes se han cumplido?
 PED. Sí, señor conde.
 CONDE. ¿Está pronta

la mojjanga de escribas
y el aparato de boda?

PED. Nada falta.
CONDE. Vamos, pues,

a tratar de lo que importa.
¿Vendrá el capitán?

PED. Vendrá.
Su última carta amorosa
se reduce a asegurar
a la muchacha su próxima
vuelta; ya sabéis que yo
se las intercepto todas.

CONDE. ¿Y qué fecha tiene la última?

PED. Si la cuenta no equivoca
mi aritmética, es hoy mismo
cuando llega, y esta sola
circunstancia me obligaba
a esperaros con zozobra.

CONDE. Desecha todo temor:
gente leal y briosa
he apostado por doquiera,
que por todo el valle ronda.

¡Oh! Aunque vuelva el capitán
llegará tarde.

PED. En buen hora.
Y de la mar ¿qué tenemos?

CONDE. Todo va a pedir de boca:
un día de estos mi barco
vendrá a fondear en la costa.

PED. ¿Y de aquel hombre, hay noti-
[cias exactas?

CONDE. Su mano propia
fué quien escribió la carta
en que me anuncia tal cosa.
¿Pero te alarma esta nueva?

PED. A mí, ¿por qué?

CONDE. Tu faz toma
mal color. ¿Te sientes malo?

PED. No, por Dios. ¡Vaya! ¡Es graciosa
la aprensión! Seguid, seguid.

¿Qué puede haber en mi contra
en la vuelta de un marino

que vuestra privanza goza?
¿No es un amigo leal

que nos sirve y nos apoya?
CONDE. Tienes razón.

PED. Vaya, hablemos
de nosotros mismos.

CONDE. ¡Oiga!
¿No olvidaste?...

PED. No por cierto:
cada uno atiende a su propia
conveniencia, y para ella
tengo yo buena memoria.

CON. Sea, pues; tiempo es de echar
esta máscara enfadosa,
y mostrar uno cuál es
su pensar y su persona.
Un año entero aguardé
por no dar una sonora
campanada, que se oyera
diez leguas a la redonda.

Tres años ha estoy aquí,
metido como una zorra
en ese negro castillo,
sin que nadie me conozca
ni me vea cara a cara;
mas no será desde ahora
lo mismo, porque ya me hallo
con poderes que me sobran.

Si se harta de mí esta tierra,
o a mí la tierra me enoja,
en la mar tengo mi barco,
y allí mi fortuna próspera.
Como he comprado este valle
de España, si se me antoja
iré a comprar todo un puerto
en otra playa remota.

PED. Sí, pero estáis, señor conde,
en Purchena por ahora:

y está tan cerca Granada
y es esta gente tan tosca,
que si prudentes no andamos,
el pan nos cuesta una torta.

El plazo está al concluir;
una escena escandalosa
no conviene en modo alguno;
en este plazo no hay prórroga:
o el capitán viene o no:
si retardarle se logra,
vuestra es Isabel... mas falta...

CONDE. Entiendo; tapar la boca...

PED. No estimar el sacrificio
de su voluntad; os odia;
y sin embargo, se entrega
resignada vuestra esposa,

si no vuelve el capitán;
y esta abnegación no es poca.

CONDE. Y bien, ¿en cuánto se aprecia?

PED. No se aprecia, que se dora;
y doradas, muy distintas
parecen todas las cosas.

CONDE. Mi palabra es como el sol,
hija.

PED. Pues tenéis esposa,
¿Y el capitán?...

CONDE. Cumple tú,
que yo haré lo que me toca.

PED. Pues salid, que la oigo ya.
Y, señor conde, ya os consta
que fué condición no veros
hasta el plazo.

CONDE. Y bien gustosa
puede estar de mi obediencia.

Adiós, pues. (Como yo coja
la muchacha, ya irás tú
donde el secreto no te oigan.)

(Vase.)

ESCENA III

DON PEDRO

(Como la venta sea buena
y yo a caballo me ponga,
aunque tenga más prosapia
que la dinastía goda.)

¡Oh! Y salga por donde quiera,
porque despacio mirándolo,
el demonio va enredándolo
de muy extraña manera.

Y si antes que me eche fuera
viene el otro a darme un susto...

No, no; ese hombre está en lo justo,
me libra de ese cuidado
y él se queda muy holgado
saliéndose con su gusto.

ESCENA IV

DON PEDRO, ISABEL

ISAB. ¡Ay, padre, sin vida estoy!

PED. No hay ya remedio, Isabel.

ISAB. Y ha un año que no sé de él.

PED. Y el plazo se cumple hoy;

tú misma lo propusiste
y no has de volverte atrás.

ISAB. No me imaginé jamás
un desengaño tan triste.

¡Un año entero ¡ay de mí!
sin ver una letra suya!

Yo no sé, padre, que arguya;
¡me olvidó!

PED. Creo que sí.

ISAB. ¡Si decís! Tal vez por cierto
lo dais... Acabad, señor,
que no es posible a mi amor
vivir otro día incierto.

Hoy este plazo concluye:
si al fin él no ha de volver,
mejor quisiera saber
que me aborrece y me huye.

PED. ¿Qué otra cosa imaginarse?
Tan amante y tan resuelto
al partir, y ni aún ha vuelto
con una carta a anunciarse.
Si no te olvidó inconstante
al verse lejos de ti,

sospecho que murió allí
en guerra y país distante.
De cualquier modo, Isabel,
don Juan, inconstante o muerto,
pues ni aún escribe, es lo cierto
que nada hay que esperar de él.

ISAB. Pero si suerte fatal
se lo impidiera, y me amara,
¡por quien soy que le esperara!

PED. ¡Isabel, no hicieras tal!
No; yo no tengo, hija mía,
de ese hombre noticias ciertas,
mas considera, y lo acertas,
que hoy es de tu boda el día.
Ni yo propondré más plazos,
ni los admitiera el conde;
al que llegue corresponde
tu amor.

ISAB. Pero ¿y si a mis brazos
llegan a un tiempo los dos?

PED. Los dos se lo arreglarán,
aunque a fe que no serán
tan exactos, ¡vive Dios!

ISAB. ¡Ay, padre, que puede más
el vuestro en vos que mi empeño,

y estoy ahora en vuestro ceño
viendo mi suerte quizás!

PED. Isabel, ¿te has vuelto loca?

ISAB. Mejor lo quisiera estar,
señor, para no arrostrar
la suerte cruel que me toca.
Él es pobre y es soldado,
y esto hace que el mal se doble
contra el otro desdichado.

PED. ¿Y acaso crees, hija ingrata,
que te tuviera en tan poco
que así te cambiara loco
por un puñado de plata?

ISAB. Yo nada creo, señor.

PED. ¿O piensas que el conde fuera...?

ISAB. Padre, el conde es una fiera,
y cualquier otro es mejor.
El vulgo el tigre le llama,
y caverna a su palacio:
considerad con despacio
si esposo con esa fama
conviene a mujer alguna.

PED. Entre ambos has elegido,
y uno ha de ser tu marido;
válgate, pues, tu fortuna.

ISAB. ¡Padre, por piedad!
(De rodillas.)

PED. Aparta.

ISAB. ¡No, no podéis en conciencia
fulminar una sentencia
tan cruel!

PED. Mi paciencia es harta
para tu llanto, Isabel,
y sea aflicción, sea capricho,
si antes llega, ya está dicho,
tu marido ha de ser él.
Tu padre soy, y solemne
palabra a entrambos les di,
y aunque ella te pese a tí,
mi palabra está perenne.

ISAB. ¡Ay, padre! ¿Y toda la vida
seré de quien odio presa,
por una fatal promesa?

PED. Que hoy ha de quedar cumplida:
con ese relé consulta,
que desde aquí al mediodía
hay un cuarto todavía;
mira bien lo que resulta.

(Vase.)

ESCENA V

ISABEL

Un cuarto falta, ¡ay de mí!
Y si fe don Juan me guarda,
solamente porque tarda
¿habrá de perderme así?
Él, tan noble y tan honrado,
si es que su amor alimenta,
¿no vendrá a pedirme cuenta
del amor que me ha dejado?
¿Mas si no viene don Juan?
¿Si, sin que nada lo impida,
del plazo antiguo se olvida,
cual sus promesas lo están?
Entonces... saben los cielos
que le aguardaré también
mientras incompletos estén
con mi plazo mis recelos.
Y a ser cierto... ¡Ay de mí!
Ni a imaginarlo me atrevo,
que a este desengaño nuevo
mi corazón se resiste.

¡Ni una carta en todo un año!...

¿Mas él no pudo escribir
y otro sus cartas abrir
interesado en mi daño?

¡Mi padre...! ¡Tal vez atinó!
Y acaso todos los días
que han fingido cartas mías
para engañarle, imagino.

¡Ay, si él me pudiera oír!
¡Si a sus oídos llegara
mi voz y le recordara
que el plazo se va a cumplir!

¡Si él engañado y yo ciega,
y amándonos todavía,
pasa el año y pasa el día
y yo aguardo y él no llega!
¡Ay! Y él mismo me advirtió
que si por muerto le daban
del plazo antes, me engañaban:
sin duda que sospeché.

¡Oh! Desdichado don Juan,
si te dicen que inconstant
te he olvidado un sólo instante,
juro a Dios que mentarán.
Sí, sí; los oídos cierra
a tan pérfida ficción.

que sólo mi corazón
tu amor y tu nombre encierra.
Diez minutos... ¡Ah...! ¡Deliro!

(*Mira al reló.*)

A cada instante que pasa,
mi esperanza es más escasa,
y porque pase suspiro

(*Dirigiéndose al reló.*)

Y tú, máquina infernal,
que con monótona lengua
me adviertes lo que se mengua
cada minuto fatal,
cesa, por Dios, de correr;
un día en tu curso cesa;
da otro día a mi promesa...
Mas ¡ay! si no ha de volver,
si él inconstante me olvida
y de ese monstruo en los brazos.
No... no; primero a pedazos
me habrán de arrancar la vida.

ESCENA VI

EL CONDE, ISABEL

ISAB. ¡Ah! (*Al ver al conde.*)

CONDE. No sé qué os extrañáis,
Isabel, de mi venida,
pues mi ausencia está cumplida,
y vos al reló miráis.

ISAB. Es, señor conde, que advierto
que antes del plazo venís.

CONDE. ¿De que faltan me advertís
unos minutos? Es cierto.
Veó que tenéis memoria,
y que no habéis olvidado
un punto de lo pactado,
es verdad; es nuestra historia.
Mas juré volver también
a las doce de este día;
si no han dado todavía,
aguardaré hasta que den.

(*Se sienta.*)

CONDE. Conque no os paséis afán,
porque cualquiera conoce
que si no han dado las doce,
y el reló anda, darán.

ISAB. Señor conde, a lo que creo,
volvisteis con intención
de insultarme en mi aflicción.

CONDE. Por Dios que insulto no veo
en cumpliros mi promesa,
que, aunque un poco anticipada,
seis minutos no son nada
cuando un año se interesa.

ISAB. Sí, pero debéis saber
que entra en la lista un tercero,
y en seis minutos no infiero
que no pueda aparecer.

CONDE. En verdad que si estuviera,
señora, en ese pasillo,

que llegara era sencillo
con pocos pasos que diera.
Mas como yo para mí,
salvo error, tengo por cierto
que no vuelve ningún muerto
aunque lo prometa así...

ISAB. ¡Qué decís!

CONDE. Yo nada digo.

ISAB. ¡Qué!... ¡Don Juan...!

CONDE. Con honra y prez
alcanzó a don Juan su vez
en un balazo enemigo.

ISAB. ¿Y a tal momento venís
con tan infausta noticia?

¿No veis que arguye malicia?

CONDE. Hasta hoy se ignoró.

ISAB. Mentis.

CONDE. ¡Miento! Leed, y pensad
que sobre esa firma deja
lo que tener aconseja
por su postrer voluntad. (*La da una carta.*)

ISAB. Mentis.

CONDE. Y de ello testigo,
nos la ha traído un soldado
que fué en el campo lisiado
con él, y fué muy su amigo.

ISAB. Mentis.

CONDE. Tomad el papel.

ISAB. ¡Es la letra de don Juan!

CONDE. Ya veis que os fué el capitán
hasta morir siempre fiel.

ISAB. (*Lee.*) «En vano fué, Isabel mía,
mi fortuna y mi valor,
que acabo aquí con mi amor
antes del año y el día,
y pues por suerte fatal
no he de cumplir mi promesa,
adiós; sé que te interesa;

«cásate con mi rival.»

Si fuera cierto...
 CONDE. Yo sé

que tras de aqueste pesar,
 no os debiera recordar
 ni mi razón ni mi fe.

Que esperé un año y un día,
 como lo habíais propuesto,
 ni que del lance funesto
 sabedor, a ello venía.

Con vuestro padre de acuerdo,
 vengo a deciros, señora,
 que pues esta casa ahora
 no es más que un triste recuerdo

que os pensará el corazón,
 que os vengáis a mi palacio,
 donde habréis con el espacio
 de templar vuestra aflicción.

Galas, fiestas ni placer
 allí no os han de faltar,
 y así os podéis consolar,
 pues hay tiempo y sois mujer.

ISAB. ¿Yo con vos el mismo techo
 tengo, conde, de partir?

CONDE. Y aún en mi cuarto vivir,
 si el vuestro os parece estrecho.
 Conque vamos.

ISAB. Apartad:
 señor conde, esta es mi casa,
 y de lo admisible pasa
 vuestra noble caridad. *(Ironía.)*

Si estos objetos que adoro
 no consuelan mi dolor,
 tan sólo le harán mayor
 vuestros artesones de oro.

Y si os prometí mi mano
 pasado un año y un día,
 fué sólo porque quería
 dar tiempo a don Juan; y en vano

alucinarme pensáis
 con fábulas que no creo,
 señor conde, porque os veo
 las cartas con que jugáis.

CONDE. ¿Desconocéis, pues, su letra?

ISAB. Conozco a don Juan mejor,
 y una mujer con amor
 aún imposibles penetra.
 Si él escribió este papel
 o no, yo lo ignoro, conde;

mas tampoco se me esconde
 la razón y origen de él.

CONDE. ¿Es decir que no creéis
 lo que esa carta os anuncia,
 y aunque él a su amor renuncia,
 vos renunciar no queréis?

ISAB. ¿Él, tan amante y tan fiero,
 renunciar mi amor por vos...?
 ¿Y al morir? Soñáis, por Dios;
 se condenara primero.

Ya os conocía al partir,
 pues me aconsejó por suerte
 que no creyera en su muerte
 el plazo antes de cumplir.

CONDE. Pues mirad ese reloj
 y pensad lo que os conviene;
 porque don Juan ya no viene,
 basta que os lo diga yo.

ISAB. ¡Monstruo! ¡Habéis comprado
 su sangre!

CONDE. Aún no lo pensé;
 mas como obréis, obraré;
 conque no deis un mal paso.

ISAB. ¡Hombre vill! ¿Para qué plazos
 infamemente poner,
 si los habías de hacer
 con mi corazón pedazos?

CONDE. Y oídme, en fin, Isabel,
 porque esta historia, aunque corta,
 mucho saberla os importa,
 cuando no por vos, por él.

Yo soy... quien soy; ahora un conde
 rico, tenaz, iracundo,
 que aprendí un poco de mundo,
 no importa saber en dónde.

Tengo un repleto tesoro,
 independencia y poder,
 mas faltame una mujer
 que me ayude a gastar oro.

Yo, que he pasado mi vida
 allá en larga soledad,
 no quise en la sociedad
 agenciarme una querida.

Porque un hombre como yo
 que fué un valiente y no más,
 es algo brusco quizás
 para enamorar... y no

quise comenzar tampoco
 por hablar de mi bolsillo;

que obrara como un chiquillo,
y me avergonzara un loco.

En tal situación os vi,

y como yo en mi futura

sólo buscaba hermosura,

me dije, pues: «Ya está aquí.»

Os pretendí en toda forma,

os negasteis, cavilé,

inquirí y averigüé,

y al cabo di con la horma

de mi zapato: era un mozo

militar, que estaba ausente;

yo os abordé, vos valiente;

resististeis que fué gozo.

Al fin, porque no venía,

sin dar a torcer el brazo

me señalasteis un plazo

fatal de un año y un día.

Esperé el día y el año,

mas no con descuido tal

que al fin viniera fatal

tras el tiempo, el desengaño.

Yo a ese don Juan nunca vi,

pues no estaba en mi papel

el acercarme yo a él,

sin que él se viniera a mí.

Vuestro padre, que primero

os dejó vuestro albedrío,

fué después amigo mío,

y encontré en mí un caballero.

Prometiómé vuestra mano

si el plazo fuere cumplido,

y está todo prevenido

con cura y con escribano.

Ahora bien, Dios me es testigo

de que si voy desairado,

vuelva o no vuelva el soldado,

por fuerza os casáis conmigo.

Luego, vuelva en hora buena,

que puesto yo en alta mar,

con cualquier viento sé andar

día y noche a vela llena.

Conque elegid.

ISAB. ¡Dios eterno!

¿Qué hombre es este cuyo antojo

atropella vuestro enojo

y se ríe del Averno?

CONDE. Mirad que a escoger os di,

y basta de vituperios,

porque todos los misterios
se acabaron para mí.

Yo os amo, y la resistencia

que habéis dado en oponerme,

no hace más que convencerme

de que basta de paciencia.

ISAB. (a la ventana). ¡Oh!

Vuelve, vuelve, don Juan;

morir prefiero contigo

a tenerle por amigo.

CONDE. Es inútil vuestro afán.

Ved mi gente a vuestra puerta.

¿Creéis que si a ella llegara

con vida el dintel pasara?

ISAB. ¡Virgen Santa, yo estoy muerta!

Allí esperándole están;

los tuyos son, tigre astuto:

CONDE. Mirad que falta un minuto,

y es la suerte de don Juan.

ISAB. ¿Conque aún vive?

CONDE. ¿Y qué sé yo?

ISAB. Lo has dicho.

CONDE. No insistas más,

que no has de verle jamás

mientras que yo viva, no.

Yo estoy mal acostumbrado

a haber cuanto necesito;

lo que no me dan, lo quito,

y así nada me ha faltado.

Tras un año de esperar,

¿crees tú que te he de perder?

No, tú serás mi mujer.

ISAB. Primero me has de matar.

CONDE. Eso no suele efectuarse

aunque se suele decir,

que entre casarse y morir,

siempre vale más casarse.

ISAB. ¡Oh! Sí, sí, razón tenéis;

olvidad lo que os he dicho,

mas en vos es un capricho

mi amor, porque lo tenéis

vosotros los grandes, sí,

y os fingís en vuestro orgullo

que el vulgo alzará murmullo

si desistís, ¿no es así?

Mas mejor vuestra grandeza

y justicia acreditáis

cuando razón otorgáis

si os la exponen con nobleza.

Ved mis lágrimas, señor:
yo en este valle escondida,
no vi ni tuve en mi vida
ni otro don Juan, ni otro amor.

Él fué mi sola esperanza,
en él cifré mi ventura,
por él amé la hermosura
que acaso mi rostro alcanza.

Yo soy sólo una mujer
que por mí no puedo nada:
mi pasión fué desdichada;
pero, señor, ¿qué he de hacer?

Él no tiene más que a mí
a quien amar en la tierra,
y toda, señor, se encierra
la dicha de ambos aquí.

Si os dije que moriría,
mentí, conde, estaba loca;
lo que decía mi boca
mi corazón no sabía.

Volvedme a don Juan, señor,
que al fin a vuestros placeres
no os han de faltar mujeres
que os puedan vender su amor.

CONDE. Hechiceras ¡vive Dios!
son vuestras frases, y a fe
que elección soberbia fué
la que hizo don Juan en vos.

ISAB. ¿Eso decís? ¿Conque bien
puedo esperar que don Juan...?
(Se oyen muy a lo lejos las doce en un reló de torre.)

CONDE. Escucha: las doce dan.
Si él te quiere, yo también.
(Señala a la puerta, por donde asoma en este momento don Pedro con el acompañamiento de boda.—Isabel se desmaya.)

ESCENA VII

DICHOS, DON PEDRO, acompañamiento

(Toman a Isabel en la silla, donde ha caído, la cubren con un velo y la sacan de la escena, siguiéndola todos. El conde y don Pedro, que salen los últimos, se encuentran en la puerta.)

CONDE. ¿Estás contento de mí?

PED. Sí.

CONDE. ¿Está abajo mi litera?

PED. Todo está, y abajo espera.

Y vos, ¿vais contentos?

CONDE. Sí.

(Don Pedro va a la puerta de la derecha a llamar a Gil. El conde le espía y llama a Juan desde la puerta del fondo. Aparecen dos criados que atienden a cada uno de los dos.)

PED. ¡Gil!

GIL. ¿Señor?

PED. *(ap., a Gil)*. El potro negro ensilla al anochecer.

CONDE. ¡Juan!

JUAN. ¿Señor?

CONDE. *(ap., a Juan)*.

No hay que perder de vista un punto a mi suegro.

(A estos últimos versos empiezan a dar las doce en el reló que habrá en la escena, durante cuyo espacio el teatro quedará solo. A la última campanada entra don Juan por una puerta lateral, y mirando al reló se sienta satisfecho.)

ESCENA VIII

DON JUAN

Llego a tiempo todavía:
las doce acaban de dar,
y hoy cumple el año y el día:

¡la acierto, por vida mía,
si me llego a descuidar!

(Se sienta.)
¡Pero qué piense no sé!
En este cuarto es la cita

y a nadie llegar se ve;
no parece, por mi fe,

que se aguarda mi visita.
¿Si con el tiempo y la ausencia

se habrá mudado Isabel?
No escribirme fué prudencia,

no aguardarme indiferencia
sería, y fortuna cruel.

Pero delirando estoy;
en mis cartas la decía

siempre que vendría hoy;
mas si no olvidó quién soy,
la hora adivinar podía.

¿Mas si no las recibí?
 ¿Si fué cierta la noticia?
 que de su padre...? Eso no;
 ni puedo entenderlo yo,
 ni hay tal padre, y fué malicia
 del vulgo murmurador.
 Y a más, ¿qué conseguirá?
 Un escándalo mayor,
 que a hacer mi razón mejor
 tan sólo conspiraría.
 ¡Eh! Temores de soldado,
 que a dudar acostumbrado
 sin cesar del enemigo,
 hasta duda del amigo
 y la mujer que ha adorado.
 ¡Isabel! Mi bien, mi cielo,
 ya estoy junto a ti otra vez,
 rico, honrado, y no hay recelo
 de que, si a tu amor anhelo,
 vuelvan a hollar mi altivez.
 No hay miedo que me despida,
 padre o rival, rico o noble,
 y a ti acercarme me impida
 a quien yo cuenta no pida
 de esta injuria o se la doble.
 ¡Oh, dichoso ese momento
 con que viví todo un año!
 No tuve otro pensamiento,
 ni otra esperanza alimento,
 a toda ventura extraño.
 Allí en país enemigo,
 lanzado en guerra cruel,
 sólo he tenido conmigo,
 a mi Dios para testigo,
 y para premio a Isabel.
 Lidíe, derroté, vencí;
 sangre y lauros son mi huella;
 honréme y enriquecí,
 mas ¡vive Dios! no por mí,
 yo nada quiero sin ella.
 Mas alguien llega, sin duda.
 ¡Dios mío, prestadme ayuda!
 Tiempo y lugar convenido,
 fuerza es que, el plazo cumplido,
 alguno a la cita acuda.
 Los pasos son de mujer:
 ¡con qué inquietud los escucho!
 ¿Si será?... ¿Y quién ha de ser?

¡Oh!... Para esperado es mucho
 tanto tiempo este placer.
*(Va a salir con curiosidad y se encuentra
 con Clara.)*

ESCENA IX

DON JUAN, CLARA.

CLARA. ¡Santo Dios! ¡Un hombre aquí!
 D. JUAN. ¡No es ella!

CLARA. ¿Quién sois? ¿Qué hacéis?
 ¿Por dó entrasteis? ¿Qué queréis?

D. JUAN. ¿Qué quiero? ¿No esperan, di,
 en esta casa hoy a alguno?

¿De un plazo no oíste hablar?
 CLARA. Eso sí, pero aguardar,
 me parece que a ninguno.

D. JUAN. ¿Cómo no?
 CLARA. Pasó la hora
 que tenia convenida,
 y era cosa decidida;

casaron a mi señora.
 D. JUAN. ¡Voto a Dios! ¿Qué estás ha-
 blando?

¿La hora que se aguardaba
 se pasó, y cuando yo entraba
 estaban las doce dando?

¡Ries! Desde esa ventana
 tal vez me habréis visto entrar,
 y me queréis engañar...
 pero es diligencia vana.

Ve, di a Isabel que aquí estoy,
 que se apresure a venir.

CLARA. ¿No os lo acabo de decir?
 Mi ama se casa hoy.

D. JUAN. Hoy se casa, ya lo sé;
 crucé yo la España toda
 por asistir a su boda,
 ve tú si lo ignoraré.

CLARA. Pues entonces, caballero,
 un poco os habéis tardado,
 y hubierais mejor obrado
 yendo a la iglesia primero.

D. JUAN. Muchacha, no te comprendo.
 ¿Yo a la iglesia? ¿Y para qué?

CLARA. ¿Pues no sabéis? Ya se ve;
 pero yo lo estuve oyendo
 tras esa puerta. Escuchad.

Yo creo que se aguardaba a un don Juan que no llegaba, y le hubieran en verdad por mucho tiempo aguardado, porque el pobrecito ha muerto.

D. JUAN. ¿Muerto don Juan?

CLARA. Sí, por cierto. En Flandes era soldado.

D. JUAN. ¡Muerto don Juan! Impos-

CLARA. Yo misma al conde lo oí.

D. JUAN. ¿Al conde Reinaldo?

CLARA. Sí.

D. JUAN. ¡Maldito seal

CLARA. Y segura es su muerte, aunque Isabel...

D. JUAN. ¿Qué?

CLARA. Creerla no quería, y aunque a voces respondía que no amaba más que a él...

D. JUAN. Acaba.

CLARA. Sentí venir por la sala a mi señor, y eché por el corredor, porque no me viera, a huir.

D. JUAN. ¡Voto a...!

CLARA. Mas de una tronera, donde me asomé a mirar, vi a doña Isabel llevar, cerrada en una litera,

D. JUAN. ¿A la iglesia?

CLARA. No, al palacio.

D. JUAN. ¿Del conde?

CLARA. Del conde.

D. JUAN. ¡Cielos, treguas dad a mis celos, a mis venganzas espacio!

CLARA. ¿Qué tenéis?

D. JUAN. ¡Qué he de tener, sino cólera y furor!

CLARA. ¡Dios mío! ¿Qué os da, señor, que os veo palidecer?

D. JUAN. ¿Qué tenéis?

D. JUAN. Tengo un volcán en que abrasándome estoy.

CLARA. ¿Mas quién sois?

D. JUAN. La muerte soy. ¿Quién será más que don Juan?

(Don Pedro aparece en la puerta del fondo.)

CLARA y PED. ¡Don Juan!

CLARA. ¿El difunto?

D. JUAN. Sí. Hoy hace un año y un día que juré que volvería:

las doce son, y heme aquí.

PED. Despeja, Clara.

ESCENA X

DON JUAN, DON PEDRO

D. JUAN. Buen viejo, venid acá y contestad.

¿Me esperabais?

PED. No, en verdad.

D. JUAN. No mintáis, os lo aconsejo: Yo sé que algún impostor me dió en el campo por muerto.

PED. Pésame, don Juan, por cierto, pues sois mozo de valor,

el dejaros desairado;

mas ella misma lo quiso, y casarla fué preciso.

D. JUAN. ¿Y el plazo?

PED. Las doce han dado. Y estaba tan empeñada,

que puesta frente al reloj dijo: «Vamos.»

D. JUAN. ¿Y partió?

PED. A la primer campanada.

D. JUAN. ¿Y no os sugirió siquiera

(Con sarcasmo.) vuestra atención previsoramente que daban la misma hora la última y la primera?

PED. Yo la quise detener, recordé vuestra afición;

mas dijo: «Las doce son; si vuelve, tarde ha de ser.»

El conde, era natural, exigía la postrera

decisión, y su litera aguardaba en el portal.

Siguióla, y nada reacio, pues así le convenía,

llevóla en su compañía

como esposa a su palacio.

D. JUAN. Pues, y ella, naturalmente,
(*Con sarcasmo.*)

fuese con él muy contenta,
como quien paga una cuenta
recibida anteriormente.
Y acabando de decirle
que jamás le había querido,
como quien muda vestido
propuso al punto seguirle.

Ya comprendo. ¡vive Dios!
toda esa trama infernal
que habéis fraguado tan mal,
don Pedro, entre el conde y vos.

PED. Don Juan, lo que habláis mirad;
si ya no os ama Isabel,
no es culpa mía ni de él.

D. JUAN. Callad, mal padre, callad.
Si ella me hubiera olvidado,
como decís, no aguardara
a que el plazo se pasara
con tan rígido encajado.

La habéis de grado o por fuerza
casado, y decís: «Ahora,
vuelva don Juan en buen hora.»
Mas ¡guay que el juego se os tuerza!

PED. Don Juan, al conde eligió,
y se la dió a su marido.

D. JUAN. ¡Mentís! Se la habéis vendido
al que antes os la compró.
Dijisteis: «Mozo y soldado,
si vuelve don Juan de Flandes,
hará desaciertos grandes
de mozo y de enamorado.»

Le culparemos al conde,
cometerá un atropello,
la justicia vendrá en ello,
y el fin a nadie se esconde.
Lo veo y no lo concibo;
pero, don Pedro, os lo juro,
si de ello quedo seguro,
nos veremos, ¡por Dios vivo!

PED. Lo que quisieréis pensad,
porque de cualquier manera
hija mía Isabel era
y esta fué mi voluntad.
¿O queréisme hacer la afrenta
de no hallarme con derecho
de poder hacer lo hecho
sin ir a pediros cuenta?

D. JUAN. Es que habéis contado mal,
aunque en esas cuentas ducho,
aunque aprendí, don Pedro, mucho
en Flandes y en Portugal.
A mis sospechas primeras
a España me hubiera vuelto,
mas yo me partí resuelto
a morir con mis bandéras.
Mucho me aguijó el amor,
mas mucho el honor me tuvo,
y en dudá un punto no estubo,
lo primero era el honor.
Quedéme y nada temí,
en su constancia fiado,
porque a fe que tan malvado
nunca, don Pedro, os creí.

PED. Mirad que soy...
D. JUAN. Ya lo sé.

Si en vos su padre no viera...
Mas echad temores fuera,
yo siempre os respetaré!
Y, en fin, ¿qué me contestáis?
¿Me dais a Isabel o no?
Porque a tiempo llegué yo,
y vos aún a tiempo estáis.
Dársela al conde es venderla;
yo he vuelto; y rico y honrado,
buen marido y buen soldado,
puedo honrarla y protegerla.

PED. Pues, don Juan, si sois tan hom-
[bre
y la amáis como decís,
os la daré si añadís
apellidó a vuestro nombre.

D. JUAN. Y decidme, ¡ira de Dios!
(*Colérico.*)
Pues me hacéis tal vituperio
y vivís con tal misterio,
¿qué apellido tenéis vos?
¿Cuál es vuestra patria? ¿Cuál
vuestro nombre?

PED. ¡Dios, qué escuchó!
D. JUAN. Ya veis que he aprendido
[mucho

en Flandes y en Portugal;
y que no sois vos tan diestro
dando en que sin nombre estoy,
cuando yo también sé hoy
que tenéis doblado el vuestro.

PED. Pues bien, ya que declararás que tan bien me conocéis, los secretos que sabéis meditat cómo guardáis. Porque todos caminamos con una sombra detrás que no nos pierde jamás, y va, don Juan, donde vamos.

D. JUAN. Sí, mas todos recibimos al nacer un ángel bueno, que de peligros ajeno nos guarda mientras vivimos.

PED. Pídele que de su mano un solo instante no os deje. *(Vase.)*

D. JUAN. Y al vuestro que os aconseje proceder menos villano.

ESCENA XI

DON JUAN

Todo a un golpe lo aventuro, mas no olvidaré el aviso; librarnos de él es preciso por cualquier medio seguro. Ahora bien, tiempo es de obrar; jamás lo quise creer, mas no hay tiempo que perder, si me ama la he de salvar.

(Saca una carta con otra dentro.)

Aquí está la misteriosa carta: en ella me asegura no sé quién que en mi ventura se interesa... una gran cosa.

«Si es que os niegan a Isabel, *(Lee.)*

dice, y estáis en amarla,

«creed para recobrarla

lo que dice este papel.

«Pero si sois caballero,

«por vana curiosidad

«no le leáis... aguardad

«a que os la nieguen primero.»

Y pues ya me la negaron,

«ábrole y...

ESCENA XII

Sale una MUJER con un manto, etc.

MUJ. ¿Es don Juan con quien hablo? ¿Un capitán que en Flandes...?

D. JUAN. No os engañaron en mis señas... Don Juan soy.

MUJ. ¿Una carta recibisteis y otra con ella, que debisteis no abrir ni leer... hasta hoy?

(Mirando al reló.)

D. JUAN. Es cierto.

MUJ. Pues si sois hombre cual os pregona la fama, una cita de una dama debéis admitir.

D. JUAN. ¿Su nombre?

MUJ. Es un secreto.

D. JUAN. Es ahora imposible... y permitidme... *(Haciéndose la desentendida.)*

MUJ. ¿Desconfiáis? Pues oidme, y os daré el sitio y la hora.

D. JUAN. Mas... *(Amostazado.)*

MUJ. *(recitando con intención.)*

«Si os niegan a Isabel

«y os empeñáis en amarla,

«haced para recobrarla

«lo que os dice ese papel.»

D. JUAN. ¡Cielos! ¿Qué escucho? ¿Sois quien escribió...? *[vos...]*

MUJ. Leed y obrad.

D. JUAN. Pero decidme.

MUJ. ¡Acabad, don Juan, leedle, por Dios!

D. JUAN. «Si un día os dan una cita *(Lee.)*

«y a esta carta se remiten,

«admitid doquier que os citen.

«Quien la escribe os necesita

«para abriros un camino,

«que os hará tener sujetos

«del conde muchos secretos

«y dueño de su destino.»

Hablad, hablad.

MUJ. Imposible

en este sitio, don Juan,

que acaso espiando están

mis pasos ya.

D. JUAN. ¡Oh, qué insufrible tormento! ¿Y cuándo ha de ser?

MUJ. Si de mí queréis serviros, en la Cruz de los Suspiros estad al anochecer.

Si sois hombre de valor,
vuestro amor recobraréis;
y os advierto que os guardéis:
hasta la noche, señor. (Vase.)

ESCENA XIII

DON JUAN

Hasta la noche, eso sí,
seas quien quieras, misteriosa
mujer, de cuya amorosa
voz esperanzas oí,
donde quiera iré tras tí,
por doquier te seguiré,
tierra y mar recorreré
por ese nombre bendito
que invocaste, y que repito
como norte de mi fe.

ESCENA XIV

DON JUAN, un Hombre embozado (JUAN)

EMB. ¿Sois don Juan?... Vuestro ape-
no recuerdo. [llido]

D. JUAN. ¿Qué queréis?

EMB. Si sois hombre de valor,
como os quieren suponer,
yo vengo aquí a proponeros
un desafío.

D. JUAN. ¿Con quién?

EMB. No me lo dijo.

D. JUAN. ¿La causa?

EMB. ¿La causa? Vos la sabréis;
lo único que advertiros
me mandó en su nombre, fué
que al lugar que ha señalado
tan despacio no lleguéis
como a la cita del plazo
y de las doce después.

D. JUAN (resuelto). ¿Las armas?

EMB. Las que llevareis.

D. JUAN. ¿La hora?

EMB. Al anochecer.

D. JUAN. ¿El sitio?

EMB. En la Cruz de los
Suspiros: ¿sabéis dónde es?

D. JUAN. Sí; pero tengo otra cita
a esa hora y no puede ser.EMB. ¿Y será más importante
que un desafío?

D. JUAN. Sí a fe.

EMB. ¿Es decir que rehusáis?

D. JUAN (con desprecio).

Esclavo, la lengua ten,
o pronto con esta daga
te la clavo en la pared.

Dile que allí ha de encontrarme
una hora antes o después.

EMB. Sea después.

D. JUAN. Enhorabuena.

EMB. Allí irá.

D. JUAN. No faltaré.

Podré matarle o morir,
pero sabiendo quién es.
(Vase el embozado por la puerta del fondo
y don Juan por la lateral.—Cae el
telón.)

ACTO SEGUNDO

Campo. A la derecha, una caseta, o ruina de ermita,
cuyo interior esté a la vista. A la izquierda, en
el fondo, una cruz de hierro con una puerta o
trampa secreta en el pedestal. Árboles y male-
za.—Anochece.

ESCENA PRIMERA

GIL, que aparece en escena al alzar el telón

Receloso anda don Pedro;
parece que su amistad
con ese conde... ¡Ha visto uno
tantas de estas cosas ya!
En fin, todo en esta vida
se acaba, y no es de extrañar
que amistades mal trabadas
vengan a acabarse mal.
Mas tarda mi amo; el caballo
mandóme a esta hora ensillar,
y sacársele a este punto,
y a esta hora... ¿y dónde irá?

ESCENA II

GIL, embozado; JUAN

JUAN. (Allí está Gil.)

(¡Alguien llega!)

JUAN. ¡Oh! Disimula el truhán.)

GIL. (Parece que está despacio.)

JUAN. (Llégame a él.)

GIL. ¿Quién va allá?

JUAN. ¡Calla! O me engaña la voz...

¡Oh, mi buen Gil!

GIL. ¡Oh, buen Juan!

JUAN. ¿Tú por aquí?

GIL. ¡Ya lo ves!

JUAN. ¿Y qué diablo haces?

GIL. Pasear.

JUAN. Pues yo ha tiempo que te miro,

y un paso no has dado.

GIL. ¡Bah!

¡Qué necio eres!

JUAN. Ciego en caso

me debías de llamar,

pues no vi si te movías.

GIL. Y ciego sin duda estás.

¿No ves la cruz?

JUAN. ¡Ah, rezabas!

GIL. ¡Pues es claro! ¿He de pasar

junto a ella como un perro

que sobre su rastro va?

JUAN. Tienes razón. Mas, ¿quién dia-

blo se había de imaginar

que pasearas a estas horas

con frío y con niebla tal?

GIL. Caprichos con que uno nace.

JUAN. ¡Vaya un capricho!

GIL. ¡Ahí verás!

JUAN. (Solapado es el buen Gil.)

GIL. (Importuno es el buen Juan.)

JUAN. Gil, tú estás de mal humor.

GIL. No por cierto.

JUAN. La verdad,

¿no estás contento con tu amo?

GIL. Al revés, lo estoy demás.

JUAN. ¿Te paga bien?

GIL. Más que quiero.

JUAN. ¿Y tú le sirves?...?

GIL. Leal;

duermo a su lado, y le busco cuanto puede desear.

Y a ti, Juan, en el castillo ¿te va bien?

JUAN. No me va mal.

Mas dime: dicen que tu amo es algo particular;

que tiene una historia larga, borrascosa.

GIL. Sí tendrá...

JUAN. Vamos, que algo sabrás tú.

GIL. ¡Si me la habrá ido a contar!

¿No te parece?

JUAN. ¡Eh! Quien sirve, siempre al olorcillo está

de lo que guisan sus amos.

GIL. ¿Sí, eh? Pues entonces, Juan,

dime, ¿es cierto que tu amo

emcubre y es capataz

de cuantos contrabandistas

en estos contornos hay?

JUAN. (¡No es tonto, Gil!) ¡Qué locura!

GIL. Pues el vulgo lenguaraz

lo susurra.

JUAN. Ya lo sé;

mas tiene tanta verdad

como decir que tu amo

a todo el mundo nos da

gato por liebre; y no es quien

él dice.

GIL. ¡Qué necedad!

JUAN. Pues el vulgo lo murmura.

GIL. Pues se engaña.

JUAN. Así será.

(Ni con palancas le sacan

lo que se cierra en callar.)

GIL. (Está visto, Juan me espía.)

JUAN. (Claro, esperándole está.)

GIL. (Veamos.)

JUAN. (Vamos a ver.)

Oye, Gil.

GIL. Escucha, Juan.

JUAN. Di.

GIL. Di tú.

JUAN. ¿Es tuyo aquel potro?

GIL. ¡Eh! ¿Qué potro?

JUAN. Aquel que está

atado a aquel sauce.

GIL. ¡Ah! Sí.
Mas no es ya potro.

JUAN. ¿Qué edad tiene?

GIL. Ocho años, y muermo, y un horrendo esparaván.

JUAN. Pues lo disimula mucho.

GIL. Ha sido un bravo animal: ¿le has visto de día?

JUAN. Vaya, le conozco meses ha:

le monta siempre don Pedro.

GIL. Sí; como monta muy mal, y es tan dócil... (Pues, señor, en vano es disimular.)

JUAN. (Pues, señor, eso es.) ¿Tu amo se marcha?

GIL. Sí.

JUAN. ¿Dónde va?

GIL. A ese lugar inmediato.

JUAN. ¿Y por mucho tiempo?

GIL. ¡Quia!

Ha de volver esta noche a casa.

JUAN. Listo ha de andar.

GIL. Es corredor el caballo.

JUAN. ¿Sí? Pues ¿y el esparaván?

GIL. No hará más que hincharse un hay media legua no más. [poco;

JUAN. (Al fin ya desembuchó.)

Vaya, adiós, Gil. (Vase Juan y vuelve.)

GIL. Adiós, Juan.

¡Mucho apuraba el tunante;

nunca le vi tan tenaz!

Torizamos rumbo: su encuentro

muy mala espina me da.

JUAN (saliendo). Oye, Gil.

GIL. ¡Calla! ¿Estás ahí?

JUAN. No me he querido marchar

sin darte algún buen consejo.

GIL. Estimo la caridad.

JUAN. Mira, muchas, muchas noches

no vengas a este lugar.

GIL. ¿Por qué?

JUAN. ¿No sabes?

GIL. ¿Yo? Nada.

JUAN. ¿Ves esa ermita?

GIL. Sí tal.

JUAN. Pues ahí vive una bruja;

GIL. ¡Cómo!

JUAN. ¿No has oído hablar de ella en el pueblo?

GIL. Mil veces.

JUAN. Pues mira ahí.

GIL. ¡San Julián! Y cuentan cosas atroces de su poder infernal.

JUAN. Y si te encuentras con ella maleficiarte podrá con un soplo.

GIL. ¡Dios me asista! No aportaré yo aquí más.

JUAN. Harás bien.

GIL. Corriendo a casa voyme.

JUAN. Adiós, Gil. (Vase.)

GIL. Adiós, Juan. (A apostarme en otro sitio voy, y a don Pedro a aguardar.) (Vase.)

ESCENA III

Por otro lado un OFICIAL DE GUARDACOSTAS con un SOLDADO, embozados

OFICIAL. ¿Conque todo está hecho? SOLDADO. Todo.

El valle cercado está, como a la primera señal. [puestos

OFICIAL. Bien; que estén todos dis-

SOLDADO. ¿Conque la noticia es cierta?

OFICIAL. Terminante el pliego está;

del mismo rey es la orden,

y con gran severidad

fuerza es tratar el asunto.

Alerta, pues,

SOLDADO. Descuidar.

OFICIAL. Aquí es la cita, y ya es hora;

pronto la oración dará.

Me ocultaré; no dé con

algún curioso quizás.

ESCENA IV

TOMÁS, embozado

Este es el lugar sin duda

que aquel hombre me marcó.

Sí; allí el pueblo, aquí la ermita,
la cruz allá... ¡Quiera Dios
que no haya olvidado el día,
y oiga el dar de la oración!

Ya estoy al fin en mi patria:
sí, libre y resuelto estoy;
no más obrar ni vivir
contra mi propia razón.
Ya es tiempo de que se expie
aquel atentado atroz.

(Un momento de pausa. Tomás se pasea;
las campanas a lo lejos tocan a la ora-
ción.)

Esta es la hora convenida:
esperaré.

ESCENA V

TOMÁS, el CAPITÁN DE GUARDACOSTAS

OFICIAL. En rededor al
de aquella cruz veo un bulto.

TOM. ¿Quién va?

OFICIAL. ¿Quién viene?

TOM. Quien hoy

busca puerto en que fondear.

OFICIAL. (Él es.)

TOM. (Él es.)

OFICIAL. Eh, patrón,

¿de qué lado sopla el viento?

TOM. De la costa y de babor.

OFICIAL. Vos sois, pues, a quien yo

[busco.

TOM. Y a quien espero sois vos.

Buenas noches.

OFICIAL. Buenas noches.

¿Cumplido habéis?

TOM. Hombre soy

que no ha mentido jamás;

y aunque muestra mi exterior

la librea del delito,

puro está mi corazón.

OFICIAL. ¿Dónde está el barco?

TOM. Aguardando

mi señal.

OFICIAL. ¿La relación

escrita?

TOM. Aquí está, tomadla:

no será muy superior

su lenguaje, pero es claro
y tan cierto como el sol.

OFICIAL. ¿En qué año fué?

TOM. Ya hace veinte:

la fragata se abordó.

Yo lidié desesperado

al lado de mi señor,

pero fué inútil; ninguno

de nuestra tripulación

pudo escapar con la vida

más que un pobre niño y yo.

OFICIAL. ¿Y cómo, pues?

TOM. ¡Oh! Le amaba

con todo mi corazón,

y hubiera muerto antes que él,

según era mi furor;

mas les asombró mi audacia

y el capitán nos salvó.

OFICIAL. Y fuisteis sus compañeros.

TOM. Esclavos decid mejor.

OFICIAL. Explicaos.

TOM. Esta historia

nos toca sólo a los dos;

conque dejadla que quede

para siempre entre él y yo.

OFICIAL. Mas vos su lugarteniente

habéis sido, y aún lo sois.

TOM. Cuando ese papel leáis,

veréis que si me nombró

fué para tenerme lejos;

cautelosa precaución.

OFICIAL. Mas ¿no podíais mandar

cuanto os diere gana vos?

TOM. Sí, mas fondear no podía

sino a antojo y elección

de un piloto, a cuyas órdenes

taimado me sujetó

mientras a vista de tierra

se hallara la embarcación.

OFICIAL. ¿Y qué premio a este servicio

pensáis pedir para vos?

TOM. Me entrego a vos, capitán;

y si me hacéis concesión

de unos días, para ver

qué es lo que ha dispuesto Dios

de la gente que dejé

al partir con mi señor

para América, me basta.

OFICIAL. ¿No vale más que perdón en un memorial pidáis?

TOM. Confesárame traidor si lo hiciera, y las desdichas en nadie crímenes son.

OFICIAL. Mas ahora que delatáis...

TOM. (interrumpiéndole).

A nadie; yo sólo soy de la justicia divina instrumento vengador. Si sólo de mis desgracias le culpara, acusación contra ese hombre no entablara; mas del mundo en rededor anda algún otro, tal vez sin amigos, sin mansión, y sin fortuna y sin nombre, y a fe que en honra nació, de lo que goza usurpado mejor que él merecedor.

OFICIAL. Aquí hay un misterio grande que escapa a mi comprensión, mas convencerme no puedo de que seáis un impostor.

TOM. No, juro a Dios.

OFICIAL. No juréis, y oíd: ¿en disposición estáis de comparecer en el tribunal?

TOM. Sí estoy, y a jurar cuanto hay escrito en esa carta ante Dios; y tales pruebas daré que disipen todo error.

OFICIAL. ¿Si yo os llamo...? TOM. Estaré siempre pendiente de vuestra voz.

OFICIAL. ¿A cualquier tiempo?

TOM. A cualquiera.

OFICIAL. De esa manera, id con Dios. Veinte y cuatro horas tenéis a vuestra disposición.

TOM. Aquí me tendréis mañana.

OFICIAL. ¿A qué hora?

TOM. Al ponerse el sol.

OFICIAL. (Voy, pues, a cercar desde ésta todo el valle en derredor.) (Vase.)

ESCENA VI

TOMÁS, EILENA

Espíritus sin sepulcro, inmolados a traición, aún tenéis sobre la tierra a un amigo, un vengador. Si aún queda de vuestra raza el solo que se salvó, veré que no he olvidado mi fe, ni mi obligación. Mas no hay tiempo que perder: ya es fuerza pensar en mí, (Va a retirarse y ve a lo lejos a Elena, que llega.)

y ver si me dan aquí luz alguna... ¡Una mujer! Un farol trae en la mano que su camino la alumbra... ¡Lo que puede la costumbre en el corazón humano! ¡Un ser sobrenatural la creyera un campesino, cruzar viéndola el camino con paso y figura tall! Mas me ocurre un pensamiento: si de ella pudiera atáso...

ESCENA VII

TOMÁS, EILENA

EILENA. (Aquel hombre no da un paso: ¿si será él?)

TOM. (Me iré con tiento, sin embargo.)

EILENA. (Harto esperar es a la impaciencia suya. Si es él, no sé lo que arguya. No importa, voy a pasar junto a él; puede no haberme desde lejos conocido.)

TOM. (Se acerca, yo me decido.)

Buena mujer, si ofrecerme podéis ayuda, yo os ruego.

EILENA. (No es él.) ¿Qué queréis de mí?

TOM. De muy lejos llego aquí, y descaminado llego.

¿Me diréis si en el que estoy es en verdad mi camino?

ELENA. ¿Y adónde es vuestro destino?

TOM. Al Palacio moro voy.

ELENA. ¡(Cielos!)

TOM. ¿Dista mucho?

ELENA. No;

mas la subida es fatal,

y a esta hora haréis muy mal

en emprenderla.

TOM. Si yo

el terreno conociera,

a emprenderla me arriesgara,

o en algún pueblo buscara

una posada, si hubiera.

ELENA. Inmediato está Lubrín:

por ese sendero estrecho

vais a este lugar derecho,

que en sus calles tiene fin

TOM. ¿Habitáis en él?

ELENA. No, a fe:

y a lo que oyéndoos infiero,

que todavía extranjero

sois aquí, claro se ve.

TOM. Decidme: ¿por qué razón?

ELENA. Porque, si no fuera así,

no os encontrarais aquí

tan cercano a mi mansión.

TOM. ¿Pues qué hay de ella que te-

[mer?

ELENA. Nada, sin duda; esta ermita

hace ya años que la habita

solamente una mujer;

Pero tened muy presente

que desde que el sol se pone,

rarísima vez se expone

a pasar por aquí gente.

Seguid, pues, vuestro camino,

y buenas noches.

TOM. ¿Qué es esto?

ELENA. (Que dejar le hará imagino

(Elena entra en la ermita.)

la superstición el puesto.)

TOM. Aquí hay misterio: el retiro

y el secreto necesita

tal vez, y dió a aquesta ermita

ese misterioso giro,

que el vulgo supersticioso

respetará... Pero a mí,

¿qué me importa que obre así?
Déjola, pues, en reposo,
y a lo que me atañe voy.
(Va a salir y se encuentra con don Juan.)

ESCENA VIII

DON JUAN, TOMÁS

D. JUAN. ¿Quién va allá?

TOM. Un hombre.

D. JUAN. ¿Qué pasa,
o qué espera?

TOM. Busca casa.

D. JUAN. ¿Sois forastero?

TOM. Sí soy.

D. JUAN. Mi posada os ofreciera
si pudiera a ella tornar.

TOM. ¿Vecino sois del lugar?

D. JUAN. Lo mismo que si lo fuera,
porque como es tan pequeño...

TOM. ¿Conocéis su población?

D. JUAN. Sí.

TOM. ¿Podrías dar razón?... T

D. JUAN. De cualquiera a quien em-
[peño

trajerais en encontrar.

TOM. Me haréis muy grande favor.

D. JUAN. Pero con otro mayor
me lo tendréis que pagar.

TOM. Decid.

D. JUAN. Tengo en este instante
dos citas a que acudir:

en la una voy a reñir;

en la otra un importante

secreto voy a saber,

el cual tal vez asegura

mi felicidad futura

y el honor de una mujer.

Cumplir a un tiempo las dos,

si me tardo en la primera,

no me es posible aunque quiera;

tomad una sobre vos.

TOM. ¡Cómo!

D. JUAN. Si sois caballero,
una de ellas elegid,

o a oír el secreto id...

TOM. Eso no; reñir prefiero.

D. JUAN. ¡Oh! Gracias; pero preciso

no será tanto, sin duda; cuando mi contrario acuda, si yo no estoy, dadme aviso.

TOM. Bien, bien; yo haré mi deber, que tenga o no de reñir.

D. JUAN. ¿Y ahora me podréis decir a quién queréis conocer?

TOM. Sí, busco a un hombre, un villano cuya historia es algo extraña; pasó ha tiempo a Nueva España, de un corsario siciliano fué cautivo....

D. JUAN (con amargura). ¡Ah! ¡Sé de un hombre a quien conviene esa cruel historia!

TOM. ¿Y qué ha sido de él?

D. JUAN. ¡Sábelo Dios!

TOM. ¿De su nombre os acordáis?

D. JUAN. Si eso prueba que con el alma le amaba...

TOM. ¡Oh! Concluid. ¿Se llamaba Tomás Ruiz de Villanueva?

D. JUAN. Sí, sí; ¿conocéisle vos? ¿Dónde está?

TOM. Y vos, que afán tal mostráis por él, ¿cuál es, cuál vuestro nombre? ¿Entre los dos qué relación hay?

D. JUAN. La vida, cuanto soy y cuanto fui.

TOM. ¡Ah! Si esa historia es mentida, apártate, tentador.

D. JUAN. No, no, esa historia es la mía.

TOM. Entonces, ¡Virgen María!...

D. JUAN. Tú eres: ¡cielo vengador!

TOM. ¡Rodulfo!

D. JUAN. ¡Tomás!

TOM. Abrazame.

D. JUAN. Si, sí; el placer me sofoca.

(Abrazanse.)

TOM. Y mis lágrimas provoca.

(Vuélvense a abrazar.)

D. JUAN. Aprieta, así, despedázame.

¡Pero qué recuerdo horrible!

¿Y mi padre? ¿En qué paró?

TOM. Qué, ¿no has vuelto a verle?

D. JUAN. No.

TOM. ¡Santos del cielo, es posible! ¿Por quién te vas a batir?

D. JUAN. Por Isabel, por mi amor.

TOM. ¿Y con quién?

D. JUAN. Con su raptor, si es que se atreve a venir.

TOM. ¿Quién es?

D. JUAN. Un conde extranjero.

TOM. (apresurado). ¿Que habita en ese castillo que ocupa ese montecillo?

D. JUAN. Sí.

TOM. (¡Lazo infernal!)

D. JUAN. Mas quiero saber antes si hay camino que me haga tener sujetos de ese hombre muchos secretos y dueño de su destino.

TOM. ¿Y cómo lo has de saber?

D. JUAN. Una mujer misteriosa que por mí vela afanosa, me lo ha prometido hacer.

TOM. ¿La conoces?

D. JUAN. No por cierto.

TOM. ¿Y si es un lazo?

D. JUAN. No, no; más de un año ha que me dió una carta, que hoy he abierto, ofreciéndome su amparo si me hurtaban el tesoro de la mujer que yo adoro, con que podía.

TOM. Está claro.

¿Mas dónde está?

D. JUAN. No lo sé.

Ya es la hora que me dió.

TOM. ¿Y aquí mismo te citó?

D. JUAN. En esa cruz.

TOM. Oye.

D. JUAN. ¿Qué?

TOM. Oigo dentro de esa ermita rumor.

D. JUAN. Apártate a ver.

(Se apartan y aparece Elena.)

ELENA. (Ya esperaré.)

D. JUAN. Una mujer, y es ella.

TOM. ¿La de la cita?
 D. JUAN. Sí; aléjate de su luz, y no se esquite viendo dos, y no me faltes, por Dios, si acude ese hombre a la cruz.
 TOM. Rodulfo, ve sin temor. (De cualquier modo que sea, preciso es que no le vea ese corsario traidor, aun a costa de mi vida.)

(Vase y se oculta detrás de la cruz.)

ESCENA IX

ELENA, DON JUAN, TOMÁS

ELENA. ¿Es don Juan?
 D. JUAN. Sí, don Juan soy, y esperándoos estoy.

ELENA. Vine a la hora convenida, mas encontré a un extranjero que me dió que sospechar, y que dejara el lugar, quise, de veros primero.

D. JUAN. En fin, ya estamos aquí, y no hay tiempo que perder.

ELENA. Mucho por vos puedo hacer, y vos mucho más por mí.

D. JUAN. Lo que gustareis mandad, si yo basto a conseguirlo.

ELENA. Entrad en mi casa a oírlo, que habrá más seguridad. *(Entran.)*

TOM. Entró con ella... Por Dios que entre la cruz y la puerta puesto, he de estar bien alerta. ¡Desconfío de las dos!

(Tomás queda paseando fuera. Elena y don Juan dentro de la ermita.)

ELENA. ¿Os extraña este misterio, don Juan, y esta habitación? Tiene la superstición en el vulgo mucho imperio, y por eso la elegí mil patrañas de ello cuentan, y cuanto más las aumentan, más segura estoy aquí.

D. JUAN. Comprendo vuestra razón.

ELENA. Un año ha que espío al conde,

y nada de él se me esconde a merced de esta mansión.

D. JUAN. Mi tiempo es breve, miradlo que decirme queréis.

ELENA. Don Juan, poco esperaréis.

D. JUAN. Pues ya os escucho, empedad.

ELENA. ¿Conocéis al conde?

D. JUAN. No.

ELENA. Pues bien, yo le he conocido casi desde que ha nacido, y a ser lo que es no nació. Sus títulos, sus haciendas, nada es suyo; es un engaño.

D. JUAN. ¿Los hubo en país extraño, en políticas contiendas?

ELENA. No lo sé; su poseedor verdadero estuvo ausente largo tiempo; de repente presentóse él sucesor. Trajo cuantos documentos

completos: declaróse el castillo para conde, e instalóse por tal sin más miramientos. Desmentir su identidad su semblante no podía,

por que quince años hacía que de aquí faltaba; edad que a cualquiera desfigura, y haciendo precauciones, esquivó las relaciones

como cosa más segura. Pocos meses adelante vino don Pedro, y con él vino esa hermosa Isabel, de quien sois tan fino amante.

D. JUAN. ¡Oh! Seguid, seguid. *(Hacia Elena.)*

Mucho tiempo que olvidada vivía en pobre morada, y huérfana se creía. Él dijo: su padre soy; tomóla de unos parientes

que, por ser tan indigentes, en que la dieron estoy. Compró casa; con decoro en ella la hizo habitar, y a nadie dió que pensar

el verle volver con oro,

pues de América volvía; mas yo conozco también a don Pedro, y sé muy bien, señor don Juan, que mentía.

D. JUAN. ¿No es su padre?

ELENA. Acaso no.

D. JUAN. ¡Ah! Seguid.

ELENA. Noté que amigo del conde era, y que al abrigo del exterior que tomó, era el único que entraba en su torre, y armonía con sus gentes mantenía, y noches con él pasaba. Entonces vinisteis vos con vuestro destacamento, y hubo entonces un momento de treguas entre los dos.

Yo, tras de mucho afanar, de un anciano campesino supe un secreto camino al castillo para entrar.

Varias noches me introduje en hora muy avanzada en un ala abandonada; y la impresión que produje tan favorable me fué, que el vulgo supersticioso por fantasma misterioso ocupada ahora la cree.

Yo, de bruja en esta ermita tal vez haciendo un papel, os hallé con Isabel en una y en otra cita.

Supe vuestro plazo al fin, y me interesé por vos, temiéndome de los dos alguna emboscada ruin.

Espié, velé, inquirí, y al cabo, yendo y viniendo, sus maldades conociendo, a Flandes os escribí.

Y no dudéis que Isabel víctima sacrificada es, prenda al conde entregada.

D. JUAN. ¿Por don Pedro?

ELENA. Sí, por él.

D. JUAN. Eso no tiene, señora, ni aún asomos de razón:

¿a qué aguardar condición ni plazos?...
ELENA. Oídlo ahora!

Si tanto tiempo aguardando a que expirara estuvieron, fué porque de vos temieron.

D. JUAN. ¿Por qué?

ELENA. Por su contrabando,

D. JUAN. ¡Qué decís!

ELENA. Esas montañas

llenas de su gente están; por eso es todo su afán, esas todas sus hazañas.

D. JUAN. No lo acierto a comprender.

ELENA. Creedlo, ese hombre es un bandido [dido,

y nunca otra cosa ha sido, ni otra cosa sabrá ser.

D. JUAN. Por eso hoy a mi venida topé con una emboscada, y a no por inesperada ayuda, pierdo la vida.

Pero de esa relación en el dédalo enredado, con vuestro intento no he dado.

ELENA. ¡Ay! Está en mi corazón: todo descubierto está; esos peñascos cercados están ya por los soldados, y todo a perderse va.

D. JUAN. Y bien, ¿qué queréis de mí?

ELENA. Don Juan, ¿queréis a Isabel?

D. JUAN. ¡Oh, sí!

ELENA. Pues salvadle a él, y huya conmigo de aquí.

D. JUAN. ¿Con vos?

ELENA. Sí, le amé; y ahora que todos a abandonar le

van, yo, yo quiero salvarle, quiero ser su valedora. El me abandonó traidor,

atentó contra mi vida, mas todo el amor lo olvida, y a todo alcanza mi amor.

Si a la costa se le auxilia osadamente a llegar, aún puede abrírnos el mar

camino a nuestra Sicilia; favor por favor, don Juan.

O así le salváis a él,
o a perder vais a Isabel.
D. JUAN. ¡Y entonces perecerán
todos, vive Dios, tras ella!
ELENA. No os halague esa esperanza,
que es temible su venganza,
y es muy fatal vuestra estrella,
capitán.

ESCENA X

DON JUAN y ELENA, dentro de la ermita;
DON PEDRO y TOMÁS, fuera

TOM. ¿Quién va?
PED. Yo soy.
TOM. (¿Quién es?)
ELENA (a don Juan). Decid.
D. JUAN (a Elena). Escuchad:
¿no oís rumor?
ELENA. Sí.
D. JUAN (escuchando). Callad.
PED. ¿Estáis solo?
TOM. Solo estoy.
PED. Pues vamos.
TOM. Vamos.
(Poniendo mano a su espada.)
PED. ¿Qué es eso?
TOM. ¿A reñir no habéis venido?
PED. ¡No es Gill! ¡Oh, me habrá ven-
[didol]
Caballero, yo os confieso...
TOM. Esa voz... estoy soñando.
PED. Perdonad; os tomé a vos
por otro; quedad con Dios.
TOM. ¡No os iréis!
PED. ¿Qué estáis hablando?
TOM. No, de aquí no os moveréis
sin que quién sois me digáis.
PED. (¡Qué apuro!) Si os empeñáis...
TOM. Sí, por Dios.
PED. Pues lo sabréis.
Yo soy don Pedro Zapata.
TOM. ¡Téngame Dios de su mano!
Ese que nombras, villano,
murió a manos de un pirata.
Sí, y ese nombre me prueba
que eres quien buscando voy.
PED. Yo soy don Pedro.

TOM. Y yo soy
Tomás Ruiz de Villanueva.
PED. ¡Oh!
TOM. Di, ¿qué has hecho, traidor,
del nombre que yo te di?
¿Qué es lo que has hecho por mí?
¿Qué es de la hija de mi amor?
PED. En el castillo.
TOM. ¿En poder
del conde?
PED. Sí.
TOM. ¡Miserable!
Este enredo abominable
llego al fin a comprender.
Reza, si es que sabes algo
con que dirigirte a Dios.
(Tomás y don Pedro forcejean mientras
hablan los otros.)
D. JUAN. No oigo bien, pero son dos.
(Va a salir, y Elena le quiere tener.)
ELENA. ¿Dónde vais?
D. JUAN. Al campo salgo.
Me esperan para reñir,
y otro toma mi lugar.
ELENA. Tened.
D. JUAN. ¡No!
(Sale don Juan de la ermita, y Elena
tras él.)
TOM. Vas a acabar
como has querido vivir.
PED. ¡Ah! (Cayendo.)
(Mientras don Juan, y Elena detrás, salen,
aparece Juan con gente.)

ESCENA XI

TOMÁS, DON PEDRO, JUAN, varios
contrabandistas
JUAN. Ese es don Juan.
(Señalando a Tomás.)
TOM. ¡Tal traición
me sospechaba!
JUAN. Ea, atadle
pronto; al castillo llevadle.
UNO. Mira.
JUAN (mirando). ¿Qué?... Soldados son.
Vamos pronto. (Vanse.)

D. JUAN (*saliendo*). ¿Adónde están?
¿Mas si es él? (*Viendo a don Pedro.*)

PED. ¡Ah, el capitán!

D. JUAN. ¡Don Pedro aquí!

PED. Huid por Dios:
se llevan a otro por vos.

D. JUAN. ¿Adónde?

PED. Al castillo van.

D. JUAN. Antes que lleguen...

(*Va a seguirlos, y Elena le detiene.*)

ELENA. ¿Qué hacéis?

D. JUAN. Seguirlos.

ELENA. Seguidme a mí
si llegar antes queréis.

D. JUAN. ¿Y por dónde?

ELENA. Por aquí.

(*Abre la cruz, y entranse al tiempo que don Pedro toca arrastrándose el pedestal, y cae sobre los escalones sin movimiento. Cae el telón.*)

ACTO TERCERO

Salón del castillo llamado *Palacio moro*, que habita el conde. Puerta a la derecha, y secretá en el fondo. Lámpara colgada. Ventana con reja.

ESCENA PRIMERA

ISABEL

Cielo, ¿qué va a ser de mí
en esta mansión fatal?

¿Para tratarme tan mal,
qué delitos cometí?

Sola, pobre y desvalida,

allá en oculta cabaña,

al amor y al mundo extraña,
pasaba feliz mi vida.

Huérfana, sí, mas dichosa,

sin deseo ni esperanza,

mi barquilla iba en bonanza

por la mar tempestuosa.

Largos años vivi así

cual silvestre pasionaria

que en campiña solitaria

nace y crece y muere allí.

¡Ay! ¿Por qué de aquel desierto

me vinieron a sacar,
para echarme al negro mar
de este porvenir incierto?

¿Por qué de mi corazón

con impulso repentino,

al cambiarse mi destino

se cambió la condición?

De la soledad salí

y con fortunas soñé,

soñé con amor y amé,

mas ¡cuán desdichada fui!

El interés vino en pos

del amor, ató el deber

mi voluntad... ¿cuál va a ser

el más fatal de los dos?

¿El amor?... ¡lleso, intacto,

puro en mi alma quedará.

¿El deber?... Cumplido está,

padre cruel, vuestro pacto.

Mi padre, ¡ay Dios! se figura

que en el oro y la grandeza

está la fe y la belleza,

el placer y la ventura.

El alma de la mujer

así, insensato, comprende,

y así me entrega, me vende

al que más llega a ofrecer.

Mas tócame ahora a mí;

él cumplió ya, era justo,

y ya no hay más que mi gusto

o mi desventura aquí.

Con nobleza elegiré,

pero mirando hacia atrás,

no, no romperé jamás

mi palabra ni mi fe.

ESCENA II

ISABEL, el CONDE

CONDE. Buenas noches.

ISAB. ¿Qué queréis?

CONDE. Bella pregunta, a fe mía:
¿no os lo dije a mediodía?

(*Cierra la puerta por dentro.*)

ISAB. ¿Qué hacéis?

CONDE.

Cerrar, ¿no lo veis?
Mi palacio, esquivo y fiera,
desdeñasteis hasta ahora

habitar como señora;
sois, pues, en él prisionera.

ISAB. ¿Y con cuán negra traición
lo habéis al fin conseguido!

CONDE. Las cosas se hacen sin ruido
mejor y con precaución.

El vulgo me odia, lo sé;
y si el plazo hubiera roto,
armara necio alboroto;
por eso un año agnardé.

Ahora escucha atentamente
la suerte que te prevengo,
y lo que a decirte vengo
piensa bien, y sé prudente.

De hoy no ha de verte ni el sol,
no; dentro de estas murallas
como en un sepulcro te hallas;
pasará por el crisol

de esta eterna soledad
tu amor y tu fortaleza;
y tu llanto y tu belleza
jamás obtendrán piedad.

Entre peligros viví,
crecí entre sangre y horrores,
y amenazas ni clamores
nada alcanzarán de mí.

Mi amor, mi fe, mi esperanza,
al fin de una y otra injuria
tornaránse en odio, en furia,
en sed de fatal venganza.

Cederte a otro hombre después
de aguardarte un año entero,
es imposible; prefiero
verte sin vida a mis pies.

Conque elige bien, y aparta
sueños de fe y de virtud:
o esta estrecha esclavitud,
si antes de ella no se harta

mi paciencia, o con tu amor
pagar voluntaria el mío;
dejo el ser, a tu albedrío,
tu galán o tu señor.

El mundo es grande, Isabel;
yo te idolatro, te adoro;
con mi brazo y con mi oro
buen lugar tendrás en él.

Y puedo hacértele tal
cuando admitas mis promesas,

que te envidien mil princesas
tu regia pompa oriental.

ISAB. ¿Habéis concluído?
CONDE. Sí.

ISAB. Pues vuestras ofertas todas,
cual la farsa de mis bodas
serán miradas por mí.

Esta mañana rehusé
llegarme al profano altar,
y no habré de renegar
esta noche de mi fe.

Nací entre peñas, crecí
de pobreza entre rigores,
y amenazas ni clamores
nada alcanzarán de mí.

Mi amor, mi fe, mi esperanza,
firmes a halago y a injuria,
sabrán despreciar tu furia
y arrostrar tu vil venganza.

Oye, pues: todo tu afán
es en vano; yo le adoro,
y no vale todo tu oro
un cabello de don Juan.

CONDE. ¿Esa es tu respuesta?
ISAB. Esa es,

si: ¿después de un año entero
ser tuya? Jamás; prefiero
caer sin vida a tus pies.

CONDE. Caerás, sí; pero no esperes
que así tu vida concluya,
porque irá antes de la tuya
la de ese a quien tanto quieres.

ISAB. Mi constancia y su constancia
en el bien como en el mal,
siempre firmes por igual
se mofan de tu arrogancia.

CONDE. Veremos si tu entereza
a tanto heroísmo alcanza,
o si cede la balanza
al peso de su cabeza.

ISAB. Me río de esa villana
amenaza que te inspira
quien te inspiró la mentira
del papel de esta mañana.

CONDE. ¡Necia! ¿Mientas el papel,
y aún conservas confianza?
Pues discipa la esperanza
que concebiste por él.

Aprende lo que no sabes,

y aprendiendo a conocerme,
decidete a obedecerme
y tu situación no agraves.
¿Piensas que al plazo faltó
tu constante capitán?

No; burló todo mi afán;
daba aún las doce el reló
cuando él acudió a la cita.

ISAB. ¡Cómo!

CONDE. Mas fía en su brío
el necio, y mi desaffío
admitió.

ISAB. ¡Infamia inaudita!

CONDE. De noche, y en desoplado,
ya solo prometió ir.

ISAB. ¡Cielos!

CONDE. Puedes presumir
que habré mi gente apostado.

ISAB. ¡Hombre vill!

CONDE. Óyelo todo:

mandé, haga o no resistencia,
que desde allí a mi presencia
le traigan de cualquier modo.
Ahora, creas o no creas
de grado lo que te digo,
de ello vas a ser testigo,
y creerás cuando lo veas.

(Óyese un clarín.)

Oye; esa la señal es
para franquear al rastrillo;
ya están al pie del castillo,
decidete pronto, pues.

Y no te andes con pereza,
porque juro ¡vive Dios!
que eliges una de dos,
o mi amor o su cabeza.

ISAB. No puede mi alma con tanta
increíble atrocidad:
tu fría ferocidad,
monstruo pérfido, me espanta.

CONDE. Esperé, callé y sufrí
mientras el plazo se cumplía,
y al castillo te traía

sin dar sospechas de mí.
De hoy todo será traición,
y ese vulgo que murmura,
creará mansión de ventura
la que será tu prisión.
Mas suben, ya están aquí.

ESCENA III

ISABEL, el CONDE, JUAN

CONDE. ¡Hola! ¡Eres tú!

JUAN. Sí, yo soy.

CONDE. ¿Traes al capitán?

JUAN. Le traigo.

CONDE. Ya lo ves.

ISAB. ¡Cielos!

JUAN (aparte al conde). Señor,
echad ahora esos imbéciles

amoríos a un rincón,
y pensad en lo que importa.

CONDE. ¿Qué hay, pues?

JUAN. Huyamos, si no
todo el valle a desplomarse
va muy pronto sobre vos.

CONDE. ¡Cómo!

JUAN. De tropas y hogueras
cercado está en derredor.

CONDE. Tengo mi barco en la costa,
que ha dos días que fondé
en esas rocas vecinas.

JUAN. Mas ved que un enjambre son.

CONDE. Serénate, Juan, no temas,
que tal lo he dispuesto yo,
que por entre ellos pasemos
como por un vidrio el sol.

JUAN. No lo sé.

CONDE. Habrá algunos tiros,
habrá un cadáver, o dos;

mas tras el primero, a tierra
saldrá mi tripulación,
y habrá al mismo tiempo fuego
de babor y de estribor.

Tiempo ha que he determinado
salir de este boquerón,
pero saldremos despacio,
con botín y con honor.

Ve, Juan, que todo esté a punto
para el despuntar del sol;
mi barco aguarda esa hora.

JUAN. Cumpliré mi obligación.
Mas de ese don Juan, ¿qué hacemos?

CONDE. Que aguarde un punto; ve.

JUAN. Voy.

ESCENA IV

El CONDE. ISABEL

Ya lo ves, está en mis manos; firme es mi resolución, y única; elige, Isabel, o su cabeza o mi amor. No más misterios, no más disimulos ni ficción: necia honradez, medianía seryil no te ofrezco yo.

No una alquería en un valle, y un olivar que agostó el abandono de un año, y una lanza y un bridón con un corazón voluble que tal vez otra secó; no, yo te ofrezco un tesoro de libertad y de amor: todo el imperio del mar que rey ninguno acotó, y donde soy con mi barco más grande que el rey mayor.

Nada habrá que te se antoje que darte no pueda yo: si el mar te cansa, tierra puedo darte, no un rincón donde vivir olvidada, sino el palacio mejor.

La opulencia de los ricos, del noble la ostentación, y toda la altanería del lujo fascinador.

Si Europa no da a un valiente acogida y protección, un nuevo mundo en América se nos abre, ¡vive Dios!

Allí está virgen la tierra esperando a su señor, y conmigo su conquista dividirá el español: que harto mi brazo y mi oro valen en contra o pro, para que no los acepte, o esclavo, o conquistador.

ISAB. Basta, insensato, de ofertas que sólo quimeras son. ¿Crees tú que están mis oídos

insensibles a la voz? ¿Piensas que la, de ese esclavo en ellos no resonó?

Va a desplomarse, te dijo, todo el valle sobre vos; palideciste al oírle decir que un enjambre son, y mi corazón, oyéndolo de gozo se estremeció; y firme, como la tuya, es ya mi resolución.

CONDE. ¡Pobre insensata! Cual siempre te engaña tu corazón; mi barco tengo en la costa; cuanto tengo de valor, mis tesoros, mis secretos, en él se depositó con cauteloso sigilo y exquisita precaución.

A mi poder y a mi dicha sólo me falta el amor; una mujer, que eres tú, y sin la cual no me voy.

ISAB. Primero que del pirata la opulencia acepte yo, hágame un esclavo vil, pedazos el corazón.

CONDE. Mira que a don Juan senten-

cias.

ISAB. A mi honra y a su valor mejor nos está el morir que verme en tus brazos.

CONDE. Oh! ¡Un mundo entero no pudo arrostrar mi indignación, y hoy una débil mujer osa arrostrar mi furor!

Piénsalo bien, cierva presa en las garras del león.

ISAB. Piensa tú que de tu cueva se apiñan en derredor lobos que huelen la sangre de quien pavora les dió.

CONDE. Mira que no hay esperanza.

ISAB. Yo he puesto la mía en Dios.

CONDE. Por última vez, ¿aceptas?

ISAB. Por la vez última, no.

CONDE. Sea, y culpate a ti sola de la suerte de los dos.

Tenéis de vida un minuto,
y aquí, este mismo salón
será de entrambos sepulcro
o templo de nuestro amor.

ISAB. (*de rodillas*).

El cielo que me dió fuerzas
para tal resolución,
hará que a cabo la lleve,
o será mi protector.

CONDE. (*con moja*).

¿Quién dentro de estas murallas
podrá protegerte?

ELENA (*saliendo por la puerta falsa*).

Yo.

ESCENA V

El CONDE, ISABEL, ELENA

(*Elena se colocó entre Isabel y el conde;
Isabel continúa de rodillas.*)

CONDE. ¡Qué es esto, cielos! Elena,

ELENA. Sí, bárbaro, Elena soy.

CONDE. Espectro horrendo, ¿qué quie-
res?

¿Quién ante mi te evocó?

¿Por qué del sepulcro sales,
enemiga aparición?

ELENA. Deliras, Caín, deliras;
no soy un espectro, no.

Vivo, y me guarda tu estrella
para ser tu salvación.

CONDE. Mi bala no ha errado nunca.

ELENA. Pues en la Cabrera erró.

CONDE. ¡Sin duda estoy siendo víctima
de una pesadilla atroz!

ELENA. Acabemos de una vez,
y sal, Caín, de tu error.

Ya no tienes en el mundo
más esperanza que yo.

CONDE. ¡Tú!

ELENA. Sí, todos te abandonan;
mas si audaz resolución

tomas, aún puedes salvarte
huyendo conmigo.

CONDE. No.

ELENA. Eso es lo que aún ofrecerte
puede quien tuvo valor
para vivir junto a ti

en escondido rincón
dos años en este valle;
sí, quien te guardó hasta hoy,
en vez de infame venganza,
la fe de su corazón.

Y esto es lo que va a ofrecerte
otro enemigo mayor
en este momento mismo
y con igual condición.

CONDE. ¿Quién?

ELENA. Don Juan.

CONDE. ¡Necia! ¿Ese engaño
crees que me infunde pavor?

Don Juan está en mi poder;
y ahora mismo, al de mi voz,
ante vuestros mismos ojos
voy a ponerle.
(*Asoma don Juan mientras Caín se di-
rige a la puerta contraria.*)

ESCENA VI

DICHOS; DON JUAN, *saliendo por la puerta
secreta*

D. JUAN. Aquí estoy.

ISAB. ¡Don Juan!

D. JUAN. ¡Isabel (*Abrazanse.*)

CONDE. ¿Qué es esto?

D. JUAN (*viendo al conde*).

¡Qué veol! ¡Dios vengador!

¡Mi padre!

CONDE. ¿Ese hombre, es don Juan?

D. JUAN. ¡Noche de condenación!

Yo soy don Juan, soy Rodulfo.

¡Capitán, vuestro hijo soy!

Que salí de la Cabrera
para infierno de los dos.

CONDE. ¡Oh rabia!

ELENA. ¿De la Cabrera?

D. JUAN. Allí ese hombre me dejó.

ELENA. Díome allí un mancebo am-
paro,

y una lancha salvación.

D. JUAN. ¿En la Cabrera?

ELENA. Sí.

D. JUAN. ¡Entonces
ese mancebo soy yo!

ELENA. Sí.

CONDE. ¡Todo lo entiendo ahora!

D. JUAN. Y yo también, ¡vive Dios!
(Desesperado.)

Yo también, que del destino
bajo fatalismo atroz,
he sido siempre el juguete
desde la hora en que vi el sol.

CONDE. ¡Oh dicha! Pues el destino
a todos me los juntó,
de todos me libro a un tiempo.)

Rodulfo, tienes razón,
el uno en contra del otro
la suerte nos colocó,
y es fuerza sacrificarse
uno de ambos por los dos.

D. JUAN. Partámonos uno de otro,
padre, dejadme mi amor,
y huid mientras tenéis tiempo
y yo quedo tras de vos.
Si mi fuerza o mis engaños
os consignent salvación,
para siempre separémonos,
y que nos ayude Dios.

ELENA. ¡Qué historia espantosa es esta
que a mis celos escapó!
Cain, tan negro misterio
no cabe en mi comprensión.
¿Es hijo tuyo ese hombre?

CONDE. Mujer, cierra el labio.

ELENA. No;

fuerza es que se aclare todo
este misterio de horror.

CONDE. Pues bien, aclárese al punto,
porque ahora mirando estoy
que si ese es don Juan, hay otro
que su lugar usurpó.
¡Hola! Traed a ese.

ESCENA VII

DICHOS; JUAN, TOMÁS, piratas

JUAN. Aquí está.

CONDE. ¿Quién eres tú?

TOM. Tomás soy.

CONDE. ¡Gracias, fortunal Salid.
(Vase Juan y los que con él han salido.)

ESCENA VIII

El CONDE, TOMÁS, DON JUAN, ELENA,
ISABEL

CONDE. ¿Quién manda mi barco?

TOM. Yo.

CONDE. ¿Está en la costa?

TOM. Está allí.

CONDE. Y a buscarme vienes.

TOM. Sí.

CONDE. ¿Para que partamos?

TOM. No.

CONDE. ¡Cómo!

TOM. Escúchame, pirata;

acabo a uno de matar

el bosque al atravesar.

CONDE. ¿A quién?

TOM. A Pedro Zapata.

CONDE. De un bribón nos has librado.

TOM. Sí, mas en otra ocasión

conocí yo a ese bribón,

y todo me lo ha contado.

CONDE. ¿Y qué?

TOM. Por él supe allí

que la única hija mía

que encomendado le había,

está en tu poder aquí.

CONDE. ¡Tu hija!

TOM. Él hizo papel

de padre suyo en mi nombre.

ISAB. ¿No era mi padre aquel hombre?

CONDE. ¡Es hija tuya Isabel!

TOM. Sí.

ISAB. (Arrojándose a sus brazos). ¡Padre!

TOM. (idem). ¡Hija mía! Ahora,

pirata, no más doblez,

no más ficción; a tu vez

de Dios tu perdón implora.

ELENA. ¿Aún hay más misterios?

TOM. Sí.

Ya mi hija, mi afán logré,

mi hija, que la causa fué

de mi silencio hasta aquí.

Veinte años ha que te sigo

de tu barco en el encierro,

veinte años que como un perro

camino y duermo contigo

por eso; ahora el dueño soy

de tu más fatal secreto,
y por verte en él sujeto
heme afanado hasta hoy.
CONDE. Guárdalo; esclavo, hasta el fin,
como hasta aquí lo has guardado.

TOM. Más de seis años forzado
lo guardé en tu bergantín:
no, tú los lazos has roto
con que a callar me obligabas,
Caín, cuando me dejabas
esclavo de tu piloto.
Temistes que cuando en tierra
saltara, te vendería;
pensaste bien, este día
llegó, que tanto te aterra.

¿Te acuerdas, feroz pirata,
de aquel horrendo abordaje
con que diste fin al viaje
de una peruana fragata?
Con vida tan sólo allí
quedamos un niño y yo.

CONDE. ¿Y quién os la concedió?
TOM. Tú; pero ¿a qué precio, di?
Siendo parte de tu bando,
y los rayos de la ley
con tu sanguinaria grey
sobre nosotros llamando.
Te la compramos, ¡pardiez!
Él con su fortuna entera,
con su suerte venidera;
yo, con toda mi honradez.

CONDE. Basta, traidor, basta ya.
TOM. ¡Lo que adivinas te espantará!
CONDE. No saldrá de tu garganta
lo que resta.

TOM. ¡Oh, sí saldrá!
CONDE. Primero que lo pronuncies
tenderé cabo tu existencia.
¡Hola!
(Va a salir, y Tomás, acudiendo antes que
él a la puerta, pasa el cerrojo y se coloca
delante de ella.)

TOM. A toda resistencia
es forzoso que renuncies;
no en vano a la fuerza apelés;
tu barco al rey he vendido.
CONDE. ¡Traidor!
TOM. Y le he remitido
tu tesoro y tus papeles.

CONDE. ¡Oh, furia!
TOM. ¡Y por conclusión,

envié, escrita de mi mano,
del abordaje inhumano,
una exacta relación.
No hay, pues, para ti, Caín,
ni remedio ni esperanza,
que te aprestó mi venganza
en un cadalso tu fin.

D. JUAN. Eso jamás, ¡vive Dios!
Mi padre le hizo el destino,
y yo le abriré camino,
o moriremos los dos.

ELENA. Y antes que a trance tan cruel
le lleve tan vil traición,
pisarán mi corazón
para llegar hasta él.
Capitán, por cuanto caro
tengáis en el universo,
que en un trance tan adverso
no le dejéis sin amparo.
Habéis en su compañía
por largo tiempo vivido,
su fortuna habéis seguido,
y por su sangre os queria.

D. JUAN. ¡No, por Dios!, aunque me
su sangre no negare.

(Al conde.)
Vuestro lugar tomaré,
y mientras secretamente
por ese oculto camino
salís al campo los dos,
yo me quedaré por vos
a arrostrar vuestro destino.
Tomad y huid.

(Le ofrece su espada. Tomás se va a acer-
car. Don Juan se dirige a él con nobleza.)
TOM. ¡Tentel!

D. JUAN (a Tomás). Atrás.
Si tú vengas tu opresión,
yo cumpla la obligación
que hay en mi sangre, Tomás.

TOM. ¡Rodulfo!
D. JUAN. Si das un paso
para tocarle un cabello,
Tomás, por todo atropello;
tente a tu vez, o te abraso.

(Con una pistola.)

ISAB. ¡Padre! ¡Don Juan! Id, volad.

D. JUAN. Pues bien, noble corazón, aprende la obligación de tu sangre en realidad. No es la de ese monstruo fiero que corre por tus venas; no; él colgó en sus entenas a tu padre verdadero.

D. JUAN e ISAB. ¡Oh, no es mi padre su hombre!

TOM. No. Abordó nuestra fragata, y dejó de ser pirata con su título y su nombre. *(El pirata lo oye todo con calma y fiereza.)*

D. JUAN. ¡Ira de Dios!

TOM. Y ve aquí la venganza que apresté; sí, cuando en ella pensé, pensé en tu padre y en ti.

D. JUAN. *(volviendo la pistola que tiene en la mano al pirata).*

Cúmplase, pues... reza, infame, tu postrimera oración.

CONDE. *(presentando el pecho).*

Tira, aquí está el corazón: no creas, no, que reclame ni clemencia ni piedad la fiereza del pirata, que no eres tú quien le mata, sino su fatalidad.

Tira; esa ha de ser mi suerte, de una o de otra manera; conque venga como quiera; nunca he temido la muerte.

ELENA. Perdón, capitán.

ISAB. Perdón, don Juan.

TOM. Tente; a la justicia toca, y arguye malicia impedir su obligación.

(Se oyen voces dentro, y luz de antorchas por detrás de la ventana. Algunos tiros muy a lo lejos.)

CONDE. ¿Mas qué es esto?

TOM. Ya lo ves. cercado el palacio está.

CONDE. Mas mi gente lidiará, ¡vive Dios!

TOM. Inútil es; no se trata de batallas ni abordajes, y aplicado habrán pronto, de contado, escalas a las murallas.

JUAN *(dentro)*. ¡Capitán!

CONDE *(asomando a la reja)*. ¿Quién va?

JUAN *(dentro)*. Salid pronto, que ya los soldados tienen los puentes forzados y huye mi gente; venid.

CONDE. Mis dueños sois, responded; mandad lo que os venga a tino; yo arrostraré mi destino, pero sin pedir merced.

TOM. *(a la reja)*. Rendíos a discreción, no hay más remedio ni espacio, porque he vendido el palacio.

(Vocería lejana.)
ELENA *(de rodillas)*. Perdón, capitán, perdón; os hizo una injuria cruel, y mas también os dió la vida, y me tenéis prometida la suya por Isabel.

¡Oh! Tenéis tiempo y favor: sed generoso, don Juan; no atropelléis, capitán, vuestra palabra y mi amor.

CONDE. Alza y no ruegues, villana, y pues que tanto me quieres, vamos a ver cómo mueres como buena siciliana.

ELENA. ¡Ah, rendíos, capitán! Veo que en vuestra nobleza la ruindad y la grandeza luchando en silencio están.

D. JUAN. No, no: él en su barco a mí guardóme y me protegió: con mal no he de pagar yo el bien que dél recibí.

Sea: partid, por aquí;

(Por la puerta secreta.)
tal vez en la oscuridad podéis; la ermita ganad, y estad ocultos allí. Si mañana ambos a dos

vivís, un barco tendréis para que a la vela os deis. Id, y que os ayude Dios.

ELENA. ¡Oh! Dejad que a vuestros

D. JUAN. Id, que me estáis dando afán.

CONDE. Gracias, y adiós, capitán.

D. JUAN. No os detengáis.

CONDE. Vamos, pues,

ESCENA IX

DON JUAN, ISABEL, TOMÁS

(Tomás quiere hablar. Don Juan le ataja la palabra.)

D. JUAN. Tomás, ninguna objeción admito: cumplí y cumpliste: tú con mi padre, debiste, y yo con mi corazón.

No pensemos más en él, y sólo el placer gocemos de ver que entramos tenemos nuestra dicha en Isabel,

TOM. ¡Honra tamaña, señor, a nuestra humildad villana!

D. JUAN. Todo tu lealtad lo gana, todo lo iguala el amor.

(Ruido en el paso secreto.)

¡Mas qué ruido!... ¿Volverá ese hombre? Llegan. ¿Quién va?

ESCENA ÚLTIMA

El CAPITÁN DE GUARDACOSTAS aparece por la entrada del camino subterráneo, seguido de algunos soldados con armas y antorchas.

CAPITÁN. Yo.

D. JUAN. ¿Y quién de esa galería os mostró el paso profundo?

CAP. Un hombre que moribundo al pie de la cruz yacía.

D. JUAN. ¡Oh! ¿Y los hallasteis?

CAP. Los dos desechados resistieron.

D. JUAN. ¿Se salvaron?

CAP. No, murieron.

D. JUAN. ¡Ay! ¡Fue justicia de Dios!

SANCHO GARCÍA

COMPOSICIÓN TRÁGICA EN TRES ACTOS ¹³

AL LICENCIADO EN DERECHO

DON JUAN BAUTISTA DE BERATARRECHEA

EN MUESTRA DE FRANCA AMISTAD

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, noviembre 12 de 1842.

PERSONAS

SIMUEL BENJAMÍN.
ELIAS.
UN CABALLERO.
CABALLEROS, PAJES, VILLANOS.

SANCHO GARCÍA, conde de Castilla.
LA CONDESA VIUDA, su madre.
HISSEM-ALHAMAR.
ESTRELLA.
SANGHO MONTERO.

La escena es en Burgos los primeros años del siglo XI.

ACTO PRIMERO

Parque del palacio o castillo de los condes de Castilla, en Burgos, cuyo edificio ocupa la derecha del escenario y parte del fondo, formando un ángulo entrante. En la parte del edificio que ocupa la derecha, una puerta, que da a las habitaciones del conde. En la del fondo, otra que da a las de la condesa. El edificio tiene algunas ventanas abiertas en ambas fachadas. En medio del escenario un cenador o kiosko, donde puede ocultarse una persona. Desde el ángulo en que concluye la parte del palacio que ocupa el fondo, se extiende un muro con un postigo que da al campo. Árboles, y es de noche.

ESCENA PRIMERA

LA CONDESA, ESTRELLA

EST. Señora, retirémonos; la noche es cada vez más lóbrega y oscura y os daña la humedad.

CONDESA. Estrella mía, tanto este sitio mi dolor endulza, que siempre me apesara y me constrieta abandonar su soledad inculca; porque siempre que dichas imagino, tan sólo aquí mi corazón las busca. ¿Ves los millares de hojas que en los árboles [boles] al paso de los céfiros susurran? Pues un recuerdo delicioso, Estrella, germina en mi memoria cada una. Si de aura mansa al perfumado soplo en apagado son lentas murmuran, adormecen mis penas, y me tornan en gozo melancólico mi angustia. Si ráfaga veloz, con roncas alas cruza sus ramas y en sus ramas zumba, responden a su son dentro mi pecho secretos mil, que son mi conciencia anublan.

¡Oh! Y tengo tantos cual menudas hojas esta enramada soledad fecunda, tan expuestos al viento como ellas, y como ellas también tranquilos nunca.

EST. Si humilde lealtad puede esas peccar, en mí depositada algunas, [nas señora, y si al consuelo se resisten, al menos de hoy las lloraremos juntas.

CONDESA. ¡Llorar! ¡Consuelo de serviles almas a quien su suerte miserable abruma; mas ponzoña de nobles corazones que fieramente con su suerte luchan!

EST. ¿Tanto os acosa vuestro mal, [señora? ¿No va don Sancho la morisca chusma doquier venciendo, y la vertida sangre lava de vuestro esposo con la suya?

CONDESA. Que no suene ese nombre [en mis oídos.

EST. Perdonad, ya lo sé; sé que a una [viuda que llora un noble esposo, por quien casta a la mundana vanidad renuncia, por quien la hermosa faz y esbelto talle en toscos paños codiciosa enluta, no deben con inútiles recuerdos del esposo, aumentar su pena justa. Mas cuando queda un hijo, que apilando cabezas de enemigos en su tumba, las glorias de su padre...

CONDESA. Calla, Estrella, que tu ignorante lealtad te ofusca. ¿No ves que ese hijo tan bizarro y fiero, al derribar las berberiscas lunas, el cetro de Castilla de las manos de su madre arrebatada, se le usurpa?

EST. ¡Señora!
CONDESA. ¿Y que aunque venza mil [batallas, al cabo vendrá a ser vencido en una? ¿No ves que sólo en pelear pensando, de sus pueblos el bien descuida en suma, la paz, que es sólo su fortuna cierta? Y si sus campos él de sangre inunda, ¿qué pan, Estrella, comerán mañana los que sus campos a talar le ayudan? Paz el moro le ofrece; ¿por qué ahora él la deshecha con fiereza estúpida?

EST. ¿La aceptaríais vos?

CONDESA. Y de eso trato.

EST. (con prontitud.)

¿Y son tal vez por eso esas nocturnas visitas que admitís de ese africano?

CONDESA. Ese secreto para siempre dentro del corazón, Estrella, o teme que te abra ante los pies la sepultura.

EST. Perdonadme, señora, mas hoy que de vuestros labios la verdad desnuda, de mi fiel corazón hoy permitidme que los ruines temores os descubra.

CONDESA. (¡Qué es lo que va a decir!) Di.

EST. Creí un tiempo que un amor encerraba esta aventura.

CONDESA. ¡Necia!

EST. Mi inexperiencia me disculpe; mas hoy que cesa tan villana duda y hallo la causa del secreto trato, gozo leal el corazón me inunda.

CONDESA. ¡Ea ya basta! De García [Hernández

la viuda altiva, por la llama inmunda se abrasara de un moro? Tal vileza cabe no más en la simpleza tuya. Mas oye; todo en el silencio queda, y eterna sombra mi secreto cubra: y aquí quiero advertirte, Estrella incauta, que los hondos proyectos que se anudan dentro de los palacios en secreto, son ¡vive Dios! mortífera cicuta para aquellos que, necios o traidores, dentro del corazón no los sepultan. Conque si has de vivir de hoy más, Es-

[trela, este guarda en el tuyo, y no descubras ni aun a tu mismo confesor, que es tu ama a quien el moro por la noche busca. ¿Qué ruido es ese? (Ruido a lo lejos).

EST. Que se acerca el conde y el pueblo al retirarse le saluda. Todo Burgos le adora.

CONDESA. Si, ahora vence; mas ¡ay del conde si los moros triunfan! voz (dentro). ¡Viva el conde don San-

[cho!

PUEBLO (*idem*). ¡Viva el vencedor del moro!
 VOZ (*idem*). ¡Viva el vencedor del moro!
 PUEBLO (*idem*). ¡Viva el vencedor del moro!
 VOZ (*idem*). ¡Viva el vencedor del moro!
 nuestro ángel tutelar!
 PUEBLO (*idem*). ¡Viva el vencedor del moro!

ESCENA II

DICHAS; entra el CONDE por la puerta del parque que figura dar al campo, precedido de dos PAJES con hachones, y seguido de SANCHO MONTERO, y varios CABALLEROS y VILLANOS que le aplauden.

CONDE (*a los villanos*). Apartaos; basta de aplausos ya, bravos pecheros; gracias, y retiraos.

Y vosotros, mis fieles caballeros, ides también con ellos, y aprestaos a descansar, que acaso en breves horas os llamarán las trompas y atabales para salir contra las huestes moras.

UN CAB. Todos, señor, saldremos y con vos venceremos, o moriremos junto a vos leales.

CONDE. Gracias, así lo espero: idos ahora.

que en vos segura mi esperanza estriba.

UNO. ¡Viva el conde don Sancho!
 OTROS. ¡Viva el conde don Sancho!
 TODOS (*saliendo de la escena*). ¡Viva el conde don Sancho!

ESCENA III

EL CONDE, al volverse, cuando los suyos se alejan, ve a la CONDESA

CONDE. Dios ve sobre vos, madre y señora.

CONDESA. Contigo venga, victorioso conde.

CONDE. ¿Tan tarde y en el parque todavía?

CONDESA. Aún no lo es tanto.
 CONDE. ¿Qué misterio esconde su inquietud, y su gran melancolía?)
 (*A Sancho.*)

Sancho, lejos mis órdenes espera.
 (*A Estrella.*)

Y aparta tú también, que a solas quiero con mi madre quedar.

CONDESA (*con desdén*). La vez primera en muchos días es.
 (*Vanse Montero y Estrella: él por la puerta de la derecha, que se supone dar a las habitaciones del conde. Ella por la del fondo, que da a las de la condesa.*)

ESCENA IV

LA CONDESA, EL CONDE

CONDE. Puede un guerrero disponer de los suyos a su antojo?

¿Puedolos yo emplear en tal ternura, cuando del moro el temerario arrojó y provoca mi arrogancia y mi bravura?

Madre, ya lo sabéis; la tierra tinta aún con la sangre de mi padre humeaba.

CONDESA. Tal verdad en tu rostro el ¿mas quién causó la desigual pelea?

CONDE. No, madre, no me hagáis tan si errores juveniles me arrastraron de mi buen padre a provocar la furia, con mi llanto y mi sangre se lavaron.

Fuí rebelde un momento; ¡ah! lo confieso con dolor; mas también desde aquel punto fué mi vida ejemplar; y fué por eso al honor de mi padre mi honor junto.

Mi pueblo olvidó ya las inquietudes que un tiempo le causé; yo le di gloria, y hoy aplaude su prez y sus virtudes; porque vive en su hijo su memoria.

Todo es hoy para mí dicha, esperanza, y todos hoy mis triunfos victorean.

¡Sólo a mi madre mi placer no alcanza, y mi gloria sus lágrimas afean!

Decidme, ¿qué anhelaís? ¿Qué hay en la vida que el enarcado ceño os desarrugue?

¿Qué hay en la tierra, qué hay, madre querida,

que vuestro llanto interminable enjague?
 CONDESA. La paz.

CONDE. ¿La paz? Pues bien; por
[ella lidio:

por esa paz consoladora y bella,
que para vos, para mi pueblo envidio.

CONDESA. Pues bien, el moro te brin-
[dó con ella.

CONDE. ¡Con una paz vendida a peso
[de oro!

¡Con vergonzosa paz, ruin y traidora!
¡Con esa paz que me propone el moro
porque él, no yo, la necesita ahora!

No, madre, no; yo venzo; cada día
ensancho más y más nuestras fronteras;
su tierra tiembla en la presencia mía,
y huye espantada su canalla impía
a la sombra no más de mis banderas.

Por eso paz y treguas me proponen;
temen que mi valor los acorrale,
y en la paz se apereiben y disponen
a que otra vez la suerte nos iguale.

No, madre; no haya paz, no haya cuarteles
aquí ni allí; cuando vencidos sean,
cuando haga yo con sus tostadas pieles,
con sus lenguas que injurian y bravean,
los frenos adobar a mis corceles,
esa paz les daremos que desean.

En tanto, madre, seamos los mejores:
o todo o nada; o siervos, o señores.

CONDESA. Siervos, nada tal vez; ¿ellos
[acaso
no tienen armas, gente, capitanes?

Si el terrible Almanzor te gana un paso,
¿qué valdrán tu valor y tus afanes?

Todo o nada, a su vez te dirán ellos;
todo o nada, y metiendo sus caballos
por medio de tus miseros vasallos,
sus cimitarras segarán sus cuellos.

CONDE. Mi padre fué por vos a tierra
[extraña,

y es natural que, ajena aquí en Castilla,
(*Con frialdad.*)

sintáis temor por nuestra noble España;
mas no la conocéis: no es maravilla.

CONDESA. Pero conozco el mundo y la
[fortuna,

que lo trastorna todo, y será un día
en que triunfe tal vez la media luna.

CONDE. ¡Tened, por Dios, la lengua,
[madre mía,

si ha de ser de enemigos abogada!
¿Qué esperarás de esa paz? ¿Qué de los mo-
[ros?]

¿Os seducen tal vez de su embajada
los soberbios presentes y tesoros?

Esperad unos días, y tras ellos
veréis cuál para vos mi gente alcanza

presentes de más prez, mucho más bellos,
ganados a los botes de su lanza.

Esas serán de vos dignas preseas;
no las de que ellos alabarse pueden

de que a fuer de limosnas nos las ceden,
por ser de su tesoro las más feas.

En la vida de un conde de Castilla,
tan mezquina ambición siempre es manci-
[lla.

CONDESA. Deber es de una noble cas-
[tellana

del sumiso enemigo oír el ruego.
Perdonar es virtud muy soberana;

más grande el vencedor se ostenta luego.

CONDE. Madre, no sé qué arcano mis-
esa tenaz intercesión encierra; [terioso

no comprendo ese empeño vergonzoso
de interrumpir las glorias de esta guerra.

No lo comprendo, madre mía; y juro
que la paz del espíritu me quita

el ver que cada triunfo que aseguro
os entristece más, más os irrita.

Mas os juro también que es ruego vano;
sí, mientras reine yo, para esos perros

labrará sólo el pueblo castellano
lanzas agudas y pesados hierros.

CONDESA. ¿Mientras que reines tú?
[¡Mancebo loco!

¿Y a qué llamas reinar? ¡A andar talando
tus propias tierras; a tener en poco

los ruegos de tu madre, que llorando
los días y las noches tus deslices

pasa, viendo sus pueblos infelices!

CONDE. Madre, bien veo que el frecuen-
[te trato

que os permito con moros y extranjeros,
el corazón os mina; sin recato

andan por Burgos ya con hartos fueros
de mal hijo tachándome y de ingrato,

deslumbrando a mis fieles caballeros;
y ¡por Dios! que de tanta villanía

la culpa tiene la indulgencia mía.

CONDESA. Eso es, eso es, ensalza tu generosidad, cuando me tienes en triste y vergonzosa dependencia, cual cautiva tomada por rehenes.

CONDE. ¡Señora!

CONDESA. Sí, cerrada en tu palacio.

CONDE. ¿No recibís en él, y en mengua con toda libertad, con todo espacio, cuantos queréis de su caterva impía?

CONDESA. A cualquier desterrado se amigos de aflicción.

CONDE. ¿Quién son los vuestros, madre? ¿Quién son los que ante vos se ad-

CONDESA. De ciencias y artes hábiles

CONDE. Y acaso en ellas demasiado

CONDESA. Los que mi pobre espíritu

los que endulzan un poco mis pesares!

CONDE. Sí, y los que vuestro espíritu y os llevan del error a los altares,

los que os dan ambición, los que os domi-

CONDESA. Sí, porque saben más que el porque ahonda los misterios más sombríos su alta ciencia.

CONDE (con desdén). ¡Derviches y judíos! Callad, madre, callad; yo los desprecio.

CONDESA. Y yo no; los atiengo, los es-

y aprendo de ellos.

CONDE. ¡Y con frutos grandes! Mas de Burgos saldrán antes de mucho.

CONDESA. No bastará tal vez que tú

CONDE. ¡Madre!

CONDESA. Basta; será lo que te digo. Ya me harto de sufrir tu dependencia;

tu madre soy, y reinaré contigo.

CONDE. Reinad si lo queréis, reinad si

os he puesto jamás; todo se hace cual queréis en mi casa; vuestro voto para todos es ley, madre y señora.

Vuestro es mi reino, gobernad mi tierra; cual lo habéis hecho siempre, hacedlo ahora: mas hombre soy, dejadme a mí la guerra.

Yo tierra os ganaré, prez y tesoros; a vos derrochadlos, mas en tiempo alguno me roguéis por judíos ni por moros,

porque jamás amar podré a ninguno.

CONDESA. ¿Conque ese embajador...?

CONDE. Se irá mañana.

CONDESA. ¿Y se irá sin respuesta?

CONDE. Sin ninguna.

CONDESA. Pues yo, conde, también soy

soberana, y voy a darle por mi parte alguna.

Quiero ser a lo menos cortesana

con quien a mí somete la fortuna.

CONDE. ¿Los vais a recibir?

CONDESA. ¡Ay, ay! Sí, ya lo he dicho.

CONDE. ¡Madre, Dios os perdone tal

[capricho!]

ESCENA V

EL CONDE

¡Oh, me traspasa el corazón desvío tan injusto y tenaz! ¿Cuándo con ella fui rebelde ni ingrato? El reino mío, mi decoro, mis leyes atropella.

¿Y se queja de mí? ¡Destino impío, de tu mano implacable la honda huella conozco en su altivez! Mi madre ahora es de mi antiguo error la vengadora.

Tal vez para mi padre fui mal hijo, y es mala madre para mí: ¡ya veo tu justicia, gran Dios! y más me alijo cuanto más recta tu justicia creo.

¡Ay, yo me empeño con afán prolijo en prevenir su gusto, su deseo, la preparo aun a costa de mi afrenta, y ella me contraría y me atormenta!

¡Oh! Y ese afán en pro de la morisma, ese favor con que al judío acorre, en una sima de pesar me abisma;

sangre extranjera por sus venas corre... Esta idea fatal... ¡siempre la misma!

¡De la mente no sé cómo la borrel!
Y aunque el nombre de madre me la espan-
[ta,
siempre tras de mi madre se levanta!
¡Oh, triste vidal! ¡Miserable vida
la vida en los palacios condenada
a pasar en recelos consumida
y por ruines sospechas desgarrada!
¡Ruín destino a los príncipes acudida:
polvo es su orgullo, su grandeza nada:
¡colgado del dosel de su grandeza
hay un puñal que amaga su cabezal!
En fin, alerta vivamos
los que a gobernar nacimos;
los que a ser señores y amos
de otros condenados fuimos,
velemos, no los perdamos,
¡Montero!

ESCENA VI

EL CONDE, SANCHO MONTERO

SAN. ¿Señor?

CONDE. Ya es tarde,
vámonos a recoger,
y mañana muy temprano,
Sancho, a despertarme ven.

SAN. ¿A qué hora?

CONDE. Al rayar el alba:
un asunto de interés
quiero encargarte, y es fuerza
que te enteres antes de él.

SAN. Señor, nací vuestro súbdito,
de cuanto soy dispuesto.

CONDE. Mañana, Sancho; descansa
de aquí hasta el amanecer.

SAN. Descuidad, rayando el alba
a vuestra puerta estaré.

CONDE. Y no ha de pesarte de ello
si me sirves franco y fiel.

SAN. Los del Valle de Espinosa
jamás rompieron su fe.

CONDE. Por tu lealtad, Montero,
te escogí yo; vamos, pues.

(Entran.)

ESCENA VII

ESTRELLA, por la puerta del fondo

Gracias a Dios que se fueron.
Temiendo estaba, pardiez,
que el otro viniera, y ellos
la seña oyeran también;
y entonces, ¡Dios nos ampare!
¿Qué iba de todos a caso?
¿Cómo tolerara el caso
de don Sancho la altivez?
Tiemblo con sólo pararme
en pensamiento tan cruel.
¡Y yo, necia, que creía
con tan sandia candidez
que ese moro era un galán!
¿Quién tal pudiera creer?
¿La condesa de Castilla,
matrona de tanta prez,
en una afición tan ruín
desatentada caer?
¡Pobre de mí, que en el Valle
de Espinosa, mi niñez
pasé en sencillez inculta!
¿Qué de los palacios sé?
¡Oh, perdónenme los cielos
tan injurioso creer!
Perdóneme mi señora,
pues de sencilla pequé,
¡Eal! El deslíz enmendemos
con más severa estrechez
obedeciendo sus órdenes:
vasalla suya nacer
fué mi suerte, y ser me cumple
para mis señores fiel.
En atalaya me pongo
a su seña a atender. (Se sienta.)

ESCENA VIII

ESTRELLA; SANCHO MONTERO, con recato,
por la puerta de la derecha

SAN. No la he visto en todo el día,
y los ojos no sabré
pegar en toda la noche
si no la veo una vez.
¡Oh, la quiero con el alma!

¡Cuán bella y cándida es! Mis celos
No tengo otro pensamiento.

Esta es su ventana; haré
la seña con tiento... ¡Estrella (*Llamando.*)

EST. ¿Quién me llama? ¡Cielo, es él!

SAN. Estrella, ¿qué haces aquí?
¿Por qué de tu cuarto dentro

a estas horas no te encuentro?
EST. (Temblando estoy ¡ay de mí!)

SAN. Responde, Estrella, responde.
¿Por qué en tu cuarto no estás?

EST. ¿Y tú, Sancho, adónde vas?

SAN. ¿Dónde voy, Estrella? ¿Dónde
iré, cuando en todo el día

no he logrado un solo instante
ver el sol de tu semblante?

EST. ¡Es cierto, Sancho!
SAN. ¡Alma mía!

Sin verte no sé vivir,
que fuera vivir sin ver;

tú, Estrella mía, has de ser
la estrella que he de seguir.

Sin ti no tengo valor,
ni me siento con paciencia

para sufrir la existencia
que no ha de dorar tu amor.

EST. Sancho mío, yo tampoco
vivir un día pudiera

sin la esperanza hechicera
de tu amor.

SAN. Yo tengo en poco
sin ti todo el mundo, Estrella;

la más santa obligación,
si lucha en mi corazón

con tu fe, sucumbé a ella.
Si fuera posible en mí

luchar lealtad y amor,
entre tu fe y mi señor

quedaría el campo por ti.

EST. ¡Sancho!

SAN. ¡Oh! Esto es suponer:
porque oposición no hallo

entre el galán y el vasallo,
entre el amor y el deber.

Amo al conde como debo,
te amo a ti con cuanto soy;

con él a la muerte voy
y a ti en el alma te llevo.

¿Mas qué zozobra te asalta?

¿Estás inquieta? ¡Ah! Sospecho
que en venir a verte he hecho,
sin duda, Estrella, una falta.

EST. No, no, Sancho; mi mayor
placer es verte, es hablarte;
entristecerte, enojarte,

mi más íntimo dolor.

SAN. Pero tu mano en las mías
tiembla, sí; vagan tus ojos,
sin cesar... ¡Estrella!

EST. ¡Enojos
aparta, Sancho, y manías.

¿No me conoces? ¿No sabes
que con el alma te quiero?

¿No sabes que te prefiero
a los negocios más graves?

No hay cosa que tú me indiques
en que yo no te complazca;

manda, haré cuanto te plazca.

SAN. Mando que te justifiques.

EST. ¿De qué?
SAN. ¿A qué sales aquí?

a hora tan extraña, Estrella?

EST. ¡Ay, Sancho! Los labios sella
si me han de injuriar así.

Casi a un tiempo hemos nacido,
juntos nos hemos criado;

niños nos hemos amado,
hermanos siempre hemos sido.

¿Y puedes dudar de mí?

SAN. ¡Ay, Estrella, qué sé yo!

EST. ¿Quieres injuriarme?

SAN. ¡Oh, no!

EST. ¿Mas estás celoso?

SAN. ¡Oh, sí!

EST. ¿Celoso, Sancho? ¡En verdad
que no lo estás con razón!

SAN. Estrella, hace el corazón
de las sombras realidad.

Y este parque solitario,
esta hora tan avanzada,

esta noche tan cerrada... ¡Ay!
Si un juicio temerario
me impelieron a formar,
confiesa que hallé razón.

EST. Pues bien, los celos depón.
Yo te juro...
SAN. ¿A qué jurar,
falsa, lo que en este instante

está todo desmintiendo?
 ¡Ay, Estrella, ya lo entiendo.
 eres mujer, e inconstante!
 Las costumbres de palacio
 tus costumbres corrompieron,
 acaso te sedujeron...

EST. Sancho, habla con más espacio.
 Que estás hablando de mí:
 y aunque no nací condesa,
 conservaré siempre ileso
 la honra con que nací.

Si ahora en este parque estoy,
 bástete, Sancho, saber,
 que ni falto a mi deber,
 ni me olvido de quien soy.

SAN. Pues bien, entonces, Estrella,
 ¿qué secreto es el que guardas
 que así en mostrármelo tardas,
 si tus juramentos sella?

¿Temes, amándote yo,
 fiar tu secreto en mí?
 ¿No fías de Sancho?

EST. ¡Oh! sí.

SAN. Pues bien, descúbrele.

EST. ¡Oh! no.

SAN. Estrella, ¿qué suponer
 de ese silencio?

EST. Que callo
 porque cabe en el vasallo
 el amor con el deber.

Espera, Montero, un día
 y todo lo entenderás.

SAN. ¿Todo me lo explicarás?

EST. Sí, todo, ¡por vida mía!

SAN. Entonces, Estrella, fíe
 en ti, aunque llevo recelos...

EST. No volvamos a los celos.

SAN. ¡Ah! No está eso en poder mío.

EST. Vete, pues, Sancho, que es tarde.

SAN. Voyme, Estrella, hasta mañana,
 porque en hora muy temprana
 fuerza es que el conde me aguarde.
 Adiós.

EST. Adiós. *(Suenan dos palmadas.)*

SAN. Mas, ¿qué es eso?

Estrella, eso es un aviso.
 Es una señal, preciso.

EST. Señal es, Sancho, lo confieso.

SAN. Pues bien, si a satisfacer

mis celos dispuesta estás,
 déjame abrir.

EST. Sancho; atrás.

SAN. ¡Estrella!

EST. No puede ser.

Pues que Dios lo quiere así
 todo el secreto sabrás,
 mas a ese hombre no verás.

SAN. ¡Ah! ¿Conque es un hombre?

EST. Sí.

Mas no soy yo quien le espera,
 ni a quien él busca soy yo.

SAN. Falsa mujer, ¿cómo no,
 si estás de tu cuarto fuera?

EST. ¿Y no hay nadie en el palacio
 que pueda mandarlo así?

SAN. ¡La condesa!

EST. Sancho, sí.

SAN. No sé cómo tengo espacio
 para escuchar de tu lengua
 tal falsedad, tal mancilla.

¿La condesa de Castilla
 puede obrar con tanta mengua?

No; y eso es crimen mayor
 que tu antigua falsedad.

¿Ella tanta liviandad?

¿Ella tan infando amor?

EST. No, Sancho, este es el secreto;
 la condesa admite a un hombre,
 mas de esa acción, no te asombre,

no es el amor el objeto.

SAN. En un laberinto, Estrella,
 me metes de confusión:

si no es una vil pasión,
 ¿qué quiere ese hombre con ella?

EST. ¿En los palacios, Montero,
 no hay más secretos, más citas
 que de amor?

SAN. Dar necesitas
 satisfacción por entero.

El secreto que tú guardes
 también yo guardar podré,

pero al par acecharé
 las trazas de los cobardes.

Estrella, yo veré a ese hombre.

EST. ¡Sancho!

SAN. Es mi resolución;

oiré su conversación,
 y sus señas y su nombre

tomaré, y si es nimiedad
mujeril, será un secreto;
mas si hay en ello otro objeto,
primero es mi lealtad.

EST. ¡Ah, Sancho mío! ¡Por Dios,
retírate! Ve lo que haces.

SAN. Sólo así me satisfaces;
oyéndolos yo a los dos.

EST. ¡Imposible!

SAN. Elige, pues;
o los oigo de este modo,
o abro, arrojando por todo,
y nos perdemos los tres.

EST. No puedo con tal rigor:
sea, Sancho, como quieres,
porque al cabo en las mujeres
lo primero es el amor.
Ocultate.

(*Vuelve a sonar la señal.*)

A abrirle voy.

(*Estrella va a abrir la puerta falsa.*)

SAN. Tal vez mi deber traspaso,
mas yo sabré, en todo caso,
portarme como quien soy.

(*Se esconde Sancho en el cenador.*)

ESCENA IX

ESTRELLA, HISEM; SANCHO, *oculto*

HISS. Esclava, tarda has andado:
¿dormías?

EST. No, infiel.

HISS. ¿Qué hacías,
pues, que a abrirme no venías?
¿No ves que si hubieran dado
que en esa puerta a esta hora
a que abrieran acechaba...?

EST. Perdonad.

HISS. Despacha, esclava,
dúceme a tu señora.

EST. Voy a avisarla.

SAN. ¡Dios mío!

¡Por cuanto valgo que ignoro
si estoy soñando! ¡Es un moro!

ESCENA X

LA CONDESA, HISEM, ESTRELLA;
SANCHO, *oculto*

HISS. ¡Sultana mía!

CONDESA. ¡Hisssem mío!

SAN. ¡Cielos! ¿Es esto ilusión?

Escuchemos.)

CONDESA (*a Estrella*). La escalera
cuida, Estrella, desde fuera,
y encaja bien el portón.

(*Vase Estrella.*)

ESCENA XI

LA CONDESA, HISEM, SANCHO,
oculto

CONDESA. Hisssem, ya estamos solos.

[Harto oscura
la noche está, y seguros nos hallamos
a favor de esta lóbrega espesura.

HISS. Dime, sultana, pues: ¿en qué que-
damos?

¿Cede el conde?

CONDESA. No cede.

HISS. ¿El ruego, el oro,
nada podrá con él?

CONDESA. Nada: es en vano
ofrecer y rogar; no puede el moro
más que guerra esperar del castellano.

HISS. ¡Guerra!

CONDESA. Implacable, sin cuartel,
[sangrienta.

HISS. ¿No oye, pues, mi embajada?

CONDESA. No, mañana
te arrojará de Burgos.

HISS. ¡Tal afrenta!

¿Y tú también sucumbirás, sultana,
a su ciego furor? ¿Tantas vigili-
as de afán han de perderse en un momento?
Por siempre nos aparta, ¿y no me auxilias?

¡Y no te opones con osado aliento

y le dices: ¡atrás! llegó mi hora.
¡Yo soy aquí tu madre y tu señora!

CONDESA. ¿Con qué poder, Hisssem?

HISS. Con tu arrogancia.

¿No hay consejo, no hay pueblo a quien
[quejarte,
a quien decir en Burgos que en tu estan-
[cia

te guarda sin cesar, y ni asomarte
te permiten sin orden a tus rejas,
que de hijo tuyo en vez es tu tirano?

CONDESA. Y eso es mentira, Hissem.

HISS. Vulgo villano
siempre habrá, pronto para oír tus quejas.
CONDESA. O no le habrá; ese vulgo en
[quien confías

le adora, Hissem, le aplaude con mil bocas:
celebra su valor todos los días
con doble afán, que en esperanzas locas
de triunfos le adormió; y botín, tesoros
espera de esa lid contra los moros.

HISS. Y espera con razón ¡pese a Ma-
[homal

Lanzados más allá de sus fronteras,
les parece que el mundo se desploma
sobre ellos, divizando sus banderas.
¡Cobardes en España envilecidos!

¡De su raza y valor degenerados!
Ya lo ves cuán humildes, cuán rendidos
le envían sus tesoros más preciados
para pedir la paz... y si ahora mete

ese conde sus huestes vencedoras
por nuestra tierra andaz y la acomete,
¡ay, desdichadas de las lanzas moras!

¡Ay, desdichado nuestro afán, sultana!
¡Yo tan amante y tú tan altanera,
tú quedarás en Burgos prisionera.

y a mí de Burgos me echarán mañana!

CONDESA. ¡Y tres años, Hissem, tres
[largos años
de cautiverio por mi amor sufridos!

¿Tres años, sí, de cábalas y amaños,
de zozobras y crímenes?

HISS. Perdidos.
Jamás, jamás a vernos volveremos.
Yo sin ti, tú sin mí, sin esperanza,
uno de otro enemigos moriremos.

CONDESA. Nunca; a tal sacrificio no,
[no alcanza
mi vil resignación. Aún tengo amigos,
Hissem, sajones, árabes, franceses,
que temen de don Sancho los castigos,
y apoyan mi facción, mis intereses.

Sí, tu embajada, ¡pese a su arrogancia!
en mi cámara propia, a mediodía,
yo mañana oíré: nadie en mi estancia,
a ti ha de osar a la presencia mía.

HISS. (con desdén).
Y él al mismo dintel de tu aposento
cautivos nos hará.

CONDESA. Y saliera caro
al conde tan osado atrevimiento
al recibiros yo bajo mi amparo.

HISS. Inútil razonar; la fuerza es suya,
tú lo has dicho; hay un medio solamente
que su poder y su furor destruya.

CONDESA. ¿Cuál es?
HISS. Que yo me aleje prontamente,
y a mis reyes de Córdoba y Sevilla
a ti como mi esposa te presente,
y tributaria de ellos a Castilla.

CONDESA. ¡Hissem!

HISS. Entonces con doblado brío
nos enviarán cohorte numerosa:
tuyo será el condado; y tuyo y mío,
reina serás, y libre y poderosa.

CONDESA. ¿Yo mi fe he de abjurar?
[No.

HISS. ¡Ruín reparo!
Se cede al sevillano un pie de tierra,
y otro pie al cordobés; con nuestro amparo,
en nuestros pueblos cesará la guerra;

y mirando de entrambos el decoro,
cristiana vivirás, viviré moro.

CONDESA. Jamás, Hissem, jamás.
HISS. ¡Tarde, traidora,
te llevo a conocer!

CONDESA. Moro, ¿qué dices?
HISS. ¿Qué fué tanta promesa seducto-
[ra?

¿Tantos augurios de tu amor felices?
¡Y que me amabas sin cesar decías!
Que apreciabas los riesgos, los azares
que por ti arrostré intrépido; ¡mentías!

CONDESA. Nunca, Hissem, osaré hasta
[mis altares.

HISS. ¿Qué entiendes tú de amor? ¡Ne-
[cia cristiana
de corazón cobarde! ¿Qué comprendes
de esa pasión que por tan firme vendes,
sólo capaz de una ánima africana?

Tres años te serví como cautivo,

mi valor y mi origen olvidando;
tres años que por ti sin honra vivo,
tres años ¡neceio! que te estoy amando;
y mi fe y mi pasión no te pondero
cual tú la tuya; y tantos sacrificios,
tal firmeza en tan bravo caballero,
¿cómo me pagas tú? ¡Ah, que vas infiero
a reprocharme aún mil beneficios!

CONDESA. Sella, bárbaro Hissem, sella
[la boca;
tus palabras son fuego, maleficios
para mi corazón; me vuelven loca.
Atropellé mi honor, engañé al conde
mi hijo, al pueblo engañé: sutil, astuta,
cuanto emprendí y fragué no te se esconde:
¿y me llamas cobarde? Pues bien, moro,
habla: ¿qué quieres de mi amor? Res-
[pónde;
cuanto quieras haré, porque te adoro.

HISS. Abre un sepulcro.
CONDESA. ¿A quién?
HISS. ¿No lo adivinas?
CONDESA. ¡Me horrorizas, Hissem!
HISS. De otra manera...
CONDESA. ¿Otro crimen aún?
HISS. Tú no imaginas
cuánto te importa que primero muera.

CONDESA. Jamás.
HISS. Piénsalo bien.
CONDESA. Basta con uno.
HISS. ¡Miserable de ti! Cavas tu tumba.
CONDESA. Medios hay...
HISS. No, sultana, no hay ninguno;
todos tu pertinacia los derrumba.

CONDESA. Nunca.
HISS. Piénsalo bien, que es tu destino,
que lo dice tu horóscopo.

CONDESA. ¿Qué dices!
HISS. No; los dos no cabéis por un ca-
[mino,
y os lo han dicho los sabios: ¡infelices!
Hundiros uno a otro es vuestro sino.

CONDESA. ¡Sueñas, Hissem!
HISS. ¡Oh, torpe rebeldía!
¿No hay conjuros, cristiana, no hay encan-
[tos
que vierten luz sobre el futuro día,
y ciertos ¡ay! aunque nos dan espantos?
CONDESA. No los hay en mi fe.

HISS. Mas sí en la mía,
y los he consultado.

CONDESA. (con espanto). ¿Y eso dicen?
HISS. Eso; y de no, los astros nos mal-
[dicen.

CONDESA. ¿Y es cierto? ¡Horror!

HISS. Tú misma verlo puedes.

CONDESA. ¿Cómo?

HISS. ¿Crees en la ciencia?

CONDESA. Sí.

HISS. El conjuro
ante ti a hacerse volverá.

CONDESA. ¿Seguro?

HISS. Cierto, infalible.

CONDESA. Quiero verlo.

HISS. ¿Y cedes
convencida una vez?

CONDESA. Sí, te lo juro.

HISS. Mañana, pues, al despuntar el
[alba;

baja a la gruta en que Simuel habita:
mi esclavo estará aquí, llegarás salva;
y el fatal porvenir que nadie evita
a tus ojos pondrá el israelita.

CONDESA. Iré.

HISS. ¿Tendrás valor?

CONDESA. Sí.

HISS. Pues mañana
tu destino sabrás, y a elección tuya
muerta en Burgos, serás o soberana.

CONDESA. Hable el destino, y la elec-
[ción es suya.

HISS. Piénsalo.

CONDESA. Iré: ve en paz.

HISS. Adiós, sultana.

ESCENA XII

LA CONDESA; SANCHE, *oculto*

CONDESA. Iré, sí. Mas ¡ay Dios! que
[se estremece
medroso el corazón... Ese judío
ante quien claro el porvenir parece,
¿de quién recibe su poder? ¡Impío!
Mas sus negros conjuros obedece
el destino en verdad. ¡Oh! Ábrase el mío;
y aunque el misterio horrendo me horri-
[pila,
penetrarle sabré fiera y tranquila.

ESCENA XIII

LA CONDESA, ESTRELLA; SANCHO,
oculto

EST. ¡Señoral!

CONDESA. ¿Qué?

EST. De aquí partamos: ruido de pasos percibí por la escalera del conde, y distinguir me ha parecido su sombra atravesar tras su vidriera.

CONDESA. Gente acaso en el parque y desvelado está. [habrá sentido,

EST. ¡Si aquí nos viera...!

CONDESA. En tan lóbrega noche no es creíble que vió desde el balcón.

EST. Todo es posible. señora.

CONDESA. Vamos pues.

EST. ¡Ay! Ya respiro, pues libre a Sancho de sus ojos miro.)

ESCENA XIV

SANCHO, luego el CONDE

SAN. Mis ojos lo miraron, mis oídos lo oyeron, y lo dudo todavía. No, no es fascinación de mis sentidos, no es ilusión de loca fantasía:

(Asoma el conde, y se le acerca.)

es la increíble realidad. Vendidos a los moros están... ¡Por vida mía que el ser madre y condesa no la salva de que lo sepa el conde antes del alba! A despertarle voy; ahora, sí, al punto a decirle: «Don Sancho, levántaos, el mundo está contra nosotros junto: del sitio en que piséis aseguraos, del aire que aspiréis, o sois difunto: fermenta la traición como en un caos en vuestra propia casa...» ¡Oh, yo estoy loco!

Voy... todo el tiempo me parece poco.

(El conde, que ha venido a colocarse tras él saliendo de palacio, le detiene diciéndole:)

CONDE. Gracias, Sancho.

SAN. (de rodillas). ¡Señor!
CONDE. ¡Silencio! Todo lo escuché desde allí, todo lo he visto.

¡Pluguiera a Dios que no!

SAN. (con aján). ¡Ah! de ese modo...

CONDE. Tu lealtad conozco.

(Interrumpiéndole.)

SAN. Mas, por Cristo, señor, que comprendáis...

CONDE. (id.). ¡Sancho, silencio!

De la idea que oculta aquí reside, sólo a Dios que la alcanza damos cuenta, tan sólo el confesor cuenta nos pide; de palabras que al hombre dan afrenta, justo es que el afrentado nos las pida, y la afrenta se lava con la vida.

SAN. Señor, para arrancármelas del pecho,

si es vuestra voluntad, en él ¡lo juro! cien lanzas abrirán camino estrecho.

CONDE. Sólo así, Sancho, vivirás seguro.

SAN. Será.

CONDE. No te lo digas ni a ti mismo; a esa idea de escándalo y de mengua dentro del corazón abre un abismo; que no suba jamás hasta tu lengua.

ACTO SEGUNDO

Antecámara de la habitación de don Sancho. Decoración de una sola caja. Puerta en el fondo y a un lado.

ESCENA PRIMERA

SANCHO

Tiempo es ya de despertarle, que está vecina la aurora y quiero de sus encargos darle una respuesta pronta. ¡Ay! ¡Desdichados mil veces los que en alcázares moran arrastrando una existencia que tantos duelos acosan! ¿Pero qué es eso? Alguien sube por el caracol... Zozobras el ruido menor me causa desde que sé... (Llaman con precaución.)

en esa puerta. ¿Quién?
EST. (dentro.) ¿Sancho?
SAN. ¿Qué oigo! (Abre.)

ESCENA II

SANCHO, ESTRELLA

SAN. ¡Estrella, tú a estas horas...!
¿Qué quieres?

EST. ¡Ay, Sancho mío,
qué noche tan espantosa!

SAN. ¿Qué es lo que dices, Estrella?

EST. ¡Sancho, por Nuestra Señora,
que me digas lo que anoche
viste!

SAN. ¡Por Dios, que curiosa
por demás eres, Estrella!

¿A ti de eso qué te importa?

EST. No imagines, Sancho mío,
que curiosidad es sola

mi pregunta, ni por eso
a la antecámara propia

de don Sancho me llegara;
no, no; mi razón es otra.

En agitación horrenda,
en pesadilla angustiosa,

toda la noche ha pasado
la condesa mi señora.

SAN. ¿Y eso qué tiene de extraño?
El insomnio en ella es cosa

muy frecuente.

EST. Sancho, no; que
nunca la vi como ahora:

hubo un momento en que miedo
la cobré... ¡la creí loca!

SAN. Tu poco espíritu, Estrella;
tu superstición medrosa

tal vez de un sonambulismo
tamañas quimeras forja.

EST. No, no; se arrojó del lecho
desesperada y furiosa,

desencajada, convulsa,
diciendo con voces roncadas:

«Dame, Hissem, dame tu alfanje;
tenle, y que su sangre corra.»

Luego se hincó de rodillas,
a una aparición incógnita

suplicando... ¡ay, Sancho! entonces
yo estaba temblando toda.

Se le erizaba el cabello,
se pintaba su recóndita

pavura sobre el semblante,
y los ojos de las órbitas

saltándosela, en su frente
brotaba en hirvientes gotas

mortal sudor... Si la hubieras
visto... ¡ay, estaba espantosa!

SAN. (¡Infeliz!) Estrella, cálmate:
sin duda esa aterradora

escena que estás contándome
soñaste en la noche próxima,

y con tan vivo carácter
tu imaginación pintóla,

que realidad la creíste.

EST. ¡Ojalá, Sancho! Mas óyela
del todo, y juzga conmigo

la realidad de esa historia.

SAN. Di.

EST. Serenóse un momento;
calmóse aquella diabólica

agitación de su espíritu,
y descansó casi un hora.

Mas al cabo de ella, Sancho,
volvió a arrojarse furiosa

del lecho, y a la ventana
abalanzándose, abríola.

Tendió los brazos por fuera,
y en voz angustiada y cóncava

gritó: «¡Hissem, acude, sálvame!
¡Aquí de tus lanzas moras!

¡Acúdeme y todo es tuyo.
mi fe, mi ser, mi corona!»

SAN. Silencio, Estrella, silencio,
que don Sancho no te lo oiga.

EST. ¡Ay! Todavía me dura
el temblor.

SAN. Vete, reposa,
Estrella, y no temas nada:

te lo aseguro, tan poca
importancia hubo en su plática

con el moro, y tan remota
relación tiene con eso...

EST. Sancho, esto sin duda toca
en un secreto que guardas

de mí: ¡ay! yo consoladora

una palabra a lo menos
esperaba de tu boca.

SAN. Estrella, yo te lo juro,
aunque en mi última hora
estuviera, no podría
asegurarte otra cosa.
Ve a tu aposento y descansa;
esa aprensión melancólica
con el reposo disipa,
y aguarda a que tu señora
despierte, y de ti y sus damas
para tocarse disponga.

EST. Tarde será.

SAN. ¿Por qué, Estrella?

EST. Porque a mí, como a las otras,
nos despidió de su cámara
con faz enarcada y torva,
diciéndonos: «Para nada
os necesito; de sobra
estáis aquí; ea, dejadme
las antecámaras solas,
y que nadie en ella entre
sin excepción de persona.»

SAN. ¡Pues bien, Estrella, obedécela!
Vete y espera con todas
las otras damas, no salga
y te llame antes de la hora
a otro capricho cediendo.
Mas ¿oyes? Del sueño torna
don Sancho; sus pasos siento.
Sal, Estrella, vete pronta,
no te halle aquí.

EST. ¡Dios me asista!

¡Adiós, Sancho!

SAN. El nos socorra,
que sólo puede tal vez
su asistencia poderosa.

(Va a entrar en el aposento del conde, y al
mismo tiempo aparece éste.)

ESCENA III

EL CONDE, SANCHO

CONDE. Sancho, ¿quién estaba aquí
contigo?

SAN. Estrella, señor.

CONDE. Exigente es vuestro amor
si os trae de continuo así.

SAN. No fué su pasión ahora
quien la trajo.

CONDE. ¿Pues quién fué?

SAN. Señor, su cándida fe,
y el amor a su señora.

CONDE. ¿A la condesa?

SAN. Sin duda,

que en Espinosa nacida,
la es leal con la honra y vida,
y solícita en su ayuda.

CONDE. ¿Qué pasa a mi madre, pues?

SAN. Ha poco, a mí vino Estrella
temiendo, señor, por ella
con afanoso interés:
la pobre me preguntó
lo que anoche vi y oí.

CONDE. ¿En el parque, Sancho?

SAN. Sí.

CONDE. ¿Y se lo dijiste?

SAN. No.

Antes que ceder con mengua
a amor, a ambición ni miedo,
juraros, don Sancho, puedo
que me arrancaré la lengua.

CONDE. Gracias, Sancho; mas perdona
si esto me trae tan inquieto.

SAN. Descuidad, vuestro secreto
morirá con mi persona.
Mas vuestra madre ha pasado
la noche en insomnio horrible,
y en agitación terrible,
que a mi Estrella ha amedrentado:

y buscando la razón
en esa nocturna cita,
me hizo temprana visita
en cuanto vió la ocasión.

CONDE. ¡Ay, Sancho! que esos traido-
[res

el seso la han trastornado,
y acaso la han fascinado
con filtros encantadores.
Descuidos son, Sancho, míos:
su gusto al deber prefiero,
y que trate la tolero
con moros y con judíos.

Ella piensa que la inician
en arcanos de la ciencia,
¡vive Dios! y su conciencia
con sus ciencias malefician.

¡Ciencia! ¿A perros tan villanos
abrirá Dios sus tesoros?
¿Dará a judíos y a moros
lo que niega a los cristianos?
No, imposible: en la traición
son sabios, Sancho, no más;
la ciencia de Satanás
abriga su corazón.
¡Horóscopos y conjuros...!
Por vida mía que voy
a deshacerseles hoy
con encantos más seguros.
¿Los hombres que te encargué?

SAN. Ya esperan.
CONDE. ¿Y el renegado?

SAN. ¿Qué no hará quien ha dejado
las banderas de su fe?

CONDE. ¿Consiente, pues?
SAN. Sí, señor;

¡Si hallara quien la quisiera,
hasta su alma vendiera!

CONDE. Calla, que me causa horror.
SAN. Es el hombre más infame

que el suelo del mundo huella;
dadle una dobla, y por ella

venderá lo que más ame.
Es una serpiente astuta

que todo lo ve y penetra;
quien sus crímenes perpetra

y sus planes ejecuta
y sus intenciones sabe.

CONDE. ¿Del judío?
SAN. De los dos;

mas vendedores quiere a vos
de todos ellos la llave.

¿Queréis verle?

CONDE. Sancho, no
con él entendede tú,

que para ese Belecúbú
no tendré paciencia yo.

SAN. Pues vamos, que ya esclarece
y él os lo hará presenciar.

CONDE. ¿Está lejos el lugar?
SAN. Junto al muro, me parece;

llegamos en un minuto.
CONDE. Y ve con tiento y con paz,

porque de todo es capaz
un malvado tan astuto.

SAN. Id descuidado, señor;

lo que no haga el interés,
lo ha de poder el temor:
fiad en mí.
CONDE. Vamos pues.

ESCENA IV

Subterráneo que sirve de habitación y laboratorio al rabino Simuel Benjamin. En medio un altar-cillo o pira destinada a sacrificios y ceremonias paganas. Un velador triangular con paño negro, sobre el cual hay pergaminos e instrumentos de matemáticas y astronomía. Momias egipcias, cuadrúpedos y volátiles disecados. Un esqueleto humano. Vasos sepulcrales antiguos. Un reloj de arena. Entrada en el fondo. Secreto, a la derecha; ídem, a la izquierda. Elías aparece.

ELÍAS

Ya no hay remedio, está dicho.

Esta jugada está hecha,
y ya no pueden los dados

recogerse de la mesa.
¡Qué otro camino quedaba!

¡Ay! De pavora me tiembla
el corazón todavía

cuando al Montero recuerda.
Aquella seguridad

con que hasta la boca mesma
del subterráneo llegó

a la media noche; aquella
confianza en el poder

de su arriesgada propuesta;
aquel además resuelto

con que la entrada secreta
volvió a tomar, sin volverse

para escuchar mi respuesta,
y desde el umbral diciéndome

con voz poderosa y hueca:
«renegado, hasta mañana,

lo que te conviene piensa»;
todo esto, como de un sueño,

triste pesadilla horrenda,
el corazón me atribula

y el pensamiento me prensa.
¡Oh! miserable de mí,

más no nacer me valiera
que dar al fin en las manos

de ese don Sancho. Aquí cesan
mis esperanzas, efímeras

de ambición y de riqueza.
 Aquí mi futura dicha,
 aquí mi ambición se estrella.
 ¡Ay! inútiles deseos
 que alimentó el alma necia,
 ilusiones sois perdidas,
 que el viento rápido lleva.
 Pero probemos siguiendo
 del vencedor la bandera;
 todos los vientos ayudan
 a quien sin rumbo navega.
 Coloquemos, por si acaso,
 estos muebles de manera
 que estén a servir dispuestos.

(Hace lo que dice.)

Esta pira aquí, más cerca
 del velador; estas luces
 más opacas, más inciertas.

* ¡Oh, el aparato es magnífico!
 * Cualquiera crédulo que entra
 * en esta mansión, se humilla,
 * ante el altar de la ciencia.
 Siento rumor... pasos son;
 si antes que él los otros llegan,
 todo se pierde.

(Lllaman. Abre en un pilar una trampa
 giratoria, y aparece Sancho Montero.)

¡Ah, respirol

Él es; estemos alerta.

ESCENA V

ELÍAS, SANCHO

SAN. Guárdete Dios.

EL. Montero, bien venido.

SAN. Aparta, Elías, ceremonias necias,
 y a lo que importa vamos. ¿Qué has re-

EL. ¡Sancho, me mandas que a mi due-

SAN. ¿No has vendido, traidor, en otros

patria, amigos, amor, hijos, creencias?

EL. Montero...

SAN. Concluyamos: en el parque

* anoche el conde oyó la conferencia
 * de su madre y el árabe.

EL. ¡Dios santo!

SAN. * Todo lo sabe.
 EL. * ¿Pues de mí qué espera?

SAN. * Que descubras a tiempo los se-

* que aquesta gruta misteriosa encierra.

EL. * ¡Sancho!

SAN. * Concluye, y por tu bien elige.
 Tu secreto me das o tu cabeza.

EL. ¿No hay otro medio, Sancho?

SAN. No hay ninguno;
 nada te ha de salvar sino tu lengua.

EL. Sea, Sancho, y empieza por quitar-

de esa piedra en que estás.

SAN. Esta caverna
 labrada está en las rocas.

EL. Eso dicen;

mas, minada la tierra por doquiera,
 hay en su cavidad tantos secretos.

como junturas hay entre sus peñas.
 Un hombre dentro de ella burla a muchos

si sus resortes mil diestro maneja.
 Y un secreto camino va a palacio,

por donde el sabio en el palacio entra
 * y espía sin ser visto. En fin, Montero,

* invención infernal es esta cueva.

* Viene aquí el rico avaro, el pobre crédulo,

* a implorar el auxilio de la ciencia,

* y la ciencia a los pobres y a los ricos

* con trampantojos y ficción contesta.

* Aquí con mil prodigios engañosos

* un porvenir mentido les revela,

* y espíritus impuros aparecen

* en visiones, ya horribles, ya risueñas.

* A veces hablan gentes a quien guarda

* ha muchos años ya la madre tierra,

* y a veces esas urnas y esas aves

* se sirven de sus manos y su lengua.

En fin, todo es aquí misterio y arte

con que al crédulo vulgo se amedrenta,
 y él juzga la verdad con sus sentidos,

que al más valiente corazón aterran,
 y su oro al sabio que le engaña deja.

SAN. El ignorante vulgo solamente

pasará por patrañas tan groseras.

EL. ¡Ay, Montero, las hay tan formi-

que al más valiente corazón aterran!

Que es así la materia del de el hombre

y en conocerle bien está la ciencia.

*Esto es todo, y no hay más: todo la sabes.
 *Ahora ¡ay de mí por cuanto caro tengas
 *en este mundo, Sancho, que me ampares;
 *y del furor del conde me protejas.

*y si el oro...
 SAN. * ¿Por Dios, me crees acaso
 *tan vil como eres tú? Si no te viera
 *temblar ante mis pies como un cobarde,
 *contestara mi daga a tu insolencia.

EL. * Mas ese conde...
 SAN. * De quedar con vida
 *su palabra real por mí te empeña.

EL. * Sancho, son las palabras sólo ruido
 *y el aire más ligero se las lleva.

SAN. * ¡Renegado! ¿Tu fe, si alguna
 [tienes,
 *a la palabra de don Sancho niegas?

EL. * Si de su misma boca la escuchara,
 *crédito y fe sin vacilar la diera;
 *que es noble y cree en la virtud don San-

y hasta los mismos moros lo confiesan.
 Pero...

SAN. Cumple mis órdenes, y fía.
 EL. Di.

SAN. Escucha: muy en breve la condesa
 va a esta gruta a bajar.

EL. ¡Cielos, quién pudo...!
 SAN. Cita secreta es; y vase en ella

a desplegar, para turbar su mente,
 todo el poder de la mentida ciencia;
 el conde ha de asistir.

EL. Es imposible.
 Sancho, que le descubran será fuerza.

SAN. ¿No se esconden aquí tantos se-
 [cretos
 como juntas hay entre las piedras?

¿No hay aquí mil incógnitos resortes
 que escondrijos le abran y escaleras?
 Todo por todo, Elías.

EL. Sea, Sancho;
 mas del conde, pues tú le representas,
 júrame en nombre que será impasible,

oíga lo que oiga y vea lo que vea.
 SAN. Sf.

EL. Que tenga valor y sufrimiento
 para ver cuanto pase en su presencia.
 SAN. Hombre es don Sancho, Elías, a

[quien nunca

dieron pavor ni sombras ni quimeras.
 EL. Polvo es no más, como los otros
 [hombres;
 mas a buscarle ve, porque ya llegan.

ESCENA VI

SIMUEL BENJAMÍN

La prueba última es. O cede ahora
 esa necia mujer y se fascina,
 y merced a mi magia protectora
 en Castilla desde hoy Judá domina,
 o la ocasión se pierde de tal modo,
 que todo se hunde y se malogra todo.
 Alégrate, Judá. Si hoy a mi ciencia
 la mujeril superstición da vuelo,
 tierra tendrás y templos y opulencia
 con que olvidar al fin tu largo duelo:
 no irás desde hoy sin término vagando,
 patria insegura en que posar buscando.
 Aquí se tenderán los blancos linceos
 de las tiendas de Aarón: en torno de ellas
 resonarán los cánticos divinos
 de la Sión bendita, y las doncellas
 de Judá danzarán, nuestros misterios
 celebrando, al compás de los salterios.
 ¡Plegue al Dios de Jacob pronta victoria
 dar a su pueblo, y amparar mi empresa,
 y estos augurios de grandeza y gloria
 no se deshagan cual fugaz pavesal.
 ¡Ay! Dominar queremos los destinos,
 y somos siempre errantes peregrinos.
 Mas veamos si todo está dispuesto
 para el postrer ensayo. ¡Elías!

(Llamándole.)

ESCENA VII

SIMUEL, ELÍAS

SIM. ¿Presto
 lo tienes todo ya?
 EL. Todo, rabino,
 y a vuestra voz responderá el destino.
 SIM. ¿Luce el día?
 EL. Ya el sol por el oriente
 va elevando su disco refulgente.
 SIM. ¿No ha parecido el moro todavía?

EL. Por la empuñada loma ya subía cuando oí vuestra voz.

SIM. Que entre al momento, y tú a tu obligación estás atento.

EL. Así lo haré, señor.

SIM. Préstame ahora, Dios de Judá, tu ciencia previsora.

ESCENA VIII

SIMUEL, HISSEM

SIM. Bien venido seas, moro.

HISS. Judío, guárdate Alá; mas sin ceremonias vamos a lo que interesa más.

¿Está preparado todo?

SIM. Todo preparado está.

¿Y la condesa?

HISS. Ya llega con mi esclavo Ben-Jagnar.

¡Cuánto me costó vencer su conciencia perfinaz!

SIM. ¿Mas consintió?

HISS. Si vea por sus ojos el fatal poder a que está sujeto su destino.

SIM. Lo verá. Su ciega superstición a sus ojos va a cambiar la mentida ceremonia en exacta realidad.

HISS. *Ve con tiento, Benjamín; *su mente hay necesidad

*de exaltar con tus pronósticos;

*mas como arriesgado azar

*es sin duda el demostrarla

*prodigios que no querrá

*creer acaso, primero

*su amor es fuerza irritar

*y su ambición, y aún sus celos.

*Y esto a fallarnos quizás,

*entonces todo a tu ciencia

*lo tendremos que arriesgar.

*No escases sortilegios

*ni invenciones; tal vez ya

*es este el último día

*que nos resta aprovechar.

SIM. *¡Cómel

HISS. *Sí; mañana el conde

*de Burgos nos lanzará,

*o acaso tumba nos abra.

SIM. *Hissem, de todo es capaz;

HISS. *Pues bien, Simuel, no lo olvides;

*fuerza es caer ó acabar

*de una vez con ese rayo,

*a nuestra grey tan fatal.

SIM. *De lo que pueda mi ciencia,

*tú mismo te has de asombrar.

*Elias sabe mis órdenes,

*y ante sus ojos pondrá

*prodigios aterrorados

*que su alma han de atribular,

HISS. *Vete con tiento, Simuel.

SIM. *Bravo Hissem, tres años van

*de lección, y yo respondo

*del efecto que la hará,

*Tres años que estoy hipócrita,

*taimado, astuto y sagaz,

*enseñándola una ciencia

*que jamás aprenderá,

*mas que ha puesto su cabeza

*en un estado capaz

*de abandonarse en mis brazos

*en completa ceguedad.

HISS. Mi amor a un tiempo, Simuel,

a tu ciencia ayudará.

Si así lo haces, tu servicio

recompensado verás,

dando en Castilla a tu tribu

tierra y templos que habitar.

¿No es ese tu gran deseo?

SIM. Sí; ¿mas tú lo cumplirás?

HISS. Mira el pliego de Almanzor:

Castilla en reino me da

si yo al poder del cristiano

se la consigo arrancar.

Ocultos en esas sierras

cuatro mil moros están,

prontos a meterse en Burgos

a la primera señal.

¿Los castellanos sin jefe,

muerto don Sancho, qué harán?

El palacio de su dueño

y su cadáver cercar.

Llorar, Simuel, y apenarse,

y volverse, cuando más,

contra la escondida mano que apagó su luz vital.

SIM. Mas y esa mano escondida...?

HISS. Pronto encontrada será y entregada al populacho.

SIM. Pero ella misma?

HISS. Escalón

de nuestro poder será;

los dos a una misma tumba

y en un día bajarán.

SIM. * ¿Y será Burgos...?

HISS. * Mi reino,

* donde los tuyos tendrán

* templos y tierra segura,

* y comercio y libertad.

* (Sabedor de mi secreto,

* muy pronto te enterrarán.)

SIM. * (Con mi ciencia, poco a poco

* del trono bajando irás.)

HISS. Ea, pues, siento que llega:

prepara, sabio, tu altar.

SIM. Cumple tú lo que te toca,

y ayude al sabio el galán.

ESCENA IX

(Elias introduce a la condesa, que viene cubierta con un largo velo, y se vuelve.)

LA CONDESA, HISSEM, SIMUEL

BENJAMÍN

SIM. Salud, condesa.

CONDESA. Sabio israelita,

salud. Hisssem aquí!

HISS. Aquí, señora,

que vuestra dicha y salvación medita

Hisssem, que espera en vos, y en vos adora.

CONDESA. Hisssem, que por doquier al

de mi conciencia ¡ay Dios! sombra evocada,

HISS. ¡Sombra feliz si vuestro bien con-

[sigue,

siempre en cuidado vuestro desveladal!

CONDESA. Hisssem, ¡qué noche tan fatal

[me has dado!

¡Qué ensueños más horribles he tenido!

SIM. ¿Un calmante queréis?

CONDESA. No; ha disipado el día mi temor.

SIM. ¿Razón ha habido?

HISS. Simuel, ese hijo vil que la esclava [viza,

hoy nos aparta de ella como gente

indigna de tratarse, allegadiza,

y yo, por convencerla solamente

del intento traidor que a ello le atiza,

la revelé su horóscopo.

SIM. ¡Imprudentel

¿Crees tú que una mujer tenga harto brío

para sondar el porvenir sombrío?

CONDESA. Simuel, no me dió el ser vul-

go villano,

y un corazón tan animoso tengo,

que no le da pavor su negro arcano,

y de tu voz para escucharle vengo

Di, pues, ¿será tu ciencia desmentida

en lo que atañe a mi futura vida?

¿Es cierto, dime, que podrá por ella

a tus conjuros responder mi estrella?

SIM. Al necio humano que en mi ciencia

su mágico poder jamás ayuda,

CONDESA. Responde; a esta caverna a

[esto he bajado.

SIM. ¡Oh! ¡Mil veces perdón, noble con-

Lo confieso: seis noches he pasado

velando, y vuestro horóscopo he trazado.

CONDESA. ¿Y qué? (Con afán.)

SIM. ¡Ay de mí! Que lo sepáis me pesa!

Pésame, sí, de que la ciencia mía

fiara de un amante este secreto,

que nadie es sabio si en amor se fia.

HISS. Perdonadme, Simuel, mi solo ob-

[jeto

fué apartar de su frente el golpe rudo.

Yo la idolatro, sí; ¿cómo pudiera

su destino esperar sereno y mudo?

Imposible, Simuel; antes muriera.

CONDESA. ¡Hisssem! (Con amor.)

HISS. Perdón, sultana: el alma fría

de ese judío, con la edad helada,

el fallo de su ciencia callaría;

pero jamás un alma enamorada.

Tú, sólo tú en el mundo me interesa,

y en amarte no más mi ánima absorba.

pesaremos la suerte en su balanza.
 Los muertos evocad, y os dirán eso; apelad a los sueños, y eso mismo dirán también; y donde quiera, expreso el agiero veréis y el fatalismo.
 Ya sea que a la suerte se encomiende, ya a espíritus terribles se consulte, trastórnese el pronóstico o se enmiende, eso será no más lo que resulte.
 Las vidas de los dos por un sendero no pueden juntas ir; las dos no caben; y una de entrambas cederá primero; mas ¿cuál? Los cielos nada más lo saben.

CONDESA. Vea yo, pues, su voluntad [expresa; póngalo ante mis ojos un vestigio de ese poder incógnito, un prodigio hable, y con él mi incertidumbre cesa.

SIM. O matar o morir es vuestro sino; tales mi ciencia y tal vuestro destino.

CONDESA. Ponme, Simuel, patente su [mandato, y cedo ¡vive Dios! y muero o mato.

SIM. Pues bien, a verlo vais.

HISS. (ap. a Sim.). Harto hizo el sabio: judío, aún queda del amante al labio el último resorte; y si a esta nueva invención se resiste, apelaremos a tu ciencia insana. Vete.

ESCENA X

LA CONDESA, HISSEM

HISS. Antes que te arriesgues a esa [prueba, sólo un momento escúchame, sultana.

Quiérete el moro o muerta, o soberana: armas, oro, un ejército te ofrece: ¿qué más claro el destino te parece cuando en tu mano pone esta mañana, y a tu antojo abandona, un lecho funeral o una corona? Por cuanto caro en tu existencia tengas, que a esa prueba infernal nunca te avengas

CONDESA. (con espanto). CONDESA. ¿Puede su cumplir lo que promete? [ciencia

HISS. Veces ciento patentizó a mis ojos la experiencia que responde a su voz el firmamento.

*Mil veces, en furtiva conferencia,
 *al soldado, al mendigo, al opulento,
 *les marcó de su muerte la hora oculta,
 *y la hora fué de la fatal consulta.
 CONDESA. *¡Cielos!

HISS. *¿Ves esos muebles que su estancia
 *cercan en derredor? A su voz todos
 *alma recibirán de varios modos,
 *aterrando la tuya.—Sí, sultana,
 *todo es misterio aquí; y esas redomas
 *que hacen creer a nuestra vista humana
 *que contienen espíritus y gomas,
 *el elixir encierran de las vidas
 *cuyas horas de aliento están medidas.

CONDESA. ¿Es tanto su poder?

HISS. Oh, no te asombre, todo lo puede con la ciencia el hombre; y hombre soy yo también, y tiemblo ahora ante esa ceremonia aterradora.

CONDESA. No lo acierto a creer.

HISS. Le vi mil veces los muertos evocar, de sus conjuros al secreto poder, y de sus preces con las palabras mágicas; seguros sus pronósticos son, y ese que miras respecto al porvenir que a ti te espera, es la expresión de las celestes iras.

CONDESA. ¿Y preciso ha de ser que [mate o muera?

HISS. Sí, lo mismo que yo.

CONDESA. ¡Cielos! ¿Qué dices?

HISS. Salga al fin de una vez del pecho [mío este fatal secreto: el hado impío ató nuestros destinos infelices.

CONDESA. * No te entiendo.

HISS. * Oye; a mi importuno ruego *el mío consultó con las estrellas *el sabio israelita.

CONDESA (con afán). * ¿Y supó de ellas...?

HISS. * Cuanto anuncióme, realizóse [luego.

Escucha, pues, nuestro enlazado sino. Tú dependes del conde; a un soplo suyo

cambiará para siempre tu destino;
mas yo pendo de ti, mío es el tuyo,
y si no hago que Sancho a ti sucumba,
nuestro destino es él, él nuestra tumba.

O él, o nosotros dos.

CONDESA. ¡Es imposible!

HISS. O él o nosotros dos, no hay espe-
[ranza.]

CONDESA. Tú no lo crees. Hissem: jeso
[es horrible!]

HISS. Aún yacé el fiel de la fatal ba-
[lanza]

*en la mitad del peso equilibrado;

*mas sólo un día, una mañana queda

*para que pierda el equilibrio y ceda.

*Resuélvete.

CONDESA. Jamás.

HISS. ¿Lo has meditado?

CONDESA. Sí, y no osarán mis manos
[a su vida,

a no verlo yo misma decretado

claramente en el cielo.

HISS. ¡Ementidal!

*¿Así mi amor, mi ayuda, una corona

*renuncias, pese a mí, cobardemente,

*y el lazo que a tu vida me eslabena

*rompes tan sin pesar villanamente?

*Tu destino desprecias temerarial!

*¿No crees en él?—Yo sí, y para evitarle

*separaré de tí mi suerte varia.

CONDESA. ¡Morot!

HISS. Está bien; atiende desde ahora

sólo a sí mismo cada cual, traidora.

CONDESA. De esa manera, Hissem...

HISS. (interrumpiéndola).

De esa manera

de mi propia cerviz sabré apartarle.

¿Conoces este pliego? (Muéstrale.)

CONDESA. ¡Ahl! ¡Qué imaginas!

HISS. Todo por todo.

CONDESA. ¡Corazón de fiera!

¿Qué es lo que vas a hacer?

HISS. ¿No lo adivinas?

CONDESA. ¡Ese pliego...!

HISS. Es tu carta; en ella le haces

un encargo a este Hissem que te habla aho-

[ra.]

Lee, lee: «Mi esposo sale con sus haces,

hazle que caiga en emboscada mora.»

CONDESA. ¡Cielos!

HISS. Cayó; su cuerpo fué comprado

a fuerza de dinero, y fué Hissem mismo

quien lo trajo a lanzadas traspasado.

Tu mano y tu corona has empeñado

por tal servicio: cumple, o un abismo

te abro, esta carta al conde remitiendo,

tus esperanzas para siempre hundiendo.

CONDESA. ¡Bábaro Hissem! ¡Y lo

[pondrás por obra]

HISS. ¡Sí, juro a Alá! Pues matas mi

[esperanza,

*en tu reino, y tu amor, todo me sobra;

*mas te daré venganza por venganza.

*¡Ay, tuve orgullo en tí mientras me ama-

[bas]

*Mas hoy, traidora, que mi orgullo ofendes

no rindiendo a mi amor cuanto esperabas

cual yo, te venderé cual tú me vendes.

CONDESA. ¿Yo? ¿Yo venderte. His-

[sem? Sella esa boca.

¿Yo venderte, que te amo más que al mun-

[do?

Calla, o por Dios que volverásme loca.

HISS. Bien ese amor demuestras tan

[profundo,

sultana, contra mí cuando atropellas

hasta la misma ley de las estrellas.

¿Que me amas dices? Mientes.

CONDESA. Pues bien, mero,

habla; ¿qué exiges de miamor? Responde.

HISS. Abre un sepulcro.

CONDESA. Bien; morirá el conde.

Mas ese pliego horrible...

HISS. Con tus manos

mil pedazos le harás, y este secreto

jamás penetrarán ojos humanos.

CONDESA. Cúmplase, sí, el recóndito

[decreto

de mi suerte fatal; mas pronto sea,

a ntes que calme mi pasión precita,

yeste vértigo horrendo que me agita

contra mí misma convertido vea.

HISS. Hoy mismo.

CONDESA. Sí.

HISS. En la mesa.

CONDESA. Sí.

HISS. (llamando). ¡Judío!

ESCENA XI

LA CONDESA, HISSEM, SIMUEL

HISS. Pronto: ¿posees un elixir que
[acabe

una vida en un punto?

SIM. Sí.

HISS. ¿Que oculte

su presencia en el cuerpo?

SIM. Sí; que lave

la mano que le ofrezca, y que sepulte

en sombra eterna el atentado grave.

HISS. Tráelo, pues.

SIM. ¿Para quién?

HISS. ¿No es su destino

o matar o morir?

SIM. Sí.

HISS. Pues le acepta.

SIM. ¿Y el conjuro sin ver?

HISS. Ese es su sino,

y de ello siente convicción perfecta.

SIM. Venid, y os le daré.

CONDESA. Y a mi palacio

partamos en seguida,

y aprovechemos el primer espacio:

que es fuerza que hoy se arriesgue y se

poder contra poder, vida por vida.

HISS. Y amor, y trono, y libertad,

[sultana,

esta tarde tendrás.

CONDESA. *(volviéndose desde la puerta).*

Moro, descuida:

muerta tengo de ser, ó soberana.

HISS. Y SIM. Vamos.

(Vanse por la salida del fondo.)

ESCENA XII

El teatro queda un momento solo. El Conde aparece abriendo una trampa giratoria practicada en un pilar, y SANCHO MONTERO tras él, calmándole.

SANCHO. Señor, calmaos.

CONDE. No, Montero,

déjame respirar; deja que exhale

su enojo y su pesar un caballero

que ultrajar mira así lo que más vale,
mi honor, Sancho: ¿y por quién? Por quien
[más quiero;
por mi madre...

SAN. Señor...

CONDE. Aparta, Sancho,
y espacio deja a mis lamentos ancho.

Deja que sufra en paz, y que me queje

a solas de mi mal, ya que es preciso

que aquí en mi corazón le esconda y deje,

porque el juicio de Dios así lo quiso.

Porque es su ley que mi justicia ceje

ante mayor razón, y un paraíso

lleve en el rostro, mientras roe interno

mi pobre corazón todo un infierno.

Di, Sancho, ¿y tú lo crees? ¿Y esa es mi

[madre?

¡Por un bárbaro infiel ciega y prendada!

¡Ella dando por él muerte a mi padre!

(Con agitación.)

¡A mi vida por él osando airada!

¿Y qué halla en él que a su nobleza cua-

¿Qué ama en él su pasión desventurada?

¡Pliegues del corazón que sólo sabe

Dios, que del corazón guarda la llave!

SAN. Serenaos, señor.

CONDE. *(calmándose de repente).*

Ya estoy sereno.

SAN. Y no olvidéis que su traidora

[ciencia

a vuestros días aplazó un veneno.

CONDE. No será la que corte mi exis-

[tencia;

no temas por la mía, ¡oh Sancho bueno!

Yo haré caer sobre ellos su sentencia,

y tal será mi fallo furibundo,

que asombro cause al venidero mundo.

ESCENA XIII

DICHOS, ELÍAS

EL. Señor...

(Echándose a los pies del conde.)

CONDE. ¿Quién es ese hombre?

EL. Un miserable

señor, que a vuestras plantas humillado

viene a pedir su vida detestable.

CONDE. Sancho, ¿quién es?

SAN. Señor, el renegado.

CONDE. ¿Cómplice de las tramas infer-

[nales]

de esos traidores es?

SAN. Sin duda alguna,

y su siervo más fiel.

CONDE. Por cuanto vales,

responde, y di a tu lengua que reúna

cuanta sinceridad en ella quepa

para decir al punto cuanto sepa.

EL. ¡Señor!

CONDE. Lo cierto te valdrá la vida;

dime: ¿cuál es ese conjuro horrendo

que aprestaba su ciencia maldecida,

y que a mi pobre madre fascinando,

la arrastraba al delito más infando?

EL. Señor, un filtro de poder tremendo

que al espíritu crédulo estremece:

un licor que el cerebro enardeciendo,

le fascina, le turba, le enloquece:

y el ánimo a esta farsa disponiendo,

le hace en falso juzgar de cuanto ofrece

el pretendido sabio a sus sentidos,

en visiones y encantos prevenidos.

CONDE. ¡Infames!

EL. Y la fiebre que produce

es un vértigo horrible, es un ensueño

que a cuanto el sabio necesita induce;

le hace del alma del paciente dueño,

y a cuanto la visión falsa le incita

el crédulo mortal se precipita.

CONDE. ¡Bastal! ¡Basta, por Cristo! Im-

[pia ciencia

digna no más de moros y judíos;

artes por mí fatal condescendencia

hoy practicadas en los reinos míos.

Mas hoy concluirán. Sancho, ese hombre,

que ha asistido a tan torpes sortilegios,

debe morir.

SAN. Señor, aunque os asombre,

le concedí la vida en vuestro nombre.

CONDE. Válganle, Sancho, pues, los pri-

[vilegios

de mi palabra real; pero su lengua

renegó de su Dios, y fuera mengua

sin castigo dejar sus sacrilegios.

Sancho, en un calabozo eternamente

yazga; y privado de la lengua y manos,

que no pueda jamás, aunque lo intente,
revelar lo que sabe a los humanos.

¡Silencio! Esto ha de ser: un solo acento,
en la garganta os cortará el aliento.

(Sancho le lleva y vuelve.)

ESCENA XIV

EL CONDE

Todos a precio tal su vida estimen
los que delito tan odioso entiendan.

Sí, mueran antes que a mi madre vendan:
caiga la eternidad sobre su crimen.

Señor, que el corazón de los mortales
desde tu regia excelcitud penetras,

y a través de apariencias terrenales
lees su verdad en invisibles letras;

Tú, que con tus miradas paternales
mi gran resolución en mí perpetras,

Tú, que conoces en mi afán lo extenso,
benigno acepta el sacrificio inmenso.

ESCENA XV

EL CONDE, SANCHO

CONDE. ¿Eres tú?

SAN. Sí, señor.

CONDE. ¿Está seguro?

SAN. Sí.

CONDE. ¿Con nadie hablará?

SAN. Con alma humana:

guárdale sólo el callejón del muro,

y allí estará al partir.

CONDE. De buena gana

le perdonara, Sancho, mas no puedo,

que aún de mi misma lengua tengo miedo.

SAN. ¡Pero lloráis, señor!

CONDE. Fuego derramo,

sangre que quema mis hinchados ojos.

SAN. ¡Ah! Moderad, señor, tantos eno-

[jos.

CONDE. Sancho, voy a inmolarte lo que

[más amo.

¿No tengo de llorar? Sí, Sancho, lloro

porque voy a perder en un momento

la madre criminal en quien adoro,

y el honor, que aprecié más que el aliento.

¿Lo oíste? Hijo vil que la esclaviza
apellidarme osó delante de ella
esa canalla ruin que me la hechiza
con las necias patrañas de su estrella.
Y callo... ¡ah! Todos hoy serán ceniza,
todos caerán bajo mi airada huella.

SAN. ¿Todos? (Con asombro.)

CONDE. Si.

SAN. ¿También ella? (Más.)

CONDE. Sancho, tente;

no temas nunca que a mi madre atente.
Siempre de entre los dos será primero;
de mi madre o mihonor, mi honor sucumba:
al suyo ceda el universo entero,
y ábrase al hijo envilecida tumba.
Sobre mí su baldón que caiga quiero,
y pues mi honor por ella se derrumba,
que a mí tan sólo su baldón me siga,
y el universo entero me maldiga.

SAN. ¿Qué es lo que habláis, señor, que

[no os entiendo?

CONDE. No lo entiendas jamás, si vivir

[quieres.

Este secreto formidable, horrendo,
si lo aciertas tal vez, cállalo o mueres.

SAN. ¡Ah!... El sacrificio colosal com-

[prendo

y me espanta, señor.

CONDE. Si leal eres,

sea tu corazón su eterno abismo.

SAN. Callando imitaré vuestro heroís-

[mo.

CONDE. No sabes ¡ay de mí! cuánto me

[cuesta

tamaña abnegación; que al fin, Montero,

para mí nada más será funesta.

Mas a mi fama mi deber prefiero;

su hijo nací; mi obligación es esta,

y obraré como debe un caballero.

Sabré, aunque el mundo me acrimine un

[día,

que obró mi corazón como debía.

SAN. Culpe, señor, vuestra fatal estre-

[lla.

CONDE. No; la virtud a medias no prac-

[tico,

Sancho; no quede de mi hazaña huella;

ignore el mundo lo que no le explico.

Entre mi madre y yo, primero es ella:

¡Venza, pues! Cuanto soy la sacrificio.
Quede por siempre limpia su memoria,
y eche en mí solo su borrrón la historia.

Mas... el judío...

(Al entrar Simuel, el conde se emboza y Sancho se aparta. El judío se asombra de hallarlos allí.)

ESCENA XVI

EL CONDE, SIMUEL BENJAMÍN, SANCHO

SIM. (al ver al conde). ¡Dios!

CONDE (yéndose a él).

¿Qué hay que te asombra?

Todo lo oí, y del conde la mancilla

tú mismo has de lavar.

SIM. Fantasma u hombre,

¿quién te trajo hasta aquí? ¿Cuál es tu

[nombre?

CONDE. Debla para escucharle la rodi-

[lla.

SIM. ¿Yo? ¿Y a quién?

CONDE (descubriéndose).

A don Sancho de Castilla.

(Queda don Sancho, desembozándose, en una

actitud que revele toda la dignidad de su

carácter, y cae a sus pies el judío. Caen

el telón.)

ACTO TERCERO

Decoración cerrada, que representa un comedor ochavado, y del cual se manifiestan al espectador cinco lados. En el primero de la derecha, una puerta que da a las habitaciones de la condesa. En el primero de la izquierda, otra que conduce al exterior del edificio. En el segundo lado de la derecha, otra que da a un camarín. En el opuesto, otra ídem. En el fondo otra, con vidrieras de colores, que da al interior del edificio, cruzando una pequeña estancia que contiene el aparador y vajilla del conde.—Mesa y dos sillones.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE, SIMUEL, entrando por la puerta del fondo

CONDE. ¿Y a mi palacio así, ¡por vida

[mía!

en el silencio de la noche oscura,
este oculto camino te traía?

SIM. ¡Señor!

CONDE (con desprecio).
Y estás temblando de pavor
con sólo preguntártelo, cobardel
¿Y eres tú quien penetra los destinos
de mi familia? ¿De ello harás alarde
tan sólo entre mujeres y asesinos!

¡Vive Vios! Si quien eres no mirara
y no viera quien soy, torpe gusano,
en polvo entre mis manos te tornara:
mas te honrara matándote mi mano.

¡Eh! No temas, imbécil, de la mía,
que victoria tan ruin me humillaría.
En fin, si has de salvarte, solamente
hay un medio, y lo sabes; sé prudente,
y dime al cabo y por la vez postrera
si riesgo alguno el individuo corre.

SIM. Probadlo en mí, señor, si eso os
[altera,
y mi existencia vuestra duda borre.

CONDE. De traidores cual tú, todo lo
[temo.

Fueras capaz, por conseguir venganza,
de llevar la traición hasta ese extremo.

SIM. Señor, tan singular desconfianza
es indigna de vos. Arrepentido,
sólo ese medio espero de obligaros,
si no al perdón, al menos al olvido.

Y ni aún con mi existencia osáis fiaros!

CONDE. Al miedo creo de que estás
[transido

más que a todos tus lógicos reparos;
pero sólo, Simuel, sólo a este precio
cederá mi venganza a mi desprecio.
Piénsalo bien, y sólo de ese modo
todo lo aparto y te lo olvido todo.

SIM. Y a vuestros pies, señor...

CONDE. Alza, rabino,
y ojalá que hoy mi liberal clemencia
de conocer te ponga en el camino
del solo Dios la verdadera ciencia.

SIM. ¡Ah! Mientras viva rogaré al des-

CONDE. Ten esa lengua vil, y en mi
[asistencia,

no invoques más poder ni más ayuda
que la del Dios en que tu ciencia duda.

Sígueme.
(Abre el camarín de la izquierda, y le dice
mostrándosele.)

En esta estancia, retirado
y en silencio estarás; aquí tu suerte
esperarás, y el término fijado;
y el éxito será de tu bebida,
el fallo de tu muerte o de tu vida.

Entra, y míralo bien.
(Le cierra y guarda la llave.)

ESCENA II

EL CONDE

Tiemblo y me espanto
cuanto medito más la horrible idea.

¡Que mi madre ¡ay de mí! me obligue a
[tanto!

¡Que ella la criminal, mi madre, sea
causa de mi baldón y de mi llanto!

¡Ella echar sobre mi mancha tan fea,
sin que pueda decirse en pró del bueno:

«lleva la mancha del delito ajeno!»
Arráncame, buen Dios, del pensamiento

esta idea cruel, desgarradora;
sopla en mi corazón virtud y aliento

que resista su fuerza tentadora:
pon en mis manos, y en mi lengua tiento

para obrar y decir desde esta hora
lo que cumpla no más al sacrificio

que compre no más tu excelso juicio.
(Llama a la puerta que da al exterior)

¿Quién va? (El conde abre, y sale Sancho.)

ESCENA III

EL CONDE, SANCHE

CONDE. Sancho, ¿qué has hecho?

SAN. Puntualmente
vuestro encargo, señor, deo cumplido.

CONDE. ¿Le traes?

SAN. Se resistió bizarramente,
pero por fin al número ha cedido.

CONDE. ¡Muerto!

SAN. No; me mandasteis solamente
que le apresara, y preso os le he traído.

CONDE. Está bien. ¿Y la carta?

SAN. Iba a romperla, mas no le di lugar.

CONDE. Trae, Sancho, a verla.
(*Sancho le da el pergamino que Hissem mostró a la condesa en la escena X del acto II. El conde le toma, le mira, y le guarda. Después se vuelve diciéndole con mirada penetrante:*)

¿La leíste?
SAN. Mis ojos jamás osan adonde mi señor pone los suyos.

CONDE. Mis planes, Sancho, en tu amistad reposan; para valerme, pues, guarda los tuyos.

SAN. Lince seré, señor, que vigilante no los quite de vos sólo un instante.

CONDE. Tú eres no más ¡oh Sancho! mi consuelo: hoy a mi madre cuanto tengo inmolo, y si tu lealtad me roba el cielo, en la tierra desde hoy quedaré solo.

SAN. Señor, antes la luz al mediodía ha de faltar al sol; antes al viento ha de faltar impulso y armonía, y a las corrientes aguas movimiento, y al suelo sombra en la enramada umbría, y al águila el espacio y ardimiento, y al cielo estrellas que su azul esmalten que a vos mi aliento y corazón os falten.

CONDE. Gracias, Sancho leal; bien necesito un corazón que con el mío llore cuando la mancha de su vil delito a los ojos del mundo me desdore.

Tú solo entonces me darás consuelo, de mi secreto cruel depositario, y en tanto, por mi bien, pídele al cielo que el valor no me niegue necesario.

SAN. Si ha de mi vida menester la vuestra, hablado, señor, la inmolaré tranquilo.

CONDE. No, Sancho: ante otra muerte que la del cuerpo material vacilo.

Ante otra precisión tiembla mi diestra, no acostumbrada a tan traidor estilo, y recelos recónditos me oprimen; que aunque es una virtud, parece un crimen. Mas no es posible que tu mente mida

la intensidad de mi pesar. Montero, a ese hombre guarda hasta que yo le pida: que no hable a nadie, y de que bien vigilen mis castellanos por los muros cuida. Mas que muchos a un punto no se apilen, no astuto el moro de las sierras vea que vamos a salir a la pelea.

SAN. ¿Cuándo será, señor?

CONDE. Al mediodía; mas antes de partir, frugal y corta comida haremos, a costumbre mía, y que nos sirvas sólo tú me importa.

SAN. Señor...

CONDE. Siempre afanoso, Sancho, el corazón más noble y más valiente a punto de arriesgar una batalla:

y es bueno que este afán vele a su gente, no vacile o murmure la canalla: dispón, pues, que nos sirvan de repente vianda que se ajuste a nuestra prisa. Cubre la mesa, y a mi madre avisa.

(*Vase Sancho.*)

ESCENA IV

EL CONDE

Llegó la hora fatal, y estoy resuelto. Quiero salir cuanto antes de este horrible vapor de crimen en que vivo envuelto, que esta duda infernal me es insufrible. Queden cumplidos de una vez mis votos, y sus intentos para siempre rotos. Oigo pasos... es ella... me retiro. Siento que suerte tan fatal la aguarde. De aquí la acecho y sus acciones miro: no quiero que mi vista la acobarde.

(*Entra en el camarín de la derecha.*)

ESCENA V

LA CONDESA, saliendo de su aposento

¡Ay! Parece que tengo en el cerebro una hoguera voraz: y a par que él arde dentro del pecho con aliento escaso siento que helado el corazón me late. Trémulos van mis pies, por mis salones

sin cierto rumbo y voluntad llevándome, y siento retumbar dentro del pecho el lento son de cada paso que hacen. Cada murmullo que en el aire suena, cada cortina que estremece el aire, que anuncian un esperebro me parece que con callado pie tras de mí sale. Si al reposo me entrego algún momento y al sueño cede mi cansancio grave, de espantosos delirios asaltada, presa despierto de pavor más grande. No puedo más con tan odiosa vida. Quiero ahogar de una vez tantos afanes. Sí, que se cumpla mi destino quiero, ya que ha de ser al fin inevitable.

ESCENA VI

LA CONDESA; SANCHO MONTERO, *con frutas en canastillos, etc.*

CONDESA. ¿Quién es? Sancho. ¡Ay de mí! Temblé al sentirle.)

SAN. Yo soy, señora. ¿Qué ordenáis?

CONDESA. ¿Qué traes?

SAN. De mi señor las órdenes cumpliendo,

viandas son.

CONDESA. ¡Tan pronto!

SAN. A la lid parte y, con permiso vuestro, de hoy dispone que la primer comida se adelante.

¿Vos le acompañaréis?

CONDESA. Sí.

SAN. Despedirse querrá de vos por si malogra el trance.

CONDESA. Es justo, Sancho; sus mandatos cumple

y al cielo ruega que le ayude y guarde.

SAN. Sí, rogaré, mas como buen vasallo; irá luego con él para ayudarle.

CONDESA. (Todos fieles le son.) Bien [dicho, Sancho:

hidalgo, en eso lo que debes hacer.

(Me da este hombre rubor.)

SAN. Ya está la mesa.

Al conde avisaré cuando gustareis.

CONDESA. No, Sancho, no; le avisaré [yo misma.

SAN. Como os plazca mejor.

CONDESA. Así me place. Sal.

ESCENA VII

LA CONDESA.

Ya estoy sola, y la ocasión es esta.

¡Ay! Mirazón se turba en tal instante, y en cuanto me rodea veo atónita la mano del destino formidable.

Esta mesa, esta estancia solitaria...

¡Parece que a propósito lo hacen!

Cielo, de mi virtud siempre enemigo, ¿a qué ponerme la ocasión tan fácil?

¿No bastaba ¡ay de mí! que consintiese débil mi corazón en despeñarme,

sin que a la boca de la sima horrenda me trajeras tú mismo, que lo sabes?

Ea, vamos: ayúdame, ¡oh infierno!

(*Saca del pecho un pomo.*)

Ya la copa fatal tengo delante, y mi estrella y mi amor así lo quieren.

¡Ay! Pero tiembla el corazón cobarde,

tiembla mi mano, la letal ponzoña

sintiendo entre los dedos... ¡miserable

de mí! ¿Cómo he de verle a impulso suyo palidecer, temblar y desplomarse?

Yo no amaba a su padre: en una carta fácil era decir: «Va al campo; máta!»

¡Pero a él, yo misma, con mi propia mano, tranquilo el corazón, serio el semblante,

dársela...! No: le tuve en mis entrañas: tiene mi mismo ser, mi misma sangre;

no, no: que viva, y cámbiese el destino.

¡Hijo mío!... ¡Infeliz! Me acuerdo tarde.

Si vive, hoy mismo le echaré de Burgos, pues hoy de Burgos contra moros parte,

y mañana ese Hissem ¡que nunca vial pondrá en sus manos mi secreto infame.

Esa carta fatal que mi deshonra

al universo entero hará palpable, y a seis años de hipócritas virtudes

el velo criminal fuerza es que arranque.

Y el insolento vulgo castellano,

y el vulgo vengativo de los árabes,

ponderando mi crimen a porfía,

insultarán mi nombre y mi cadáver.

¡Maldita fué de mí nacer la hora!
 ¡Maldito el sino que a la tierra traje,
 tigre sedienta de la sangre mía
 sin que jamás con la vertida me harte!
 ¡Y no hay más esperanza, no! Si el pliego
 llega a sus manos, y su escrito sabe
 que conoce ya el vulgo, él mismo, airado,
 él mismo por su honor vendrá a matarme;
 sí, que no torcerá de su justicia
 la recta ley ni por su propia madre.

Él morirá tras mí de pesadumbre,
 de deshonra y de horror, si a tanto osare:
 mas osará, que es su ídolo la gloria,
 y es de justicia testimonio grande.
 Muera: retroceder es ya imposible;
 ante el destino la conciencia calle:
 muera, sí; pues mi horóscopo lo ordena,
 yo no, sino el infierno es quien lo hace.

(Vierte el licor del pomo en la copa de oro.)
 ¡Cayó!... ¡Veo a la muerte descarnada
 por detrás de los bordes asomarse
 de la ancha copa, y con la seca mano
 y sonrisa diabólica llamarme!

¡No, no hay remedio ya...! Mas ¿si no bebe?
 ¿Si hace un descuido qué de copa cambie?
 Ambas a dós las dejaré servidas,
 y él tomará la que le esté delante.

(Llena de vino las dos copas, y pone la de oro, en que está el veneno, en el sitio del conde.)

¡Cúmplase, pues, nuestro fatal destino,
 que tumba al uno de nosotros abre!
 Para uno de los dos guarda esa copa
 de la llamada eternidad la llave.

(Cae en el sillón desfallecida.)

ESCENA VIII

LA CONDESA, EL CONDE

CONDE. Madre mía.

(Después de contemplarla un momento.)

CONDESA *(espantada)*. ¿Quién es? ¡Él!

CONDE. ¿Qué os espanta

de ese modo, señora, en mi semblante?

CONDESA. *(Se me hiela la voz en la*

[garganta!]

Sancho, no extrañes si de mí delante

viéndote, me turbé, que me quebranta

saber que a lidiar vas. ¡Terrible instante!

CONDE. Tal es mi obligación, guardar
 [mi tierra]
 antes que en mala paz en buena guerra.

CONDESA. Siempre es la guerra tu

[primer deseo];
 tu primer pensamiento las batallas;

tu más galán y acomodado arreo,

el casco duro y las tupidas mallas.

Siempre dispuesto a pelear te veo;

siempre a la paz inconvenientes hallas,

y entretanto, tus pueblos desdichados
 quedan con lo mejor, pero asolados.

CONDE. Madre, os vende la voz vuestro

[deseo,

y habláis como mujer, de las batallas

siempre enemiga y militar arreo.

Si en vez de yelmos y tupidas mallas

la seda usando a que inclinada os veo,

puesto a su torpe paz no hubiera vallas,

los árabes mis pueblos desdichados
 me dejarán con paz, pero asolados.

CONDESA. Un enemigo que la paz im-

leal será, pues serlo necesita. [plora,

CONDE. Madre, eso no habla con la

[gente mora,

raza salvaje que el desierto habita,

se humilla al vencedor, pero traidora,

en oportuna rebelión medita.

CONDESA. Es, Sancho, esa opinión har-

[to extremada.

CONDE. Leed la historia de la edad pa-

[sada.

Siempre fueron lo mismo: los detesto,

y más reñir con ellos me acomoda

que haberlos de suír.

CONDESA. Y a pesar de esto,

Sancho, a pesar de tu arrogancia toda,

lejos ahora están de tus fronteras.

CONDE. No tan lejos, señora: esos pe-

[ñascos

guarecen a su sombra sus banderas,

corvos alfanjes y redondos cascos.

CONDESA. Esas noticias son...

CONDE. Harto seguras:

desde el balcón del camarín vecino

se alcanza por las hondas quebraduras

de sus turbantes el revuelto lino.

CONDESA. Moros, Sancho, enemigos tus

te pintan por doquier. [antojos

CONDE. Madre, vos misma verlos podéis por vuestros propios ojos.

CONDESA. (Él en su misma perdicción [se abisma; todo su mala estrella lo previno, y es inútil luchar con el destino.])

CONDE. Ved, al balcón llegado. (El conde la invita a que entre en el camarín; la condesa no llega más que al dintel de su puerta, volviendo la espalda a don Sancho.)

CONDESA. (No tengo audacia para mirarle al rostro.)

CONDE. (Aún tengo miedo de este infernal brebaje a la eficacia.) (Saca un pomito.)

¿Lo veis?

CONDESA. No. (El conde mira de su misma traición víctima sea.)

CONDE. Mirad bien. (¿Qué aguardo? Ea, de su misma traición víctima sea.) (El conde vierte el licor que contiene el pommo en la copa de plata que la condesa ha colocado en su sitio, mientras ésta mira por el balcón. Al punto de verter el líquido el conde, aparece Sancho, que le dice aterrado.)

ESCENA IX

EL CONDE, LA CONDESA, SANCHO

SAN. ¡Señor! (Aparte al conde.)

CONDE (aparte a Sancho): ¡Silencio! En [fin, al cuerpo demos

el nutrimento necesario y justo los que muy pronto pelear debemos. Sancho, sirvenos ya lo que tenemos, si es de mi madre voluntad y gusto.

(Sancho, que hasta ahora ha ido colocando alrededor de la mesa frutas en canastillos, etc., y en el aparador platos de plata, ánforas para los vinos, etc., sale otra vez a buscar la vianda pedida por el conde. Éste, apoyado en el espaldar de su sillón, contempla a su madre, que afectando mirar por el balcón que se supone en el aposento inmediato, mostrará su incertidumbre y su angustia. Esto depende de la actriz.)

ESCENA X

EL CONDE, LA CONDESA

CONDESA. (¡Siento los pies clavados a [la alfombra, y siento que en latido atropellado hielo es mi corazón, mis ojos sombra! Dame, inferno, el valor desesperado que esta ocasión tremenda necesito.)

CONDE. (Su crimen ¡infeliz, cuánto la [asombra])

CONDESA. (Cúmplase todo; pero pronto [sea,

antes que calme mi pasión precita, y este vértigo horrible que me agita contra mí misma convertirse vea.)

(Sale Sancho con un gran plato, que pone en la mesa.)

ESCENA XI

EL CONDE, LA CONDESA, SANCHO

CONDE. Madre.

CONDESA. Heme aquí, (Con resolución.)

CONDE. Cuando gustéis.

CONDESA. Ahora.

(Se sientan.)

CONDE. Haz, Sancho, tu deber, y que [tu daga de ese magro tasajo lonjas haga.

(A la condesa.)

Y vos tan triste no os mostréis, señora; comed y despejad el rostro adusto. Con la causa leal que defendemos, Dios nos querrá ayudar, y venceremos.

CONDESA. (No puedo apenas respirar [de susto.)

SAN. (De zozobra y de espanto no res- [piro, mientras las copas preparadas miro.)

CONDE (a la condesa). ¿Mas no coméis? [Efímeros temores desechad, madre mía:

siempre fuimos nosotros los mejores, y espero en Dios que nos dará un buen día.

CONDESA. (¡Su voz me atera!)

CONDE. (¡Acabe esta agonía!)

Ea, madre, por si es la postrimera que juntos ambos apurar debemos, asid la copa y apurarla entera; pues si dejarla en la mitad os vemos que tembláis por la suerte que me espera, o en mi valor dudáis recelaremos.

CONDESA. ¡Yo, Sancho!

CONDE. Ea, brindad a mi fortuna y hollará mi corcel la media luna.

CONDESA. (asiendo su copa con un movimiento convulsivo y desesperado.)

Sea.

CONDE, CONDESA. Bebamos. (El conde acerca la copa a sus labios y mira beber a la condesa. Ésta apura la suya, y al apartarla de la boca dice:)

CONDESA. Todo está cumplido. (Al dejar la condesa su copa vacía sobre la mesa, deja el conde llena la suya; la condesa lo mira y exclama aterrada:)

Mas ¿qué miro, ¡gran Dios! tú no has bebido?

CONDE. Ni beberé jamás, que es sino [nuestro.

(Se levantan.)

CONDESA. ¡El sino atroz de nuestra estrellita sabes!

CONDE. Pues os hice beber, que es de que el uno de los dos... [nuestro

CONDESA (interrumpiéndole). Sancho, [no acabes.

¡Te comprendo muy bien, y el fin siniestro veo que das a mis delitos graves!

Ambos a dos tenemos en las venas sangre de maldición, sangre de hienas. Y

CONDE. ¡Dadme fuerzas, Señor!

CONDESA (con desprecio).

¡Y al cielo invocad! Necio, no van allí nuestras plegarias.

Sólo al infierno apadrinarnos toca nuestras culpas que alienta hereditarias.

CONDE. ¡Madre!

CONDESA. ¡Ay de mí! Que en la [desierta boca

se apagan los sentidos... Solitarias van mis ideas por la mente loca

girando... Sancho... mi secreto encierra. ¡No dejes tal baldón sobre la tierra!

(La condesa, que hablando así habrá ido

acercándose hacia la puerta de su habitación, entra en ella figurando caer desvanecida. El conde cierra las puertas.)

[SAN. (horrorizado).

¡Qué habéis hecho, señor! ¡Muertal!

CONDE (con fiereza). ¡Villano!

Si osas de Sancho murmurar tal mengua, voy a arrancarte con mi propia mano de la garganta villa la torpe lengua.

SAN. ¡Señor...!

CONDE. En casos por mi honor medidos, cree primero a mi honor que a tus sentidos. Vamos.

(Sancho queda a un lado humillado y sin moverse. El conde, contemplándole, dice:)

(Su miedo la ignorancia abulta. ¡Dichoso de él, que comprender no sabe que en nobles quepa lo que en él no cabel!)

(A Sancho.)

Sancho, ahora el moro.

ESCENA XII

EL CONDE

Y a pesar de todo en esa horrenda pócima no fio.

¡ay de mí y a creer no me acomodo

en las protestas del traidor judío.

¡Perdona si te trato de este modo,

madre, no culpes el intento mío,

y al contemplar tu suerte venidera,

piensa en la suerte que por ti me espera!

ESCENA XIII

EL CONDE; HISSEM, a quien conduce

SANCHO, que se marcha a una señal del conde.

(El conde y el árabe quedan un momento contemplándose con altivez.)

CONDE. Contemplándote estoy, y a [vueltas ando

¡vive Dios! con la saña que me inspiras y el desprecio que siento por tu bando.

HISS. No temo tu desprecio ni tus iras. Al árabe el horror nació contigo,

como el horror a tu nación, cristiano,
el día en que nací nació conmigo.

CONDE. ¡Aún te atreves a hablar, trai-
dor pagano!

¿Olvidas que me ha dicho esta mañana
en la gruta del viejo israelita
tu lengua misma tu traición villana?
¿Que tu presencia mi furor excita,
y que el recuerdo de tu ruín ultraje
tu sangre está pidiendo a mi coraje?

HISS. No receles que el miedo entre en
mi pecho:
contrario tuyo hasta el postrer suspiro,
cuanto osé contra ti doy por bien hecho,
¡Tú me desprecias! Yo también.

CONDE. Me espanta
el ver que en sólo un hombre caber puede
con tan grande traición audacia tanta.

HISS. Conde, a la tuya mi altivez no
cede:
Nunca esperé de ti más que ira y guerra;
no esperes más de mí que guerra e ira:
si ira a mi grey tu corazón encierra,
ira a tu grey mi corazón respira.

CONDE. Ira noble, ¡pardiez! guerra tan
sólo
digna de infieles cual vosotros: lucha
cobarde y baja, de traición y dolo.

HISS. Propia contigo de mi raza... escu-
cha.

No de esa ira vulgar que al fin se acalla,
sangre enemiga sin piedad vertiendo
en el ciego furor de una batalla,
no; más ansiaba mi furor tremendo.
Mi padre, mis hermanos, mis amigos,
cayeron al furor de tu cuchilla
en buena lid, cual nobles enemigos,
de cara a los pendones de Castilla.

Cuanto adoré me lo arrancó tu guerra;
padre, amor, amistad... y otra esperanza
no quedándome ya sobre la tierra,
abrasóme la sed de la venganza.
Velé, inquirí, maquinador y astuto;
a los reyes de Córdoba y Sevilla
de mi venganza interés en el fruto
y vengarles juré... con tu mancilla.

CONDE. ¡Traidor!
HISS. ¡Tú me desprecias! Oye ahora
u nto ha podido mi venganza mora.

En tu tierra y palacio introducido,
mirándote leal, franco, y valiente,
que ha de ser a tu orgullo, he deducido,
mayor venganza la que más te afrente,
Vi que te era el honor más que el sol caro,
y al de tu madre osé: vi que dejaste
en Burgos a tu padre sin arparar
cuando a su autoridad te rebelaste,
y a tu padre apresté sorda emboscada,
y en ti cayó la culpa de su muerte.

Tu gloria y tu virtud dejé manchada,
castellano feroz: escarnecerte
puede el vulgo en tu madre deshonorada,
y de tu padre en la sangrienta muerte.
Todo esto es obra mía. Sacia ahora
tu sed de sangre con mi sangre mora.

CONDE. Sí haré; mas antes enseñarte
quiero,

pues tu furor encomias, africano,
su limpio honor para guardar entero
lo que puede el furor de un castellano.
¿Te jactas de dejar en mi linaje
un inmundo borrón y en mi corona,
por robar el amor de una matrona
de mi estirpe real? ¿Tamaño ultraje
piensas que quede por su parte impune,
porque títulos mil en su persona
contra mi ley justísima reine?

Mientes, infiel: la gente venidera,
cuando ose recordar que fué liviana,
se espantarán de la venganza fiera
con que lavé mi estirpe soberana.
No: ni un testigo dejaré siquiera
que deshonne a la noble castellana.
Y quedará en la sombra más profunda
bajo otro crimen su pasión inmunda.
Mira.

(Abre el camarín y le muestra a la condesa.)

HISS. (espantado). ¡Tu madre!

CONDE. Sí; contempla ahora
con qué sed beberé tu sangre mora.
Sólo con ella mi baldón se lava;
mas no basta la tuya solamente,
africano traidor; en ti se acaba
mi indulgencia y piedad para tu gente.
Para nadie la habrá: no: esos dos reyes
que para mí te dieron credenciales,
al abrigo poniendo de mis leyes
de sus embajadores los puñales,

hoy me conocerán: Perros traidores,
que el campo abandonáis de las batallas
y pagáis asesinos vengadores
detrás de vuestras torres y murallas:
veo que a vuestros nobles vencedores
vuestro pavor servil no hallando vallas,
apresta una venganza más segura
envuelta en noche de traición oscura.
No he de olvidarlo: vuestra raza entera
la mancha blanqueará de esta mancilla;
Grajos viles, que espanta mi bandera,
son los reyes de Córdoba y Sevilla:
y yo haré con sus reinos una hoguera
a cuya luz, delante de Castilla,
irán como espantados jabalíes
al salvaje compás de sus *lelies*.
Infiel tengo de ser con los infieles:
vil he de ser con quien por vil me toma.
Sangre babrá: vuestros blancos alquiceles
rojos serán; y pues la guerra os doma,
pesebres han de ser de mis corceles
los profanos altares de Mahoma,
y las ricas doncellas africanas,
esclavas de mis pobres castellanás.
Moro, en prenda de guerra inextinguible,
voy a mandar tu tronco y tu cabeza
a esos reyes que dieron por posible
que ahogaras tú mi vida y mi grandeza.
Yo he reservado ese licor terrible
para tí; bebe, pues, y con fiereza
el cuello dobla de la muerte al yugo.
En Castilla no le hay; sé tu verdugo.

HISS. No es necesario que a morir me
[ayude

contra o con piedad ningún cristiano.
(Toma la copa.)

Mientes si piensas que al asirla dude
medroso el corazón, débil la mano:
no, que aún valor al corazón me acude
para decir, muriendo, a un castellano:
Ni quiero tu perdón, ni le merezco;
tu enemigo nací y aún te aborrezco.

(Bebe.)

CONDE. Digna de mejor causa es tu
[osadía.

¡Dios te la tome en cuenta! ¿Sancho?

ESCENA XIV

EL CONDE, HISSSEM, SANCHO

CONDE (a Sancho). Espera

que los ojos ese hombre cierre al día,
y guárdale allí dentro hasta que muera.

HISS. No he de tardar. A mi sepulcro
[guía:

me avergonzara que caer me viera:
no imaginara que en aquel momento
le imploraba perdón, falto de aliento.

ESCENA XV

EL CONDE

Mi deber con el mundo está ya lleno;
mas ¡ay! réstame aún mi sacrificio:
beber el cáliz del dolor ajeno,
levantarme yo mismo mi suplicio.

Esta tribulación pesa ¡oh Dios bueno!
en la balanza de tu eterno juicio;
y expíe mi desmán contra mi padre
la ofrenda colosal que hago a mi madre.

(Montero se presenta a la puerta del camarín donde metió a Hisssem: el conde, al verle, dice espantado.)

¡Sancho, tan pronto!

SAN. De expirar acaba.

CONDE. Me horrorizo mirando ¡si lo
[bebo!

el desastrado fin que me esperaba.
Bien hice; en calma la conciencia llevo.
Separados están: su fe lo estaba,
y un porvenir igual darles no debo;
no, obré cristiano: sin piedad le inmolé;
baje a la eternidad, mas baje solo.

Mas concluyamos de una vez: no quiero
dejar a la mitad tan grande bazaña,
que fuera necio: ayúdame, Montero.

(El conde y Montero sacan a la condesa desvanecida en un sillón. La colocan en la escena, y el conde abre el camarín en que encerró al judío.)

ESCENA XVI

EL CONDE, LA CONDESA, SIMUEL
BENJAMÍN, SANCHO

CONDE (al judío).

Vamos, judío, de tu ciencia extraña
el poder misterioso manifiesta.

SIM. Paso me hace, mi mano está
[dispuesta.

(El judío se acerca a la condesa, y sacando
de una bolsita de piel una pequeña redoma,
se la aplica al olfato. El conde y
Sancho lo contemplan con ansiedad.)

Dejadla reponer muy poco a poco;
la excitación en su cerebro loco
de violenta impresión, será funesta.

CONDE. ¡Oh, vuelvel

SIM. Sí; respira; en grato sueño
reposaba, y si el tiempo que la espera
no ha de ser tan tranquilo y halagüeño...

CONDESA. ¡Ay!

CONDE. Silencio, rabino; todos fuera.
(Sancho Montero y el judío salen por la
puerta del fondo. El conde se aparta a un
lado de la escena, y la condesa empieza a
volver en sí.)

ESCENA XVII

EL CONDE, LA CONDESA

CONDESA. ¿Dónde estoy? ¿Quién me
[turba mi reposo?

En deliciosa paz soñando estaba,
y ¡ay de mí! ¡Con qué sueño tan hermoso
mi apesadado espíritu gozaba!

- *Sueño de luz, de calma y de ventura,
- *con encantada música arrullado,
- *de cielo azul a la influencia pura
- *por perfumadas áureas oreado.
- *¡Cuán odioso es volver tras este sueño
- *a la verdad de la azorosa vida!
- *Mas... ¡qué recuerdo...! ¡Sí, con torvo ceño
- *le sombreó visión descolorida!
- *La ví a lo lejos, sí, los resplandores
- *cruzar del horizonte luminoso

*fijando en mí sus ojos vengadores;
*los ojos ¡ay! del hijo y del esposo.
Mas ya desapareció.
(Se va a volver, y ve la mesa con las
copas, etc.)

¡Cielos! ¡Qué miro!
Esa mesa... esa copa... (La mira.) ¡Está
[vacía!
Le habrá costado hasta el postrer suspiro,
¡Infeliz! ¡Hijo mío!
(Al volverse del otro lado, encuentra a don
Sancho, que la tiende los brazos.)

CONDE. ¡Madre mía!

CONDESA. ¡Sancho!

CONDE. ¡Madre, perdón! Si a
[tanto he osado,
en el libro de Dios estaba escrito.

CONDESA. ¡Pero esa copa... (Con afán.)

CONDE. La apuré el culpado;
la tumba guarda ya vuestro delito.
Mirad.

(La muestra el cuarto en que se supone
que yace Hissem.)

CONDESA. ¡Gran Dios!

CONDE. Él es: él, que os vendía
de torpe amor bajo el impuro velo,
y a vuestra perdición os conducía.

CONDESA. ¡Ah! ¡No lo mientes ya!

CONDE. No, madre mía.

Yo juzgo su traición; su amor, el cielo.
CONDESA. Gracias, Sancho: aunque lá-
[grimas me cuesta,
no volverle a encontrar quiero en el mundo
que me arrastraba su pasión funesta.

CONDE. Guardadlo en el silencio más
[profundo,
madre, y romped ese padrón infame.
(La da el pliego que Sancho quitó a
Hissem.)

de vuestro deshonor: ya no hay ahora
quien esa prueba contra vos reclame.

CONDESA. ¡Hijo mío!

CONDE. Y oíd, madre y señora,
que pronto es fuerza que el clarín me lla-
[me

para salir contra la hueste mora;
y antes, de mi cariño daros quiero
la última prueba, y el adiós postrero.
Si habéis manchado vuestro honor liviana,

fea fragilidad en vos ha sido, mas carga fué de nuestra raza humana y frágiles al mundo hemos venido; mas decir que una noble castellana quiso al hijo matar de ella nacido, no ha de poder el mundo, madre mía, mientras ayude Dios a Don García.

Expuesto al vulgo su cadáver frío a mis puertas será: tumba mentida tendréis vos, y ese crimen será mío. Sí, de Oña en los peñascos escondida, monasterio fundad triste y sombrío do el funeral os rezarán en vida; mas circunde ese santo monasterio siniestro y espesísimo misterio. Créale todo el mundo, alucinado, como eterna señal expiatoria, sobre el sepulcro vuestro levantado de un parricida vil torpe memoria. Mas antes que el sepulcro el templo alzado, penitente vivid: mienta la historia, y antes que vuestro honor por mí sucum-

[ba, ábrase al mío deshonrada tumba.
CONDESA. ¡Tú! ¿Tú arrostrar de mi [pasión funesta la deshonra? Jamás. Morir prefiero.

CONDE. Madre, no recordéis lo que me [cuesta tamaña abnegación; mas yo lo quiero. Vuestro hijo soy, mi obligación es esta, y obraré como cumple a un caballero: sabré, aunque el mundo me acrimine un [día,

que hijo fué para vos Sancho García. Ni una palabra más, madre, ni una. Partid: gloria y honor os sacrificio, y puede una palabra inoportuna hacerme vacilar: qué es don muy rico el que la gloria y el honor aduna. Montero irá con vos, os lo suplico; y en la próxima noche idos segura con gente fiel y con la niebla oscura.

CONDESA. Sí, Sancho, partiré desde [esta hora a socavar mi funerario lecho donde yacer en paz; mas que tu pecho no me guarde rencor.

CONDE. Nunca, señora.

CONDESA. Yo, de mi celda en el recinto [estrecho, del Dios que escucha a quien con fe le im- [plora atraeré sobre ti y sobre tu gente la excelsa bendición omnipotente. ¡Adiós! (Se abrazan.)

CONDE (llevándola y deteniéndola en el dintel de la puerta).

Id, y si os llevan algún día mi cadáver envuelto en mi bandera, sobre el sangriento tronco ¡madre mía! derramada una lágrima siquiera. Y al grabar en mi losa: «Aquí García», decid sobre ella por la vez postrera: «Caballero murió, murió inocente. Yo vivo aún, y el universo miente.»

DRIGUEZ ESCENA XVIII

EL CONDE

Como quien soy cumplí: ya estoy tran- [quilo.

En buen hora los siglos engañados mi historia cuenten con airado estilo: mi nombre y mi valor sean mirados con horror en buen hora: no vacilo. No es mío el crimen con que van man- [chados,

y ese borrón que empaña mi memoria, en mi tumba será *Sol* de mi gloria. A ella osarán con lenguas fementidas las almas ruines al valor extrañas, mas saldrán a dejarlas desmentidas las legiones que dejan mis campañas en Osma y en Sepúlveda tendidas. Sí; yo cuento mis días por hazañas, y descender a mi sepulcro puedo a desleal posteridad sin miedo.

(Llamando.)

¡Sancho!

ESCENA ÚLTIMA

EL CONDE, SANCHO

SAN. ¡Señor?

CONDE. ¡Mi lanza y mi caballo!

EL PUÑAL DEL GODO

DRAMA EN UN ACTO 14

A MI BUEN AMIGO

DON TOMÁS RODRÍGUEZ RUBÍ

A ti, que sabes la historia y origen de este juguete, y el escaso tiempo que se me dió para escribirle, te le dedico ahora que le doy a luz; porque, escudado con tu nombre, serán acaso mejor disimulados los muchos defectos inherentes a una obra escrita por apuesta en determinado número de horas.

No atiendas, pues, a su poco valor, sino al buen recuerdo que con ella te consagra tu amigo,

Madrid, 20 de diciembre de 1842.

PERSONAS

DON RODRIGO,
EL CONDE DON JULIÁN.

TEUDIA, noble godo
ROMANO, monje eremita.

La escena pasa en la soledad de Pederneira, monte de San Miguel, cerca de la ciudad de Viseo, en Portugal, la noche del día 9 de septiembre de 719.

ACTO ÚNICO

Interior de la cabaña o ermita del monje Romano, sostenida en su centro por un pilar de madera o tronco de árbol, a cuyo pie hay dos asientos. A la derecha, una pequeña hoguera colocada bajo un respiradero que da salida al humo. Asientos groseros por la escena. Puerta a la izquierda que da a otra habitación que se supone en la cabaña. Puerta en el fondo, abierta la cual se verá monte, al resplandor de los relámpagos. Al levantarse el telón se ve su claridad por las junturas, y se oye tronar a lo lejos. La hoguera y una tea alumbran la escena.

ESCENA PRIMERA

El monje ROMANO, a la tumbra

¡Qué tormenta nos amaga!
¡Qué noche, válgame el cielo!
Y esta tumbra se me apaga...
¡Si está llovisnando hielo!
¡Cuán grande a Dios se concibe
en aquesta soledad!
¿De quién, sino de *El*, recibe

su aliento la tempestad?
 ¿Cúyo es el terrible acento
 y el fulgor que centellea
 cuando zumba airado el viento
 y el zenit relampaguea?
 ¿Quién peñas y árboles hiende
 con la centella veloz,
 como segador que tiende
 las espigas con su hoz?
 ¿Quién sino Dios, que se asienta
 sobre las nubes sereno,
 cuando de las nubes revienta
 el fragor del ronco trueno?
 Señor, que de las alturas
 de tu omnipotencia, ves
 a tus pobres criaturas
 que se arrastran a tus pies:
 detén, Dios bueno, tus iras,
 detén tu justo furor,
 si justa saña respiras
 contra la obra de tu amor.
 Pudiste en un punto hacerla,
 y tu inmensa potestad
 puede en otro deshacerla,
 si tal es su voluntad;
 mas considera, Dios mío,
 que vas a igualar así
 al que te se aparta impío
 y al que se postra ante ti.

(Un momento de pausa.)

Mas tanto tardar me extraña,
 y estoy temiendo por él...
 ¿Por qué deja la cabaña
 en una tarde tan cruel?
 ¡Válgame la Virgen Santa!
 Si a espesar la lluvia empieza,
 ¿cómo con segura planta
 podrá subir la aspereza
 de esa desigual garganta
 por do la senda endereza?
 ¡Infeliz! ¡Cuánto en el mundo
 lleva sin duda sufridó!
 ¡Cuánto es su dolor profundo,
 y cuánto está arrepentido!
 Mas siento pasos... parece

(Abre y dice afuera.)

que llega ya... Entrad ligero,
 que la tempestad acrece.

ESCENA II

ROMANO; TEUDIA, embozado

TEUD. Gracias.

ROM. ¿Mas quién se guarece
 de esta choza?

TEUD. Un caballero.

(Entra Teudia y se desemboza. Quedan mirándose un momento.)

Sorprendido os hais quedado.

¿Qué es lo que tenéis, buen hombre?

ROM. ¿Y no queréis que me asombre
 de que hayáis aquí llegado?

TEUD. En verdad que es aprensión
 tener, como una cigüeña,
 en la punta de esta peña
 un hombre su habitación.

ROM. Mis votos me retrajeron
 a esta triste soledad.

TEUD. ¡Monje sois! Oh, perdonad
 mis palabras, si os pudieron
 ofender.

ROM. No, en modo alguno.
 Acógime a esta montaña,
 sin creer que gente extraña
 me hallara en tiempo ninguno.

TEUD. Si os estorbo...

ROM. (interrumpiéndole). ¡Aparte Dios
 tal pensamiento de mí!
 Contento os tendré yo aquí
 como estéis contento vos.

TEUD. Yo estaré siempre contento,
 que mil noches he pasado
 peor acondicionado
 en mitad del campamento.

ROM. ¿Soldado sois?

TEUD. Helo sido;
 porque salí de mi tierra.

ROM. ¿Os cansaba ya la guerra?

TEUD. No; pero nos han vencido,
 merced a infames traidores,
 y evito la suerte, huyendo,
 de vivir esclavo siendo
 de mis fieros vencedores.

ROM. Mas huir...

TEUD. Téngase, anciano:
 contra ellos se alzó bandera,
 y yo voy adonde quiera

que la defienda un cristiano.
Pero fatigado estoy:
¿tenéis algo que cenar?

ROM. Fruta seca os puedo dar:
no os regalo.

TEUD. Sobrio soy.
(Romano le pone delante algunas frutas
y una vasija con agua. Teudía come
y bebe.)

ROM. Ea, pues, tomad, sentaos.
Dadme la capa, os la cuelgo.

TEUD. Que así me tratéis me huelgo;
mas yo...

ROM. No, vos calentaos,
que bien lo necesitáis.

TEUD. Buen viejo, por Dios que sí.
(Romano mira a la parte de afuera, te-
niendo abierta la puerta.)

Pero, ¿qué hacéis, ipese a mí!
que esa puerta no cerráis?
¿No veis que empieza a llover
y el aire no hay quien resista?

ROM. Eso es lo que me constrieta.

TEUD. ¿Pues qué nos da que temer?

ROM. Nada; por un compañero
siento en verdad pesadumbre.

TEUD. ¿Fuera está?

ROM. Sí.

TEUD. Ya costumbre
tendrá en ese ruin sendero.

ROM. ¡Ay infeliz! No lo sé.
Dios en sus pies ponga tino.

TEUD. ¿Pues no conoce el camino?

ROM. No siempre.

TEUD. Torpe es a fe.

ROM. Hablad de él con más respeto,
que aunque es hoy bien desdichado,

hombre es que no fué criado
de inectivas para objeto.

TEUD. Perdonad.

ROM. De ello no hablemos;
sabello, que no es de más.

TEUD. Si es que me juzgáis quizás
fútil, descender podemos

a ayudarle.

ROM. No es preciso,
que todo el auxilio humano

le fuera ofrecido en vano;
mas estemos sobre aviso.

(Va a la puerta otra vez.)

TEUD. (¡Si equivocado me habré
y a caer habré venido

en la cueva de un bandido!
Veamos.) ¿Buen viejo?

ROM. (volviendo a la escena). ¿Qué?

TEUD. Yo, como soldado, soy
algo hablador y curioso.

Decidme, pues, si enojoso
con mis preguntas no estoy:

puesto que es un compañero
ese hombre a quien aguardáis,

¿por qué recelando estáis
que no dé con el sendero?

ROM. Porque es capaz por sí mismo,
si su demencia le apura,

de abrirse la sepultura
en el fondo de ese abismo.

TEUD. ¡Jesús! ¿La mente le falta?

ROM. De lo pasado el recuerdo
le pone tan sin acuerdo,

que algunas veces le asalta
una fiebre tan cruel,

un delirio tan insano,
que no halla remedio humano

que pueda acabar con él.
Y aunque, o engañado estoy,

o ningún acceso extraño
le ha acometido hace un año,

me temo que le dé hoy.

TEUD. ¿Y sabe de él la razón?

ROM. Guarda un silencio profundo
de lo que le hizo en el mundo

tan íntima sensación.

TEUD. Picáis mi curiosidad;
de historia debe ser hombre.

ROM. Me ha callado hasta su nombre.

TEUD. Padre, ¿os burláis?

ROM. No, en verdad;
cinco años hace que vino

a demandarme asistencia
en una grave dolencia,
y estubo a morir vecino.
Mas sanó al fin, y tornar
no quiso al mundo otra vez,
viviendo en esta estrechez
con una vida ejemplar.

¡Oh! Si él su perdón no alcanza
con vida tan penitente,
no sé quién sea el viviente
que de ello tenga esperanza.

TEUD. ¿Mas no decís que está loco?

ROM. Dejóle su enfermedad
extrema debilidad
que birió su cerebro un poco.

Y cuando en algún acceso
el desdichado no entra,
es un hombre en quien se encuentra
mucho valor, mucho seso;
mas cuando el mal le acomete,
¡oh! entonces es extremado.

TEUD. ¿Pero nunca os ha contado?

ROM. Jamás; y si se le mete
conversación de su historia,
según que tiembla y se espanta,
parece que se levanta
un espectro en su memoria;

TEUD. ¡Es bravo caso, a fe mía,
y que atención me merece!
¿Y en qué da cuando enloquece?

ROM. En una horrible manía.
Tiene consigo una daga
que jamás del cinto quita,
y dice que está maldita,
y que a su existencia amaga;
y en su demencia al entrar,
exclama con gran pavor:

«Creo ese puñal traidor,
con ese, me ha de matar.»

TEUD. ¡Raro es por Dios! ¿Y conviene
con período o día alguno
fijo su mal?

ROM. Hoy es uno;
el más terrible que tiene.

TEUD. ¡Hoy!

ROM. Por eso es mi recelo
mayor.

TEUD. ¿Sabéis si ese hombre es
de esta tierra?

ROM. ¿Portugués?

TEUD. ¡Por el cielo,
que a ser español, podría
su demencia comprender!

ROM. Pero ¿qué tiene que ver
ese mal con este día?

TEUD. ¡Hoy es un día de hiel,
de luto y baldón y saña
para la infeliz Española!

Y ¡ay de quien fué causa de él!
Mas hablemos de otra cosa.
¿Vos sois portugués?

ROM. Sí soy;
mas once años ha que estoy
morando aquí.

TEUD. ¿Y no os acosa
el deseo de saber
lo que por el mundo pasa?

ROM. Díome el dolor tan sin tasa
y con tal tasa el placer
ese mundo que mentáis,
que los días de mis años
conté en él por desengaños
y huyo de él.

TEUD. Y lo acertáis,
ROM. Mas callad... oigo rumor
en la maleza. ¿Quién va?

ROD. (dentro). Yo, hermano

TEUD. ¿Es él?

ROM. Aquí está.

ESCENA III

ROMANO, TEUDIA; DON RODRIGO, en-
vuelto en una especie de clámide larga
y entrando distraído como meditando.

ROM. Me habíais puesto en temor.
(A don Rodrigo.)

ROD. Gracias.

ROM. ¿Os perdisteis?

ROD. No.

ROM. ¿Visteis el nublado?

ROD. Sí.

ROM. ¿Y dónde ibais?

ROD. ¡Qué sé yo!

ROM. Traeréis frío.

ROD. Así, así.

ROM. Calentaos, pues.

ROD. Si haré.

(Al acercarse al fuego ve a Teudía que
escucha vuelto de espaldas a ellos.)

ROD. (aparte a Romano).

¿Pero quién con vos está?

ROM. Un viajero, que poco ha
llegó aquí.

ROD. ¿Quién es?

ROM. No sé.

ROD. No os fiéis de ningún hombre.

La doblez y la traición
abriga en el corazón
el de más prez y más nombre.

ROM. Mas ved...

ROD. Yo sé lo que digo;
preguntadle el suyo a ese,
y veré, mal que le pese,
si es amigo o enemigo.

ROM. De nosotros, ¿y por qué?

¿A quién jamás ofendimos?

ROD. Todos, padre, delinquimos;
ved de hablarle.

ROM. Sí que haré.

TEUD. (No me gusta ese misterio
con que platican los dos.

Estaré alerta, por Dios,
que puede ser lance serio.)

(Don Rodrigo va hacia el fuego, y aparta
a Taudia para poner su banquillo.)

ROD. (a Taudia).

Haceos, buen hombre, allá.

TEUD. (Pues gasta gran cortesía.)

ROM. (aparte a Taudia).

Quiere ese sitio, es manía.

TEUD. Bien hace; en su casa está.

(Mas ahora que bien le miro,

no es esta la vez primera

que he visto esa faz severa...

¡Gran Dios! ¡Qué ideal!... ¡Eh, deliro!

(Un espacio de silencio.)

ROM. (a Teudia). Callado estáis.

TEUD. ¿Qué queréis!

¿De qué os tengo yo de hablar?

ROM. ¿Una historia no sabéis
que podernos relatar?

TEUD. Sé tantas, que duraría
mi relato un año entero;

mas hoy mentarlas no quiero,
que es para mí aciago día.

ROD. (con viveza y aire sombrío).

También para mí lo es.

TEUD. (idem). Y para todo español
lo será mientras el sol
alumbre.

ROD. (agitado). Decidme, pues.
¿Conque es hoy un día aciago
para España?

TEUD. ¡Sí, por Dios!

Qué, ¿no ha llegado hasta vos
la noticia de ese estrago?

ROM. (queriendo interrumpirle).
En este desierto hundidos...

ROD. (interrumpiéndole).

Dejadle, ¡pese a mi estrellal (A Romano.)
Dejadle que me hable de ella
aunque hiera mis oídos.

¿Habéis en España estado? (A Teudia.)

TEUD. Bajo su cielo he nacido.

ROD. ¡Ay! Nacer os ha cabido
en país bien desdichado.

¿Qué pasa hoy en él?

TEUD. ¿Qué pasa?

Presa es de gente salvaje,
a quien rinde vasallaje
y que la suela y la arrasa.

Por dar entrada en su pecho
a una venganza de amor,
ha abierto un conde traidor
a los moros el estrecho.

ROD. Obró bien villanamente,
sí; ¡tómele Dios en cuenta
a su rey tan torpe afrenta,
tan gran traición a su gente!

TEUD. Dicen que audaz le ultrajó
en su hija el rey don Rodrigo.

ROD. Mas si era el rey su enemigo,
no lo era su reino, no.

TEUD. Con moros hizo su flete,
y hoy hace años que en Jerez
se ahogó España de una vez
en el turbio Guadalete.

ROD. Sí, allí lo perdimos todo;
debajo de su corriente
yace vergonzosamente
la gloria del reino godo.

¡Maldito quien fué concordia
con los árabes a hacer,
y maldita la mujer
ocasión de la discordia!

TEUD. ¡Sabéis esa historia!

ROD. Sí.

(Creciendo el interés en ambos.)
Y me prensa el corazón.

TEUD. También a mí.
 ROD. Y con razón.
 TEUD. Sí, que su víctima fui.
 ROD. Yo también.
 TEUD. ¿Sois vos de España?
 ROD. (reservándose de repente y con sequedad.)

No lo sé.

TEUD. (afanoso). Vos...
 ROD. Basta ya.
 TEUD. No, que atenazando está mi memoria idea extraña...
 Yo en Guadalete me hallé.

ROD. ¿Conmigo?
 TEUD. ¿Con vos? ¡Dios mío!
 Hundirse le vi en el río,
 y a ayudarle me arrojé;
 pero ya no le vi más.

ROD. ¡Teudial!
 TEUD. ¿Señor?
 (Queriendo arrodillarse.)

ROD. ¡Alza, necio.
 Del mundo soy ya desprecio.
 TEUD. Pero de Teudia, jamás.
 ROD. Padre, un escaso momento dejadnos solos.

ROM. (a Teudia). Por Dios,
 no le excitéis mucho vos.
 TEUD. Descuidad: de su contento no son excesos extraños,
 que somos amigos viejos,
 y de nuestra patria lejos nos vemos, tras largos años.

(Romano entra en el interior de la cabaña por la izquierda.)

ESCENA IV

DON RODRIGO, TEUDIA. (Lluév.)

ROD. Háblame de mi España, Teudia
 háblame de ella tú, que fuiste el solo
 en quien traición tan fea no halló abrigo,
 en quien tu pobre rey no encontró dolo.
 Dime, ¿conserva aún el pueblo hispano
 recuerdo alguno de la antigua gloria?
 ¿Qué piensa del vencido soberano?
 Teudia, ¿qué sitio ocupa en su memoria?

TEUD. No me lo preguntéis.
 ROD. ¡Ah! Te comprendo;
 me culpa sólo a mí.

TEUD. Sois el vencido,
 ROD. Desengaño es a un rey duro y
 [tremendo.]

¿Conque sólo me dan?...
 TEUD. Mengua u olvido.
 Mas basta ya, que vuestro afán entiendo.
 ¿Y cómo os hallo aquí?

ROD. Triste es mi historia,
 Teudia.

TEUD. Y la mía.
 ROD. Y yo ¿cómo te hallo?
 TEUD. Huyendo de los moros.
 ROD. ¿La victoria
 llevan?

TEUD. Ya es nuestro pueblo su vasallo.
 ROD. ¡Tierra infeliz!
 TEUD. Sí, a fe. Toda la ocupan
 esos infieles ya.

ROD. ¿Ya nada resta?
 TEUD. Un rincón en Asturias, do se
 [agrupan
 los que escaparon de la lid funesta.]

ROD. ¿Pero podrán allí?...
 TEUD. No pueden nada,
 por más que, de ira y de venganza rayo,
 levantó su pendón con alma osada
 vuestro valiente primo don Pelayo.

ROD. ¿Y mis nobles con él?
 TEUD. No, no hay ninguno.
 ROD. ¿Ninguno dices?
 TEUD. Perecieron todos
 a manos de los moros uno a uno.

ROD. ¿Qué resta, pues, de los ilustres
 [godos?]

TEUD. Vos y yo nada más; porque no
 [cuento
 al que con vil traición nos ha vendido.]

ROD. ¿Aún vive don Julián?
 TEUD. Para escarmiento
 de los que a sus contrarios han servido.

ROD. ¡Vive! ¿Y que es ora de él?
 TEUD. En una torre
 estuvo largo tiempo, mas con maña
 huyó de allí... Su estrella le socorre.

ROD. Sí, sí; mi estrella, tan fatal a
 [España.]

¡Ay! Bien mi corazón me lo decía:

su estrella marcha con la estrella mía!

TEUD. ¿Qué es lo que habláis, señor?

ROD. Es mi secreto.

No para ti, de mi amistad objeto.

Es agüero fatal, que a fin terrible

de mi existencia el término ha sujeto.

TEUD. ¡Y en agüeros creéis! Es impos-

[sible.

ROD. Teudía, son los destinos cele-

[stiales

inmutables, y es justo su castigo

para los que han causado tantos males

en la tierra cual yo.

TEUD. Soñáis, os digo.

El noble osado que su suerte afronta,

hace cejar a su enemiga suerte,

o halla tranquilidad segura y pronta

en el reposo de gloriosa muerte.

Eso es superstición.

ROD. Ya yo sabía

que el necio mundo así lo llamaría.

¡Mas ¡ay! que es la verdad!

TEUD. Y a ese villano...

ROD. El cielo, de los godos enemigo,

para que acabe al fin, guarda su mano

con todos de una vez dando conmigo.

TEUD. ¡Ay, si yo doy con él! En la

[frontera

le perdí.

ROD. ¿Le seguías?

TEUD. Desde el día

que vi frente a las nuestras su bandera,

vengar de ello juré a la patria mía.

Y de soldado suyo disfrazado,

de aventurero ya, ya de mendigo,

fui su sombra doquier, doquier he estado

de él en acecho, y la traición conmigo.

Mas un poder oculto le defiende;

jamás en ocasión hallarme pude.

ROD. En vano, si, tu lealtad pretende

que el cielo en ello vengador te ayude.

TEUD. ¡Ay, si me vuelvo a ver sobre

[su huella.

¡Ay si algún día mi furor le alcanzá!

No ha de valerle contra mí su estrella.

Será, como él, traidora mi venganza.

ROD. No, Teudía, es imposible... Inútil

[brío.

Oye, y esta conserva en tu memoria
página triste de mi triste historia.

Al salir de las aguas de aquel río
do me visteis caer sin la victoria,

y en cuya agua se hundió cuando fué mío,
abandoné el caballo y la armadura,

cambié con un pastor mi vestidura,
y con todo el pesar del vencimiento,

despechado me entré por la espesura,
cual de esperanzas ya, falto de aliento.

¡Cuánto, Teudía, sufrí! Triste, perdido,
de mi reino crucé por las llanuras

en hambre y soledad, como un bandido
que huyendo de la ley camina a oscuras.

Era la hora en que la luz se hundía
tras las montañas, y la niebla densa

por todo el ancho de la selva umbría
iba tendiendo su cortina inmensa.

Con el cansancio y el temor y el duelo,
fiebre traidora me abrasaba ardiente,

sin ver dónde acudir en aquel suelo
en que nunca tal vez habitó gente.

Cuanto con más esfuerzos avanzaba,
viendo si al llano por doquier salía,

mas la selva a mis pasos se cerraba,
mas en la negra soledad me hundía.

Un vértigo infernal apoderóse
de mi alma... y sin luz, y sin camino,

a mi exaltada mente presentóse
toda la realidad de mi destino.

Rey sin vasallos, sin amigos hombre,
en mi raza extinguido el reino godo,

sin esperanza, sin honor, sin nombre,
perdido, Teudía, para siempre todo.

¡Cuán odioso me vil! Despavorido
a pedir empecé con grandes voces

auxilio en el desierto, mas perdido
fué mi acento en las ráfagas veloces

a expirar en los senos del espacio...
y a impulso entonces del furor interno,

maldiciendo mi estirpe y mi palacio,
con sacrilega voz llamé al infierno.

TEUD. ¡Cielos!

ROD. Y él me acudió: sulfúrea lumbre
rauda encendió relámpago brillante,

y en mi pecho siniestra incertidumbre.
Sentí algo junto a mí, miré un instante,

y a la sulfúrea luz, monje sombrío
a mi lado pasó, y a su presencia

tembló mi corazón, cedió mi brío.
Pedíle amparo, mas fatal sentencia
me fulminó diciendo: «¡Vaya, impío,
que él, a quien deshonró tu incontinencia,
vendrá de crimen y vergüenza lleno,
con tu mismo puñal a hendir tu seno!»
Dijo: y por entre la niebla arrebatado
huyó el fantasma y me dejó aterrado.

TEUD. Sueño vuestro, fantasmas pere-
grino
[grino
fué de la calentura abrasadora.

ROD. No, Teudia; voz de mi fatal des-
tino.

Mientras ese hombre esté sobre la tierra,
Teudia, no hay para mí paz ni reposo:
doquiera el paso sin piedad me cierra
ese espectro, a mi raza peligroso
¿Ves el puñal que cuelga en mi cintura?
Con él me ha de matar, es mi destino;
Teudia, no hay tierra para mí segura;
ese hombre ha de bajar por mi camino.

TEUD. ¡Y eso creéis!... Calládselo a la
gente,

y toleradme en paz esta franqueza.
Mas vuestra vida austera y penitente
amenguó de vuestra alma la grandeza
y amenguó la razón de vuestra mente.

ROD. Tiene en mi corazón sacro pres-
tigio,

Teudia, te lo confieso, y me amedrenta
aquella predicción y aquel prodigio.

TEUD. ¡Prodigio lo llamáis! ¿Y no os
tan vil superstición?

ROD. Sea en buen hora,

mas creo en ella; a ser fascinadora
de la mente aprensión, desapareciera
con el tiempo; el ayuno y el cilicio
arrancado a la mente se la hubiera.

TEUD. La arrancara mejor trompa gue-
rrera

y de la lid revuelta el ejercicio.
Eso cumple mejor a vuestra raza;
en vez de esta cabaña y ese sayo,
la blanca tienda y la ferrada maza
y el bruto cordobés, hijo del rayo.
Sí; mientras viva Teudia y por amigo
queráis tenerle, con bizarro alarde
os dirá, de la paz siempre enemigo,
que el noble que no lidia es un cobarde.

ROD. ¡Traidor!
TEUD. ¡Holah! Vuestra alma se

[despierta
a la voz del honor; así os quería:
veo que aún vuestra sangre no está muer-

[ta
y alienta el corazón con hidalgua.
Escuchadme, señor, y ved despacio
el peso y la razón de lo que os digo,
que es mengua, sí, que quien nació en

[palacio
aguarde con pavor a su enemigo.

Perdido estáis, sin esperanza alguna;
no hay para vos ni fuerza ni derecho;
no hay para vos ni gente ni fortuna:
el moro vuestro ejército ha deshecho
y atropelló a la cruz la media luna;
mas hay un corazón en vuestro pecho
que a vuestro antiguo honor cuentas de-

[mande,
y un corazón de rey debe ser grande.

Si a las manos morir es vuestro sino
de ese conde traidor que nos vendiera,
la mitad evitadle del camino,
tras él saliendo con audacia fiera.

Provocad con valor vuestro destino;
con él trabaos en la lid postrera,
y arrostrad ese sino que os espanta,
vuestro puñal hundiendo en su garganta.
Ya no tenéis ni ejércitos ni enseñas;
mas os resta un amigo y un vasallo,
y las lunas del mundo no son dueñas,
ni es de la suerte irrevocable el fallo.

Dejad, pues, el misterio de estas breñas;
asíes de una lanza y un caballo,
y con caballo y lanza, y yo escudero,
si no podéis ser rey, sed caballero.

ROD. Basta, Teudia; ese bélico len-
guaje

cumple a los corazones bien nacidos,
y en el mío despiertan el coraje
de tus fieras palabras los sonidos.
Sangre me pide mi sangriento ultraje,
sangre mis tercios en Jerez vencidos.
Teudia, tienes razón: de cualquier modo,
morir me cumple cual monarca godo.
Sí; ya a mi olfato y mis oídos siento
que trae el aura que las tiendas mece,
el militar olor del campamento

y el clamor de la lid que se embravece,
y del clarín agudo el limpio acento
que a los nobles caballos estremece;
y esa guerrera y bárbara armonía,
la prez me torna de la estirpe mía.
Indigna es de un monarca y de un gue-

rrero
esta debilidad que me avergüenza;
de mi superstición réfrime quiero;
no quiero, Teudia, que el pavor me venza.

TEUD. Dos sendas hay, y por cual-
quiera os sigo;
buscar al conde y perecer vengado,
o guareceros del pendón amigo
y acabar con honor como soldado.

ROD. Cumple eso más al corazón que
[abrigo:
Teudia, olvidémos de lo pasado,
y en la desgracia, de rencor ajenos,
bajemos a la tumba de los buenos.
Esta arma vil que a mi existencia amaga
quédese aquí después de mi partida,
(Clava el puñal en el poste que sostiene
la choza.)

y quede en este tronco, con mi daga,
enclavado el misterio de mi vida.
¿Dices que ha levantado en la montaña
pendón un noble, de venganza rayo?
Pues bien, ¿qué hacemos en la tierra ex-
traña?

¡Lejos de mí mi penitente sayo!
Vamos, Teudia, a lidiar por nuestra Es-
paña
y a triunfar o caer con don Pelayo:
no diga nunca el mundo venidero
que ni supe ser rey, ni caballero.

TEUD. ¡Ahora os conozco, vive Dios!
ROD. [Mañana
partiremos a Asturias.

TEUD. Franco paso
nos dará el Portugal que nos dió asilo.
ROD. Hasta mañana, pues; duérme
[tranquilo.

Duerme, Teudia.
TEUD. ¡Señor, velando acaso
vais a quedar mi sueño!

ROD. Desde ahora
no hay de los dos segundo ni primero.

TEUD. Señor...

ROD. Déjame solo hasta la aurora;
pues no soy más que un pobre aventurero.
seré, en vez de tu rey, tu compañero.
(Vase Teudia al aposento contiguo de la
izquierda.)

ESCENA V

DON RODRIGO

Bien dice ese leal. Más vale al cabo
caer en una lid por causa extraña,
que, de servil superstición esclavo,
llorar imbécil la perdida España.
Saldré otra vez al agitado mundo
con mi contraria suerte por herencia,
velando en el misterio más profundo
el secreto fatal de mi existencia.
Nada soy, nada tengo, nada espero;
encerrado desde hoy en mi armadura,
seré en mi propia causa aventurero
sin esperar jamás prez ni ventura.
Mas al caer lidiando en la campaña,
al pueblo diga mi sangrienta huella:
«Ved: si no supo defender a España,
supo a lo menos sucumbir por ella.»
Mas ¡ay triste de mí! Mi pueblo mismo,
que me tiene en horror, con frío encono
me verá descender hacia el abismo
como me ha visto descender del trono.
Sí, aplaudiendo tal vez mi sino adverso...
Y todo es obra tuya, ¡conde infame!
Por ti desprecio soy del universo:
fuerza es que sangre nuestra se derrame.
(Viendo el puñal.)

¡Mas, Dios santo, ahí estás! Húyeme,
[aparta,
sueño fascinador, que esquivo en vano.
Nunca de sangre de los godos harta,
esta daga fatal busca una mano.
La de una de ambos... tigre vengativo,
ser exterminador de mi familia;
uno sólo de entrambos quede vivo,
veamos el infierno a quién auxilia;
Mi razón, mi creencia lo repele;
mas nunca echar de mí puedo esta idea;
ese día fatal ¡oh infierno! impele;
tráenosle de una vez, y pronto sea,
Vértigo horrible el corazón me acosa,

sed de su sangre el corazón me irrita...
O huye por siempre, pesadilla odiosa,
o ante mis ojos ven, sombra precital
(*Ábrese la puerta con impetu, y al par
que ilumina el fondo un relámpago, entra
en la escena el conde don Julián.*)

ESCENA VI

DON RODRIGO, EL CONDE

CONDE. Gracias al diablo que llegué a
[la cumbre.

ROD. ¿Quién es? ¿Dó va? ¿Qué busca?
[¿Quién le trae?

CONDE. ¡Rápido preguntar! Mas si es
[costumbre,
oid. Un hombre, a Portugal, y lumbré
para secarme del turbión que cae.
¿Hay más que preguntar?

ROD. Mal humor gastá.

CONDE. Lo mismo que pregunta le res-
[pondo.

¿Tiene algo que cenar?
ROD. Nada.

CONDE. Pues basta.
La cuestión por mi parte ha dado fondo.
(*Se sienta con calma a la lumbré.*)

ROD. Desatento venís donde os alojan.

CONDE. Pues sin brindarme vos yo me
[aparezco,
y esos nublados hasta aquí me arrojan,
ni vos me la ofrecéis, ni os la agradezco.

ROD. ¡Me obliga, por mi fe, la cortesía,
mas no soy hombre que a sufrir me aven-
[go
razones de tamaña altanería.

CONDE. Tampoco yo, que despechado
[vengo
y harto estoy de la vida.

ROD. Y yo lo mismo.

CONDE. Yo tras la muerte con deseo
[insano
debo partir mañana muy temprano.

ROD. Y yo también.

CONDE. ¿Y adónde?

ROD. A España.

CONDE. De ella
vengo.

ROD. ¿Sois de ella? [el ab tomale y

CONDE. Por desdicha mía.

ROD. Cúpome a mí también tan mala
[estrella.

CONDE. Que la mía peor nunca sería.

ROD. Puede que sí.

CONDE. Lo dudo.

ROD. Allí he perdido
cuanto amé.

CONDE. Yo también.

ROD. Padres, hermanos...

CONDE. Yo también.

ROD. Mis amigos me han vendido.

CONDE. También a mí.

ROD. Fui mofa a los villanos.

CONDE. También yo.

ROD. Y el honor de mis blasones
ultrajó un hombre vil.

CONDE. Y otro los míos.

ROD. Yo he tenido que huir.

CONDE. Como ladrones
nos desbandamos, sin poder ni bríos,
mis soldados y yo. Todos ingratos
me han sido a mí.

ROD. Y a mí todos traidores.

CONDE. Nada espero.

ROD. Ni yo. Mas pienso a ratos
en venganzas horribles.
CONDE. No mayores
que las mías serán.

ROD. ¡Oh! Sí. Son tales
qué vértigos terribles me producen.

CONDE. Los míos a la rabia son iguales.

ROD. Y los míos a España me condu-
[cen
nada más que a morir.

CONDE. Y a mí lo mismo:
voy a buscar un hombre a quien detesto,
y ante uno de los dos se abre el abismo.

ROD. Yo busco a otro hombre, para
[mí funesto,
y guardo ese puñal de mi familia
que del uno es el fin de todos modos.

(*El conde lo mira y lo reconoce. Esto de-
pende de los actores.*)

CONDE. ¿Es tuyo ese puñal?

ROD. Sí.

CONDE. ¡Dios me auxilia!
Ese hierro es la muerte de los godos.

ROD. Godo soy.
 CONDE. Yo también, mas su enemigo.
 ROD. ¿Quién hará de ello ante mi vista
 CONDE. ¡Tú eres el torpe rey!...
 ROD. ¡Tú el vil cobarde...!
 CONDE. Yo el conde don Julián.
 ROD. Yo don Rodrigo.
(Quedan un momento contemplándose.)
 CONDE. Nos hallamos al fin.
 ROD. Sí, nos hallamós.
 Y ambos a dos, execración del mundo,
 la última vez mirándonos estamos.
 CONDE. Eso apetece mi rencor profun-

Mírame bien; sobre esta faz, Rodrigo,
 echaron un baldón tus liviandades,
 y el universo de él será testigo,
 y tu torpeza horror de las edades.

ROD. Culpa fué de mi amor la culpa
 de Florinda me abona la hermosura;
 mas ¿quién te abonará tu villanía?
 CONDE. De mi misma traición la des-

Deshonrado por ti, perdílo todo;
 mas no saciaba mi venganza fiera
 tu afrenta nada más; menester era
 toda la afrenta del imperio goda.

ROD. ¡De un traidor como tú fué dig-

Cumplieras con tus viles intenciones
 yendo a matarme con silencio y maña,
 o contra mí sacaras tus pendones
 y bebieras mi sangre en la campaña,
 mi corazón echando a tus legiones;
 mas no lograras con tan necio encono
 vender a España, por hollar mi trono.

CONDE. Todo lo ansiaba mi tremenda
 no hartaba mis sangrientas intenciones
 beber tu sangre con silencio y maña,
 o en contra tuya levantar pendones;
 dar quise tu lugar a estirpe extraña
 y tu raza borrar de las naciones:
 eso quería mi sangriento encono:
 vender tu reino y derribar tu trono.

ROD. ¡Y lo lograstel
 CONDE. Sí; logré que al cabo

el mundo a ambos a dos nos aborrezca,
 y a ti de torpes vicios por esclavo,
 y a mí por traición, nos escarnezca.

ROD. ¡Tanta maldad de comprender
 CONDE. Hice más.
 ROD. Imposible es ya que crezca
 tu infamia.

CONDE. Escucha, pues, ¡oh rey Rodri-
 a cuánto llega mi rencor contigo. ¡Gol!
 Yo solo quedo de mi raza: presa
 los demás de los moros, a pedradas
 fué muerta ante mis ojos la condesa,
 y a la mar arrojadas a lanzadas
 mis hijos, de Tarifa en la sorpresa:
 mas te traigo una nueva, que pagadas
 todas me deja las desdichas mías;
 supe tiempo ha que en Portugal vivías.

ROD. ¡Dios!
 CONDE. Por un monje que te halló
 en la selva.
 ROD. ¡Un monje!
(Con temor.)

CONDE. Sí, mi hermano, cuyos votos
 le impiden hoy que contra tí se vuelva,
 mas cuya astucia para siempre rotos
 los anillos dejó de mis cadenas
 para seguir tus pasos noche y día,
 y para que la sangre de tus venas
 la mancha lave de la afrenta mía.

ROD. ¿Y es cierto? ¿Y ese monje era
 tu hermano?
 ¿Era un hombre no más? ¡No era un fan-
 tasma!

CONDE. ¡Que tal preguntes en verdad
 me pasmal!

Él me salvó y me dijo: «Ve a buscarle;
 mas, antes de matarle,
 díle que su castísima Egilona
 con su amor ha comprado otra corona.»

ROD. ¡Mi esposa!
 CONDE. Sí; Abdalasis te la quita,
 o, por mejor decir, vendiósele ella,
 y bien la raza en que nació acredita,
 y de su esposo bien sigue la huella.

(Con moja.)
 Una reina cristiana favorita
 de un árabe... ¡oh, nació con brava estre-
 llal!

No penes, pues, por tan leal matrona, lo que esposo no la falta, ni corona.

ROD. Basta, basta, traidor: la estirpe [goda, deshonrada por ti, por ti vendida,

clama sedienta por tu sangre toda.
(*Don Rodrigo va a coger el puñal que está clavado en el poste, pero el conde don Julián se adelanta y lo toma. Don Rodrigo retrocede dos pasos con supersticioso temor.*)

CONDE. Con la tuya a la par sea vendida. El mismo cieno nuestro timbre enloda, la misma tumba nos dará cabida.

(*El conde se arroja sobre don Rodrigo, mas Teudia se presenta de repente entre los dos con la hacha de armas empuñada.*)

ESCENA ÚLTIMA

DON RODRIGO, el conde DON JULIÁN,
TEUDIA, ROMANO

TEUD. ¡Mientes! Aún queda quien su [honor repare y del traidor al infeliz separe.

(*Da al conde un golpe mortal, y cae.*)

ROD. ¡Teudia!
TEUD. Señor, cumplí conmigo mismo, que al vengaros a vos vengué a la España.

ROD. ¡Gracias, Teudia! Hoy me arranca tu heroísmo [ca tu heroísmo mi ruin superstición, a un noble extraña. Sí, mi pavor con él baje al abismo: partamos con Pelayo a la montaña, y logremos, ¡oh Teudia!, por lo menos, morir en nuestra patria como buenos.

(*A Romano.*)

Padre, dad a ese tronco sepultura donde repose en paz: mi justo encono no pasa, no, de su mansión oscura, aunque el honor de España esté en mi abono.

Yo vuelvo al campo a la pelea dura, y aunque muera sin buestres y sin trono, siempre ha de ser, para quien muere honrado, tumba de rey la fosa del soldado.

(*Vase con Teudia, y cae el telón.*) (1)

(1) En el tomo tercero de esta edición se hallará una continuación del *Puñal del goda*, titulada *La Calentura*.

(*Puso Zorrilla esta nota en la edición de París.*)

SOFRONIA

TRAGEDIA EN UN ACTO ¹⁵

A LUIS PIZARRO,
CONDE DE LAS NAVAS,

EN PRUEBA DE AMISTAD Y CORDIAL APRECIO

DEDICA ESTE TRABAJO SU BUEN AMIGO

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 8 de febrero de 1843.

NOTAS DEL AUTOR

Hablando del emperador Majencio, dice el magnífico caballero don Pedro Mejía en su *Historia imperial y cesárea*: «Porque él era cruel matador y perseguidor de la gente noble y principal de Roma, vicioso, lujurioso, adúltero, deshonesto y avariento, y sobre todo perseguidor y disipador de la Iglesia. Finalmente, en todos sus hechos tirano, etc.»

Lozano Echard, en su *Historia de Roma* desde su fundación hasta la traslación del imperio por Constantino, dice hablando del mismo emperador Majencio:

«Robaba las mugeres de los senadores y los primeros caballeros de Roma, y después de haberlas gozado las volvía a enviar a sus maridos. Habiendo querido usar de la misma violencia con Sofronia, muger del prefecto de Roma, la cual era cristiana, pidió aquella mujer unos momentos para adornarse, y encerrándose en su cuarto se mató: acción animosa por cierto, mas reprehensible, aunque muy alabada de Eusebio y de Rufino. Majencio permitía a sus soldados todo género de delitos, y cuando los arengaba, en vez de exhortarlos a observar una exacta disciplina, les decía que se alegrasen y no se privaran de nada que apeteciesen. Saqueaba los templos; mataba a los ricos para tomar sus bienes; oprimía al pueblo con impuestos; y en fin, redujo la ciudad de Roma a tal miseria, que faltaban en ella las cosas más necesarias, porque el emperador lo disipaba todo con sus desórdenes y prodigalidad.»

Sobre estos datos históricos he querido escribir una tragedia; ignoro si lo he conseguido, pero confieso que tal ha sido mi intento. En cuanto al carácter del emperador,

me he atendido estrictamente a la historia, como creo que está a la vista. No en los de Sofronia y Publio, que han sufrido alguna alteración por motivos que expondré.

Publio era (según las historias) un hombre débil que tembló delante del emperador y casi consintió en su liviandad. Sofronia era cristiana y se suicidó, acción criminal según nuestra fe, cualesquiera que fuesen las razones que para ella encontrara: era, pues, necesario al interés trágico borrar esta mancha del carácter de la protagonista para que su inocencia y su virtud inspirasen clásica compasión; e hice, por tanto, de Sofronia una mártir, y del amor de su marido, su verdugo. Con lo cual, si no he dado gusto a los críticos, no podrán negarme estos señores que Publio y Sofronia me deben la bienaventuranza celestial que yo les franqueo en mi obra, y esto siempre es algo.

He reducido la acción a un solo acto por no entorpecer la sencillez del hecho histórico en que está fundada, y por no hacer dormir a los espectadores con eternos diálogos que no están dispuestos a escuchar en nuestros actuales teatros. Y, finalmente, he escrito mi tragedia en versos aconsonantados y no en romance endecasílabo, por tres razones. La primera, porque todo un acto en un mismo asonante es más monótono e insufrible que el ruido de los mazos de un batán. La segunda, porque siendo tan fácil en nuestra lengua armoniosa el uso de los consonantes, creo a cualquier mediano versificador con facultad de usarlos. Y la tercera, por mi propia voluntad y capricho, que es la que más me satisfizo, en lo cual me parece que soy franco.

PERSONAS

SOFRONIA.
EL EMPERADOR MAJENCIO.
PUBLIO, prefecto de Roma.

SILANO, esclavo del Emperador.
SIRO, esclavo de Publio (que no habla).

Roma, año de 310 de J. C.

ACTO ÚNICO

Pórtico interior en el piso bajo del palacio del emperador Majencio, que da paso a las habitaciones de Publio, prefecto de Roma, y a los jardines. Puerta a la derecha, que da al interior del palacio. Puerta a la izquierda, que da a los aposentos de Publio y Sofronia. En el fondo, una balaustrada de piedra por cuyo centro se sale a los jardines del emperador, que se extienden detrás de ella, iluminados por la luna, decorados con estatuas, fuentes, arcos, jarrones, etcétera, etc. A lo lejos, y cerrando el cuadro, la loma del monte Aventino, frente al cual estuvo construido el palacio de los Césares, en donde se supone la escena.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón. SOFRONIA *aparecerá asomada a la balaustrada, y mirando a los jardines con atención.* SILANO *aparece al quinto verso por el fondo.*

SOFRONIA. Vuelve: no hay medio ya; [todo es inútil.

Acaben de una vez vanas excusas, y repela sus bárbaros antojos de la noble virtud la fuerza ruda. ¿Quiere guerra? La habrá, desesperada. Yo caeré acaso en tan horrenda lucha; mas no me da pavor, yo la provocho: muerta caeré, pero rendida, nunca.

ESCENA II

SOFRONIA, SILANO

SOF. Pronto vuelves.
SIL. Da pronto y fácil paso
puerta en esa ala del palacio oculta.

SOF. ¿Qué dice tu señor?

SIL. (dándole una carta o papiro).
Lee lo que dice.

SOF. (después de leer).
¿Por fuerza o voluntad he de ser suya?

SIL. El mismo quiere de tu misma boca

tu asentimiento oír o tu repulsa,

y a ti vendrá dentro de poco: piénsalo:
su voluntad con tu interés consulta;

pero si aprecias un consejo, cede.

SOF. ¿Quién tu opinión, esclavo, te

[pregunta?

Silencio, y agradece si a sus plantas

con lengua vuelves en la boca inmundada.

SIL. ¿Esa respuesta le daré?

SOF. La misma.

SIL. Es el emperador.

SOF. ¿Lo pongo en duda?

SIL. Vas su furia a excitar.

SOF. Despeja, esclavo;

yo desprecio su amor como su furia.

SIL. Dueño es de sus vasallos absoluto.

SOF. No llega su poder más que a la

[tumba.

SIL. Te la abre ante los pies tu resis-

[tencia.

SOF. Sabré en ella caer libre de culpa.

SIL. ¿Eso dices?

SOF. No más.

SIL. Quieran los dioses

valerte.

SOF. Ve.

SIL. Tu esclavo te saluda.

ESCENA III

SOFRONIA

Primero de una vez el pecho mío

desgarren sus verdugos, y una a una

las gotas de mi sangre derramadas

el alma arranquen de la carne impura.

No me conoce aún, si espera necio

que a sus halagos mi virtud sucumba,

ni el imperio, que se huye de sus manos,

compre mi corazón, ni le seduzca.

Si las damas romanas hoy olvidan

la alta nobleza que su sangre ilustra,

y de su emperador se hacen esclavas

ofreciéndole viles su hermosura,

que alguna queda de su antigua raza

verán al menos para mengua suya;
y alguna queda que por alto ejemplo
sin vida caiga, mas sin honra nunca.
Mas Publío.

ESCENA IV

SOFRONIA, PUBLIO

PUB. ¡Aún aquí tú, Sofronia mía!
¿Mas qué pesar te asalta? Ese encendido
color del rostro... de tu mano fría
el temblor...

SOF. ¡Tu ilusión!

PUB. No; yo he sentido
minar mi corazón lenta y traidora
una sospecha ruin, y harto ha que veo
que tu pecho secretos atesora

SOF. Publío, y has visto bien: honda

[tristeza
me prensa el corazón.

SOF. ¿Quién, dulce amiga,

te la pudo causar?

SOF. Esta grandeza,

este fausto de Roma me fatiga.

Ansío soledad, reposo anhelo;

pluguérame un lugar de aquí lejano

donde más puro se gozara el cielo,

más libre el aire, y el placer más llano.

Será un capricho mujeril si quieres,

mas a mí que te amo, esposo mío,

tú me bastas, y el lujo y los placeres

de contento en lugar, me dan hastío.

Si tú me amas así, la pompa deja

de esta corte imperial, y los honores;

de esta continua bacanal me aleja,

donde parecen mal castos amores.

Salgamos de esta Roma corrompida,

y uno para otro amor, mutuo consuelo,

dulce llevemos y envidiable vida

en más tranquilo y retirado suelo.

PUB. No sé, Sofronia mía, qué adivino

de siniestro y fatal en tus palabras;

me extraña ese capricho repentino;

ob todo tu corazón fuerza es que me abraso

¿Qué temes, di? ¿Qué dudas? ¿Qué rece-

[las?
¿Qué secreta razón o qué manía

a Roma te hace odiar? ¿Por qué me velas tu recóndito mal, Sofronia mía?

SOF. Siempre, Publio, te amé.

PUB. Lo sé.

SOF. Por eso

constante siempre, y respetada esposa, guardar supe tu honor puro e ileso en medio de esta Roma escandalosa. Nunca temí que el viento corrompido que en su recinto infame se respira, llegara a un corazón bien defendido; mas esta débil esperanza expira.

PUB. Sofronia, si hasta a ti llegar osado pudo algún miserable libertino, muy mal con su razón lo ha consultado. Nómbrale.

SOF. Es más fatal nuestro destino, Publio. El suelo de Roma es una sima, que si con pronta fuga no evitamos nos sorberá por fin: mi aviso estima, y cree a mi corazón: Publio, partamos.

PUB. ¿Todo un glorioso porvenir es que abandonemos? Mi fortuna crece, nada hay que mi favor derroque o tuera, porque el emperador me favorece.

Mío es su imperio, la pesada carga del gobierno en mis hombros deposita, y a mucho acaso mi ambición se alarga, mucho Roma tal vez me necesita.

Te confieso en verdad que algunas veces la licencia imperial me escandaliza: mas hombre soy, y mi ambición atiza el quererte ofrecer cuanto mereces.

SOF. No pienses, Publio, en mí: yo sólo [nada quiero; tú eres mi único bien: mas odio a Roma, y de ella pronto que me alejes quiero.

PUB. Sofronia, ahora dejarla es imposible. ¿Mi cargo renunciar, cuando a sus puertas se acerca con ejército terrible

Constantino? Sospechas daré ciertas de traición a Majencio, y será acaso mi sentencia de muerte mi renuncia.

SOF. Nuestra vida se encierra en frágil vaso, Publio, y cercana tempestad se anuncia.

Esta ciudad de crimen, que se aduerme arrullando el placer de sus señores, tal vez anhela en su reposo inermes otra estirpe mejor de emperadores.

PUB. ¡Sofronia!

SOF. Sí, la sangre y la vergüenza el manto son en que se envuelve Roma; ¿qué mucho, pues, que Constantino venza a quien el yugo de la infamia doma? ¿Qué hace tu emperador? Pisa y viola cuantas leyes al pueblo dan amparo; su imperio airado, y sin razón, asola, y celebra sus vicios con descaro. Contribuciones sin poder impuestas en festines opíparos destruye, embriaga al vulgo con inmundas fiestas y las damas romanas prostituye. Despierta, Publio; nada está seguro; un capricho imperial lo puede todo, y penetra el recinto más oscuro su malicia infernal de cualquier modo.

PUB. Basta, Sofronia, basta; te comprendo.

SOF. Mira.

(Dándole la carta del emperador.)

PUB. ¡Y así me pagas mis servicios!

¡Y mientras yo tu imperio te defiendo, víctima soy de tus horrendos vicios! Claro lo veo al fin; ¡tanta privanza, tanto imperial favor, tanta ventura mi fe y mi lealtad no me la alcanza! ¡Es el precio no más de su hermosura! Basta, tirano; tu vileza entiendo.

SOF. Salgamos, pues, de Roma.

PUB. Sí, salgamos, mas en las sombras de la noche, huyendo, antes que en su poder ambos caigamos. Tengo ¡oh Sofronia! felizmente el regio poder, y una orden de mi mano nos franqueará las puertas libremente, y el furor burlaremos del tirano. ¡Oh, bien mi corazón me lo decía!

No en vano fermentaban mis recelos. Tienes razón, huyamos, alma mía, y amparen píos nuestro amor los cielos.

SOF. Publio, y que pronto sea, porque ya la astuta serpiente se introduce

bajo el lecho nupcial, y un solo paso
a la infamia o la muerte nos conduce
PUB. ¿Tienes valor?

SOF. Sí, Publio, para todo;
todo lo renuncié por amor tuyo,
y a cuanto me ordenares me acomodo:
«Quédate;—y permanezco: húyete;—y
[huyo.

PUB. Pues apréstate a huir; oro recoge
que nos compré otra vida en otra tierra,
y que halle el gavilán, cuando se arroje,
que ya la red al colorín no encierra.

ESCENA V

PUBLICO

Inútil fué mi esfuerzo; inútil, vano
mi afán en ocultarla de sus ojos;
todo lo mina su poder tirano,
y no tienen ya freno sus antojos.
Único amigo en quien fiar podía,
solo leal que por su bien velaba,
cuanto me honraba más, más me vendía
y en contra de mi honor más conspiraba.
Siga su suerte, pues, sígala solo:
no en él la sed de sangre se despierte,
y al fin concluyan el amor y el dolo
en vil sentencia de venganza y muerte.
¿Siro?

ESCENA VI

PUBLICO; SIRO, esclavo

Su curso al concluir la luna,
debajo de los pórticos de Vesta,
sin que lleguen a dar sospecha alguna,
tres caballos veloces nos apresta.
Si nos sacas de Roma, serás libre:
mis jardines te doy de Lucretila,
y al otro lado en viéndonos del Tibre,
cuantos caballos deje en pos, mutila.
Parte.

ESCENA VII

PUBLICO

Adiós para siempre, áureo palacio,
morada de los Césares augusta,

alcázar imperial de cuyo espacio
se aleja la virtud triste y adusta.

Yo, riqueza y poder, gloria, esperanza,
renuncio sin pesar; y noblemente,
sin intentar sacrilega venganza,
delante del honor doblo la frente.

Eres mi emperador, yo no repelo
tu ley augusta; mas si torpe mano
pones en nuestro honor, huyo al tirano
y juzgue de ambos la razón el cielo.
(El emperador Majencio se acerca por el
fondo de los jardines.)

Mas él se acerca; rondador taimado
del ajeno tesoro, astuto emboza
con velo de amistad el preparado
dardo traidor que en aprestar se goza.

ESCENA VIII

EL EMPERADOR, PUBLICO

EMP. Publio.

PUB. Salud, emperador Augusto.
Tan excelso favor mi orgullo colma.
¡Vos mismo descender a mi morada!

EMP. Sin duda, Publio, que descienda
[importa.

Graves cuidados sin cesar me abruman,
y graves temores sin cesar me acosan:
y echar sobre tus hombros necesito
este peso molesto que me enoja.

PUB. Mandad, señor.

EMP. ¿Qué, Publio, me valiera
del grande imperio la soberbia pompa,
si yo mismo tuviera que ocuparme
en cuidar de mi imperio y mi corona?
Las dignidades vuestras, si eso hiciera,
inútiles al fin me fueran todas,
y en lugar del señor, fuera el esclavo
quien el sacro lauro ceñirse logra.

Yo lo entiendo mejor; lidien mis Césares,
defiendan mis pretores las remotas
fronteras del imperio, mas en tanto
dulce tranquilidad disfrute Roma.
De las fiestas de Flora y Baco, quiero
renovar las antiguas ceremonias;
quiero que el vulgo se divierta y goce,
y el árbol del placer nos preste sombra.
Francos los almacenes imperiales

para el pueblo romano desde ahora, de Italia y Grecia los antiguos vinos para la alegre muchedumbre corran. Salgan audaces las bacantes, salgan de sus templos las vírgenes hermosas, y dancen en las fiestas Lupercales las esclavas a par con las matronas. Mi imperio es de deleites y de dichas; el tiempo es breve y la existencia corta: quiero que el pueblo por placeres sólo cuente no más de mi reinar las horas.

PUB. Señor, estando en rebelión doquiera las provincias lejanas...

EMP. ¡Me acongoja que me hablen de provincias y de pueblos que se rebelan!

PUB. Publio, ¿qué me importa que vayan mis provincias a otras manos, de las más pasando unas tras otras? Capaz de mil imperios es la tierra; lógrelas, pues, quien más las ambiciona. Cámbiese al fin cada provincia en uno, como el imperio mío sea Roma. Me canso de esnechar reconvencciones, y prefector; mi paciencia se desborda, y hacer un escarmiento determino que muestre mi justicia vengadora.

PUB. Hablad.

EMP. Sabes que en Roma hay una raza que de severa rectitud blasona, y que a todo se atreve y falta a todo, culpando a nuestra edad de impía y loca.

PUB. Los cristianos, señor.

EMP. Sí, los cristianos, que inculcan su creencia mentirosa en las pueriles almas de los crédulos y al cielo ofenden y a la ley provocan. Ante las mismas puertas del palacio, con extraña osadía escandalosa, han fijado pasquines esta noche, muerte a mi estirpe amenazando pronta. Bárbaro llaman al romano pueblo, y de sus dioses de metal se mofan, y con el signo de la cruz infame sus pasquines sacrílegos coronan.

Pues bien, quiero mostrarles lo que puede mi raza noble, aun a extinguirse próxima; quiero que sacrifiquen o que mueran:

perjuros han de ser, o muertos. Toma, (Dale pliegos.)

Publio; a cumplir disparte mis decretos: de ellos no ha de quedar rastro ni sombra;

ocho veces han sido exterminados; en mi reinado, pues, será la nona. Sus cabezas pondré por los caminos, con sus pieles haré curtir alfombras, y expondré sus mujeres en los circos por diversión y escándalo de Roma.

PUB. Mirad...

EMP. No miro nada; al punto, Publio, mi voluntad publica; todos oigan su dicha o su sentencia, y que comiencen su exterminio y mis fiestas con la aurora.

PUB. Señor...

EMP. Silencio: sin cumplir mis órdenes ¡ay de tu vida si a palacio tornas!

PUB. (Tirano astuto, tu intención comprendo; lejos me quieres, mis estancias solas, porque el triunfo más fácil te figuras, mas ¡ay de entrambos si mi saña encuenas!)

ESCENA IX

El EMPERADOR, SILANO

EMP. ¿Silano? (Sale Silano.)

A ese hombre por doquier se espía; lleva en su corazón sospecha sorda, y de todo es capaz su ánimo osado a impulso de los celos que le ahogan.

SIL. Bien espionado está: ni una palabra, ni una acción, ni la idea más recóndita se escapará a los linceos que le cercan.

EMP. Intentará tal vez...

SIL. Su esclavo ahora dispone sus caballos más veloces, y a favor de la noche protectora, partiendo de los pórticos de Vesta, saldrán de la ciudad él y Sofronia.

EMP. ¿Es, pues, Silano, el disimulo inútil?

¿Inútil mi templanza generosa?

¿Fuerza será que de una vez anuncie mi imperial voluntad?

SIL. Su misma boca
le reveló el secreto, y ella misma
le entregó vuestra carta; nada ignora.

EMP. Tórnese, pues, en ley este capri-
[cho:
todas las vallas de mi amor se rompan,
y aprendan de una vez que a los esclavos
sólo postrarse ante el señor les toca.
De ese Publio me cansa la justicia,
su rectitud estúpida me enoja,
y no quiero escucharle los consejos.

con que el placer me amengua o me le
[estorba,
Juez el nombre de hoy más de los cris-
[tianos,
procónsul va de mis provincias todas
a exterminar en todas a esa raza
que de un suplicio vil el signo adora.

Así le mantendré de Roma lejos,
y de mí mismo así gozaré en Roma.
Mis antojos son ley: todos la acaten:
derecho es este que mi sangre goza.
Cuida de que se cumplan mis mandatos,
que arda mi imperio en fiestas ostentosas;
y esa fiera beldad aquí condúceme,
Silano, y estas salas abandona.

SIL. Halagadla, señor, que es muy al-
[tiva,
y a los amagos su cerviz no dobla.

EMP. La amo como jamás amé a nin-
pero si nada mi cariño logra, [guna,
soy el emperador, y a fuerza o ruego
todo ante el sacro emperador se postra.

ESCENA X

EL EMPERADOR

Lejos de mí la máscara: parezca
tal cual es la pasión que me devora,
y caiga de una vez en poder mío
de esa beldad la apetecida joya.

ESCENA XI

EL EMPERADOR, SOFRONIA

*(Silano, que la conduce, se aleja por el
fondo dejándola en escena.)*

EMP. (Héla aquí: su beldad admiro
Salve, ¡oh Sofronia! [mudo.)

SOF. Augusto, yo os saludo.
EMP. Deja, deja la grave ceremonia
y humilde tono para el vulgo rudo.
Tu esclavo soy no más: manda, ¡oh So-

[fronía!
SOF. Excusadme, señor; frases moles-
de galanteos para mí perdidos, [tas
que ni en mis labios hallarán respuestas,
ni hallarán atención en mis oídos.

EMP. Ya sé que, mis ofertas rehusando,
mis amorosas cartas no leíste;
y ya sé que mi enojo despreciando,
a mi esclavo, tenaz, «nunca», dijiste.
Mas tu obstinada resistencia entiendo:
conoces lo que vale tu hermosura,
y a mis ojos la estás encareciendo.

Bien haces, ¡oh celeste criatura!
Mas baste ya de tu rigor injusto,
bañe su faz, bellísima sirena,
en vez del ceño que la entolda adusto,

sonrisa de placer dulce y serena.
¿De qué te sirve ¡oh ninfa encantadora!
tu ardiente corazón y tu hermosura,
si te se va la vida hora tras hora
en calma triste y soledad oscura?
Otra existencia de placer te brinda
mi poder y mi amor: deja que al cabo
el tuyo, hermosa, a mi pasión se rinda;
déjame que a tus pies expire esclavo.

SOF. Señor, mi corazón mentir no sabe:
no os amó nunca; y vuestro impuro halago
imposible ha de ser que de él recabe
un solo impulso del amor más vago.

Vos lo veis: encerrada eternamente
de mi cámara oculta en el retiro,
se desliza mi vida dulcemente
sin que el placer de esta ciudad demente
me arranque al corazón sólo un suspiro.

Noble, rica, envidiada y bien querida,
podría yo llevar, si me pluguiera,
inquieta, alegre y disipada vida,
como vos la lleváis y Roma entera,
y así, dejando vuestra ley cumplida,
a tachármela nadie se atreviera:

Mas yo sé bien lo que a mi honor le debo,
y vida tal, porque me importa, llevo.

EMP. La llevas, pobre tórtola enjaula-
[da,
la llevas porque nunca has sospechado, Y

que tras los muros de que estás cercada otra vida hay mejor que no has gozado. ¿Sabes tal vez cuán plácidas las horas se van fuera de este ámbito sombrío?

¿Sabes tú cuántas fiestas seductoras, cuánto en delicias hierve encantadoras esa ancha Roma del imperio mío?

Un imperio de dicha y bienandanza, donde el único fin es la ventura, un imperio de amor donde no lanza su rayo el duelo, y el pesar no alcanza, y donde reina libre la hermosura.

Pues bien, del universo soberano no hay nada que a mi antojo se resista; ese imperio teliz está en mi mano, yo le pongo a tus pies, es tu conquista.

SOF. Apartaos, señor, ved que me ofendé de vuestra loca audacia la grandeza: si la hermosura o el amor se vende, no se ha vendido nunca la nobleza.

EMP. Oyeme, y ve la asoladora llama que tú en mi corazón has encendido, fuego que más tu resistencia inflama y a odiar me arrastra cuanto tú no has

[sido. Una sola mujer no hubo en mi imperio a quien yo no llamara esclava mía; nunca embozó mi amor vano misterio, y mandaba mi amor, no se rendía.

Mas né así al tuyo el corazón se atreve, que cuanto te ama más, más se recela, y más conoce que arrastrarse debe

ante los sacros pies del bien que anhela. Rendido está: más tiéndele una mano, y tu planta en pos dél tiende a mi trono.

Reina, y si sirve de mi fe en abono o halaga tu capricho soberano, mándalo, y a tu voz, polvo liviano

será esa Roma que excitó tu encono: el orbe entero se hundirá conmigo si una sonrisa de tu amor consigo.

SOF. Basta, señor, que me afrentáis.

EMP. [Sofronia!

SOF. Ya sé que vuestro imperio abo-
[minable

avergüenza a la misma Babilonia por vuestro ejemplo torpe y execrable. Ya sé que en Roma, sin pudor, ni freno,

no hay más Dios que el placer, más ley [que el gusto; cuanto os halaga a vos se da por bueno, cuanto lleva al placer se da por justo.

Ya sé que al pueblo mantenéis esclavo con la embriaguez del vino y la licencia, sin que haya un corazón que sepa bravo acotar vuestra bárbara impudencia; sé que fiestas infames se instituyen; leyes que la hermosura os esclavizan, y a las nobles matronas prostituyen, y los vicios y el erimen divinizan.

Mas no llega hasta mí su aliento impuro; en mí se estrella vuestra ley tirana, que aquí en mi pecho, tras de noble muro, entera vive la virtud romana.

¿A mis plantas ponéis vuestra corona, emperador Augusto? Yo la piso; sepa Roma que aún guarda una matrona que la tuvo a sus pies y no la quiso.

EMP. En fiera saña tu soberbia loca encendiera mi pecho, si pudieran palabras que han salido de tu boca producir más que amor. En mí no alte-

[ran el que yo te consagro, que esta llama que un ánima vulgar sofocaría, con tu frío desdén crece en la mía.

Viento es tu voz que su volcán inflama: yo te adoro, Sofronia; mas escucha, que aunque este amor no atajarán tus

[bríos, de él me cercenan indulgencia mucha, y van al fin a despertar los míos.

Mi capricho es mi ley; de hierro o de oro, bajo mi cetro estás: de ambos elige.

SOF. Estoy en vuestras manos, no lo [ignoro; mas prefiero la muerte, ya os lo dije.

EMP. ¡Muerte! Veamos, pues. ¿Fe ni ternura no bastan a rendirte a mis anhelos?

Derroque, pues, la fuerza tu bravura: todo ceda a mi amor.

SOF. ¡Valedme, cielos!
(El emperador se lanza hacia Sofronia.
Ésta le huye; y en tal punto se presenta
Sitano por la derecha.)

ESCENA XII

EL EMPERADOR, SOFRONIA; SILANO, *apresurado y de repente*

STL. Señor...

EMP. ¿Quién osa sin licencia mía hasta aquí penetrar?

SIL. Perdón, Augusto, pero así mi deber lo requería.

EMP. ¿Qué pasa, pues?

SIL. De vuestro edicto justo al oír la sentencia los cristianos, en tumultuosa sedición, rompieron vuestras estatuas con airadas manos.

EMP. Y mis guardias ¡por Hércules! ¿qué hicieron?

SIL. Dieron, señor, sobre ellos: pero [Roma arde en nocturna lid, y este tumulto por todas partes incremento toma.

EMP. Su sangre toda lavará este insulto.

Al punto salga, sin piedad, Silano, numerosa cohorte pretoriana; no quede de esa turba ni un villano.

Te sigo, y oye tú, fiera romana.

Concluye para todos mi indulgencia: mi imperial voluntad manda, no pide.

Publio parte de Roma, es tu sentencia: un día os doy, que de los dos decide.

Mas cómo ha de acabar pesa y entiende: mañana mismo, al expirar el día,

si aún tu arrogancia resistir pretende, el cadáver será, tú esclava mía.

SOF. [Esclava tuya quien en Roma [nace, tirano usurpador!

EMP. Así me place: de Baco y Flora en el alegre templo tú la primera libación mañana

conmigo harás, y servirás de ejemplo a la alegría y bacanal romana.

Salvas a Publio así, y eso te abona: escoge, pues, la infamia o la corona.

SOF. Antes morir mil veces, vil tirano.

EMP. Meditalo mejor: vamos, Silano.

ESCENA XIII

SOFRONIA

Se turba mi razón: convulsa, ardiente al corazón la sangre se me agolpa, y la altivez, la indignación y el miedo mi fe extravían, mi valor agotan.

«El cadáver será, tú esclava mía» dijo... ¡Sentencia bárbara y diabólica,

que con la infamia de la esposa amante la infame vida del esposo compra!

¡Publio! ¡Mi bien!... ¿Te salvaré vendiéndote?

¿Yo vida te he de dar a tanta costa? Jamás. Llama, tirano, a tus verdugos,

nuestra sangre leal mezclada corra: con indeleble mancha, al derramarse,

salpicará tu rostro cada gota. Muramos, sí... ¡Mas ay! Sueño, deliro,

¡que antes del vulgo vil nos hará mofa! Porque ¿qué de virtud ni gloria entiende esta generación torpe e hipócrita,

ni esta ciudad envilecida y ebria con el placer de sus inmundas orgias?

¡Evohé! gritarán: nuevo espectáculo será para ellos la virtud heroica,

y al tigre azuzarán con sus aullidos a consumir su crimen. ¡Espantosa perspectiva, mas ciertal! Sí, lo veo;

esos romanos nobles que ambicionan el poder, hechos perros de sus príncipes,

mañana en una fiesta escandalosa le cercarán, y de su boca misma

escucharán mi desdichada historia; y le dirán. «Tenéis razón, Augusto,

es vuestra esclava, vuestro amor la bon-

[ra; rendida caiga y de escarmiento sirva...»

Y ebrio él me hará llevar, y allí angus-

[tiosa yo lloraré a sus plantas, arrastrándome del solio hollado en la manchada alfom-

[bra, mientras cantan su triunfo y mi ignomi-

[nia al son alegre de las anchas copas.

Ese es el porvenir que me preparan: sí, que a todo los Césares se arrojan,

todo su cetro lo atropella, todo a su absoluta autoridad se postra, y a par con ellos la embriaguez del crimen su vaso imperial apura Roma. ¡Miserable de mí! De fuerza o grado, blancó brazos caeré, sin que me acorran, porque en un pueblo que su honor olvida, fe y virtud y valor están de sobra! Caeré... y el triste Publio deshonrado, blanco inocente de su injusta cólera, errante, perseguido, esclavo, muerto... ¡Déjame, aparta, pesadilla odiosa! Tentación infernal, ¡húyeme, déjame! que a vacilar mi fe siento muy próxima. Para tan grande prueba ¡oh cielo santo! virtud me distes en verdad muy poca, pues aún vacila el corazón de tierra y el alma imbécil su deber ignora.

(Pausa; transición repentina; completo trastorno de ideas.)

No cederé jamás: muerta primero. Mas si él se salva, cederé gustosa la fe... el amor... su muerte... mi igno-

minia... No puedo más... deliro: me acongoja este tropel de ideas... mi cerebro, mi corazón, mis ojos... todo es sombra. ¡Paso, verdugos, paso! ¡Publio, sálvate! Ya estoy aquí... sacrificadme... sola.

(Cae desfallecida.)

ESCENA XIV

SOPFRONIA, PUBLIO.

PUB. Llego al fin: allí está: ¡Sofronia, [esposal
Pero ¡ay de mí! ¿Qué es esto? ¿Qué afren-
[tosa
sospecha infunde en mí tanto silencio? ¡Sofronia!

SOF. ¡Atrás, verdugos de Majencio, y atrás!

PUB. Sueña tal vez. ¡Sofronia!

SOF. ¡Cielos!

¿Quién me nombra? Esa voz...

PUB. ¿Sofronia mía!

SOF. ¡Publio!

PUB. Yo soy.

SOF. ¡Tú colmas mis anhelos, cielo santo! Perdido te creía.

PUB. Y perdidos los dos sin duda es-

[tamos.
SOF. No, pues unidos otra vez nos ve-

[mos,
y sin manilla aún nos conservamos.

PUB. ¿Qué, el César?...
SOF. Juntos ya, no le tememos.

Mas pasa el tiempo, Publio: los instantes preciosos son. ¿Y Siro, el fiel esclavo?

PUB. ¿Siro? De entre sus labios expi-
[rantes
el ay postrero de escucharle acabo.

SOF. ¡Cómo!

PUB. Es un caso horrendo.

SOF. Habla.

PUB. Escucha.

Hoy el emperador, con nuevo edicto, de Roma los cristianos ha proscripto.

SOF. ¡A los cristianos!

PUB. Sí; mas gente mucha cuenta esa raza, que aunque ayer nacida, y ocho veces en Roma exterminada, cada día se ve más extendida, y germina doquier bajo la espada.

SOF. La mantiene su fe.

PUB. Su fe me asombra.

Yo, sujeto al tiránico dominio, iba con mis lictores en la sombra pregonando su bárbaro exterminio.

A par mío el prefecto pretoriano pregonaba también de Baec y Flora las fiestas. Inundó el pueblo romano las calles y las plazas a deshora;

y la alegría en unos, la pavora en otros, lo distinto de los cultos en la turba, produjo prematura la delación, la lid y los tumultos.

El pueblo y los soldados se metieron en repentina lucha: los romanos sobre la raza condenada dieron, y se cubrió la tierra de cristianos.

SOF. ¿De su señor en contra se vol-

[vieron?
PUB. ¡No: libres y sin armas en las ma-
[nos,
de indignación y miedo sin asomos, dijeron a una voz: «Cristianos somos.»

SOF. ¡Oh!
 PUB. ¡Me espantó su heroica osa-
 [día!

Cerró el pueblo con ellos: bajó Augusto
 con cuantas haces en palacio había.
 Y yo, sólo por ti sintiendo susto,
 sólo pensando en su pasión funesta,
 entre el tumulto huí: corrí exhalado,
 busqué a Siro en los pórticos de Vesta,
 mas le hallé a puñaladas traspasado,
 nuestra fuga a Majencio manifiesta,
 y yo también a muerte condenado
 supe que fui con él. Sofronia mía,
 huyamos, si aún es tiempo todavía.

SOF. Es tarde, Publio: la imperial sen-
 [tencia
 por doquier nos ataja: las salidas
 tomadas nos tendrán: no hay resistencia.
 Demos. ¡oh Publio!, al César nuestras vi-
 [das,
 pues suyas son: al cielo soberano
 ileso demos el honor romano.

PUB. ¿Nuestras vidas al César? ¿Yo a
 [la muerte
 te he de entregar a ti, sin que el aliento
 me falte defendiéndote? ¿Yo verte
 resignado caer? No: ¡el firmamento
 antes sobre mi frente se desplóme!
 Sígueme, pronto, ven: que no halle presa
 el león imperial cuando se asome.
 Partamos, pues.

SOF. De atormentarte cesa,
 Publio infeliz, que su decreto ignoras.
 Viendo el mismo que nada me rendía,
 de nuestras vidas aplazó las horas.
 «Mañana, dijo, al expirar el día,
 si rendida a mi ley, mi ley no adoras,
 el cadáver será, tú esclava mía.»

PUB. ¡Villano! ¿Conque al fin desespe-
 [rados
 moriremos los dos o deshonrados?

SOF. No, sino en calma, y como a no-
 [bles toca...

PUB. Tienes razón, Sofronia, te com-
 [prendo.
 Salvenos este acero (*Su puñal.*), y su ira
 [lloca
 muertos nos halle aquí.

SOF. ¿Qué estás diciendo?

PUB. Noblemente es morir...
 SOF. ¿Eso es nobleza?
 PUB. Me confundes, Sofronia; no te
 [entiendo:
 ¿cómo salvar si no nuestra cabeza?

SOF. ¿No me has dicho que has visto a
 [los cristianos
 con su humildad burlar su impía saña
 entregándose inermes en sus manos?

PUB. En su fe, esa humildad es una
 [hazaña:
 mas en la nuestra, quien su honor aprecia
 muere como Catón, como Lucrecia.

SOF. Publio, para burlar su ley tirana
 ¿no alcanza más tu corazón pagano?

PUB. No: ¿qué poder atajará al tirano?

SOF. El poder de mi fe: *yo soy cris-*

PUB. ¡Dioses, cristiana tú! [tiana.

SOF. Mi madre lo era,
 su fe es la mía: mas la fuerza adora
 de esta fe, de los flacos protectora,
 que tu honra salva y mi virtud entera.

PUB. ¡Cristiana!... ¡Oh nueva y doble
 [desventura!

¡Por tu proscripta fe blanco de su ira,
 codicia de su amor por tu hermosura,
 el mundo entero contra ti conspira!

SOF. Mi fe del mundo enteró me ase-
 [gura.

Ve, Publio, de mi Dios la omnipotencia,
 pues nos alienta su creencia santa
 a ofrecer con tan noble indiferencia
 al hierro y al dogal nuestra garganta.
 Ve el poder de este Dios que a la inocencia
 y a la debilidad da fuerza tanta,
 que nos hace morir dando a la vida
 deseada y alegre despedida.

PUB. Que a los verdugos sin piedad te
 [arroja,

que de los brazos de mi amor te arranca.
 ¡Injusto Dios por quien de sangre roja
 teñirse veo tu garganta blanca,
 y a quien no impide mi mortal congoja,
 ni el llanto que en mis párpados se estan-
 [ca,
 que cuanto en ti esperé no me destruya
 sólo porque mi fe no es la fe tuya!

SOF. No, Publio: ¡Dios, que nuestro
 [amor ampara,

que guarda nuestro honor ileso y puro;
Dios, cuya gloria mi baldón repara;
Dios, que me arranca del tirano impuro;
Dios, que en pos de la muerte me prepara
reino más duradero y más seguro;
Dios, en quien busco en la aflicción asilo
con fe sincera y corazón tranquilo!
Ese es mi Dios, ¡oh Publiol, no esa impía
creencia terrenal de oro y placeres
que de nada nos vale en este día.

PUB. Grande es el Dios por quien tan
grande mueres,
muy grande es ese Dios, Sofronia mía,
que a los niños inspira y las mujeres
ese valor insigne que me espanta.

sof. Publio, el cielo es alfombra de su
planta.
No hay a sus ojos sombras ni misterios,
nada pueden contra él nuestros tiranos;
su sopro pulveriza los imperios.

Publio, ese es Dios: el Dios de los cristia-
nos.
PUB. Pues bien, Sofronia, acato su
grandeza,
su majestad conozco y fortaleza:
mas no querrá ese Dios, es imposible
que quiera que te expongas vanamente
del tirano a la cólera terrible.

Ven; justo es que antes libertarte intente
por cuantos medios procurarme pueda:
ven; si a tu salvación no hallo camino,
el muro santo de tu fe te queda;
cumple, Sofronia mía, tu destino.

sof. Pronto se cumplirá; mira.
(Sofronia señala al fondo, hacia donde
Publio se vuelve, retrocediendo espanta-
do.)

ESCENA ÚLTIMA

EL EMPERADOR aparece acercándose por
el fondo de los jardines, precedido de los
lectores, acompañado de SILANO, y se-
guido de esclavos con hachones y solda-
dos pretorianos que se colocan detrás de
la balaustrada de piedra que divide el
pórtico de los jardines, y repartidos en
vistoso grupo. El Emperador viene con
su vestidura imperial y con todas las

insignias de su poder, y avanza solo has-
ta el primer término del escenario, que-
dando Silano en el fondo delante de la
balaustrada.

PUB. (viéndole cuando Sofronia le se-
ñala).

¡Majenciol
EMP. (a Silano).

Helos allí a los dos: razón tenías.

PUB. Henos, tigre feroz.

sof. ¡Publio, silencio!

No provoques audaz sus tiranías.

EMP. (bajándose ya a la escena).

Tú entretanto, Silano, en Roma entera
desploma sin piedad mi saña fiera.

Perezcan de una vez esos villanos:

honda sed de su sangre me devora.

¡Me provocan! Pues bien, desde la aurora

que expongan en el circo a los cristianos;

abra sus fiestas con su sangre Flora,

y espectáculo den a los romanos.

(A Publio, con ira.)

¿Aquí estás tú, prefecto? ¿Es este acaso
el lugar que te di?

sof. Perdón, Augusto.

EMP. Para nadie le habré: un solo paso

os resta nada más, cumplir mi gusto.

Rinde tu orgullo, o al lucir el día

víctimas de mi ley, justa o tirana,

él cadáver será, tú esclava mía.

sof. No, emperador: tu misma tira-
nia

me arranca a tu poder. Yo soy cristiana.

EMP. ¡Tú cristiana también!

PUB. (a los pies del emperador).

Perdón, Augusto;

miente. No más porque tu amor rehusa,

del falso crimen de impiedad se acusa.

Miente, miente, señor.

sof. Pavor ni susto

la muerte no me da: mi audacia excusa,

Publio: cristiana soy: que muera es justo.

PUB. Por los años, señor, que os he ser-
y lides que por vos he peleado, [vido

su falsa acusación dad al olvido:

no es cristiana, señor, os ha engañado.

Vuestra es, señor, salvadla, y vuestra ira

cébase sólo en mí, no en su mentira.

EMP. Me atosiga la cólera.
SOF. (al pueblo y soldados).

Romanos,
noble soy: y, de Roma ciudadana,
no puedo esclava ser: mas soy cristiana,
y me cumple morir con mis hermanos.
Esa es la ley.

EL PUEBLO y los SOLDADOS.
¡Sí, sí, mueral

EMP. En buen hora,
muera: gusto os daré: mas oye cómo
(A Publio.)

yo la expondré en mitad del hipodromo,
y escarnio de la turba mofadora
su desnudez será: su vista impura
hozará su nobleza y su hermosura.

PUB. ¡Deshonor tan infame!

EMP. Sí; y tú atado,
en medio de la arena bajo un yugo,
su vergüenza verás.

PUB. Antes, malvado,
sea mi propio brazo su verdugo.

(La hierre con su puñal.)

EMP. ¡Villano!
SOF. (cayendo). Publio, bien.
(Al emperador.)

Nada tu encono
puede ya contra mí: con honra muero.

(A Publio.)
Publio, recibe tú a mi adiós postrero.
(Al emperador, y haciendo el último es-
fuerzo.)

Augusto emperador, yo te perdono.

EMP. ¡Qué has hecho, miserable! Me
[horrorizas.
¡Quitádmelo de aquí! Llévadle al fuego,
y esparcid por el viento sus cenizas.]

PUB. Yo me espanto también; llevad-
[me luego.

Impulso fué del corazón pagano,
mas fué el impulso de su misma estrella
que me arrastra a mi bien. Pueblo romano,
quiero partir mi eternidad con ella.
Yo a las fieras también... Yo soy cristiano.

LA MEJOR RAZÓN, LA ESPADA

COMEDIA EN TRES ACTOS ¹⁶

ESCRITA SOBRE UNA DE MORETO

PERSONAS

DON PEDRO DE PANTOJA, joven soldado.
 DON DIEGO DE GAMBOA, mercader.
 DON LOPE, letrado, padre de
 DOÑA JUANA.
 DOÑA ÁNGELA, su prima.
 GUIJARRO, gracioso, y criado de Pantoja.

LEONOR, criada de doña Juana.
 UN ESCRIBANO.
 UN ALGUACIL.
 ARJONA.
 EL DUQUE DE ARCOS.

La escena es en Sevilla

ACTO PRIMERO

Sala en casa de don Lope. Puertas a izquierda y derecha. Reja en el fondo

ESCENA PRIMERA

LEONOR; GUIJARRO, entrando

GUIJ. ¿Estás sola?

LEON. Sí.

GUIJ. ¿No hay miedo?

LEON. No; mas despáchate aprisa,
 no vuelva el amo de misa
 y nos coja en el enredo.

GUIJ. ¿Y tu ama?

LEON. En su cuarto está,
 llorando su desventura.

GUIJ. ¿Pues qué nuevo mal la apura?

LEON. Qué ha dado a don Lope ya

el duque de Arcos licencia
 para poder desde luego
 desposarla con don Diego.

GUIJ. ¡Qué dices! Eso es demencia.

LEON. La purísima verdad
 es lo que digo, a fe mía.

GUIJ. Pásela por tal tu tía,
 que para mí es necesidad.

¿Mas no la podremos ver?

LEON. Es imposible, que siento
 que de uno en otro momento
 debe su padre volver.

Y es fuerza que esta mañana
 se lo advierta a tu señor.

GUIJ. Pues ten por cierto, Leonor,
 que te echa por la ventana:
 porque Pantoja, mi dueño,
 como sabes, es un hombre
 del demonio, y danle el nombre

de Satanás el pequeño;
y no le dijera yo
eso que me dices tú,
por la plata del Perú.

LEON. ¡Lindo mandrial! ¿Y por qué no?
Yo tengo cierto papel
que le escribiste doña Juana.

GUIJ. Hablaras para mañana;
si lo tienes, dígalo él. *(Le da un papel.)*

LEON. Y a mí también me han tratado,
Guijarro, otro casamiento.

GUIJ. Siempre estimaré tu aumento.
¿Ese de don Diego el criado?

LEON. Ese mismo; pero yo
sólo a mi Guijarro quiero,
y con él casarme espero.

GUIJ. Con la frente. ¿por qué no?
¿Yo casarme? ¿Estás en tí?

LEON. ¿Pues no te vendrá muy ancho?
GUIJ. Pues por eso no me ensancho;
no es lo ancho para mí.

LEON. Pues di, pícaro, bribón,
¿por qué casarte no quieres?

GUIJ. Porque todas las mujeres
tenéis mal de corazón.

LEON. No se entiende eso conmigo,
que soy doncella y honrada.

GUIJ. Si fueras como mi espada,
que no la ha entrado enemigo,
fuera gran merced de Dios.

LEON. Fuera de las once mil,
no hay doncella más gentil.

GUIJ. Eso veremos los dos,
cuando yo, si pierdo el juicio,
cometa el tremendo error
de admitirte, Leonor.

LEON. Parece que hablas de vicio;
mas por vida de mi madre...

GUIJ. *(interrumpiéndola)*. Fué ella una
[santa mujer.

LEON. Que te tengo de poner...

GUIJ. ¿Como ella puso a tu padre?

LEON. En la espina de la zarza.

GUIJ. Si es parrilla, yo lo creo.

LEON. ¿Te remontas, don Poleo?

GUIJ. No remonto, doña Garza.

LEON. Quédate para quien eres.

GUIJ. Quédome para quien soy.

LEON. Yo me voy para quien voy.

GUIJ. Vete para quien quisieres.

LEON. En mi vida te he de hablar.

GUIJ. En mi vida te hablaré.

LEON. Con el tiempo te pondré.

GUIJ. De modo que pueda arar.

LEON. No, sino que digas tú...

GUIJ. Que soy manso por demás.

LEON. Quédate con Barrabás.

GUIJ. Márchate con Belcebú.

(Vase Leonor.)

ESCENA II

GUIJARRO, después DON PEDRO
DE PANTOJA

GUIJ. Ya te volverás a mí,
que tus despiques entiendo;
pero vámonos corriendo,
no me atrape el viejo aquí.

PED. Guijarro, ¿con quién hablabas?
¿Quién contigo estaba, di?

GUIJ. Ese responde por mí,
(Dale el papel.)

que como guardando estabas
mi espalda, dejar no quise
el negocio a lo mejor.

PED. ¿Te dió este papel Leonor?

GUIJ. Que doña Juana te avise
cosas de gusto quisiera.

PED. Novedad debe de haber:
voy el papel a leer.

GUIJ. ¿No será mejor afuera?

PED. ¡Eh!
(Con desprecio y leyendo luego.)

(Lee.)

«Dueño mío, mi padre quiere casarme
con don Diego. Tengo, pues, por acer-
tado que me pidas por esposa, para que
yo pueda declararme: esto consiste en
la brevedad, y de tu resolución me harás
participar esta noche por la reja.—Dios te
guarde.»

Di, infame, ¿no pudieras
llamarme cuando Leonor
te dió este papel?

GUIJ. Señor,
no hagamos las burlas veras.
Sin levantar testimonio

a esa pícara, lo hacía con tal prisa, que tenía una vuelta del demonio.

PED. ¿Algo la dirías tú, que te conozco, bribón?

GUIJ. En dándote un apretón, lo das todo a Belcebú.

Salgamos de aquí de prisa, señor, toma mi consejo, que nos va a atrapar el viejo.

PED. ¿Dónde está don Lope?

GUIJ. En misa.

PED. No, sin ver a doña Juana no me voy, viven los cielos, que esa carta me dió celos.

GUIJ. Esta noche en la ventana podrás arreglarlo todo.

PED. ¡Con don Diego ha de casar! No, que yo lo he de estorbar!

GUIJ. ¿Y cómo?

PED. De cualquier modo.

GUIJ. Yo no le encuentro, señor.

PED. Yo, sí; aguardándole a entradas de una calle, y a estocadas matándole.

GUIJ. Es lo mejor. Mas si quisieras consejo tomar de un amigo...

PED. Dí.

GUIJ. Yo me quedaría aquí y se la pidiera al viejo: que, pues dice doña Juana que la pidas por esposa, será diligencia honrosa.

PED. Será diligencia vana, pero lo haré, y si me niega lo que promete a don Diego...

GUIJ. La sacas de casa luego, y, pues que el amor es ciego, vais a que os dé testimonio un cura, dé lo de Dios, y al punto cerráis los dos con el santo matrimonio.

PED. Tu consejo he de tomar.

GUIJ. Valgo para consejero un Potosí de dinero. ¿Y en qué me lo has de pagar?

PED. En diez palos al contado, librados en la alameda.

GUIJ. Guarda, señor, tu moneda, que no estoy necesitado.

ESCENA III

DICHOS, LEONOR

LEON. ¿Qué veo? ¿Aún estás aquí? ¿Y con tu amo? Idos, por Dios, que os va a encontrar a los dos don Lope.

PED. Que sea así, deseo yo.

LEON. ¿Para qué?

PED. Para decirle aquí hoy que a su hija en quitarle estoy, como él hoy no me la dé.

LEON. Todo eso está bien, señor; mas si os ve dentro su casa, va a dudar, por lo que pasa, de su hija en el honor.

Va a creer que os llamó ella misma, que os habló y aconsejó, y os va a contestar que no.

GUIJ. Y se va a armar aquí un cisma que ni el de Calvo.

LEON. Mirad; tomad ahora la escalera

y andad a esperarle afuera, y cuando él entre, llamad.

De este modo se consigue que vos hagáis la deshecha, y que don Lope sospecha contra nosotros no abrigue.

PED. Dices bien.

GUIJ. Tiene razón; es un lince esta mujer.

PED. Vamos, pues, para volver.

GUIJ. (a Leonor). Sabes más que Salomón.

ESCENA IV

LEONOR, después DOÑA JUANA

LEON. Gracias a Dios los eché; creí que no se rendían, y ya en brasas me tenían.

que salen de la Mercé.
(Mirando por la reja.)

los de la misa de doce.

JUANA. Leonor, ¿quién estaba aquí?

LEON. Vuestro Pantoja.

JUANA. ¿Era él?

LEON. Sí.

JUANA. ¿No avisaste?

LEON. Se conoce

lo que os ciega vuestro amor:

aprisa le hicie salir,

que sentía ya venir

por la calle a mi señor.

JUANA. ¿Y el papel?

LEON. Se le entregué

para el amo a su criado.

JUANA. ¡Ay, Leonor, cómo he quedado

después que mi padre fué

con don Diego mi enemigo!

Pues mi enemigo ha de ser

quien me procura ofender.

LEON. De tu padre es tan amigo,

que en él se puede esperar

un marido a letra vista.

JUANA. En vano el alma conquista

quien no la puede agradar.

Leonor, Pantoja ha de ser

sólo mi esposo en el mundo.

LEON. ¿Tu amor será tan profundo?

JUANA. Todo lo vence el querer.

LEON. Tenéis razón, doña Juana;

más vale, como Pantoja,

pobre que a mucho se arroja,

que rico de alma villana.

Todo es mascar matrimonios

a la vista de la dama

el don Diego, y de la fama

despreciando testimonios

como le den los dineros

que tenéis, no piensa avaro

en que os comprará bien caro,

a ser ellos verdaderos.

Mas la prima Ángela viene

disimulemos, señora.

LEON. En verdad que os asombra

como es de clara —

y la razón que os da —

¿también? —

ESCENA V

DOÑA JUANA, DOÑA ÁNGELA, LEONOR

JUANA. Hola, Ángela, ¿se acabó

la misa ya?

ÁNG. Sí.

JUANA. Fué corta.

ÁNG. No fué muy larga.

JUANA. ¿Y mi padre?

ÁNG. Con don Diego por esotra

puerta del jardín entró

en el escritorio ahora.

JUANA. (Ya vienen mis enemigos

a atormentar mi memoria.)

ÁNG. ¿Puedo darte el parabién?

JUANA. ¿De qué, prima?

ÁNG. De que gozas

en vísperas de tratado

la certeza de ser novia.

Tu padre, según entiendo,

con don Diego de Gamboa,

ese noble caballero

que te pide por esposa,

quiere confirmar las paces,

con él casándote.

JUANA. Cosas

son éstas que todavía,

aunque se dicen, se ignoran.

ÁNG. ¿Pues hay a la voluntad

de don Lope quién se oponga?

JUANA. Quien se oponga, Ángela, no,

que soy humilde de sobra

para oponerme a mi padre;

mas oír de mi boca

las razones que me asisten,

y las causas que lo estorban.

ÁNG. Eso es hablar demasiado,

prima: y a fe que me asombra

el verte tan atrevida

en palabras tan impropias

de hija que honrada ha nacido

y que de humilde blasona.

JUANA. Ángela, ya basta de eso;

que esa plática enfadosa

que me diriges a fuer

de mi dueña o preceptoría,

tu corazón me descubre,

y la esperanza recóndita

que dentro de él alimentas, aunque lo ocultas traidora.

ÁNG. ¿Yo esperanza? Tú deliras, prima Juana, tú estás loca.

JUANA. ¡Local! ¿Pues qué haces de [noche, cuando en tu aposento a solas ni cierras bien tu ventana, ni apagas la mariposa?

ÁNG. Aderezo mis labores, y oraciones piadosas, rezo antes de darme al sueño, como cristiana devota.

JUANA. ¿Y escapulario no tienes ni imágenes en tu alcoba, que el cielo ver necesitas por las rejas? ¿O es que oras ante la faz de la luna, y a las estrellas te postras, como dicen que lo hacen los sectarios de Mahoma?

ÁNG. Prima, ¿qué dices?

JUANA. Escúchame, prima Ángela, que nosotras las mujeres, ya nacemos entendiendo de estas cosas. Tú accehas desde tu reja todas las noches la hora en que a hablarme por la mía viene mi galán Pantoja.

ÁNG. Yo accechar... ¿y para qué?

JUANA. Eso es lo que me acomoda preguntarte: ¿es que lo haces de atrevida, o de envidiosa?

ÁNG. ¡Yo de envidial!

JUANA. Ya te entiendo, prima Ángela; tú le adoras en silencio, y nos escuchas de sentida o de celosa.

ÁNG. Pues bien, es cierto; os escucho desde mi ventana propia, mas como muro a su audacia y de tu honor defensora.

JUANA. Guarda, prima, tu defensa para otra ocasión más próspera, que bien mi honor se defiende de quien a mi honor no osa.

ÁNG. Don Pedro es un libertino.

JUANA. En lenguas murmuradoras.

ÁNG. Es un galán de costumbre y galanteador de todas.

JUANA. Porque no quiso a ninguna de las que obsequió hasta ahora.

ÁNG. Porque todas le evitaron por su audacia licenciosa.

JUANA. Porque darían camino para su licencia todas.

ÁNG. Tú sola eres, pues, la santa.

JUANA. No, la honrada soy yo sola, y en la que honor ven los hombres, no atentan nunca a su honra.

ÁNG. Contigo sólo es cortés quien fué osado con las otras.

JUANA. Yo con decoro le escucho, y él con decoro me adora.

Que nadie quiere perder la buena opinión que goza, y quien honor ve en su dama, con honor siempre se porta.

ÁNG. Muy filosófica estás.

JUANA. Y tú en extremo celosa.

Y, en fin, ya ves y ya sabes, ya te he dicho y ya te consta que estimo, quiero y adoro a don Pedro de Pantoja.

Ya ves que él me quiere a mí con pasión íntima y honda; y si mi padre se empeña en que la mano de esposa le dé a su amigo don Diego, resuelta, aunque respetuosa, le diré: padre, yo le amo; o él o nadie.

ÁNG. Y sin demora

te contestará don Lope: pues o de don Diego, o monja.

JUANA. Y me encerraré en el claustro con su amor y su memoria. (Vase.)

ESCENA VI

DOÑA ÁNGELA, LEONOR.

ÁNG. ¡Cuán verdadero es su amor!

LEON. En verdad que lo es, señora, como es de clara su lengua y la razón que la abona.

ÁNG. ¿Tú también? Tú la haces capa.

de su amor encubridora.

Pero yo haré que don Lope pronto en la calle te ponga.

LEON. ¿Vos haréis tal? ¡Vaya en gracia! ¿A que el refrán corroborar de que te echará de casa quien vendrá de fuera?

ANG. ¡Holala! Deslenguada, ¿me replicas?

LEON. Señora primita, oiga: Vos a don Pedro queréis,

y él a vuestra prima adora: yo llevo y traigo sus citas

y sus cartas amorosas; mas, pues vos sois forastera

y ella está en su casa propia, ni quito ni pongo reina

cuando ayudo a mi señora.

ESCENA VII

DOÑA ÁNGELA

Amar sin ser de amor correspondida,

y a quien amo mirar que a otra enamora,

pena es del corazón mal resistida,

pena que crece cuanto en él más mora.

Mas mi esperanza aún no está perdida,

yo seguiré su luz consoladora

hasta su fin, y arrostraré mi suerte,

que todo es vida hasta llegar a la muerte.

Pero don Diego y mi tío

vienen aquí: de ambos huyo. (Vase.)

ESCENA VIII

DON LOPE, DON DIEGO

LOPE. Mi honor desde hoy será suyo,

su honor desde hoy será mío.

DIEGO. Mi persona, hacienda y vida hoy a vuestros pies ofrezco,

pues tanta dicha merezco.

LOPE. Esta es cosa concluida;

vuestra sangre de hoy, don Diego,

será blasón de la mía,

pues reino en este día

mi interés con mi sosiego.

¿Leonor? (Llamando.)

ESCENA IX

DICHOS, LEONOR

LOPE. Di a doña Juana que la llamo.

LEON. ¡Oh letra vial! ¡Quién te perdiera la pista por la estafeta mañanal! (Vase.)

ESCENA X

DICHOS, DON DIEGO

LOPE. Esta noche la hablaréis para hacer las escrituras.

DIEGO. Serán mis dichas seguras, pues tal fineza me hacéis.

ESCENA XI

DICHOS, LEONOR

LEON. Un tal don Pedro Pantoja, si le concedéis licencia,

me ha dicho que quiere hablaros.

LOPE. Mejor, habladora, hicieras en negar que estaba en casa;

mas dile que entre. (Leonor va a buscar a don Pedro y vuelve con él.)

ESCENA XII

DON LOPE, DON DIEGO, DON PEDRO PANTOJA, LEONOR

PED. Sintiera que mi vista os enojara.

DIEGO. Si es secreto, iréme fuera.

PED. Antes me habéis de servir, por vuestra mucha nobleza,

de padrino con don Lope.

DIEGO. En cuanto serviros pueda, podéis disponer de mí,

PED. Señor don Lope, la fuerza o la obligación de honrado,

es en mi segunda estrella. Yo soy don Pedro Pantoja;

dejo aparte la nobleza de mi sangre, pues la gozo por mi antigua descendencia, como lo dice la fama.

No tengo ninguna renta, pero tengo un alma noble, que fué la mayor riqueza que heredé de mis pasados. Tomar estado quisiera por domar la juventud de mi espíritu, que llega por su altivo natural, a ser de naturaleza, si no aliento de la luz, escándalo de la tierra. Por esta causa, señor, conociendo la nobleza de vuestra casa, os suplico sin retórica elocuencia, que me otorguéis por esposa a la sin par en belleza doña Juana, si es que puede mi calidad merecerla.

LOPE. Ya a fe que no es de pedirla muy retórica manera.

PED. Perdonad mi atrevimiento, que como dejé las letras y me precio de soldado, os hablé de esta manera.

LOPE. Señor don Pedro Pantoja, bolgárame muy de veras que me hubierais dado parte antes de ahora.

LEON. *(al paño)*. Aquí es ella.

LOPE. El señor don Diego y yo hablamos en la materia diversas veces, y quiso el que todo lo gobierna, que yo le diese mi hija por mujer; y sólo resta el hacer las escrituras para que su esposo sea.

PED. Como vos, don Diego, es llano que estáis enseñado a ser caballero mercader, queréis ganar por la mano; mas esta joya que espero obtener yo, ¡vive Dios!, que no es joya para vos

aunque deis el mundo entero. Que como vuestros pasados labraron piedras, errantes, entendéis que estos diamantes se ablandan con los ducados.

DIEGO. Eso es decirme, judío.

PED. Como gustéis; y pues así lo entendéis, lo dicho, dicho se está. Las joyas, para comprarlas, como cumple a vuestras prendas, allá en las públicas tiendas os pertenece buscarlas. Mujer de venta no os falte, pues vuestro oficio lo apoya, que no merece esta joya que vuestra sangre la esmalta.

DIEGO. Que la poca cortesía hable con tanto descoco, no me espanto, porque un loco es necio de fantasía.

No me podéis ofender con oprobio ni deshonra, porque siempre habla sin honra quien no tiene que perder. No agravia vuestro conecito a mi nacimiento honrado, porque un villano enojado a nadie guardó respeto. Y esta joya, de los dos a la par apetecida, aunque es joya muy lucida, la merezco más que vos.

PED. Menos palabra y más obra; y, pues tan nobles mujeres no son para mercederes, cuanto se añada nos sobra.

Salgamos ambos afuera, si a ello el mercader se atrejo, y verá quiénes Pantoja.

DIEGO. ¿Salir con vos? Necio fuera, cuando en salir me desdoro con tan pobre caballero.

PED. Pues bien, tomad en acero lo que me pedís en oro.

(Dale un cintarazo.)
DIEGO. ¡Vive Dios, que he de lavar con tu vida tal ultraje!

LOPE. Caballeros, en mi casa...
DIEGO. Hombres como yo no nacen
con menos obligaciones.

PFD. Pues defiéndete si sabes.
(Don Pedro mete a don Diego a cuchilladas. Don Lope quiere seguirlos; y doña Ángela y Leonor, que salen, le detienen. Ruido de armas dentro.)

ESCENA XIII

DON LOPE, DOÑA ÁNGELA, LEONOR

ÁNG. A tu edad no te conviene seguirlos.

LOPE. Terrible lance: ¡en mi casa tal deshonra!

ÁNG. Ellos están ya en la calle; y el tumulto de la gente los ha dividido.

LOPE. Acabe la vida con el dolor, pues el cielo quiso darme cuando más gusto tenía, este pesar a mi sangre, a mis canas este oprobio y esta mancha a mi linaje.

ÁNG. Mirad lo que hacéis, señor.

LEON. Señor, no salgáis.
LOPE. Dejadme, que siempre el vulgo se inclina, como bárbaro inconstante, a sentir infamemente de los pechos más leales. (Vase.)

ESCENA XIV

DOÑA ÁNGELA, LEONOR, DOÑA JUANA

JUANA. ¿Qué ruido es éste? ¿Qué pasa?

LEON. Con lindo descuido sales. Don Diego como un león, bajó rodando a la calle; y Pantoja, como un tigre, se lo llevó por delante tirándole lo que llaman estocadas de buen aire.

JUANA. ¡Dios mío!

LEON. Pero no temas,

que ya les metieron paces, y dividióles la gente a cada cual por su parte.

ÁNG. Bien excusados tuvieras, prima Juana, estos desastres, que al vulgo dan que decir y que sentir a tu padre. (Vase.)

ESCENA XV

DOÑA JUANA, LEONOR

LEON. Esta prima lleva mosca.
JUANA. Recelo que ha de causarme más disgustos con sus celos, que don Diego en empeñarse en lograme por esposa.

LEON. Por mucho que ambos se afanen, a la luna de Valencia tendrán los dos que quedarse.

JUANA. Esa prima...
LEON. No es tercera, mas ella caerá en el lance tapándola yo los ojos.

JUANA. ¿Qué haremos?
LEON. Empandillarles la vista al viejo y la prima, y cuando el gallo cantare, *media noche era por filo* y lo demás del romance.

JUANA. Mas ¿si no viene Pantoja? ¿Si mal de la riña sale?

LEON. No temas: para un soldado, un mercader poco vale.

JUANA. ¡Ay!, no lo sé.

ESCENA XVI

DICHOS; GUIJARRO, a la reja

GUIJ. Ce, señoras.

LEON. Ya está aquí quien nos lo trae.

JUANA. ¿Quién es, Leonor?

LEON. El criado de Pantoja.

JUANA. ¿Dó está? ¿Qué hace tu amo a estas horas? ¿Salió con fortuna de aquel lance?

GUIJ. Con ayuda de mis puños

siempre con fortuna sale: los dos en tres manotadas y convertimos una calle en estrecho cementerio de cincuenta y dos cadáveres.

LEON. ¡Jesús, con cincuenta y dos concluiste!

GUIJ. Y aún es fácil que equivoque algún guarismo por la prisa en rebanarles.

Zis, zas, zis, a éste y al otro, en poquitos instantes quedó el campo por Pantoja en cuanto salió a ayudarle.

LEON. Vamos al caso, Guijarro, y déjate de dislates: ¿vendrá tu amo esta noche?

GUIJ. Eso vengo de su parte a decírlas: que le esperen.

JUANA. Así será: mas mi padre vuelve. Entrémonos, Leonor, que no nos vea, y tú márchate.

LEON. Adiós, Guijarro.

GUIJ. Adiós, peña.

LEON. ¡Ojalá el tiempo te ablande!

GUIJ. Ya estoy yo de mantequilla, cómo te ablandas mirándote.

LEON. Pues pelillos a la mar.

GUIJ. Pues con todo al Santo Padre.

LEON. Adiós.

GUIJ. Adiós.

LEON. Hasta luego.

GUIJ. Dios con bien de ti me saque.

ACTO SEGUNDO

Patío en una casa grande que se supone formar ángulo a dos calles. En el fondo, puerta que da a la una. A la derecha, otra que da a la calle inmediata. A la izquierda, la puerta interior de la casa y una reja de las habitaciones bajas.— Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DON DIEGO, ARJONA, *asomando a la puerta del fondo sin pasar el dintel*

ARJ. ¿Esta es la casa?

DIEGO. Esta es, y aquí ese hombre ha de venir.

ARJ. Aquí, pues, ha de morir.

DIEGO. Si resiste, sea, pues.

Mas tu obligación primera es detenerle hasta el punto que yo llegue.

ARJ. Yo barrunto que es mejor de otra manera.

DIEGO. ¿Cómo?

ARJ. Esperándole yo en esa calle cruzada, y dándole una estocada segura.

DIEGO. Arjona, eso no.

Por él me desprecia a mí, y es preciso que le tope

en la casa de don Lope la justicia, y vea así

esa ingrata doña Juana por lo que muere Pantoja,

y quién a darle se arroja una muerte tan tirana.

ARJ. Como gustéis; menos cuesta detenerle que matarle.

DIEGO. Yo con mi gente a atacarle vendré por la calle opuesta.

Si ésta le impides tomar *(La del fondo.)* defendiéndola con brío,

no dudes que el garbo mío te lo ha de recompensar.

ARJ. ¿Será, pues?

DIEGO. Doble la paga si le detienes aquí

hasta que me toque a mí.

ARJ. Su merced se satisfaga; señor don Diego, se hará

como a usarced se le antoja, y aquí esta noche a Pantoja detenido encontrará.

DIEGO. Mira que es hombre pujante.

ARJ. A nadie en el mundo temo.

DIEGO. Me han ponderado el extremo de tu valor arrogante, y por eso te escogí

entre toda la cuadrilla.

ARJ. Don Diego, no hay en Sevilla quien me ponga miedo a mí.

Ni hay bravo que se me iguale, ni galán que se me huya,

ni lance que no concluya

a gusto de quien lo vale,
como yo en él me entrometa
y el precio vaya al contado.

DIEGO. ¿El precio te da cuidado?

ARJ. No, basta que ué prometida.

Que los que cual vos, por modos
varios, sin riesgo en su honor,
acuden a mi valor,

pagan, y Cristo con todos.

DIEGO. Ea, pues, en tí me fio,

Arjona.

ARJ. Fiar podéis.

DIEGO. ¿Le hallaré aquí?

ARJ. Le hallaréis,

vivo o muerto, al lado mío.

DIEGO. Pues, adiós.

ARJ. Idos en paz.

ESCENA II

ARJONA

¡Tanto afán para un solo hombre!
¡Aunque fuera, por mi nombre,
algún tigre montaraz!

Mas el tal Pantoja dicen

que hombre es que por todo arranea,

y que dejó en Salamanca

memorias que le eternicen.

¡Ponderaciones serviles

serán del vulgo villano!

Zurraría a un aldeano

o una ronda de alguaciles,

y de ahí le vino la fama,

¡Mas alguien llega; me aparto. (Se oculta.)

ESCENA III

ARJONA, oculto; GUIJARRO

GUIJ. No tiene luz en su cuarto

la doncella ni la dama.

¡Qué diablos sucederá!

Las calles están desiertas

y aún tienen así las puertas...

¡Ay, Guijarro, malo val!

¡Y a mi amo que se le antoja

que avise yo su venida

para que esté prevenida!

¡Válgate Dios por Pantoja!

(Andando a tientas.)

¿Quién ve aquí sin ser mochuero?

¡Qué oscuridad, San Cirilo!

¡Ay! Tengo el alma en un hilo

y me aborcaran con un pelo.

¿Y a quién daré yo el recado

de mi amo...? A nadie veo,

y me atrapan si voceo.

ARJ. (¿Qué querrá aquí este emboza-

[dó?]

GUIJ. ¡Hola, allí abren una reja!

ESCENA IV

GUIJARRO, LEONOR, en la reja; ARJONA,

oculto

LEON. Si doblaran por aquí

para avisarle... ¡ay de mí!

La claridad que refleja

de este cuarto la bujía,

descubre un bulto allí lejos.

GUIJ. De la luz con los reflejos...

(Mirándola.)

¡Es ella!

LEON. ¡Por vida mía!

Es Guijarro.

GUIJ. ¡Bueno es eso!

¿En tal hora y tal lugar,

quién aquí pudiera estar

sino un guijarro o un queso?

LEON. ¿Qué, tienes frío?

GUIJ. ¡No es cosa,

y está helando! Pues me gusta.

LEON. Habla bajo.

GUIJ. ¿Qué te asusta?

LEON. Que anda al robo la raposa.

GUIJ. ¿La primita?

LEON. Y el golilla.

GUIJ. ¡Guarda, Pablo!

LEON. Porque hablarnos

no pudiérais ni encontrarnos,

una cosa muy sencilla

discurrió.

GUIJ. ¿Cuál?

LEON. El mandar

que en este cuarto durmiéramos,

y que la calle no viéramos por do pudierais rondar.

GULJ. Pues discurrió como un pavo si el patio abierto dejó.

LEON. Mandé al jardinero yo que le abriera.

GULJ. Eso es más bravo.

LEON. ¿Y tu amo?

GULJ. Que os avisara de que iba a venir me dijo.

LEON. Pues que no se ande prolijo, porque tal vez le pesara.

GULJ. ¿Por qué?

LEON. Porque anda don Lope empeñando a doña Juana

en que se case mañana,

y ojalá tu amo no tope

al novio, que anda muy ancho

buscando trazas sutiles

con matones y alguaciles,

y más bravo que don Sancho.

Conque a perder la ocasión

de esta noche, yo presiento

que va la niña a un convento.

(Asoma Arjona.)

Mas oye, junto al portón

veo un bulto.

GULJ. Dios me valga.

LEON. (Cierra la ventana.)

Corre a avisar a don Pedro.

ESCENA V

GUIJARRO, ARJONA

GULJ. Pues de lance en lance medro,

si se antoja en que no salga.

Tomo por esotra calle,

y si allí me llevo a ver,

no paro yo de correr

hasta que en salvo me halle.

ARJ. (saliendo.)

Hola, hidalgo, ¿dónde va?

GULJ. A buscar una comadre,

que está mi mujer de parto.

ARJ. ¿Tan apretado es el lance

que a Leonor acudía?

GULJ. (Vamos, todo éste lo sabe).

La verdad, ya que he tenido

el honor que me escuchase
vuesa merced...

ARJ. ¡Bah! Silencio,

y aquí hacia mi lado apártese

basta que llegue don Pedro.

GULJ. ¿Para que mejor me agarre

cuando a su lado me tenga?

ARJ. ¡Vive Dios, que si no lo hace

le voy a moler a palos!

GULJ. Eso si yo me dejare.

ARJ. ¿Qué haréis vos?

GULJ. Ya lo veríamos.

ARJ. Ea, pues, la espada saque.

GULJ. No, que es doncella, y por mí

jamás ha de entrarla nadie.

ARJ. Ea, desnúdela y venga.

GULJ. La puede hacer daño el aire,

ARJ. Venga, o por Dios que de un tajo...

GULJ. ¡Ah, ¡ah, ya de la otra calle

di con la puerta.) Dios quede

con él, y mire, compadre,

que aunque ahora voy muy de prisa,

mañana sin que me falte

le emplazo y le desafío

para reñir en el valle.

ARJ. ¿Qué valle?

GULJ. El de Josafá, (Vase.)

a las cinco de la tarde.

ESCENA VI

ARJONA

¡Pardiez!, burlóme el truhán;

mas fuerza es que yo le alcance

o sepa si a su amo avisa:

(Llegando a la puerta.)

y echo a la puerta el escape.

¡Voto a...!, mas ya la encontré.

¡Ay de él como le atrapelé! (Vase.)

ESCENA VII

DON PEDRO, GUIJARRO, por la otra

puerta

GULJ. Señor, no entres, que aquí es

PED. ¿Quién?

De don Diego criados.

GUIJ. Tus pendamientos menguados

pavura doquier te dan.

GUIJ. Señor, que echaron tras mí por ese recodo estrecho.

PED. Si yo te hallé a poco trecho, ¿cómo ha de ser ello así?

GUIJ. Porque al revolver la esquina te topé.

PED. Pues ya lo ves, no hay nadie.

GUIJ. Pues eran tres.

PED. Tú sí que eres un gallina.

GUIJ. Sí, y armé aquí una pendencia como tú nunca la viste.

PED. ¿Y tú reñiste, o huiste?

GUIJ. Juro sobre mi conciencia, que es conciencia de guijarro, que a un criado de don Diego que sobre mí de ira ciego

se venía el muy zamarro,

con gran calma le esperé

y le di tal cuebillada,

seguida de una estocada

y un tajo que le tiré,

que a no poner con malicia

larga distancia por medio,

le rebano sin remedio

como a un nabo de Galicia.

Mas desafiado va,

como lo dirá esa calle,

para el celebrado valle.

PED. ¿Qué valle?

GUIJ. El de Josafá.

PED. Ea, acabemos, por Dios:

¿en dónde nos encontramos?

GUIJ. En el patio nos hallamos

de doña Juana los dos.

PED. Oscura noche, Guijarro.

GUIJ. Y entre sus negros tapices

voy a perder las narices

de trompición o catarro.

PED. Ten buen ánimo, que luego

volvemos a la posada.

GUIJ. Esa decisión me agrada;

mas si viene antes don Diego

con veinte o treinta criados,

¿qué haremos por esa dama?

PED. Ganar de valientes fama muriendo aquí como honrados.

GUIJ. Hablas como buen soldado; mas esa fama y honor es buena para el señor, pero no para el criado.

PED. Hombre como tú no tarda en la guarda del valor.

GUIJ. La mejor guarda, señor, es el ángel de la guarda. Encomiéndate a su brazo,

que el mío, como lo has visto, es flaco.

PED. ¡Por Jesucristo! Llegó de tu muerte el plazo si andando en mi compañía te acreditas de cobarde.

GUIJ. Mi espada llega muy tarde de noche, mas no de día; déjalo para mañana

y verás si tengo brio, que de noche me da frío como al león la cuartana.

Basta, señor, la pendencia que en esta calle tuvistes.

PED. Que éste es su patio dijistes, y ésta es la hora; prudencia, pues, será a la reja ir.

GUIJ. De no ir mi consejo toma, porque a ella no han de salir.

PED. ¿Por qué?

GUIJ. Porque hoy el golilla las guardó en otro aposento para quitarte de intento la ronda de la chiquilla.

PED. Mas veo luz, y sospecho...

GUIJ. (Que a palos me han de matar.)

PED. Que en esa reja han de estar.

GUIJ. ¡Eh, el galán si va derechol

PED. Llega con voz disfrazada como suelen llegar tú.

GUIJ. La voz tengo de Esau.

PED. Gallina, todo te enfada,

¡y voto a...!, que si me enoja...

GUIJ. Quedo, señor, ya consiento.

PED. Cien palos en tus espaldas,

que fuera lo mejor hecho.

GUIJ. De partida los tomara

mejor que mirarme en esto.

PED. Mas calla y tente, Guijarro, que ruido en la reja siento; guarda esta calle, y avisame si vienen.

GUIJ. Renuncio al puesto, porque como son dos calles y dos caminos diversos, no puedo atender a dos.

PED. Pues ponte en la esquina, necio, y está atento a las dos calles si no quieres que los huesos te rompa esta noche yo para curarte del miedo.

GUIJ. Gracias por la medicina.

PED. Pues ojo alerta, y callemos.

GUIJ. Calleemos, si llevas gusto.

Habla mientras yo calleo la calle que está callando la vecindad de don Diego. No doy por mi vida un cuarto. (Vase.)

ESCENA VIII

DON PEDRO; DOÑA JUANA, LEONOR, a la reja

JUANA. ¿Es Pantoja?

PED. Dulce dueño,

yo soy aquel que idolatra la deidad de vuestro cielo divino, al ver que es el sol y esfera de los luceros.

JUANA. Y yo, aquella que desprecia cuanto encierra el universo, por vuestra fe y lozanía, a impulso de un amor tierno. Mas el disgusto que hubisteis con mi padre y con don Diego, me tiene fuera de mí.

PED. Fué lance forzoso, y siento haberos dado pesar.

JUANA. ¿Y qué medio intentaremos para estorbar a mi padre ese loco casamiento?

PED. Uno solo he discurrido, y uno solamente encuentro.

JUANA. ¿Cuál es?

PED. Que os vengáis conmigo

una noche; es el remedio más fácil y más seguro.

JUANA. ¿Iirme con vos?

PED. ¿Qué hay en ello

que os espante? Soy quien soy, bien nacido y caballero; y os amo, y en un apuro nunca intentara ponerlos.

Pero una vez en mi casa, sólo el casarnos es medio de callar la boca al vulgo y de burlar a don Diego, pues no ha querer tomar, de todo el mundo a despecho, mujer que, tan a las claras, muestra a su enemigo afecto.

JUANA. ¿No hay más medio?

PED. Yo no le hallo; y tiene que ser muy presto, porque tiene decidido, o casaros con don Diego, o encerrarlos en un claustro.

ESCENA IX

Los mismos, GUIJARRO

GUIJ. Señor, señor,

PED. ¿Qué tenemos?

GUIJ. Cerca de cien embozados la calle bajan corriendo.

PED. ¿Estás en ti? ¿Ciento dices?

GUIJ. Cincuenta son por lo menos.

JUANA. Retiraos ya, Pantoja, que gente en la calle siento.

GUIJ. Y dentro del patio va miradlos.

ESCENA X

DICHOS, DON DIEGO, ARJONA, gente

ARJ. Sí, aquí, don Diego, el criado de Pantoja estuvo tratando en eso con la criada Leonor.

DIEGO. No cumplo con lo que debo, a ley de noble, si vive

este enemigo soberbio
de quien me siento agraviado.

ARJ. Si está reducido a empeño,
y os importa que no viva,
bien podéis darle por muerto,
porque al pie de aquella reja
entre la sombra estoy viendo
dos hombres que están parados.

GULJ. Uno, diez, noventa, ciento;
no vi más gente en mi vida;
señor, señor, no es el miedo;
¿ves los bultos, ves las armas?

PED. ¿Ves los diablos del infierno?
JUANA. Retírate, dueño mío,
y salve tu vida el cielo.

PED. No será sino mi espada,
si ayuda Dios a los buenos:
quitaos vos de la reja;
que aquí con mi brío quedo.

GULJ. Bien dice, queda con brío
doble, pues yo no le tengo.

ARJ. En la reja están hablando.

DIEGO. Sepamos quién es primero.

GULJ. Señor, a nosotros vienen.

PED. Déjales, que ya los veo.

ARJ. Quién ya digo.

GULJ. Yo no voy,

que estoy parado (de miedo).

PED. ¿Quién ha de ir? Adelante,
señores.

ARJ. Él es, don Diego.

DIEGO. ¡Muera Pantojal!

ARJ. (y demás). ¡A él, mueral!

PED. Primero por este acero

han de pasar vuestras vidas. (Riñen.)

GULJ. Conserve Dios la que tengo,

que yo no quito las vidas

de donde Dios las ha puesto.

ARJ. ¡Qué mengua, que un hombre

lleve a tantos...!

PED. Ea, perros,

fuera, que nada le importan

seis pillos a un caballero.

(Los echa de la escena a cuchilladas. Ar-

zona, que es el único que se defiende,

cae.)

ARJ. ¡Muerto soy!

UNO. Este no es hombre,
es un diablo del infierno.
(Huyen todos, y don Pedro los sigue
acuchillándolos.)

ESCENA XI

GUIJARRO; ARJONA, en tierra

GULJ. Oye, señor, no me dejes
aquí a oscuras por un muerto.
(Mirando afuera por la puerta del fondo.)
¡Válame Dios! ¡Linternillas
a estas horas? Esto es hecho.
La justicia dió conmigo,
y tras de apaleado, preso.
Pero la industria me valga;
con el difunto me tiendo,
que según estoy, sin duda
pasaré plaza de serlo.
(Se tiende boca abajo junto a Arjona.)

ESCENA XII

GUIJARRO, ARJONA; y entrando por la
derecha un Alguacil, Escribano y
Ronda.

ALG. Caballeros son sin duda;
seguirlos. Pero ¡qué ve!

Dos han quedado aquí en tierra.

ESC. Éste está pasado el pecho.

ALG. No se detenga ninguno.

Adelante, presto, presto;

cojamos los agresores,

que al instante volveremos

a recoger los difuntos.

(Vase por el fondo.)

ESCENA XIII

GUIJARRO, ARJONA

GULJ. ¿Fuéronse? Sí, ya se fueron.
Resucitemos, Guijarro,
y aunque sea contra el miedo,
limpiemos a este difunto
de cuanto tiene en el cuerpo.
(Le quita a Arjona sombrero y espada,

cambia su capa con la suya, y le mira las faldriqueras.)

Seco está de faldriqueras:
capa y espada llevemos,
pues han de ser los corchetes
sus forzosos herederos.

(Vase por la derecha.)

ESCENA XIV

DON PEDRO, *por el fondo*; ARJONA, *en tierra*

PED. Escapáronse por pies.
¿Y Guijarro? ¡Lindo cuero!
Iríase a la posada.
Mas al que maté busquemos,
que no es justo que aquí le hallen
y de la casa los dueños
paguen lo que es culpa mía,
y a don Lope carguen de ello.
Y a más, pues riñó cual bravo,
será bien que al monasterio
inmediato, sepultura
pida yo para su cuerpo.
Aquí está. Dios me perdone
el haber sido más diestro;
con esta piedad te pago
el agravio que te he hecho.
(Carga con Arjona, que habrá quedado cerca de la puerta, y vase.)

ESCENA XV

GUIJARRO, *por la derecha*; después DON PEDRO

GUIJ. No llego esta noche a casa:
en esas calles pusieron
centinelas y corchetes.

¡Mas vílame Dios y el muerto?

No está, no, ¡Santa Teresa!...

Mas se acercan, pasos siento.

¿Quién es?

PED. *(entrando)*. ¿Guijarro?

GUIJ.

¿Qué es eso?

PED. Que nos sigue la justicia.

* GUIJ. ¿Sois vos, señor?

PED. Yo soy, necio;
¿no me ves?

GUIJ. Me hacen los ojos
candelillas.

PED. Con el miedo.

GUIJ. Te lo advertí cuando vine
contigo de la posada.

PED. ¿Tú no sacaste la espada?

GUIJ. ¿Pues quieres tú que adivine
de noche a dar estocadas,
no viendo un palmo de tierra?

Pero dejando esta guerra,
y dejando las espadas,
¿qué es lo que haremos?

PED. ¡Por Dios!

¿Qué hemos de hacer? Defendernos.

GUIJ. ¿Los dos hemos de volvernos?

PED. ¿Pues no vendrán tras los dos?

GUIJ. ¿Pues hay algún texto acaso
que diga: «Degollarás
al amo, y ahorcarás
al criado en campo raso?»

PED. ¿Pues qué, no tendrás valor
para sufrir un tormento?

GUIJ. De aquí me voy a un convento.

¿Yo tormento? No, señor.

¡Lindo lazo! ¡Lindo yugo!

Mas quiero, por lo mostrenco,
una vuelta de podenco;
que no media de verdugo.

PED. Pues di, infame, mal nacido,
sin honra, di, ¿qué serás?

GUIJ. Dijo Dios: «No matarás.»

Si lo cumplo, noble he sido.

De modo que dice Dios

que no mate y tendrá honra,

y tú dices que deshonra

¿Somos cristianos los dos,

o no lo somos? Yo quiero

guardar lo que Dios me dice,

aunque el diablo me autorice

de mundano caballero.

PED. Mas oye, abren la ventana
otra vez.

GUIJ. Ella es.

ESCENA XVI

DICHOS; LEONOR, a la reja

LEON. ¿Guijarro?

GUIJ. Aquí estoy.

LEON. ¿Qué ha sucedido?

¿Está ya don Pedro en salvo?

PED. Aquí está; y mi doña Juana?

LEON. Retirada está en su cuarto

disputando con el viejo,

con objeto de estorbarlo

que salga, si es que oye ruido.

PED. Callad.

GUIJ. ¿Qué hay?

PED. Siento pasos;

mira la calle.

GUIJ. (mirando afuera). ¿Alguaciles

otra vez? Malo y remalo.

PED. ¿Es la justicia?

GUIJ. La misma.

PED. ¿Cuántos son?

GUIJ. Yo conté cuatro,

y cosa de seis corchetes.

PED. Pues saber morir honrados,

o morir en una horca!

GUIJ. ¿En la horca? Guarda, Pablo;

defiéndete tú, que yo

soy un monte de guijarros.

PED. ¿Tú tienes armas contigo?

GUIJ. Sí, sí; no te dé cuidado,

que he de ser Martín Peláez,

si tú el buen Cid castellano.

ESCENA XVII

DON PEDRO, GUIJARRO; LEONOR, a la reja;
Escribano, dos Alguaciles

ESC. ¿Sois vos don Pedro Pantoja?

PED. Yo soy.

ESC. ¿Y vos su criado?

GUIJ. Ego sum.

ESC. Vos en latín,

y vos en romance, vamos

a la cárcel.

PED. Vos y vos

es lenguaje cortésano.

Suplico a vuestras mercedes

reparen que soy soldado,
y que no pueden prenderme.

GUIJ. Ni a mí, porque soy guijarro,
y de todo mi linaje

sargento mayor y cabo.

ALG. Eso alegraréis después,
que la orden que yo traigo

es ponerlos en la cárcel.

PED. Sois ministro muy honrado;
yo a la justicia venero

como a brazo soberano;
pero no podéis prenderme

por ser noble y ser soldado.

ESC. (a los suyos). Las espadas les qui-

PED. ¿Tercera vez?

ESC. Tres y cuatro.

PED. Os suplico que dejéis
de seguir lo comenzado;

porque me he de defender.

GUIJ. Y yo, con ser un guijarro.

ESC. Matadlos si se defienden.

PED. Escriba, seor secretario,
con los rasgos de esta pluma,

que son muy gentiles rasgos.
(Riñen, y don Pedro y Guijarro, los echan

a cuchilladas.)

ESC. (huyendo). ¡Espérate, Belcebú!

No son hombres, que son rayos.

(Los acuchillan, y vuelven a la escena
don Pedro y Guijarro.)

ESCENA XVIII

DON PEDRO, GUIJARRO; LEONOR, tras
la reja

PED. Has andado como un César.

GUIJ. Dos en la calle rodaron;
déjame salir, que voy

a matar a esos borrachos.

PED. Bravo estás.

GUIJ. Yo empiezo tarde,

mas, si en ello doy, me paso.

PED. Cerrado nos han la puerta.

voz (dentro). Cerrad la casa.

GUIJ. Esto es malo.

¿Qué haremos, señor?

PED. Morir.

GUIJ. Esperad, señor, que acaso

(Volviéndose a Leonor.)

si abriera Leonor la puerta, pudiéramos escaparnos por casa de algún vecino.

LEON. Es imposible, Guijarro: tiene las llaves don Lope, y rejas todos los cuartos.

PED. Salgamos, pues, y riñendo veremos si nos libramos.

GUIJ. Vamos, pues. (Dios sea conmigo.)

LEON. Detente; si no me engaño aquí ha de abrirse una calva que a casa de un veinte y cuatro da.

GUIJ. ¿Dónde está?

LEON. Por el suelo; busca una losa a este lado que tiene en medio una argolla.

PED. Vela aquí. (La descubre.)

GUIJ. ¡Jesús! ¡qué salto!

PED. Ten buen ánimo.

GUIJ. Señor,

¿quieres morir encuevado?

PED. Mejor es morir así que de la justicia a manos. Dios vaya conmigo. (Se arroja.)

GUIJ. y LEON. ¡Echósel!

GUIJ. (asomándose). ¡Ha, señor! ¡Ha de allá abajo!

PED. ¿Guijarro? (Desde abajo.)

GUIJ. ¡Señor!

PED. Arrójate,

que por aquí estamos salvos.

GUIJ. Arrójese Satanás.

(Ruido y voces dentro.)

Pero ya llegan los diablos de los corchetes, ministros del infierno y del agarro; y si me cogen, sin duda echaré con los zapatos la bendición en el aire a todo el pueblo cristiano.

Mejor es morir aquí; vaya conmigo San Pablo,

San Lesmes y San Pacomio, que son santos ermitaños.

Cierra la reja, Leonor, no caigas por mí en el lazo, y adiós, que por ti perezo.

LEON. Adiós, y ve sin cuidado.

GUIJ. (al público). Señores, por caridad, un padre nuestro a Guijarro.

(Se arroja, y al entrar la ronda, etc., etc., cae el telón.)

ACTO TERCERO

La decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

DOÑA ÁNGELA, DOÑA JUANA

JUANA. Ángela, quien tiene amor, y es como yo tan constante, juzga que tiene su amante fineza, gala y valor.

Si don Diego es tan señor, tan rico y tan principal, no es Pantoja desigual en la sangre, ni le cede, pues si no es tan rico, puede con el tiempo ser igual.

Casarme contra mi gusto ni es cordura ni es prudencia, que semejante violencia siempre ha parado en disgusto. Obedecer es muy justo

a mi padre, pero no cuando la elección erró; que un casamiento forzado lleva el honor arriesgado, y soy muy honrada yo

ÁNG. Tu bien fundada esperanza bien la sé, que no la ignoro; pero tu noble decoro

no te pengas en balanza. Don Diego es noble, y alcanza de renta tres mis ducados; tiene deudos muy honrados; y es muy tuyo y te es muy fiel.

JUANA. Pues cástate tú con él y quedaremos pagados.

ÁNG. Yo no trato de casarme con quien no me tiene amor.

JUANA. Pues si sabes mi dolor, no trates de aconsejarme.

ÁNG. Bien pudieras escucharme, pues con tu sangre nací.

JUANA. Yo no escucho contra mí.
 ÁNG. Las palabras son espejos
 donde lucen los consejos.

JUANA. Pues tómalos para ti.
 ÁNG. Si tú tuvieras cordura,
 y excusa mi justa queja,
 no estuvieras en la reja
 mirando una desventura.
 Pantoja, ¡ciega locura!
 anoche a un hombre mató.

JUANA. Que don Diego de él huyó
 tenlo tú por cosa cierta.

ÁNG. Señal que estabas despierta
 cuando el caso sucedió.

JUANA. No estragues la cortesía,
 que no es justo entre las dos:
 ¿mas llamaron?

ÁNG. Me parece.

JUANA. Mira quién llega, Leonor.

ESCENA II

DOÑA ÁNGELA, DOÑA JUANA, LEONOR;
 GUIJARRO, *en traje de buhonero francés*

LEON. Entra, gabacho.

JUANA. ¿Quién es?

GUIJ. Juan francés, siniora, só.
 ¿Comprame puntas, encaxos,
 hilo, puntoes o culor,
 alfileres, estopillas,
 o cintilios de valor?

JUANA. (*aparte*).

(¿Leonor, no es éste Guijarro?)

LEON. (*aparte*).

(Él es; él mismo, por Dios.)

JUANA. Yo he menester unas puntas,
 Juan francés.

GUIJ. Traígo las yo.

¿Han de ser de frandra?

JUANA. Sí.

ÁNG. ¿No fuera mucho mejor
 que fuéramos a una tienda?

JUANA. Este francés gasta humor,
 y yo gusto de comprarle.

ÁNG. Buena venta le dé Dios;
 voyme, que estás enojada,
 y no has tenido razón.

ESCENA III

DOÑA JUANA, LEONOR, GUIJARRO

JUANA. Guijarro, ¿qué enigma es éste?
 GUIJ. Ponte a la puerta, Leonor.

JUANA. ¿Qué hay de nuevo?

GUIJ. Mucho mal.

JUANA. ¿Pantoja?

GUIJ. Un hombre mató.

JUANA. ¿Le prendieron?

GUIJ. Lo procuran.

JUANA. ¿Dónde queda?

GUIJ. En San Antón.

JUANA. ¿Está herido?

GUIJ. No está herido.

JUANA. ¿Se ausentó?

GUIJ. No se ausentó.

JUANA. ¿Escribeme?

GUIJ. No te escribe.

JUANA. ¿Olvidóme?

GUIJ. ¿Qué sé yo?

JUANA. Pues no me mates, acaba;
 dime lo que sucedió.

GUIJ. Dígo te lo sucedido
 con decir que a mi señor

y a mí nos vino a prender
 de corchetes un millón,

de alcuaciles mil y uno,
 de escribanos mil y dos.

Hubo doble resistencia,
 peleé como un león,

y mi amo como un tigre;
 en fin, por mí se salvó,

quedando de la justicia
 libres contra la razón.

Salimos por una cueva,
 que Leonor nos mostró,

a casa de un veinte y cuatro,
 y desde allí a un bodegón,

y desde allí a una calleja,
 y desde allí vengo yo

a decirte que esta noche,
 sin ninguna dilación,

nos salimos de Sevilla
 los tres; que ha dicho un doctor,

grande amigo de mi amo,
 que un alguacil y un soplón

me andan de noche buscando

con intento de que yo confiese culpas ajenas, para vender a pregón mis espaldas al verdugo por suela de *La mayor*.

JUANA. ¿Mas cómo ha de ser?

GUIJ. Escucha, y ten paciencia para poner atención. Él habla y yo le respondo, entiendo, pues, por los dos.

JUANA. Di. Escucha, y ten paciencia para poner atención.

Él habla y yo le respondo, entiendo, pues, por los dos.

Él me dice: Doña Juana ha de venirse conmigo esta noche. Yo le digo: su voluntad está llana.

Y él: No la puedo sacar de la presencia del viejo sin tu ayuda y tu despejo.

Yo: No te quiero ayudar. Guíate por tu capricho, que el consejo más venial se me vuelve a mí mortal.

Él: ¿Cómo qué...? Yo: Lo dicho.

Él: Vístete de estudiante, véle de un pleito a informar, y así me darás lugar de sacarla. Yo: adelante.

Él: Tan bueno es el remedio que no puede ser mejor.

Yo: Más fácil es, señor, que me abra de medio a medio la cabeza. Él: ¡Voto val!

¿Qué riesgo puedes correr si mi espada has de tener contigo? Yo: Bien está:

mas si al tiempo de informarle del pleito, latín o griego, entrare el señor don Diego...

Él: Pues si él entra, matarle. Insisto yo, y él porfia, no hay razón que le concluya

y se sale con la suya, y aquí estoy yo con la mía. ¿Entendistes?

JUANA. Entendí.

GUIJ. Pues dentro de un breve instante estará aquí el estudiante.

LEON. ¿Con paje?

GUIJ. Mucho que sí.

Todo lo cual, de contado, vendrá a parar, doña Juana, en que yo vendré por lana y volveré trasquilado.

JUANA. Yo te haré tal recompensa.

GUIJ. A buena hora, ¡voto al sol!

Que oígo al viejo en la escalera.

JUANA. Válgate el ingenio.

GUIJ. ¡No que no!, pues mis costillas

lo verán, mediante Dios.

¡Quia comprar puntas y encaxos!

ESCENA IV

DICHOS, DON LOPE

LOPE. Hola, buen hombre, ¿quién sois?

GUIJ. Juan Franchut; ¿no conoserme?

LOPE. ¿Qué vendéis?

GUIJ. Vander color,

hilo, pontillas, rosarios, peines de corno, jibón, estoraque, yesca, menjos, pontas de flandras, olor, azabache.

LOPE. Basta ya.

¿Vendisteis?

GUIJ. Nada, por Dios, ser todos en casa vuestra tan ruines como un piñón.

¿Quia comprar pontas y encaxos?

(Al marcharse da con don Diego, que entra.)

ESCENA V

DICHOS, DON DIEGO

DIEGO. Hola, buen hombre, ¿quién sois?

GUIJ. (Esta es otra.) Yo, señor, Juan Franchut.

DIEGO. ¿De qué nación?

GUIJ. Señor, ser de Picardía, que es de Francia la mecor.

DIEGO. ¿Conque francés, eh? (Mirándole.)

GUIJ. Franchut, oui, monsieur. (Perdido soy.)

DIEGO. Como que he visto yo a esté [hombre,

GUIJ. ¿Querer vosté, mi señor, algunos peinas de corno?

DIEGO. Vos soís francés como yo.

GUIJ. Ouí, ser franchut, güi monsieur. (Conocióme el picarón.)

¿Qué diabros mirar a moá coquen, señor español?

Juan Franchut ser: ¿qué quererme?

¿Ser yo acaso algún latrón?

Viva Cristus que le mate.

¿Quiá comprar pontas, culor,

hilos, pontillas, encaxos...?

(Vase gritando.)

LEON. (a doña Juana). Lindamente se [escapó.

DIEGO. Perdonad, yo vengo luego, que me lleva la pasión

de mis celos a saber

si Pantoja se ausentó. (Vase.)

LOPE. Leonor, salte allá fuera.

LEON. Sermón tenemos. (Vase.)

ESCENA VI

DON LOPE, DOÑA JUANA

LOPE. El dolor quisiera no exprimir: esperar viva mi honra

y muera mi deshonra,

que la acción más lucida

es por tener honor perder la vida.

(Llevémoslo por bien, que la prudencia

es hija del valor y la paciencia.)

Hija, diversas veces he tratado

de que tomes estado

conforme a tu nobleza: cuerda eres,

y las nobles mujeres

que quieren más su gusto que su honra,

halagan su deshonra.

Dicenme que Pantoja dió la muerte

anoche, ¡oh triste suertel,

a un hidalgo vecino de don Diego, y que vasalla tú de su amor ciego,

el estrago miraste;

y aseguran que hablaste

a Pantoja: yo dudo está baja,

conociendo tu honor y tu nobleza.

Don Diego es hombre rico y es honrado,

el vulgo está del caso alborotado,

mi honor padece mucho detrimento,

tu fama poco aumento;

y así te notifico, desde luego,

que ha de ser tu marido.

JUANA. ¿Quién?

LOPE. Don Diego.

JUANA. Después de muerta puedes des-

[posarme,

que viva no es posible condenarme

a vivir con un hombre que aborrezco,

y tan grande castigo no merezco.

LOPE. Brevemente, ¡por Dios!, has res-

[pondido,

pero, pues dices que don Diego ha sido

en tu amor desdichado,

declárese conmigo tu cuidado.

¿Quieres que hable a Pantoja, a un hom-

[bre loco,

soldado, fanfarrón, tenido en poco;

hombre que sin respeto, ley ni tasa,

se portó como bárbaro en mi casa;

pobre, libre, alentado,

por una y otra muerte desterrado?

Vuelve en ti, no te ciegué tu deseo.

JUANA. Que es tan pobre Pantoja ya lo

[veo,

pero en sangre, en valor y en cortesía,

es comparar la noche con el día.

LOPE. ¿Quiéresle como esposo? Hábla-

[mé claro.]

JUANA. Señor, tú eres mi amparo.

Yo le tengo afición.

LOPE. Pues yo no gusto,

y tengo de evitar este disgusto.

Y pues te has declarado,

dentro de una hora has de elegir estado.

JUANA. Con don Diego jamás, antes la

[muerte.

LOPE. Pues lo que haces repara,

porque una de las dos será tu suerte.

O de don Diego, o monja en Santa Clara.

JUANA. Acepto lo segundo. Abid m a n
 LOPE. Allí renunciarás amor y mundo.
 Piénsalo bien, que dentro de una hora
 veré tu decisión.

JUANA. Pues desde ahora
 la llevas ya sabida.

LOPE. ¡Esta mujer me quitará la vidal

ESCENA VII

DOÑA JUANA, después LEONOR

JUANA. ¡Ay de mí! Me martirizan,
 porque quiero a un hombre bien,
 cual si pudiera regir
 a mi corazón por él.

LEON. (saliendo). Parece que va tu pa-
 [dre,
 y tú lo quedas también,
 con disgusto: ¿qué hay de nuevo?

JUANA. ¡Ay, Leonor! ¿Qué ha de haber,
 sino pensar y morir
 porque quiero a un hombre bien?

LEON. ¿Quiere casarte tu padre
 con don Diego? Hubo desdén,
 hubo aquello de yo gusto
 y mira cómo ha de ser,
 hay plazo, término, o día
 para que lo mires, ¿eh?
 Hubo su poco de acaba
 o mataréme, cruele,
 y aquello de «tú me quieres
 deshonorar en la vejez».
 Dime, ¿qué dijo tu padre?

JUANA. Dijo, Leonor, que me den
 la muerte mis pensamientos,
 pues todas fueron ayer
 torres de fe y esperanza,
 y hoy humo y polvo se ven.
 Digo que don Diego fuese
 de mi garganta cordel,
 de mis gustos enemigos,
 de mis intenciones vied,
 y para te has de ir
 parca de mi tierna vida,
 devanada de una vez
 en el ovillo tirano
 de su voluntad cruel.
 Dijo, en fin, que me reduzca,
 Leonor, a ser su mujer,

que es lo mismo que ahorcarme
 con esa lazada infiel
 que ahoga los matrimonios
 cuando forzada se ve.

Dijo que fuese Pantoja
 desalojado también
 del corazón, mas no supo
 que está tan constante en él,

que primero su volante
 dará el último vaivén,
 que salir de esa morada
 por mi espontáneo querer.

¿Pero por qué me detengo
 en referirte que fué
 lo que me dijo mi padre
 cual mudo cometa, que
 pronostica en el futuro
 que no ha de parar en bien

el honor que le apadrina,
 relámpago que al prender
 pequeña chispa, despide
 todo el rayo de una vez?

Mas llueva el cielo desdichas,
 que yo la misma he de ser
 en adorar a mi amante,
 aunque de su alto dosel
 rayos me arrojen sus luces,
 y su centellas me den
 en renglones de diamantes
 desventuras al nacer.

Pues cuando llega una dama
 a querer bien una vez,
 gala hace de la desdicha,
 de la muerte parabién,
 pendón de su infausta suerte
 y su alcázar de su fe.

LEON. Bien dices, muy bien, señora,
 mas pronto va a oscurecer
 y tu padre va a volver:
 vamos a otra cosa ahora.

Si Paris te ha de robar,
 sea, señora, esta noche,
 y sea a pie, que no en coche,
 porque esto de transplantar
 a una Elena en un troyan
 edificio atronador,
 es ir llevando el honor
 rodando de mano en mano.

JUANA. Pantoja ha de dar la traza.

LEON. Dificultosa ha de ser, que este ángel de Lucifer, tu prima, nos embaraza. Si esta prima se quebrara por medio, fuera gran cosa.

JUANA. Es, sobre necia, enfadosa.

LEON. ¿Necia? En tu dicho repara: necedad llamas a ir tras de ti de guarda eterna. Pues tu padre se gobierna por ella.

JUANA. Tú has de seguir como sombra a esa mujer.

LEON. No la perderé de vista hasta acabar la conquista de este troyano poder. Mas digo, ¿he de ser robada también yo del paladión guijarrista, ese trotón caballo...?

JUANA. Leonor amada, pues ¿puedote yo dejar?

LEON. Alto, pues: robe este día el Paris de Picardía a esta Elena de fregar.

ESCENA VIII

DOÑA JUANA, LEONOR, DON LOPE,

DOÑA ÁNGELA

LOPE. Vendrá a las siete don Diego a firmar las escrituras.

LEON. (Si no se quedan a oscuras.)

ÁNG. Pues consiste tu sosiego en dar estado a mi prima, decreto de amor tan justo no irá, no, contra tu gusto, pues como a padre te estima.

JUANA. Pues me toca obedecer, hable el silencio por mí.

LOPE. Siempre esperé yo de ti tan honrado parecer.

LEON. (Como mi amo es letrado se muere por pareceres.)

LOPE. Cuando las nobles mujeres alcanzan marido honrado,

noble, rico y principal...

LEON. (Tal le dé Dios la salud.)

LOPE. Es premio de su virtud.

LEON. A un marido en Ciudad Real dos mil esposas le prenden. Bartolo lo dice así, digo Bartolo.

JUANA. ¡Ay de mí! que hasta las sombras me ofenden. (Vete a la puerta, Leonor.) (Aparte.) que va anocheciendo ya.)

LEON. (Aparte.) (Dices bien, Paris vencon el caballo traidor. [drá Voy a robar este pez,

pues me roban de contado; pero quien tanto ha robado, deje robarse una vez.) (Vase.)

LOPE. ¿Ningún pleiteante vino a buscarme?

ÁNG. Vino Octavio por su pleito, y vino Fabio.

LOPE. Es sujeto peregrino.

ÁNG. Don Octavio se fué luego.

LOPE. Si otro me viene a buscar, será bien dejarle entrar hasta que venga don Diego.

ESCENA IX

DICHOS, LEONOR

LEON. Don Antonio Garapiña, hombre al parecer muy docto, si para serlo se mira a la gravedad del rostro, quiere informarse de un pleito si le dais licencia.

LOPE. Solos dejados. Que entre, Leonor.

ESCENA X

DON LOPE; GUIJARRO, de estudiante; DON PEDRO, de criado suyo

GULI. Cosme, Cosmillo, hola, mozo, aguardame en el zaguán. Señor, único piloto (A don Lope.) que el barco de la justicia guía en el mar borrascoso y en la noche de las leyes,

donde se ahogan tantos tontos,
sacerdote del derecho,
oráculo misterioso
del laberinto de Baldo,
y del gran Bártulo asombro,
dème mil veces los pies.

LOPE. Por suyo me reconozco;
tome usarced una silla,
y excusando los piropos,
dígame de qué le sirvo. (Se sientan.)

(Durante esta escena, don Pedro atraviesa el teatro con mucho tiento por detrás de don Lope y Guijarro, y entra en las habitaciones interiores de la casa, volviendo a salir a su tiempo con doña Juana y Leonor, que es cuando Guijarro se levanta para estorbar a don Lope que vea a don Pedro que se lleva su hija.)

GUIJ. Yo, señor, soy de Torozos,
lugar que linda tres pasos
con la gran ciudad de Toro.
Don Antolín Garapiña
es mi nombre, nombre propio;
pues vengo por línea recta
de los Antolines gordos,
grandísimos garapiños
de los solares de Colcos.
Vengo a informarle de un pleito;
suplicole abra los ojos,
porque es de mucha importancia.

LOPE. Con mucha atención os oigo.
GUIJ. Pues, señor, yo me casé
con doña Aldonza Zorongo
de trece años, y hubo en ella
a doña Anica Repollo,
hermosísima doncella
según dijeron los novios.
Ésta, señor licenciado,
sin decir oste ni osto,
se enamoró de don Lucas
Valentín, hombre tan loco,
que me la sacó de casa
después del postigo roto.

LOPE. En eso paran las hijas
que tienen al padre en poco.

GUIJ. En eso paran, señor,
mas que paran para otro.
Hay en aquesta ciudad
un don Anastasio Folio,

que tiene un hijo nombrado
don Quiterio Marco Antonio.
Éste a voces dice que
probó primero el repollo,
que don Lucas, pero luego
un don Jilardo Galopo,
hombre de capa y espada,
se puso con él al robo
diciendo que entró.

LOPE. Despacio.
GUIJ. Irème muy poco a poco.

LOPE. Usted dice que don Lucas,
don Quiterio y el Galopo,
son los tres opositores
de este robado repollo,
¿no es así?

GUIJ. Es, y no es;
irème muy poco a poco.
Yo, señor, quiero casarla
con un Alberto Redondo,
hijo del mismo Quiterio
y primo hermano del otro.

LOPE. ¿Cómo la puede casar,
si el padre se opone y todo?

GUIJ. Ese es el punto.

LOPE. Despacio.

GUIJ. Irème muy poco a poco.

LOPE. ¿El primero se desiste?

GUIJ. ¿Desistir?, de ningún modo.

LOPE. ¿El segundo la pretende?

GUIJ. Pretendida está de todos.

LOPE. ¿El tercero, qué declara?

GUIJ. Que la debe su negocio.

LOPE. Y ella, ¿qué dice?

GUIJ. Que miente.

LOPE. ¿A quién se inclina?

GUIJ. Al Redondo.

LOPE. ¿Cómo, si se opone al padre?

GUIJ. No es él el padre, es el otro.

LOPE. ¿Quién es el otro?

GUIJ. Es aquel

que la sacó por el robo.

LOPE. No lo entiendo.

GUIJ. En eso estriba;

irème muy poco a poco.

LOPE. ¿Quién gozó esta dama?

GUIJ. Lucas.

LOPE. ¿Casóse?

GUIJ. De ningún modo.

LOPE. ¿Pídele ella la palabra?
 GUIJ. Quien la pide es el Galopo.
 LOPE. ¿Y su hija gusta de ello?
 GUIJ. Ya gustó del matrimonio.
 LOPE. ¿De esa suerte, fué casada?
 GUIJ. Fué casada por divorcio.
 LOPE. ¿Pues con quién quiere casarse?
 GUIJ. Con el hijo de Redondo.
 LOPE. ¿Cómo, si la quiere el padre?
 GUIJ. Que no es el padre, es el otro.
 LOPE. ¿Quién es el otro? ¿Qué es esto?
 GUIJ. Iréme muy poco a poco.
 LOPE. ¡Válgate el diablo por pleito!
 Sepamos. ¿Quién es el novio?
 GUIJ. El novio es Lucas.
 LOPE. Si es Lucas, ya le echa fuera el divorcio.

GUIJ. Decís bien, llevóle el diablo.
 LOPE. No lo nombre.
 GUIJ. No lo nombro.

Vamos ahora al Quiterio.
 LOPE. Ese gustó del repollo;
 pues bien se puede casar.

GUIJ. Casará con los demonios,
 porque el Redondo lo impide.
 LOPE. ¡Es un incesto notorio
 habiendo legado al padre!

GUIJ. Que no es el padre, es el otro.
 LOPE. ¿Quién es el otro? ¿Es el diablo?
 GUIJ. Iremos muy poco a poco.

(Levántase don Lope muy amostazado,
 y Guijarro, levántandose, se le pone
 por delante para que no vea a don Pe-
 dro, que cruza la escena con doña Juana
 y Leonor.)

GUIJ. Mire usted, señor letrado,
 un ciego verá este robo.
 De esta suerte me robaron
 mi hija.

LOPE. Muy bien, lo oigo.
 GUIJ. Esté atento, por su vida,
 que ahora es tiempo. Esté mozo
 es hijo de don Quiterio,
 don Quiterio es el Galopo,
 el Galopo es Latanasio,
 Latanasio me hizo el robo:
 de forma, que aquél y éste,
 mi hija, el uno y el otro...

LOPE. Quedo, quedo, ¿qué me aturdel

GUIJ. Iréme muy poco a poco.
 (Al llegar a la puerta de la derecha doña
 Juana, don Pedro, y Leonor, salen por
 ella don Diego, su criado y otros.)

ESCENA XI

DON LOPE, GUIJARRO, DOÑA JUANA,
 LEONOR, DON PEDRO, DON DIEGO,
 Criados y otros.

DIEGO. ¿Quién es?
 (Don Pedro se recata.)

LEON. Señora, don Diego.
 GUIJ. (Perdimos el pleito todo.)

DIEGO. ¿Quién va digo?
 LOPE (volviéndose.)

¿Qué es aquesto?
 GUIJ. Debe de ser otro robo.

LOPE. ¿Esta deshonra en mi casa?
 ¡Fabiol!

PED. Retírense todos,
 o voto a Dios de matarlos.

JUANA. ¡Valedme, cielos piadosos!
 PED. No temas, que de esta suerte
 podemos poner en cobro
 tu honor, tu vida y la mía.

(Sacan las espadas, don Pedro mata la
 vela y riñen a oscuras.)

LOPE. ¡Octavio! ¡Alberto! ¡Socorro!
 PED. Aunque llamaras al mundo
 entero, sería poco
 para mi brazo.

GUIJ. Señor,
 no me dejes aquí solo.

PED. Ven, mi bien. (A doña Juana.)
 JUANA. Vamos, Leonor.

(Encuentra don Pedro la puerta, que ha
 buscado a tientas, y vase por ella con
 doña Juana, a quien tiene de la mano,
 y Leonor, que va asida a su vestido,
 Guijarro se queda tentando las paredes,
 y sale doña Angela con luz y criados.)

ESCENA XII

DON LOPE, DOÑA ÁNGELA, DON DIEGO,
 GUIJARRO, Criados

ÁNG. Señor, ¿qué es esto?

LOPE. Un oprobio
 en tu sangre y en la mía.

DIEGO. Ganaron las puertas todos, y así, señor, se escaparon; pero ¡qué miran mis ojos! ¿Quién es aqueste estudiante? *(Llegan los criados y descubren a Guijarro.)*

GULJ. Soy Antolín Garapiña.

DIEGO. Éste lo ha enredado todo, que es criado de Pantoja. Matadle a palos.

GUIJ. Yo tomo de partido cuatrocientos.

(Danle de palos los criados.)

¡Quedol Con treinta demonios, que yo diré la verdad.

LOPE. Dejadle, que yo le otorgo la vida si nos lo dice, y veinte escudos de oro.

GUIJ. En palos llevo quinientos: vénganse conmigo todos.

DIEGO. La vida te va, Guijarro.

GUIJ. De burlas es el negocio; vamos aprisa, que importa, señor don Diego, y no poco, porque si nos detenemos en aquestos circunloquios, habrán cerrado los dos con el santo matrimonio.

(Vanse por la puerta de la derecha que da a la calle, y salen, por la que da a las habitaciones y jardín, don Pedro, doña Juana y Leonor.)

ESCENA XIII

DOÑ PEDRO, DOÑA JUANA, LEONOR

PED. Parece que no llegamos, mi bien, a puerto seguro, y en vano el valor fué muro.

LEON. En mala borrasca estamos.

JUANA. ¿Mas no hay nadie aquí?

LEON. *(Asomada a la ventana.)* ¡Qué veo! Por la calle abajo van corriendo con mucho afán todos.

PED. Buscándonos, ereo. Tu casa, pues, doña Juana, seguro nos ha de ser;

aquí te he de defender de toda la raza humana. Cierra esas puertas, Leonor, y la del jardín también, por ella dentro no den los del buen gobernador. *(Leonor va cerrando las puertas, y sale, y vuelve a poco.)*

JUANA. ¿Conque era el duque?

PED. Sí, él era; y era suerte más propicia, que entregarte a la justicia, que a tu casa te volviera. Tu casa encontrado habemos sin gente, y por decontado, sea por fuerza o de grado, que capítule le haremos.

LEON. *(que sale.)* Todo está cerrado ya.

JUANA. ¿Y cuando vuelvan?

PED. Primero concederán lo que quiero, o la casa se arderá. Mas por Guijarro en cuidado estoy: quedó sin mi ayuda.

LEON. Guijarro estará, sin duda, en Palermo aposentado.

PED. Los pareceres ajenos no le podrán defender.

LEON. Él fué a tomar parecer de si eran los palos buenos.

PED. Con acuerdo de letrado tendrá sentencia en favor.

LEON. Yo sé que saldrá, señor, en las costas condenado.

PED. Son sus cascos indigestos, y algo obtusos sus sentidos.

LEON. Pues ahora traerá metidos en la cabeza los textos.

ESCENA XIV

DICHOS, GUIJARRO

GUIJ. *(por la reja.)* Hola, ábrame.

LEON. Ya nos llueven guijarros.

(Leonor abre a Guijarro, que entra arrajando el vestido de estudiante.)

PED. ¿Qué hay, buen amigo?

GUIJ. ¡Cuerpo de Cristo conmigo!
¿Qué hay? Los diablos que me lleven.

PED. ¿Por qué dentro te quedastes
pudiéndome seguir? Di.

GUIJ. Porque yo te sirvo a ti,
y porque tú me dejastes.

PED. ¿Vienes herido?

GUIJ. Que no.

PED. ¿Qué traes? Dime lo que fué.

GUIJ. Traigo lo que yo me sé,
y lo que el diablo ordenó.

PED. ¿Cómo entraste, que te vi
como grulla en centinela?

GUIJ. Entré, señor, a la vela,
y a puro remo salí.

PED. ¡Cómo vienes! (Mojándole.)

GUIJ. (amostazado). Ya lo ves.

LEON. Parece que estás enfermo.

GUIJ. Vendo duque de Palermo
de la cabeza a los pies.

LEON. Grandeza traes excesiva,
y fué a prueba el pleito, ¿eh?

GUIJ. A prueba no, porque fué
paliza definitiva.

LEON. ¿Y cómo escapaste, di?

GUIJ. ¿A uña de potro...?

LEON. Dejallo;

no fué a uña de caballo,
mas a uña de palo, sí.

LEON. ¿Y hubo concomio de lomos?

GUIJ. ¿Y hubo «por qué me maltratan?»

¿Y hubo aquel de «que me matan?»

¿Y hubo espadas, y hubo pomos,
y hubo ruegos hacia el padre,

que te pescó sin anzuelo?

GUIJ. Hubo el ladrón de tu abuelo,
y la perra de tu madre.

PED. Dejémonos de locuras,
y acaba: ¿qué sucedió?

GUIJ. ¿Qué he de decir? ¡Voto a cri-

[bas!

En Turquía no se usó
lo que tú usaste conmigo.

PED. ¡Yo pude hacer más, por Dios!

GUIJ. Bien pudieras excusar
la siniestra información

del pleito de Garapiña,
cuyo parecer, señor,

lográndote que hiciste
de la esta española;

y fué el milagro mayor
el zafarme de las manos
de tanto infame sayón.

PED. ¿Y cómo hicistes?

GUIJ. Diciéndoles
que se vinieran en pos,

y te pondría en sus manos;
y a puñada y mojiçón,

al revolver San Francisco
desaparecíme veloz:

pasé por ante esa reja,
os vi, os llamé, y aquí estoy.

Pero el cuidado que traigo
es que un pícaro soplón,

que se vende por tu amigo,
allí entre ellos se quedó

diciendo que con la novia
te vió en la calle, señor.

JUANA. ¡Ay Pedro! perdidos somos.

PED. Ya lo remediaré yo.

GUIJ. Ya suben las escaleras.

JUANA. Perdidas somos, Leonor.

PED. Guijarro, en el aposento
que tiene ese corredor

guarda a estas damas al punto.

GUIJ. Ved que ese aposento estoy,
en que da a casa del duque.

PED. No te detengas, que yo
los detendré, como a quien

va en ello vida y honor.

GUIJ. Pues en dejándolas, vuelvo
armado como un león

para morir a tu lado.

PED. Aquí aguardándote estoy.

ESCENA XV

DON PEDRO

Cierro esta reja, y espero
con valiente corazón
a ceder para obligarles,
o a perecer por mi amor.

VOCES DENTRO. ¡Aquí están!

OTROS. Aquí les vimos.

LOPE (dentro). Dejadme, que tengo yo
picaporte de esa puerta.

PED. Ya llegó el trance, valor.

(Abrese la puerta, y entra don Lope, a

quien detiene don Pedro poniéndole la espada al pecho.)

ESCENA XVI

DON PEDRO, DON LOPE, un momento después DON DIEGO, Escribano, Alguaciles, Gente.

PED. Alto, buen viejo: primero que entréis en este salón, quiero advertiros que de él sólo pienso salir yo, o esposo de doña Juana, o muerto a vuestro furor.

LOPE. ¿Su esposo tras esta afrenta? Nunca será, ¡vive Dios!

PED. Pues de ese modo, adelante.

(Entra don Diego y los demás.)

DIEGO. Éste es Pantoja.

LOPE. Mi honor estriba ya, caballeros, en que muera este traidor.

DIEGO. ¡Muera Pantoja!

PED. ¡Tú mientes! Y hombres de mi corazón sólo mueren de esta forma.

(Ciérranse a cuchilladas y riñen. Don Pedro va cejando, defendiéndose. Guizarro sale, y va a ponerse a su lado.)

TODOS. ¡Muera!

LOPE. Acabadle.

GUIJ. Aquí estoy, como un Bernardo, a tu lado.

(Sale el duque de Arcos armado, con banda y bastón, y gente con él.)

ESCENA XVII

DICHOS, el DUQUE DE ARCOS

DUQUE. Ténganse al rey.

GUIJ.

¡Santo Dios! El duque de Arcos es éste.

(Tiénense todos y se descubren.)

LOPE y DIEGO. ¡Cielos, el gobernador!

DUQUE. ¿Tantos contra un hombre [solo?

Merecía tal traición

que a todos os empalara por tan cobarde rigor. ¿Quién sois?

(A don Pedro.)

PED. Un criado vuestro, que al rayo de vuestro sol recibe luz.

DUQUE. Levantaos; que quien tan bien peleó no es digno de estar de hinojós ante mí: decid quién sois, y cuál fué vuestra querrela.

PED. Don Pedro Pantoja soy, cuya juventud briosa centella de Marte ha sido con ayuda de esta hoja. Estudié letras humanas, mas con afición tan poca, que al cabo cambié mis libros por espadas y pistolas; y obré en mí tan fuertemente esta inclinación heroica, que he tenido más pendencias que tienen mis días horas. Por no cansarte, señor, callo hazañas portentosas que me han dado honor y fama

en provincias muy remotas: pues sobre tirar la esgrima, parias me rinden con honra el diestro Gil Campuzano y el valiente Juan de Lorca. Quise a doña Juana, hija de don Lope de Mendoza, que está presente; pedísela para mujer, y negómela por dársela, por más rico, al comerciante Gamboa.

Quisé sacar de casa siendo ella misma gustosa, cuando con deudos y amigos Gamboa llegó a deshora, traidoramente entre muchos, a darme muerte afrentosa. Me defendí como vistes, donde concluyo mi historia poniendo a tus pies mi vida, rogándote que dispongas de esta espada y de este brazo,

EL MOLINO DE GUADALAJARA

DRAMA EN CUATRO ACTOS 17

AL SEÑOR

DON ANTONIO DE ORFILA

EN PRENDA DE AMISTAD

José Zorrilla.

Guadalajara, septiembre 30 de 1843.

PERSONAS

DOÑA JUANA DE VILLENNA, condesa de Trastamara.
 PEDRO CARRILLO, escudero de su real casa.
 JUAN PÉREZ.
 LUCAS RUIZ.

LUCÍA.
 GIL DE MARCHENA.
 TERESA.
 GARCÍA.
 TRES BALLESTEROS QUE HABLAN.
 SOLDADOS.

La escena pasa en el acto segundo y tercero en el castillo de Alcalá la Vieja, y en el primero y cuarto en el molino de Guadalajara, en el mes de diciembre de 1357 de Nuestro Señor Jesucristo.

ACTO PRIMERO

Interior de la habitación de Lucas en su molino de Guadalajara, con puerta en el fondo y otra a la izquierda, ventana a la derecha, mesa, taburetes, costales y demás utensilios propios del lugar de la escena.

ESCENA PRIMERA

LUCAS, LUCÍA

LUCAS. Pero por fin, vamos claros, no me zumbes las orejas;

Lucía, ¿de qué te quejas?
 ¿De qué nacen tus reparos?
 LUCÍA. De que ya en el pueblo entero tanto de vos se murmura...
 LUCAS. ¡Bah! Lucía, envidia pura de mi suerte y mi dinero.
 LUCÍA. Dicen que lo ganáis mal, y que oro de infamias fruto...
 LUCAS. Quien lo desprecia es un bruto digno sólo de un ramal.
 LUCÍA. Mas yo, que estoy escuchando tales cosas todo el día....

LUCAS. Si no anduvieras, Lucía, por el pueblo pindongueando, poniéndoles buena cara a todos esos galopos que te echan cuatro piropos, a fe que no te me alzara de cascos murmuración tan necia.

LUCÍA. Sí; mas ya veis, tales cosas diz que hacéis...

LUCAS. Vamos, y ¡qué cosas son?

LUCÍA. Pues, señor, echando fieros contra vos, dicen que pasa de raya, y que es vuestra casa caverna de bandoleros.

LUCAS. Que vengan, pues, si se atreva a asaltármela, que vengan, [ven que yo haré que encima tengan mucho tiempo lo que lleven.

LUCÍA. Dicen que vos, siendo de antes buen amigo y compañero, sois ahora ruin, pendenciero, y uno, en fin, de esos tunantes que han dejado desidiosos la hoz, el bieldo y la azada, por la ballesta y la espada, como unos facinerosos.

LUCAS. Lo que duele a esos bergantes es el que yo en mi molino no les dé por largo el vino y las comilonas.

LUCÍA. Antes se quejan de que eso hagáis con esos otros bribones, bandoleros y matones, con quien dice que os juntáis.

LUCAS. ¡Qué mal su envidia se tapa, Lucía... Mas con talento obra quien consulta al viento para ponerse la capa. Me envidian que un gran señor elegido me haya a mí para establecerme aquí, teniéndome por mejor. ¡Y yo por esos pelgares lo tengo de despreciar? ¡Qué locura! Mas, Lucía, entiéndelo tú, hija mía; este es tiempo militar

de batallas y de azares, y en él son los militares los que tienen que mandar.

¿De qué le sirve al paisano el cuidar de su cosecha, si para soldados echa

en sus paneras el grano? ¿Y si ellos lo han de comer en cuanto el hocico asomen, no es mejor de los que comen que de los comidos ser?

Yo hambreaba con la azada en casa ajena, Lucía, y hoy sobra el pan en la mía con la ballesta y la espada.

A la espada, pues, me atengo, pues bien con ella me va; y déjalo como está, que a que murmuren me avengo.

LUCÍA. En verdad que, bien mirado, señor, no os falta razón, y no me da a mí aprensión de que seáis medio soldado, sino que tengáis por eso que tratar con unas gentes...

LUCAS. ¡Bah, miedos impertinentes! No te devanes el seso por mis amigos, Lucía, que el rey con ellos me puso, y cuando el rey lo dispuso, bien supo lo que se hacía.

Yo te quiero, y ya lo ves, cumpliendo mi oficio voy y holgura con él te doy, conque bien haya cual es, bueno o malo: y además, pensándolo con acierto, ¡si cuando tu padre ha muerto dejándote a ti detrás

de él, dime, yo hubiera sido como antes un rapador de quijadas, mi favor de qué te hubiera servido? Él se murió en la pobreza, y al encomendarte a mí, ¿qué hubiera yo hecho por ti?

Rapar con más ligereza por la prisa de ganar, y tenerte gorda y maja

para óírte a ti achacar
el fruto de la navaja.

¡Oh, a Lucas le va muy bien!
dirían... y huelga y goza...

¡Como que una buena moza
le ayuda a rapar también!

Y ya ves que esto era cosa
de dar en mil ocasiones

para andar a mojicones
con toda la gente ociosa.

Y por fin, dime, mujer,
¿no es mejor, no vale más,

estar como ahora te estás
sin tener nada que hacer,

con criada que te lave,
guise, sirva y aderece,

y como vivir merece
mujer que gozarlo sabe

tan bien como una condesa,
que no al sol, al agua, al frío,

ir a la fuente y al río,
poner la lumbre y la mesa?

¿No vale más bien vestida
ir y mirarse envidiada,

que no andar desaliñada
y verse desatendida?

¿No es mejor tener pan tierno,
caza y vino puro y sano,

buena cama en el verano,
buena lumbre en el invierno,

y ver colgados al humo
en la anchurosa cocina

el chorizo y la cecina
para tu propio consumo,

que no morder de una hogaza
más dura que el zancarrón,

y dormir en un jergón,
y alumbrarte con linaza,

y estar harta de trabajos,
y andar pidiendo mohina

medio pan a una vecina
y a otra vecina dos ajos?

Conque así, sé racional,
y sin ver de dónde viene,

por la cuenta que te tiene
goza en paz tu buen caudal,

que es lo que a ambos nos conviene.
Mas calla, que siento ruido

en el puente de madera
que da al camino.

LUCÍA. Sin duda,
señor, que es gente que llega.

LUCAS. ¿Quién diablos será a estas ho-
[ras?

(Llaman recio dentro con aldabonadas
y voces.)

LUCÍA. Y es que traen una manera
de llamar...

LUCAS. Y si les dejas,
me van a rajar la puerta.

(A la ventanilla.)
¿Quién es?

voz (dentro). Abre. Es mala hora.

LUCAS. Es mala hora.
¿Qué se os ofrece?

voz (dentro). Abre apriesa,
rapista de los demonios,

que está nevando.

LUCAS. ¡Ah troneras!
¡No os había conocido!

Allá voy. Llama a Teresa,
Lucía, y vete allá dentro,

que no quiero que te vean
esos amigos.

LUCÍA. Eso es:
siempre como monja en celda

me hacéis estar, sin dejarme
que con nadie me entretenga.

LUCAS. Son mala gente, Lucía;
que en beber y blasfemar

se pasan la vida entera.
Vete, vete, haz lo que digo.

LUCÍA. Maldita sea su tutela. (Vase.)
(Entra Lucas a abrir a los que llaman y
vuelve con ellos.)

ESCENA II

LUCAS, tres BALLESTEROS

1.º BALL. Vamos, Lucas, saca un jarro
para remojar la lengua
y entrar en calor.

2.º BALL. Sí, sí,
que hace un frío que penetra.

LUCAS. Voy, voy; pero ¿qué mil rayos traéis aquí.

1.º BALL. Grandes nuevas.

2.º BALL. Pero después de beber te las diremos.

LUCAS. Pues, ea, aquí hay con qué calentarnos; arrimamos a esa mesa.

1.º BALL. Sentarse, pues, camaradas, y escanciad.

2.º BALL. ¿Y Lucigüela?

LUCAS. Ya está en la cama ha una [hora.

2.º BALL. ¡Qué diablos! Pronto se acuesta. [ta.

LUCAS. Como hace frío...

2.º BALL. Voz corre de que te casas con ella.

LUCAS. Bachillerías del vulgo.

2.º BALL. Pues lo dan por cosa cierta; y en verdad que harás muy bien,

porque moza más apuesta no la hay en Guadalajara.

1.º BALL. Va a ser una molinera famosa; a su salud, Lucas.

LUCAS. Bebed, y dejadla quieta.

1.º BALL. ¡Celoso de Barrabás!

LUCAS. Pues iba a hacer una buena boda... La dejó su padre

con sus sayas por herencia, como Eva en el paraíso;

y si no la recogiera yo, se habría muerto de hambre

como su padre, a quien tenga en su gloria Dios.

LOS TRES. Amén.

2.º BALL. ¿Conque es decir que pros-

peras con tu molino, pues andas, Lucas, recogiendo huérfanas?

LUCAS. Sí, sí: hizo una hombrada en [dármele

nuestro capitán Marchena.

1.º BALL. Pero, hombre, desde barbero a molinero, va inmensa

distancia, y es imposible que arregles bien la molienda.

LUCAS. En verdad que no, Martín; pero corre la moneda

del capitán, y se vive tal cual.

3.º BALL. Me han dicho que piensas traer aquí a tu sobrino de Alcalá.

LUCAS. Creo que en esta semana esté aquí.

3.º BALL. Gran mozo.

LUCAS. Yo no le he visto siquiera una vez; pero me han dicho que el muchacho es una hacienda.

3.º BALL. Como quiera trabajar, no se hallará en once leguas

a la redonda quien lo haga mejor.

1.º BALL. Pero es una pieza que ya.

LUCAS. ¿Cuántos años tiene?

3.º BALL. En los quince raya apenas; un chico cachigordete,

y como una primavera de guapo, pero más malo

tampoco le hay.

LUCAS. Yo en carrera le haré entrar, y con el tiempo le sentaré la cabeza.

Le espero de un día a otro; mas a lo que importa; nuevas

traéis, ¿cuáles son?

1.º BALL. Para oír las abre todas tus orejas;

Lucas. Menos zarandajas y al grano.

1.º BALL. Vuelve la guerra con Aragón a empezarse.

LUCAS. ¡Demonios! ¿Pues y las treguas de un año?

3.º BALL. ¡Bah, ya están rotas!

LUCAS. ¿Y quién las rompió?

1.º BALL. ¡Qué flemma! Ellos o nosotros, Lucas;

todo es una cosa mesma. Lo cierto es que ahora en Castilla

se está temblando la tierra con un pregón de don Pedro.

LUCAS. ¿Y qué dice?

1.º BALL. ¡Friolera! Ahí lo tienes, lee y verás.

LUCAS. Pues ¿qué te has creído, bes- que he perdido yo mi tiempo [tia, en sacristías ni escuelas?

1.º BALL. ¿Pues qué, no lees?
LUCAS. Ni palote.

1.º BALL. Pues siento, a fe, que no apreciar los ringondangos [puedas de una escritura como esta.

LUCAS. Vamos, lee, lee.

1.º BALL. Pues atiende, que dice de esta manera:

(Lee.) «Nos el rey Don Pedro, primero de Castilla, habiendo sabido que nuestro hermano Don Enrique, conde de Trastamara, se ha desnaturalizado de nuestros reinos, y hecho pleito homenaje de ser perpetuamente vasallo del rey de Aragón, nuestro enemigo, juntándose con sus huestes para hacernos la guerra, «hemos venido en declararle rebelde y traidor a su rey y señor natural: y le «desposeemos de cuantas tierras y honores hubo en Castilla, así como a todos sus servidores: quedando todos con «él condenados a la última pena donde «quiera que sean habidos. Lo cual hacemos saber y pregonar en nuestros reinos para que ningún vasallo nuestro «les ampare, ni encubra, ni ayude, con «pretexto ni ocasión alguna, pena de perder haciendas y vidas por amparadores «de rebeldes y traidores, etc.»

1.º BALL. ¿Qué tal?
LUCAS. Soberbio pregón.

3.º BALL. Ahora sí que nos llega nuestro San Martín. ¡Qué lances vamos a echar!

2.º BALL. ¡Qué quimeras con los enriqueños!

3.º BALL. Chicos, sobre el que dinero tenga firme; enriqueño ha de ser quien lo tiene y no lo suelta.

TODOS. Por supuesto.

1.º BALL. Pero, Lucas, aún hay cosa que de cerca te toca.

LUCAS. ¿Y es?

1.º BALL. Que esta noche

viene el capitán Marchena a hospedarse en tu molino, y con una dama.

LUCAS. ¿Esta noche?

1.º BALL. Esta noche.

LUCAS. ¿Y te estabas con esa calma?

2.º BALL. No hay prisa; no hará más que reposar un momento.

LUCAS. ¿Y quién es ella?

1.º BALL. Nadie lo sabe más que él; hay quien la hace la condesa de Trastamara.

LUCAS. ¿La esposa de Don Enrique?

3.º BALL. Pamema,

Lucas; es cosa del rey.

LUCAS. ¿Y adónde diablos la lleva?

1.º BALL. Al castillo de que es dueño ahí, en Alcalá la Vieja.

LUCAS. ¿Viene a Alcalá el capitán?

3.º BALL. Y a mandar toda esta tierra.

2.º BALL. No le arriendo la ganancia si va al castillo.

3.º BALL. Consejas son nada más las que corren sobre eso.

2.º BALL. Si parte hubierais como yo visto...

1.º BALL. Ya el vino se le sube a la cabeza.

2.º BALL. ¡Voto va Dios! Todavía tengo ojo y mano certera para meterte a cien pasos en la garganta una flecha.

1.º BALL. ¿Qué has de tener?

2.º BALL. ¿Lo probamos? Lucas, Vaya; ¡eh! Dejad las pender y que cuente lo que sabe. [cias

2.º BALL. Eso ya es hablar en regla. LOS TRES. Pues di, di, que te escucha-

2.º BALL. Pues ya sabéis que Marchera del rey muy amigo, y compinche en sus secretas calaveradas nocturnas.

3.º BALL. Hasta los niños de teta lo saben eso, adelante.

2.º BALL. Pues, señor, en una de ellas, en que ambos un poco chispos, casa de unas malagueñas...

3.º BALL. También se sabe la historia de las niñas.

2.º BALL. ¿Quién lo cuenta, pues, yo o vosotros?

LUCAS. Dejadle que lo cuente a su manera.

2.º BALL. Pues, señor, vive en Granada un viejo de mucha ciencia, que Dios confunda, y que lee de corrido en las estrellas, al cual propuso don Pedro que consultaran acerca del porvenir: y allí mismo lo hicieron de sobremesa,

pero casa de aquellas de Málaga, con grande algazara y gresca. Enviaron su carta al viejo,

y dejaron que anduviera el tiempo: y a poco, de él recibieron la respuesta,

pronosticiándoles a ambos unas desdichas horrendas.

El rey diz que no hizo caso, pero el capitán Marchena empezó a andar muy mohino, y desde la misma época empezó a perder fortuna.

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

2.º BALL. ¿Qué risa es esa? Vamos.

3.º BALL. ¡A perder fortuna!

Y desde la época misma a que refieres la historia, la empezó a tener deshecha.

1.º BALL. Don Pedro le hizo rico—de Castilla, le dió tierras

y honores, y entre éstas y esos, cuanto en Alcalá la vieja poseyeron los Carrillos, que sus enemigos eran.

2.º BALL. Ve ahí lo que es no saber las historias más que a medias: por esos mismos Carrillos

toda su fortuna adversa cree le ha de venir, según

lo que el pronóstico reza del astrólogo: y por eso,

muerdos por su mano lleva tres de esos Carrillos, padre y dos hijos: y espera

huir del que a don Enrique sirve, y que dejó esta tierra

huyendo de él; y por eso se viene a Alcalá Marchena,

porque le dice su horóscopo que sólo entre sus almenas

puede burlar su destino; y por esto, aunque supiera

más de ello, no os lo contara, porque sois unos habiecas

que ni sabéis, ni creéis que haya nadie que más sepa;

y por eso hasta aquí digo, y créalo quien lo crea,

y venga el último trago, que voy a mi centinela,

no apresure el capitán el galope y nos sorprenda.

1.º BALL. Tiene razón, que ya es tarde y nos mandó que en espera en el camino estuviéramos;

mas de que esa historia es cierta ¿quién nos responde?

2.º BALL. Yo mismo, que en la galería nueva

del castillo, de un mazazo hice polvo la cabeza

del mancebo Juan Carrillo, por mandado de Marchena.

3.º BALL. ¡Sopla, eso ya es otra cosa!

2.º BALL. Y por eso no me peta mucho el volver a Alcalá:

y más, que de esta tragedia hace el año ahora. Víspera

de los inocentes era.

3.º BALL. Tú obedeciste, y bien hecho.

2.º BALL. Sí, mas dicen que andan las almas de los Carrillos por sus bóvedas sangrientas.

1.º, 2.º BALL. y LUCAS. ¡Ja, ja, ja!

3.º BALL. Pues fuera lance

que a recibirte saliera
Juan Carrillo.

2.º BALL. No os moféis,
brutos, de cosas como esas.

1.º BALL. Vamos, vamos al camino,
y no riñáis.

LUCAS. Sí, idos fuera,
que allá voy yo a acompañaros
en cuanto deje aquí prestas
las cosas a recibir
a un hombre como Marchena.

1.º y 2.º BALL. Vamos, pues.

LUCAS. Yo pronto os sigo;
salid; alumbra, Teresa.

*(Sale Teresa y los alumbra; ellos se van
y Teresa vuelve con la luz.)*

ESCENA III

LUCAS, LUCÍA

LUCAS. ¡Aquí de un hombre! ¡Pardiez!
No quedará en mi despensa
ni una migaja extraviada
ni una pinta en la bodega.

¿Lucía?

LUCÍA. ¿Qué hay? ¿Qué tenemos?

LUCAS. Huéspedes. Todo lo apresta
para recibirlos bien:
lumbre, camas, luces, mesa,
que es gente que lo merece.

LUCÍA. ¿Quién? ¿Quién?

LUCAS. Quien aquí me emplea;
quien me regala el molino
y me atiza la moneda;
el capitán que me manda,
y que de la corte llega
con una dama.

LUCÍA. ¡Ay, qué gusto!

LUCAS. Calla, calla, ¿qué te alegra?

LUCÍA. ¡Toma! ¡Hablar con una dama
y un señor así tan cerca,
os parece poco!

LUCAS. ¿Hablar
con los que vienen? Tú sueñas.

¿Qué es hablar, Lucía?

LUCÍA. ¡Toma!

¿Pues son mudos los que llegan?

LUCAS. ¿Y qué te crees, que con ellos

vas a hablar tú? ¡Quia! Teresa
saldrá a servirles, que basta
para hacer cuanto se ofrezca.

LUCÍA. Ya; entonces decid que soy
no pupila, sino presa.

LUCAS. No, mujer, sino que, mira,
no quiero que nadie crea
que haces papel de criada,
ni te hago entrar en haciendas
de servir, ni aun a quien puede
exigir de mí obediencia;
a más, que vienen con ellos
sus pajes y soldadesca,
y son gentes atrevidas.

Lucía, a más de groseras.
Conque anda; haz lo que te digo,
que fío en tu diligencia;
probablemente no harán
más que entrar y echarse fuera;
pero aunque no tomen nada,
vean que se les obsequia:
anda, anda; mas ¡cielos! llaman.

¡Si serán ellos! Teresa.

alumbra. ¿Quién?

(Asomándose a la ventana.)

JUAN. Abre, Lucas.

LUCAS. ¿Quién diablos es?

JUAN *(dentro)*. Una añeja
amistad.

LUCAS. Mas ¿quién?

JUAN. Juan Pérez.

LUCAS. ¡Juan Pérez! Jesús me tenga.

LUCÍA. ¿Juan Pérez?

LUCAS. ¿Pues no te han muerto?

JUAN. Vaya una pregunta necia.

¿Pues no te digo que soy
yo mismo? Si no viviera...
Abre, abre, y oirás cosas
de gusto.

LUCAS. Voy. Noche es esta
de extraordinarias visitas
y de extrañas ocurrencias.

¡Pérez vive!

*(Vase con la luz, y vuelve con Pérez y
Carrillo.)*

LUCÍA. ¡Vive Pérez!
Dios piadoso, dadme fuerzas
para gozar el contento
de tan dichosa sorpresa.

Vive Pérez... aquí vienen.
¡Todo el corazón me tiembla!

ESCENA IV

LUCÍA, LUCAS; JUAN PÉREZ, *que ayuda a entrar a PEDRO, que camina con muletas, las piernas abrigadas en pieles, y trae la cabeza metida en una ancha gorra que le cubre hasta las cejas; barba negra y crecida le encubre la parte inferior del rostro, que no mostrará más expresión que la de una profunda estupidez.*

JUAN. Alumbra bien.

LUCAS. ¡Jesucristo!

¡Qué aventuras! ¿Que tú eres, Juan?

JUAN. Sí, yo en cuerpo y alma.

LUCAS. Lado sea Dios: tu muerte hemos llorado aquí todos.

JUAN. Cerca la vi muchas veces, Lucas, mas es larga historia, porque esos aragoneses me han tratado como a un perro: no obran peor los infieles

con los cristianos en África.

LUCAS. Pero tú...

JUAN. Yo, firme siempre, ¡vive Dios! Viva don Pedro, y salga lo que saliere.

LUCAS. Bravo, Juan.

JUAN. Valíame esto sendos palos: mas torcerme no pudieron, y una noche me dió la ocasión de hacerles un besamanos este hombre que ves aquí.

LUCAS. ¿Y quién es ese?

JUAN. Un noble a quien sus infamias le han puesto, Lucas, de suerte que, atravesado en un jaco, le traigo a que sea tu huésped conmigo esta noche.

LUCAS. ¡Ay, Juan!

En muy mala ocasión vienes, porque al capitán aguardo con una cama, y la gente ya sabes que le hace sombra.

JUAN. No tendrá por que se inquiete ni habrá nada en que le estorbe mi desventurado huésped: pues lo que sufrir le han hecho esos pícaros rebeldes, le han traído a tal estado, que ni ve, ni oye, ni entiende el infeliz!

LUCAS. ¿Está enfermo?

JUAN. Está como un tronco, imbécil, mentecato, y los dolores no le permiten moverse sin auxilio ajeno.

LUCAS. Ya.

En cualquier tiempo que hubieses venido, todo era fácil; mas en la ocasión presente ya ves... Marchena me paga y...

JUAN. No hay por qué dél receles, porque a su gente he topado ahí a la entrada del puente, y pienso aquí suplicarle que en su castillo me deje meterle para curarle, pues en la guerra sus bienes por mí ha perdido, y es justo que yo se lo recompense.

LUCAS. En ese caso...

JUAN. Ea, acerca esa silla en que le sienta.

Tú, muchacha, ¿qué haces ahí?

¡Mas, Lucía!

LUCAS. ¡Calla! Pérez, ¿tú la conoces?

JUAN. ¡Pues no!

Pasamos nuestras niñeces juntos.

LUCÍA. Es cierto, señor.

JUAN. ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Cómo te va?

LUCÍA. Como quiero con maese Lucas.

JUAN. Tenle de ese lado, no se caiga.

LUCÍA. ¡Jesús! ¿Qué, tan mal se tiene?

JUAN. Voy a meter el caballo dentro la cuadra. Entreténle mientras, Lucas, y ten cuenta

con que caer no le dejes,
que luego le haré yo cama
en que a su gusto se acueste. (Vase.)

LUCÍA. Bien, bien, tendremos cuidado.

ESCENA V

LUCAS, LUCÍA, PEDRO

LUCAS. Lucía, di francamente:
¿de qué conoces tú a Juan?

LUCÍA. ¡Virgen santa! En todo tiene
su merced que sospechar.

LUCAS. Es que...

LUCÍA. Vaya, de sandeces
dejaos, señor; me conoce
de chica... no me moleste.

LUCAS. ¡Bah! No te enfades, Lucía.

LUCÍA. Cuidemos de si algo quiere
este hombre.

LUCAS. Tienes razón.

(A Pedro.) ¿Qué tal un hombre se siente?

PED. Po-por los aires ma-malos
de los mo-montes.

LUCAS. ¡San Lesmes!

Y también tartamudea.

¡Pues voto va el sol, que tiene
más faltas que una pelota!

LUCÍA. ¡Y qué cara tan alegre
trae!

LUCAS. ¡Ya! El pobre mentecato
su situación no comprende.

¿Queréis que os alivie en algo? (A Pedro.)

PED. Mu-mucho frío, y llu-lluvee.

LUCÍA. A otra parte con la música.

LUCAS. Pues como hay Dios, que Juan

[Pérez

está con él divertido.

PED. ¿Y Ju-ju-uan?

LUCAS. Ya vuelve.

PED. Ah, en el mo-monte.

LUCAS. Ni el diablo

en la mollera le mete

las palabras: es más sordo

que una tapia. Ea, ponerle

por ahí donde no estorbe:

yo es fuerza que fuera espere

a mi capitán: Lucía,

cuidado.

LUCÍA. Nada recele,
seor tutor.

LUCAS. Dispónlo todo
como te he dicho. Aquí vuelve
Juan; cuidadito te digo.

LUCÍA. Déjeme en paz.

LUCAS. No te alteres,
mujer.

ESCENA VI

DICHOS, JUAN

JUAN. Ya estoy yo de vuelta.

LUCAS. Pues mira si te comprende
a ti, ve qué necesita,

y cuida de recogerle,

pues son muchos, y no es malo

que adentro con las mujeres
le pongamos en seguro.

JUAN. Bien pensado, que es prudente
que cada cual por su viña
mire.

LUCAS. Sea como fuere,
así lo he determinado.

Yo me entiendo y Dios me entiende:
conque me voy al camino.

JUAN. Vé, pues.

LUCÍA. El diablo te lleve.
(Se va Lucas volviendo de cuando en cuando la cabeza como receoso.)

ESCENA VII

LUCÍA, JUAN; PEDRO, sentado

JUAN. ¡Lucía!

LUCÍA. ¡Juan!

JUAN. ¡Que nos vemos
otra vez!

LUCÍA. Muerto en tu ausencia
te lloré.

JUAN. Pues mi presencia
te consuele ya.

LUCÍA. ¡A extremos
me llevó tal pena, Juan!

JUAN. Gracias mil veces, Lucía.

LUCÍA. Mas tú tal vez...

JUAN. ¡Alma mía!

Calma tu infundado afán.
Yo siempre he pensado en ti;
conmigo fué por doquiera
de tu imagen hechicera
la luz.

LUCÍA. ¿Conque aún me amas?

JUAN. Sí.

Y este amoroso deseo
tal vez ve de cerca el día
de cumplirse.

LUCÍA. ¡Ah!

JUAN. Mas, Lucía,
dime, ¿cómo aquí te veo?

LUCÍA. Murió mi padre.

JUAN. ¿Murió
el buen viejo?

LUCÍA. Sí, indigente;
y en manos de este pariente
lejano me encomendó.

Y él...

JUAN. Lo he comprendido al punto,
Lucía: amor te ha cobrado.

LUCÍA. Mas yo margen no le he dado.

JUAN. Lo creo así, y es asunto
que arreglaré yo muy presto
si puedo contar, Lucía,
con que tú de parte mía
estés.

LUCÍA. ¿Cuándo no me he puesto
de tu parte?

JUAN. En ese caso,
según lo que aquí suceda
esta noche, así obraré,
y en ocasión te diré
lo que a ambos cabe hacer nos queda
para lograr yo un intento
que nuestro amor asegure
por siempre. Que me procure
es fuerza conocimiento
por ahora de esta casa,
y de lo que en esta tierra,
mientras en prisión de guerra
a mí me tuvieron, pasa.

LUCÍA. Eso, Juan, es muy sencillo.
Yo te diré...

JUAN. Me precisa
no enterarme tan de prisa.
Oye: para ir al castillo

licencia voy a pedir
al capitán.

LUCÍA. ¿A volver
vas a servir?

JUAN. ¡Puede ser!
Tengo a ese hombre que servir
y que cuidar, mientras dure
su mal.

LUCÍA. ¿Y qué mal le acusa?

JUAN. Mil juntos, mas no son cosa
de que imposible es que cure.

En tanto, no es grande afán,
si ayuda mi buen oficio,
engancharme en el servicio
de mi antiguo capitán.

Mas como aquí cada uno
por su solo bien se afana,
no cierres esa ventana,
pues tengo por oportuno,
si me manda que le siga,
que dé la vuelta un momento,
y lo que importa a mi intento,
y lo que has de hacer, te diga.

LUCÍA. Pues bien; si veo que partes,
cuando todo en sueño esté
sumido, te esperaré.

JUAN. Bien; y ni un pelo te apartes
de mis instrucciones.

LUCÍA. Fía,
Juan; ¿mas con ése, qué hacemos?

JUAN. Conviene que le dejemos
hasta que lleguen, Lucía;
pues tal vez si a compasión

Marchena se mueve al verle,
más conseguiré tenerle
propicio en esta ocasión.

LUCÍA. Como tú quieras.

JUAN. Ya siento
pasos.

LUCÍA. Sí, cruzan el puente.

Luz, luz... Juan, esta es su gente.

JUAN. Dios ponga en milengua tiento.

ESCENA VIII

PEDRO, *sentado y estúpido como siempre*;
JUAN; LUCÍA; LUCAS, *alumbrando al ca-
pitán GIL DE MARCHENA.*

LUCAS (*a Marchena*).

Descansad aquí entretanto.

MARCH. Di que alumbren allá fuera,
y que acerquen la litera.

LUCAS. Está bien... ¡Mas por Dios san-
[to!

¿Así estáis, Juan?
*(Pedro cierra los ojos y dobla la cabeza
como accidentado.)*

JUAN. Aquí estoy,
que un accidente...

MARCH. Este Juan...
¡Pérez!

JUAN. ¡Señor capitán!

MARCH. ¿Eres tú?

JUAN. Yo mismo soy.

MARCH. Por San Ginés, ya por muerto
llorado te hemos aquí.

JUAN. Muy cerca de ello me vi,
señor.

MARCH. Me alegro, por cierto,
de verte. ¿Y dónde has estado
que a mi pendón no has corrido?

JUAN. Prisionero me han tenido
hasta que ocasión he hallado
de fugarme.

MARCH. ¿Y cómo?

JUAN. Estaba
con uno que me guardaba
para morir maniatado,
cuando ese hombre, que conmigo
partía mis desventuras,
me cortó las ligaduras
con que me ató el enemigo.
Yo, en cuanto libre me vi,
al centinela maté,

y a ese buen hombre pagué,
sacándole tras de mí.

MARCH. ¿Quién es? *(Sombrio.)*

JUAN. Víctima inocente

de esos fieros enriqueños,
que instalándose por dueños
de su hacienda y de su gente,
a su mujer y a sus hijos
a su vista degollaron:

y, en fin, tal le maltrataron,
que tormentos tan prolijos,
señor, le han hecho caer
en tan lastimoso estado,
que si no es de otro ayudado,
ya ni aún se puede mover.

LUCÍA. Ya vuelve en sí.
JUAN. Son vahidos

que le dan continuamente.

LUCÍA. Cref que era otro accidente.

JUAN. No está el pobre en sus senti-
[dos.

MARCH. Percances son del furor
de la guerra. *(A Pedro.)* ¡Eh! ¿Cómo va?
*(Pedro le mira, se sonrie estúpidamente
y no responde.)*

JUAN. Sordo y estúpido está.

MARCH. ¡Sordo!

JUAN. Y demente, señor.

MARCH. ¿Y dó piensas ir con él?

JUAN. A vos, si me dais licencia
de cuidarle en su dolencia
en vuestro castillo.

MARCH. Fiel
del rey don Pedro al pendón
te has mantenido, Juan: bien
mereces el parabién.

Aprieta: *(Le da la mano.)*

JUAN. De corazón.

MARCH. Siempre leal me has servido
y tu pérdida sentí:

mas hoy, que vuelves a mí,
Pérez, no hay nada perdido.
Está hecho nuestro negocio:
cñete otra vez las mallas,
y a abrigo de mis murallas
de Alcalá, días de ocio
tendrás conmigo, que ahora
no tendremos más que hacer
que guardar a una mujer.

JUAN. ¿Por presa va?

MARCH. Y por señora:
aquí está. Silencio.

ESCENA IX

MARCHENA, JUAN, PEDRO *(como siempre)*;
LUCÍA, a un lado; DOÑA JUANA, con
manto y velo, alumbrada por un hachón
que trae LUCAS, y guardada por solda-
dos que quedan de la parte de afuera de
la puerta.

MARCH. Entrad,
señora: en este aposento

descansaréis un momento en calma y seguridad. A los caballos la silla no quitéis; que pues despeja la noche, y la luna deja ver la senda de la villa, en elevándose más seguiremos el camino de Alcalá.

JUANA. ¿Es este molino vuestro?

MARCH. Y vuestro, si quizás su posesión os agrada.

JUANA. ¿A qué tan cortés conmigo, cuando venis mi enemigo trayéndome custodiada?

MARCH. Es la voluntad del rey, que nada os niegue, y por Dios, que aquí quien manda sois vos; vuestro capricho es mi ley.

JUANA. Mas si os dijera: A mi esposo enviadme...

MARCH. Eso no lo hiciera por no perder yo siquiera depósito tan precioso.

JUANA. ¿Y dó vamos?

MARCH. A Alcalá.

JUANA. ¿A vuestro castillo?

MARCH. Sí.

JUANA. ¿Me vais a encerrar allí?

MARCH. A aposentaros.

JUANA. Quizá

no me reciban muy bien los huéspedes invisibles que le habitan.

MARCH. ¿Tan risibles consejas creéis también?

JUANA. ¡Qué queréis, Gil?

MARCH. Bien está:

Lucas, ve que el tiempo apura; haz servirnos algo y pronto. Vé tú a cuidar de la gente,

Martín. (A uno.)

(A Juan.) Y tú, de ahí en frente aparta a ese pobre tonto.

(Vanse Lucía y Lucas por la izquierda.

los soldados por el fondo.)

ESCENA X

DOÑA JUANA, MARCHENA, JUAN,
PEDRO CARRILLO

JUANA. ¿Quién es ese hombre, Marchena?
JUAN. Es un infeliz lisiado [chena] que la vida me ha salvado.

MARCH. Y su caridad le ordena pagarle ese buen servicio cuidándole.

JUAN. Es la verdad.

JUANA. Tu generosa bondad muestra bien tal beneficio, mancebo; y si mi favor te puede en algo servir, desde hoy puedes acudir a mí sin ningún temor: en tanto, si oro te falta...

JUAN. Dispensad, todo me sobra, que harto rico es quien bien obra.

JUANA. Y más la virtud resalta en quien como tú así obrando, con sus obras se contenta.

JUAN. Dios lo tendrá en buena cuenta.

JUANA. ¿Y te llamas?

JUAN. Juan Ferrando Pérez.

MARCH. Basta; llévale, no canses a esta señora con desvarios ahora.

JUANA. Dejadle, Gil, que se esté.

MARCH. Ya ese soldado es molesto, y por demás compensado va quien obra como honrado.

JUANA. Me agrada por lo modesto, Marchena; aunque prisionera del rey o de vos estoy,

aún puedo, como quien soy, favorecer a quien quiera. ¿Hidalgo? (A Pedro.)

JUAN. Es sordo, señora.

JUANA. ¿Y a más, del todo lisiado?

JUAN. Los brazos sólo ha salvado. (Llega junto a Pedro. Éste la mira y se ríe.)

PED. Mu-muy bo-bonita.

MARCH. (amostazado.) Es hora (A la condesa.)

de que toméis alimento.

Llévale ya. (A Pérez.)

(Pedro, que ha seguido riéndose y mirando a doña Juana, acrece su risa estúpida, y levantando un brazo, la señala con el dedo al rostro, haciéndola así reparar en un grueso anillo que llevará Pedro en el dedo índice.)

JUANA. ¡Cielo santo!

¡Su anillo!

PED. E-es u-un encanto. (Riendo.)

JUANA. ¡Es él! ¡Qué presentimiento!

MARCH. Vamos, que rápido pasa

el tiempo y necesitamos

la noche entera.

JUANA. Sí, vamos.

ESCENA XI

DICHOS; LUCAS, con platos, etc.

(Se sienta Doña Juana.)

LUCAS. Aunque harlo pobre y escasa para quien vos sois mi cena, con cumplida voluntad os la presento.

JUANA. Acercad,

Juan, a ese hombre.

MARCH. Ved...

JUANA. Marchena,

Dios, con ser Dios, se sentó con los pobres a la mesa.

(Juan sienta a Pedro a la mesa.)

MARCH. Vuestra nobleza, condesa...

JUANA. Más noble era Dios que yo.

MARCH. (Maldita tanta llaneza.)

¿Lucas?

LUCAS. ¿Señor?

MARCH. Ven aquí:

(Se apartan a un lado.)
te llevo al castillo.

LUCAS. ¿A mí?

MARCH. A ti. ¿A qué es esa extrañeza?

LUCAS. Yo, capitán, nada extraño.

MARCH. Mejoraré tu destino, que ya ha que en este molino

te enjaulé por más de un año:

encarga de él a quien quieras,

y mañana en Alcalá

e aguardo.

LUCAS. Muy bien está.

MARCH. Y oye, de todas maneras...

(Hablan en secreto.)

PED. (a doña Juana).

(¿Reconocéis este anillo?)

JUANA. (Sí; ¿quién sois?)

PED. (Ahora no sé,

pero pronto os lo diré.)

JUANA. (¿Cómo? ¿Dónde?)

PED. (En el castillo

de Alcalá.)

JUANA. (Dios, ¡qué imprudencial!

PED. (Tened mejor esperanza,

que todo acaso se alcanza

con audacia y diligencia.)

JUANA. (Pero...)

PED. (Silencio.) Ju-uan,

vi-ino.

JUAN (a Pedro, sirviéndole).

Que os va a hacer daño.

PED. Sí, lu-uego el ba-baño...

JUANA (a Marchena).

Vamos, señor capitán,

llegad también.

MARCH. Yo soldado

soy y sobrio.

JUANA. Ved, Marchena,

que sospecharé de cena

en que no probéis bocado.

MARCH. Uno solo tomaré.

JUANA. Eso hacemos los demás.

MARCH. Qué ¿sospecharéis quizás?...)

JUANA. De vos todo.

MARCH. Es mala fe.

JUANA. ¿No sois vos mi carcelero?

¿No es don Pedro mi enemigo?

Venganza, pues, o castigo

es lo que de ambos espero.

MARCH. ¿Qué hacer? Es vuestro des-

[tino,

quien ponga a la saña dique

ser del conde don Enrique.

JUANA. ¡Vino a España otra vez!

PED. (dando en la mesa con el vaso).

Vino.

(Marchena y doña Juana se vuelven a él, que sigue impávido. Juan le escancia.)

MARCH. y JUANA. ¿Eh?

MARCH. Creí ¡voto a su casta

JUANA (*a March*). Decid.
 MARCH. Se ha entrado imprudente por Aragón; mas su gente no basta contra el rey.

PED. (*a Juan con el vaso*). Basta.

MARCH. ¿Eh?

JUANA ¡El infeliz cuál se cebal

JUAN. Es que tiempo ha que no toca cosa caliente su boca

y que tal licor no prueba.

JUANA. ¡Desdichado!

MARCH. Es tiempo ya de partir.

JUANA. Vamos.

MARCH. A ti mañana te aguardo.

LUCAS. Allí irá.

MARCH. Juan, baja a Alcalá, y pues tan caritativo

te has vuelto, allí llévale, que asistírele mandaré.

JUAN. Y tal orden os recibo como un favor eminente.

UN BALLESTERO (*que entra*). Capitán, ya todo espera.

MARCH. Pues que acerquen la litera y que cabalgue la gente.

JUANA. Villanos, que Dios os guarde. (*Vase.*)

MARCH. ¿Conque vosotros, a qué hora pensáis partir?

LUCAS. Con la aurora.

MARCH. Pues que más no se retarde, que no os pesar a los dos

si atáis la lengua de corto.

LUCAS. Mi dueño, señor, sois vos.

JUAN. Lo que es yo, mediante Dios, ya veréis cómo me porto.

(*Vase Marchena, y Lucas le alumbrá quedando de la parte afuera de la puerta.*)

Juan vuelve a bajar a la escena, y hablan Pedro y él en secreto los cuatro primeros versos de la escena siguiente, reponiéndose y disimulando a la salida de Lucas.)

ESCENA XII

JUAN, PEDRO, luego LUCAS

PED. Juan, bien lo has hecho.

JUAN. Señor,

el alma tuve en un hilo.

PED. Pues ya ves que va tranquilo.

JUAN. Pedro, tiento.

PED. Juan, valor.

(*Entra Lucas.*)

JUAN. Lucas, que sea en hora buena.

LUCAS. Me sopla, a fe, la fortuna.

JUAN. De hoy marcharemos a una.

LUCAS. Sí, mas veamos la cena.

¿Lucía?

LUCÍA (*dentro*). Voy.

LUCAS. A cenar,

que hay que madrugar mañana.

JUAN. Y por Dios que tengo gana

tus colchones de pillar.

ESCENA XIII

DICHOS, LUCÍA

LUCÍA (*saliendo*). Aquí está.

(*Pone en la mesa un plato.*)

PED. (*bebiendo*). Bu-uen vi-inillo,

Ju-uan.

LUCAS. ¡Vaya el lisiado,

y qué bien que se ha achispado!

PED. Al vu-uelo las pi-pillo.

LUCAS. Pardiez, ya lo veo, y buenas.

JUAN. Así sus penas ahoga.

LUCAS. ¿Por qué no coge una sogá?

¡Vaya un modo de ahogar penas?

PED. ¡Mu-muy bo-onital!

(*Mirando a Lucía.*)

LUCAS. ¡Eso más!

PED. Y mi-entras han e-estado

(*Imita con la lengua y la mano el ruido y la acción de volver una llave.*)

Cris, cras... la ha gu-ardado. (*Riendo.*)

JUAN. ¿Lo oyes? (*Riendo.*)

LUCAS. ¡Ya! Mas, por San Diego,

¿quién ha abierto esa ventana?

(*Va a cerrarla, y mientras hablan Juan y Lucía.*)

LUCÍA (a Juan). (¿Vas al castillo?)

JUAN (a Lucía). (Mañana.)

LUCÍA (a Juan). (Pues hasta luego.)

JUAN (a Lucía). (Hasta luego.)

LUCAS. ¡Ja, ja, ja! Va a dar de panza diez veces de aquí a la villa.

JUAN (con sorna).

¡Quia! Si en viéndose en la silla va más tieso que una lanza.

PED. Vi-ino, Ju-uan.

LUCAS. Ya está chispo.

JUAN (a Pedro).

¿Y las piernas, qué dirán?

PED. Me tendré como un obispo mañana. Vi-ino, Ju-uan.

(Bebe, y los otros sueltan grandes carcajadas, y cae el telón.)

ACTO SEGUNDO

Galería de un patio-jardín interior en el castillo de Alcalá la Vieja, que separa la habitación destinada a la condesa del resto del edificio. Puerta a la izquierda que da a esta habitación, otra a la derecha que da al exterior. Una bajada por medio del rompimiento de la baranda que va al jardín, cuyos árboles se ven por encima del antepecho.

ESCENA PRIMERA

GIL DE MARCHENA y LUCAS, *asomados a la baranda de la galería*

LUCAS. ¡Qué magnífico edificio, capitán!

MARCH. ¿Qué te parecen las obras que hice?

LUCAS. Merecen verse.

MARCH. No es gran sacrificio vivir aquí, ¿eh?

LUCAS. Yo lo creo; tamaña suntuosidad compensa la soledad en que se vive.

MARCH. El deseo no tiene menos que echar grandezas de su recinto.

LUCAS. Le habéis hecho un laberinto de recreo.

MARCH. Un palomar era cuando el rey don Pedro me hizo de él donación.

LUCAS. Bien os probó la afición que os tiene.

MARCH. En la corte medro del rey; no puedo negarlo; mas si la suerte me ayuda, medraré harto más sin duda:

sin tener que sujetarlo a la ajena voluntad, prez alcanzaré y riqueza, y haré acatar mi grandeza en más de un pueblo.

LUCAS. En verdad, capitán, que en esperanzas os adormís bien risueñas.

MARCH. Constancia quebranta peñas, Lucas; y mis bienandanzas en popa de día en día

van bogando de tal modo, que aunque el mar es ancho, todo lo abarca mi fantasía.

Y al extenderse altanera por su inquieta inmensidad, yo no sé qué claridad

divisa en la otra ribera. Secretos del alma son,

Lucas, de su ser arcanos; mas vosotros los villanos no comprendéis la ambición.

LUCAS. También hierve en nuestro pecho esa pasión, capitán. [cho]

MARCH. Sí, mas con tan poco afán, y en círculo tan estrecho,

que hasta en su misma grandeza y en su mismo afán, se ve, Lucas, que engendrada fué en mezquindad y pobreza.

LUCAS. Mejorar su suerte mala siempre cada cual intenta, y medios para ello inventa cada cual según su escala.

MARCH. En eso está la ruindad, en sujetarse a una esfera que debe querer cualquiera romper por su voluntad.

LUCAS. Mas, ¡qué diablos!, capitán, el que villano ha nacido y con el pueblo ha vivido, no puede echarse más plan que aquel a que aspirar pueda a ver cumplido algún día, y holgarse en su villanía, pues cuando nace la hereda.

MARCH. Bien, Lucas, no hablemos tú, para tu corazón [más; y tu ser, tienes razón; por eso tan vano estás celebrando tu destino, al ver cómo ahora cuajas el jabón de tus navajas en la agua de mi molino.

LUCAS. Y más no sé ambicionar, capitán, que es diferente vivir rapando a la gente a tener con qué pagar al que la barba nos hace; y pasar de rapador a propietario, señor, a cualquiera satisface.

MARCH. ¿Y no valdrá más que en vez de ese molino harinero pueda yo un castillo entero darte algún día?

LUCAS. ¡Pardiez! Entonces ¿quién me tosía? ¿Yo poseor de un castillo? ¿Yo señor de horca y cuchillo?

MARCH. Quizá te acontecería; pero dejemos sandeces, Lucas.

LUCAS. Sí, tenéis razón; sandeces nada más son en mí tales altiveces.

MARCH. Sírveme fiel, y confía en que medrarás.

LUCAS. Yo creo, señor, que os sirvo a deseo.

MARCH. Sí, sí; mas por vida mía que ya tarda ese truhán.

LUCAS. ¿Quién?

MARCH. Juan Pérez.

LUCAS. El muy pillo

estará en el ventorrillo con la mujer de Julián.

MARCH. No, no: los caballos sienten en el patio. ¿Juan?

(Asomándose a la galería.)

JUAN (dentro). ¿Quién llama?

MARCH. Yo; sube.

JUAN. Voy al momento.

MARCH. Lucas, vuélvele la fama.

LUCAS. Deuda es que negar no intento.

ESCENA II

MARCHENA, LUCAS, JUAN

MARCH. ¿Has estado en Alcalá?

JUAN. Sí, señor.

MARCH. ¿Y las vituallas?

JUAN. Dentro de vuestras murallas el sol de hoy las dejará.

MARCH. ¿Te entraste por los mesones y por las tiendas?

JUAN. Entré.

MARCH. ¿Qué dice el vulgo?

JUAN. Está, a fe, dividido en opiniones.

MARCH. Habla.

JUAN. El labrador sencillo, contra el bando de Aragón,

fia en nuestra protección mientras estéis en el castillo.

MARCH. Es decir, que el labrador,

JUAN. Bendice vuestra presencia, que protege su existencia

contra el partido traidor.

MARCH. ¿Y el soldado?

JUAN. Cuenta el oro que le dais, y mientras dure,

no hay lid que no os asegure contra aragonés o moro.

MARCH. Yo haré que siempre le sobre y que leal a mí muera,

viendo que ante mí bandera no muere viejo ni pobre.

¿Y qué hablan los mercaderes?

JUAN. Los mercaderes, señor, con quien les pinta mejor se casan; sus pareceres

con sus ganancias están; con quien les da más franquias

para sus mercaderías,

con aquél, señor, se van.

MARCH. ¿Habrásles dado a entender que soy hombre que me pongo en razón, y me propongo sus franquias acrecer?

JUAN. Les manifesté que el rey

a este castillo os envía a ser guardián y vigía de la paz y de la ley.

Que pensáis por tiempo alguno de tributos dispensaros, si en mitades quieren darlos llegado el tiempo oportuno; y que aunque el rey nadie ignora

que a judíos usureros debió hasta hoy sus dineros, no así vos, que desde ahora tenéis permiso real para tomarlos a ellos, con más ganancia que a aquéllos, préstamos de su caudal.

Su afán es que los judíos no ganen con el estado, a quien han sacrificado como usureros impíos.

MARCH. ¿De modo que, hechos rentistas del rey, le dan sus empeños?

JUAN. Flaquezas son de asentistas. Ayer eran enriqueños, hoy se acostarán realistas.

MARCH. Bien está; den sus dineros por ahora, y por el rey, que luego dirá la ley si fueron o no usureros.

JUAN. ¿He cumplido bien?

MARCH. Sí, Juan; ¿mas por qué eso me preguntas? Parece que barruntas....

JUAN. Tiéneme con algo afán el pensar... si habréis pensado que yo en Aragón cautivo un año...

MARCH. Pues te recibo otra vez, ves que cuidado no me da tu cautiverio.

JUAN. Por eso, señor, me holgara que mi servicio os llenara.

MARCH. ¿Y es ese todo el misterio de la pregunta?

JUAN. Ese fué, que se que han hablado mal en mi ausencia.

MARCH. ¿Quién es tal que eso no sufra? En paz ve.

JUAN. ¿Tenéisme más que mandar?

MARCH. Nada.

JUAN. Pues a cuidar voy de mi enfermo.

MARCH. ¿Cómo está hoy?

JUAN. Se le ha visto mejorar desde que entró en el castillo; más claro habla, y creo que se tiene mejor en pie desde ayer el pobrecillo.

MARCH. Mucho te debió servir, pues tan eficaz le cuidas.

JUAN. Diera por él veinte vidas, que me salvó de morir con una muerte bien cruel; y a no salvarnos los dos, pongo por testigo a Dios que me quedara con él.

MARCH. Tal proceder te hace honor: mas en gente hecha a campañas, son virtudes algo extrañas esas.

JUAN. Flaquezas, señor. (*Vase.*)

ESCENA III

MARCHENA, LUCAS

MARCH. ¿Oíste, Lucas?

LUCAS. Oí.

MARCH. ¿Y qué piensas de ese mozo?

LUCAS. Tiene, hablando sin rebozo, muy mal ángel para mí.

MARCH. Ya, según me han dicho, piensan que es hermosa tu Lucía.

LUCAS. Cualquiera lo pensaría.

MARCH. ¿Y te pones en defensa?

LUCAS. Yo bien me entiendo, aunque

no me explicaré muy bien.

MARCH. Y yo te entiendo también.

LUCAS. Si de suspicaz me paso, no sé; jamás hizo nada en mi contra, a ciencia mía;

pero esa fisonomía
juro a Dios que no me agrada.

MARCH. Antipatía de celos
pudiera bien ser en ti;

mas oye, también a mí
me va infundiendo recelos.

Siempre me sirvió leal,
jamás tuve hombre más fiel;

sentía estarme sin él
porque es diestro y servicial.

Muy de menos en su ausencia
le eché; y anoche al hallarle,

tuve impulsos de abazarle;
¡plégome tal su presencial!

Mas es mozo y arrojado,
y aunque criado en pobreza,

humos tiene de nobleza
y se las echa de honrado;

y ese esmero minucioso
con que siempre me ha servido,

el respeto desmedido
que me muestra, sospechoso

me es en hombre tan altivo;
y en fin, servidor más fiel

necesito en lugar de él:
Lucas, en él te recibo.

Si eres hombre de valor,
y obras con discernimiento,

verás tu acrecentamiento
siempre ir de bien a mejor.

LUCAS. Señor capitán, yo no era
nadie, hasta que fuisteis vos

a hacerme hombre, y ¡vive Dios!
que deseo la primera

ocasión en que mostráros
lo aficionado que os soy.

MARCH. Pues bien, tu ocasión es hoy.

LUCAS. Pues bien, no andéis con repa-
[ros;

decidme lo que he de hacer.

MARCH. Hacerte de él muy amigo;
que coma y duerma contigo,

y que no pueda mover
un pie, ni pestañear,

sin que veas con qué objeto,
y si guarda algún secreto

sorpréndelo a su pesar.

LUCAS. Disponed vos que esta unión
desde hoy mismo se efectúe.

MARCH. Ve tú de que continúe
vuestra supuesta afición,

que la unión dispuesta está.

Tú guardarás del castillo
las llaves: junto al rastrillo

él contigo habitará
la torrecilla sombría

que, con la puerta pegada,
ha sido siempre nombrada

torre de la portería.
No esquivarle allí ocasión

de sondearle: espía, vela,
y haya broma y francachela

si conviene a tu intención.
Que ese hombre secretos sabe

del rey y míos, que acaso
le franqueen un mal paso,

que todo en villanos cabe.
Mas viene aquí; chitón, pues.

Yo me voy, y haré de modo
que fácil te sea todo.

LUCAS. Fiad de mí. Esto sí que es
navegar con viento en popa;

ahora, señor galán,
dónde las toman las dan,

con que tentaos la ropa.

ESCENA IV

LUCAS; JUAN, *que trae del brazo a PEDRO CARRILLO, como en el acto primero, y le sienta en un sitial.*

JUAN. ¡Hola! ¿Aun aquí tú?
LUCAS. Aquí aún.

JUAN. Ansiaba a solas hallarte.

LUCAS. Y yo a ti solo encontrarte.

JUAN. Pues es el placer común.
Conque empieza.

LUCAS. Mas... ¿Qué dudas?

JUAN. Si está lo mismo que un leño
el infeliz.

LUCAS. ¿Aun no es dueño
de sí?

JUAN. ¡Quial Mas ve si ayudas
en algo, hombre: ese sitial

arrima, y le sentaré.
LUCAS. ¿Pues no iba mejor?

JUAN. Sí a fe; de fuerzas no va tan mal. Los nervios han adquirido más tensión y más soltura, y el habla es ya menos dura; ¡pero ay! en cuanto al oído, lo más sordo está que las peñas. Y siempre, en su insensatez, entiendo al revés tal vez las más expresivas señas.

LUCAS. Mas él, ¿qué habla?

JUAN. Casi nada; mas si rompe a hablar, muy fresco le da por lo picaresco y suelta una bufonada. Ahí lo tienes: este rato que el sol de la tarde goza, parece que le remozca, y se ríe el insensato como un niño, cuando siente que le da el sol.

LUCAS. ¡Miserable!

JUAN. Y este aire le es saludable; come y bebe horriblemente.

LUCAS. En fin, buen trabajo tienes con él.

JUAN. ¡Y cómo ha de ser! Más ha perdido, a mi ver, quien perdió salud y bienes. Pero el tiempo no perdamos también nosotros así. Te traigo una carta aquí que me ha dado Andrea Ramos para ti.

LUCAS. ¡Diablo! Una carta.

JUAN. Dijo que a ti con destino la trajeron del molino: lee, lee.

LUCAS. Mal rayo me parta si leo yo ni dos letras de esas.

JUAN. Pero, hombre, ¿por qué?

LUCAS. ¡Vive Dios! porque no sé leer.

JUAN. Ya.

LUCAS. Ya: ¿te penetras ahora de mi razón?

JUAN. Miren por dónde se apea. Pues busca quien te la lea.

LUCAS. Hombre, si en esta ocasión me pudieras tú servir...

JUAN. ¿Yo?

LUCAS. ¡Qué! ¿Tú tampoco alcanzas?...

JUAN. Si fueran hierros de lanzas, no habría más que pedir. Cosa es de ricos o nobles que viven desocupados.

LUCAS. Tienes razón, los soldados tenemos haciendas dobles por ambos a que atender: pero puede que ese loco sepa de letras un poco.

JUAN. Calla, es verdad.

LUCAS. Pues a ver.

JUAN. A ver, trae.

(Abre la carta, y se la da a Pedro, haciéndole seña de que la lea. Pedro la toma, la lee para sí, y suelta su cargajada estúpida, devolviéndosela.)

LUCAS. Esta es más negra. Él se entera de lo ajeno y calla. Y dice algo bueno, conforme lo que le alegra. En fin, ¿qué hay? ¿Qué dice ahí?

(A Pedro.)

(Le hacen seña de que explique la carta.— Pedro la hace para que atiendan.)

PED. Que-que hoy viene mi so-obrino, que-que va a mi-mo mo-olino a hacerme u-un mo-lino a mí. (Se ríe.)

LUCAS. ¿A hacerle un molino a él? ¡Ah, ya caigo! Es que Lucía hoy al castillo me envía a mi sobrino Gabriel. Me alegro.

PED. ¿A mi mo-molino? ¿So-sobrino a mí, gra-an tuno? Yo no-o te-tengo ninguno.

LUCAS. ¡Pues no da en mal desatinol Toma la carta por suya el hombre.

JUAN. ¿Y qué le has de hacer? Como se la diste a leer, creyó que es de él y no tuya.

PED. Pe-pero oid-me, tra-ae...

LUCAS y JUAN. ¿Qué?

PED. Tra-trae en la u-ña

un anguilón de Ta-ajuña
que-que en cuanto lle-eegue cae.

LUCAS. ¡Y que él lo dispone luego!

PED. Y le hago na-adar en vi-no
y ma-mato a mi-i so-obrino
y po-ongo al mo-lino fuego. *(Se rie.)*

LUCAS. ¡No quiere hacer mal pastel!
Comerme la anguila, y luego
pegarme al molino fuego,
y asesinar a Gabriel.
Y se ríe el muy caribe.

JUAN. En fin, Lucas, acabemos.

LUCAS. Sí, sí, Juan; bromas dejemos
y vamos a lo que escribe
Lucía; a buen tiempo llega
Gabriel, porque desde hoy
del castillo alcaide soy.

JUAN. Y es empleo que te pega,
y te doy el parabién.

LUCAS. Saben que amigos sinceros
fuimos siempre, y compañeros
nos hacen.

JUAN. ¿A mí también
me han hecho alcaide contigo?

LUCAS. Yo me ofrecí diligente
a velar por nuestra gente
sólo con un buen amigo,
y como a tal te elegí.

JUAN. Gracias.

LUCAS. La gente de guerra
que nuestro castillo encierra
es poca, y fuerza es que aquí
descanse, pues sosegado
todo está; conquese desde hoy
dejo, Pérez, el molino
a cargo de mi sobrino,
y tu camarada soy.
Solos la torre tenemos
que en el patio grande se halla,
y de vista en la muralla
un centinela tendremos.

JUAN. Es muy justa esa cautela.

LUCAS. Lo cual da, si bien se hila,
que nos cenemos la anguila,
y que haya una francachela.

JUAN. La acepto.

LUCAS. Pues la tendremos.

JUAN. Adiós, Lucas.

LUCAS. Adiós, Juan.

(Nos veremos, seor galán.)

JUAN. *(Seor alcaide, nos veremos.)*

ESCENA V

JUAN, PEDRO

JUAN. ¿Oísteis?

PED. Y he comprendido
su traidora precaución.

JUAN. En la boca del león,
señor, nos hemos metido.

PED. Él velará sobre ti
y un centinela por él.

JUAN. ¿Y la carta de Gabriel?

PED. Saldrá bien, confía en mí.
Todo está en la diligencia,
y todo estriba en la astucia.

JUAN. Mucho el tiempo nos acucia.

PED. Y nos va, Juan, la existencia;
mas silencio... ¡oh! Dios nos tiene
de su mano en esta empresa;

¿oyes? el caracol viene
bajando.

JUAN. ¿Quién?

PED. La condesa.
Tal vez pueden oportunas
conjurar nuestras desdichas

cuatro palabras bien dichas.

JUAN. El cielo os inspire algunas.

PED. Como hable yo a doña Juana,
fío en Dios... Échate fuera
y guárdame esa escalera,
y avisa si alguien la gana.

JUAN. Por sobr mí pasarán
antes.

PED. No, de ningún modo;
fíjalo a la astucia todo

y nada a la fuerza, Juan.

JUAN. Entiendo, entiendo.
PED. Sal, pues.

Yo duermo como un lirón
hundido en este sillón.

JUAN. Ampárenos Dios.

ESCENA VI

LA CONDESA DOÑA JUANA, PEDRO

(Doña Juana sale con mucha precaución.
Pedro la habla como durmiendo y sin
cambiar de postura.)

COND. (Él es.

Los vi desde la vidriera
del crucero.—Solo está:
¡tiemblo!—¿Si acaso será
un falsario?)

PED. Ver pudiera
algún traidor.

COND. ¡Ah!

PED. Señora,
oíd; mas que estoy enfermo
no olvidéis, y que aquí duermo.

COND. ¡Pedro!

PED. Yo soy; mas ahora
oídme, por Dios, con calma
y fingíos distraída,
porque a ambos nos va la vida.

COND. ¡Ay! Tengo en un hilo el alma.

PED. Tres meses hace que os sigo,
de don Pedro por salvaros,
y de aquí vengo a sacaros
o a morir con vos me obligo.

COND. ¡Pedro!

PED. Dejadme acabar,
que no hay tiempo que perder.
¿Estáis dispuesta a arrostrar...?

COND. Todo, sí; que aunque mujer,
tengo un alma tan entera,
que no hay princesa en España
tan capaz de alguna hazaña,
ni de voluntad más fiera.

PED. Vais el furor de don Pedro
a hacer que se centuple
huyéndoos a don Enrique.

COND. Dispuesta estoy, no me arredro.

PED. Tal vez hay que prescindir
de vuestra real dignidad.

COND. No importa.

PED. Algún vil disfraz
endosaros para huir.

COND. Nada de eso me da pena;
inconvenientes son vanos
si me sacan de las manos
de este traidor de Marchena.

PED. Mas el rey...

COND. No hables del rey;
ninguno aquí se respeta:

Marchena no se sujeta
desde hoy a ninguna ley.
Y por último, Carrillo,
consiento en cualquier bajeza
por escapar con presteza
de este maldito castillo.

PED. Señora, me hacéis temblar;
¿qué puede pasar aquí
que os impela a hablar así?

COND. Carrillo, tan gran pesar,
tan ignominiosa mengua,
que doy por huir al instante
la hermosura del semblante
y el caro don de la lengua.

PED. Ya os comprendo. ¿Y tal baldón
osó proponer siquiera?...

COND. Pedro, mas ¿de qué manera,
con cuán taimada intención!
No es, Carrillo, mi belleza
lo que en mi favor le anima.

PED. ¿Pues qué es lo que en vos estima?

COND. Mi estirpe real; mi nobleza;
porque con mano traidora
prepara un veneno a Enrique,
y quiere que justifique
su atentado mi hermosura.

PED. ¡Oh infamial

COND. Sueña en poder,
en coronas y en grandeza,
y le hace falta nobleza
que le dará una mujer.
Y en supersticiosa fe,
espera imperial dominio
por no sé qué vaticinio
en que desde niño cree.

PED. Sí, sí, os sobra la razón,
y huir al punto es forzoso
traidor tan supersticioso:
la manera y la ocasión
y todo cuanto medito
para salvaros, veréis
en ese sucinto escrito,
que leído, quemaréis.

(La alarga un pergamino, que la condesa
recoge con disimulo.)
Si aceptáis...

COND. Sí, desde ahora.
 PED. Lo único acaso posible
 es...
 COND. Todo me es admisible.
 PED. Pues esta noche, señora.
 Y no echéis del corazón
 la convicción de que es fuerza
 que se burle y que se esfuerza
 la traición con la traición.

COND. Lo sé.
 PED. Pues disimulad,
 fingid, mentid.
 COND. Fe en mí ten,
 que no ha de fingir tan bien
 el más astuto jugador.

PED. Será en vuestro beneficio.
 Y ahora, señora, yo duermo;
 no soy yo, soy un enfermo
 sin movimiento y sin juicio.

(Cierra los ojos y se mantiene sin movimiento, que es en lo que estriba todo el carácter y dificultad de esta escena en el papel de Pedro Carrillo. La condesa se aparta un poco de él y queda apoyada en la baranda de piedra de la galería, como ajena de lo que por ella pasa.)

COND. ¡Lo que puede su lealtad!
 ¡Tan fiero y tan impaciente,
 por ella sólo consiente
 en tal ficción y ruindad!
 ¡Yo también le imitaré!

(Alza los ojos.)
 Dios, Señor de las alturas,
 dame en tantas amarguras
 destreza, valor y fe.
 Mas el jardín cruza, y sube
 la escalinata hacia aquí:
 fingiré que no le vi
 y que en algo me entretuve.

(Quedan ambos en silencio un momento. Pedro durmiendo, la Condesa mirando a lo alto. Marchena sube por la escalera del rompimiento.)

ESCENA VII

LA CONDESA, PEDRO, MARCHENA

MARCH. ¡En sus tristes pensamientos

cuán embebecida está! *(La contempla.)*
 Ni aún me ha sentido quizá.

JUANA. ¡Ah!... Marchena.

MARCH. Unos momentos
 ha que os estoy contemplando
 tan a lo que os cerca ajena....

JUANA *(interrumpiéndole)*.
 Sí, tenéis razón, Marchena,
 desde aquí estaba mirando
 esas nubes pasajeras
 que al blando impulso del viento
 van cruzando el firmamento
 caprichosas y ligeras.

MARCH. Con poco os entretenéis.
 ¿Y eso os distrae?

JUANA. Sí, por Dios;
 pues qué, ¿no os distrae a vos
 lo hermoso cuando lo veis?

MARCH. Perdonad, noble Condesa,
 que aunque lo bello admiré
 siempre, jamás me paré
 en una cosa como esa.

JUANA. Lo olvidé, tenéis razón;
 vos nunca al cielo miráis;
 y es inútil que lo hagáis
 si no os habla al corazón.
 A aliviar mi soledad
 a este corredor salí,
 y de la tristeza fui
 a dar con la enfermedad.

MARCH. ¡Dios! *(Repara en Pedro.)*

JUANA. A ese infeliz hallé
 ahí en su estupor sumido
 como veis.

MARCH. Sí, está dormido.

JUANA. Despertarle no logré
 aunque le hablé cerca y alto:
 ¡ay de mí, sin acordarme
 que aquí para consolarme
 todo es de sentidos faltos!

MARCH. Como a quien sois se os trata,
 según creo, en mi castillo,
 pues yo mismo a vos me humillo
 y mi gente en mí os acata
 por su señora.

JUANA. ¡Ay, Marchena!
 Toda la pompa oriental
 no hará que no suene mal
 al cautivo su cadena.

MARCH. De flores quisiera yo tejerlosa nada más.

JUANA. Y flores son que jamás mi decoro recogió.

MARCH. ¡No sé qué os noto, por Dios, que os veo menos altival!

JUANA. ¿He de llorar mientras viva el estar cerca de vos?

MARCH. Siento daros pesadumbre; mas así el rey lo dispuso.

JUANA. A la mano en que me puso me irá haciendo la costumbre.

MARCH. Palabras tan indulgentes me hacen creer que vuestro encono pasa.

JUANA. Es mi santo patrono mañana, los Inocentes.

MARCH. (con pavor).

¿A qué lo habéis recordado cuando olvidarlo quería?

JUANA. No supe el mal que os hacía, sin duda; ¡os habéis turbado!

MARCH. (hablando consigo mismo). Hoy, sí, es hoy... pero ¡qué miro!

En ese pasillo Juan... ¿Espía?

JUANA. ¡Qué nuevo afán tenéis!... (Apenas respiro.)

Parece que os inmutáis. ¿Qué tenéis?

MARCH. Todo el infierno me habéis alzado en lo interno del corazón.

JUANA. ¿Deliráis?

MARCH. No. ¡Juan!

JUAN (saliendo). Señor.

ESCENA VIII

DICHOS, JUAN

JUANA. (¡Qué va a hacer!)

MARCH. Responde y di la verdad, o el viaje a la eternidad

puedes prepararte a hacer.

JUAN. Señor...

MARCH. ¿Qué hacías ahí?

JUAN. A ese hombre, señor, velaba, cuando sentí que bajaba

esa noble dama aquí; y como el respeto sé con que la queréis tratar, su gusto por no estorbar, a este lado me aparté.

MARCH. ¡Vive Dios, si otra intención comprendiera que hay en ti!

JUAN. Presumo que os ofendí, capitán. Tenéis razón,

debí apartarle también; mas como el pobre dormía,

creí que no estorbaría. Disimuladme.

MARCH. Está bien.

JUANA. (Respiro.) Ahora comprendo lo que os turbó... A fe, Marchena, (Se rie.) que vuestra aprensión es buena.

MARCH. ¿Y os reís?

JUANA. ¿No lo estáis viendo?

MARCH. ¡Oh!

JUANA. Lo entiendo; como hacéis conmigo el enamorado,

lo celoso habéis pensado que fingir también debéis.

¿Y quién os causó recelo? (Se rie.)

¿Quién? ¿Un jayán, un tullido,

uno vil, y otro dormido?

¡Bah! Tropezáis en un pelo.

MARCH. Condesa, no me entendéis.

Mas ya que os veo dispuesta

a sondar esta funesta

tradicción, lo lograréis.

Juan, lleva a ese hombre contigo.

JUANA. ¿Y a qué le ha incomodar?

No puede sordo escuchar

ní dormido ser testigo.

MARCH. Decís bien.

JUANA.

Cuenta os haced

que es un relieve postizo

en ese pilar macizo.

MARCH. Bien. (A Juan.)

En la opuesta pared

de ese jardín, un postigo

hay; al pie de su escalera,

hasta que te llame espera;

allí irá Lucas contigo. (Vase Juan.)

ESCENA IX

LA CONDESA, MARCHENA

(*Marchena cierra las dos puertas laterales.*)

COND. (¿Qué va a decir? Yo tiemblo.)

MARCH. (*al pasar junto a Pedro.*)

Este menguado...

Mas ora en su estupor yace tranquilo.

COND. (¡Oh! ¡Si entiende que escucha
[desvelado!...]

El corazón por él siento en un hilo.)

MARCH. He comprendido que ponéis
[empeño

un secreto en sondear que me devora,
y voy a revelárosle, señora,

aunque esta relación os turbe el sueño.

Harto me duele el renovar la llaga
que abrió en mi corazón, mas no me ate-

rra
ya el siniestro destino que me amaga

y arrostrarle sabré: fuerza es que lo haga
mientras me sufra sobre sí la tierra.

JUANA. ¡Me estremecéis!

MARCH. Ahora, atenta estadme
y el dardo al ver con que me habéis he-

recordando este día maldecido,
como soy y he de ser al par miradme.

Tiene un rincón el corazón humano
donde luz ni razón nunca penetra,

y en donde Satanás pone un arcano
escrito contra el hombre letra a letra.

Y realidad o sueño, nos abruma
siempre, y de sobre sí nadie le arroja,

y a la virtud o al mal nos lleva en suma
sin permitir al corazón que escoja.

Por él el bien o la aflicción se espera,
el peligro por él con fe se arrostra,

por él avanza con audacia fiera
el hombre, y sin valor por él se postra.

Y el criminal gastado, el juez severo,
la virgen inocente casta y pura,

la cortesana torpe, el caballero
noble, lo mismo que el servil pechero,

la fuerza sienten de su ley oscura.

A este poder, por diferentes modos,
tarde o temprano sucumbimos todos,

y este arcano de impulso omnipotente,
es la superstición... raudal rugiente
que de esta vida por el mar turbado,
arrastra y sorbe en su fatal corriente
al triste corazón desesperado.

JUANA. ¡Sacrilega impiedad!

MARCH. Lo sé, Condesa.

Tal vez mi perdición ha de ser esa;
pero tras ella voy. Yo me burlaba

de sabios y pronósticos: creía
que, soldado y feliz, como me hallaba,

burlarme de ellos sin temor podía:
mas me engañé. Escuchad: yo siempre

del rey don Pedro fuí; nunca secreto
de ambición ni de amor tuvo conmigo,

y siempre quiso a sí verme sujeto.

Una noche, de vino y de placeres
hartos ambos a dos, él me propuso

pedir de nuestro sino pareceres
a un sabio que estas ciencias tiene en uso.

Consentí. Nuestro horóscopo le enviamos
para que el porvenir nos predijera,

y de él y de sus ciencias nos mofamos
de antemano los dos... ¡Nunca lo hiciera!

Porque al leer el propio pergamino
por el viejo devuelto, escrito estaba

en él el porvenir que me esperaba,
y dice así la voz de mi destino:

«Raza enemiga a ti tu muerte trama:
»la evitas nada más por un castillo:

»vasallos y pendón te da una dama:
»y entre agua y tierra, en lid de poca

»te matarán al fin por un carrillo.»

JUANA. Linda aprensión de muerte.

(*Riéndose.*)

MARCH. ¿Os mofáis de ella?
Yo también me reí; mas poco a poco

tornóse en fallo de mi negra estrella
lo que sueño juzgué de un viejo loco.

JUANA. ¡Morir por un carrillo!

(*Riéndose.*)

MARCH. De la raza
de los Carrillos habla.

JUANA (*aterrada*). ¡Santo cielo!

MARCH. Por doquiera se cumple esta
[amenaza;
doquiera juntos nos rechaza el suelo.

De don Pedro el pendón seguí constante
y el de Enrique siguieron los Carrillos.

El rey me dió al instante
sus honores, sus tierras, sus castillos.

Púsonos el azar frente por frente:
donde quiera que voy, doy con alguno;
donde quiera que van, dan de repente
conmigo, y es destino de esa gente
que yo les extermine uno por uno.

Ya no hay ley para mí, ya no hay partido
ni bando, ni opinión: siempre medroso,
de mí mismo no más atento cuido,
y a mi suerte no más miro afanoso.

Luché, velé, sufrí tres largos años,
y aún no creyendo en mi fatal estrella,
que me diera creí mil desengaños,
pero la vi cumplirse y fío en ella.

Este castillo es prenda de mi vida:
la dama vos, de quien marcó la huella
para ver mi fortuna engrandecida:
suerte en vuestro favor feliz me ayuda,
podéis un reino dar a vuestro esposo,
y espero al fin que al encontraros viuda,
me deis, cumpliendo el fallo misterioso,
tierra y vasallos y pendón famoso.

JUANA. Monstruo impío, jamás... An-
[tes espero
que a las manos del último Carrillo
por mí se cumpla tu destino entero.

MARCH. No, que ya nos ampara mi
[castillo
y aquí no puede contra mí ninguno.

JUANA. ¡Ay si la sombra aquí se alza
[de alguno!

MARCH. Ya sé que de esa raza a mí
[enemiga,

os ha seguido, por salvaros, uno,
y que llegó en Sevilla y en Toledo,
con maña astuta e infernal enredo,
hasta escribiros sin temor y hablaros:
mas no esperéis que hasta Alcalá nos siga,
ni aunque lo hiciera así, podrá salvaros.
Es su sino fatal, es sino mío;
aquí expiró a mis pies el padre anciano,
buscóme su hijo, y su cadáver frío
yace allí bajo; me buscó su hermano
y sucumbió también: de sangre un río
aquí en su corazón le abrió mi mano.
¡Oh! Y su fatalidad les prevenía

una muerte a los tres el mismo día:
y ese día fatídico, señora,
en el que estamos es, y esta es la hora.

JUANA. ¡Jesús!
MARCH. ¡Os da pavor!

También a mí: mas fío desde ahora
en mi cumplida predicción segura.

JUANA. ¡Ay si se alza del último la
[sombra,

y os sale al paso en tan funesto día!
MARCH. Callad, callad.

JUANA. ¿Parece que os asombra
su memoria fatal?

MARCH. ¡Qué niñería!
¡Vana ilusión! Si su sepulcro dejan,
y a demandarme sus fantasmas vienen,
atrás se volverán... me las alejan
de aquí estas piedras que su sangre tie-

[nen.

¿Veis esas dos escarpas que emparejan
en aqueste pilar? Ahí se mantienen,
porque recuerdos son de que algún día
de ellas pendieron en ausencia mía.
Sus cuerpos a su espíritu espantaron.
No, jamás volverán.

JUANA. ¡Horrible historia!
MARCH. Dos años de estas torres me
[alejaron

los sueños de esta lúgubre memoria:
mas por la vez postrera vuelvo a ellas
con segura esperanza en las estrellas.

Este, Condesa, es mi secreto; este
es vuestro porvenir: téngosos conmigo,
y medítadlo bien, porque os lo digo:
vos no sois ya del rey la prisionera,
sino mía; no el iris de esperanza
con Aragón en la contienda fiera,
no: sois la luz a que mi mano alcanza
solamente desde hoy: luz de mi vida,
luz de la estrella que me alumbró el paso,
mantenida por mí, por mí extinguida.

JUANA. ¡Monstruo! ¿A tanto osarás?

MARCH. Temblando acaso.
Mas ya no hay para mí ley ni partido,
ni bando, ni opinión; supersticioso
de mí mismo no más atento cuido,
y a mi suerte no más miro afanoso,
y... de aquí retirémonos ahora,
que el toque de oraciones no quisiera

que nos cogiera aquí, que es triste hora,
y he de pasar aún la vez postrera.

JUANA. Acompañadme, pues.

MARCH. Tembláis, señora.

JUANA. Sí, sí.

MARCH. Yo os guiaré por la escalera.

Vamos...

(La toma apresurado por la mano y vanse por la izquierda, volviendo Marchena la cabeza con supersticioso temor.)

ESCENA X

PEDRO, mirando las escarpas

¡Aquí estuvieron sus despojos!
Fuego, de llanto en vez, brotan mis ojos.
¡Víctimas inocentes! ¡Sombras caras!
Aun hay quien, inmolando en este suelo
todo su ser, de la venganza en aras,
cuenta dará de vuestra sangre al cielo.
¿Aún volverá?... Le esperaré, y cuando

[entre
en este panteón de los Carrillos,
con el Carrillo vengador encuentre.
Mas calla, corazón: deber sagrado
diques te pone aún... aguarda un poco,
que en manos de tu rey tienes jurado
volver con ella o sucumbir por loco.
Sofoca tu razón; como un cobarde
a industria baja y vergonzosa acude,
y mientras llega la ocasión más tarde,
su misma ruín superstición te ayude.

Sí, sí. Crezca su miedo... y que cuando
[entre,
pábulo nuevo a su pavor encuentre.

(Saca del seno una daga o puñal, y arrojando la vaina entre el ramaje de los árboles del jardín, la clava en el dintel de la puerta por donde ha de volver Marchena, la cual, siendo estrecha, como paso al caracol de la torre, favorece el pensamiento de Pedro. Éste se vuelve a sentar en la misma postura que ha conservado en las anteriores escenas.)

ESCENA XI

PEDRO, MARCHENA

(Éste, al salir por donde entró con doña Juana, cierra la puerta, y al cerrarla tropieza en la daga y la coge.)

MARCH. Huyamos de este sitio: me

[amedrenta
en estas horas su ámbito funesto,
y siento que el pavor se me acrecienta
con los recuerdos de hoy... ¿pero qué es
[esto?
¡Santo Dios!... ¡Una daga!... No es la
[mía...
Clavada estaba, sí: ¡oh!... ¡Qué pensa-
[miento
tan infernal!... Hoy fué... de aquí al mo-
[mento
salgamos.

(Suena a lo lejos el toque de oración en las campanas de Alcalá.)

La oración... ¡Me lo temía!
¡Juan! ¡Lucas! Pronto a mí, luces corrien-
[do.
No me atrevo a mover... pronto a milado
venid...

ESCENA XII

PEDRO (como siempre); MARCHENA, JUAN,
LUCAS, varios BALLESTEROS con antor-
chas.

JUAN y LUCAS. Henos aquí.
MARCH. ¡A mis pies clavado
un puñal!... Alumbra. (Mira el puñal.)

Lo estaba viendo
que este iba a ser un día desdichado.
Acaso de esa luz el falso brillo...
Fascinación acaso de mis ojos.
¿Qué dicen esos caracteres rojos
de ese hierro? Leed.

(Lo alargaba a los otros.)

BALL. (que leyó en el acto primero el pre-
gón de Don Pedro.)

«Pedro Carrillo.»

MARCH. No es mi imaginación enlo-
[quecida,

no. ¡Ira de Dios! Con vuestra propia vida todos me pagaréis traición tamaña.

JUAN, LUCAS y los demás. ¡Señor!

MARCH. ¡Mas aquí ese hombre! Si fin-
[gida

fuera, ¡Dios santo! su demencia extraña.
(Va a él.) ¡Desdichado de ti si de ellos
[eres!

(Le sacude y arrastra hacia el público.
Lucas le pone su antorcha cerca del rostro para que se vea y comprenda la fisonomía del actor; y Juan al otro lado, con la mano en el puño de su espada, se muestra preparado a arrojarse sobre Marchena.)

Despiértate, traidor, acaba o mueres.

(Le muestra la daga.)

¿Le conoces? ¿Es tuyo? ¿Aquí no has
[visto
quién le vino a traer? Habla o te mato.

(Pedro le toma la daga, la mira dándola vueltas, y le dice, soltando su estúpida carcajada:)

PED. ¿Pa-para tri-inchar?

MARCH. ¡Oh! El insensato
no me comprende, no.

PED. Yo ya esto-oy listo.

¿Va-vamos ya a cenar?

(Marchena le rechaza de sí empujándole, y Pedro sigue riendo.)

MARCH. ¡Delirio! ¡Sueño!

¡Oh, este día fatal me abre el abismo!

(Marchena muestra en sus desatinados movimientos el vértigo a que le conduce su temor y superstición. Pedro le mira, y siempre aumentando su risa, dice:)

PED. ¿Qué-qué le da a ese ho-ombre?
[¿Está lo-oco?

(Marchena, volviendo en sí de repente, y reconociendo el sitio en que se halla, responde a Pedro con acento sombrío, sacando precipitadamente y tirando el puñal:)

MARCH. Sí, sí: estamos los dos tal vez
[lo mismo.

(Vase.)

ESCENA XIII

PEDRO, JUAN, LUCAS

(Lucas queda mostrando indecisión, y como quien no sabe lo que le pasa. Juan le empuja y le saca de su estupor. Éste y Pedro, al quedarse solos, varían completamente de actitud y fisonomía, pasando de la estupidez a la inteligencia.)

LUCAS (a Juan). ¿Qué es esto?

JUAN (a Lucas).

Yo no sé.

LUCAS (con miedo). ¡Ay! Yo tampoco.

JUAN. Pero alúmbrale, Lucas, no se
[mate

según va.

LUCAS. ¡Dios me valga! ¡Yo estoy ton-
[to!

(Vase corriendo; los demás que hayan salido le siguen.)

JUAN. Vamos.

(A Pedro, fingiendo todavía, y ofreciéndole el brazo como siempre.)

PED. ¿Qué has hecho, Juan?
(Recogiendo su puñal y enderezándose con brio.)

JUAN. Todo está pronto.

ACTO TERCERO

Patio del castillo viejo de Alcalá, junto a la puerta exterior. A la izquierda, esta misma puerta, cuya muralla se prolonga hasta el fondo, y sobre la cual se puede andar. A la derecha, la pequeña torre de la portería, cuyo centro de dos pisos está manifiesto al espectador.

ESCENA PRIMERA

JUAN, dentro de la torre; LUCAS, llegando;
luego PEDRO

JUAN. ¿Quién va?

LUCAS. Yo.

JUAN. ¿Lucas?

LUCAS. Yo soy;
abre, Juan.

(Entra Lucas y cierra. Pedro se acerca a la puerta de la torre con precaución y escucha.)

JUAN. Dios sea loado.
 Lucas, ¿en dónde has estado?
 LUCAS. Casi no sé dónde estoy.
 ¡Vaya una noche!
 JUAN. ¿Qué pasa
 de nuevo ahora?
 LUCAS. ¡No es cosa!
 JUAN. Habla.
 LUCAS. Una fiebre horrorosa
 que la cabeza le abraza,
 le tiene casi sin juicio.
 JUAN. ¿Pero a quién?
 LUCAS. Al capitán.
 JUAN. Pues no estés con tanto afán,
 porque ya sabes que es vicio
 de su carácter: es hombre
 a quien a veces asombra
 el mirar su misma sombra
 o el oír su propio nombre;
 pero se le pasa pronto.
 LUCAS. ¡Ay, da miedo! De repente,
 Juan, grita como un demente
 o se queda como un tonto;
 y en verdad, Pérez, que espanta
 JUAN. ¿Y en dónde está?
 LUCAS. En su aposento
 reposa ahora un momento.
 Pero ¿de qué, Virgen Santa,
 se espantó de tal manera?
 JUAN. De aquel puñal.
 LUCAS. ¿Mas quién fué
 quien se le dió?
 JUAN. Yo no sé.
 LUCAS. Dijo que el suyo no era,
 porque atado a la cintura
 le llevaba.
 JUAN. Él le tendría
 de antes, y alguna manía
 le hizo de él tener pavora.
 LUCAS. Aquí para entre los dos,
 Pérez, esta fortaleza
 tal a parecerme empieza,
 que me disgusta, por Dios.
 JUAN. Qué, ¿tienes miedo?
 LUCAS. ¡Tal vez!
 Porque tengo en la memoria
 haber oído una historia
 que tiene visos, pardiez,

de estar en gran relación
 con lo que pasó esta noche.
 JUAN. Miente el vulgo a troche y mo-
 [che,
 Lucas.
 LUCAS. Fondo de razón
 llevan siempre sus mentiras;
 y en fin, cuando el río suena,
 agua trae.
 JUAN. En hora buena
 tema el capitán las iras
 de esos seres invisibles,
 que diz que el castillo habitan;
 teman los que los irritan
 con sus delitos horribles.
 Nosotros, que vida honrada
 llevamos, fieles al rey,
 temamos de Dios la ley,
 pero de fantasmas nada.
 LUCAS. Tú hablas bien; pero Marche-
 ha un poco que me decía: [na
 «Lucas, nunca de este día
 hay que esperar cosa buena.
 No sé a quién atribuyo;
 pero en este día aciago,
 siempre algún fatal estrago
 sucede en este castillo.»
 JUAN. Cosas tuyas; ya años hace
 que le sirvo, y te aseguro
 que este día es un conjuro
 que sus desdichas deshace.
 Por lances que en este día
 lugar y ocasión tuvieron;
 sus fortunas le viniéron;
 conque ya ves, es manía.
 Él sufre todos los años
 por estos días accesos
 que le trastornan los sesos
 con desvaríos extraños:
 mas ¿qué quieres? Así son
 las miserias de la tierra.
 Y hay hombres a quienes guerra
 da su propio corazón.
 LUCAS. Es verdad; pero te digo,
 y créelo sin que lo jure,
 que mientras la noche dure,
 Juan, no las tengo conmigo.
 JUAN. ¡Bah! No sé de qué te pasmas,
 ni hay causa de qué te asombres.

LUCAS. No me amedrentan los hom-
Juan, pero sí los fantasmas. [bres.

JUAN. ¡Válgame Dios! ¿También tú
[eres

de los patanes sencillos
que creen que andan los Carrillos
por estas torres?

LUCAS. ¿Qué quieres?
Yo sé que aquí han muerto de ellos
tres lo menos, y al pensar
en lo que uno oye contar,
se le erizan los cabellos.

JUAN. ¡Bah! Deja tal desatino,
que tanto afán no merece,
y dime, ¿qué te parece
el diablo de tu sobrino?

LUCAS. ¡Mi sobrino! ¿Cuál?

JUAN. Gabriel.

LUCAS. ¿Pues dónde está?

JUAN. ¿No le has visto?

LUCAS. No.

JUAN. Pues, hombre, andas bien listo
para portarte con él.

LUCAS. Pero, hombre, ¿qué estás di-
[ciendo?

JUAN. Pero, hombre, ¿qué estás du-
[dando?

LUCAS. ¿Gabriel aquí? ¿Desde cuándo?

JUAN. Lucas, lo estaba temiendo
de tu ruindad.

LUCAS. ¿Pero qué?

JUAN. ¡Por una anguila no más!

LUCAS. Acaba, por Barrabás,
que no te comprendo, a fe.

JUAN. Tú has metido a tu sobrino
por ahí en algún rincón
por guardar el anguilón.

LUCAS. Pero si aún aquí no vino.

JUAN. ¿Cómo que no? ¿Y aún bata-
[llas
por negarlo?

LUCAS. ¿Cuándo? ¿Cómo?

JUAN. Vaya, Lucas, que estás plomo:
con los carros de vituallas.

LUCAS. Pues no le he visto, a fe mía.

JUAN. ¡Toma! Pues él muy formal
se coló con su morral
de una en otra galería.

LUCAS. ¡Jesús!

JUAN. Preguntó por ti;
mas no logrando tu encuentro,
corriendo por allá dentro
se fué a buscarte.

LUCAS. ¡Ay de mí!
Todo lo va a alborotar,
que, según lo que me han dicho,
el tal sobrino es un bicho
a quien hay corto que atar.

JUAN. Pues hace más de una hora
que por ahí anda.

LUCAS. Pues voy
por él, que a fe de quien soy,
no me gustara que ahora
me turbara ese truhán
el reposo de Marchena.

JUAN. Pues, por Dios, que la hace
[buena
según está el capitán.

LUCAS. Voy, voy.

JUAN. Sí, y acuérdate
que me tienes prometida
una cena a su venida.

LUCAS. Y sí que te la daré.

JUAN. Pues búscale y date prisa.

LUCAS. Voy; tú espérame ahí quedo.
(Vase.)

JUAN. (A no tener tanto miedo,
por Dios, me ahogaba de risa.)

ESCENA II

JUAN; PEDRO, *que sale por detrás de la
torre*

JUAN. Pedro...

PED. Todo lo he escuchado

JUAN. El capitán...

PED. Su pavor

nos ayuda.

JUAN. Fué, señor,
vuestro empeño algo arriesgado.

PED. De audaces es la fortuna.

JUAN. Sí, mas tanto se la tienta,
que alguna vez se la ahuyenta.

PED. Como aún nos sonría una
nos basta. ¿Hiciste mi encargo?

JUAN. Todo está hecho: aproveché
la confusión, y crucé

el corredor. Sin embargo, no fío en que tan oculto fuese que algún centinela, u otro que anduviera en vela, no viese...

PED. Lo dificulto, que el cuento habrá ya cundido de lo hecho en la galería, y no habrá quien hasta el día ose pisarla atrevido.
¿Y lo dejaste en lugar seguro?

JUAN. En la misma puerta: no, no temáis que ande incierta para dar con ello.

PED. Errar sentiría, Juan, el paso por un descuido imprudente.
¿Y todo lo conveniente la pusiste para el caso?

JUAN. Todo la misma Lucía lo arregló; y en disponer tres caballos, quedé ayer para esta noche García.

PED. ¿Y en qué sitio?
JUAN. A la bajada del castillo, en la espesura del encinar.

PED. Pues procura, Juan, que no nos falte nada; y antes que vuelva a esta torre Lucas, y todo lo ataje, haz seña para que baje, que es tarde y el tiempo corre; mas cuenta que en el castillo sospechen...

JUAN. La seña es tal, que ni aún puede hacerse mal: es el canto del cuclillo.

PED. Pues despacha.
JUAN. Apartad, pues. *(Hace la seña, imitando el canto del cuclillo, y se la repiten por arriba.)*
¿Oísteis?

PED. Sí, ha contestado desde arriba.

JUAN. Ya ha cruzado el corredor. *(Mirando al foro.)*

PED. Ella es.

ESCENA III

PEDRO, JUAN; DOÑA JUANA, *de molinero, con alforjas, tiznada la cara de harina.*

PED. Señora...

JUANA. Ya estoy aquí dispuesta a arriesgarlo todo sin reparar en el modo; ¿mas dudáis vosotros?

PED. Sí: dudo cuanto más cercano veo el momento fatal.

JUANA. Pues qué, ¿lo haremos tan mal que nos sorprenda un villano?

PED. ¡Ay, Condesal! Yo no sé: mas a vuestros pies de hinojos, con lágrimas en los ojos os pido perdón.

JUANA. ¿De qué?

PED. ¡Poneros yo en tal baja zona y en tan grosero disfraz!

JUANA. Va en ello la libertad, el honor y la cabeza.

Bien contra mí se han valido de más pérfidos amaños, y estos pasos, aunque extraños, me llevan a mi marido. Doble política aquí, al tenerme prisionera, tiene una nación entera tiranizada por mí.

Y en pro de la causa buena, cuanto yo voy a intentar no podrá nunca empañar mi apellido de Villena.

Y en fin, Pedro, ya no es hora de pensar, sino de hacer; no os sonroje una mujer en tal ocasión.

PED. Señora,

no hay cosa ni en paz ni en guerra que yo no emprenda por vos, que nací, después de Dios, vasallo vuestro en la tierra. De mi padre y mis hermanos la sangre aquí derramada, reclama desesperada

su venganza de mis manos,
y yo a ella os antepongo,
y por servir a mi rey,
de mi propio honor la ley
bajo vuestras plantas pongo.
Ved si estaré decidido;
mas ofrecer me da pena
a una sangre de Villena
tan vergonzoso partido.
Poner en tanta bajeza
vuestro decoro, y tener
en un saco que envolver
vuestra hermosura y nobleza,
teniendo un buen corazón
y una espada a qué acudir
de apuros para salir
y mantener su razón,
es cosa contra la mía:
mas no hay remedio, es preciso
y...

JUANA. Yo estaré sobre aviso,
Pedro, y con tal arteria
sabré jugar mi papel,
que el espión más sagaz
de ver no será capaz
a doña Juana en Gabriel.

PED. Pláceme, por vida mía,
tan brava resolución,
y vuestro real corazón
conozco en tal bizarría;
mas ved que es fácil acaso
que, la destreza atajada,
haya que cambiar el paso
y echar mano de la espada.

JUANA. Ya aquí por nada me arredro,
que ya estoy acostumbrada
a ver sangre derramada
por los tigres de don Pedro.
Creo además que está bien
mi extraña trasformación.

PED. Estáis como la ocasión
lo requiere.

JUANA. Así nos den
fortuna nuestros destinos
para salir con ventura,
como nos sobra bravura.

PED. Oíd, pues: hay dos caminos
para lograrlo: el primero
hacer que el vino le acabe

la razón, tomar la llave
de su cinturón de cuero,
y callandito y sin bulla,
plantarse de cuatro saltos
entre esos pinares altos
antes que nadie rebulla.

JUANA. ¿Y el segundo?

PED. Es más violento,
pero más pronto.

JUANA. ¿Cuál es?

PED. Tenderle aquí a nuestros pies
y echarnos fuera al momento.

JUANA. Si no hay más medio, es igual;
pero aunque tiempo perdamos,
Pedro, al primero acudamos,
que tiempo hay, si sale mal,
de acudir al más seguro.

PED. Pues ya os podéis aprestar,
porque le siento acercar
por entre el ramaje oscuro.

JUAN. Ya está aquí.

JUANA. Empecemos, pues,
y Dios nos valga.

PED. En él fio.

Juan, dame el brazo.

(Pedro se apoya en el brazo de Juan y vuelve a su estupidez. La condesa cambia repentinamente de carácter y sale al encuentro de Lucas, que viene por el fondo.)

ESCENA IV

LA CONDESA DOÑA JUANA, PEDRO, LUCAS, con linterna; JUAN

JUANA. ¿Es mi tío?

LUCAS. ¡Calla! ¿Es éste?

JUAN. ¿No lo ves?

LUCAS. ¡Y yo por allá buscándole!

JUANA. Y yo tras de vos perdiéndome
y a todo el mundo atreviéndome,
por mi tío preguntándole.

LUCAS. ¡Y qué guapo es el muchacho!

JUANA. ¡Oh, y ya veréis qué expedito!
De nada se me da un pito
y todo me lo despacho
en un tris. ¡Oh! Tengo un tino
para todas mis haciendas.

que doy fin a mis moliendas
 apenas suelto el molino.
 ¡Si el verme allí es un contento!
 ¡Qué ir y venir! ¡Qué bajar
 y subir! ¡Qué trajinar!
 Allí estoy en mi elemento.
 Yo cuidó la casa entera,
 lo de fuera y lo de adentro,
 y todo hecho me lo encuentro
 lo de adentro y lo de afuera.
 Yo ato los sacos de harina,
 yo el trigo que traen encierro,
 cargo un rucio, casco a un perro,
 perniquebro una gallina;
 y cual si hubiera cien manos,
 en cien cosas a la vez
 me ocupo, y con rapidez
 salgo de todas ¡pardiez!
 Yo crío doce marranos,
 cien pavos gordos y sanos,
 pollos, palomas, gallinas,
 y hago comercio de harinas
 en las comarcas vecinas;
 viajo, muelo, cazo, pescó,
 y apaleo a los villanos,
 y sirvo a mis parroquianos
 y ajusto mis propios granos;
 doy, pago, cobro, y tan fresco.
 LUCAS. ¡Jesús!
 JUANA. Y nunca me pierdo.
 Mas ¡ay, qué chola la mía!
 Ahora, tío, que me acuerdo,
 os traigo carta de un cerdo
 y un buen jamón de Lucía.
 LUCAS. ¡Hombre, hombre!
 JUANA. Lo mismo da;
 así a la lengua me vino,
 y yo soy como el molino,
 me suelto y pum, allá va.
 También os traigo una anguila
 que en mi cañar he pescado,
 y un vino bien embotado
 que consuela y refocila.
 Y como he topado a Juan,
 antiguo vecino mío,
 os le he convidado, tío,
 con ese otro del gabán.
 Conque, pues todos están
 juntos aquí y de bureo,

empecemos el jaleo,
 que la anguila está dispuesta,
 y con esa indina cuesta
 tengo un boquis que no veo.

LUCAS. ¡Jesús, Jesús y qué salv!

JUANA. ¡Ay, tío! No me hagáis ascos,
 porque me rompo los cascos
 con el lucero del alba.

JUAN y LUCAS. ¡Ja, ja, ja!

JUANA. No hay que reír;
 pero ¡ay de mí! soy un bestia.

¿Yo daros tan ruin molestia?

¿Yo con mi sangre reñir?

¡Bah! Soy un calaverilla,

tío, pero no un bribón,

porque tengo un corazón

mejor que el pan de Castilla.

Dadme la mano, y pelillos

al mar, y con todo a Roma.

LUCAS. La mano y los brazos toma,
 que me has puesto los carrillos
 encogidos de reír.

y no hay ¡voto a Belcebú!

un muchacho como tú

entre un millón a elegir.

JUANA. ¿Conque os gusto?

LUCAS. Sí, por Dios,

y con gran placer, sobrino;

partiré de mi molino

la ganancia entre los dos.

JUANA. Ya veréis qué bien lo hago;

mas por los disciplinantes,

tío, cenemos cuanto antes,

qué tengo la tripa en vago.

LUCAS. Sí, vamos; tienes razón.

JUANA. ¿Y quién es este tío lila

(Por Pedro.)

a quien nada despabila

y calla como un lirón?

JUAN. Un tonto.

JUANA. Buen compañero
 de broma.

JUAN. ¡Oh! Pues como empiece...

Verás, cuando se enderece
 un par de tragos...

JUANA. Yo espero

que lo haga aquí a su sabor.

JUAN. ¡Ya verás!

JUANA. Pues a la mesa,

que yo quiero gente tiesa
que haga a mis fiestas honor.

(*Entran en la torre.*)

LUCAS. Entrad, entrada; algo estrecho es mi cuarto para cuatro; mas no para anfiteatro, como podéis ver, fué hecho, sino para habitación del alcaide.

JUANA. A buena cena, cualquiera cámara es buena.

LUCAS. Saca, pues, tu provisión.

JUANA. Aquí está: en esta cazuela viene enroscada la anguila;
(*Pedro se ríe como corresponde a la parte que juega en esta escena.*)

Janda, anda, mira el tío lila

que ríe que se las pela!

PED. ¡Ca-aspita qué-qué o-olor!

JUAN. Vamos, sentaos aquí.

PED. La bo-bota pa-ara mí,
que hu-huelo bu-uen licor.

JUANA. Lo huele ¿eh? Buen perdigue-
[ro.

Ahí va.

PED. Ca-canario, ¿dos?

(*Viendo que doña Juana saca otra bota.*)

JUANA. Esta otra no es para vos,
que está mi tío primero:
tomad, tío, esta botilla, aunque os parezca pequeña.

Es de la uva de la aceña;
no lo hay mejor en Castilla.

LUCAS. Ya lo sé, que no hay cosecha como la suya.

JUANA. Y su dueño me lo dió por grande empeño,
que sólo para él lo echa en sus cubas.

LUCAS. Te lo estimo,
y a él también, que es hombre llano con el noble y el villano,
y puro como el racimo de sus cepas.

JUANA. Ea, pues, vaciadle a nuestra salud,
y juzgad de su virtud por lo que sintáis después.

LUCAS. Sobrino, yo soy muy ducho

en vinos, un veterano a quien no tiembla la mano ni con poco ni con mucho.

JUANA. En ese caso, empinad.

LUCAS (*Bebe*). ¡Jesús!

JUANA y JUAN. Buen provecho,

JUANA (*a Pedro*). Vos a la anguila. (*Se sirven.*)

LUCAS. ¡Vive Dios, que es soberbio en realidad!

(*Quitándose de los labios la bota.*)

JUANA. Siéntate, Juan.

JUAN. Yo de pie

cumpliré mi obligación, pues que alguien sirva es razón, y de voluntad lo haré.

PED. ¡Ri-ical! Vi-ino, Ju-uan.

JUAN. ¿No te lo dije? Ya empieza.

(*A Lucas.*)

Que se sube a la cabeza.

PED. Co-cómo un ma-mazapán.

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

JUANA. ¡Toma, y es sordo!

JUAN. Como un tronco.

JUANA. Así lo que echa

en su cuerpo le aprovecha:

no oye penas y anda gordo.

JUAN. Pone todos sus sentidos en comer, y no trabaja.

PED. Po-ponedme otra ra-aja,
que-que me gusta.

LUCAS. Escogidos

son los peces del Tajuña.

PED. Bri-brindis.

JUAN. Dice muy bien.

PED. Bri-inda, mu-muchacho.

JUANA.

PED. No-o dejes ni una u-uña. ¿A quién?

LUCAS. Como soy Lucas, sobrino, que el tal vinillo me alegra:
¿es de uva blanca o negra?

JUANA. Yo no sé, pero es buen vino; y si va a decir verdad, tío, a mí en este momento me produce tal contento, que, vamos, sin vanidad, andaría sin empacho a palos o mojicones

con un par de mozállones como vos.

LUCAS. ¡Ja, ja! Muchacho, tú te has puesto un poco chispo,

JUANA. Pues, tío, o yo veo mal, o vos estáis ya tal cual rezumado.

PED. Me-me crispo de pla-acer con el mo-osto, Ju-Juan.

LUCAS. ¡Cuál se forra el panchol!

PED. O el va-aso es mu-muy ancho, o el pe-escu-ezo a-angosto. (Bebe.)

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

LUCAS. ¡Cómo está el hombre!

PED. No hay co-cosa co-omo el vi-ino; po-pone al hombre fi-fino y no-no hay de qué se a-asombre:

vi-ino, Ju-uan.

LUCAS. Magnífico.

PED. Con mis pi-iernas de tra-apo y este co-orpanchón de sa-apo, me atrevo a dar un so-opapo.

TODOS. ¿A quién?

PED. A-al mar pa-acífico.

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

PED. Vi-ino, Ju-uan.

LUCAS y JUANA. Sí, sí, vino.

PED. De esta ve-ez

me ro-ompen la nuez

o me ha-acen ca-apitán.

JUANA. Bebamos, pues.

LUCAS. Sí, sí, arriba.

JUANA. ¡Qué chispón que está mi tío!

LUCAS. ¿Pues y tú, sobrino mío?

(Se recuesta.)

PED. Ya el su-sueño le derriba

atrás co-omo un pa-anarra:

¡ja, ja!

JUANA. Mas calla, ¿qué veo?

¿Es que yo ya me mareo

o es aquello una guitarra?

JUAN. Cabalito.

JUANA. Dame acá:

me alegre por santa Prisca!

Una guitarra morisea:

trae, trae. (La da la guitarra.)

LUCAS. Chico, quita allá,

no rompas ese instrumento.

JUANA. ¿Qué es romper? Panza de veréis cómo en un momento [coco, os le templo y os le toco.

LUCAS. ¿Punteas también, sobrino?

JUANA. Ya lo veréis.

PED. ¿Ta-ambien

mu-música? Va-va bien.

[Lo que es heber! Juan, vi-vino.

(Doña Juana toma la guitarra y se dispone a cantar.)

ESCENA V

Dichos; MARCHENA, con ronda de balles-teros y gente de armas, asoma por el fondo, y al oír puntear la guitarra se para.

MARCH. (Ni un punto descansaré en esta noche fatal:

como espectro sepulcral en sus sombras rondaré.

¡Sí, vagan por mi castillo

sus espíritus! Lo sé;

pero en vela aguardaré

la del último Carrillo.

Acaso esta noche cruel

le trae de su niebla en pos;

mas si él me busca, por Dios,

yo también le busco a él.)

PED. Siénto ruido.

(Aparte a doña Juana.)

JUANA (aparte a Pedro). También yo.

PED. (aparte a Juan).

Mira a esa rejilla, Juan.

JUAN (aparte a doña Juana y Pedro.)

¡Dios piadosos! El capitán.

PED. (¿Ya tembláis?) (A doña Juana.)

JUANA. (Por Cristo, no.)

PED. (Pues seguid.)

LUCAS. Por Dios, sobrino,

canta, o la lámpara sopla

y a dormir.

JUANA. Ahí va una copla

de la canción del molino.

(Sigue punteando.)

MARCH. ¿Qué es esto?

UN BALLESTERO. Lucas y Juan,

que en alguna francachela

están dando a la vihuela.

MARCH. Oigamos, que a entonar van.

JUANA. *(Canta.)*

Cuando yo a mi molino
suelto la rueda,

no hay brazo que sus aspas
pararle pueda.

Que es mi molino
símbolo de la rueda

de mi destino:

que va rodando,

que va moliendo,

y harina dando

que va cayendo,

montón formando,

que va creciendo,

mientras yo en saco blando

cual soy me tiendo,

y según va rodando

me voy durmiendo.

Que es mi destino

dejar que ande mi vida

con mi molino.

PED. y JUAN. ¡Bien!

LUCAS. ¡Magnífico, sobrino!

Pero ¡ay! ¿Sabes que me encuentro
como si me hirviera dentro

todo el agua del molino?

JUAN, PED. y JUANA. ¡Ja, ja, ja!

JUANA *(cantándole)*. Ese es el vino,

que os va poniendo

torpe y mohino;

porque en bebiendo

con poco tino,

como estáis viendo,

al bebedor más fino

le va venciendo,

y según va bebiendo

se va durmiendo:

porque hace el vino

que rueda la cabeza

como un molino.

PED. Yo-o no oigo pe-pelota;
mas debe ser ca-ación

so-oberbia. Y con ese son

la cabeza se me embota,
sobrino... por compasión,

tu música me acogota.

MARCH. *(Polvo que el viento alborota,
confunde, arrastra y azota,
las cosas del mundo son:*

ahí algazara y chacota,
¡y otro a un paso de ahí agota

el cáliz de la aflicción!
En fin, velemos por ellos,

pues pueden gozar así
algunos instantes bellos

que no pasarán por mí.)
¿Lucas?

JUAN. *(Él es.)* *(Llamando.)*

MARCH. ¡Lucas!

LUCAS. ¿Quién

llama?

MARCH. Yo soy.

LUCAS. Mira, Juan,

quién llama ahí.

JUAN. El capitán.

LUCAS. ¿El capitán? Está bien;

mira, asómate, muchacho,

si es que te tienes, y dile

que fie en mí y se las guile,

que estoy un poco borracho.

MARCH. Abrid aquí, o ¡vive Dios!

LUCAS. El que se tenga más tieso,

que abra ahí.

JUANA. Yo voy a eso,

tío; yo abriré por vos.

*(Abre y entra Marchena. Todos le ofren-
cen sus vasos, y queriendo saludarle,*

*vuelven a caer aplomados en sus sitials.
Pedro se manifiesta entre borracho y
loco.)*

MARCH. ¿Qué es esto?

LUCAS. Mi capitán,

ya llegáis tarde, y lo siento;

pero no importa; tú, Juan,

lárgale un vaso, jumento.

TODOS. Aquí está el mío.

PED. To-omad

u-un tra-ago, señor,

que-que es mu-uy bu-en-li-icor.

MARCH. Debe de serlo, en verdad!

según os ha puesto a todos:

(¡Mas juntos en tal lugar!..)

LUCAS. No tenéis que cavar

r con malos modos,

capitán; ese muchacho

es Gabriel, es mi sobrino,
que os va a cuidar el molino
perfectamente borracho.

MARCH. ¡Ah! Entiendo.
PED. ¿No-o be-béis?

Pro-probadlo: es li-licor
que que quita el dolor
de muelas... ¿cuántas tenéis?

JUANA. Señor capitán, yo tengo
la lengua un poco trabada
en los dientes... mas no es nada,
porque yo ni voy ni vengo
para vos... lo que me empacha
es que hayáis hallado así
a mi tío... pues por mí
yo... odio la gente borracha.
¿Queréis que os cante un poquito?

JUAN. Capitán, no le hagáis caso,
porque no está para el paso;
ese chico es un mosquito.

LUCAS. No os dé pena, capitán.
Todo lo cura un chapuz
en el pilón... Hombre, Juan,
espabilate esa luz,
que no vemos.

JUAN. ¿Que no ves
con la luz? ¡Y vive Dios,
que a mí me parecen dos!

JUANA. Y a mí ciento veinte y tres.

MARCH. Lucas...

LUCAS. ¿Señor?

MARCH. Esas llaves

dame, que llevas al cinto.

LUCAS. No estoy más que un poco

[pinto.

MARCH. Sí, mas es fuerza que acabes

de rematar tu pintura,

y que duermas es mejor,

mientras tu propio señor

de su quietud se asegura.

(Le toma las llaves.)

LUCAS. ¿Vais a estar vos ojo alerta

por mí?

MARCH. Sí.

LUCAS. ¿Conqué es decir

que puedo echarme a dormir

sin curarme de la puerta?

MARCH. Sí, y acaba, Lucas.

LUCAS. Bueno.
Pues tomad y gracias: ahora,
con tumbarme hasta la aurora
me quedaré tan sereno.

PED. ¿Qué-qué, os va-ais ya? ¿No que-
u-un tra-traguito? [réis]

MARCH. (con severidad). No:
dormid y silencio.

LUCAS. Yo
nada digo, ya lo veis.

(Sale Marchena de la torre.)

PED. ¡Qué-qué serio va el ho-ombré!
¡Bu-uenas noches, ve-ecino!

LUCAS. Canta otro poco, sobrino,
que me arrulla tu cantar.

JUANA. Pues ahí va.

LUCAS. Lo del molinó?

PED. ¿Va-va a cantar el sobrino?
¡Bah! A mí no me-me ha de entrar

en la oreja... ¡Conque vi-ino!

MARCH. (a un balletero).
Tú en el muro, centinela,
queda, y cuida que esa gente
no se desborde imprudente.

BALL. Descuidad, que estaré en vela.

MARCH. Si por este patio asoma
Lucas, échamele atrás;

no dejes a nadie más
llegar al muro: y si toma

la conducta de esos tres
algún viso de traición,
tiéndeles sin compasión
cadáveres a tus pies.

(El balletero se coloca de centinela sobre
la muralla.—Marchena sigue hablando
consigo mismo.)

Mis ojos están abiertos,
y en esta noche de afán,

sorprenderme no podrán
ni los vivos ni los muertos.

De todo el mundo pavura
siénto y terror, y a cualquiera

de quien dude, sea quien quiera,
le abriré la sepultura.

Sí; cual sombra del abismo
evocada, iré fugaz

girando en la oscuridad,
centinela de mí mismo.

(Vase con su gente.)

ESCENA VI

DOÑA JUANA, PEDRO, JUAN, LUCAS,
EL BALLESTERO

PED. *(a la condesa).*
(Seguid, por Dios, no sospeche
que escuchamos.) *(A Juan.)* (Tiento,
[Juan,
no te vea.)

JUAN *(que mira por la ventana).*
(Ya se van.)

LUCAS. Fuerza es que un hombre pe-
leche
con estos tragos, sobrino;
mas, o estoy ensordeciendo,
o tú te me estás durmiendo
con tu cantar del molino.

*(Un momento de pausa, durante el cual
doña Juana sigue cantando a media
voz.)*

PED. Todo está en calma otra vez.

JUAN *(mirando por la ventana).*
¡Mas, Jesucristo! ¡Qué veo!
Que allí nos han puesto, creo,
un centinela.

PED. ¡Pardiez!
Es cierto.

JUAN. ¡Estamos perdidos!
¡Sin las llaves y espíados!

PED. Sí, pero somos soldados,
Juan, y estamos decididos.
Seguid entonando vos. *(A doña Juana.)*
Juan, ¿tienes ahí tu ballesta?

JUAN. Aquí está.
PED. Una flecha apresta
para ese hombre, y ruega a Dios
que dé a tu brazo buen tino,
porque como te se fuerza,
aquí sucumbir es fuerza
a nuestro fatal destino.

JUAN. Allá voy. Desde allá arriba
le puedo apuntar mejor.

PED. Y en tu certeza o tu error,
Juan, nuestra existencia estriba.
*(Toma Juan su ballesta y sube al piso su-
perior de la torre. Viéndole subir Lucas
así, se alarma. Doña Juana sigue can-
tando bajo.)*

LUCAS. ¡Qué bajo cantas, Gabriell
Mas ¿qué es lo que hace ese Juan?
Bien decía el capitán
que no me fiara de él.
¡Jesús! ¡Y lleva en la mano
la ballesta! ¡Hola, bribón!
Pues nos veremos... ¡Traición!

*(Pedro se arroja sobre él, le aferra la gar-
ganta con una mano y le amenaza con
la otra con un puñal. Juan se coloca en
la ventana del piso superior de la torre,
arma su ballesta y dispara a su tiempo.)*

PED. ¡Silencio, o mueres, villano!
LUCAS. ¡Qué fuerza tiene el tullido!
PED. ¡Silencio! Vos, doña Juana,
mirad por esa ventana
lo que pasa. *(Lo hace doña Juana.)*

JUANA. Algo ha sentido,
sin duda, porque hacia aquí
mirando el soldado está.
*(Tira Juan su flecha, que hiere al balle-
tero, que cae de espaldas.)*

BALL. ¡Jesús!
PED. ¿Qué sucede?
JUANA. Ya
tiró.

JUAN *(asomando a la escalera).* ¿Pedro?
PED. ¿Cayó?

JUAN. Sí.
PED. Pues con aquesta mordaza
y una ligadura fuerte,
no hay miedo que se despierte.

*(Pone a Lucas un pañuelo en la boca,
atánzose al cogote, y le ata manos y
pies.)*
Ahora, fuera.

JUANA. ¿Y de qué traza
nos valemus para abrir?

PED. Imaginando este paso,
hice yo a Juan para el caso
esta cuerda prevenir.

(La saca de la alforja.)
Cuélgala, pues, de una almena,
y huyamos de este castillo.

JUANA. Sí, sí, partamos, Carrillo,
no nos sorprenda Marchena.

PED. Salid.
*(Juan y la Condesa salen de la torre y
suben al muro, donde Juan ata la cuer-*

da a una almena. Entretanto, Pedro clava su puñal en la mesa en que han cenado, mata la lámpara y cierra la torre, tirando la llave, y subiendo luego al muro, ayudará a Juan y a la Condesa.)

Obré a mi rey fiel;

ahora mi espíritu aquí queda, y Marchena, ¡ay de ti cuando yo vuelva por él!
(Juan, que ha concluido de atar la cuerda, se descuelga: Pedro la tiene para que baje la condesa, descolgándose él en seguida.)

Baja, y la cuerda asegura. (A Juan.) de abajo; yo os la tendré (A doña Juana.) de aquí arriba, y Dios nos dé como el valor la ventura.
(Vanse, descolgándose por la muralla.)

ESCENA VII

MARCHENA, bajando lentamente desde el fondo; LUCAS, dentro de la torre; el BALLESTERO, tendido en la muralla.

MARCH. ¡Qué horrible noche, ay de mí! Y con cuánta lentitud va pasando! Ni una estrella.
(Mirando al cielo.)

por el firmamento azul se ve brillar. Todo yace en tenebrosa quietud, envuelto en los negros paños de su lóbrego capuz; y el mundo entero parece, entre la sombra común, de toda la raza humana universal ataúd. Yo solo por las tinieblas bajo solitario aún, con el corazón pensado por pavorosa inquietud. Yo solo en insomnio horrible, esclavo de Belcebú, la paz maldigo en que goza la dormida multitud.
(Va hacia la puerta de la torre donde está Lucas.)

Ya duermen también aquí:

(Mira por la cerradura.)

sí, ya apagaron la luz y cayeron oprimidos por la embriaguez. Mas, según
(Mirando a la muralla.)

tendido está, el ballestero duerme también. (Va a él.) ¡Eh, gandul! ¿Así cumples tu deber?

Pero, ¡válgame Jesús! Cruzado está por un dardo.
¡Nuño, Melendo, Fortún!

¡A mí, pronto a mí, villanos! ¡Sus, mis ballesteros! ¡Sus!
(Vuelve a la puerta de la torre.)

¡Lucas! ¡Oh, se han encerrado! ¡Lucas! ¡Despierta, menguado!

ESCENA VIII

MARCHENA, LUCAS, BALLESTEROS con antorchas, etc.

BALLESTEROS. Aquí estamos, capitán: ¿qué pasa?

MARCH. ¿Nos han burlado!

BALL. ¿Quién?

MARCH. Pronto, por San Millán, corred a la torre grande y ved si está allí la presa:

(Vanse algunos.)

rompedme esa puerta aprieta,
(Otros lo hacen.)

y ¡ay de aquel a quien demande la razón de tal sorpresa!
(Entra en la torre cilla alumbrado por los suyos.)

¡Lucas! Dios santo, ¿qué es esto?
(Le desata el pañuelo rápidamente, otros las ligaduras.)

¿Quién de este modo te ha puesto?
LUCAS. Ellos... el tullido, Juan, mi sobrino.

MARCH. ¿Y dónde están?

LUCAS. Huyen.

MARCH. ¡Oh día funesto para mí! ¡Día temido con razón! ¡Mas qué estoy viendo!

(Ve el puñal clavado en la mesa y le toma.)

¡Su puñal!... Estoy perdido.
UNO DE LOS BALLESTEROS *(que llega)*.
Señor, la presa se ha huído.

MARCH. Sí, sí: todo lo comprendo.

¡Torcí de mi suerte el fallo
robándola del castillo!
Y ¡ay de mí, si no los hallo!
¡Pronto, amigos, a caballo
tras del último Carrillo!

*(Marchena va hacia la puerta del castillo
asiendo las llaves que lleva a la cintura
como con intención de abrirla. Los bal-
lesteros se dispersan en diferentes di-
recciones. Unos rodean a Marchena; otros
siguen a Lucas, que se esfuerza en lí-
brarse de su modorra. Otros suben a la
muralla y cruzan las galerías, formando
el cuadro de tumulto y afán que exige
la escena.—Cae el telón.)*

ACTO CUARTO

Exterior del antiguo molino de Guadalajara, con parte del puente. A la derecha, el molino, a cuya puerta se llega por un puentecillo de madera tan largo como toda la fachada y suficientemente ancho para que puedan representar sobre el cinco o seis personas. Detrás de él arranca, extendiéndose de un lado a otro del escenario, el puente de Guadalajara, y por bajo el único ojo que se presentará en escena se verá la ribera opuesta. El piso del teatro es agua.

ESCENA PRIMERA

LUCÍA, TERESA

LUCÍA. ¡Jesús, Teresa, qué afán!
Ya el horizonte esclarece
con el alba, y no parece
nadie. ¡Virgen santa! Y Juan,
cuando esta mañana vino,
dijo que si antes del día
arribar hasta el molino
conseguirse no podía,
tal vez no volvieran más
de esta osada expedición,
y me anuncia el corazón
que se ha perdido quizás,
y entonces ¡pobre de mí!

TER. ¿Tanto de ese hombre esperáis,
que así su ausencia lloráis?

LUCÍA. ¡Ay Teresa! Lloro, sí;
que, huérfana abandonada,
no me resta sombra alguna,
sí por mi mala fortuna
me veo de él separada.

TER. Parece hombre de valor,
y os quiere sin duda bien.

LUCÍA. Nació en Aragón también,
y en la niñez, nuestro amor.
Su padre era un escudero
de la casa de Villena,
y mi padre, de esta buena
familia, palafrenero.

Mas esta casa la guerra
como otras mil trastornó,
y mi padre sucumbió
de miseria en esta tierra.
Él, aunque pobre y villano,
sirvió a Carrillo de modo,
que parece más en todo
que su escudero, su hermano.

Y la afición que me tiene
le pago con mi cariño,
pues que le amé desde niño,
a más de que me conviene.

TER. ¿Y es cosa de tanto riesgo
esa en que se ve metido?

LUCÍA. Sin duda, y en mi sentido
va ya tomando tal sesgo,
Teresa, que si pudiera
consistir no más que en mí,
por verlos salvos aquí
un año de vida diera.

Tampoco vienen los otros
aún... conque, aunque aquí lleguen,
será fuerza que se entreguen.
¡Ay, qué va a ser de nosotros!
Mas, o el crepúsculo eseaso
me engaña... o estoy segura
que veo por la espesura
un jinete.

TER. Y a buen paso.
¡Oh! Sí, sí, por aquel llano
que se forma en la ribera
le veo ahora...

LUCÍA. ¡Si fuera
él! Pero ¡Dios soberano!

¡Cayó el caballo! (*Ladran dentro perros.*)
 TER. Y le ayuda
 inútilmente a moverse.

LUCÍA. Ya se alza. ¡Oh! Vuelve a ten-
 [derse;
 cedió al cansancio, sin duda.
 Ya le deja, y hacia aquí
 se dirige.

TER. ¡Tarfe, chito!
 Se acerca. Calla, maldito.
 LUCÍA. ¡Él es, él es! Ya está aquí.

ESCENA III

JUAN, LUCÍA, TERESA

JUAN. Ata esos perros, Teresa,
 o van ¡voto a Belcebú!
 a vendernos.

LUCÍA. ¿Eres tú,
 Juan?
 JUAN. Yo, mas con tanta priesa,
 que me creí que volaba.

LUCÍA. ¡Qué cansado estás!
 JUAN. Rendido:
 y aun gracias que así he podido
 llegar aquí.

LUCÍA. ¡Ay Juan! Acaba,
 por Dios; ¿qué pasa? ¿Dó quedan
 esos amigos?

JUAN. Me siguen
 de cerca, mas nos persiguen,
 y acaso al cansancio cedan
 antes de que pueda darles
 socorro: mas ¿dónde están
 esas gentes?

LUCÍA. ¿Cuáles, Juan?
 JUAN. Me he adelantado a buscarlos
 en su auxilio.

LUCÍA. Aún no ha venido
 nadie.

JUAN. ¡Cómo! Si García
 la hora del rayar el día
 les dió.

LUCÍA. Pues no han parecido.

JUAN. Y ya el alba está rayando,
 ¡Dios del cielo!
 (*Va a salir: Lucía le detiene.*)

LUCÍA. ¿Adónde vas?

JUAN. A unirme a ellos.
 LUCÍA. ¿Y qué harás
 con eso?

JUAN. Morir matando
 con ellos, o todos juntos
 salvarnos, como es razón.

LUCÍA. ¿Tanta es vuestra exposición?

JUAN. Si los cogen, son difuntos.
 LUCÍA. Tente, que por la espesura
 los veo ya.

JUAN. No los hallo. (*Mirando.*)
 LUCÍA. Allí, allí, tres a caballo.

JUAN. Sí, sí, ellos son. ¡Oh ventura!
 Me habrán, por suerte, seguido
 del monte por el atajo,
 y aunque con mucho trabajo,
 hacerlos han conseguido
 perder el rastro.

LUCÍA. No sé
 cómo entre esos matorrales
 pudieron los animales
 sacaros salvos.

JUAN. A fe
 que no quedan para más
 los pobres; que cuatro leguas,
 que han galopado sin treguas,
 y sin dejarlos jamás
 tomar aliento, es forzoso
 que acaben por reventarles.
 Aquí están. Voy a ayudarles
 a apearse.

LUCÍA. ¡Dios piadoso!
 ¡Cuáles están! ¡Y cuál viene
 esa dama! ¡Cuántas penas
 sufrido habrán, cuando apenas
 sobre el caballo se tiene!
 Dios nos ampare en tal cuita.

JUANA. ¡Jesús!
 LUCÍA. ¡Ay, pobre señora!

ESCENA III

LUCÍA, TERESA, JUAN; PEDRO, con DOÑA
 JUANA en los brazos

PED. Que repose un poco ahora
 es lo que se necesita.

LUCÍA. Aquí sobre este mullido
 de los costales.

PED. Esto era consiguiente: una carrera como la que hemos traído, era capaz, de seguro, de hacer aliento perder al cabalgador más duro, cuanto más a una mujer.

JUAN. Aflojarla ese jubón, que respire con holgura.

PED. Trae un poco de agua pura; no es de consideración el accidente.

LUCÍA. Aquí está. (Con agua.)

PED. Dame, dame.

LUCÍA. Se ha quedado como muerta.

PED. No hay cuidado por esto.

JUANA. ¡Ay!

PED. Vuelve ya.

JUANA. ¿Dónde estoy?

PED. Entre leales amigos.

JUANA. ¡Ay! Por perdida me conté. ¡Jesús, qué huida! ¡Qué saltos! ¡Qué matorrales! Como en sueño delirante, en confuso remolino los árboles del camino me pasaban por delante. ¡Qué yegua!

PED. A ella, señora, por su vigor y pujanza debéis la poca esperanza que nos resta por ahora.

JUANA. ¿Y Marchena?

PED. Aún está lejos, pues viendo el rastro perdido, la carretera ha seguido, porque a los turbios reflejos del crepúsculo, no pude ver que el atajo tomamos, pues fueron los gruesos ramos a sus ojos nuestro escudo.

JUAN. De los consejos, los que antes ocurren: si no tomamos por el monte, no ganamos ni un pie sobre esos tunantes.

PED. ¿Mas dónde está nuestra gente?

JUAN. Nadie llegó todavía.

PED. ¿Esto más?

JUAN. ¡Virgen María! Y ellos infaliblemente vendrán por este camino.

PED. Sin duda alguna vendrán, y a fe que no pasarán sin registrar el molino.

Fuerza es partir al momento.

JUANA. Es imposible.

PED. ¿Por qué?

JUANA. No puedo mover un pie, y apenas me queda aliento para hablar.

PED. Tenéis razón; mas no se dirá de mí que un sólo instante cedi por falta de corazón.

¿García?

ESCENA IV

DICHOS, GARCÍA

PED. A caballo ponte. Aún puede hacer esa yegua, sin enfriarla, otra legua. Corre, pues, cruzada ese monte, y subiendo hacia Torija, con mis jinetes darás y basta aquí los guiarás por la vereda más fija; mira, y de paso, del diestro llévate los tres caballos, en la espesura a ocultaarlos, no marquen el rastro nuestro. Corre, vuela.

GARCÍA. Al punto voy. (Vase.)

ESCENA V

JUAN, PEDRO, DOÑA JUANA, LUCÍA, TERESA

PED. Mientras, nos defenderemos aquí, o aquí moriremos como aragoneses, hoy.

JUANA. Pedro, ya basta: no más

por mí expongas tu persona, que si el cielo me abandona.

PED. Yo no he de hacerlo jamás.

He jurado a don Enrique que a su amor os volvería o en la empresa moriría; y es fuerza que testifique con mi sangre y con mi aliento, y que si me faltó la suerte, supe sellar con mi muerte la fe de mi juramento.

Pero lejos todavía los de Marchena estarán, y antes tal vez llegarán mis jinetes con García.

JUANA. Quiéralo Dios, buen Carrillo, que a salir de otra manera, nuestra sepultura fuera ese maldito castillo.

PED. Sí, bien lo podéis decir, mas porque esto no suceda, haremos cuanto se pueda de dos hombres exigir. Por el pronto, un aposento tomad, en el cual, señora, podáis a solas ahora reponeros un momento.

LUCÍA. Uno sé tan escondido, que a no echar la casa abajo, les ha de costar trabajo dar con él.

PED. Pues prevenido tenle, y servida entretanto para mudar ese traje, indigno de su linaje.

LUCÍA. Yo os daré un sayo y un mantón, aunque algo burdo y grosero, [to, limpio y cómodo ha de estar.

JUANA. Sí, ¿con qué os podré pagar interés tan verdadero?

PED. Con dejarnos llanamente aconsejar y servir de quien pronto está a morir por vos; pero que, prudente antes de este último trance intentará cuanto quepa

en hombre que serio sepa, cuanto en lo posible alcance. Conque estaos por ahora

aquí dentro retirada, que por nosotros guardada

estaréis; y antes, señora, (La aparta a un lado.)

cuatro palabras me oíd, porque es fuerza que pensemos que tal vez no nos veremos más, si se traba una lid.

JUANA. ¡Pedro!

PED. No es por ponderaros. Mas, nacido en Aragón, hablo con el corazón siempre, y no puedo engañaros.

JUANA. Lo sé, y en tanto que viva no he de olvidar que tú fuiste el solo que me seguiste cuando presa y fugitiva.

PED. Don Enrique vuestro esposo, me dió al partir este anillo, porque por él de Carrillo en cualquier lance dudoso os fiarais; yo ofrecí devolvérsele con vos,

mas de estar entre los dos, mejor está en vos que en mí. Tomadle, y si es que volverá, lográis a sus reales brazos, y a mí me hacen hoy pedazos, decide: Hizo su deber.

JUANA. Sí, le diré, y plegué a Dios, que nos ayude piadoso a llegar ante mi esposo a un mismo tiempo a los dos; y entonces verás, Carrillo, cómo sé darte sin pena todo el feudo de Villena en memoria de este anillo.

PED. Id, pues, y rogad por mí al Soberano Hacedor para que me dé el valor que nos hace falta aquí.

(La besa la mano y se va la Condesa con Teresa y Lucía.)

ESCENA VI

PEDRO, JUAN

PED. ¿Juan?
JUAN. ¿Pedro?

no ser un vil con mi hermano:
no hablemos más.

PED. Sea, pues,
como quieras: pero, Juan,
las horas corriendo van,
y mirar fuerza nos es
cómo salir de este paso.
A esa dama compañía
haz, y envíame a Lucía,
que aún salvarnos puedo acaso.

JUAN. Lo haré.

PED. Allá dentro te queda
para ampararla; yo aquí
velo; no salgas de allí,
suceda lo que suceda.

JUAN. Mas si veo...

PED. ¿Qué has de ver?

JUAN. Que te acecha la traición:
PED. Juan, tú harás tu obligación
salvándome a esa mujer.
Si tu destreza o tu brío
te inspira un medio de hacerlo,
no dudes en emprenderlo
como si fuera en pró mío.

JUAN. ¡Tal vez Dios me inspirará!

PED. De todos modos, aquí
mi vida está para ti.

JUAN. La mía, Pedro, allí está.

ESCENA VII

PEDRO, después LUCÍA

PED. ¡Bizarro mozo, por Dios!
Mas de poco en este día
servirá su bizarria,
si abandonados los dos
contra tantos nos ponemos,
porque poco puede hacer
la audacia contra el poder
y a la fin sucumbiremos.
Mas no ha de decirse, ¡oh, Juan!
que has sucumbido hoy aquí
por no mirar yo por ti,
si en este trance de afán
me ampara el Dios soberano
que el sol por alfombra tiene,
y al universo mantiene
a la sombra de su mano.

Sí, el mundo nos abandona,
peró en peligro tan grave,
yo haré cuanto en hombre cabe
para salvar tu persona.
¡Oh! Hasta los nuestros nos huyen,
que no comprenden ¡menguados!
cómo dos hombres restados
tan noble hazaña concluyen.
Mas ya la aurora del día
empieza a dorar las cumbres
de las desiguales lomas
que el horizonte circuyen,
y a nadie por el camino
todavía se descubre.
¡Oh! Si quisieran los cielos!...
Mas ya aquí Lucía acude:
aprovechemos el tiempo.

ESCENA VIII

PEDRO, LUCÍA

LUCÍA. ¿Qué me queréis?

PED. Que me escuches.
Tú amas a Juan.

LUCÍA. Yo, señor...

PED. En vano es que disimules,
ni con mujeril vergüenza
tu amor inocente excuses.
Él te ama también: mas fuerza
es que vuestro amor se frustre,
como a salvarte tú misma
con destreza no me ayudes.

LUCÍA. Hablad, hablad; estoy pronta.

PED. Enemiga muchedumbre
nos persigue.

LUCÍA. Ya lo sé.

PED. Por poco que se apresure,
aquí de un instante a otro
llegar debe, y que se burlen
sus iras es menester.
¿Dices que hay dónde se oculten
Juan y esa dama?

LUCÍA. Sí; un cuarto
que al río cae, que está inútil
y sólo Lucas conoce,
y fácilmente se obstruye
su puerta.

PED. A esa dama y Juan

a ese aposento conduce,
y allí en silencio manténese
donde su vida aseguren,
mientras yo a Gil desorientado
para que allí no les busque.

LUCÍA. ¿Vos?

PED. Yo, sí.

LUCÍA. ¡Ah! ¿Qué vais a hacer!

PED. Lo que a un buen amigo cumple.

LUCÍA. Pero, señor...

PED. Si a Juan amas

como al parecer presumes,
de esta manera tan sólo
la vida le restituyes.

LUCÍA. Hablad.

PED. El cielo, Lucía,

una chispa de su lumbrere
encendió en mi entendimiento,
y a prueba mi ingenio puse
muchas veces con fortuna,
y acaso querrá que triunfe
también hoy aquí, y los ojos
de los impíos ofurque:
que quien en los cielos fía,
jamás al malo sucumbe.

Yo soy, pues, un alcarreño
que los granos te conduce
de un punto a otro, y hoy traje
molienda con que te ocupes.

LUCÍA. Pero...

PED. Lo dicho, un labriego;

y si logro que me juzguen,
por tal, yo mismo a guiarlos
me ofreceré tras los que huyen.

LUCÍA. ¿Mas si otra vez vuestra estre-

cha
con esa gente os reúne
y os reconoce uno de ellos?

PED. No hay nada de que me asuste;
Lucía, nadie conoce
mi semblante, porque anduve
siempre entre ellos disfrazado;
y el sólo ante quien me expuse
tal cual soy, es Lucas Ruiz,
que aún dormirá en sueño dulce
el opio que con el vino
le he dado a beber.

LUCÍA. Me aturde A

tanta osadía. ¡Esperarles
cara cara!

PED. No te ocupes.

de mí; sálvalos a ellos,
si puede ser, y no dudes
que no hay más medio, Lucía,
con que su muerte se excuse:
que yo de aquí les aleje
y en tanto huyáis.

LUCÍA. Mas me ocurre...

PED. ¿Qué?

LUCÍA. Que vale más que a mí
sola en la casa me juzguen
esos que os siguen, y yo,
con oportunos embustes
o fingida candidez,
les distraiga y desalumbre.

PED. En vano fueran con ellos
tus buenas solicitudes,
débil mujer: con el miedo
podrá en ti más la costumbre
que la razón, y así harás
que doble el mal se acumule

sobre nosotros, no: haz tú
lo que para ti dispuse,
y si un impensado azar
mis esperanzas destruye,
tiempo hay para ser vencidos
sin que la hora se apresure.

Tiempo hay para que estas aguas
en sus ondas nos sepulten:
tiempo hay de rendir el alma,
mas no sin que se dispute.

LUCÍA. Sea como vos queráis,
pues por más que me repugne
ver que solo os exponéis
por todos, valor me infunde
al ver la seria esperanza
que mostráis.

PED. Que disimules
el peligro es necesario,
que calles y no te turbes
cuando el capitán Marchena
por nosotros te pregunté.
Y en cuanto a los de allá dentro,
mucho silencio; asegúrales
que todo va bien. Ahora
ve si hay por ahí algo útil
a mi disfraz de labriego.

LUCÍA. Si esta ropilla de Agúndez,
(*La muestra.*)
el recadero de Lucas...

PED. Trae: de estas calzas azules
(*La toma.*)

y este traje campesino
que adopté, haré que resulte
tal vez completa mudanza
en mi exterior, si me cubre
bien el jubón, y si logro
(*Se mete el jubón y la ropilla.*)

que esta ropilla me ajuste.
¡Perfectamente! Y va es
tiempo de que no figuren
esta peluca, estas barbas
(*Se quita lo que aice y lo tira al río, con
el jubón y la ropilla.*)

y estas pieles que me entumen,
y que hasta aquí me han salvado.
Vayan, pues, fuera, y si se hunden
mis esperanzas como ellos
en esa agua que les sume,
diré: Fué juicio de Dios,

pues hice cuanto hacer pude!
LUCÍA. Mirad, camino adelante
se alza de polvo una nube.

PED. Sí, sí; y con el sol que nace
lanzando entre ella relucen.

LUCÍA. Señor... (*Yendo a suplicarle.*)

PED. (*resuelto*). Excusa los ruegos,
y pide a Dios que me alumbré
la razón, para dar cabo

al empeño en que me puse.
LUCÍA. ¿Son ellos?

PED. Ellos son, sí:
alerta, pues, y ten calma.

LUCÍA. En un hilo tengo el alma.

PED. Silencio; ya están aquí.

(*Lucía hace que está ocupada en sus labores. Pedro se sienta como distraído. Un momento después se oye la voz de Marchena, apareciendo a poco sobre el puentecillo y guardándole sus ballesteros.*)

ESCENA IX

PEDRO, MARCHENA, LUCÍA, BALLESTEROS

MARCH. (*dentro*). Echad pie a tierra
[un momento:

no pueden haber pasado
de aquí, a no haber cabalgado
en alas del mismo viento.
¡Holal! ¡Ha del molino! (*Fuera.*)

LUCÍA. ¿Quién?

MARCH. Yo.

LUCÍA. ¡Vos, señor capitán!

MARCH. Dime, ¿conoces a Juan
Pérez?

LUCÍA (*cortada*). Yo...

MARCH. Repara bien

lo que hablas; di llanamente,
¿le conoces?

LUCÍA. Sí, señor.

MARCH. ¿Y ha estado aquí ese traidor
esta mañana?

PED. (*volviendo de repente*). Más gente
no ha venido aquí hoy que yo.

MARCH. ¡Vive Dios! ¿Y tú quién eres
que ofreces tus pareceres

a quien no te los pidió?
PED. ¡Tomal! Yo soy un paisano.

MARCH. ¿De qué pueblo?

PED. De Lupiana.

MARCH. ¿Qué haces aquí?

PED. Esta mañana
he venido.

MARCH. ¿A qué?

PED. A traer grano.

MARCH. ¿A qué hora?

PED. Al rayar del día.

MARCH. ¿Por qué camino has llegado?

PED. Por el monte.

MARCH. ¿Y te has hallado
con Pérez?

PED. Su señoría
perdone, mas yo no sé
quién es Pérez: a quien vi
pasar juntos de mí,

y si no les dejo, a fe,
libre de pronto el sendero,
me matan...

MARCH. Acaba; ¿a quién?

PED. Señor, o yo no vi bien
o el uno era un molinero.

MARCH. ¿Joven?

PED. Un chico.

MARCH. ¿Y los dos
que le seguían?

PED. Soldados no pueden haber me parecieren.

MARCH. ¿Armados?

PED. Sí.

MARCH. Son ellos, ¡vive Dios!

PED. Por señas, que iba clamando el chico: «No puedo más.»

MARCH. Y los otros dos, zas, zas, le iban la yegua arreando.

MARCH. Ellos son.

PED. Pues no estarán muy lejos, no; que el ganado llevaban ya reventado.

MARCH. Cien doblas te se darán si tras ellos nos conduces al punto.

PED. ¿Por eso a mí cien doblas?

MARCH. Helas aquí.

PED. (Se santigua). Me dejáis haciendo cruces.

¡Yo tal riqueza!

MARCH. Echa, pues;

sobre un caballo y partamos.

PED. ¡Yo cien doblas!

MARCH. Vamos.

PED. Vamos.

¡Ahí es nadal! ¡San Ginés!

¿Cien doblas? ¡Qué fortunón!

No les perderé la pista.

(En perdiéndonos de vista,

(Aparte a Lucía.) vosotros hacia Aragón.)

(Van a salir y Marchena se detiene oyendo la voz de Lucas.)

LUCAS *(dentro)*. ¡Eh! Capitán, capitán, teneos.

MARCH. ¿Qué es eso?

BALL. I.º Es uno

de los nuestros.

MARCH. ¡Ese tuno es Lucas!

PED. (¡Por San Millán!

Lucas es, ¡perdido soy!)

LUCAS. Yo soy, que con el camino me he despejado del vino,

a Dios gracias, y aquí estoy.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, LUCAS

PED. *(a Marchena)*. Vamos, señor, no perdamos el tiempo, y tanto se alejen que sin su rastro nos dejen.

MARCH. Tienes razón; vamos, vamos. Siguenos. *(A Lucas.)*

LUCAS. ¿Dónde?

MARCH. Tras ellos.

LUCAS. Primero escuchadme a mí dos palabras.

MARCH. Pronto, di.

LUCAS. De Alcalá, con los cabellos salí erizados de espanto,

y un atajo que yo sé tomando, hallaros logré a pesar del adelanto.

MARCH. ¡Eh! ¡Necio!

(Con impaciencia.)

LUCAS. No, no, esperad, que al tomar esa ladera me topé esta friolera.

MARCH. ¡Su collar!

LUCAS. Así es verdad; y unos pasos adelante,

seña hay de haberse tumbado un jaco, que han arrastrado

a el río; conqué entre el guante y el rastro, declaran bien

que no han podido pasar de aquí, y por aquí han de estar,

y es preciso que aquí estén.

MARCH. No, pasaron ya de aquí.

LUCAS. Es imposible, a pie.

MARCH. No, montados.

LUCAS. ¿Quién los vió?

PED. Yo.

LUCAS. ¡Calla! ¿Y tú qué haces aquí? ¿Quién eres tú?

PED. So un paisano.

LUCAS. ¿De qué lugar?

PED. De Lupiana.

LUCAS. Como que estoy yo con gana de desmentirte.

PED. *(sin poderse contener)*. ¡Villano!

LUCAS (*retrocediendo*).
¡Cielo! Esa voz... ese gesto...
esos ojos... los he visto
no hace mucho... ¡Jesucristo!
Él es, él es... presto, presto,
capitán, echadle mano;
aquí están los del castillo.

MARCH. ¿Conoces tú a ese villano?

LUCAS. Sí.

MARCH. ¿Quién es?

LUCAS. Pedro Carrillo.

MARCH. ¡Cielos!

LUCAS. Éste me embriagó,

éste es el loco, el tullido,
el tartamudo.

PED. Yo he sido;

Pedro Carrillo soy yo.

Yo soy, Marchena, tu sombra,
tu pesadilla, tu sino.

MARCH. Y hoy me tiende mi destino
tu cadáver por alfombra.

Ve cuándo das en mis manos:

los Inocentes son hoy.

PED. Por eso en pedirte estoy
a mi padre y mis hermanos.

MARCH. ¿Qué podréis contra mi estrep-

PED. Pienso apagártela yo. [Lla?

MARCH. ¿Y la condesa?

PED. Partió.

MARCH. ¡Mientes! Partieras con ella.

PED. Cayó mi caballo allí,

y a esperarte me quedé.

MARCH. ¡Mientes! ¡Mientes! Está aquí.
(*Marchena hace un movimiento para entrar. En esto, por el lado del río saltan al agua Juan y la condesa, y un momento después asoman los de don Enrique por la opuesta orilla.*)

PED. Estuvo, pero se fué:
mírala, y la predicción
de tu horóscopo destruye
si de las manos te se huye.

MARCH. (*asomándose*).

¡Es ella!... ¡Condenación!

¡A mí! ¡A mí!

(*A los suyos.*)

PED. ¡Atrás, villanos!

¿No veis que a mí alrededor

(*Los ballesteros no osan pasar el puente.*)

lidiarán en mi favor

las almas de mis hermanos?

Marchena, si en tu castillo (*A Marchena.*)

tu sino feliz se encierra,

dice al par, QUE ENTRE AGUA Y TIERRA

MORIRÁS POR UN CARRILLO.

(*Le da con un hacha y cae al río.*)

Muere así, pues.

MARCH. ¡Ay de mí!

PED. (*a la condesa, que ha llegado a la otra orilla.*)

Ya estáis en salvo, señora;

mi juramento cumplí.

(*A los de Marchena.*) ¡Eal! ¡Traidores!

[ahora

vuestra salvación estriba

en daros a don Enrique.

LUCAS. Pues si no es más, no se pique.

¡Viva don Enrique!

TODOS. ¡Viva!

(*Pedro queda de pie sobre el puentecillo.*)

Lucas, descubierta la cabeza para vitorrear a don Enrique. Los ballesteros sueltan sus armas. En la otra orilla la condesa, desmayada en brazos de Juan y rodeada de García y los suyos, forman otro segundo cuadro.)

ESCENA PRIMERA

GIBRERRA, en el momento Juan, hablando

por la ventana

GIB. Ya se avanzando la noche

y tra y lóbrega cielo

ya aún no vuela. Pero sí como

la luna se ve en el mar y en el

LA GRAN COMEDIA

DE

EL CABALLO DEL REY DON SANCHO

EN CUATRO JORNADAS 18

PERSONAS

DON SANCHO EL MAYOR, rey de Navarra.
 LA REINA, su mujer.
 EL INFANTE DON GARCÍA.
 DON RAMIRO.
 GISBERGA.
 DON PEDRO SESÉ, caballero mayor del rey.

ARJONA
 JUAN.
 MELENDO.
 SOLDADOS, CABALLEROS, PAJES,
 REYES DE ARMAS.
 JUECES DEL CAMPO.
 PUEBLO.

Año 1030 de N. S. J. C.

JORNADA PRIMERA

Interior de un aposento de una casa rústica, que ocupa la mitad del escenario, cuyos adornos consisten en utensilios de caza. Este aposento tiene una puerta a la derecha y dos en el fondo; de estas dos, la una es una alcoba; la otra es la salida y entrada. A la izquierda, una ventana con reja de madera. La parte exterior del teatro figura la ladera de un montecillo, cuyo horizonte se cierra con montañas en que se abren varios senderos.

ESCENA PRIMERA

GISBERGA, en el aposento; JUAN, bajando por la montaña

GISB. Ya va avanzando la noche, y fría y lóbrega cierra, ¡y aún no vuelven...! Pero siento

pasos... ¿Quién es?
 (Asomando a la ventana.)
 JUAN (desde fuera). Yo.
 GISB. Ya llegan.
 (Abre Gisberga, y entra Juan con caza y perros.)
 ¿Y tu amo?
 JUAN. ¿Pues no ha venido?
 GISB. No.
 JUAN. Habrá alzado alguna pieza.
 GISB. ¿Mas dónde está?
 JUAN. Tras mí viene.
 Le dejé junto a la peña del puente, donde los perros se nos plantaron de muestra.
 GISB. ¿Tan de noche y sigue rastro?
 JUAN. ¡Qué queréis! Si no le deja la afición. Díjome al irse

que a espacio a casa volviera,
que de cerca me seguía;
mas al pie de aquella cuesta
le he esperado largo rato,
y ya creí que me hubiera
adelantado, tomando
por el atajo.

GISB. Pues, ea,
que te ayude el africano
a descargar, y Teresa
que apronte una buena lumbre.

JUAN. Sí, por Dios, que ahora comien-
una lluvia tan menuda, [za
que cala.

GISB. Pues date priesa.
JUAN. Allá voy. ¡Bien lo hemos hecho!
Molidas traigo las piernas.

ESCENA II

GISBERGA, DON GARCÍA

*(Don García baja por las montañas acer-
cándose a la casa y dando instrucciones
a los que le acompañan para lo que pasa
en las escenas posteriores. Don García se
adelanta solo.)*

GISB. ¡Tan tarde y solo en el montel
Y ahora que anda tan revuelta
Navarra, y el rey ausente
haciendo a los moros guerra.
Mas... sí... estoy sintiendo pasos...
Él es... sin duda *(Mira por la ventana.)* se
¿Eres tú?

GAR. Yo soy.
GISB. Aguarda,

que voy a abrirte la puerta. *(Lo hace.)*
Entra, amor mío... ¡Mas cielos,
no es él!

GAR. No, no es el que esperas
tan afanosa y amante,
pero es otro cuyas buellas
sólo traen rastro seguro
cuando hacia ti se enderezan.

GISB. Señor caballero, basta:
bastá de vanas protestas,
de un amor que simpatía
en mi corazón no encuentra.

Dos veces me habéis buscado,
y dos veces por sorpresa
habéis llegado hasta mí,
aprovechando la ausencia
de las gentes de mi casa.

GAR. Aparta, serrana bella,
el ceño adusto, que entolda
tus miradas hechiceras.
¿Qué haces entre los peñascos
de estas montañas desiertas,
donde el sol de tu hermosura
tan breve horizonte encuentra?
Ven, abandona conmigo
estas paredes de tierra,
para habitar un palacio
y ver a tus plantas puesta
toda una corte ostentosa,
toda la Navarra entera.

GISB. Si no me enojaran tanto
vuestras lisonjas molestas,
a fe que reír me harían
tan colosales promesas,
porque tan grandes no fuesen
si fuesen más verdaderas.
Toda Navarra ¡ahí ya poco!
¿Y a quién? ¡A una lugareña!

GAR. ¡Ay, serrana, que es tan falso/
tu pecho como tu lengua,
y para enviar en palabras
tus pensamientos a ella,
lo que crees y lo que dices
tu astuto corazón trueca!
¿Serrana tú? ¿Tú villana?
Aunque ese sayal que llevas
y esa toca te disfraza,
en vano engañarme intentas.
Que no hay serrana que aromé
con tal cuidado las trenzas
que en agujas de oro prendes,
y acaso con nácar peinas.
Villana que en los arroyos
se lava, y al sol expuesta
y al aire libre ha pasado
diez y nueve primaveras,
no tiene tan transparentes
las manos a torno hechas.

GISB. Tened las torpes palabras
que me indignan y avergüenzan,

o alguno tal vez que puede,
a la garganta os las vuelva.

GAR. ¿Quién, el jayán que allá dentro
enciende la chimenea?

¿Con qué? ¿Tal vez con el látigo
con que a los galgos encierra?

GISB. ¡Caballero!

GAR.

¿O es el otro

que de misterios se cerca,

y aquí entre misterios pasa

su misteriosa existencia,

dando al necio vulgo pábulo

para harto absurdas consejas?

GISB. ¿Qué decís?

GAR. Lo cierto digo.

Toda la comarca entera

ya de vosotros murmura

y de vosotros se aleja,

La misma corte, Pamplona,

ya en vosotros tiene puesta

su atención, y aseguraros

a mí me encarga la reina.

GISB. ¡Cielos!

GAR. Ahora bien, hermosa,

mi valor y mi nobleza

me han colocado en Navarra

de la real familia cerca.

Yo te amo, y yo solo puedo,

si no esquivas tal oferta,

librarte de los peligros

que sobre vos se aglomeran.

GISB. Idos, señor caballero,

y no os fatiguéis la lengua

en promesas ni amenazas,

que quien las oye desprecia.

Decís que los que habitamos

esta marañada selva

damos al vulgo que hablar

y que temer a la reina;

pues bien, la reina y el vulgo,

cuando les plazca que vengan,

y verán desvanecidas

tan injuriosas sospechas.

GAR. Mucho de tu causa fías;

mas ¿sabes que malas lenguas

por espías os delatan

de los moros?

GISB. ¡Tal afrental

¡Espías!

GAR. Tal lo murmuran;
y las nocturnas escenas

que dicen que en este valle
pasan (que serán quimeras),

mas que ante el vulgo ignorante
que todo mal lo interpreta...

GISB. ¡Qué!

GAR.

De magos os acusan,

de quiromáticas ciencias,
profesores o secuaces!

¡Qué sé yo!

GISB. ¡Dios nos protejal!

¡Espías y nigromantes!

GAR. Que son crímenes que llevan
a los unos a la horca,

y a los otros a la hoguera.

GISB. Por Dios, señor caballero,
que patrañas tan groseras

los nobles y cortesanos
es imposible que crean.

GAR. Que aquí un espíritu habite
que impalpable se aparezca

bajo mil formas distintas
ya en el llano, ya en la vega;

que aquí con otros espíritus,
nocturnas rondas emprendan,

y otras semejantes fábulas
que cuenta la chusma crédula,

nó puede creerlo nadie
que cinco sentidos tenga;

mas ¿quién en vuestros encantos
no creerá si a ver llega

los poderosos hechizos
que atesora tu belleza?

¿Qué más filtro que tus ojos,
que filtran y que penetran

los corazones más duros
que entre sus rayos se queman?

GISB. Idos, caballero, idos;
vuestro amor, vuestras ofertas,

ni puedo admitirlas yo,
ni a poder, las admitiera.

Idos, por Dios, caballero;
que estoy temiendo que vuelva

quien puede de estas palabras
pedirnos a entrambos cuenta.

Salid de aquí.
GAR. En vano trazas
una inútil resistencia;

un solo criado en casa tienes, y la casa cercan quienes de ese otro que dices sabrán defender las puertas. Mira.

(La hace mirar por la ventana y ver los monteros que rodean la casa.)

GISB. ¡Gran Dios!

GAR. Y si viene le prenderán... conque piensa

que tengo mucho poder,

que traigo gente resuelta,

que te amo, y que has de ser mía por voluntad o por fuerza.

GISB. ¡Cielos, quién es este monstruo que así ultraja la inocencia

y los respetos más santos tan sin pudor atropella!

¿No hay quien contra ti me ampare?

GAR. No; no hay nadie; en vano espe- [ras

que en el que fías te escuche ni a darte socorro venga,

no; que aunque ese hombre no diese, cual da a la corte, sospechas

con su misteriosa vida, por quererte la perdiera.

GISB. Primero habrás de matarme que yo en seguirte consienta.

GAR. Pues bien, si no vas amante, te arrastraré prisionera.

(Va a volverse para salir, y por una de las puertas del fondo aparece don Ramiro.)

ESCENA III

DON GARCÍA, DON RAMIRO, GISBERGA

GISB. ¡Ah!

GAR. ¡Santo Dios!

RAM. Buenas noches.

¡Hola! Bien venido sea el príncipe don García a mi misera chozuela.

GISB. ¡(El príncipe!)

GAR. *(Me conoce.)*

RAM. Pero parece que os deja mi llegada algo turbados.

¿Qué, os enoja mi presencia?

Vaya, perdonad por hoy, no es justo que al raso duerma

teniendo casa... ¡mal rayol

¡Y ahora que zaraceal

¿Mas qué mil diablos tenéis?

¿Os habéis vuelto de piedra?

Ea, señor, animaos, que aunque no son mis riquezas

más que de vasallo, aún puedo ofreceros cama y mesa.

(A Gisberga.)

Di a Juan que abrevie, que el príncipe pasó la jornada entera cazando, y tendrá apetito... *(Y a presentarte no vuelvas.)*

ESCENA IV

DON GARCÍA, DON RAMIRO

RAM. ¿Y en qué pensáis?

GAR. ¿Por dó entrasteis?

RAM. ¿No lo visteis? Por la puerta.

¿O juzgáis que sea brujo

que entro por las chimeneas?

Ya sé que el vulgo lo dice,

pero, ¿yo...? ¡Vaya una idea! *(Riéndose.)*

GAR. Acabemos de una vez,

¡voto a Dios!... Quién quier que seas...

RAM. ¡Esta es mejor! ¿Estáis loco?

¡Pues me gusta la manera

de pagarme el hospedaje!

¡Bah! Dejad la espada quieta,

y cenemos en sosiego,

que es lo que nos interesa.

GAR. *(No sé qué es lo que me pasa:*

¡jamás vi tanta impudencial!)

RAM. Conque ¿qué hay nuevo en da

¿Qué es lo que se sabe en ella *[corte?*

de don Sancho vuestro padre?

¿Avanza mucho en la guerra

con los moros?

GAR. Los navarros

siempre en las campañas llevan

lo mejor, y hombre es mi padre

ante quien calla la tierra.

RAM. Bien dicho, ¡viven los cielos!

(Sacan en un canastillo platos, man-

teles, etc.)

Pero aquí está ya la cena,
y pues que viene a propósito,
vaciemos una botella,
con un brindis a don Sancho
y a su pronta y feliz vuelta.

(Llena las copas y le ofrece una.)

Tomad.

GAR. Yo no bebo.

RAM. ¡Cómo!

Mirad que así las sospechas
corroboráis de quien dice
que esperáis con impaciencia
la muerte de vuestro padre
para heredarle la hacienda.

GAR. ¡Villano!

RAM. Bebed entonces,
y brindemos porque vuelva.

GAR. No bebo nunca.

RAM. Esta es otra:

¿pues qué hacéis en esas fiestas
y en esas orgias en que
pasáis las noches enteras?
¡Bah! ¡Bah! Tomad esa copa
y sin recelo bebedla,
que no es mano de traidor,
señor, quien os la presenta.

GAR. Hablemos de una vez claro,
que siento que mi paciencia
se va menguando, y escuchame.

RAM. Hablad.

GAR. Quien quiera que seas,
ya hombre vulgar como todos,

ya ministro de esa ciencia
diabólica y misteriosa

que lo escondido penetra,
siquiera fueres el mismo
espíritu de tinieblas,

hombre soy en cuyo pecho
ningún vil temor se alberga,

que he nacido en regia cuna
y sangre de rey me alienta.

Cómo he venido a esta casa
y a qué, no creo que deba

a tus ojos esconderse,
y esas ambiguas maneras

que usas conmigo, intenciones
reconditas manifiestan.

Pues bien, de una vez declárate,

que a mí nada me amedrenta
cuando en la ocasión me encuentro.

RAM. ¡Bah! Todo eso es bagatela.

Aquí estáis en vuestra casa,
aunque os roa la conciencia

al acordaros del modo
con que habéis entrado en ella.

Pero eso no os dé cuidado.
Si os pareció hermosa Elena,

si a galantearla vinisteis,
si os rechazó esquiva ella,

todo eso es muy natural
y no salé de las reglas:

vos ignorabais que es de otro
y ella ignoraba quién erais.

Y en cuanto a esos temores,
que parece que os inquietan,

sobre quién soy o quién no,
sólo son vanas quimeras.

Confieso que hago una vida
montaraz en estas penas,

y que a veces tengo antojos
tan raros, y tan diversas

costumbres de las que suelen
los hijos de Adán y Eva,

que tiene razón el vulgo
cuando me hace en mil consejos

el héroe misterioso,
y el poder que las maneja.

Mas veo que estáis inquieto
y que volvéis con frecuencia

los ojos a esa ventana.
¡Ah! Ya caigo: bajo de ella

habéis la gente apostado
para que os guarde la puerta.

Bien hecho; pero si os place,
mandaré que en mis paneras

les alojen, que hace frío
y ningún peligro altera

la comarca. ¿Juan?

JUAN *(saliendo)*. ¿Señor?

RAM. A esos que allá abajo esperan,
hospedaje da y regalazo

con todo cuanto apetezcan.

GAR. ¡Cielo santo! ¿Qué hombre es este?
Mas disimular es fuerza,
pues tanto en sí no podría

fiar si solo estuviera.)

Gracias, huésped, mas son muchos
y os van a causar molestia...

RAM. Nada de eso.

GAR. A más, ya es tarde,

y en esa vecina aldea
nos esperan los caballos
y monteros.

RAM. ¡Qué simplez!
¿Ir atravesar el valle

con una noche como ésta?

No, no; aquí la pasaréis,

y mañana, cuando vuelva

el claro sol, todos juntos

a la corte iremos. Ea,

remitid, pues, los cumplidos

y sentaos. Nada alegra

ni entona mejor a un hombre,

que un par de viandas recias

y un par de sabrosos tragos

de pura sangre de cepa.

GAR. Sea; porque ¿cómo, huésped,

despreciar tales ofertas

con mala cara? Escanciad,

y brindad a vuestra franqueza,

y a los ojos de esa hermosa,

sea de vos lo que sea...

RAM. Sí, sí, bebamos en tanto

que se pasa la tormenta,

y con la copa en la mano

la mañana nos sorprenda.

Bebed, y el sueño severo

desembozad.

GAR. Sí, por Dios,

que veo, huésped, en vos

un bizarro compañero.

RAM. Dispuesto a cuanto gustéis,

sea de paz o de guerra.

GAR. Fama por toda esta tierra

de gran corazón tenéis.

Dicen que en estas montañas

no hay quien os resista un bote,

ni fiera a quien no acogote

vuestro puño.

RAM. ¡Bah! Patrañas.

No niego que soy osado;

y cual veis recio y fornido,

jamás me he visto vencido.

cuando a reñir me han sacado.

Pero no habléis de ello vos.

¿Con justador tan famoso,
el jayán más vigoroso,
qué tiene que ver?

GAR. ¡Por Dios!

Que a ser como bravo noble,

y príncipe cual vasallo,

y jinete en un buen caballo

en esta alca, y con buen lanzón de roble;

en cierta fiesta que espero

dar muy pronto, me holgaría

teneros de parte mía

como al mejor caballero.

RAM. Lo siento de corazón,

mas no es posible.

GAR. Me pesa.

RAM. Me he metido en otra empresa

de más especulación.

GAR. ¿De más? Ignoráis la mía?

RAM. Yo nada ignoro, señor.

GAR. Esto salvo.

RAM. Es un error

que padecéis, don García.

GAR. Yo no creo a ningún hombre

con sobrehumano poder,

y mal podéis vos saber

lo que aquí aún...

RAM. No os asombre;

bien sé que con tanta maña

conducís vuestros secretos,

que aún los que están más sujetos

en la red de su maraña

su parte saben no más;

y aún que a soltarse llegara

cualquier nudo, no soltara

el nudo de los demás.

Y está bien; pues de este modo

contáis seguro vivir.

Mas ¿no hais oído decir

que el diablo lo sabe todo?

GAR. ¡Voto a...!

RAM. ¡Bah! No os enojéis

si en vuestro secreto os hablo;

es porque al cabo, del diablo

ocultarlo no podéis.

Parece que esto que os digo

algo en vuestro ánimo influye,

mas el vulgo me atribuye

cierto prestigio... ¡ay amigo!

El diablo es gran personaje.

y en todas artes maestro,
no hay humano que en lo diestro
ni en lo sabio le aventaje.
Mas ya es hora de dormir;
en lo dicho medita,
y consecuencia sacad
de aquí para el porvenir.
En esta alcoba tenéis
blanda cama; si queréis,
dadme hora en que se os despierte
para partir a Pamplona.

GAR. Enviadme a Lucas de Arjona
y yo haré con él de suerte,
que sin que se os incomode
yo esté servido, y mi gente
esté a hora competente
pronta a lo que me acomode.

RAM. Voy a enviárosle, señor.
Dios os guarde.

GAR. Él os asista.
RAM. (No te perderé de vista.)
GAR. (No te escaparás, traidor.)

ESCENA V

DON GARCÍA

¿Quién es este hombre, gran Dios?
¿Será cierto que penetre
mis ocultos pensamientos?
Imposible: finge, miente;
Mis secretos han vivido
dentro de mi pecho siempre,
y nadie hay que por mi boca
sepa más de lo que debe.
Mas, por Dios, que sus misterios
ciego y confuso me tienen,
y sus palabras me abisman
en mil varios pareceres.
Que me conoce, está claro,
que me respeta parece,
mas tanto en sí mismo fía
que no sé de él lo que piensa.
No, imposible; nada sabe.
Sospechas tal vez tan débiles
serán, que de conjeturas
no han de pasar... y me advierte
que sabe mucho... me cita
la destreza con que siempre

me conduzco... ¡eh! Frase ambigua
con que sondarme pretende.
¡Bah! Cree sin duda que yo
al vulgo crédito preste
y por el diablo le tome.
¡Mas juro a Dios que le pesel
¡Ay de él como entre mis manos
a dar por fortuna llegue!
Todo su infierno y sus magias
contra mí no han de valerle.
Si, fuerza es de todos modos
de tal hombre deshacerse;
si ignora, por lo que intenta,
si sabe, por lo que puede.
¡Mas tarda Arjona!... Si acaso
no me le envía... ¡ah! Ya viene.

ESCENA VI

DON GARCÍA, LUCAS DE ARJONA

GAR. ¿Qué es esto, Arjona?
ARJ. ¿Qué es esto,
señor?
GAR. Lo ignoro a estas horas.
ARJ. Y yo también.
GAR. Ese huésped
con tanta doblez se porta,
que aún me mantiene indeciso
entre el temor y la cólera.
¿Y mis monteros?
ARJ. Lo mismo
que vos. Han pasado cosas
allá abajo, que del vulgo
las hablillas corroboran.

GAR. ¿Cómo?... ¡Qué dices!
ARJ. Que el diablo
parece que cartas toma
en el juego de esta noche.
GAR. ¿Pues qué pasa?
ARJ. Es una historia.
GAR. Habla, sepámosla pronto
y evitemos...

ARJ. Ante todas
cosas, señor, es preciso
que sepáis que, con faz torva,
cuando hacia aquí me condujo
el huésped, me dijo: «Arjona,
si en algo estimas tu vida,

dile a tu amo que en todas las paredes de esta casa, ojos, oídos y bocas hay, que ven, oyen y cuentan lo que entre ellas pasa.

GAR. ¡Hola! Pues en cuenta lo tendremos. Lucas, por si acaso, ronda por esos cuartos vecinos, en todas las puertas dobla los pasadores; en esa antesala, las dos hojas cierra de la puerta, mientras yo voy a ver si en esta otra hay salida o escondite, y luego se hará en la alcoba igual registro: veamos.

(Don García y Arjona entran y salen, don García, por la derecha, y Arjona, por el fondo.)

ARJ. Aquí hay una puerta sola, sin más ventana ni almarío ni trasto que se interponga: la pared lisa y no más.

GAR. Lo mismo pasa en esta otra cámara: ni en esta alcoba

(La del fondo derecha.)

tampoco hay nada; habla, pues; ya estamos, Lucas, a solas. Y cercado este aposento de cámaras espaciosas y solitarias, no hay miedo; conque siéntate, y di, Arjona,

ARJ. Pues atendedme, señor; tenía yo con mi tropa toda esta casa maldita, circundada a la redonda, cuando salió de ella un hombre y enderezó a mi persona; díjome que vos pasabais

la noche aquí: en una copa como un pilón de una fuente, nos hizo echar una ronda. Después nos condujo él mismo a una casucha a ésta próxima, diciendo que allí tendríamos que cenar con vuestras sobras, pues tal era vuestra orden.

GAR. ¡Cuerpo de tall! De mi propia

boca debiste venir a tomarla.

ARJ. Esa fué cosa que me ocurrió, mas no pude ponerla, señor, por obra.

Me sentaron a la mesa, trajeron con qué hacer boca, y el que hacía de anfitrión no me dejó a sol ni a sombra.

Yo ya intenté a la deshecha colarme por una y otra cámara, mas él siguióme como sirviéndome. Sorda desde entonces la sospecha me royó el alma. Así toda la casa anduvimos ambos y a nadie topé: una olla de agua al fuego vi no más en la cocina, y seis lonjas de jabalí en las parrillas,

para cuarenta! ¡Gran cosa! ¡Mas juzgad de mi sorpresa cuando vi que una tras otra sirvieron ricas viandas y buen vino en tazas hondas!

GAR. Es que tendrán las cocinas en otra parte.

ARJ. Es que ahora viene lo mejor. La mesa nos la servía una moza como el sol.

GAR. ¡Pues gran pedrada!

ARJ. Mas como las licenciadas lenguas de vuestros monteros al momento se desbocan, empezaron a hacerse agua con la niña.

GAR. ¿Y vergonzosa se os escabulló?

ARJ. Y aquí entra lo más negro de la historia. En su lugar a servirnos entró, bajo horrible forma...

GAR. ¿Alguna vieja?

ARJ. Peor: el mismo diablo en persona: un etíope, con la cara más oscura que la sombra. Quedámonos como piedras,

pues nos trajo a la memoria las consejas que se cuentan de esta casa; mas Luis Terrás, que tiene un vino insolente y un alma como hay muy pocas, le preguntó por la chica. El etiope, a la boca se llevó la luz, y abriéndola, nos mostró las fauces rojas, mas sin lengua. En esto el huésped entró, y heme aquí.

GAR. Me asombra tu relato, tanto más cuanto que aquí he visto cosas que me dan que sospechar alguna traición, Arjona.

ARJ. ¡Cómo!
GAR. Al instante es preciso que de esta casa salgamos, y a sus dueños sorprendamos.

ARJ. Mas sin que demos aviso a la gente...

GAR. ¿Es muy distante donde se aloja?

ARJ. Si fuera posible que yo saliera de aquí, todo era un instante. Están en unas paneras a este edificio contiguas.

GAR. Bueno: a tus mañas antiguas vuelve. ¿Escalador no eres?

ARJ. Me llevaba en su partida vuestro padre en los asaltos.

GAR. Ea, pues, mayores saltos habrás dado en esta vida. Salta por esa ventana.

ARJ. Pero, señor, ¿y la reja?

GAR. Es de palo, y está vieja. (La rompe.)

Ya está rota; tierra gana en cuanto afirmes el pie, y ven con mi gente a mí.

ARJ. Pero ¿y vos?

GAR. Tranquilo aquí, vuestra vuelta aguardaré.

Que es muy astuto el patrón, y es fuerza que le imitemos si salir bien pretendemos.

ARJ. Príncipe, tenéis razón.

GAR. Si vuelves, los más bizarros mete por aquí conmigo; queden los demás contigo, y ¡Cristo con los navarros!

ARJ. Voy, pues. (Baja por la ventana, Don García le ayuda.)

GAR. Arjona, con tiento. (Aparece don Ramiro por el fondo, de recha.)

ARJ. Soltadme; ya estoy seguro.

GAR. Ve, que con el huésped, juro que he de hacer un escarmiento.

ESCENA VII

DON GARCÍA, DON RAMIRO

RAM. Decidlo bajo.

GAR. ¡Gran Dios!

¿Vos aquí?

RAM. Viéndolo estáis.

GAR. Mas ¿cómo? ¿Por dónde entráis?

RAM. Por donde no es para vos.

Tratáis de iros, don García: en buen hora, libre os dejo; mas escuchadme un consejo que os interesa, a fe mía.

Hay un hombre que os espía, que sabe cuanto intentáis, que os escucha cuando habláis, que cuanto pensáis sorprende; que os penetra y os comprende, aún lo que a solas soñáis.

Mirad, pues, lo que emprendéis, porque si no andáis con tino, en vuestro mismo camino es fuerza que os le encontréis.

Ya sé que a nadie teméis, que alienta sangre real; vuestro valor proverbial; mas mirad que hay experiencia de que es la mala conciencia el contrario más fatal.

GAR. Pues conoces mi valor y estás viendo que te escucho, verás que no temo mucho tu vaticinio impostor. No, no me infunden pavor

las extrañas aventuras
de que con artes oscuras
me has hecho el juguete aquí,
pues cuanto sepas de mí
no serán más que imposturas.

RAM. ¿Queréis que hora a hora os

cuanto hoy por vos ha pasado?

GAR. ¡Bah!

RAM. Pues bien: ¿no habéis estado
hoy en la ermita del puente?

GAR. Sí.

RAM. ¿No habéis a vuestra gente
puesto y día señalado?

GAR. Sí.

RAM. ¿No enviasteis a cada uno
un emisario diverso,
para que en un caso adverso

no lo pierda todo alguno?

GAR. Sí.

RAM. ¿No es la última señal
para que rompan la valla,

el caballo de batalla
y el paramento real

de vuestro padre?

GAR. ¡Ah!

RAM. Si en él
salís jinete a pasearos,

¿al volver no han de aclamaros
rey de Navarra?

GAR. Sí.

RAM. Y fiel
vuestro bando a estas señales,

¿no estará en tranquilidad

si salís por la ciudad
sin los paramentos reales?

GAR. Sí.

RAM. Y la reina vuestra madre,
que es quien os estorba solo,

¿no acaba de ser con dolo
acusada a vuestro padre?

GAR. ¡Cielos!

RAM. ¿De un crimen horrible,
de adulterio?

GAR. ¡Santo Dios!

RAM. Y el acusador sois vos...
que me parece increíble.

GAR. Sí, todo es cierto.

RAM. ¡Pardiez!

En ese caso, señor,
estudiad para otra vez
vuestro papel de traidor.

GAR. Pesadilla, espectro, u hombre
que mis secretos más graves
cual yo mismo lees y sabes...

¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre?

RAM. ¿Confesáis que cuanto os hablo
es la verdad, don García?

GAR. Sí.

RAM. Pues soy desde este día
vuestro ángel o vuestro diablo.

Doquiera tras vos iré,

uniré a vos mi destino,

vuestro malo o buen camino,
diablo o ángel, seguiré.

GAR. ¡El diablo! Invencción grosera,

que sólo en el vulgo cabe;

mas oye, quien tanto sabe,

fuerza es que me mate o muera:

Nadie me amedrenta, no;

puédeme el diablo vender,

y aquí el diablo ha de caer,

o aquí bajo él caeré yo.

RAM. Tened: caerá uno, sí,

mas advertid, don García,

que ni hoy ha de ser el día,

ni el sitio ha de ser aquí:

Por esa noble matrona,

tiempo vendrá en que lidiemos,

y uno de los dos caeremos.

GAR. Cúbrete, pues.

(Con la espada en la mano.)

RAM. No, en Pamplona.

(Don Ramiro, al fin de esta escena, se ha-

brá ido retirando al fondo hacia la puerta

por donde salió, la cual cierra de repen-

te, dejando a don García solo en la es-

cena. Al mismo tiempo sale por fuera de

la casa Arjona con monteros y caballe-

riscos, con armas y antorchas. Don Gar-

cía se abalanza a la puerta por donde

entró don Ramiro, y Arjona sube al mis-

mo tiempo por la ventana, y varios

tras él.)

Don García, después de haber estado un momento en la puerta, sale por la ventana, y Arjona sube al mismo tiempo por la ventana, y varios tras él.)

ESCENA VIII

DON GARCÍA, ARJONA, MONTEROS

ARJ. (*entrando por la ventana*). Señor,

GAR. A mí, Arjona, a mí.

ARJ. ¡Sus, pues! Arriba.

GAR. Seguro

le tengo aquí, y yo le juro que le he de matar aquí.

ARJ. Dad... dad...

(Se agolpan a la puerta golpeándola.)

Cede... Cayó ya.

GAR. Traedme, pues, a ese traidor.

ARJ. Aquí no hay nadie, señor.

(Entra y sale.)

GAR. ¡Cómo!

ARJ. Vedlo, aquí no está.

GAR. ¡Ira de Dios! ¡Con tal juego

pretende causarme asombros!

Toda la casa en escombros

tornaré. Pegadla fuego.

ARJ. ¡Señor!

GAR. Silencio, menguados:

esas teas arrimadla

sin replicar; incendiadla

por todos cuatro costados.

Fuera, pues: pronto. Cercadle!

la casa; si se presenta,

atadle por buena cuenta,

mas si resiste, matadle.

*(Pegan fuego a la casa, salen y la cercan**en derredor.)*

Veremos si trampantojos

le valen: o ha de salir,

o aquí dentro va a morir

con las ascuas a los ojos.

JORNADA SEGUNDA

Salón del palacio de don Sancho en Pamplona; puerta en el fondo; ventana a la derecha, puerta a la izquierda.

ESCENA PRIMERA

DON GARCÍA, después ARJONA

GAR. Ya va la mañana entrando y aún no parece ese hombre.

ARJ. Señor...

GAR. ¡Ah! Gracias a Dios.

¿Cómo estamos?

ARJ. Como anoche.

Desplomáronse uno a uno

los tostados paredones.

GAR. ¿Y qué?

ARJ. Nadie ha parecido;

conque quedan los traidores

debajo de los escombros

como bajo siete montes.

GAR. ¿No hay, pues, temor?

ARJ. No hay ninguno.

GAR. ¡Ay! Una losa de bronce

me quitas del corazón:

somos salvos.

ARJ. Se supone.

Nadie salió de las llamas,

ya lo visteis; desde entonces

doblé las guardias en torno,

y ahora los muertos tizonos

revuelve la gente nuestra;

de Luis Torras a las órdenes.

Todo lo están registrando,

y con todo cuanto logren

les mandé venir al punto.

GAR. Bien, Lucas.

ARJ. ¡Vaya una noche!

Cosa de magia parece.

¡Si vierais cuántos sudores

me costó hacerles que entraran

a revolver los carbonos!

Todavía se temían

que aquel espantoso etíope

de los escombros se alzara

con su amo dando mandobles.

GAR. ¡Mas si se salvó!

ARJ. Imposible.

La casa encima cayóle,

y él, viéndose descubierto,

allí achicharrar dejóse

por no dar en nuestras manos.

GAR. ¡Ojalá!

ARJ. Dios le perdone.

¿Mas tanto ese hombre estorbaba?

GAR. Era muralla de bronce

puesta a mi paso: mis planes

exactamente conoce.

ARJ. ¿Cómo?

GAR. Todos me los dijo.

ARJ. Si él era solo, temores vanos desechad del alma, y no receléis que torne.

Allí yacerá enterrado entre los negros terrones, como un raposo a quien ciegan su cueva los cazadores.

GAR. Arjona, todo lo temo de aquel maldito.

ARJ. Aprensiones, señor; los muertos no vuelven al mundo más.

GAR. Me corroen el corazón hasta ahora desconocidos pavores, y... Arjona, ya no hay remedio; fuerza es que hoy mismo se logre o se pierda todo. Tú sé el escondido resorte que mueva toda la máquina de mis proyectos. Ve, corre, busca a los que en ese escrito llevan marcados los nombres, que éstos buscarán a otros, y éstos a otros, y el golpe será seguro; ve y diles que treguas ni dilaciones no hay ya; que hoy es nuestro día, y ya la seña conocen: el caballo de batalla de mi padre.

ARJ. ¿Y si se opone don Pedro Sesé?

GAR. ¡Oponerse!

ARJ. Como está sólo a sus órdenes la balleneriza real, y al partir recomendó mucho el rey ese caballo, es muy fácil que os lo estorbe. Cambiad la seña.

GAR. VI No hay tiempo.

Ya imposible es que trastorne de la concertada empresa las señales ni las voces:

fuera arriesgarse por poco, y pueden algunos torpes... No, están en lo del caballo,

y temo que se malogre si los mudo la señal.

ARJ. Mas si ese viejo de bronce os rehusa...

GAR. Está previsto: de mi padre espero orden de prenderle con la reina.

ARJ. ¿Cómo?

GAR. De un crimen enorme son reos.

ARJ. ¿Pero eso es cierto?

GAR. Eso no te corresponde averiguar: obedéceme sin meterte en más cuestiones.

ARJ. Señor...

GAR. Si Sesé se obstina, sin aguardar a la orden de mi padre, los acuso en público, y acabóse. Ea, pues, de aquí a una hora que todo, Arjona, se apronte.

ARJ. Así se hará.

GAR. Corre, pues, ¡y el diablo con los mejores!

ESCENA II

DON GARCÍA

Sí, acabemos de una vez. Ello es gran temeridad, mas quedarse en la mitad es mayor estupidez. Ser a un tiempo acriminado de rebelde y de impostor por haberlo sin valor decidido y no logrado, es mengua para quien soy. Si me es contraria la suerte, y en vez del trono a la muerte caminando a oscuras voy, sea por mala fortuna, que no por falta de brío. Mas si al fin el triunfo es mío y la ocasión oportuna logro aprovechar, ¡pardiez! siempre es la causa mejor la causa del vencedor... Sí, acabemos de una vez.

ESCENA III

DON GARCÍA, DON PEDRO SESÉ

PED. ¡Hola, vos aquí ya!

GAR. Buen caballero,
don Pedro de Sesé, muy bien venido.

PED. Anoche...

GAR. (interrumpiéndole).

Sí, cogíome el aguacero
en el monte.

PED. ¿Y en dónde habéis dormido?

GAR. En casa de un labriego.

PED. ¿Compensado
tal molestia le habréis?

GAR. ¡Oh! Se supone.

PED. Vuestro padre es en eso...

GAR. (interrumpiéndole).

Harto extremado.

PED. Bueno es que a un rey lo liberal

[le abone:

vale más por afable ser querido
que por severo y sin piedad temido.

GAR. Y a propósito de ellos, ¿qué no-

[ticias

hay de mi padre?

PED. Como siempre, buenas:

las estrellas le son siempre propicias,
y se lleva las huesas agarenas

por delante.

GAR. ¿Y no hay más?

PED. ¿Poco os parece?

GAR. Yo no sé dónde oí...

PED. ¿Qué?

GAR. Que en los reales

de día en día el descontento crece

por yo no sé qué nuevas...

PED. Muy fatales

no serán, pues vencemos.

GAR. De esta tierra

el rey las recibió, no de su guerra.

PED. ¿De esta tierra? No sé...

GAR. Lenguas villanas

le pusieron acaso descontento

con vuestro gobernar.

PED. Calumnias vanas.

La reina y yo podremos al momento

cuentas sin tacha dar.

GAR. ¿Cuentas... de todo?

PED. De todo, ¡vive Dios! ¿Quién tiene
Soy don Pedro Sesé... [duda?GAR. Mas de ese modo
no os irritéis, que esa ira al vulgo ayuda
a creer que, pues tanto os acalora
la duda nada más, poco os escuda
la inocencia.

PED. Lo sé.

GAR. Y decidme ahora,
¿cómo acudís tan pronto a este palacio?

PED. Despacha aquí la reina mi seño-

[ra.

GAR. ¡Oh! ¡Pues no lo tomáis poco des-

[pacio!

PED. Caballero, ese tono...

GAR. Caballero,
el vuestro me incomoda, y de hoy pre-
tended que soy el príncipe. [sentePED. Primero
vos recordad que vuestro padre ausente
su real autoridad dejó en mi mano.GAR. Mas no os dejó, ¡pardiez! por
[ayo mío,ni sufriré jamás que un cortesano
con orgullo me trate o con desvío.¿Lo entendéis? Del gobierno los negocios
despachad con la reina, si esto os toca;placer buscadla, entretened sus ocios;
mas, Sesé, en cuanto a mí, cosed la boca.PED. No os comprendo muy bien: mas
[temo acasoque una sospecha injusta en contra mía
os anima. Si he dado algún mal paso,que marcarais en qué desearía.
Tal vez remedio tenga.

GAR. Basta.

PED. Espero
que, pues nunca cual hoy me habéis ha-

[blado,

GAR. Ya basta, digo, caballero:
no estoy a daros cuentas obligado.

ESCENA IV

DICHOS, LA REINA, PAJES y DAMAS

REINA. ¿Qué es esto, don García? Eso

[sonrojo,

Sesé, que el rostro trémulo os coloca...

¿Qué es esto? ¿Os ha causado algún enojo el príncipe?

PED. ¡A mi enojo! No, señora; antes mi indiscreción se le ha causado, y de mi error disculpas le pedía.

REINA. De ese modo lleváisle perdonado; [do;

yo os le otorgo, Sesé, por don García.

GAR. ¡Oh! Si vos lo tomáis por vuestra cuenta, [tra cuenta, dad por zanjada ya nuestra rencilla.

¿Qué importa si el vasallo se acrecienta con vuestro real favor?... Si a mí me hu-

es desfavor de madre y no me afrenta.

REINA. Mal lo entiendes, García: si al [olvido

la falta quiero dar del caballero, yo el perdón no lo otorgo, te le pido.

En ausencia del rey que haya no quiero bando ni enemistad bajo su trono;

si te faltó, su falta le perdona, y que don Pedro es leal y yo le abono.

GAR. ¿Lo oís? La reina contra mí le [abona.

No hablemos de ello más.

REINA. ¿Qué significan, príncipe, esas palabras? Me parece

que contra vos tan sólo testifican.

GAR. Perdonad; basta ya, que no me la cuestión tanto tiempo. [rece

REINA. Bien, García, no se hable en ello más. Ahora sepamos

qué negocio a mi cuarto te traía.

GAR. Poca cosa, señora. Si estorbamos...

PED. No, lo podéis oír: es un servicio

que a hacer voy a mi padre, pero siendo

en mengua de quien debe tal oficio

desempeñar, que lo sepáis pretendo

antes de hacerle.

REINA. Tu respeto aprecio.

Habla.

GAR. Cuando mi padre fué a la guerra, un caballo dejó de tanto precio,

que no se vió mejor en esta tierra.

REINA. Regalo fué del cordobés aliado.

GAR. Pues bien, ese caballo tan her-

moso, y de mi padre el rey tan estimado, va a perderse tal vez: fiero, brioso, siempre establado está, y de día en día va menguando en valor.

PED. ¡Oh! Perdonadme: ese hermoso caballo, don García...

GAR. Estoy hablando, concluir dejad. Del rey caballero más en cuenta [me,

le debisteis tener; mas tal descuido quiero encubrires yo.

PED. (¿Qué es lo que intenta?)

GAR. Señora, ese caballo yo os le pido.

PED. Señora, ese caballo a don García es imposible dar. Si el rey su padre

lo llegara a entender, se enojaría. Cómo estima sabéis, cuánto cuidado

pone en caballos y armas un guerrero, y en esto el rey don Sancho es extremado.

GAR. Por la misma razón, buen cabal-

lero, cuando sepa que tanto se le cuida,

las gracias me dará: conque, señora, que me neguéis no espero lo que os pido.

A nadie en ello expongo, porque de gran jinete alcanzo nombre,

y aunque mi padre el rey ha prohibido que le montara nadie, yo supongo

que hablar con don García no ha querido.

PED. Señora, es mi deber, y yo os lo [advierto:

vedado es para todos tal antojo, y el caballo está sano.

GAR. Falso.

PED. Cierto.

Perdonad que os desmienta.

GAR. ¡Tal arrojo!

¿Me desmentís? ¡Por Dios, reina y señora,

que para que abonéis tanta insolencia, no sé qué traza intentaréis ahora!

Porque poner os aún en contra mía, querrá decir que vale un cortesano

mucho más para vos que don García; y en tal caso, tal vez me acordaría

que heredero soy de un soberano.

PED. ¡Príncipe!

REINA. Basta ya; cuestión tan leve no merece ocuparnos. De el caballo responderé yo al rey; peligro no hallo

en que, mientras, el príncipe le lleve.

PED. Yo me someto humilde a vuestro [fallo.

GAR. Yo las gracias os doy: y pues ya [es mío,

que me le ensillen sin tardanza alguna voy a hacer, en señal de señorío. (Y ahora cada cual con su fortuna.)

ESCENA V

LA REINA, DON PEDRO SESÉ

REINA. Despejad el ceño adusto, buen caballero Sesé.

PED. No sé, señora, por qué siento que le deis tal gusto.

REINA. El rey a vos le ha pospuesto para el gobierno en su ausencia, y temí la violencia de su natural en esto.

¿Y qué importa que el corcel monte, y que cumpla su antojo?

¿Teméis de Sancho el enojo?

Yo os disculparé con él.

PED. No es ese temor pequeño lo que me anubla el semblante; el servidor más constante fui siempre del rey mi dueño,

y él me sabrá disculpar. Mas esa doblez y embozo con que está obrando ese mozo, me da mucho que pensar.

REINA. Es claro que anda ofendido de que el rey en mengua suya en su puesto os sustituya.

PED. Pues razón habrá tenido. Que es don Sancho harto sagaz,

y en paz lo mismo que en guerra, para gobernar su tierra

no hay príncipe más capaz.

REINA. Mas ¿qué hará con el caballo? Todo lo que puede hacer

es maltratarle, por ver si os castiga el rey. Dejallo, don Pedro, andar, que por esto,

mientras por medio yo ande, no ha de ser el mal muy grande para vos.

PED. Mas si es pretexto para que él...

REINA. Quédese aquí, Sesé.

ESCENA VI

DICHOS, UN PAJE

PED. ¿Qué es?

PAJE. Señor, afuera hay un hombre que hora espera de ver a la reina.

REINA. ¿A mí?

PAJE. Diz que para un grave asunto que vida y honra interesa, y es negocio de tal priesa que pide veros al punto.

PED. ¿Y de qué clase es ese hombre?

PAJE. Él viste de peregrino; yo le pregunté su nombre, y él me dió este pergamino. (Se le entrega a don Pedro, y éste lee.)

REINA. A ver, leed.

PED. Dice así:

«Nos el rey don Sancho de Navarra, rogamos y mandamos a nuestros amigos, aliados, súbditos y vasallos, que ayuden, amparen y protejan, y den crédito a la persona que este escrito de nuestra mano les presentare: con lo cual, a más del placer que habrán de reportarnos, nos ayudarán a cumplir una deuda de honor que tenemos contraída con la persona o personas poseedoras de las presentes letras.»

Y firma Sancho el mayor.

REINA. ¿Deuda del rey y de honor? Al punto, pues, que entre aquí.

ESCENA VII

LA REINA, DON PEDRO, DON RAMIRO, de peregrino

RAM. A vuestros pies...

REINA. Levantaos, buen romero, que quien trae

firma del rey en su abono,
en postura semejante
no ha de estar ante su esposa.

RAM. Esas palabras reales,
de su mismo puño escritas,
mi importunidad reparen.

REINA. Él habla en vos; alzad, pues:

RAM. Primero que me levante
vuestra real mano, señora,
para que la bese dadme.

REINA. Tomad, y hablad:

RAM. Gracias, reina;
y esta humildad no os extrañe,
que nací vasallo vuestro,

y aunque jamás el semblante
logré hasta este punto veros,
de él he llevado una imagen
en el corazón grabada

y ya nunca ha de borrarse.

REINA. De ese respeto agradezco
demostraciones tan grandes,
pero...

RAM. Escuchadme, señora,
y vos también escuchadme,
caballero, que a la par

os toca a ambos mi mensaje.

PED. Decidle, pues.

RAM. Duro cargo
me impuse en él, y es probable
que el corazón generoso

mis palabras os desgarran:
mas el mal que voy a haceros,
por la intención disculpadme.

Tenéis un hijo, señora,
por cuyas venas la sangre
de vuestras venas circula.

REINA. Tengo dos.

RAM. Uno distante
de Navarra está; no es ese
de quien hablo; no es culpable.

Al príncipe don García
me refiero, cuyos planes,
hondo y fatal precipicio

hoy a vuestras plantas abren.

REINA. ¿Qué es lo que dices?

RAM. Oídmeme.

REINA. Explicáte, pero antes
piensa bien que una impostura
la vida puede costarte.

PED. Proseguid, buen peregrino;
dejad, señora, que hable.

RAM. ¡Oh! Sé muy bien lo que digo.

¡Pluguiera a Dios me engañase!

Yo, que en los vecinos montes

hago una vida salvaje,

entre sus quebradas peñas

y sus fieras montaraces,

por azar, por suerte vuestra,

o por los impenetrables

juicios de Dios, vine astuto

de sus dramas infernales

a coger todos los hilos,

y vengo todos a dárosles

antes que os teja con ellos

traidora red un infame.

REINA. ¡Oh! Concluid.

RAM. Don García

conspira contra su padre.

REINA. ¡Cielos!

RAM. Y como su intento

ambos a dos le estorbabais,

dió en un delito más péfido:

os acusó el miserable

de un feo crimen.

REINA y PED. ¿De cuál?

RAM. Permittedme que lo calle.

REINA. No, hablad!

RAM. Del que no perdona

jamás un esposo amante,

del que asesina la honra

de quien con vergüenza nace.

PED. ¡Dios mío! Ya me esperaba

que algún proyecto execrable

encerraba la sonrisa

y la mirada insultante

de ese mancebo.

REINA. Tú mientes.

Tamaño crimen no cabe

en el corazón de un hijo.

Que a ese vasallo acusase

de cualquier crimen, lo entiendo,

porque en su lugar, su padre

por gobernador conmigo

le dejó, y sé que ha de odiarle;

pero ¿a mí? Mientes mil veces.

PED. ¡Ay, reina, el extrago que hace

en el corazón del hombre

la ambición, sólo lo sabe

Dios, que nos le hizo de tierra tan quebradiza y tan frágil!

REINA. Es imposible, don Pedro; es increíble, improbable, y este impostor dura muerte merece. ¡Hola, guardias, pajes!

PED. Tened, señora, tened los ímpetus naturales del corazón. Vos seguid, romero, sin que os agravie ni atemoricen sus iras. Es natural, es su madre.

RAM. A mí sus iras no pueden amedrentar ni agraviarame, cuando no hay tales secretos: quien sepa ni quien relate fuera del príncipe y yo, ni hay tal vez tampoco nadie más pronto a morir por ella cuando otras pruebas faltaren.

REINA. Pues bien, pruebas convincentes presenta pronto, al instante, o te hago ahorcar de una almena como a un impostor infame.

RAM. No haréis tal, reina y señora, por dos razones.

REINA. ¿Por cuáles?
RAM. La primera, porque el rey tal vez no os lo perdonase jamás.

PED. ¡Vive Dios!
RAM. La otra es, porque cuando yo os falte, faltará quien os defienda, y os pesaría, aunque tarde.

REINA. Mas por Dios que sin más pruebas de delitos semejantes, ¿bajo qué crédito quieres que tu palabra me baste?

RAM. Basta y sobra el pergamino que del rey don Sancho traje.

REINA. Tienes razón, ¡cielo santol! Él manda aquí que te ampare, que te proteja y dé crédito.

RAM. ¿Y su firma no es bastante?

REINA. Sí, sí; cuando el rey te abona, razones tendrá muy graves.

RAM. ¿Don García está en palacio?
PED. y REINA. Sí.
RAM. Pues ante vos llamadle y decidle que el caballo

de batalla de su padre, habéis de matar, primero que que le monte dejarle.

REINA. Romero, tú estás sin juicio.

PED. Dejadle hablar.

RAM. Por mi parte cumplí mi deber, señora, obrad como más gustareis; mas si le dais el caballo, tal vez esta misma tarde veréis para vos trocadas vuestras cámaras en cárceles.

REINA. ¡Qué dices!

RAM. Esa es la seña: y pues sobran desleales en todas las tierras, siempre dispuestos a rebelarse, el príncipe se ha sabido atraer por todas partes muchos secuaces que esperan medrar con sus novedades. Todo está ya prevenido, y si en el caballo sale, fuerza es que en él suba príncipe, mas rey de Navarra baje.

REINA. Imposible me parece.

PED. Señora, por Dios, llamadle y procurad con palabras meditadas y sagaces leer lo cierto en su rostro, el corazón penetrarle. Todo es posible, señora, y en los hombres todo cabe.

REINA. Sí, sí, que venga, que venga, mas sola con él dejadme: no quiero que alma viviente

presencia lo que aquí pase.

PED. Pero si es cierto... si intenta...

REINA. No: esperad a que yo os llame.

RAM. En hora buena, señora, mas no olvidéis en tan grave situación, que tengo sólo de sus secretos la llave, y que estoy pronto por vos a verter toda mi sangre.

REINA. Y no olvidéis tú tampoco que como inocente le halle, en ti caerá la sentencia del crimen que le imputaste.

RAM. Ponedme de él frente a frente, que acepto, si él lo negare.

REINA. ¿Luego os conoce?

RAM. Una vez no más me ha visto el semblante, y oyó una vez mi palabra, mas lo olvidará muy tarde.

ESCENA VIII

DICHOS, PAJE. *Don Pedro ha salido ya de la escena*

PAJE. El príncipe.

REINA. Ya no es tiempo que salgáis, va a veros.

RAM. Fácil es esto de remediar:

de sus ojos ocultadme.

REINA. Entrad aquí. *(Entra don Ramiro en la habitación de la reina.)*

RAM. Sed prudente.

REINA. ¡Justicia de Dios, ampárame!

ESCENA IX

LA REINA, DON GARCÍA

GAR. ¿Qué es lo que ocurre, señora, que con tal prisa y afán

tras mí vuestros pajes van?

¿Qué pasa de nuevo ahora?

Un momento ha me tuvisteis con vos en este lugar,

¿y ahora me tenéis que hablar?

¿Por qué entonces no lo hicisteis?

REINA. Porque entonces no sabía lo que ha llegado después a mis oídos.

GAR. ¿Y qué es?

REINA. Lo sabrás.

GAR. ¿Por vida mía será otro cuento del viejo

Sesé! Vasallo más fiel no tenéis: nada sin él podéis, ni sin su consejo.

Sois con él harto benigna, y le otorgáis tal franqueza, que a ser su privanza empieza de una noble dama indigna.

REINA. ¡García!

GAR. No os irritéis, madre: mas que haya un vasallo que se meta en si un caballo darme o no darme debéis,

y que pueda más con vos que el hijo de vos nacido,

¿es cosa que me ha ofendido y que me extraña, por Dios!

REINA. Y ese insolente lenguaje me está ya haciendo, García, sospechar que no te hacia quien te acusó grande ultraje.

GAR. ¿Quién me acusó?... Pienso quién. Sesé, sin duda...

REINA. Él, u otro.

GAR. ¿De haberos pedido el pótro?

REINA. Pues.

GAR. ¿Lo quería él también? Yo que vos, se le daría, que entre él y yo, él es primero.

REINA. Dírasele al pregonero antes que a vos, don García.

GAR. Lo que con vos puede veo; pero ya es mío, señora,

y a demandármele ahora que no habrá quien ose creó.

REINA. ¿Le has elegido tal vez, *(Con ironía.)*

por su nobleza y vigor, para algún campo de honor,

o alguna liz de gran prez?

GAR. No sé qué misterio encierra vuestro tono, mas me temo que estamos en el extremo de la paz ó de la guerra.

REINA. Eso depende de ti: las frases que a salir van de tu boca, esas serán tu ley.

GAR. Pues oídlas.

REINA. Di.

conocido, y no podemos
rehusarnos la batalla.

Veamos quién vencedor
sale de entrambos ahora.

*(La reina va hacia la puerta para llamar
a su gente, diciendo:)*

REINA. ¡Hola!
*(El príncipe le ataja el paso, y corre el
cerrojo a la puerta.)*

GAR. Señora,
teneos.

REINA. ¡Cómo, traidor!
GAR. Ya no hay más voz que la mía:
para vos de este momento
es prisión vuestro aposento.
El rey aquí es don García.

REINA. ¡Miserable! ¿Preso yo?

GAR. Presa por el rey, por mí.

REINA. ¿Tú rey de Navarra?

GAR. Sí.

RAM. *(presentándose).*

¿Rey? ¡Bahl Todavía no.

ESCENA X

LA REINA, DON GARCÍA, DON RAMIRO

GAR. ¡Ira de Dios, aquí tú!
¿Todo lo comprendo ya!
Mas caro a costarte va
tu farsa de Belcebú.

RAM. ¿Qué hará en mí vuestro furor?

GAR. Vélo, pues.

*(Bajando hacia don Ramiro, y abando-
nando la puerta.)*

RAM. *(a la reina).* Abrid ahí.

REINA *(abriendo).*

¡A mí, navarros, a mí!

Sujetad a ese traidor.

(Los caballeros sujetan a don García.)

ESCENA XI

LA REINA, DON GARCÍA, DON PEDRO,
DON RAMIRO, CABALLEROS, PAJES

RAM. Ya veis, la jugada es diestra:
vos a mi casa habéis ido
a quemarme, y yo he venido
a prenderos en la vuestra.

GAR. Hombre fatal, cuya sombra
va por doquier que voy yo,
¿quién del fuego te libró?

RAM. Concibo lo que os asombra
mi presencia, don García,
mas ya os dije mi poder.

GAR. ¡Ay, si llegas a caer
en mis manos algún día!

RAM. Vuestro coraje presumo;
mas ¿qué os valdrá ese furor?

De entre las manos, señor,
se va el diablo como el humo.
Humillaos; no hay más medio, *(Bajo.)*
pues mientras yo ande en la danza,
no tenéis otra esperanza,
ni hallaréis otro remedio.

GAR. No creo en la omnipotencia
de que convencerme quieréis;
mas, sierpe astuta, ¿quién eres?

RAM. Soy...

GAR. ¿Quién? ¿Quién?
RAM. Vuestra conciencia,
vuestra sombra, vuestro juez,
mientras sigáis vuestro empeño;
pesadilla en vuestro sueño,
y vuestra muerte tal vez.

(Va a salir y la reina le detiene.)

REINA. Teneos: vos, por quien fue
hoy Navarra libertada,
decid ¿a quién obligada
quedo? ¿Quién sois?

RAM. No lo sé.

REINA. Mirad que en palacio entrado
os habéis bajo un disfraz,
y quien oculta la faz
no muestra ser muy honrado.

RAM. Aún cuando fuera un bandido
quien tal beneficio os hace,
bien, señora, os satisface
quien salvaros ha sabido.
Si en vuestro palacio entrara
con el rostro descubierto,
al dintel le hubieran muerto
para que a vos no llegara.
Y, en fin, recordaros quiero,
en favor de mi persona,
que, pues don Sancho me abona,
soy sin duda un caballero.

REINA. Tenéis razón: e imagino
que en guardaros las tendréis;
mas si algo de mí queréis...

RAM. Sí, volvedme el pergamino.

REINA. Tomadle.

RAM. Y si en premio ahora
de mi lealtad le firmáis...

REINA. Sí, por cierto; ahí le lleváis.

RAM. Dios os lo premie, señora.

REINA. Id en paz.

RAM. Y si algún día

os halláis tan apretada,
que os haga falta una espada,
acudid, reina, a la mía.
Paso, caballeros.

REINA. Paso
al que en nombre del rey va.

CORTESANOS. ¡Le abona el rey!

PED. ¡Quién será!

GAR. ¡Ay Dios! Mi desdicha acaso.

ESCENA XII

DICHOS, menos DON RAMIRO

REINA. García, mientras envío
a don Sancho esta noticia,
en poder de la justicia
quedaréis.

GAR. Fué sino mío
sucumbir, y aunque lo lloré,
puesto que el vencido soy,
en sufrir sereno estoy
mi muerte, y a nadie imploro.
Mas no olvidéis, reina, vos,
que reos aparecemos
entrambos, y aún no sabemos
quién triunfará de los dos.

REINA. Nada teme la inocencia.

(Ruido y tumulto dentro.)

Mas ¿qué rumor?...

GAR. ¡Si habrá acaso
mi gente arriesgado el paso
para salvar mi existencia!

(Se ve venir por el fondo un caballero ar-
mado (Melendo), con gente armada.)

ESCENA XIII

LA REINA, DON GARCÍA, DON PEDRO, PA-
JES, GUARDIAS, UN CABALLERO (ME-
LENDO).

REINA. ¿Quién tan sin miedo a la ley
atropella así el palacio?

CAB. Señores, haced espacio
a la justicia del rey.

(A la reina.) Por don Sancho de Castilla,
de Navarra y de León,
daos, señora, a prisión.

REINA. ¡Yo! ¡Por el rey!

CAB. Reina, esta es mi obligación.
Don Pedro Sesé, sed preso
en nombre del rey.

PED. ¡Yo!

CAB. Vos.

Y en tanto que con más seso
se instruye vuestro proceso,
gobernador por los dos
nombra el rey a don García.

GAR. ¡Oh! Gracias, fortuna mía.

REINA. ¡Yo en público mancillada
por el rey! Yo ante él culpada...
¡Santo Dios!

GAR. Ya os lo decía.

REINA. Aparta. Un Dios desde el cielo
la verdad mirando está,
y a su tribunal apelo.

GAR. (a la reina).
Me pesa de vuestro duelo,
mas es harto tarde ya.

Lo que he intentado me aterra;
sé que nadie habrá en mi abono,
y que mi suerte se encierra
entre siete pies de tierra

cavados al pie de un trono:
mas ya puesto ante su hondura,
a saltarla probaré,

si caigo... en mi sepultura;
mas si salto con ventura...
¡oh! sobre el trono caeré.

Melendo, esta misma sala
la señalo por prisión.

Don Pedro Sesé a la torre.

(A otro.) Vos seréis su guardador.

(A otro.) Vos al punto con la gente

de mayor satisfacción.
buscadme por todas partes
a ese villano impostor
a quien la reina aquí mismo
un pergamino firmó.
Corred: registradlo todo:
no haya en Pamplona rincón
en donde logre ese infame
salvarse de mi furor.

(Ruido dentro.)

¿Mas qué ruido es ese?

ARJ. (dentro). Paso.

GAR. Esa es de Arjona la voz.

ESCENA XIV

DICHOS, LUCAS DE ARJONA

ARJ. ¡Señor, señor!

GAR. ¿Qué sucede?

¿Qué traes, Arjona?

ARJ. Señor, Todo.

Luis Torras está ahí diciendo
que con el secreto dió
de vuestro huésped de anoche.

GAR. Con quien Torras dar debió,
fué con él, ¡viven los cielos!

ARJ. Mas trae en cambio, señor...

GAR. ¿Qué trae?

ARJ. Trae a una mujer.

Hela aquí.

(Traen a Gisberga custodiada.)

ESCENA XV

DICHOS, GISBERGA

GAR. ¡Dios vengador,
es ella! Su mujer.

GISB. Sí, yo soy.

GAR. De ese vil traidor
me responde tu cabeza;

tú sabrás dónde está.

GISB. No.

GAR. Quién es ese hombre.

GISB. Lo ignoro.

GAR. ¡Niegas!

GISB. Sí.

GAR. Pues ¡vive Dios!
pronto hará polvo el tormento
toda esa resolución.

Guardadla bien hasta entonces;
mas pasa el tiempo veloz
y es fuerza acabar cuanto antes.

Arjona, sin dilación,
que me ensillen el caballo

que el rey mi padre dejó,
que quiero que vea el pueblo

quién es su gobernador,
y los vasallos del rey

guarden al rey sumisión.
REINA. Traidor, ¿qué vas a intentar?

GAD. Eso no os atañe a vos,
señora. Llevadla.

REINA. ¡Infame! (Voces fuera.)
GAR. ¿Aún hay más?

ESCENA XVI

DICHOS, UN CABALLERIZO

CAB. ¡Señor, perdón!

GAR. ¿Qué es?

CAB. El caballo del rey,
con el real caparazón,

ha robado este instante
un etiope feroz

ayudado de otro hombre.

GAR. ¿Y mis guardias? ¡Vive Dios!

CAB. Matáronlos a estocadas.

GAR. ¡Ya lo entiendo! ¡Maldición!

Ese demonio es también
del caballo el robador.

Seguidle, y donde le halléis,
matadle sin compasión. (Vanse algunos.)

Mientras él viva, seguro
ni aún en mi sepulcro estoy.

(Aparece en el fondo un rey de armas con
sus insignias.)

¿Mas qué es esto? ¿Aquí un rey de armas?

ESCENA XVII

DICHOS, UN REY DE ARMAS: después, el
REY DON SANCHO y MELENDO

REY DE ARMAS. Paso, el rey me sigue
[en pos.

TODOS. ¡Cielos, el rey!

REY DON SANCHO. Sí, señores: el rey en persona, yo.
Doña Nuña (*a la reina*), don García Sesé (*id.*), daos a prisión. [(*a éste*). En sus cuatro torreones tiene la torre mayor de mi alcázar cuatro encierros: Melendo, su guardia sois; los tres, y esa otra mujer, cada cual a un torreón. Ferrando, que mi consejo se junte al punto.]

REINA y GAR. ¡Señor!

REY. ¡Silencio! Llevadlos pronto; vamos a ver, ¡voto a Dios! qué es lo que pasa en mis reinos cuando de ellos faltó yo.
(*Los lleva. El rey se pasea con el mayor desasosiego.*)

JORNADA TERCERA

En la torre del alcázar de don Sancho. A los cuatro ángulos cuatro puertecillas que se supone dar a los cuatro torreones. Una ventana en el fondo. Otra puerta a la derecha, que se supone dar al caracol que da entrada a este salón. Una lámpara que pende del techo alumbrá la escena.

ESCENA PRIMERA

MELENDO, cerrando la puerta del primer torreón de la derecha, prisión de la reina

¡Tamaño tenacidad!
O es muy grande su inocencia,
o con osada impudencia
burlar al rey quiere audaz.
En fin, cumplamos su ley,
pues ley es su voluntad.
¡Y Dios mire con piedad
los arrebatos del rey!

(*Abre la puerta de la izquierda, por donde sale don García.*)

ESCENA II

DON GARCÍA, MELENDO

MEL. Salid, señor.
GAR. ¿Qué sucede,
Melendo?

MEL. Que libre estáis.
El rey sus postreras órdenes os quiere, príncipe, dar,
y en su aposento aguardándoos
tras breve espacio estará.

GAR. ¿Y la reina?
MEL. Todavía
en silencio pertinaz
se mantiene, y aún se niega
hasta con el rey a hablar.

GAR. Está bien.
MEL. ¿Puedo, señor,
serviros en algo más?

GAR. ¿Dijo el rey que con alguno pudiera comunicar?

MEL. Dijo que, hasta hablaros él, podían veros no más
los escuderos que os sirven,
si de ellos necesitáis.

GAR. Traedme a Lucas de Arjona,
que con él me bastará.

MEL. Todo el día importunadamente anduvo ese hombre tenaz
por entrar un punto a veros.

GAR. Es criado muy leal.
Id por él: que al aposento
del rey me acompañará
dentro de breves momentos.

MEL. Que Dios os guarde.
GAR. Id en paz.

ESCENA III

DON GARCÍA

¡Oh! La fortuna me ampara,
crédito el mundo me da,
libre estoy... mas ¡quién pudiera,
¡ay de mí volverse atrás!
¡Quién me diera, como una hoja
de un árbol seco, arrancar
este día de los tiempos
sin que volviera jamás!

ESCENA IV

DON GARCÍA, ARJONA

ARJ. Señor.
GAR. Arjona, ¿qué traes?
ARJ. Buenas nuevas. Todo se ha

cumplido a pedir de boca.
 Pero dejadme admirar,
 señor, vuestra perspicacia
 y vuestra serenidad.
 Yo lo oía y lo dudaba,
 y de quien os viera explicar
 de esta rebelión la historia
 delante del tribunal,
 ¡vive Dios que la tuviera
 por relación tan veraz,
 tan clara, tan innegable!...

GAR. Basta, Arjona, por piedad.
 ¡Ojalá que antes mi lengua
 enmudeciera! ¡Ojalá
 que un rayo me hiciera polvo
 al concebir tal maldad!

ARJ. ¡Señor!... ¿Qué decís?
 GAR. Arjona,

mientras me hizo vacilar
 el miedo y la incertidumbre,
 y la ambición infernal
 me sostuvo, a todo osé;
 mas la negra soledad
 de esa torre en que he pasado
 todo el día, a despertar
 ha vuelto en mí la razón,
 y holgárame, Arjona, asaz,
 para salir de esta angustia
 algún camino encontrar.

ARJ. Ya estáis, señor, fuera de ella,
 Yo presenté al tribunal
 los testigos que citasteis,
 y aunque con bastante afán
 y hartó temor, porque alguno
 quisiera volverse atrás,
 juramos lo que vos mismo
 les quisisteis declarar,
 y probamos que aquí obrasteis
 en virtud del poder real
 que os dió en secreto la reina:
 mas que su deslealtad
 conociendo, al rey y al reino
 quisisteis de ella guardar.
 Que sorprendiéndoos, también
 ella y Sesé vuestro plan,
 en su antecámara misma
 os iban a asesinar,
 habiendo comprado el brazo
 de un vigoroso gañán

con quien en secreto hablaron
 antes de haceros llamar
 a su presencia, en su cámara,
 para más seguridad
 la misma reina ocultándole:
 todo lo que, si es verdad
 que es una impostura grande,
 nadie lo podrá negar,
 porque todo el mundo vio
 que estaba aquel Satanás
 con el acero en la mano,
 y con él pronto a lidiar
 vos, señor, al mismo tiempo.

GAR. ¿Pero y ese hombre?
 ARJ. Ya está
 también, por mi buena industria,
 colocado en buen lugar.

GAR. ¿Preso también?
 ARJ. Nada de eso,
 nadie con ese hombre da:
 mas como yo le he colgado
 con ellos grande amistad,
 y han dicho todos que él solo
 robó el caballo, además
 de matar al que servía
 la caballeriza real,
 y con pase de la reina
 se salió de la ciudad,
 está condenado, a habersele,
 a la pena capital.

El rey además, furioso
 del silencio que en guardar
 se obstinan Sesé y la reina,
 crédito mayor os da.
 Y, en fin, la junta y los grandes
 tan confundidos están,
 y las leyes tan explícitas,
 que nada que temer hay.
 Ya veis que en todo parece
 de parte nuestra el azar.

GAR. Pero, Arjona...
 ARJ. ¡Qué señor!
 GAR. Aunque todo va derecho
 a nuestro bien, de lo hecho
 me da espanto, me da horror.
 Es mi madre,

ARJ. Pero...
 GAR. Di.

¿no habría mejor camino
por donde echar su destino?

ARJ. Hay uno, mucho que sí.

GAR. ¿Cuál? ¿Cuál?

ARJ. Que vos ante el rey
declaréis vuestra impostura,
y cambiéis de sepultura
con la reina.

GAR. ¿Esa es la ley,
Arjona?

ARJ. No hay más remedio.
Si os habéis vos de salvar,
fuerza ha de ser derribar
a todo el que esté por medio.
La pena del acusado
cae en el acusador
si sale aquel vencedor;
conque moriréis quemado.

GAR. Y tú, tú que tantas trazas
hallas siempre para todo,
me abandonas de este modo.
¡Callas!... ¡Oh, me despedazas
el alma, Arjona!

ARJ. Señor,
me estáis confundiendo, y callo,
porque remedio no os hallo
si os falta vuestro valor.

GAR. No son de payor, Arjona,
los pesares que me oprimen;
es que veo que mi crimen
pesa más que la corona.
Es que me espanta el castigo
que les impone mi encono,
y que me espanta ese frono
que con su sangre consigo.
Si huyéramos...

ARJ. Imposible.

GAR. Ausente el acusador...

ARJ. Fuera el peligro mayor
para vos.

GAR. ¿Y no es posible,
burlando la vigilancia
del rey don Sancho, fugarnos
ambos a dos, y ampararnos
de Cataluña o de Francia?

ARJ. Imposible, no hay camino
que por el rey no se guarde,
don García, y ya es muy tarde
para torcer el destino.

GAR. De ese modo...

ARJ. Es lo mejor

que en el empeño sigáis,
hasta donde más podáis,
con inflexible valor.

Si vencéis, aún la esperanza
tenéis de calmar la ley,
su vida pidiendo al rey.

Todo quien vence lo alcanza.

GAR. ¡Ira de Dios! Seguiré.
El infierno es quien lo hace.

Seguiré, pues que le place.
Vamos.

ARJ. ¿Dónde?

GAR. Yo no sé.

El rey me aguarda, a él me voy.

Lo que exigirá no sé, ...

mas todo lo emprenderé
según sintiéndome estoy.

De mi maldad me amedrento,

y este afán, esta agonía,

no sé si es, por vida mía,

furor o arrepentimiento.

La fortuna arrastra en pos
de mí, mas con tal afán,

que presumo que así irán
los réprobos ante Dios.

Sí, soplo infernal me anima

de espíritu tan perverso,

que abriría al universo

a mis plantas ancha sima.

Un vértigo, un torbellino

me arrebató en pos de sí.

Vamos, Arjona, de aquí,

y cúmplase su destino.

ESCENA V

DICHOS, MELENDO

MEL. El rey aguarda, señor.

GAR. Voy.

(Vanse don García y Arjona.)

MEL. No sé qué de funesto
revela ese hombre en su gesto,
que el mirarle da pavor.

Algún horrible secreto
le acusa con saña fiera,
porque si él el justo fuera,

no anduviera tan inquieto.
 Mas ella?... ¡Pobre mujer!
 En fin, por si la interesa,
 este escrito voy apriesa
 en sus manos a poner.

(Abre la torre en que está la reina.)

ESCENA VI

LA REINA, MELENDO

REINA. ¿Quién es?
 MEL. Señora, yo.

REINA. Mi carcelero.

MEL. Pésame de ello...

REINA. Gracias, caballero;
 cumplid vuestro deber. ¿Qué nuevo insulto
 venís a hacerme?

MEL. Dnéleme, señora,
 que me tratéis así, cuando a ofreceros
 venía mi favor desde esta hora...

REINA. ¿Cómo?

MEL. Reina, escuchad: yo he
 [presenciado
 vuestro juicio, y he visto que os conde-
 nan
 las pruebas.

REINA. Falsas son, falsas, Melendo.

MEL. Señora, así lo entiendo,
 y a fe que me ha espantado ver a un hijo
 acusando a su madre, y no comprendo
 que tan noble cual vos, una matrona
 de su esposo manchara la corona.

REINA. ¿Eso más?

MEL. Don García así lo dijo.

REINA. ¡Villano!

MEL. Que a Sesé con torpe audacia
 ofrecisteis el trono, y en secreto
 conspirabais los dos con tal objeto:
 que él os le sorprendió, y hecho a la par-
 [te,

no hallando otro remedio,
 el rey tan lejos y él tan vigilado,
 alzó otro bando con silencio y arte
 para salvar el reino amenazado.
 Y, en fin, que vuestros muchos desafue-
 [ros
 y escandalosas tramas,
 solamente a su rey descubriría

y con testigos cien los probaría,
 dispuesto estando a mantenerse en todo
 y a mostrar sus servicios verdaderos
 a voluntad del rey de cualquier modo.
 Le oyó en secreto el rey don Sancho; y
 de larga conferencia, [luego
 salió iracundo y respirando fuego
 para firmar no más vuestra sentencia.

REINA. ¡Gran Dios!

MEL. Interpusieron pronto ruego
 los grandes y prelados,
 mas por él con dureza rechazados,
 confirmaron sentencia tan extraña,
 midiendo sus razones por su saña.

REINA. ¿Así la lealtad de tantos años,
 el amor y la fe, don Sancho olvida,
 crédito dando a péridos amaños?

MEL. Mas espera que vos...

REINA. Nunca, Melendo;
 antes mil veces perderé la vida.

MEL. Mas si inocente sois, una palabra
 decid que os justifique.

REINA. No la tengo,
 Melendo; en vano lidia
 la inocente virtud con la perfidia.

En el confuso dédalo enredado
 de esas acusaciones impostoras,
 mi lengua y mi razón se perdería;
 y cayendo en un lazo preparado,
 más criminal tal vez parecería.

MEL. Mas ved que quiere otros.

REINA. Es en vano,
 nada tengo que hablar: pues leyes tiene,
 que mi causa por ellas mida y vea,
 ellas dirán lo que a su honor conviene:
 y si él mal las emplea,
 a Dios responda cuando tiempo sea.

Así se lo diréis. Soy inocente
 y justificación no necesito,
 y si cree el universo en mi delito,
 ante su Dios el universo miente.

MEL. Miente, sí miente: mas importa
 [mucho
 que limpia ante él aparezcáis, señora,
 y tal vez haya medio... Un hombre ahora
 me lo juró también...

REINA. ¡Cielos, qué escuchol!

MEL. Y no osando en la torre darle en-
 [trada,

os escribió estas letras, y me dijo que podríais por él ser libertada.

REINA. Dadme, dadme.

MEL. Leed.

REINA (*leyendo*). «Señora: si es imposible que nos veamos, no olvidéis que las leyes os permiten apelar al juicio de Dios; y no ha de faltar una lanza que se rompa en vuestra defensa, mientras aliente quien está pronto a morir por salvar el honor de la reina de Navarra.»

REINA (*representando*).

¿Dónde está el hombre que esta carta escribió?

MEL. Por un postigo que al río da, con misteriosa señal ha poco me llamó y habló conmigo; mas si os inspira ese hombre confianza y os importa el hablarle, todo por vos lo arriesgo, iré a buscarle, y entrará de las sombras al abrigo hasta vuestra prisión.

REINA. ¡Oh! Hacedlo, amigo, que ese hombre es mi esperanza.

MEL. Pues fíaos de mí: traza oportuna buscaré de traerle en el momento, mas que vuelva a salir de este aposento antes que empiece a despuntar la luna. Tal vez un centinela le vería y todo de una vez se perdería.

REINA. Id, volad, caballero.

MEL. Un momento aguardad.

ESCENA VII

LA REINA

¿Y en quién espero?
¿Cúya esta letra es? ¿Quién es ese hombre?

¿Es tal vez un amigo verdadero, o es algún arrestado aventurero que se promete así cobrar renombre? Debajo de estas líneas mal trazadas no puso firma, ni señal, ni nombre. En fin, quien quier que sea, pues me ofrece una lanza que en la defensa de mi honor emplea, es en la tierra mi única esperanza.

Y vos, Señor, que en la invisible altura, tras la cortina azul del limpio cielo, medís la intensidad de mi amargura, no me dejéis morir en tanto duelo. Sólo del justo protección segura sois; pues veis mi inocencia, a vos apelo; atajad de los hombres la malicia, y mostradles, Señor, vuestra justicia.

ESCENA VIII

LA REINA, DON RAMIRO, MELENDO

RAM. Sí, se la mostrará.

REINA. ¡Vos! (*Reconociéndole a la luz de la lámpara.*)

RAM. Yo, señora, que infatigable vuestro honor velando, mostraré la justicia vengadora del Dios inmenso que os está juzgando.

MEL. Tomad, temo que algo nos sorprenda. (*A Ramiro.*)

Con ese saco tosco de soldado mostraos por si acaso disfrazado, y aquí que hacéis la centinela entienda.

RAM. Gracias.

MEL. Mas breve sed, que el rey en breves minutos a la torre venir acaso debe.

RAM. Pocos momentos bastarán.

MEL. Yo guardo el caracol estrecho... Mas encajaos pronto ese tabardo, y adiós.

RAM. Prémieos él lo que habéis hecho.

ESCENA IX

LA REINA, DON RAMIRO

REINA. Caballero.
RAM. (*interrumpiendo*). Escuchadme: lo sé todo. La diabólica astucia con que supo don García volver por raro modo contra vos lo que en él tan sólo cupo: sé de don Sancho y de la junta el fallo, y sé que me condena a morir por ladrón de su caballo.

lo cual me trae a mí con poca pena.
Sé que es justificarnos imposible
en plazo corto, que harto enmarañado
el nudo veo de su trama horrible:
mas sé también que el término alargado
de la sentencia vuestra, yo en mi brío
y en mis razones vuestra causa fio.
Vos escribid al rey; vuestra inocencia
protestad; como horrendo sacrificio,
apelad de su bárbara sentencia
al juicio del Señor, que es el buen juicio.
Yo retaré entretanto a don García
de vil calumniador, campo pidiendo
para lidiar con él; esto en el día
lo permite la ley, y no pudiendo
negarlo a nadie, la victoria es mía.

REINA. Mucho fiáis, mas ignoráis sin
[duda
que es preciso probar.

RAM. No os dé cuidado;
secreto talismán tengo en mi ayuda
con el que todo me será allanado.

REINA. Vedlo todo despacio, y que no
[os ciegue
vuestro buen corazón; ese combate
con un príncipe real tal vez se os niegue.

RAM. ¿Porque infante no soy? ¡Qué
[disparate!

Con sola una palabra que a don Sancho
le diga yo al oído,
le tengo de dejar tan convencido,
que ha de abonarme y le vendrá muy an-

[cho.
REINA. Mas ved que don García
es hoy el justador más afamado.

RAM. Por lo que hace a su esfuerzo, es
[cuenta mía.
Con tigres y leones me he probado,
y no cedo a hombre alguno en osadía.

REINA. Mas si entretanto vos en red
[traidora
caéis, y el plazo tiene fin...

RAM. Señora, si mi palabra
ya os he dicho que puede mi primero
hacer temblar al rey; pero primero
fuerza es que paso a su justicia me abra-

siendo de vuestro honor el caballero.
Si sucumbo, aún me queda la esperanza
de esta palabra oculta: mas si venzo,

con ayuda de Dios y de mi lanza,
de decirla a don Sancho me avergüenzo,
que él se avergonzaría al escucharla.
Si salvo, sin decirla, a la inocencia
me vuelvo a desterrar de su presencia,
antes que en su presencia pronunciarla.

REINA. Ser tan incomprensible y mis-
[terioso,
cuanto tenéis de bravo y generoso,
arcángel protector de mi existencia,

que por doquiera a la defensa mía
salís, entre la niebla más sombría
vuestra razón velando y vuestro nombre,
¿quién sois? ¿Qué recompensa
de mí esperáis?

RAM. Ninguna: mas no hay
[hombre
que abrace con más fe vuestra defensa.
Ni leones habrá ni habrá navarro

que dé por vos más pronto la existencia,
ni que por vos combata más bizarro,
más premio sin buscar que su conciencia.

REINA. Mas decidme a lo menos vues-
[tro nombre,
vuestro linaje; sepa en quién espero.

RAM. Sólo a vos le callara: y no os
[asombra;

si sin ira ni horror le pronunciarais,
valiera en vuestro labio el mundo entero.

REINA. ¿Mánchale el crimen?
RAM. No: pero
[le odiarais.

REINA. ¿Con él a vuestro padre aver-
[gonzarais?
RAM. No.

REINA. ¿Sois, pues?...
RAM. Vuestro sólo ca-
[ballero:

el solo amigo que valeros puede,
y que todo por vos ha de intentarlo
mientras un soplo de esperanza quede.

Mas oigo hablar... aprisa... entrad, señora,
en el cubo otra vez: si me descubren,
que aquí no os hallen. Diligente ahora,
si os permiten con qué, al tremendo juicio
de Dios la apelación tened escrita

y confiad en él, que en este mundo
sólo de Dios el justo necesita.

Silencio; entrad, entrad.

ESCENA X

DON RAMIRO; después DON GARCÍA

(Don Ramiro corre el cerrojo de la puerta por donde entró la reina.)

RAM. Cierro por fuera: suben... veamos lo que aquí me espera.

(Se cubre bien con el saco de soldado, apartando estar de centinela.)

GAR. (dentro). Ya basta, ¡vive Dios! [Me importa hablarla, y orden traigo del rey.

(En la escena.) ¡Tanta osadía, y en defender la entrada tanto empeño ese necio Melendo!

RAM. ¡Oh, don García!

GAR. ¡Tal vez tiene razón! ¿A qué su [sueño turbar?... Tranquila acaso en su inocencia duerme, sin miedo a la fatal sentencia: mientras que yo ¡ay de mí! tiemblo y me [agitación

en continuo velar, y aquí en mi pecho, de la conciencia el torcedor maldito halla en mi corazón ámbito estrecho. Sí, por doquier me espanta mi delito, y en torno de mi mesa y de mi lecho ronda, y ante mis ojos se presenta, y ante mí marcha y ante mí se sienta. Mas venzamos las necias aprensiones del corazón cobarde..., es fuerza hablarla; apartaos, quiméricas visiones: este es el torreón... voy a llamarla.

(Don García va a poner mano al cerrojo que ha corrido don Ramiro. Éste, al verlo, avanza dos pasos hacia él. Don García se detiene.)

GAR. ¡Mas cielos! ¿Quién está aquí?

RAM. Un centinela, señor, que juzga a inmenso favor de Dios hallaros así.

GAR. ¿Qué quieres?

RAM. Sólo un momento que me oigáis...

GAR. No es ocasión; déjame.

RAM. Noticias son

para vos de gran contento. El que el caballo os robó...

GAR. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Dónde está ese [hombre?

¿Tú le conoces? ¿Su nombre sabes? ¿Le han cogido?

RAM. No. Pero de saber acabo

que os ha retado, señor, como a vil calumniador, y mirad que es hombre bravo.

GAR. Yo a nadie temo.

RAM. Aún hay más. Ya sé que nadie os da miedo en la lid; mas un enredo pierde al mismo Satanás.

GAR. Acaba, no me entretengas con necias bachillerías.

RAM. No son intenciones mías perder el tiempo en arengas.

Pero ya que os hallo aquí, voy a haceros conocer

lo que os importa saber para gobernaros.

GAR. Di.

RAM. El rey con una francesa os trataba un matrimonio.

GAR. Sí.

RAM. Pues llevóle el demonio.

GAR. ¿Qué?

RAM. Os rcbaron la condesa.

GAR. ¿Qué diablos estás diciendo, mentecato? Tú estás loco.

RAM. Escuchad, que poco a poco lo iréis, señor, entendiendo.

GAR. ¡Voto a...?

RAM. La condesa huyó con un galán de su casa;

su buen padre, hecho una brasa, que les siguieran mandó

por doquiera... ¡inutilmente! No parece ni uno ni otro.

Pues bien, ese hombre... el del potro, ha escrito a vuestro pariente

el buen conde de Bigorre, diciendo que la robasteis

vos, y a todos la ocultasteis guardándola en esa torre.

GAR. Mas cuando ese hombre me achaca

el rapto de esa doncella,
¿qué espera de mí? ¿Qué de ella?

¿O qué consecuencia saca?

RAM. Una, señor, muy sencilla:
que a acusaros de raptor

envía un embajador

el de Bigorre a Castilla.

GAR. ¿Y qué? Tan sandia impostura
desmentiré.

RAM. Aunque lo hagáis,
la cosa no es tan segura
como vos la imagináis.

GAR. No te entiendo.

RAM. El robador
de la doncella, el amante,
es también ese tunante...
el del caballo, señor.

GAR. Me confundes cada instante
más.

RAM. Pues poco hay que entender:
no habéis preso a la mujer
que tenía ese bergante
en la quinta que con fuego
destruisteis, para así
cogerle rehenes?

GAR. Sí.

RAM. Pues bien, él os torció el juego.

Os dejó que la cogierais,
para obligaros después
a que, probando quién es,
de ella a Francia responderais.

GAR. Pero en mi poder estando...

RAM. ¡Bah! A ofenderla, ¡vive Dios!
dará Francia sobre vos,
por la venganza clamando.
De modo que, con lo mismo
que os pensabais vos salvar,
os va ese hombre a colocar
a la boca de un abismo.

GAR. Todo lo comprendo ya.

¿Conque ese hombre, esa quimera,
conmigo por dondequiera
para contrariarme va?

RAM. Ya veis, donde quiera os reta.
Y aquí por calumniador,
y allá en Francia por raptor,
a su capricho os sujeta.

GAR. ¡Que venga, pues, vive Dios!
Pues me hace tan cruda guerra,

no cabemos en la tierra
a un mismo tiempo los dos.

RAM. No le llaméis, que a mi ver
si gritáis con tal vigor,
se os pudiera aparecer,
y estáis sin armas, señor.

GAR. Que venga, nada me espanta;
pero el traidor no vendrá.

RAM. (descubriéndose).

¡Sí, don García, aquí está;
brotó bajo vuestra planta.

GAR. ¡Gran Dios!

RAM. Oíd, don García.

Ya veis que os tengo en un caos;
aún es tiempo, retractaos;
porque la victoria es mía.

GAR. ¿Tuya? Sueñas, robador
de la hacienda de tu rey,
te ha condenado la ley
declarándote traidor.

Ni aún siquiera te oirán,
que testigos infinitos
te probaron mil delitos
que a morir te llevarán.

RAM. No os ciegue el furor, García;
mi causa está ya segura:
meditado con cordura,
que aún para ello os doy un día.

GAR. No vivirás ni una hora.
Niño, Melendo, ¡traición!
¡Acudid al torreón!
Veremos quién viene ahora.

(Don García, desde la puerta que se supone
dar al caracol, llama bajando un esca-
lón, de modo que oculte medio cuerpo en
el bastidor, volviendo la espalda a la es-
cena. Don Ramiro le empuja, cierra y
corre el pasador.)

ESCENA XI

DON RAMIRO

¡Tu furor me hace reír!
¿Piensas, necio, que al entrar
me he descuidado en mirar
por dónde debo salir?
¿Piensas en tu desvarío
que un navarro montañés

no saltará ochenta pies
teniendo debajo el río?

¿No, quieres que entre los dos
haya paz? Bien, haya guerra;
yo he cumplido con la tierra;
ahora que nos juzgue Dios.

(Se lanza por la ventana, y se oye el ruido de un cuerpo que cae al río, teniendo en cuenta el espacio de ochenta pies que tiene que recorrer en su caída. Pasado este efecto, la puerta se abre forzada, entrando por ella don García, Melendo y soldados.)

ESCENA XII

DON GARCÍA, MELENDO, ARJONA,
SOLDADOS

GAR. Aquí, aquí está ese traidor;
el que el caballo ha robado,
el que a la reina ha ayudado.

MEL. y ARJ. Aquí no hay nadie, señor.

GAR. ¡Dios! En esos torreones...

MEL. *(viéndolos todos)*.

¿Y cómo entrarles pudiera,
si tienen todos por fuera
corridos los aldabones?

GAR. Esa ventana...

ARJ. Señor,
imposible: por ahí es
un salto de ochenta pies.

GAR. ¿Qué es esto? ¡Dios vengador!

MEL. ¡Qué arrojol!

(Asomándose por la ventana.)

GAR. *(espantado)*. Si, estaba aquí,
aquí mismo, en mi presencia.

TODOS. ¿Quién, señor, quién?

GAR. Mi conciencia.

Sosténme, Arjona. ¡Ay de mí!
(Don García desfallece como presa de un vértigo en los brazos de Arjona.—Cae el telón.)

JORNADA CUARTA

Interior del centro de una tienda de campaña que ocupa todo el escenario a lo ancho, y que llena a lo largo una sola caja. Esa tienda, que figura

ser la del caballero mantenedor de un reto y levantada en un costado de un palenque, está cerrada por el fondo con dos lienzos que tapan completamente todo el fondo del escenario y colocados de modo que puedan manifestar, descorriéndose a su tiempo, todo el palenque que tiene detrás. Como esta tienda figura compoñete de tres partes o habitaciones, las personas salen y entran por derecha e izquierda.

ESCENA PRIMERA

EL REY, MELENDO

MEL. Calmaos, señor.

REY. Melendo,

inútilmente procuras
poner a mi enojo diques
y aplacarme con disculpas.
Ya los vistes cuán tenaces
en su silencio, ni excusas
quisieron dar de los crímenes
que a los dos se les imputan:
ni aun responder se dignaron
de su juez a las preguntas;
y ¡vive Dios, que esta ha sido
la mayor de sus injurias!
Melendo, trae a don Pedro,
hagamos la prueba última.

(Vase Melendo.)

ESCENA II

EL REY

¡Oh, esta es de sueño funesto
pesadilla que me abruma!
Es un vértigo, un delirio
de abrasada calentura.
Estoy la verdad tocando,
y el alma inerédula lucha
con la realidad, sin fuerzas
para comprenderla nunca.
Él, tan leal otro tiempo,
y ella tan noble y tan pura...
Pero ¿qué dudo? ¡Insensato!
¡El príncipe les acusa
de adúlteros y rebeldes,
y el príncipe es sangre suya!
Y para atreverse a tanto
grandes razones le escudan.

¡Oh! Juro a Dios que si insisten en su silencio, mi furia todo el rigor de las leyes les harán pronto que sufran.

ESCENA III

EL REY, DON PEDRO, MELENDO

MEL. Aquí está.

REY. Dejados solos,

Melendo. ¡El cielo me acuda!
(Vase Melendo.)

ESCENA IV

EL REY, DON PEDRO SÉSÉ

REY. Sésé, lee ese pergamino: en él están todas juntas las graves acusaciones que a ti y a la reina imputan. Los testigos que lo afirman y el príncipe que os denuncia, las han sellado y firmado. Ahora, si disculpa alguna tienes, dámela: de no, con madurez y mesura lo ha pesado de mis nobles y mis prelados la junta, y os sentencia como infames a sufrir la pena última.

PED. Señor, no habrá en vuestros reinos quien con más valor la sufra; pero iremos al martirio, don Sancho, no a pena justa.

REY. Pues bien, explicate, Pedro, librame ya de esta angustia. Solos estamos aquí, solos; nadie nos escucha. Por cuanto encierran sagrado cielos y tierra, si oculta hay en tu pecho una causa, una razón, una excusa que os justifique a mis ojos, por compasión, Sésé, búscala.

PED. Señor, desde que mis hombres padieron con la armadura,

hasta que el peso del casco me encalveció, la vez única es esta en que habéis tenido en mi fe y en mi honra duda. Amigo me habéis llamado, señor, desde vuestra cuna; como amigo os he servido en vuestras varias fortunas. He cuidado vuestra casa, os he velado en la oseura soledad del campamento, y en las lides más sañudas he puesto el pecho mil veces ante las lanzas morunas para defender el vuestro; y ha cincuenta años, en suma, que las gotas de mi sangre se derraman una a una por vuestro honor y grandeza, por vuestra prez y ventura. Jamás intenté venderos, ni os han extraviado nunca mis consejos del camino de la virtud; y ahora juntas, creéis que al fin de una vida que tal lealtad ilustra, pude hacer tantas infamias, reo ser de tantas culpas?

REY. ¡Oh! Si, si, cuando recuerdo los fuertes lazos que anudan nuestra amistad, la limpieza de tu honor, que no deslustra ninguna mancha bastarda; cuando oigo la voz robusta con que en tu favor me grita mi corazón, se me amblan Pedro, los ojos en lágrimas, y mi conciencia se turba al ver que os condenan pruebas que tú ni nadie recusa. Ante vuestro tribunal tuvisteis las lenguas mudas. ¿Por qué?, ¡vive Dios! ¿Por qué, si la inocencia os escuda, no os defendéis de las leyes que os abren infame tumba?

PED. Don Sancho, mil y mil veces os lo dije en oportunas ocasiones: vuestras leyes

son incompletas y absurdas:
con ellas el inocente
sucumbe, el malvado triunfa,
y los más atroces crímenes
a su sombra se consuman.
Acusa un vil a un sencello,
y con infernal astucia
destruye todas las pruebas
que han de obrar en contra suya.

Sus delitos le atribuye,
como vuestro hijo, lo jura;
los jueces vence indecisos,
y él para borrar su duda,
se ve joven y alentado,
ve que aquel a quien acusa
es viejo, o mujer, o débil,
y con audacia segura
dice: «Aquí estoy con mi lanza
pronto a sostener mi injuria.»
La ley lo consiente, y siempre
vence la fuerza y la astucia.

¡Y vive Dios, rey don Sancho,
que a ser, cual era robusta,
mi mano, yo con el príncipe
empeñaría la lucha!
Mas ¡ay! el cielo a los débiles
contra los fuertes no ayuda.

REY. Mas esa es la ley que rige,
y esa es fuerza que se cumpla.
Sincérate, pues, ante ella,
pues ante ella te denuncian.

PED. Rey don Sancho, si en vuestra
[alma
no está escrita mi disculpa,
si con vos no me defiende
vuestra convicción, que acuda
el verdugo; este es mi cuello;
ni yo sé dar más excusa,
ni a saberla la daría;
sabéis mi honor y mi alcuria.

REY. Mas esas pruebas...
PED. Son falsas
apariencias.

REY. Pero abundan
los testigos.

PED. Son comprados.

REY. Te han hallado veces muchas
en el cuarto de la reina
en altas horas nocturnas.

PED. Velado he por vuestros reinos
con ella, y las damas suyas
no faltaron de su cámara
jamás.

REY. Airada, disputa
escandalosa mantuvo
contra el príncipe, en su pública
antesala en favor tuyo.

PED. Era su causa la injusta,
y yo cumplía las órdenes
de mi rey.

REY. Con maña astuta
te sorprendió tus secretos.

PED. Y yo sus tramas oscuras:
supe que vuestro caballo
era la señal oculta
de una rebelión.

REY. Dispuesta
para sofocar la tuya,
para guardar de vosotros
mi corona.

PED. ¡Virgen pura!
A partir, para obligaros,
vuestra dignidad Augusta,
para obligaros en él
a hacer su total renuncia.

REY. De eso os acusa a vosotros,
que viendo que su bravura
os malograba el proyecto,
hicisteis por mano oculta
robar mi mismo caballo,
que era su señal última.

PED. Ved lo que decís, don Sancho,
que el robo no fué obra suya
ni nuestra, fué de un tercero
enviado vuestro.

REY. ¡Impostura
semejante! ¡Enviado mío?

PED. No puede en eso haber duda;
trajo vuestra firma y sello.

REY. Mientes, traidor.

PED. Vuestra injusta
intención veo, don Sancho,
manifiesta

REY. Y yo la tuya,
pues de tus mismos delitos
aún a mí propio me culpas.

PED. ¿Negáis vuestra firma y sello?
Basta, señor, que se ofusca

vuestra razón, y olvidando
vuestro decoro me insulta
vuestro labio; y si creéislo
como el labio lo pronuncia,
sois fiscal que me acrimina,
no juez que recto me juzga.
Vuestro hijo os codició el reino
con ambiciosa locura,
y yo el reino os defendía
con voluntad absoluta:

si a mí sus faltas me cargan
y mi lealtad me usurpan,
y escucháis vos las palabras
de los que así me calumnian,
yo os juro, rey, por el Dios
que se asienta en las alturas,
que me sirven de vergüenza
las heridas que me cruzan
el pecho, que por ti expuse
con lealtad bien estúpida.

REY. Con esas mismas palabras
protesta quien os acusa.

PED. Pues miente como un villano.

REY. Es mi sangre.

PED. La que nunca
mereció ver en pro suyo
mi espada leal desnuda.

REY. ¡Traidor!

PED. El no haberlo sido
es el pesar que me abruma
hoy, que hacía mí sin razón
vuestra voluntad se muda.

REY. ¿Sin razón? ¡Viven los cielos!
¿Y en cuál tu inocencia fundas,
si a nada me has respondido,
ni hay un testigo que arguya
en tu favor, cuando en contra
testimonios se acumulan?

PED. Entonces ¿en qué se para
vuestra majestad sañuda?
Pues que os estorbo en la tierra,
abidme la sepultura.
De mí para deshaceros
no andéis de arbitrios en busca;
decid: «Me importa que muera»,
y haced que la ley se cumpla.

REY. Basta, que esa pertinacia
con que mi poder insultas
y mi venganza provocas.

mi clemencia sobrepuja.
Veo la diestra falacia
con que evitas mis preguntas
y las cuestiones complicadas
con falsedades absurdas.

Veo que me niegas todas
mis reconvenções justas,
esquivándote de todas
por no resolver ninguna.

Y en ese afán despedido
con que mi coraje azugas,
veo que, al verte perdido,
la muerte con ansia buscas.

PED. Sí, rey don Sancho, la busco:
que a mi dolor más se ajusta,
que tu ingratitude odiosa,
la más deshonrada tumba.

REY. Y la tendrás.

PED. Pronto sea;
su oscuridad no me asusta,
que es pabellón de reposo
para una conciencia pura.

REY. ¡Hola!... (*Sale Melendo.*)
Volvedle a su encierro.
(*Melendo le cierra.*)

Pues defenderse rehusan,
que el cielo se lo demande
y sus destinos se cumplan.

ESCENA V

EL REY, luego DON GARCÍA

REY. ¡Pero qué altivo tesón!
¡Oh, de ese viejo el acento
para agravar mi tormento
renueva mi confusión!
¡Gran Dios, si fuera posible!
Pero no; ¿cómo podría
caber en mi hijo García
pensamiento tan horrible?
¡Así mi pena inclemente
a tanto extremo ha llegado,
que temo hallarle culpado
y temo hallarle inocente!

GAR. ¡Estabais aquí, señor!

REY. García, ¿tal vez la hora
llegó ya?

GAR. Pronto la aurora a iluminar
va a alumbrar nuestro dolor.

REY. ¡También como yo padece,
infeliz!

GAR. Sí, padre, mucho;
y esta pena con que lucho,
por horas e instantes crece.

REY. ¡Hijo!

GAR. De mí no soy dueño:
y en mi ardiente frenesí,
ya no encuentro para mí
ni tranquilidad ni sueño.

REY. ¿Y por qué? ¿Porque leal
a mi defensa acudiste,
y el esplendor defendiste
de mi corona real?

¿Porque afrontando el encono
de altivos conspiradores,
entregaste a los traidores
que profanaron mi trono?

GAR. ¡Oh, callad!

REY. Tu corazón
con mis palabras aflijó.

GAR. Sí, sí.

REY. El vasallo y el hijo
cumplieron su obligación:
Ahora ya no hay que esperar,
sino morir.

GAR. ¡(Suerte impía!)

REY. ¡Y era tu madre! Garcíá,
ven, ven conmigo a llorar.
Llora su infelice suerte,
ya que el destino eruento
te escogió por instrumento
de su castigo y su muerte.

Llora, y luego a sostener
nuestra justicia te apresta,
para cumplir lo que resta
de tu penoso deber.

GAR. ¡Mi madre!

REY. ¿Cuánta ternura!

GAR. ¿No hallará clemencia en vos?

REY. ¡Clemencia! Téngala Dios
de mi negra desventura.

Contra su torpe malicia,
como esposo y como rey,
fié al brazo de la ley.

Con su crimen y mi justicia,
Y yo su tremendo fallo.

respetaré, porque así
la ley se respete en mí
como en su primer vasallo.
Mas si no puedo estorbar
su riguroso suplicio,
y este horrible sacrificio
es ya fuerza consumar,
no vea yo en ti, hijo mío,
ese afán que no te deja
ese dolor que te aqueja
desesperado y sombrío.

GAR. ¡Ah! Consideradlo vos;
y si ver mi alma pudierais,
yo sé que os estremecierais.

REY. Pon tu confianza en Dios;
Deber fué en ti, no malicia,
y hoy, para mejor probanza,
aquí sostendrá tu lanza
tu inocencia y mi justicia.

GAR. (Si eterno este dolor es,
ya no hay para mí existencia.)

REY. (acercándose a la cortina de la
tienda.)

¡De día ya!

GAR. (Mi conciencia
me va arrastrando a sus pies.)
Señor...

REY. Mira, ya volvez
el alba a rayar comienza.

GAR. (De temor y de vergüenza
ni doy aliento a mi voz.)

REY. Adiós; voy a disponer
que la ceremonia empiece.

GAR. Oídme!

REY. ¡Qué te estremecí!
Cumplamos nuestro deber. (Vase.)

ESCENA VI

DON GARCÍA

¿Qué iba yo a hacer? A revelar mi infan-
[mia;

pero ¿qué revelar pudiera yo
a quien vive en la fe de que aún abriga
un soplo de virtud mi corazón?
¡Hijo me llama el infeliz llorando!
¡Hijo, que reino y honra le salvó!
¿Cómo decirle al miserable viejo:

padre, yo soy un vil calumniador?
 No, me arrastra inflexible mi destino
 por la senda del mal, y a rastra voy,
 cual zarza estéril que arrebatada el viento,
 a caer en la eterna perdición.
 Pero llegan. ¿Quién va?

ESCENA VII

DON GARCÍA, ARJONA

GAR. (al verle). ¡Tan pronto, Arjona!
 ARJ. Ya comienza del alba el resplandor,
 y ya el pueblo las gradas del palenque
 a ocupar turbulento comenzó.

GAR. ¡Maldito quien me trajo hasta
 maldita, sí, mi estúpida ambición!

ARJ. Ya no es hora, señor, de meditarlo,
 el día va a rayar.

GAR. Déjame, Arjona;
 siento que mi osadía me abandona.

ARJ. Señor...

GAR. Vacilo, sí; no sé ocultarlo.
 Aquel hombre fatal... ¡él era, él era!

ARJ. Sombra de la turbada fantasía.

GAR. No, Arjona, realidad.

ARJ. ¿Cómo pudiera?...

GAR. Todo ese hombre lo puede en
 contra mía.

Quien del fuego voraz le puso fuera,
 de las aguas también le sacaría.

ARJ. ¡Del fuego os acordáis! ¿Pues no
 os lo dije?

De su quinta una cava hasta la ermita
 por senda subterránea dirige:

Torras la halló, y entrándose por ella,
 fué como dió con la mujer.

GAR. ¡Maldita
 mi imprevisión! En una y otra cita,
 allí acobeché su infernal destreza.

ARJ. Mas le cuesta el acecho la cabeza.

GAR. Del secreto poder que le acom-
 paña,

todo lo temo, Arjona; en todas partes
 mis pasos sigue su presencia extraña
 sin que le estorben puertas ni baluartes.

Todo le es familiar, todo lo encuentra
 fácil en contra mía: favorece
 todo su fuga: en el alcázar entra
 tras de mí, en las prisiones... y parece
 que, sombra de mí mismo desprendida,
 los instantes me cuenta de la vida:
 y si un soplo de calma me adormece,
 brota, dice: *Aquí estoy*; y en la tendida
 cavidad del espacio desaparece.

ARJ. Superstición del corazón medroso,
 don García: aunque impávido y astuto,
 es un hombre no más, y de hombre a
 hombre... [hombre...]

GAR. No me vieras, por Dios, irresoluto
 para emprender la lid, si solamente
 de lidiar se tratara frente a frente.

ARJ. Mas ¿qué de él teméis ya? Del
 rey vasallo,
 notorio siendo que robó el caballo,
 y estando pregonada su cabeza,
 no se presentará.

GAR. ¡Ven, insensato!

Si ningún defensor no se presenta,
 ¿no ves, imbécil, que a mi madre mató?
 Y es idea ¡ay de mí! que me amedrenta.

ARJ. Aún la podéis salvar: si nadie
 os lo impide, [acude,
 sois dueño de su vida: suplicante
 a don Sancho acudid, ante ella misma...]

GAR. (horrorizado).
 ¿Yó? ¿Yo me he de poner de ella delante
 otra vez? No, jamás...: piensas en vano:
 primero que sufrir tal agonía,
 los ojos, Lucas, con mi propia mano
 y el corazón feroz me arrancaré.

ARJ. Pues aún es tiempo... Desistid
 ya, [cobardé,
 desmentíos; mas ved que en esa hoguera
 que del verdugo ante las plantas arde,
 el uno de los dos fuerza es que muera.

GAR. Sella, asesino vil, sella esa boca;
 porque tu pecho miserable abriga
 sangre de hiena y corazón de roca.

ARJ. Señor, tan sólo vuestro bien me
 obliga,
 porque con vos me salvó o con vos muero:
 mas perdonad, señor, que tal os diga:
 ceder ahora, es decir al mundo entero
 que ni valiente sois, ni caballero.

GAR. ¡Ay...!

ARJ. Se dirá de vos con mengua y [saña: «nada en tal hombre por entero cupo: ni crimen ni virtud fué en él hazaña, ni aun ser infame sino a medias supo...» ¡Gran memoria de un príncipe de España!

GAR. Pues bien, si no me cumples esa [memoria, si al crimen nada más caminar puedo, tal borrón dejaré sobre mi historia que a la futura edad imponga miedo.

(*Tumulto fuera.*)

¿Oyes? Ya ruge el pueblo ahí agolpado; del horrible espectáculo sediento: voy, ¡vive Dios! a dárselo colmado; nunca le vió más bárbaro y sangriento. ¡Tan pronto la señal!

ARJ. (*asomándose a la tienda*). El sol asoma.

GAR. (*poseído de un vértigo*). ¡Oh, infierno! ¡Regocíjate! Como ésta no han preparado tus furioses fiesta ni en los circos idólatras de Roma.

(*Trompetas.*)

VOCES FUERA. Pregón, pregón. ¡Silencio!

ARJ. Los heraldos ya el combate pregonan.

GAR. ¡Esto es hecho! Cada cual ante Dios con su derecho.

HERALDO (*dentro*). «Oíd, oíd, vasallos de don Sancho, rey de Navarra, de Aragón y de Castilla. El buen caballero don García, príncipe de estos reinos, ha aceptado el combate a que en uso del derecho que las leyes les conceden, han apelado la reina doña Nuña y don Pedro de Sesé, acusados de criminal inteligencia y descubierta rebelión. Y siendo entrambos crímenes de lesa majestad, las leyes los condenan a la pena del fuego, si al trasponer el sol la línea del horizonte no se presenta caballero alguno que quiera mantener su causa. Si esto aconteciere y el acusado saliera vencido, sufrirá la misma pena en lugar de los acusados, como la ley lo dispone; si saliere vencedor, serán quemados en este mismo

palenque los acusados, con el cuerpo del caballero su defensor, quedando desde luego condenados a la pena capital todos los que resultaren cómplices de su traición. El rey ofrece asimismo doscientos marcos de oro a cualquier vasallo suyo, que asegure la persona del traidor que extrajo de las reales caballerizas su mejor caballo de batalla, asesinando para ello a su guardia y palafreneros. Esta es la justicia del rey. Vasallos del rey, acatad la justicia del rey. ¡Viva don Sancho, rey de Navarra!

PUEBLO. ¡Viva!

GAR. ¡Qué agonía, gran Dios! Cíñeme, [Arjona, esa fatal espada.

Y que quede a favor de esta celada encubierta a mi pueblo mi persona.

(*Se cala la visera.*)

¡Oh! Estoy seguro que en mi horrible gesto se ve mi odioso crimen manifiesto.

VOCES DEL PUEBLO. UNA. Allí están. Allí están.

OTRA. Ya traen a los acusados.

OTRA. ¡Quién tal pensará de tan buen caballero como don Pedro!

OTRA. Por eso mismo es más grande su delito.

OTRA. Bien dicho. El rey les había colmado de beneficios.

OTRA. Y le vendían mientras él conquistaba a los moros nuevos señoríos.

OTRA. Son unos infames; les van a atar a los postes de hierro como a los villanos.

OTRAS. Bien, bien.

OTRAS. ¡Viva la justicia del rey!

TODOS. ¡Viva!

(*Tumulto.*)

VOCES. Silencio. Silencio.

OTRAS. Ya bajan los jueces del campo.

OTRAS. Silencio. Escuchad.

UNO DE LOS JUECES DEL CAMPO. «Vasallos del rey, oíd. La hora del juicio ha llegado ya. La liza queda abierta desde este punto; y si al pasar el sol la línea del horizonte no anuncian los clarines un defensor, el verdugo cumplirá con su deber.»

MUCHAS VOCES. Bien, bien.

(*Aplausos, ruido, etc.*)

no puede más mi corazón de fiera. **ATO**
Sálvese, si...

(Don García va a salir de la tienda, en cuyo momento suena la seña de un agudo clarín. Don García se detiene.)

ARJ. ¡El clarín!

PUEBLO. ¡Un caballero!

ESCENA VIII

DICHOS, DON RAMIRO

(Se presenta don Ramiro armado de pies a cabeza: el esclavo etiope, de quien se hace mención en los anteriores actos, vestido a la oriental con turbante blanco y con un collar de oro en señal de esclavitud, conduce de la brida el hermoso caballo de batalla del rey don Sancho, magníficamente caparazonado y empenachado. Un paje con los colores de la casa real de Navarra y Castilla trae el escudo y la lanza de don Ramiro. Éste tira un guantelete a los pies de don García, y dice en alta voz:)

RAM. Aquí estoy, hego a tiempo toda-

y os declaro a la faz del mundo entero torpe y vil impostor, mal caballero, calumniador infame, don García.

VOCES. ¡El caballo del rey!

OTRAS. Ese es el que le ha robado.

OTRAS. ¡Qué descaro, qué atrevimien-

OTRAS. No puede combatir, no es cabal-

lero, está declarado traidor y condenado a muerte.

OTRAS. ¡Muera!

OTRAS. Sí, sí, que muera también con ellos.

OTRAS. ¡Prenderle, matarle!

UNA. Ningún villano puede ceñirse armadura real.

OTRAS. ¡Muera, muera! Allá van los jueces del campo.

TODOS. Bien, bien.

(Los jueces del campo, con algunos soldados, se dirigen hostilmente hacia don Ramiro. Éste toma rápidamente el escudo

de manos del paje, y descolgando el hacha de armas del capazón del caballo, les hace retroceder.)

RAM. ¡Mentis! Derechos tengo a esta yo puedo entrar con ella en la batalla.

PUEBLO. ¡Muera, muera! Cogedle.

RAM. Atrás, canalla.

REY DE ARMAS. Pasó al rey, paso al

REY. ¿Quién atrevido mi ley insulta y su delito ostenta, y con mis propias armas se presenta?

RAM. Óidme una palabra.

REY. Di.

RAM. Al oído.

(Don Ramiro se acerca al oído del rey. Éste se estremece y, volviéndose a los suyos, dice:)

REY. Atrás, señores; retiraos.

GAR. ¡Cielos!

¡Con sola una palabra... aun al rey mis-

RAM. (a don García.)

Ya lo veis... a no ser por mi buen celo por vuestra alma, la echáis en el abismo.

REY. ¡Oh! Concludid, por Dios: si este

sabéis, ¿quién sois?

RAM. Señor, antes de todo

que inocentes no sean el objeto de la mofa del vulgo.

REY. ¿De ese modo

queréis?... Bien, bien.

RAM. Que libres sean, o en voz alta

al vulgo vil relataré esa historia.

REY. No, no. Libres están.

RAM. Silencio. Al punto vengan, y en silencio escuchando se mantengan.

(El rey hace una señal, y van a traer a la reina y Sesé. La tienda se cierra como al principio del acto.)

Pues os mostráis, don Sancho, tan celoso de vuestro real honor, que una sospecha

mal probada por labio mentiroso, presa tan noble a los verdugos echa,

quiero, señor, que doña Nuña sepa,

antes que el duelo con mi vida acabe,

lo que en el alma de sus jueces cabe cuando creen que la infamia en ella quepa.

ESCENA IX

DICHOS; LA REINA y SESÉ, a una reña de RAMIRO

RAM. Ya están aquí... silencio, estad-
[me atentós;

vos también escuchadme, don García, y si después de oírme unos momentos la espada alzáis, encontraréis la mía.

(Todos escuchan con asombro y ansiedad. Don Ramiro domina la escena, y recita con dignidad y calma.)

Conocí una mujer... su nombre Caya.

REY. ¡Dios santo!

RAM. Es grande historia. Esta ma-
[trona,

casada con un noble de Vizcaya, su sien ceña con feudal corona.

Un mancebo... su nombre no hace al caso, se prendó de su garbo y hermosura;

y ella incauta, él audaz, pasó tras paso fáciles prendiendo amor en red segura.

Él amante, altanera la matrona,

¿A todo (la dijo él) por tí me atrevo:

¿quieres cambiar por otra esa corona?

Y ella, que le entendió, picó en el cebo.

Una noche el barón, su noble esposo,

a manos pereció de unos bandidos:

dolióse ella del caso lastimoso,

mas siguieron de entonces más unidos

los dichosos amantes. ¡Ay! ¿Qué dicha

es segura en la tierra? El mozo osado

heredó a poco un reino, y por desdicha

de Caya, otra mujer con el reinado.

Él la aceptó, pues le traía en prenda

otra corona más, y aunque fingía

falaz con Caya, al fin cayó la venda

que el corazón amante la cubría.

Dejóla el rey, y en vez del matrimonio

que la ofreció, del reino desterróla,

firmándola un inútil testimonio

para un infante que del rey quedóla.

Y esta mujer errante y expatriada...

(Se interrumpen.)

REINA, REY, SESÉ. ¡Acabad!

RAM. Sucumbió tras largo duelo, a su hijo dando de la edad pasada noticia, y por el rey pidiendo al cielo.

REY. ¡Dios mío! ¿Y aquel hijo?

RAM. Asíó una lanza, y en Palestina y Francia aventurero, vivió guardando siempre una esperanza de ser al fin un noble verdadero.

Topó en Francia por fin a una condesa, que a otro príncipe estaba prometida, la sedujo y huyó con la francesa, y aquí vinieron a pasar la vida.

REINA. Proseguid.

RAM. A favor del pergamino que dió el rey a su madre, pasó este hom-

bre vida sin porvenir y sin destino, sin descubrir su origen ni su nombre.

Dió el caso, que a un traidor, que conspi-

traba por impensado azar, halló la huella,

y como en nada este hombre se ocupaba, dió en seguir hólgazán el rastro de ella.

Dios les puso a los dos frente por frente, y por doquier se hallaban: disponía

el uno en unas ruinas plazo y gente, y el otro sus secretos sorprendía.

y...

REY, REINA, SESÉ. ¿Qué?

RAM. Ya en concluir veo que tardo; secreto es que callárosle no debo.

(A la reina.)

Vos lo ofendida sois.

(Al rey.) Vos el mancebo; don García el traidor, y yo el bastardo.

(Don Ramiro presenta al rey el pergamino en cuestión, hincando la rodilla en tierra.)

REY. Sí, es mi firma. ¡Hijo mío!

(Abrazo rápido.)

RAM. Ahora, García, ciertes de la verdad ambos estamos;

si me tiendes tu mano, ésta es la mía; si en tu demanda estás, al campo vamos.

REINA. Tened, tened: el dedo del des-

manifiesto está aquí, y a la inocencia el justiciero Dios abre camino.

REY. Sí, perdona un error...

REINA (*interrumpiendo*).
 Que no acrimino.

REY. Yo revoco mi bárbara sentencia.

RAM. Y yo abrazo la causa de mi her-
 [mano;

derógnese la ley, y en su delito
 sea el único juez... Dios soberano.

(*De rodillas.*)

Su perdón os propongo.

REINA. Yo le admito,
 (*A don García.*)

Pastor tiene la Iglesia, cuya mano
 tiene poder y crédito infinito
 de atar y desatar... Tu culpa llora,
 y de Roma no más perdón implora.

GAR. (*de rodillas*). ¡Madre!

REINA. Mas oye: don Ramiro debe
 dar la mano a tu esposa prometida,
 y en tu lugar también mando que lleve
 tu parte de heredad por mí traída.

Si, pues sólo él a defender se atreve
 mi calumniado honor con su honra y vida,
 ved en qué precio su virtud estimo;
 mi primogénito es; le legítimo.

REY. Acepto. Abrid, heraldos, esa
 [tienda.

(*Lo hacen, y vuelve a quedar a la vista
 del público el palenque, cuya arena han
 ocupado ya los villanos, que, contenidos
 por los soldados, forman un numeroso
 grupo alrededor de la tienda.*)

Pues mis armas vistió, ya es caballero:
 pregonadlo a mi pueblo, y que esto en-
 [tienda.

Yo le doy mi caballo: que altanero
 sobre él las calles cruce; de la rienda
 le lleven reyes de armas, y que atienda
 Navarra a que es su príncipe heredero.

(*Clarines y atabales en señal de plegón,
 y algo lejos tumulto, vivas. Traen más
 al centro de la escena el caballo de don
 Sancho. El pueblo se agolpa en rededor.*)

REY (*a don Ramiro*). Ea, a caballo tú.

REINA (*a don García*). Tú, escolta toma,
 y a implorar parte tu perdón de Roma.

GAR. (*con afán, y pronto a partir*).

¡Sí, partiré; mas a la vuelta mía,
 si traigo, madre, un corazón sincero,
 ¿puedo esperar de vos?...

RAM. (*interrumpiéndole y atajando a la
 reina, que va a responder*).

¡Sí, don García;
 yo tras ti quedo; ve, y en mi fe fia:
 buen hermano seré, buen caballero.

(*Don Ramiro y don García se dan la mano,
 y éste parte por la izquierda seguido de
 Arjona, que se habrá confundido con la
 multitud durante la anterior escena. Don
 Ramiro monta a caballo, alejándose to-
 dos en tumulto aclamándole. Los reyes
 de armas, de pie sobre los andamios del
 palenque y tremolando los pendones de
 Castilla, Navarra y Aragón, gritan cada
 cual a su correspondiente turno.*)

(*El que tiene el pendón de Castilla, dice:*)

¡Viva la reina de Castilla!

PUEBLO. ¡Vival!

(*El que tiene el de Navarra, dice:*)

¡Viva el rey don Sancho de Navarra!

PUEBLO. ¡Vival!

(*El que tiene el de Aragón, dice:*)

¡Viva el príncipe don Ramiro, rey de
 [Aragón!

PUEBLO. ¡Vival!

(*Los villanos aplauden, tiran por alto los
 birretes, etc., etc. Tumulto. Cae el telón.*)

LA OLIVA Y EL LAUREL

ALEGORÍA ESCRITA PARA LAS FIESTAS
DE LA PROCLAMACIÓN DE S. M.

LA REINA DOÑA ISABEL II 19

PERSONAS

EL GENIO DE LA GUERRA, gallardo mancebo armado.

EL GENIO DE LA PAZ, noble matrona, vestida de blanco, coronada de oliva.

LA BUENA FE, representada en un rústico y honrado labrador.

EL TIEMPO, viejo.

ECO, niña juguetona y parlera, vestida al capricho.

GENIOS SÚBDITOS DE LA GUERRA, COMO LA PESTE, LA AMBICIÓN, EL HAMBRE, etcétera, etc.

ATRIBUTOS Y GENIOS DE LA PAZ, COMO EL AMOR, LA AMISTAD, LAS ARTES, etc., etc.

ACTO ÚNICO

Mansión horrible en el alcázar del genio de la Guerra, representada por una gruta o antro en el centro de una montaña, con toda la agreste belleza de que es susceptible semejante cuadro. En medio, un robusto y frondoso laurel. En el fondo, a cierta elevación, un lecho rústico en que se ve dormido al Tiempo, con sus mitológicos atributos. Trofeos de armas de todas clases, antiguas y modernas, se verán espaciados por la escena, con cuantos muebles quieran ponerse alegóricos de la guerra.

ESCENA PRIMERA

Oyese ruido dentro de armas y voces, y salen varios Genios súbditos del de la GUERRA, arrastrando a la Paz al laurel, en que la maniatan.

EL GENIO DE LA PAZ. ¡Monstruos! ¿Así [se ultraja a una matrona? ¿Así me trata vuestro rey?

LOS GENIOS DE LA GUERRA. Así.
EL GENIO DE LA PAZ. ¿Nadie mi causa [compasivo abona?

LOS GENIOS DE LA GUERRA. Nadie.

EL GENIO DE LA PAZ. ¿Y cautiva seré [siempre?

LOS GENIOS DE LA GUERRA. Sí.

(La dejan atada, y se apartan al fondo del escenario.)

EL GENIO DE LA PAZ. ¡Miserá tierra! De [ominoso luto

tu faz envuelve en funerales tocas,
y de jugo vital tu suelo enjuto,
en grietas hiende, cuyas anchas bocas
la sangre chupen de las lides fruto.
Fuentes de sangre manarán tus rocas,
y tus verdes encinas corpulentas,
hojas y ramas brotarán sangrientas.

Las brisas que otro tiempo perfumadas sonaron por tus bosques y jardines,
de sangriento vapor vendrán preñadas,

arrastrando el clamor de los clarines: y en vez de tus silvestres enramadas de espesas madreselvas y jazmines, verás pudrirse entre tus secos guijos los desgarrados miembros de tus hijos.

¡Miseria tierra! La guerrera trompa atronará tus ámbitos sangrientos; y despojada de tu fértil pompa, que hoja por hoja arrancarán los vientos, serás sólo un pedrusco en que se rompa la furia de los locos elementos; desierto de arenales y peñones, madriguera de sierpes y leones.

ESCENA II

EL GENIO DE LA PAZ, EL DE LA GUERRA,
SUS GENIOS

EL GENIO DE LA GUERRA (*saliendo de repente.*)

Será, mujer imbecil, mi palacio: y el campo, despojado de verdura, circo será de suficiente espacio donde ensayarme en la pelea dura. Y si el suelo a brotar está reacio de sus olmos y robles la espesura, al riego del sudor de mis corceles le poblaré de bosques de laureles.

¿Qué falta nos hará tu vil descanso?
¿Qué valen tus pacíficos primores, ni qué importa la orilla de un remanso cercar de huesos o de breves flores?
¿Qué más da que repita el aire manso tus himnos o el doblar de mis tambores?
¿Por qué han más de valer tus torpes vicios que mis nobles y ardientes ejercicios?

¿Tú, qué has creado? Imbéciles varones que consumen su vida en dictar leyes, que hacen desesperar a las naciones, y acudir a las armas a los reyes: y al fin de sus discursos baladrones, cuando han uncido para arar los bueyes, que es fuerza ven para guardar su tierra, uncirlos en el carro de la guerra.

Para venir a tales resultados, no sé por qué la tierra dividida entrambos ha de estar: pues tus estados por mí te tienen siempre defendida,

y tu prez y valor son mis soldados, y mis bravos ejércitos tu vida, protegida es igual que encarcelada: quédate, pues, a mi laurel atada.

EL GENIO DE LA PAZ. Genio de sangre y [mortandad sediento, si guarda aún tu corazón de roca de compasión un solo sentimiento, una súplica atiende de mi boca.

EL GENIO DE LA GUERRA. Templo es [mipecho del altivo aliento que mantener al vencedor le toca: habla, y si ves que con orgullo escucho, ve que en oírte sólo aún hago mucho.

EL GENIO DE LA PAZ. Oye un instante, [pues: en una punta de esa altanera tierra de la Europa, una noble nación hay que se junta contra sí misma en iracunda tropa. Diez años dormí allí casi difunta, del regio manto en la rasgada ropa, y diez años guardé con pobres leyes el combatido solio de sus reyes.

Diez años son de llanto y amargura, en abandono y soledad pasados, mas diez años que llevo de ventura en mi memoria y corazón grabados: y con tan honda y maternal ternura me aduermo en sus recuerdos encantados, que me holgara en yacer en aquel suelo que con tan puro azul cobija el cielo.

Pon mi cárcel allí, será mi trono: señálame en su centro, en breve espacio, mansión, y el universo te abandono, por si te ves al fin de sangre sacio. No más entre los dos lucha ni encono: en pocos pies de tierra mi palacio tendré, y bajo tus leyes de exterminio tendrás al universo en tu dominio.

Esto conviene más a tu bravura y al excelso esplendor de tu corona, que dar en tal mansión cárcel oscura a una pobre y pacífica matrona.

EL GENIO DE LA GUERRA. Bien merece [un rincón por sepultura quien todo el universo me abandona: mas veamos, ¿cuál es la tierra extraña do ese rincón anelas?

EL GENIO DE LA PAZ. Es España.

EL GENIO DE LA GUERRA. ¡España!
 EL GENIO DE LA PAZ. Sí; que en su feraz
 terreno
 revientan las espigas entre flores,
 y de suz valles el sombrío ameno
 orea con purísimos olores,
 en amarillas chozas lechos de heno
 que acunaron del mundo a los señores:
 España, sí, donde a la par se anida
 el germen del honor y de la vida.

Allí es sufrida la briosa gente;
 allí el pueblo es leal, sobrio y sencillo;
 allí segura la amistad no miente,
 no ciega allí del oro el falso brillo;
 allí se escucha a la vejez prudente;
 allí ase el mozo a par espada o trillo,
 y allí, según que la ocasión requiere,
 se vive labrador y héroe se muere.

Hartos siglos en guerras desastrosas
 allí signieron tu sangriento carro,
 y tuvieron sedientos sus sabrosas
 aguas que serenar en rojo barro.
 Déjame, pues, que las marchitas rosas
 fecundice otra vez del fresco Darro,
 y el son alegre de tranquila zambra
 vuelva a encantar los patios de la Alham-
 [bra.

EL GENIO DE LA GUERRA. Ten esa len-
 [gua, y que jamás me pida
 lo que jamás me comprarán tesoros.
 Pidiérasme la Italia córrompida,
 que alza a su esclavitud himnos sonoros;
 pidiérasme la Grecia empobrecida,
 las tostadas arenas de los moros
 y cuanto el mar sobre la Europa baña,
 antes que un pie de la atrevida España.

Allí nace el varón constante y fiero;
 allí nace el soldado vigoroso;
 allí se forja irresistible acero,
 y allí se cría el bruto poderoso
 que saca del combate al caballero,
 o da con él su aliento generoso:
 y allí mueren invictos capitanes
 los que nacieron rústicos jayanes.

¿Darte la España yo? Nunca, sería al
 cederte imbécil el mejor pedazo
 de mi solio imperial: preferiría
 sentir sin fuerzas mi potente brazo,
 y sin fe el corazón: mejor querría

trocar por una rueca o un cedazo
 la poderosa lanza, y entre flores
 presa yacer de estúpidos amores.

No; mi esclava serás. Yace aquí sola,
 mientras yo con mis fieros españoles
 conquistaré la mar ola tras ola,
 la tierra ganaré soles a soles.

EL GENIO DE LA PAZ. ¿Y qué esa raza
 [logrará española,
 cuando con ella el universo asoles?

EL GENIO DE LA GUERRA. Sus huesos
 [formarán una montaña
 donde clavemos el pendón de España.

Allí roto jirón, mas siempre honrado,
 cuando la noche con sus velos ciña
 los ámbitos del mundo desolado,
 derramará la luz por la campaña;
 y al abrirse el oriente purpurado
 espantarán las aves de rapina
 que a guarecerse de él habrán venido
 con corvo vuelo y gutural graznido.

¡Sus, pues, oh genios de la Guerra her-
 [manos!

Nuestro alcázar oscuro abandonemos:
 ¡sus! y en los corazones castellanos
 de las lides el vértigo soplemos;
 Sangre goteen nuestras rojas manos:

y pues cautiva ya la Paz tenemos,
 libres volad, ¡oh genios de la Guerra!,
 y en España caed: nuestra es la tierra.
*(Vase el Genio de la Guerra, seguido de los
 que han atado al de la Paz y de los que
 han salido con él, al ruido de música
 marcial que se pierde en lo lejos.)*

ESCENA III

EL TIEMPO, EL GENIO DE LA PAZ

EL GENIO DE LA PAZ. ¡Miser! Español
 [Edén voluptuoso,
 templo de la molicie y del amor,
 ¿qué van a hacer de tu recinto hermoso
 las iras de ese genio asolador?

Los rizos de espesísimos cabellos
 a tus lindas morenas cortarán,
 algún cañón para arrastrar con ellos,
 del cáñamo en lugar, que no hallarán.

En vez de los dulcísísimos cantares,

de su amoroso afán tierna expresión,
atronará tus viejos encinares
el estruendo del cóncavo cañón.

No bordarán tus campos gayas flores,
las golondrinas, ¡ay!, te olvidarán,
y acaso tus canoros ruiseñores
con ellas a la par emigrarán.

¡Miserá España! El cetro sanguinoso
no admitas de ese monstruo de furor;
no des camino en tu recinto hermoso
al carro de ese genio asolador.

¡Inútil anhelar!..., Mas pasos sientos:
¿quién en esta prisión penetrará?

LA BUENA FE. (dentro).

¡Holal! ¿No hay nadie por aquí?

EL GENIO DE LA PAZ. ¡Qué acento!
Y no parece hostil: ¿de quién será?

ESCENA IV

EL TIEMPO, en su lecho, como en la anterior; EL GENIO DE LA PAZ, LA BUENA FE.

EL GENIO DE LA PAZ. ¿Quién va?

LA BUENA FE. ¿Y quién habla?

EL GENIO DE LA PAZ. La Paz.

LA BUENA FE. ¿Por qué no tomas la
[puerta?

Yo abierta me la encontré;
y lo mismo la dejé.

EL GENIO DE LA PAZ. Confusa mi alma,
[no acierta
quién se atreve a hablar aquí
de manera tan extraña.

LA BUENA FE. Soy la BUENA FE de
[España.

EL GENIO DE LA PAZ. Reconocerte debí.

LA BUENA FE. ¿En qué?

EL GENIO DE LA PAZ. En la franca ex-
[presión
con que tu labio se explica.

LA BUENA FE. Sus sentimientos me
[aplica

a la lengua el corazón;
que como yo campesino
soy, y criado en llanura,
siempre llamé con franqueza
al pan pan, y al vino vino.

EL GENIO DE LA PAZ. ¿Mas cómo te
[encuentro aquí?

LA BUENA FE. Pie a pie me han despo-
[seido

de la tierra en que he nacido,
y de la tierra me huí;

y ese desierto quizás
travesando a la ventura,

di con una puerta oscura,
y entré sin más ni más.

EL GENIO DE LA PAZ. ¿Cuáles es tu tierra?

LA BUENA FE. Castilla.

EL GENIO DE LA PAZ. Más por su hon-
[radez descuella.

LA BUENA FE. Mas fermenta en toda
[fella

de la doblez la semilla.
Ello es que hay duelos a miles

sobre el Hispánico suelo,
y a España cubren de duelo

fieras contiendas civiles.
Contra sí mismos, insanos,

revuelven sus propios hierros,
y se muerden como perros

los leones castellanos.
¡Qué diablo! Y no han de poder

lo que pretenden lograr,
pues todos son a mandar,

y ninguno a obedecer.
Ya no hay lazos que les aten,

no hay leyes que les contengan;
éstos de aquéllos se vengán,

los otros y éstos se batén.
Yo les grité: «Sois hermanos,

bajo un mismo sol nacidos;
mas no me dieron oídos,

y vinieron a las manos.
Me afané por su concordia;

mas sobre mí dieron luego,
guerreándome a sangre y fuego

la colérica Discordia,
y el Hambre descolorida,

y la Ambición de oro hinchada,
y la Traición enmascarada,

y la Envidia carcomida.
Y por doquier me asaltaban,

por doquier me perseguían,
y alguna vez me adulaban,

y traidores me vendían.

Yo, sostener no pudiendo
 contra tantos tan vil guerra,
 abandoné al fin la tierra,
 y hasta aquí me vine huyendo.

EL GENIO DE LA PAZ. ¡Ay, infeliz cam-
 [pesino!
 Y hasta tus pies te vendieron
 cuando hoy emprender te hicieron
 de este lugar el camino.

De la guerra huyendo vas
 la doblez y la malicia,
 y por tu propia impericia
 dentro de su alcázar das;

LA BUENA FE. ¿Esto es su alcázar?
 EL GENIO DE LA PAZ. Esto es.

Y aquí es fuerza, desdichado,
 que te encadene a mi lado
 si no te salvan los pies.

LA BUENA FE. Huye conmigo.
 EL GENIO DE LA PAZ. No puedo,
 que me atan estas cadenas.

LA BUENA FE. En ese caso tus penas
 contigo a llorar me quedo.

EL GENIO DE LA PAZ. Y te asirán.
 LA BUENA FE. ¿Qué remedio?

Los hombres me llaman tonto,
 y a todo me encuentro pronto,
 si no por virtud, por tedio.

EL GENIO DE LA PAZ. Huye, por Dios,
 [y yo sola
 llore la desdicha mía.

LA BUENA FE. ¿Sin tí?, no; renegaría
 de mi buena fe española.
 Contigo me he de salvar,

o me he de quedar contigo.
 EL GENIO DE LA PAZ. Huye, labrador,
 [te digo,

LA BUENA FE. Es inútil porfiar.
 EL GENIO DE LA PAZ. ¡En todo con
 [poco tino

ha de obrar la Buena Fe!
 LA BUENA FE. Pues de ambos a dos
 [no sé

quién tomó peor camino.
 Que si con sana intención
 doquier hallarte deseo,
 a fe que ahora que te veo,
 te hallo en buena situación.

EL GENIO DE LA PAZ. Tórnate a España.

LA BUENA FE. No haré:
 de donde la Paz emigra,
 o muchísimo peligra,
 o estorba la Buena Fe.

EL TIEMPO (*levantándose del lecho*).
 Errado vas, buen villano,
 y tu ruda terquedad
 muestra bien claro, en verdad,
 tu honradez de castellano.

LA BUENA FE. ¡Hola! ¿El viejo nos oía,
 y creí que reposaba?

EL TIEMPO. Todo en el Tiempo se
 [graba,
 todo lo escucha y lo espía.

Nada a mis ojos se esconde;
 nadie hay que en mi contra arguya,
 ni hay nada que no concluya
 allí do le corresponde.

Y así como mi guadaña
 calmó lides más impías,
 yo haré que en muy breves días
 calme las lides de España.

LA BUENA FE. El remedio es como tuyo;
 sin duda, ¡viejo feroz!

tú dices: meto mi hoz
 a ciegas, siego, y concluyo.

Y siempre que haces alarde
 de tu poder, he advertido,
 que al mal a que has acudido,
 acudiste siempre tarde.

EL TIEMPO. Un poder más soberano
 guía mi mano, labriego,
 y yo le consagro, ciego,
 todo el poder de mi mano.

Y éste jamás se equivoca
 ni se distrae, ni alucina;
 que es quien los astros calcina
 con el soplo de su boca.

LA BUENA FE. ¡Bah! ¿Quieres salvar a
 [España

y con tal calma te estás!
 ¿Mas tú? ¿Pues la dejarás
 soberbia con tu guadaña!

EL TIEMPO. Como quien eres replicas,
 LA BUENA FE. Lo que sentí siempre
 [hablé,

EL TIEMPO. Pues oye bien, Buena Fe,
 con quien es con quien platicas,
 Yo antes que el cielo y que la luz nací;

la negra eternidad mi madre fué:
 ileso lo pasado vive en mí,
 y penetrar en lo futuro sé.
 Yo las generaciones nacer ví;
 yo las generaciones enterré;
 y todo cuanto ha sido, es y será,
 puesto al alcance de mi mano está.

Yo consumo las fuerzas del león:
 yo carcomo los bordes de la mar:
 yo mino el pie del colosal peñón:
 yo desplomo la encina secular:
 yo marco a las edades división:
 yo puedo las arenas numerar:
 yo doy a cuanto a luz puede salir
 lugar en qué nacer y en qué morir.

Yo el giro de los astros señalé:
 yo vida débil a las flores di:
 yo arraigo el árbol que morir las ve:
 yo inspiro al ave que se anida allí.
 Yo hago al gusano que le roa el pie,
 y yo, que la existencia les medí,
 de ave y gusano y flor y árbol al par,
 siento el soplo y la savia circular.

Yo cuento las escamas al reptil:
 para saber los años que vivió:
 cuento a la tierra sus grietas mil:
 para saber el jugo que perdió;
 y las plumas al pájaro gentil,
 y a la araña los hilos que tejó,
 y sus conchas le cuento al mar azul
 y sus hojas al cárdano abedul.

Yo juego con el mundo universal
 trastornando a placer cuanto hay en él:
 yo hago jardín el árido arenal,
 y torno en lago fétido el vergel.
 Yo arrasé el Paraíso terrenal:
 yo desmonté las piedras de Babel,
 y amontoné nación sobre nación
 para esparcir en polvo su montón.

Ya sabes lo que puedo y lo que soy:
 escucha, pues, lo que escondido está

(Señalando al relé de arena.)

bajo esos granos que contando voy
 y un vaso en otro trasegando va.
 Cuando la vuelta a ese arenero doy,
 con él la vuelta la centuria da;
 y cuando en él la arena entre al revés,
 será España feliz.

LA BUENA FE (con oportunidad).

Vuélveve, pues,
 EL TIEMPO. No; faltan granos que pa-
 [sar aún:

faltan días aún de división;
 mas pronto formará masa común
 la arena en sólo un vaso y un montón,
 y vuestras horas cambiarán, según
 y los granos cambiarán de situación,
 hasta que radie bajo el real dosel
 la coronada frente de Isabel.

EL GENIO DE LA PAZ. Y entretanto los
 [pueblos arderán
 en lid sangrienta sin honor y prez.

LA BUENA FE. Y al incauto español su
 [presa harán
 la pérdida ambición y la doblez.

EL TIEMPO. Su nobleza y su fe les sal-
 [varán,
 y os abrirán los brazos otra vez,
 y tranquilo otra vez se alzará el sol.

por cuanto abarca el ámbito español.
 LA BUENA FE. Buena esperanza, mas
 [¡a buena hora!

EL TIEMPO. Ten confianza en mí.
 LA BUENA FE. Despacio va.

LA NINFA ECO (dentro). ¡Ah!
 LA BUENA FE. ¿Eh? ¿Qué hace aquí esa
 [voz remedadora?

ECO (dentro). Lloro.
 LA BUENA FE. ¡Calla! ¿Y quién llora
 [entre el peñaseo hueco?

ECO (dentro). Eco.
 EL GENIO DE LA PAZ. ¿Eco? ¿También
 [tal vez huyendo va?

ECO (dentro). Va.
 EL TIEMPO. Es Eco, esa ninfa loca,
 que gimie de roca en roca.

EL GENIO DE LA PAZ. Bien llegada hasta
 aunque pese a su pie audaz.

EL TIEMPO. Sólo en repetir se emplea
 lo que es de aprender capaz.
 LA NINFA ECO. Paz. (Saliedo.)

EL TIEMPO. Esa es quien verte desea.
 ECO. Sea.

Y por doquier
 que adquiere
 en alguna
 EL GENIO DE LA PAZ.

ESCENA V

EL TIEMPO, que mira indiferente caer la arena de su reloj; EL GENIO DE LA PAZ, LA BUENA FE; LA NIÑA ECO.

EL GENIO DE LA PAZ. ¿Cómo en lugar [tan horrendo

penetrar osaste?

ECO. Huyendo.

EL GENIO DE LA PAZ. ¿Y sobre qué tierra extraña

dejas tu albergue?

ECO. En España.

EL GENIO DE LA PAZ. ¡Todos la huyen! [¡Ay de mí!

ECO. ¡Ay de mí!

EL GENIO DE LA PAZ. ¡Todos la dejan [así!

ECO. Sí.

LA BUENA FE. Bizarramente contesta: mas a mí, si no te ofende, ¿me darás una respuesta?

ECO. Presta.

LA BUENA FE. Saber, pues, mi afán [pretende lo que pasa en nuestra tierra.

ECO. Aterra.

LA BUENA FE. Habla, pues, mas dilo [todo en el lenguaje y el modo en que Castilla lo entiende.

ECO. Pnes atiende.

Yo el Eco soy que domina de España a todos los ecos, que habitan entre los huecos de su tierra desigual; y ninfa joven y libre, y juguetona y risueña, repito de peña en peña cuanto escucho bien y mal.

Yo en la soledad del monte al resplandor de la luna, las notas una por una; remedo de su rumor; el murmullo de las hojas, el gotear de la fuente, y el susurro impertinente del insecto zumbador.

Y en remedar me divierto por los valles a deshora, de la bella labradora los suspirillos de amor; y en imitar me complazco, entre los ásperos cerros, el ladrido de los perros y el silbar del cazador.

Así la vida me paso embebecida y contenta, escuchando siempre atenta cuanto suena en derredor, y me halagan igualmente, de la noche entre el misterio, de los monjes el salterio y la gaita del pastor.

Así he vagado tranquila desde una a otra montaña de la deliciosa España por el suelo encantador; hasta que el aire aromado de su fructífera tierra, llenó el genio de la guerra con su salvaje clamor.

De entonces fué mi destino, cambiándose de repente, volver incesantemente el redoble del tambor, y el gemir del moribundo, y el crujir de la batalla, y el silbar de la metralla y el clarín del vencedor.

Poco a poco, el estampido de los cóncavos cañones que hundían los murallones con temeroso fragor, ensordeció a mis hermanas, que con tan ciega fortuna, en sus grutas una a una espiraron de temor.

Yo sólo quedé, y errante busqué en las chozas asilo, y bajo el hogar tranquilo del sencillo labrador: mas palmo a palmo la tierra me hicieron perder huyendo, mis guaridas invadiendo en tropel devastador.

De Cataluña en los riscos

creí que me salvaría,
mas cercados los tenía
somatén atronador;
huí donde orla de rósas
Guadalquivir su ancha orilla;
mas, ¡ay!, también en Sevilla
combatían con furor.

Entonces tendí los ojos
por la sangrienta campaña,
y sólo aves de rapiña
sobre ella cernirse vi:
y hallándome sin un hueco
donde murmurar en calma,
llena de pesar el alma
dejé el suelo en que nací.

EL GENIO DE LA PAZ. ¿No queda, pues,
[un pedazo
de ese mísero terreno
de desolación ajeno?

ECO. Todas son lides allí.

LA BUENA FE. ¿Qué tal? ¡Y ese viejo
[estúpido
nos auguraba venturas!

EL GENIO DE LA PAZ. Todo el campo en
[sepulturas
se habrá tornado, ¡ay de mí!

ECO. ¡Ay de mí!

LA BUENA FE (al Tiempo). ¿Lo ves? Ya
[todo la guerra
lo atropella y lo trastorna:
¡y tú aquí con tanta sorna
sin acudirnos te estás!
¿No decías que el remedio
tenías ahí en la mano?

EL TIEMPO. Espero el último grano.

LA BUENA FE. ¡Que caerá tarde quizás!

EL TIEMPO. Caerá cuando tiempo sea.

LA BUENA FE. ¡Pardiez!, y en tiempo
[oportuno.

Cuando no quede hombre alguno
(Ruido dentro y lejano.)
de la ventura capaz.

EL GENIO DE LA PAZ. Silencio. ¿No oís?..

EL GENIO DE LA GUERRA (dentro). ¡Vic-
[toria!

ECO (como volviendo el sonido). ¡Victoria!

LA BUENA FE. ¿A qué alzas tú el grito?

ECO. Es que cuanto oigo repito.

LA BUENA FE. Tu costumbre montaraz.

ECO. Tal es mi naturaleza:
mas el rumor se aproxima.
(La Paz, Eco y Buena Fe, escuchan con
ansiedad, y muestran cada vez más
pavor.)

LA BUENA FE. Ruego al cielo que re-
[prima
lo sonoro de tu voz.

EL GENIO DE LA PAZ. ¡Es el genio de la
[Guerra!

LA BUENA FE. ¡Es el Averno que se
[abre! (Con miedo.)

EL GENIO DE LA PAZ. Fuerza es que
[tumba nos labre
en su victoria feroz.

EL GENIO DE LA GUERRA (dentro). ¡Vic-
[toria!

EL GENIO DE LA PAZ. El trance postrero
para nosotros llegó.

EL TIEMPO (volviendo al lecho). Yo aquí
[indiferente espero.

LA BUENA FE. ¡Y yo tiemblo!

EL GENIO DE LA PAZ. Y yo.

ECO. Y yo.

(El genio de la Paz, inclinando la cabeza
sobre el pecho, manifiesta el más pro-
fundo abatimiento. La ninfa Eco se gua-
rece de una gruta, nicho u otra cual-
quiera abertura proyectada a la izquierda.
La Buena Fe se acoge junto al lecho del
Tiempo.)

ESCENA VI

EL GENIO DE LA PAZ, EL TIEMPO, LA
BUENA FE, ECO, oculta; EL GENIO
DE LA GUERRA, seguido de los otros
Genios secuaces suyos.

EL GENIO DE LA GUERRA. Así: que vues-
[tro
[vuestros gritos de victoria

la cavidad de mi recinto atruenen,
y las hojas del árbol de mi gloria
a vuestra voz estremecidas suenen.
Tejedme de laurel doble corona,
cuya sacra verdura inmarcesible
hasta el rayo de Júpiter perdona,
prestándonos valor irresistible.
Lejos de aquí las de aromosos ramos

del arrayán de Venus, que cautiva
de amor el corazón; nunca ciñamos
encina verde ni jugosa oliva.

El laurel nada más, que es lo que toca
a quien con su valor domó la tierra:
laurel que arraiga en la escarpada roca
al dintel del alcázar de la guerra.

Y tú, de serenatas y festines
genio, entre la molicie envilecido,
yace ahí, mientras tienen mis clarines
el aire de tu España ensordecido.

Yace mientras agita la discordia
su fiera población: llorando queda,
mientras caen tus olivas de concordia
de mi carro triunfal bajo la rueda.

ECO. Rueda.

EL GENIO DE LA GUERRA. ¿Quién reme-
[da mi voz bajo ese hueco?

ECO. Eco.

EL GENIO DE LA GUERRA. Esa audacia,
[por Hércules!, me admira.

ECO. Mira.

EL GENIO DE LA GUERRA. Arrastrad a
[mis plantas a quien sea.

ECO. Sea.

(Los genios sacan a la ninfa Eco.)

EL GENIO DE LA GUERRA. ¿Quién eres tú?

ECO. De hoy más soy tu cautiva.

El eco soy de la infeliz España,
a quien traen tus combates fugitiva
de montaña en montaña.

EL GENIO DE LA GUERRA. ¿Y quién te
[trajo aquí?

ECO. Mi pie extraviado.

EL GENIO DE LA GUERRA. Reconozco la
[mano del destino
que me quiere dejar de ti vengado.

Yo por los campos con afán corría
de España; a lid sus pueblos convocaba,
y tan sólo mi voz se obedecía
en el círculo escaso en que sonaba.

¿Y eras tú quien mi voz entorpecía
porque mi ronca voz te amedrentaba,
porque tu eco mi voz no repetía
y en tus mudas cavernas expiraba?

Pues bien; de tu traición y tu malicia
el vengarme a mi vez será justicia.
Atadla allí también con nudo recio,
y que mueran las dos.

LA BUENA FE. Son dos mujeres,
Señor, [las diosas y los]

EL GENIO DE LA GUERRA. ¿Otro extran-
[jero? ¿Y tú, quién eres?

LA BUENA FE. Yo... soy... la Buena Fe.

EL GENIO DE LA GUERRA. Por eso, ne-
[cio,
perdón para los otros solicitas

cuando al par para ti lo necesitas,
pues que las tiende tu amistad la mano.

LA BUENA FE. Es cierto; yo jamás men-
[tí, villano.

EL GENIO DE LA GUERRA. Bien; paga-
[reis los tres al mismo precio:
mueran sin compasión.

EL TIEMPO. Tente, tirano.

EL GENIO DE LA GUERRA. Fuera, estú-
[pido viejo, aparta ahora
y cuenta sus instantes postrimeros.

EL TIEMPO. ¿Ni aún tu ira calma la
[mujer que llora?

¿Qué te harán esos pobres prisioneros?
¿Rendidos no los ves bajo tu planta?
¿Qué podrán estorbarte, si les dejas
con el dogal atado a la garganta?

EL GENIO DE LA GUERRA. Excusa, an-
[ciano impertinente, quejas:

mis enemigos son; y si que vivan
dejo, y te imitan en tu porte ambiguo,
tal vez mañana libertad reciban
y vuelvan otra vez al daño antiguo.

EL TIEMPO. Escucha, pues.

EL GENIO DE LA GUERRA. Aparta, nada
[escucho.

EL TIEMPO. Repara que es el Tiempo
[poderoso.

EL GENIO DE LA GUERRA. ¿Quién más
[que yo?

EL TIEMPO. Quien menos orgulloso
blasona poco, pero alcanza mucho.

EL GENIO DE LA GUERRA. Inútil bra-
[vear. Yo sólo quiero
el orbe dominar; y a España toda

de mi parte tener, que al orbe entero
prefiero el germen de su sangre goda;
sí, este sol de la Paz es el postrero.

EL TIEMPO. Piénsalo bien y al Tiempo
[te acomoda.

EL GENIO DE LA GUERRA. Quiero ser
[solo, y morirá sin duda
por más que el Tiempo a su socorro acuda.

EL TIEMPO. Mira que avanza de su
[triumfo el día.

EL GENIO DE LA GUERRA. Su triunfo a
[detener basta mi mano.

EL TIEMPO. Puede esa arena acelerar
la mía.

EL GENIO DE LA GUERRA. No caer debe
[hasta el postrero grano;
y quedan los de un año todavía.

EL TIEMPO. Tal vez no.

EL GENIO DE LA GUERRA. ¿Me provo-
[cas?

EL TIEMPO. La cabeza
respetada de la Paz.

EL GENIO DE LA GUERRA. Ruegas en
[vano.

EL TIEMPO. No puedo con tan torpe
[villanía:
ríndeme, vil, tu bárbara fiera:

suprimo ese año en que tu rabia fia;

MIRA, EL REINADO DE ISABEL EMPIEZA.

(El tiempo vuelve su reloj de arena.)

ESCENA ÚLTIMA

Cambia la decoración en deliciosos jardines en el
alcázar de la Paz. El laurel a que ésta se halla
atada, se cambia en una oliva, y abriéndose en el
fondo un vistoso grupo de vapores, aparece el re-
trato de S. M. Doña Isabel II con cetro y corona.

EL GENIO DE LA PAZ. Genio de sangre
[y lides nunca sacio,
dobla a mis plantas la cerviz altiva.

EL GENIO DE LA GUERRA. ¿Qué es esto?
[¿Dónde estoy?

EL GENIO DE LA PAZ. En mi palacio.

EL GENIO DE LA GUERRA. ¿Qué árbol
[es éste?

EL GENIO DE LA PAZ. De la Paz la oliva.

EL GENIO DE LA GUERRA. ¡Cielos!

EL GENIO DE LA PAZ. Pasó de un punto
[en el espacio

a ser señora la que fué cautiva.

EL GENIO DE LA GUERRA. ¿Y ese es
[plendor que tu palacio inunda?

EL GENIO DE LA PAZ. Es la sonrisa de
[Isabel Segunda.

EL TIEMPO. Es Isabel, quien tu furor
[confunde;

quien tu brazo rindió jamás vencido,
quien las delicias de la paz difunde
desde el augusto solio a que ha subido.
Esa es por quien mi mano un año hunde
en la lóbrega sima del olvido,
librando así de tu sangrienta saña
la dulce Paz de la turbada España.

EL GENIO DE LA PAZ. Sí, me rinde la
[luz de su semblante:

su tierna edad y su inocencia pura
esclavizan mi espíritu arrogante,
que esclavo es el valor de la hermosura.
Ruede a sus pies mi escudo rutilante,
caiga rota a sus pies mi lanza dura:
séparse al fin que en la española tierra
sabe ceder a la razón la Guerra.

EL TIEMPO. Y yo el Tiempo a los dos
[sabré marcar,
y entre los dos igual le partiré.

Yo sabré tu laurel inmarchitar,
yo tu oliva feraz fecundaré.

Yo sabré tu valor utilizar;
yo tus frutos doquier propagaré,
y ambos a dos unidos, su cerviz
podrá España elevar libre y feliz.

(La Paz y la Guerra se dan la mano.)

EL GENIO DE LA PAZ. Yo llenaré sus
[campos de verdor;

yo cubriré de naves su ancho mar:
yo inspiraré a los vicios noble horror:
yo haré la ciencia y el trabajo amar:
yo a la ley y a las artes daré honor:
yo haré la religión con fe mirar;
yo haré de España con el tiempo, en fin,
de gloria y de placer, templo y jardín.

EL GENIO DE LA GUERRA. Yo guardaré
[su campo al labrador,

yo haré sus leyes santas respetar:
yo daré a sus ejércitos valor:
yo les haré vencer en tierra y mar:
yo con mi escudo guardaré su honor:
yo haré el nombre español reverenciar,
y su rojo pendón llevaré, en fin,
de uno en otro recóndito confín.

DON JUAN TENORIO

DRAMA RELIGIOSO FANTÁSTICO EN DOS PARTES ²⁰

AL SEÑOR

DON FRANCISCO LUIS DE VALLEJO

EN PRENDA DE BUENA MEMORIA,
SU MEJOR AMIGO

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, marzo de 1844.

PERSONAS

DON JUAN TENORIO.
DON LUIS MEJÍA.
DON GONZALO DE ULLOA, comendador
de Calatrava.
DON DIEGO TENORIO.
DOÑA INÉS DE ULLOA.
DOÑA ANA DE PANTOJA.
CRISTÓFANO BUTTARELLI.
MARCOS CIUTTI.
BRIGIDA.
PASCUAL.
EL CAPITÁN CENTELLAS.
DON RAFAEL DE AVELLANEDA.

LUCÍA.
LA ABADESA DE LAS CALATRAVAS DE SEVILLA.
LA TORNERA DE IDEM.
GASTÓN.
MIGUEL.
UN ESCULTOR.
DOS ALGUACILES.
UN PAJE (que no habla).
LA ESTATUA DE DON GONZALO (el mismo).
LA SOMBRA DE DOÑA INÉS (ella misma).
CABALLEROS SEVILLANOS, ENCUBIERTOS, CU-
RIOSOS, ESQUELETOS, ESTATUAS, ÁNGELES,
SOMBRA, JUSTICIA Y PUEBLO.

La acción en Sevilla por los años de 1545, últimos del emperador Carlos V. Los cuatro primeros actos pasan en una sola noche. Los tres restantes, cinco años después, y en otra noche.

PORTE PRIMERA

ACTO PRIMERO

LIBERTINAJE Y ESCÁNDALO

Hostería de Cristóforo Buttarelli. — Puerta en el fondo que da a la calle: mesas, jarros y demás utensilios propios de semejante lugar.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, con antifaz, sentado a una mesa escribiendo; BUTTARELLI y CIUTTI,

a un lado esperando. Al levantarse el telón, se ven pasar por la puerta del fondo Máscaras, Estudiantes y Pueblo con hachones, músicas, etc.

JUAN. ¡Cuál gritan esos malditos!
Pero, ¡mal rayo me parta
si en concluyendo la carta
no pagan caros sus gritos!

(Sigue escribiendo.)

BUTT. (a Ciutti). Buen carnaval.
CIUT. (a Buttarelli). Buen agosto
para rellenar la arquilla.
BUTT. ¡Quia! Corre ahora por Sevilla

poco gusto y mucho mosto.
Ni caen aquí buenos peces,
que son cosas mal miradas
por gentes acomodadas
y atropelladas a veces.

CIUT. Pero hoy...

BUTT. Hoy no entra en la cuenta,
Ciutti: se ha hecho buen trabajo.

CIUT. ¡Chist! Habla un poco más bajo,
que mi señor se impacienta
pronto.

BUTT. ¿A su servicio estás?

CIUT. Ya ha un año.

BUTT. ¿Y qué tal te sale?

CIUT. No hay prior que se me iguale;
tengo cuanto quiero, y más.

Tiempo libre, bolsa llena,
buenas mozas y buen vino.

BUTT. ¡Cuerpo de tal, qué destino!

CIUT. (señalando a don Juan). Y todo
[ello a costa ajena.

BUTT. ¿Rico, eh?

CIUT. Varea la plata.

BUTT. ¿Franco?

CIUT. Como un estudiante.

BUTT. ¿Y noble?

CIUT. Como un infante.

BUTT. ¿Y bravo?

CIUT. Como un pirata.

BUTT. ¿Español?

CIUT. Creo que sí.

BUTT. ¿Su nombre?

CIUT. Lo ignoro en suma.

BUTT. ¡Bribón! ¿Y dónde va?

CIUT. Aquí.

BUTT. Largo plumea.

CIUT. Es gran pluma.

BUTT. ¿Y a quién mil diablos escribe
tan cuidadoso y prolijo?

CIUT. A su padre.

BUTT. ¡Vaya un hijo!

CIUT. Para el tiempo en que se vive,
es un hombre extraordinario.

Mas silencio.

JUAN (cerrando la carta). Firmo y plego.

¿Ciutti?

CIUT. ¿Señor?

JUAN. Este pliego
irá dentro del orario

en que reza doña Inés
a sus manos a parar.

CIUT. ¿Hay respuesta que aguardar?

JUAN. De el diablo con guardapiés

que la asiste, de su dueña,

que mis instrucciones sabe,

recogerás una llave,

una hora y una seña;

y más ligero que el viento

aquí otra vez.

CIUT. Bien está. (Vase.)

ESCENA II

DON JUAN, BUTTARELLI

JUAN. Cristófano, vieni qua

BUTT. Eccellenza!

JUAN. Sentí.

BUTT. Sento.

Ma ho imparato il castigliano,

se è più facile al signor

la sua lingua...

JUAN. Sí, es mejor;

lascia dunque il tuo toscano,

y dime: ¿don Luis Mejía

ha venido hoy?

BUTT. Excelencia,

no está en Sevilla.

JUAN. ¿Su ausencia

dura en verdad todavía?

BUTT. Tal creo.

JUAN. ¿Y noticia alguna

no tienes de él?

BUTT. ¡Ah! Una historia

me viene ahora a la memoria

que os podrá dar...

JUAN. ¿Oportuna

luz sobre el caso?

BUTT. Tal vez.

JUAN. Habla, pues.

BUTT. (hablando consigo mismo). No, no
[me engaño:

esta noche cumple el año,

lo había olvidado.

JUAN. ¡Pardiez!

¿Acabarás con tu cuento?

BUTT. Perdonad, señor: estaba

recordando el hecho.

JUAN. ¡Acaba, vive Dios!, que me impaciento.

BUTT. Pues es el caso, señor, que el caballero Mejía por quien preguntáis, dió un día en la ocurrencia peor que ocurrírsele podía.

JUAN. Suprime lo al hecho extraño; que apostaron me es notorio a quien haría en un año, con más fortuna, más daño, Luis Mejía y Juan Tenorio.

BUTT. ¿La historia sabéis?
JUAN. Entera; por eso te he preguntado por Mejía.

BUTT. ¡Oh! Me pluguiera que la apuesta se cumpliera, que pagan bien y al contado.

JUAN. ¿Y no tienes confianza en que don Luis a esta cita acuda?

BUTT. ¡Quia! Ni esperanza: el fin del plazo se avanza, y estoy cierto que maldita la memoria que ninguno guarda de ello.

JUAN. Basta ya. Toma.

BUTT. ¡Excelencial! *(Saluda profundamente)* ¿Y de alguno de ellos sabéis vos?

JUAN. Quizá.
BUTT. ¿Vendrán, pues?

JUAN. Al menos uno; mas por si acaso los dos dirigen aquí sus huellas el uno del otro en pos, tus dos mejores botellas prevénelas.

BUTT. Mas...
JUAN. ¡Chito!... Adiós.

ESCENA III

BUTTARELLI

¡Santa Madonna! De vuelta Mejía y Tenorio están

sin duda... y recogerán los dos la palabra suelta.

¡Oh!, sí; ese hombre tiene traza de saberlo a fondo. *(Ruido dentro.)* ¿Pero qué es esto? *(Se asoma a la puerta.)*

¡Anda! ¡El forastero está riñendo en la plaza! ¡Válgame Dios! ¡Qué bullicio! ¡Cómo se le arremolina chusma...! ¡Y cómo la acoquina él solo...! ¡Puf! ¡Qué estropicio! ¡Cuán corren delante de él! No hay duda, están en Castilla los dos, y anda ya Sevilla toda revuelta. ¡Miguel!

ESCENA IV

BUTTARELLI, MIGUEL

MIG. Che comanda?

BUTT. Presto qui servi una tavola, amico: e del Lacryma più antico porta due bottiglie.

MIG. Sì, signor padron.

BUTT. Micheletto, apparechia in carità lo più ricco que si fa: affrettati!

MIG. Già mi affretto, signor padrone. *(Vase.)*

ESCENA V

BUTTARELLI, DON GONZALO

GONZ. Aquí es. ¿Patrón?

BUTT. ¿Qué se ofrece?

GONZ. Quiero hablar con el hostelero.

BUTT. Con él habláis; decid, pues.

GONZ. ¿Sois vos?

BUTT. Sí; mas despachad, que estoy de priesa.

GONZ. En tal caso,

ved si es cabal y de paso esa dobla, y contestad.

BUTT. ¡Oh, excelencia!

GONZ. ¿Conocéis a don Juan Tenorio?

BUTT. Sí.

GONZ. ¿Y es cierto que tiene aquí hoy una cita?

BUTT. ¡Oh! ¿Seréis vos el otro?

GONZ. ¿Quién?

BUTT. Don Luis.

GONZ. No; pero estar me interesa en su entrevista.

BUTT. Esta mesa les preparo; si os servís en esotra colocaros, podréis presenciar la cena que les daré... ¡Oh! Será escena que espero que ha de admiraros.

GONZ. Lo creo.

BUTT. Son, sin disputa, los dos mozos más gentiles de España.

GONZ. Sí, y los más viles también.

BUTT. ¡Bah! Se les imputa cuanto malo se hace hoy día; mas la malicia lo inventa, pues nadie paga su cuenta como Tenorio y Mejía.

GONZ. ¡Yal!

BUTT. Es afán de murmurar, porque conmigo, señor, ninguno lo hace mejor, y bien lo puedo jurar.

GONZ. No es necesario; mas...

BUTT. ¿Qué?

GONZ. Quisiera yo ocultamente verlos, y sin que la gente me reconociera.

BUTT. A fe que eso es muy fácil, señor. Las fiestas de carnaval, al hombre más principal permiten, sin deshonra de su linaje, servirse de un antifaz, y bajo él,

¿quién sabe, hasta descubrirse, de qué carne es el pastel?

GONZ. Mejor fuera en aposento contigo...

BUTT. Ninguno cae aquí.

GONZ. Pues entonces, trae el antifaz.

BUTT. Al momento.

ESCENA VI

DON GONZALO

No cabe en mi corazón que tal hombre pueda haber,

y no quiero comer con él una sinrazón.

Yo mismo indagar prefiero la verdad... mas, a ser cierta

la apuesta, primero muerta que esposa suya la quiero.

No hay en la tierra interés que, si la daña, me cuadre;

primero seré buen padre, buen caballero después.

Enlace es de gran ventaja, mas no quiero que Tenorio

del velo del desposorio la recorte una mortaja.

ESCENA VII

DON GONZALO; BUTTARELLI, que trae un antifaz

BUTT. Ya está aquí.

GONZ. Gracias, patrón: ¿tardarán mucho en llegar?

BUTT. Si vienen, no han de tardar: cerca de las ocho son.

GONZ. ¿Esa es hora señalada?

BUTT. Cierra el plazo, y es asunto de perder, quien no esté a punto de la primer campanada.

GONZ. Quiera Dios que sea una chanza, y no lo que se murmura.

BUTT. No tengo aún por muy segura de que cumplan, la esperanza;

pero si tanto os importa lo que ello sea saber, pues la hora está al caer, la dilación es ya corta.

GONZ. Cúbrome, pues, y me siento.
(*Se sienta en una mesa a la derecha y se pone el antifaz.*)

BUTT. (Curioso el viejo me tiene del misterio con que viene... Y no me quedo contento hasta saber quién es él.)

(*Limpia y trajina, mirándole de reojo.*)

GONZ. (Que un hombre como yo tenga que esperar aquí, y se avenga con semejante papel! En fin, me importa el sosiego de mi casa, y la ventura de una hija sencilla y pura, y no es para echarlo a juego.)

ESCENA VIII

DON GONZALO, BUTTARELLI; DON DIEGO, a la puerta del fondo

DIEGO. La seña está terminante, aquí es: bien me han informado; llego, pues.

BUTT. ¿Otro embozado?

DIEGO. ¿Ha de esta casa?

BUTT. Adelante.

DIEGO. ¿La hostería del Laurel?

BUTT. En ella estáis, caballero.

DIEGO. ¿Está en casa el hostelero?

BUTT. Estáis hablando con él.

DIEGO. ¿Sois vos Buttarelli?

BUTT. Yo.

DIEGO. ¿Es verdad que hoy tiene aquí Tenorio una cita?

BUTT. Sí.

DIEGO. ¿Y ha acudido a ella?

BUTT. No.

DIEGO. ¿Pero acudirá?

BUTT. No sé.

DIEGO. ¿Le esperáis vos?

BUTT. Por si acaso venir le place.

DIEGO. En tal caso, yo también le esperaré.
(*Se sienta en el lado opuesto a don Gonzalo.*)

BUTT. ¿Que os sirva vianda alguna queréis mientras?

DIEGO. No: tomad. (*Dale dinero.*)

BUTT. ¡Excelencia!

DIEGO. Y excusad conversación importuna.

BUTT. Perdonad.

DIEGO. Vais perdonado: dejadme, pues.

BUTT. (¡Jesucristo!

En toda mi vida he visto hombre más mal humorado.)

DIEGO. (¡Que un hombre de mi linaje descienda a tan ruin mansión!

Pero no hay humillación a que un padre no se baje

por un hijo. Quiero ver por mis ojos la verdad

y el monstruo de liviandad a quien pude dar el ser.)

(*Buttarelli, que anda arreglando sus trastos, contempla desde el fondo a don Gonzalo y a don Diego, que permanecerán embozados y en silencio.*)

BUTT. ¡Vaya un par de hombres de [piedra!

Para éstos sobra mi abasto: mas, ¡pardiez!, pagan el gasto que no hacen, y así se medra.

ESCENA IX

BUTTARELLI, DON GONZALO, DON DIEGO, el capitán CENTELLAS, dos Caballeros, AVELLANEDA.

AVELL. Vinieron, y os aseguro que se efectuará la apuesta.

CENT. Entremos, pues. ¡Buttarelli!

BUTT. Señor capitán Centellas, ¿vos por aquí?

CENT. Sí, Cristóforo.

¿Cuándo aquí sin mi presencia tuvieron lugar las orgías que han hecho raya en la época?

BUTT. Como ha tanto tiempo ya que no os he visto...

CENT. Las guerras del emperador, a Túnez

me llevaron; mas mi hacienda me vuelve a traer a Sevilla; y, según lo que me cuentan, llego lo más a propósito para renovar añejas amistades. Conque apróntanos luego unas cuantas botellas, y en tanto que humedecemos la garganta, verdadera relación haznos de un lance sobre el cual hay controversia.

BUTT. Todo se andará, mas antes dejadme ir a la bodega.

VARIOS. Sí, sí.

ESCENA X

DICHOS, *menos BUTTARELLI*

CENT. Sentarse, señores y que siga Avellaneda con la historia de don Luis.

AVELL. No hay ya más que decir de [ella]. sino que creo imposible que la de Tenorio sea más endiablada, y que apuesto por don Luis.

CENT. Acaso pierdas. Don Juan Tenorio, se sabe que es la más mala cabeza del orbe, y no hubo hombre alguno que aventajarle pudiera con sólo su inclinación; ¿conque qué hará si se empeña?

AVELL. Pues yo sé bien que Mejía las ha hecho tales, que a ciegas se puede apostar por él.

CENT. Pues el capitán Centellas pone por don Juan Tenorio cuanto tiene.

AVELL. Pues se acepta por don Luis, que es muy mi amigo.

CENT. Pues todo en contra se arriesga; porque no hay como Tenorio otro hombre sobre la tierra, y es proverbial su fortuna y extremadas sus empresas.

ESCENA XI

DICHOS, BUTTARELLI *con botellas*

BUTT. Aquí hay Falerno, Borgoña, Sorrento.

CENT. De lo que quieras, sirve, Cristófano, y dinos: ¿qué hay de cierto en una apuesta por don Juan Tenorio ha un año y don Luis Mejía hecha?

BUTT. Señor capitán, no sé tan a fondo la materia, que os pueda sacar de dudas, pero diré lo que sepa.

VARIOS. Habla, habla.

BUTT. Yo, la verdad, aunque fué en mi casa mesma la cuestión entre ambos, como pusieron tan larga fecha a su plazo, creí siempre que nunca a efecto viniera; así es, que ni aun me acordaba de tal cosa a la hora de ésta. Mas esta tarde, sería el anochecer apenas, entróse aquí un caballero pidiéndome que le diera recado con que escribir una carta: y a sus letras atento no más, me dió tiempo que a charla metiera con un paje que traía, paisano mío, de Génova. No saqué nada del paje, que es, por Dios, muy brava pesca; mas cuando su amo acababa su carta, le envió con ella a quien iba dirigida: el caballero, en mi lengua me habló, y me pidió noticias de don Luis. Dijo que entera sabía de ambos la historia, y que tenía certeza de que al menos uno de ellos acudiría a la apuesta. Yo quise saber más de él, mas púsome dos monedas de oro en la mano, diciéndome

así, como a la deshecha:
 «Y por si acaso los dos
 al tiempo aplazado llegan,
 ten prevenidas para ambos
 tus dos mejores botellas.»
 Largóse sin decir más,
 y yo, atento a sus monedas,
 les puse en el mismo sitio
 donde apostaron, la mesa.
 Y vedla allí con dos sillas,
 dos copas y dos botellas.

AVELL. Pues señor, no hay que dudar;
 era don Luis.

CENT. Don Juan era.

AVELL. ¿Tú no le viste la cara?

BUTT. Si la traía cubierta
 con un antifaz.

CENT. Pero, hombre,
 ¿tú a los dos no les recuerdas?

¿O no sabes distinguir
 a las gentes por sus señas
 lo mismo que por sus caras?

BUTT. Pues confieso mi torpeza;
 no le supe conocer,

y lo procuré de veras.
 Pero silencio.

AVELL. ¿Qué pasa?

BUTT. A dar el reloj comienza
 los cuartos para las ocho. (Dan.)

CENT. Ved, ved la gente que se entra.

AVELL. Como que está de este lance
 curiosa Sevilla entera.

(Se oyen dar las ocho; varias personas
 entran y se reparten en silencio por la
 escena; al dar la última campanada,
 don Juan, con antifaz, se llega a la mesa
 que ha preparado Buttarelli en el centro
 del escenario, y se dispone a ocupar
 una de las dos sillas que están delante
 de ella. Inmediatamente después de él,
 entra don Luis, también con antifaz, y se
 dirige a la otra. Todos los miran.)

ESCENA XII

DON DIEGO, DON GONZALO, DON JUAN,
 DON LUIS, BUTTARELLI, CENTELLAS,
 AVELLANADA, Caballeros, Curiosos, En-
 mascarados.

AVELL. (a Centellas, por don Juan.)
 Verás aquél, si ellos vienen,
 qué buen chasco que se lleva.

CENT. (a Avellanada, por don Luis.)
 Pues allí va otro a ocupar
 la otra silla: ¡uff!, aquí es ella.

JUAN (a don Luis). Esa silla está com-
 [prada,
 hidalgo.

LUIS (a don Juan). Lo mismo digo,
 hidalgo; para un amigo
 tengo yo esotra pagada.

JUAN. Que ésta es mía haré notorio.
 LUIS. Y yo también que ésta es mía.

JUAN. Luego, sois don Luis Mejía.

LUIS. Seréis, pues, don Juan Tenorio.

JUAN. Puede ser.

LUIS. Vos lo decís.

JUAN. ¿No os fiáis?

LUIS. No.

JUAN. Yo tampoco.

LUIS. Pues no hagamos más el coco.

JUAN. Yo soy don Juan.

(Quitándose la máscara.)

LUIS. Yo don Luis. (Id.)

(Se descubren y se sientan. El capitán Cen-
 tellas, Avellanada, Buttarelli y algunos
 otros se van a ellos y les saludan, abra-
 zan y dan la mano, y hacen otras se-
 mejantes muestras de cariño y amistad.
 Don Juan y don Luis las aceptan cor-
 tésmente.)

CENT. ¡Don Juan!

AVELL. ¡Don Luis!

JUAN. ¡Caballeros!

LUIS. ¡Oh, amigos! ¿Qué dicha es ésta?

AVELL. Sabíamos vuestra apuesta,

y hemos acudido a veros.

LUIS. Don Juan y yo tal bondad

en mucho os agradecemos.

JUAN. El tiempo no malgastemos,

don Luis. (A los otros.) Sillas arriadas.

(A los que están lejos.)

Caballeros, yo supongo

que a ucedes también aquí

les trae la apuesta, y por mí

a antojo tal no me opongo.

LUIS. Ni yo; que aunque nada más

fué el empeño entre los dos,

no ha de decirse, por Dios, que me avergonzó jamás.

JUAN. Ni a mí, que el orbe es testigo de que hipócrita no soy, pues por doquiera que voy va el escándalo conmigo.

LUIS. ¡Eh! ¿Y esos dos no se llegan a escuchar? Vos.

(*Por don Diego y don Gonzalo.*)

DIEGO. Yo estoy bien.

LUIS. ¿Y vos?

GONZ. De aquí oigo también.

LUIS. Razón tendrán si se niegan.

(*Se sientan todos alrededor de la mesa en que están don Luis Mejía y don Juan Tenorio.*)

JUAN. ¿Estamos listos?

LUIS. Estamos.

JUAN. Como quien somos cumplimos.

LUIS. Veamos, pues, lo que hicimos.

JUAN. Bebamos antes.

LUIS. Bebamos. (*Lo hacen.*)

JUAN. La apuesta fué...

LUIS. Porque un día

dije que en España entera no habría nadie que hiciera lo que hiciera Luis Mejía.

JUAN. Y siendo contradictorio al vuestro mi parecer, yo os dije: Nadie ha de hacer lo que hará don Juan Tenorio. ¿No es así?

LUIS. Sin duda alguna: y vinimos a apostar quién de ambos sabría obrar peor, con mejor fortuna, en el término de un año; juntándonos aquí hoy a probarlo.

JUAN. Y aquí estoy.

LUIS. Y yo.

CENT. ¡Empeño bien extraño, por vida mía!

JUAN. Hablad, pues.

LUIS. No, vos debéis empezar.

JUAN. Como gustéis, igual es, que nunca me hago esperar. Pues, señor, yo desde aquí, buscando mayor espacio

para mis hazañas, di sobre Italia, porque allí tiene el placer un palacio.

De la guerra y del amor antigua y clásica tierra, y en ella el emperador, con ella y con Francia en guerra, díjeme: ¿Dónde mejor?

Donde hay soldados hay juego, hay pendencias y amoríos.

Dí, pues, sobre Italia luego, buscando a sangre y a fuego amores y desafíos.

En Roma, a mi apuesta fiel, fijé, entre hostil y amatorio, en mi puerta este cartel:

«Aquí está don Juan Tenorio para quien quiera algo de él.»

De aquellos días la historia a relataros renuncio:

remítome a la memoria que dejé allí, y de mi gloria podéis juzgar por mi anuncio.

Las romanas caprichosas, las costumbres licenciosas, yo, gallardo y calavera:

¿quién a cuento redujera mis empresas amorosas?

Salí de Roma, por fin, como os podéis figurar:

con un disfraz harto ruín, y a lomos de un mal rocín, pues me querían ahorcar.

Fuí al ejército de España; mas todos paisanos míos, soldados y en tierra extraña,

dejé pronto su compañía tras cinco o seis desafíos.

Nápoles, rico vergel de amor, de placer emporio,

vió en mi segundo cartel: «Aquí está don Juan Tenorio,

y no hay hombre para él.

Desde la princesa altiva a la que pesca en ruín barca,

no hay hembra a quien no suscriba;

y a cualquier empresa abarca, si en oro o valor estriba.

Búsquente los reñidores;

cérqueme los jugadores;
 quien se precie que le ataje,
 y a ver si hay quien le aventaje
 en juego, en lid o en amores.

Esto escribí; y en medio año
 que mi presencia gozó
 Nápoles, no hay lance extraño;
 no hay escándalo ni engaño
 en que no me hallara yo.

Por donde quiera que fuí,
 la razón atropellé,
 la virtud escarnecí,
 a la justicia burlé,
 y a las mujeres vendí.

Yo a las cabañas bajé,
 yo a los palacios subí,
 yo los claustros escalé,
 y en todas partes dejé
 memoria amarga de mí.

Ni reconocí sagrado,
 ni hubo ocasión ni lugar
 por mi audacia respetado;
 ni en distinguir me he parado
 al clérigo del seglar.

A quien quise provoqué,
 con quien quise me bati,
 y nunca consideré
 que pudo matarme a mí
 aquel a quien yo maté.

A esto don Juan se arrojó,
 y escrito en este papel
 está cuanto conseguí;
 y lo que él aquí escribió,
 mantenido está por él.

LUIS. Leed, pues.

JUAN. No; oigamos antes
 vuestros bizarros extremos,
 y si traéis terminantes
 vuestras notas comprobantes,
 lo escrito cotejaremos.

LUIS. Decís bien; cosa es que está,
 don Juan, muy puesta en razón;
 aunque, a mi ver, poco irá
 de una a otra relación.

JUAN. Empezad, pues.

LUIS. Allá va.

Buscando yo, como vos,
 a mi aliento empresas grandes,
 dije: «¿Dó irá, ¡vive Dios!

de amor y lides en pos,
 que vaya mejor que a Flandes?»

Allí, puesto que empeñadas
 guerras hay, a mis deseos
 habrá al par centuplicadas
 ocasiones extremadas
 de riñas y galanteos.

Y en Flandes conmigo di,
 mas con tan negra fortuna,
 que al mes de encontrarme allí
 todo mi caudal perdí,
 me se dobló a dobla, una por una.

En tal total carestía
 mirándome de dineros,
 de mí todo el mundo huía;
 mas yo busqué compañía
 y me uní a unos bandoleros.

Lo hicimos bien, ¡voto a tall!
 y fuimos tan adelante,
 con suerte tan colosal,
 que entramos a saco en Gante
 el palacio episcopal.

¡Qué noche! Por el decoro
 de la Pascua, el buen Obispo
 bajó a presidir el coro,
 y aún de alegría me crispo
 al recordar su tesoro.

Todo cayó en poder nuestro;
 mas mi capitán, avaro,
 puso mi parte en secuestro:
 reñimos, fuí yo más diestro
 y le crucé sin reparo.

Juróme al punto la gente
 capitán, por más valiente;
 juréles yo amistad franca;
 pero a la noche siguiente
 huí, y les dejé sin blanca.

Yo me acordé del refrán
 de que quien roba al ladrón
 ha cien años de perdón,
 y me arrojé a tal desmán
 mirando a mi salvación.

Pasé a Alemania oplento
 mas un provincial jerónimo,
 hombre de mucho talento,
 me conoció, y al momento
 me dalató en un anónimo.
 Compré a fuerza de dinero
 la libertad y el papel;

y topando en un sendero al fraile, le envié certero una bala envuelta en él. Salté a Francia. ¡Buen país! y como en Nápoles vos, puse un cartel en París diciendo: «Aquí hay un don Luis que vale lo menos dos. Parará aquí algunos meses, y no trae más intereses

ni se aviene a más empresas, que a adorar a las francesas, y a reñir con los franceses.» Esto escribí; y en medio año que mi presencia gozó París, no hubo lance extraño, ni hubo escándalo ni daño donde no me hallara yo. Mas, como don Juan, mi historia también a alargar renunció; que basta para mi gloria la magnífica memoria que allí dejé con mi anuncio.

Y cual vos, por donde fui la razón atropellé, la virtud escarneí, y a la justicia burlé, y a las mujeres vendí. Mi hacienda llevo perdida tres veces: mas se me antoja reponerla, y me convida mi boda comprometida con doña Ana de Pantoja. Mujer muy rica me dan, y mañana hay que cumplir los tratos que hechos están; lo que os advierto, don Juan, por si queréis asistir.

A esto don Luis se arrojó, y escrito en este papel está lo que consiguió; y lo que en él aquí escribí, mantenido está por él.

JUAN. La historia es tan semejante que está en el fiel la balanza; mas vamos a lo importante que es el guarismo a que alcanza el papel: conqué adelante.

LUIS. Razón tenéis, en verdad.

Aquí está el mío: mirad, por una línea apartados traigo los nombres sentados, para mayor claridad.

JUAN. Del mismo modo arregladas mis cuentas traigo en el mío: en dos líneas separadas, los muertos en desafío, y las mujeres burladas. Contad.

LUIS. Contad.

JUAN. Veinte y tres.

LUIS. Son los muertos. A ver vos. ¡Por la cruz de San Andrés! Aquí sumo treinta y dos.

JUAN. Son los muertos.

LUIS. Matar es.

JUAN. Nueve os llevo.

LUIS. Me vencéis.

Pasemos a las conquistas.

JUAN. Sumo aquí cincuenta y seis.

LUIS. Y yo sumo en vuestras listas setenta y dos.

JUAN. Pues perdéis.

LUIS. ¡Es increíble, don Juan!

JUAN. Si lo dudáis, apuntados los testigos ahí están, que si fueren preguntados que lo testificarán.

LUIS. ¡Oh! Y vuestra lista es cabal.

JUAN. Desde una princesa real a la hija de un pescador, ¡oh!, ha recorrido mi amor toda la escala social.

¿Tenéis algo que tachar?

LUIS. Sólo una os falta en justicia.

JUAN. ¿Me la podéis señalar?

LUIS. Sí, por cierto: una novicia que esté para profesar.

JUAN. ¡Bah! Pues yo os complaceré doblemente, porque os digo que a la novicia uniré la dama de algún amigo que para casarse esté.

LUIS. ¡Pardiez, qué sois atrevido!

JUAN. Yo os lo apuesto si queréis.

LUIS. Digo que acepto el partido.

¿Para darlo por perdido, queréis veinte días?

JUAN. Seis.

LUIS. ¡Por Dios, que sois hombre ex-
¿Cuántos días empleáis [traño!
en cada mujer que amáis?

JUAN. Partid los días del año
entre las que ahí encontráis.

Uno para enamorarlas,
otro para conseguir las,
otro para abandonarlas,
dos para sustituirlas

y un hora para olvidarlas.

Pero, la verdad a hablaros,
pedir más no se me antoja,
porque, pues vais a casaros
mañana pienso quitaros
a doña Ana de Pantoja.

LUIS. Don Juan, ¿qué es lo que decís?

JUAN. Don Luis, lo que oído habéis.

LUIS. Ved, don Juan, lo que empen-
[déis.

JUAN. Lo que he de lograr, don Luis.

LUIS. ¿Gastón? (Llamando.)

GASTÓN. ¿Señor?

LUIS. Ven acá.

(Habla don Luis en secreto con Gastón y
éste se va precipitadamente.)

JUAN. ¿Ciutti?

CIUTTI. ¿Señor?

JUAN. Ven aquí.

(Don Juan habla en secreto con Ciutti, y
éste se va precipitadamente.)

LUIS. ¿Estáis en lo dicho?

JUAN. Sí.

LUIS. Pues va la vida.

JUAN. Pues va.

(Don Gonzalo, levantándose de la mesa en
que ha permanecido inmóvil durante la
escena anterior, se afronta con don Juan
y don Luis.)

GONZ. ¡Insensatos! ¡Vive Dios

que a no temblarme las manos,
a palos, como a villanos,
os diera muerte a los dos!

JUAN y LUIS. Veamos.

GONZ. Excusado es,
que he vivido lo bastante

para no estar arrogante
donde no puedo.

JUAN. Idos, pues.

GONZ. Antes, don Juan, de salir
de donde oírme podáis,
es necesario que oigáis

lo que os tengo que decir.
Vuestro buen padre don Diego,

porque pleitos acomoda,
os apalabró una boda

que iba a celebrarse luego;
pero por mí mismo yo,

lo que erais queriendo ver,
vine aquí al anochecer,

y el veros me avergonzó.

JUAN. ¡Por Satanás, viejo insano,
que no sé cómo he tenido

calma para haberte oído
sin asentarte la mano!

Pero di pronto quién eres,
porque me siento capaz

de arrancarte el antifaz
con el alma que tuvieres.

GONZ. ¡Don Juan!

JUAN. ¡Pronto!

GONZ. Mira, pues.

JUAN. ¡Don Gonzalo!

GONZ. El mismo soy.

Y adiós, don Juan: mas desde hoy
no penséis en doña Inés.

Porque antes que consentir
en que se case con vos,

el sepulcro, ¡juro a Dios!
por mi mano la he de abrir.

JUAN. Me hacéis reír, don Gonzalo;
pues venirme a provocar,

es como ir a amenazar
a un león con un mal palo!

Y pues hay tiempo, advertir
os quiero a mi vez a vos,

que o me la dais, o por Dios,
que a quitáros la he de ir.

GONZ. ¡Miserable!

JUAN. Dicho está:
sólo una mujer como ésta

me falta para mi apuesta;
ved, pues, que apostada va.

(Don Diego, levantándose de la mesa en
que ha permanecido encubierto mientras
la escena anterior, baja al centro de la
escena, encarándose con don Juan.)

DIEGO. No puedo más escucharte,

vil don Juan, porque recelo que hay algún rayo en el cielo preparado a aniquilarte. ¡Ab...! No pudiendo creer lo que de ti me decían, confiando en que mentaban, te vine esta noche a ver. Pero te juro, malvado, que me pesa haber venido para salir convencido de lo que es para ignorado. Sigue, pues, con ciego afán en tu torpe frenesí, mas nunca vuelvas a mí; no te conozco, don Juan.

JUAN. ¿Quién nunca a ti se volvió, ni quién osa hablarme así, ni qué se me importa a mí que me conozcas o no?

DIEGO. Adiós, pues; mas no te olvides de que hay un Dios justiciero.

JUAN. Ten. *(Deteniéndole.)*

DIEGO. ¿Qué quieres?

JUAN. Verte quiero.

DIEGO. Nunca, en vano me lo pides.

JUAN. ¿Nunca?

DIEGO. No.

JUAN. Cuando me cuadre.

DIEGO. ¿Cómo?

JUAN. Así. *(Le arranca el antifaz.)*

TODOS. ¡Don Juan!

DIEGO. ¡Villano!

¡Me has puesto en la faz la mano!

JUAN. ¡Válgame Cristo, mi padre!

DIEGO. Mientes, no lo fuí jamás.

JUAN. ¡Reportaos, con Belcebú!

DIEGO. No, los hijos como tú

son hijos de Satanás.

Comendador, nulo sea

lo hablado.

GONZ. Ya lo es por mí;

vamos.

DIEGO. Sí, vamos de aquí

donde tal monstruo no vea.

Don Juan, en brazos del vicio

desolado te abandono;

me matas..., mas te perdono

de Dios en el santo juicio.

(Vanse poco a poco don Diego y don Gonzalo.)

JUAN. Largo el plazo me ponéis; mas ved que os quiero advertir que yo no os he ido a pedir jamás que me perdonéis. Conque no paséis afán de aquí adelante por mí, que como vivió hasta aquí, vivirá siempre don Juan.

ESCENA XIII

DON JUAN, DON LUIS, CENTELLAS, AVELLANEDA, BUTTARELLI, *Curiosos, Más-caras.*

JUAN. ¡Eh! Ya salimos del paso; y no hay que extrañar la homilia; son pláticas de familia, de las que nunca hice caso. Conque lo dicho, don Luis, van doña Ana y doña Inés en apuesta.

LUIS. Y el precio es la vida.

JUAN. Vos lo decís: vamos.

LUIS. Vamos. *(Al salir se presenta una ronda, que les detiene.)*

ESCENA XIV

DICHOS, *una ronda de Alguaciles*

ALGUACIL. Alto allá.

¿Don Juan Tenorio?

JUAN. Yo soy.

ALGUACIL. Sed preso.

JUAN. ¿Soñando estoy?

¿Por qué?

ALGUACIL. Después lo verá.

LUIS *(acercándose a don Juan y riéndose)*.

Tenorio, no lo extrañéis, pues mirando a lo apostado, mi paje os ha delatado, para que vos no ganéis.

JUAN. ¡Hola! ¡Pues no os suponía con tal despejo, pardiez!

LUIS. Id, pues, que por esta vez,
don Juan, la partida es mía.

JUAN. Vamos, pues.
(Al salir, les detiene otra ronda que entra en la escena.)

ESCENA XV

DICHOS, una Ronda

ALGUACIL (que entra). Ténganse allá.

¿Don Luis Mejía?

LUIS. Yo soy.

ALGUACIL. Sed preso.

LUIS. ¿Soñando estoy?

¡Yo preso!

JUAN (sollando la carcajada).

¡Ja, ja, ja ja!

Mejía, no lo extrañéis,
pues mirando a lo apostado,
mi paje os ha delatado
para que no me estorbéis.

LUIS. Satisfecho quedará
aunque ambos muramos.

JUAN. Vamos.

Conque, señores, quedamos
en que la apuesta está en pie.

(Las rondas se llevan a don Juan y a don Luis; muchos los siguen. El capitán Centellas, Avellaneda y sus amigos, quedan en la escena mirándose unos a otros.)

ESCENA XVI

EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA,
Curiosos

AVELL. ¡Parece un juego ilusorio!

CENT. ¡Sin verlo no lo creería!

AVELL. Pues yo apuesto por Mejía.

CENT. Y yo pongo por Tenorio.

ACTO SEGUNDO

DESTREZA

Exterior de la casa de doña Ana vista por una esquina. Las dos paredes que forman el ángulo se prolongan igualmente por ambos lados, dejando ver en la de la derecha una reja, y en la izquierda, una reja y una puerta.

ESCENA PRIMERA

DON LUIS MEJÍA, embosado

Ya estoy frente de la casa de doña Ana, y es preciso que esta noche tenga aviso de lo que en Sevilla pasa. No di con persona alguna, por dicha mía... ¡Oh, qué afán! Pero ahora, señor don Juan, cada cual con su fortuna. Si honor y vida se juega, mi destreza y mi valor por mi vida y por mi honor jugarán..., mas alguien llega.

ESCENA II

DON LUIS, PASCUAL

PASC. ¡Quién creyera lance tall!

¡Jesús, qué escándalo! ¡Presos!

LUIS. ¡Qué veo! ¿Es Pascual?

PASC. Los sesos me estrellaría.

LUIS. ¿Pascual?

PASC. ¿Quién me llama tan apriesa?

LUIS. Yo. Don Luis,

PASC. ¡Válame Dios!

LUIS. ¿Qué te asombra?

PAASC. Que seáis vos.

LUIS. Mi suerte, Pascual, es esa.

Que a no ser yo quien me soy,
y a no dar contigo ahora,
el honor de mi señora
doña Ana moría hoy.

PASC. ¿Qué es lo que decís?

LUIS. ¿Conoces a don Juan Tenorio?

PASC. Sí.

¿Quién no le conoce aquí?
Mas, según públicas voces,
estabais presos los dos.

Vamos, ¡lo que el vulgo miente!

LUIS. Ahora acertadamente habló el vulgo: y ¡juro a Dios que, a no ser porque mi primo, el tesorero real,

quiso fiarme, Pascual,
piedo cuanto más estimol

PASC. ¿Pues cómo?

LUIS. ¿En servirme estás?

PASC. Hasta morir.

LUIS. Pues escucha.

Don Juan y yo en una lucha
arriesgada por demás
empeñados nos hallamos;
pero a querer tú ayudarme,
más que la vida salvarme
puedes.

PASC. ¿Qué hay que hacer? Sepamos.

LUIS. En una insigne locura
dimos tiempo ha: en apostar
cuál de ambos sabría obrar
peor, con mejor ventura.

Ambos nos hemos portado
bizarramente a cual más;
pero él es un Satanás,
y por fin me ha aventajado.

Púsele no sé qué pero,
dijímonos no sé qué
sobre ello, y el hecho fué
que él, mofándose altanero,
me dijo: «Y si esto no es llena,
pues que os casáis con doña Ana,
os apuesto a que mañana
os la quito yo.»

PASC. ¡Esa es buena!
¿Tal se ha atrevido a decir?

LUIS. No es lo malo que lo diga,
Pascual, sino que consiga
lo que intenta.

PASC. ¿Conseguir?
En tanto que yo esté aquí,
descuidad, don Luis.

LUIS. Te juro
que si el lance no aseguro,
no sé qué va a ser de mí.

PASC. ¡Por la Virgen del Pilar!
¿Le teméis?

LUIS. No, Dios testigo.
Mas lleva ese hombre consigo
algún diablo familiar.

PASC. Dadlo por asegurado.

LUIS. ¡Oh! Tal es el afán mío,
que ni en mí propio me fío
con un hombre tan osado.

PASC. Yo os juro, por San Ginés,
que con toda su osadía,
le ha de hacer, por vida mía,
mal tercio un aragonés:
nos veremos.

LUIS. ¡Ay, Pascual,
que en qué te metes no sabes!

PASC. En apreturas más graves
me he visto, y no salí mal.

LUIS. Estriba en lo perentorio
del plazo, y en ser quien es.

PASC. Más que un buen aragonés
no ha de valer un Tenorio.
Todos esos lenguaraces,
espadachines de oficio,
no son más que frontispicio
y de poca alma capaces.

Para infamar a mujeres
tienen lengua, y tienen manos
para osar a los ancianos
o apalear a mercaderes.

Mas cuando una buena espada,
por un buen brazo esgrimida,
con la muerte les convida,
todo su valor es nada.

Y sus empresas y bullas
se reducen todas ellas,
a hablar mal de las doncellas
y a huir ante las patrullas.

LUIS. ¡Pascual!

PASC. No lo hablo por vos,
que aunque sois un calavera,
tenéis la alma bien entera
y reñís bien, ¡voto a bríos!

LUIS. Pues si es en mí tan notorio
el valor, mira, Pascual,
que el valor es proverbial
en la raza de Tenorio.
Y porque conozco bien
de su valor el extremo,
de sus ardidés me temo
que en tierra con mi honra den.

PASC. Pues suelto estáis ya, don Luis,
y pues que tanto os acucia
el mal de celos, su astucia
con la astucia prevenís.
¿Qué teméis de él?

LUIS. No lo sé:
mas esta noche sospecho

que ha de procurar el hecho
consumar.

PASC. Soñáis.

LUIS. ¿Por qué?

PASC. ¿No está preso?

LUIS. Sí que está;

mas también lo estaba yo,
y un hidalgo me fió.

PASC. Mas ¿quién a él le fiará?

LUIS. En fin, sólo un medio encuentro
de satisfacerme.

PASC. ¿Cuál?

LUIS. Que de esta casa, Pascual,
quede yo esta noche dentro.

PASC. Mirad que así de doña Ana
tenéis el honor vendido.

LUIS. ¡Qué mil rayos! ¿Su marido
no voy a ser yo mañana?

PASC. Mas, señor, ¿no os digo yo
que os fio con la existencia...?

LUIS. Sí: salir de una pendencia,
mas de un ardid diestro, no.

Y, en fin, o paso en la casa
la noche, o tomo la calle,
aunque la justicia me halle.

PASC. Señor don Luis, eso pasa
de terquedad, y es capricho
que dejar os aconsejo,
y os irá bien.

LUIS. No lo dejo,

Pascual.

PASC. ¡Don Luis!

LUIS. Está dicho.

PASC. ¡Vive Dios! ¿Hay tal afán?

LUIS. Tú dirás lo que quisieros,
mas yo fio en las mujeres

mucho menos que en don Juan;
y pues lance es extremado

por dos locos emprendido,
bien será un loco atrevido

para un loco desalmado.

PASC. Mirad bien lo que decís,
porque yo sirvo a doña Ana

desde que nació, y mañana
seréis su esposo, don Luis.

LUIS. Pascual, esa hora llegada
y ese derecho adquirido,

yo sabré ser su marido

y la haré ser bien casada.
Mas en tanto...

PASC. No habléis más.

Yo os conozco desde niños,
y sé lo que son cariños,
por vida de Barrabás...

Oíd: mi cuarto es sobrado
para los dos: dentro de él
quedad: mas palabra fiel

dadme de estaros callado.

LUIS. Te la doy.

PASC. Y hasta mañana

juntos con doble cautela,
nos quedaremos en vela.

LUIS. Y se salvará doña Ana.

PASC. Sea.

LUIS. Pues vamos.

PASC. Teneos.
¿Qué vais a hacer?

LUIS. A entrar.

PASC. ¿Ya?

LUIS. ¿Quién sabe lo que él hará?

PASC. Vuestros celosos deseos

reprimid: que ser no puede
mientras que no se recoja

mi amo don Gil de Pantoja
y todo en silencio quede.

LUIS. ¡Voto a...!

PASC. ¡Eh! Dad una vez
breves treguas al amor.

LUIS. ¿Y a qué hora ese buen señor
suele acostarse?

PASC. A las diez;

y en esa calleja estrecha
hay una reja; llamad

a las diez, y descuidad
mientras en mí.

LUIS. Es cosa hecha.

PASC. Don Luis, hasta luego, pues.

LUIS. Adiós, Pascual, hasta luego.

ESCENA III

Don Luis

Jamás tal desasosiego
tuve. Parece que es
esta noche hora menguada
para mí... y no sé qué vago

presentimiento, qué estrago teme mi alma acongojada.
 ¡Por Dios que nunca pensé que a doña Ana amara así, ni por ninguna sentí lo que por ella...! ¡Oh! Y a fe que de don Juan me amedrenta, no el valor, mas la ventura. Parece que le asegura Satanás en cuanto intenta. No, no: es un hombre infernal, y tégome para mí que si me aparto de aquí, me burla, pese a Pascual. Y aunque me tenga por necio, quiero entrar: que con don Juan las precauciones no están para vistas con desprecio.

(Llama a la ventana.)

ESCENA IV

DON LUIS, DOÑA ANA

ANA. ¿Quién va?

LUIS. ¿No es Pascual?

ANA. ¡Don Luis!

LUIS. Doña Ana.

ANA. ¿Por la ventana

llamas ahora?

LUIS. ¡Ay, doña Ana, cuán a buen tiempo salís!

ANA. ¿Pues qué hay, Mejía?

LUIS. Un empeño por tu beldad, con un hombre que temo.

ANA. ¿Y qué hay que te asombre en él, cuando eres tú el dueño de mi corazón?

LUIS. Doña Ana, no lo puedes comprender, de ese hombre sin conocer nombre y suerte.

ANA. Será vana su buena suerte conmigo. Ya ves, sólo horas nos faltan para la boda, y te asaltan vanos temores.

LUIS. Testigo

me es Dios que nada por mí me da pavor mientras tenga espada, y ese hombre venga cara a cara contra ti. Mas, como el león audaz, y cauteloso y prudente, como la astuta serpiente...

ANA. ¡Bah! Duerme, don Luis, en paz, que su audacia y su prudencia nada lograrán de mí, que tengo cifrada en ti la gloria de mi existencia.

LUIS. Pues bien, Ana, de ese amor que me aseguras en nombre, para no temer a ese hombre voy a pedirte un favor.

ANA. Di; mas bajo, por si escucha tal vez alguno.

LUIS. Oye, pues.

ESCENA V

DOÑA ANA y DON LUIS, a la reja derecha;
 DON JUAN y CIUTTI, en la calle izquierda.

CIUT. Señor, por mi vida, que es vuestra suerte buena y mucha.

JUAN. Ciutti, nadie como yo: ya viste cuán fácilmente el buen alcaide prudente se avino y suelta me dió. Mas no hay ya en ello que hablar: ¿mis encargos has cumplido?

CIUT. Todos los he concluido mejor que pude esperar.

JUAN. ¿La beata,...

CIUT. Esta es la llave de la puerta del jardín, que habrá que escalar al fin, pues como usared ya sabe, las tapias de ese convento no tienen entrada alguna.

JUAN. ¿Y te dió carta?

CIUT. Ninguna; me dijo que aquí al momento iba a salir de camino; que al convento se volvía, y que con vos hablaría.

JUAN. Mejor es.
 CIUT. Lo mismo opino.
 JUAN. ¿Y los caballos?
 CIUT. Con silla
 y freno los tengo ya.
 JUAN. ¿Y la gente?
 CIUT. Cerca está.
 JUAN. Bien, Ciutti; mientras Sevilla
 tranquila en sueño reposa
 creyéndome encarcelado,
 otros dos nombres añado
 a mi lista numerosa.
 ¡Jal, ¡jal!
 CIUT. Señor...
 JUAN. ¿Qué?
 CIUT. Callad.
 JUAN. ¿Qué hay, Ciutti?
 CIUT. Al doblar la esquina,
 en esa reja vecina
 he visto a un hombre.
 JUAN. Es verdad:
 pues ahora sí que es mejor
 el lance: ¿y si es ese?
 CIUT. ¿Quién?
 JUAN. Don Luis.
 CIUT. Imposible.
 JUAN. ¡Toma!
 ¿No estoy yo aquí?
 CIUT. Diferencia
 va de él a vos.
 JUAN. Evidencia
 lo creo, Ciutti; allí asoma
 tras de la reja una dama.
 CIUT. Una criada tal vez.
 JUAN. Preciso es verlo, ¡pardiez!,
 no perdamos lance y fama.
 Mira, Ciutti: a fuer de ronda
 tú con varios de los míos
 por esa calle escurrios,
 dando vuelta a la redonda
 a la casa.
 CIUT. Y en tal caso
 cerrará ella.
 JUAN. Pues con eso,
 ella ignorante y él preso,
 nos dejarán franco el paso.
 CIUT. Decís bien.
 JUAN. Corre, y atájale,
 que en ello el vencer consiste.

CIUT. ¿Mas si el truhan se resiste?
 JUAN. Entoñces, de un tajo, rájale.

ESCENA VI

DON JUAN, DOÑA ANA, DON LUIS
 LUIS. ¿Me das, pues, tu asentimiento?
 ANA. Consiento.
 LUIS. ¿Complácese de ese modo?
 ANA. En todo.
 LUIS. Pues te velaré hasta el día.
 ANA. Sí, Mejía.
 LUIS. Páguete el cibeo, Ana mía,
 satisfacción tan entera.
 ANA. Porque me juzgues sincera,
consiento en todo, Mejía.
 LUIS. Volveré, pues, otra vez.
 ANA. Sí, a las diez.
 LUIS. ¿Me aguardarás, Ana?
 ANA. Sí.
 LUIS. Aquí.
 ANA. ¿Y tú estarás puntual, eh?
 LUIS. Estaré.
 ANA. La llave, pues, te daré.
 LUIS. Y dentro yo de tu casa,
 venga Tenorio.
 ANA. Alguien pasa;
a las diez.
 LUIS. Aquí estaré.

ESCENA VII

DON JUAN, DON LUIS
 LUIS. Mas se acercan. ¿Quién va allá?
 JUAN. Quien va.
 LUIS. De quien va así, ¿qué se infiere?
 JUAN. Que quiere.
 LUIS. ¿Ver si la lengua le arranco?
 JUAN. El paso franco.
 LUIS. Guardado está.
 JUAN. ¿Y soy yo manco?
 LUIS. Pidiéraislo en cortesía.
 JUAN. ¿Y a quién?
 LUIS. A don Luis Mejía.
 JUAN. *Quien va, quiere el paso franco.*
 LUIS. ¿Conocéisme?
 JUAN. Sí.

LUIS. ¿Y yo a vos?
 JUAN. Los dos.
 LUIS. ¿Y en qué estriba el estorballe?
 JUAN. En la calle.
 LUIS. ¿De ella los dos por ser amos?
 JUAN. Estamos.
 LUIS. Dos hay no más que podamos necesitarle a la vez.
 JUAN. Lo sé.
 LUIS. ¡Sois don Juan!
 JUAN. ¡Pardiez!
Los dos ya en la calle estamos.
 LUIS. ¿No os prendieron?
 JUAN. Como a vos.
 LUIS. ¡Vive Dios!
 ¿Y huisteis?
 JUAN. Os imité.
 ¿Y qué?
 LUIS. Que perderéis.
 JUAN. No sabemos.
 LUIS. Lo veremos.
 JUAN. La dama entrambos tenemos sitiada, y estáis cogido.
 LUIS. Tiempo hay.
 JUAN. Para vos perdido.
 LUIS. ¡Vive Dios que lo veremos!
(Don Luis desenvaina su espada; mas Ciutti, que ha bajado con los suyos cautelosamente hasta colocarse tras él, le sujeta.)
 JUAN. Señor don Luis, vedlo, pues.
 LUIS. Traición es.
 JUAN. La boca...
(A los suyos, que se le tapan a don Luis.)
 LUIS. ¡Oh!
 JUAN. *(Le sujetan los brazos.)* Sujeto [atrás: más.
 La empresa es, señor Mejía, como mía.
 Encerrádmelo hasta el día. *(A los suyos.)*
 La apuesta está ya en mi mano. *(A don Luis.)*
 Adiós, don Luis: si os la gano, traición es; mas como mía.

ESCENA VIII

DON JUAN

Buen lance, ¡viven los cielos! Éstos son los que dan fama; mientras te sopla la dama él se arrancará los pelos encerrado en mi bodega.
 ¿Y ella? Cuando crea hallarse con él..., ¡jal, ¡ja...! ¡Oh!, y quejarse no puede; limpió se juega.
 A la cárcel le llevé y salió: llevóme a mí, y salí; halláronse aquí era fuerza..., ya se ve: su parte en la grave apuesta defendía cada cual.
 Mas con la suerte está mal Mejía, y también pierde ésta. Sin embargo, y por si acaso, no es demás asegurarse de Lucía, a desgraciarse no vaya por poco el paso. Mas por allí un bulto negro se aproxima... y a mi ver es el bulto una mujer.
 ¿Otra aventura? Me alegro.

ESCENA IX

DON JUAN, BRÍGIDA

BRÍG. ¿Caballero?
 JUAN. ¿Quién va allá?
 BRÍG. ¿Sois don Juan?
 JUAN. ¡Por vida de...!
 ¡Si es la beata! ¡Y a fe que la había olvidado ya!
 Llegaos; don Juan soy yo.
 BRÍG. ¿Estáis solo?
 JUAN. Con el diablo.
 BRÍG. ¡Jesucristo!
 JUAN. Por vos lo hablo.
 BRÍG. ¿Soy yo el diablo?
 JUAN. Creoló.
 BRÍG. ¡Vaya! ¡Qué cosas tenéis!
 Vos sí que sois un diablillo...

JUAN. Que te llenará el bolsillo si le sirves.
 BRÍG. Lo veréis.
 JUAN. Descarga, pues, ese pecho. ¿Qué hiciste?
 BRÍG. ¡Cuanto me ha dicho vuestro paje...! ¡Y qué mal bicho es ese Ciuttill!
 JUAN. ¿Qué ha hecho?
 BRÍG. ¡Gran bribón!
 JUAN. ¿No os ha entregado un bolsillo y un papel?
 BRÍG. Leyendo estará ahora en él doña Inés.
 JUAN. ¿La has preparado?
 BRÍG. Vaya; y os la he convencido con tal maña y de manera, que irá como una cordera tras vos.
 JUAN. ¡Tan fácil te ha sido!
 BRÍG. ¡Bah! Pobre garza enjaulada, dentro la jaula nacida, ¿qué sabe ella si hay más vida ni más aire en que volar? Si no vió nunca sus plumas del sol a los resplandores, ¿qué sabe de los colores de que se puede ufanar? No cuenta la pobrecilla diez y siete primaveras, y aún virgen a las primeras impresiones del amor, nunca concibió la dicha fuera de su pobre estancia, tratada desde su infancia con cauteloso rigor. Y tantos años monótonos de soledad y convento, tenían su pensamiento ceñido a punto tan ruin, a tan reducido espacio, y a círculo tan mezquino, que era el claustro su destino y el altar era su fin.
 «Aquí está Dios», le dijeron; y ella dijo: «Aquí le adoro.»
 «Aquí está el claustro y el coro.»
 Y pensó: «No hay más allá.»
 Y sin otras ilusiones

que sus sueños infantiles, pasó diez y siete abrilés sin conocerlo quizá.
 JUAN. ¿Y está hermosa?
 BRÍG. ¡Oh! Como un ángel.
 JUAN. ¿Y la has dicho...?
 BRÍG. Figuraos, si habré metido mal caos en su cabeza, don Juan. La hablé del amor, del mundo, de la corte y los placeres, de cuanto con las mujeres erais pródigo y galán. La dije que erais el hombre por su padre destinado para suyo: os he pintado muerto por ella de amor, desesperado por ella, y por ella perseguido, y por ella decidido a perder vida y honor. En fin, mis dulces palabras, al posarse en sus oídos, sus deseos mal dormidos arrastraron de sí en pos; y allá dentro de su pecho han inflamado una llama de tal fuerza, que ya os ama y no piensa más que en vos.
 JUAN. Tan incentiva pintura los sentidos me enajena, y el alma ardiente me llena de su insensata pasión. Empezó por una apuesta, siguió por un devaneo, engendró luego un deseo, y hoy me quema el corazón. Poco es el centro de un claustro; ¡al mismo infierno bajara, y a estocadas la arrancara de los brazos de Satán!
 ¡Oh! Hermosa flor, cuyo cáliz al rocío aún no se ha abierto, a trasplantarte va al huerto de sus amores don Juan.
 ¿Brígida?
 BRÍG. Os estoy oyendo, y me hacéis perder el tino:

yo os creía un libertino sin alma y sin corazón.

JUAN. ¿Eso extrañas? ¿No está claro que en un objeto tan noble hay que interesarse doble que en otros?

BRÍG. Tenéis razón.

JUAN. ¿Conque a qué hora se recogen las madres?

BRÍG. Ya recogidas estarán. ¿Vos prevenidas todas las cosas tenéis?

JUAN. Todas.

BRÍG. Pues luego que doblen a las ánimas, con tiento saltando al huerto, al convento fácilmente entrar podéis con la llave que os he enviado: de un claustro oscuro y estrecho es; seguidle bien derecho, y daréis con poco afán en nuestra celda.

JUAN. Y si acierto a robar tan gran tesoro, te he de hacer pesar en oro.

BRÍG. Por mí no queda, don Juan.

JUAN. Ve y aguardame.

BRÍG. Voy, pues, a entrar por la portería, y a cegar a Sor María la tornera. Hasta después.

(Vase Brigida, y un poco antes de concluir esta escena sale Ciutti, que se para en el fondo esperando.)

ESCENA X

DON JUAN, CIUTTI

JUAN. Pues, señor, ¡soberbio envife! Muchas hice hasta esta hora, mas, ¡por Dios que la de ahora será tal, que me acredite! Mas ya veo que me espera Ciutti. ¿Lebrel? *(Llamándole.)*

CIUT. Aquí estoy.

JUAN. ¿Y don Luis?

CIUT. Libre por hoy estáis de él.

JUAN. Ahora quisiera ver a Lucía.

CIUT. Llegar podéis aquí: *(A la reja derecha.)* yo la llamo,

y al salir a mi reclamo la podéis vos abordar.

JUAN. Llama, pues.

CIUT. La seña mía sabe bien para que dude en acudir.

JUAN. Pues si acude, lo demás es cuenta mía. *(Ciutti llama a la reja con una seña que parezca convenida. Lucía se asoma a ella, y al ver a don Juan se detiene un momento.)*

ESCENA XI

DON JUAN, LUCÍA, CIUTTI

LUCÍA. ¿Qué queréis, buen caballero?

JUAN. Quiero.

LUCÍA. ¿Qué queréis? Vamos a ver.

JUAN. Ver.

LUCÍA. ¿Ver? ¿Qué veréis a esta hora?

JUAN. A tu señora.

LUCÍA. Idos, hidalgo, en mal hora; ¿quién pensáis que vive aquí?

JUAN. Doña Ana de Pantoja, y quiero ver a tu señora.

LUCÍA. ¿Sabéis que casa doña Ana?

JUAN. Sí, mañana.

LUCÍA. ¿Y ha de ser tan infiel ya?

JUAN. Sí será.

LUCÍA. ¿Pues no es de don Luis Mejía?

JUAN. ¡Ca! Otro día.

Hoy no es mañana, Lucía: yo he de estar hoy con doña Ana, y si se casa mañana, mañana será otro día.

LUCÍA. ¡Ahl! ¿En recibiros está?

JUAN. Podrá.

LUCÍA. ¿Qué hará si os he de servir?

JUAN. Abrir.

LUCÍA. ¡Bah! ¿Y quién abre este castillo?

JUAN. Ese bolsillo.

LUCÍA. ¿Oro?
 JUAN. Pronto te dió el brillo.
 LUCÍA. ¡Cuánto!
 JUAN. De cien doblas pasa.
 LUCÍA. ¡Jesús!
 JUAN. Cuenta y di: ¿esta casa
podrá abrir este bolsillo?
 LUCÍA. ¡Oh! Si es quien me dora el
 [pico...
 JUAN. Muy rico. *(Interrumpiéndola.)*
 LUCÍA. ¿Sí? ¿Qué nombre usa el ga-
 [lán?
 JUAN. Don Juan.
 LUCÍA. ¿Sin apellido notorio?
 JUAN. Tenorio.
 LUCÍA. ¡Ánimas del purgatorio!
 ¿Vos don Juan?
 JUAN. ¿Qué te amedrenta,
 si a tus ojos se presenta
muy rico don Juan Tenorio?
 LUCÍA. Rechina la cerradura.
 JUAN. Se asegura.
 LUCÍA. ¿Y a mí, quién? ¡Por Belcebú!
 JUAN. Tá.
 LUCÍA. ¿Y cómo me abrirá el camino?
 JUAN. Buen tino.
 LUCÍA. ¡Bah! Ir en brazos del destino...
 JUAN. Dobla el oro.
 LUCÍA. Me acomodo.
 JUAN. Pues mira cómo de todo
se asegura tu buen tino.
 LUCÍA. Dadme algún tiempo, ¡pardiez!
 JUAN. A las diez.
 LUCÍA. ¿Dónde os busco, o vos a mí?
 JUAN. Aquí.
 LUCÍA. ¿Conque estaréis puntual, eh?
 JUAN. Estaré.
 LUCÍA. Pues yo una llave os traeré.
 JUAN. Y yo otra igual cantidad.
 LUCÍA. No me faltéis.
 JUAN. No, en verdad;
a las diez aquí estaré.
 Adiós, pues, y en mí te fía.
 LUCÍA. Y en mí el garboso galán.
 JUAN. Adiós, pues, franca Lucía.
 LUCÍA. Adiós, pues, rico don Juan.
*(Lucía cierra la ventana. Ciutti se acerca
 a don Juan a una seña de éste.)*

ESCENA XII

DON JUAN, CIUTTI

JUAN *(riéndose)*.
 Con oro nada hay que falle:
 Ciutti, ya sabes mi intento:
 a las nueve en el convento;
 a las diez, en esta calle. *(Vase.)*

ACTO TERCERO

PROFANACIÓN

Celda de doña Inés. Puerta en el fondo y a la iz-
 quierda

ESCENA PRIMERA

DOÑA INÉS, LA ABADESA

ABAD. ¿Conque me habéis entendido?
 INÉS. Sí, señora.
 ABAD. Está muy bien;
 la voluntad decisiva
 de vuestro padre tal es.
 Sois joven, cándida y buena;
 vivido en el claustro habéis
 casi desde que nacisteis;
 y para quedar en él
 atada con santos votos
 para siempre, ni aún tenéis,
 como otras, pruebas difíciles
 ni penitencias que hacer.
 ¡Dichosa mil veces vos!
 Dichosa, sí, doña Inés,
 que no conociendo el mundo,
 no le debéis de temer.
 ¡Dichosa vos, que del claustro
 al pisar en el dintel,
 no os volveréis a mirar
 lo que tras vos dejaréis!
 Y los mundanos recuerdos
 del bullicio y del placer,
 no os turbarán tentadores
 del ara santa a los pies;
 pues ignorando lo que hay
 tras esa santa pared,
 lo que tras ella se queda

jamás apeteceeréis.
 Mansa paloma enseñada
 en las palmas a comer
 del dueño que la ha criado
 en doméstico vergel,
 no habiendo salido nunca
 de la protectora red,
 no ansiaréis nunca las alas
 por el espacio tender.
 Lirio gentil, cuyo tallo
 mecieron sólo tal vez
 las embalsamadas brisas
 del más florecido mes,
 aquí los besos del aura
 vuestro cáliz abriréis,
 y aquí vendrán vuestras hojas
 tranquilamente a caer.

Y en el pedazo de tierra
 que abarca nuestra estrechez,
 y en el pedazo de cielo
 que por las rejas se ve,
 vos no veréis más que un lecho
 do en dulce sueño yacer,
 y un velo azul suspendido
 a las puertas del Edén.

¡Ay! En verdad que os envidio,
 venturosa doña Inés,
 con vuestra inocente vida,
 la virtud del no saber.

¿Mas por qué estáis cabizbaja?
 ¿Por qué no me respondéis
 como otras veces, alegre,
 cuando en lo mismo os hablé?

¿Suspiráis?... ¡Oh!, ya comprendo:
 de vuelta aquí hasta no ver
 a vuestra aya, estáis inquieta;
 pero nada receléis.

A casa de vuestro padre
 fué casi al anochecer,
 y abajo en la portería
 estará: yo os la enviaré,
 que estoy de vela esta noche.

Conque, vamos, doña Inés,
 recogeos, que ya es hora:
 mal ejemplo no me deis
 a las novicias, que ha tiempo
 que duermen ya: hasta después.

INÉS. Id con Dios, madre abadesa.
 ABAD. Adiós, hija.

ESCENA II

DOÑA INÉS

Ya se fué.

No sé qué tengo, ¡ay de mí!,
 que en tumultuoso tropel
 mil encontradas ideas
 me combaten a la vez.

Otras noches complacida
 sus palabras escuché;
 y de esos cuadros tranquilos
 que sabe pintar tan bien,
 de esos placeres domésticos
 la dichosa sencillez
 y la calma venturosa,
 me hicieron apeteer

la soledad de los claustros
 y su santa rigidez.

Mas hoy la oí distraída,
 y en sus pláticas hallé,
 si no enojosos discursos,
 a lo menos aridez.

Y no sé por qué al decirme
 que podría acontecer

que se acelerase el día
 de mi profesión, temblé;
 y sentí del corazón
 acelerarse el vaivén,

y teñirme el semblante
 de amarilla palidez.

¡Ay de mí...! ¡Pero mi dueña,
 dónde estará...! Esa mujer
 con sus pláticas al cabo
 me entretiene alguna vez.

Y hoy la echo menos... acaso
 porque la voy a perder,
 que en profesando es preciso
 renunciar a cuanto amé.

Mas pasos siento en el claustro;
 ¡oh!, reconozco muy bien
 sus pisadas... Ya está aquí.

ESCENA III

DOÑA INÉS, BRÍGIDA

BRÍG. Buenas noches, doña Inés.
 INÉS. ¿Cómo habéis tardado tanto?

BRÍG. Voy a cerrar esta puerta.
 INÉS. Hay orden de que esté abierta.
 BRÍG. Eso es muy bueno y muy santo para las otras novicias que han de consagrarse a Dios, doña Inés, para vos.
 INÉS. Brígida, ¿no ves que vicias las reglas del monasterio que no permiten...?
 BRÍG. ¡Bah!, ¡bah! ¡up, yo, yo, yo! Y más seguro así se está, y así se habla sin misterio ni estorbos: ¿habéis mirado el libro que os he traído?
 INÉS. ¡Ay!, se me había olvidado.
 BRÍG. ¡Pues me hace gracia el olvido!
 INÉS. ¡Como la madre! ¡abadesa se entró aquí inmediatamente!
 BRÍG. ¡Vieja más impertinente!
 INÉS. ¿Pues tanto el libro interesa?
 BRÍG. ¡Vaya si interesa! Mucho. ¡Pues quedó con poco afán el infeliz!
 INÉS. ¿Quién?
 BRÍG. Don Juan.
 INÉS. ¡Válgame el cielo! ¿Qué escuchó!
 ¿Es don Juan quien me le envía?
 BRÍG. Por supuesto.
 INÉS. ¡Oh! Yo no debo tomarle.
 BRÍG. ¡Pobre mancebo! Desairarle así, sería matarle.
 INÉS. ¿Qué estás diciendo?
 BRÍG. Si ese horario no tomáis, tal pesadumbre le dais que va a enfermar; lo estoy viendo.
 INÉS. ¡Ah! No, no: de esa manera, le tomaré.
 BRÍG. Bien haréis.
 INÉS. ¡Y qué bonito es!
 BRÍG. Ya veis; quien quiere agradar, se esmera.
 INÉS. Con sus manecillas de oro.
 ¡Y cuidado que está prieto!
 A ver, a ver si completo contiene el rezo del coro.
(Le abre, y cae una carta de entre sus hojas.)

Mas, ¿qué cayó?
 BRÍG. Un papelito.
 INÉS. ¡Una carta!
 BRÍG. Claro está; en esa carta os vendrá ofreciendo el regalo.
 INÉS. ¡Qué! ¿Será suyo el papel?
 BRÍG. ¡Vaya, que sois inocente! Pues que os feria, es consiguiente que la carta será de él.
 INÉS. ¡Ay, Jesús!
 BRÍG. ¿Qué es lo que os da?
 INÉS. Nada, Brígida, no es nada.
 BRÍG. No, no; si estáis inmutada. *(Ya presa en la red está.)*
 ¿Se os pasa?
 INÉS. Sí.
 BRÍG. Eso habrá sido, cualquier mareillo vano.
 INÉS. ¡Ay! Se me abrasa la mano con que el papel he cogido.
 BRÍG. Doña Inés, ¡válgame Dios! Jamás os he visto así: estáis trémula.
 INÉS. ¡Ay de mí!
 BRÍG. ¿Qué es lo que pasa por vos?
 INÉS. No sé... El campo de mi mente siento que cruzan perdidas mil sombras desconocidas que me inquietan vagamente; y ha tiempo al alma me dan con su agitación tortura.
 BRÍG. ¿Tiene alguna, por ventura, el semblante de don Juan?
 INÉS. No sé: desde que le vi, Brígida mía, y su nombre me dijiste, tengo a ese hombre siempre delante de mí. Por doquiera me distraigo con su agradable recuerdo, y si un instante le pierdo, en su recuerdo recaigo. No sé qué fascinación en mis sentidos ejerce, que siempre hacia él se me turce la mente y el corazón: y aquí y en el oratorio, y en todas partes, advierto

que el pensamiento divierte
con la imagen de Tenorio.

BRÍG. ¡Válgame Dios! Doña Inés,
según lo vais explicando,
tentaciones me van dando
de creer que eso amor es.

INÉS. ¡Amor has dicho!

BRÍG. Si, amor.

INÉS. No, de ninguna manera.

BRÍG. Pues por amor lo entendería
el menos entendedor;
mas vamos la carta a ver:

¿en qué os paráis? ¿Un suspiro?

INÉS. ¡Ayl, que cuanto más la miro,
menos me atrevo a leer.

(Lee.) «Doña Inés del alma mía.»

¡Virgen Santa, qué principio!

BRÍG. Vendrá en verso, y será un ripio
que traerá la poesía.

Vamos, seguid adelante.

INÉS. (Lee.) «Luz de donde el sol la
[toma,

«hermosísima paloma
«privada de libertad,
«si os dignáis por estas letras
«pasar vuestros lindos ojos,
«no los tornéis con enojos
«sin concluir, acabad.»

BRÍG. ¡Qué humildad! ¡Y qué finura!
¿Dónde hay mayor rendimiento?

INÉS. Brígida, no sé qué siento.

BRÍG. Seguid, seguid la lectura.

INÉS. (Lee.) «Nuestro padres de con-
[suno

«nuestras bodas acordaron,
«porque los cielos juntaron
«los destinos de los dos.

«Y halagado desde entonces
«con tan risueña esperanza,

«mi alma, doña Inés, no alcanza
«otro porvenir que vos.

«De amor con ella en mi pecho
«brotó una chispa ligera,

«que han convertido en hoguera
«tiempo y afición tenaz:

«y esta llama que en mí mismo
«se alimenta inextinguible,

«cada día más terrible
«va creciendo y más voraz.»

BRÍG. Es claro; esperar le hicieron
en vuestro amor algún día,
y hondas raíces tenía
cuando a arrancársele fueron.
Seguid.

INÉS. (Lee.) «En vano a apagarla
«concurren tiempo y ausencia,

«que doblando su violencia,
«no hoguera ya, volcán es.

«Y yo, que en medio del cráter
«desamparado batallo,

«suspendido en él me hallo
«entre mi tumba y mi Inés.»

BRÍG. ¿Lo veis, Inés? Si ese horario
le despreciáis, al instante
le preparan el sudario.

INÉS. Yo desfallezco.

BRÍG. Adelante.

INÉS. (Lee.) «Inés, alma de mi alma,
«perpetuo imán de mi vida,

«perla sin concha escondida
«entre las algas del mar;

«garza que nunca del nido
«tender osastes el vuelo,

«el diáfano azul del cielo
«para aprender a cruzar:

«si es que a través de esos muros
«el mundo apenas mira,

«y por el mundo suspiras
«de libertad con afán,

«acuérdate que al pie mismo
«de esos muros que te guardan,

«para salvarte te aguardan
«los brazos de tu don Juan.»

(Representa.) ¿Qué es lo que me pasa,
[cielo,

que me estoy viendo morir?

BRÍG. (¡Ya tragó todo el anzuelo!)
Vamos, que está al concluir.

INÉS. (Lee.) «Acuérdate de quien llora
«al pie de tu celosía,

«y allí le sorprende el día
«y le halla la noche allí;

«acuérdate de quien vive
«sólo por ti, ¡vida mía!,

«y que a tus pies volaría
«si le llamaras a ti.»

BRÍG. ¿Lo veis? Vendría.
INÉS. Como a ti, ¡Vendría!

BRÍG. A postrarse a vuestros pies.
 INÉS. ¿Puede?
 BRÍG. ¡Oh!, sí.
 INÉS. ¡Virgen María!
 BRÍG. Pero acabad, doña Inés.
 INÉS. (Lee.) «Adiós, ¡oh luz de mis ojos!
 «Adiós, Inés de mi alma:
 «medita, por Dios, en calma
 «las palabras que aquí van:
 «y si odias esa clausura,
 «que ser tu sepulcro debe,
 «manda, que a todo se atreve
 «por tu hermosa don Juan.»
 (Representa doña Inés.)
 ¡Ay! ¿Qué filtro envenenado
 me dan en este papel,
 que el corazón desgarrado
 me estoy sintiendo con él?
 ¿Qué sentimientos dormidos
 son los que revela en mí?
 ¿Qué impulsos jamás sentidos?
 ¿Qué luz, que hasta hoy nunca vi?
 ¿Qué es lo que engendra en mi alma
 tan nuevo y profundo afán?
 ¿Quién roba la dulce calma
 de mi corazón?
 BRÍG. Don Juan.
 INÉS. ¡Don Juan dices...! ¿Conque ese
 me ha de seguir por doquier? [hombre
 ¿Sólo he de escuchar su nombre?
 ¿Sólo su sombra he de ver?
 ¡Ah! Bien dice: juntó el cielo
 los destinos de los dos,
 y en mi alma engendró este anhelo
 fatal.
 BRÍG. ¡Silencio, por Dios!
 (Se oyen dar las ánimas.)
 INÉS. ¿Qué?
 BRÍG. ¡Silencio!
 INÉS. Me estremeces.
 BRÍG. ¿Oís, doña Inés, tocar?
 INÉS. Sí, lo mismo que otras veces
 las ánimas oigo dar.
 BRÍG. Pues no habléis de él.
 INÉS. ¡Cielo santol!
 ¿De quién?
 BRÍG. ¿De quién ha de ser?
 De ese don Juan que amáis tanto,
 porque puede aparecer.

INÉS. ¡Me amedrentas! ¿Puede ese hom-
 [bre
 llegar hasta aquí?
 BRÍG. Quizá.
 Porque el eco de su nombre
 tal vez llega adonde está.
 INÉS. ¡Cielos! ¿Y podrá?...
 BRÍG. ¿Quién sabe?
 INÉS. ¿Es un espíritu, pues?
 BRÍG. No, mas si tiene una llave...
 INÉS. ¡Dios!
 BRÍG. Silencio, doña Inés:
 ¿no oís pasos?
 INÉS. ¡Ay! Ahora
 nada oigo.
 BRÍG. Las nueve dan.
 Suben..., se acercan... Señora...
 Ya está aquí.
 INÉS. ¿Quién?
 BRÍG. Él.
 INÉS. ¡Don Juan!

ESCENA IV

DOÑA INÉS, DON JUAN, BRÍGIDA

INÉS. ¿Qué es esto? Sueño..., deliro.
 JUAN. ¡Inés de mi corazón!
 INÉS. ¿Es realidad lo que miro,
 o es una fascinación...?
 Tenedme..., apenas respiro...
 Sombra..., huye por compasión...
 ¡Ay de mí...!
 (Desmayase doña Inés y don Juan la sos-
 tiene. La carta de don Juan queda en
 el suelo abandonada por doña Inés al
 desmayarse.)
 BRÍG. La ha fascinado
 vuestra repentina entrada,
 y el pavor la ha trastornado.
 JUAN. Mejor: así nos ha ahorrado
 la mitad de la jornada.
 ¡Ea! No desperdiciemos
 el tiempo aquí en contemplarla,
 si perdernos no queremos.
 En los brazos a tomarla
 voy, y cuanto antes, ganemos
 ese claustro solitario.
 BRÍG. ¡Oh, vais a sacarla así!

JUAN. Necia, ¿piensas que rompí la clausura, temerario, para dejármela aquí? Mi gente abajo me espera; sígueme.

BRIG. ¡Sin alma estoy!
¡Ay! Este hombre es una fiera; nada le ataja ni altera...
Sí, sí; a su sombra me voy.

ESCENA V

LA ABADESA

Jurara que había oído por estos claustros andar hoy a doña Inés velar algo más la he permitido. Y me temo... Mas no están aquí. ¿Qué pudo ocurrir a las dos, para salir de la celda? ¿Dónde irán? ¡Hola! Yo las ataré corto para que no vuelvan a enredar, y me revuelvan a las novicias..., sí a fe. Mas siento por allá fuera pasos. ¿Quién es?

ESCENA VI

LA ABADESA, LA TORNERA

TORN. Yo, señora.
ABAD. ¡Vos en el claustro a esta hora! ¿Qué es esto, hermana tornera?
TORN. Madre abadesa, os buscaba.
ABAD. ¿Qué hay? Decid.
TORN. Un noble anciano quiere hablaros.
ABAD. Es en vano.
TORN. Dice que es de Calatrava caballero; que sus fueros le autorizan a este paso, y que la urgencia del caso le obliga al instante a veros.
ABAD. ¿Dijo su nombre?
TORN. El señor don Gonzalo Ulloa.

ABAD. ¿Qué puede querer...? Ábrale, hermana: es comendador de la Orden, y derecho tiene en el claustro de entrada.

ESCENA VII

LA ABADESA

¿A una hora tan avanzada venir así...? No sospecho qué pueda ser..., mas me place, pues no hallando a su hija aquí, la reprenderá, y así mirará otra vez lo que hace.

ESCENA VIII

LA ABADESA, DON GONZALO, LA TORNERA,
a la puerta

GONZ. Perdonad, madre abadesa, que en hora tal os moleste; mas para mí, asunto es éste que honra y vida me interesa.

ABAD. ¡Jesús!
GONZ. Oíd.
ABAD. Hablad, pues.
GONZ. Yo guardé hasta hoy un tesoro de más quilates que el oro, y ese tesoro es mi Inés.

ABAD. A propósito.
GONZ. Escuchad.
Se me acaba de decir que han visto a su dueña ir ha poco por la ciudad hablando con un criado de un don Juan, de tal renombre, que no hay en la tierra otro hombre tan audaz ni tan malvado. En tiempo atrás se pensó con él a mi hija casar, y hoy, que se la fuí a negar, robármela me juró. Que por el torpe doncel ganada la dueña está, no puedo dudarla ya: debo, pues, guardarme de él.

Y un día, un hora quizás de imprevisión, le bastara para que mi honor manchara a ese hijo de Satanás.

He aquí mi inquietud cuál es: por la dueña, en conclusión, vengo: vos la profesión abreviad de doña Inés.

ABAD. Sois padre, y es vuestro afán muy justo, comendador; mas ved que ofende a mi honor.

GONZ. No sabéis quién es don Juan.

ABAD. Aunque le pintáis tan malo, yo os puedo decir de mí, que mientras Inés esté aquí, segura está, don Gonzalo.

GONZ. Lo creo; mas las razones abreviemos: perdonadme a esa dueña, y perdonadme mis mundanas opiniones. Si vos de vuestra virtud me respondéis, yo me fundo en que conozco del mundo la insensata juventud.

ABAD. Se hará como lo exigis. Hermana tornera, id, pues, a buscar a doña Inés y a su dueña. *(Vase la tornera.)*

GONZ. ¿Qué decís, señora? O traición me ha hecho mi memoria, o yo sé bien que ésta es hora de que estén ambas a dos en su lecho.

ABAD. Ha un punto sentí a las dos salir de aquí, no sé a qué.

GONZ. ¡Ay! Por qué tiemblo no sé. ¡Mas qué veo, santo Dios! Un papel... Me lo decía a voces mi mismo afán.

(Leyendo.) «Doña Inés del alma mía...» Y la firma de don Juan. Ved..., ved..., esa prueba escrita. Leed ahí... ¡Oh! Mientras que vos por ella rogáis a Dios, viene el diablo y os la quita.

ESCENA IX

LA ABADESA, DON GONZALO, LA TORNERA

TORN. Señora...

ABAD. ¿Qué es?

TORN. Vengo muerta.

GONZ. Concluid.

TORN. No acierto a hablar...

He visto a un hombre saltar por las tapias de la huerta.

GONZ. ¿Veis? Corramos: ¡ay de mí!

ABAD. ¿Dónde vais, comendador?

GONZ. ¡Imbécil!, tras de mi honor, que os roban a vos de aquí.

ACTO CUARTO

EL DIABLO A LAS PUERTAS DEL CIELO

Quinta de don Juan Tenorio cerca de Sevilla y sobre el Guadalquivir. Balcón en el fondo. Dos puertas a cada lado.

ESCENA PRIMERA

BRÍGIDA, CIUTTI

BRÍG. ¡Qué noche, válgame Dios! A poderlo calcular, no me meto yo a servir a tan fogoso galán.

¡Ay, Ciutti! Molida estoy; no me puedo menear.

CIUT. ¿Pues qué os duele? BRÍG. Todo el cuerpo y toda el alma además.

CIUT. ¡Ya! No estáis acostumbrada al caballo, es natural.

BRÍG. Mil veces pensé caer: ¡uf!, ¡qué mareol, ¡qué afán! Veía yo unos tras otros ante mis ojos pasar los árboles, como en alas llevados de un huracán, tan aprieta y produciéndome ilusión tan infernal, que perdiera los sentidos si tardamos en parar.

CIUT. Pues de estas cosas veréis, si en esta casa os quedáis, lo menos seis por semana.

BRÍG. ¡Jesús!

CIUT. ¿Y esa niña está reposando todavía?

BRÍG. ¿Y a qué se ha de despertar?

CIUT. Sí, es mejor que abra los ojos en los brazos de don Juan.

BRÍG. Preciso es que tu amo tenga algún diablo familiar.

CIUT. Yo creo que sea él mismo un diablo en carne mortal, porque a lo que él, solamente se arrojara Satanás.

BRÍG. ¡Oh! ¡El lance ha sido extremo!

CIUT. Pero al fin logrado está.

BRÍG. ¡Salir así de un convento en medio de una ciudad como Sevilla!

CIUT. Es empresa tan sólo para hombre tal. Mas ¡qué diablos!, si a su lado la fortuna siempre va, y encadenado a sus pies duerme sumiso el azar.

BRÍG. Sí, decís bien.

CIUT. No he visto hombre de corazón más audaz; ni halla riesgo que le espante, ni encuentra dificultad que al empeñarse en vencer le haga un punto vacilar.

A todo osado se arroja, de todo se ve capaz, ni mira dónde se mete, ni lo pregunta jamás.

Allí hay un lance, le dicen: y él dice: «Allá va don Juan.» ¡Mas ya tarda, vive Dios!

BRÍG. Las doce en la catedral han dado ha tiempo.

CIUT. Y de vuelta debía a las doce estar.

BRÍG. ¿Pero por qué no se vino con nosotros?

CIUT. Tiene allá

en la ciudad todavía cuatro cosas que arreglar.

BRÍG. ¿Para el viaje?

CIUT. Por supuesto; aunque muy fácil será que esta noche a los infiernos le hagan a él mismo viajar.

BRÍG. ¡Jesús, qué ideas!

CIUT. Pues digo: ¿son obras de caridad

en las que nos empleamos, para mejor esperar?

Aunque seguros estamos cuando vuelva por acá.

BRÍG. ¿De veras, Ciutti?

CIUT. Venid a este balcón, y mirad. ¿Qué veis?

BRÍG. Veo un bergantín que anclado en el río está.

CIUT. Pues su patrón sólo aguarda las órdenes de don Juan, y salvos, en todo caso, a Italia nos llevará.

BRÍG. ¿Cierto?

CIUT. Y nada receláis por vuestra seguridad; que es el barco más velero que boga sobre la mar.

BRÍG. ¡Chist! Ya siento a doña Inés.

CIUT. Pues yo me voy, que don Juan encargó que sola vos debíais con ella hablar.

BRÍG. Y encargó bien, que yo entiendo de esto.

CIUT. Adiós, pues.

BRÍG. Vete en paz.

ESCENA II

DOÑA INÉS, BRÍGIDA

INÉS. Dios mío, ¡cuánto he soñado! Loca estoy: ¿qué hora será?

¿Pero qué es esto, ay de mí?

No recuerdo que jamás

haya visto este aposento.

¿Quién me trajo aquí?

BRÍG. Don Juan.

INÉS. Siempre don Juan..., ¿mas con-
aquí tú también estás, [migo
Brígida?

BRÍG. Sí, doña Inés.

INÉS. Pero dime, en caridad,
¿dónde estamos? ¿Este cuarto
es del convento?

BRÍG. No tal:
aquello era un cuchitril
en donde no había más
que miseria.

INÉS. Pero, en fin,
¿en dónde estamos?

BRÍG. Mirad,
mirad por este balcón,
y alcanzaréis lo que va
desde un convento de monjas
a una quinta de don Juan.

INÉS. ¿Es de don Juan esta quinta?

BRÍG. Y creo que vuestra ya.

INÉS. Pero no comprendo, Brígida,
lo que hablas.

BRÍG. Escuchad.
Estabais en el convento
leyendo con mucho afán
una carta de don Juan,
cuando estalló en un momento
un incendio formidable.

INÉS. ¡Jesús!

BRÍG. Espantoso, inmenso;
el humo era ya tan denso,
que el aire se hizo palpable.

INÉS. Pues no recuerdo...

BRÍG. Las dos
con la carta entretenidas,
olvidamos nuestras vidas,
yo oyendo, y leyendo vos.
Y estaba, en verdad, tan tierna,
que entrambas a su lectura
achacamos la tortura
que sentíamos interna.
Apenas ya respirar
podíamos, y las llamas
prendían ya en nuestras camas:
nos íbamos a asfixiar,
cuando don Juan, que os adora,
y que rondaba el convento,
al ver crecer con el viento
la llama devastadora,

con inaudito valor,
viendo que ibais a abrasaros,
se metió, para salvaros,
por donde pudo mejor.

Vos, al verle así alzar
la celda tan de improviso,
os desmayasteis..., preciso;
la cosa era de esperar.

Y él, cuando os vió caer así,
en sus brazos os tomó
y echó a huir; yo le seguí,
y del fuego nos sacó.

¿Dónde íbamos a esta hora?
Vos seguíais desmayada,
yo estaba ya casi ahogada.

Dijo, pues: «Hasta la aurora
en mi casa las tendré.»
Y henos, doña Inés, aquí.

INÉS. ¿Conque ésta es su casa?

BRÍG. Sí.

INÉS. Pues nada recuerdo, a fe.
Pero..., ¡en su casa...! ¡Oh! Al punto
salgamos de ella..., yo tengo
la de mi padre.

BRÍG. Convento
con vos; pero es el asunto...

INÉS. ¿Qué?

BRÍG. Que no podemos ir.

INÉS. Oír tal me maravilla.

BRÍG. Nos aparta de Sevilla...

INÉS. ¿Quién?

BRÍG. Vedlo, el Guadalquivir.

INÉS. ¿No estamos en la ciudad?

BRÍG. A una legua nos hallamos
de sus murallas.

INÉS. ¡Oh! ¡Estamos
perdidas!

BRÍG. ¡No sé, en verdad,
por qué!

INÉS. Me estás confundiendo,
Brígida... y no sé qué redes

son las que entre estas paredes
temo que me estás tendiendo.

Nunca el claustro abandoné,
ni sé del mundo exterior

los usos: mas tengo honor.

Noble soy, Brígida, y sé
que la casa de don Juan
no es buen sitio para mí:

me lo está diciendo aquí con miradito
no sé qué escondido afán.

Ven, huyamos.

BRÍG. Doña Inés,
la existencia os ha salvado.

INÉS. Sí, pero me ha envenenado
el corazón.

BRÍG. ¿Le amáis, pues?

INÉS. No sé... mas, por compasión,
huyamos pronto de ese hombre,
tras de cuyo solo nombre
se me escapa el corazón.

¡Ah! Tú me diste un papel
de mano de ese hombre escrito,
y algún encanto maldito

me diste encerrado en él.

Una sola vez le vi
por entre unas celosías,

y que estaba, me decías,
en aquel sitio por mí.

Tú, Brígida, a todas horas
me venías de él a hablar,

haciéndome recordar
sus gracias fascinadoras.

Tú me dijiste que estaba
para mí destinado

por mi padre... y me has jurado
en su nombre que me amaba.

¿Que le amo, dices?... Pues bien,
si esto es amar, sí, le amo;

pero yo sé que me infamo
con esa pasión también.

Y si el débil corazón
se me va tras de don Juan,

tirándome de él están
mi honor y mi obligación.

Vamos, pues; vamos de aquí
primero que ese hombre venga;

pues fuerza acaso no tenga
si le veo junto a mí.

Vamos, Brígida.

BRÍG. Esperad.

¿No oís?
INÉS. ¿Qué?

BRÍG. Ruido de remos.

INÉS. Sí, dices bien; volveremos
en un bote a la ciudad.

BRÍG. Mirad, mirad, doña Inés.

INÉS. Acaba..., por Dios, partamos.

BRÍG. Ya imposible que salgamos.

INÉS. ¿Por qué razón?

BRÍG. Porque él es

quien en ese barquichuelo
se adelanta por el río.

INÉS. ¡Ay! ¡Dadme fuerzas, Dios mío!

BRÍG. Ya llegó, ya está en el suelo.

Sus gentes nos volverán
a casa: mas antes de irnos,

es preciso despedirnos
a lo menos de don Juan.

INÉS. Sea, y vamos al instante.

No quiero volverle a ver.

BRÍG. (Los ojos te hará volver
el encontrarle delante.)

Vamos.

INÉS. Vamos. Vamos!

CIUTTI (dentro). Aquí están.

JUAN (idem). Alumbra.

BRÍG. ¡Nos busca!

INÉS. ¡Él es.

ESCENA III

DICHOS, DON JUAN

JUAN. ¿A dónde vais, doña Inés?

INÉS. Dejadme salir, don Juan.

JUAN. ¿Qué os deje salir?

BRÍG. Señor,

sabiendo ya el accidente
del fuego, estará impaciente

por su hija el comendador.

JUAN. ¡El fuego! ¡Ah! No os dé cui-

por don Gonzalo, que ya
dormir tranquilo le hará

el mensaje que le he enviado.

INÉS. ¿Le habéis dicho...?

JUAN. Que os hallabais

bajo mi amparo segura,
y el aura del campo pura

libre, por fin, respirabais;

¡Cálmate, pues, vida mía!

Reposa aquí; y un momento
olvida de tu convento

la triste cárcel sombría.

¡Ah! ¿No es cierto, ángel del amor,
que en esta apartada orilla
más pura la luna brilla

y se respira mejor?
 Esta aura que vaga, llena
 de los sencillos olores
 de las campesinas flores
 que brota esa orilla amena;
 esa agua limpia y serena
 que atraviesa sin temor
 la barca del pescador
 que espera cantando al día,
 ¿no es cierto, paloma mía,
 que están respirando amor?
 Esa armonía que el viento
 recoge entre esos millares
 de floridos olivares,
 que agita con manso aliento;
 ese dulcísimo acento
 con que trina el ruiseñor
 de sus copas morador,
 llamando al cercano día,
 ¿no es verdad, gacela mía,
 que están respirando amor?
 Y estas palabras que están
 filtrando insensiblemente
 tu corazón, ya pendiente
 de los labios de don Juan,
 y cuyas ideas van
 inflamando en su interior
 un fuego germinador
 no encendido todavía,
 ¿no es verdad, estrella mía,
 que están respirando amor?
 Y esas dos líquidas perlas
 que se desprenden tranquilas
 de tus radiantes pupilas
 convidándome a beberlas,
 evaporarse, a no verlas,
 de sí mismas al calor;
 y ese encendido color
 que en tu semblante no había,
 ¿no es verdad, hermosa mía,
 que están respirando amor?
 ¡Oh! Sí, bellísima Inés,
 espejo y luz de mis ojos;
 escucharme sin enojos,
 como lo haces, amor es:
 mira aquí a tus plantas, pues,
 todo el altivo rigor
 de este corazón traidor
 que rendirse no creía,

adorando, vida mía,
 la esclavitud de tu amor.

INÉS. ¡Callad, por Dios, ¡oh, don Juan!,
 que no podré resistir
 mucho tiempo, sin morir,
 tan nunca sentido afán.
 ¡Ah! Callad, por compasión,
 que oyéndoos, me parece
 que mi cerebro enloquece,
 y se arde mi corazón.
 ¡Ah! Me habéis dado a beber
 un filtro infernal sin duda,
 que a rendiros os ayuda
 la virtud de la mujer.

Tal vez poseéis, don Juan,
 un misterioso amuleto,
 que a vos me atrae en secreto
 como irresistible imán.

Tal vez Satán puso en vos
 su vista fascinadora,
 su palabra seductora,
 y el amor que negó a Dios.

¿Y qué he de hacer, ¡ay de mí!,
 sino caer en vuestros brazos,
 si el corazón en pedazos
 me vais robando de aquí?

No, don Juan, en poder mío
 resistirte no está ya:
 yo voy a ti, como va
 sorbido al mar ese río.

Tu presencia me enajena,
 tus palabras me alucinan,
 y tus ojos me fascinan,
 y tu aliento me envenena.

¡Don Juan! ¡don Juan! yo lo imploro
 de tu hidalga compasión:
 o arráncame el corazón,
 o ámame, porque te adoro.

JUAN. ¡Alma mía! Esa palabra
 cambia de modo mi ser,
 que alcanzo que puede hacer
 hasta que el Edén se me abraza.
 No es, doña Inés, Satanás
 quien pone este amor en mí:
 es Dios, que quiere por tí
 ganarme para Él quízás.
 No; el amor que hoy se atesora
 en mi corazón mortal,
 no es un amor terrenal.

como el que sentí hasta ahora; no es esa chispa fugaz que cualquier ráfaga apaga; es incendio que se traga cuanto ve, inmenso, voraz. Desecha, pues, tu inquietud, bellísima doña Inés, porque me siento a tus pies capaz aún de la virtud. Sí; iré mi orgullo a postrar ante el buen comandador, y, o habrá de darme tu amor, o me tendrá que matar.

INÉS. ¡Don Juan de mi corazón!

JUAN. ¡Silencio! ¿Habéis escuchado?

INÉS. ¿Qué?

JUAN. Sí, una barca ha atracado

(Mira por el balcón.)

debajo de ese balcón. Un hombre embozado de ella salta... Brígida, al momento pasad a ese otro aposento, y perdonad, Inés bella, si solo me importa estar.

INÉS. ¿Tardarás?

JUAN. Poco ha de ser.

INÉS. A mi padre hemos de ver.

JUAN. Sí, en cuanto empiece a clarear. Adiós.

ESCENA IV

DON JUAN, CIUTTI

CIUTTI. ¿Señor?

JUAN. ¿Qué sucede?

CIUTTI. Ahí está un embozado

en veros muy empenado.

JUAN. ¿Quién es?

CIUTTI. Dice que no puede descubrirse más que a vos, y que es cosa de tal priesa, que en ella se os interesa la vida a entrambos a dos.

JUAN. ¿Y en él no has reconocido marca ni señal alguna que nos oriente?

CIUTTI. Ninguna;

mas a veros decidido viene.

JUAN. ¿Trae gente?

CIUTTI. No más.

que los remeros del bote.

JUAN. Que entre.

ESCENA V

DON JUAN; luego CIUTTI y DON LUIS embozado

JUAN. ¡Jugamos a escote

la vida...! Mas ¿si es quizás

un traidor que hasta mi quinta

me viene siguiendo el paso?

Hálleme, pues, por si acaso

con las armas en la cinta.

(Se ciñe la espada y suspende al cinto un

par de pistolas que habrá colocado sobre

la mesa a su salida en la escena tercera.

Al momento sale Ciutti conduciendo a

don Luis, que, embozado hasta los ojos,

espera a que se queden solos. Don Juan

hace a Ciutti una seña para que se retire. Lo hace.)

ESCENA VI

DON JUAN, DON LUIS

JUAN. (Buen talante.) Bien venido, y caballero.

LUIS. Bien hallado, señor mío.

JUAN. Sin cuidado os he hablado.

LUIS. Jamás lo he tenido.

JUAN. Decid, pues: ¿a qué venis a esta hora y con tal afán?

LUIS. Vengo a mataros, don Juan.

JUAN. Según eso, sois don Luis.

LUIS. No os engañó el corazón, y el tiempo no malgastemos, don Juan: los dos no cabemos

ya en la tierra.

JUAN. En conclusión, señor Mejía, ¿es decir, que porque os ganó la apuesta

queréis que acabe la fiesta con salirnos a batir?

LUIS. Estáis puesto en la razón: la vida apostado habemos, y es fuerza que nos paguemos.

JUAN. Soy de la misma opinión. Mas ved que os debó advertir que seís vos quien la ha perdido.

LUIS. Pues por eso os la he traído; mas no creo que morir deba nunca un caballero que lleva en el cinto espada, como una res destinada por su dueño al matadero.

JUAN. Ni yo creo que resquicio a habréis jamás encontrado por donde me hayáis tomado por un cortador de oficio.

LUIS. De ningún modo; y ya veis que, pues os vengó a buscar, mucho en vos debo fiar.

JUAN. No más de lo que podéis. Y por mostraros mejor y generoso hidalguía, decid si aún puedo, Mejía, satisfacer vuestro honor.

Leal la apuesta os gané; mas si tanto os ha escócido, mirad si halláis conocido remedio, y le aplicaré.

LUIS. No hay más que el que os he [propuesto], don Juan. Me habéis maniatado, y habéis la casa asaltado usurpándome mi puesto;

y pues el mío tomasteis para triunfar de doña Ana, no sois vos, don Juan, quien gana, porque por otro jugasteis.

JUAN. Ardides del juego son. LUIS. Pues no os los quiero pasar, y por ellos a jugar vamos ahora el corazón.

JUAN. ¿Le arriesgáis, pues, en revancha de doña Ana de Pantoja?

LUIS. Si; y lo que tardo me enoja en lavar tan fea mancha.

Don Juan, yo la amaba, si;

mas con lo que habéis osado, imposible la hais dejado para vos y para mí.

JUAN. ¿Por qué la apostasteis, pues?

LUIS. Porque no pude pensar que la pudierais lograr. Y si vamos, por San Andrés, a reñir, que me impaciento.

JUAN. Bajemos a la ribera.

LUIS. Aquí mismo.

JUAN. Necio fuera: ¿no veis que en este aposento prendieran al vencedor?

Vos traéis una barquilla; LUIS. Sí.

JUAN. Pues que lleve a Sevilla al que quede.

LUIS. Eso es mejor; salgamos, pues.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

LUIS. Pues no perdamos momento.

JUAN. Esperad.

LUIS. ¿Qué sucede?

JUAN. Ruido sientó.

en valor que es tan notorio, al
mas no me fio de vos.

JUAN. Ved que las partes son dos
de la apuesta con Tenorio,
y que ganadas están.

LUIS. ¿Lograsteis a un tiempo...

JUAN. Si:
la del convento está aquí:

y pues viene de don Juan
a reclamarla quien puede,
cuando me podéis matar

no debo asunto dejar
tras mí que pendiente quede.

LUIS. Pero mirad qué meter
quien puede el lance impedir
entre los dos, puede ser...

JUAN. ¿Qué?

LUIS. Excusaros de reñir.

JUAN. ¡Miserable...! De don Juan
podéis dudar sólo vos:

mas aquí entrad, ¡vive Dios!
y no tengáis tanto afán

por vengaros, que este asunto
arreglado con ese hombre,
don Luis, yo os juro en mi nombre
que nos batimos al punto.

LUIS. Pero...

JUAN. ¡Con una legión
de diablos! Entrad aquí;

que barta nobleza es en mí
aún daros satisfacción.

Desde ahí ved y escuchad;
franca tenéis esa puerta.

Si veis mi conducta incierta,
como os acomode obrad.

LUIS. Me avengo, si muy reacio
no andáis.

JUAN. Calculadlo vos
a placer: mas, ¡vive Dios!,
que para todo hay espacio.

(*Entra don Luis en el cuarto que don Juan
le señala.*)

Ya suben. (*Don Juan escucha.*)

GONZ. (*dentro.*) ¿Dónde está?

JUAN. Él es.

ESCENA IX.

DON JUAN, DON GONZALO

GONZ. ¿Adónde está ese traidor?

JUAN. Aquí está, comendador.

GONZ. ¿De rodillas?

JUAN. Y a tus pies.

GONZ. Vil eres hasta en tus crímenes.

JUAN. Anciano, la lengua ten,
y escúchame un solo instante.

GONZ. ¿Qué puede en tu lengua haber

que borre lo que tu mano
escribió en este papel?

¡Ir a sorprender, ¡infame!,
la cándida sencillez

de quien no pudo el veneno
de esas letras precaver!

¡Derramar en su alma virgen
traidoramente la hiel

en que rebosa la tuya,
seca de virtud y fe!

¡Proponerse así enlodar
de mis timbres la alta prez,

como si fuera un harapo
que desecha un mercader!

¿Ese es el valor, Tenorio,
de que blasonas? ¿Esa es

la proverbial osadía
que te da al vulgo a temer?

¿Con viejos y con doncellas
la muestras...? Y ¿para qué?

¡Vive Dios!, para venir
sus plantas así a lamer

mostrándote a un tiempo ajeno
de valor y de honradez.

JUAN. ¡Comendador!

GONZ. Miserable,
tú has robado a mi hija Inés

de su convento, y yo vengo
por tu vida, o por mi bien.

JUAN. Jamás delante de un hombre
mi alta cerviz incliné,

ni he suplicado jamás,
ni a mi padre, ni a mi rey.

Y pues conservo a tus plantas
la postura en que me ves,

considera, don Gonzalo,
qué razón debo tener.

GONZ. Lo que tienes, es pavor de mi justicia.

JUAN. ¡Pardiez!
 Óyeme, comendador, o tenerme no sabré, y seré quien siempre he sido, no queriéndolo ahora ser.

GONZ. ¡Vive Dios!
 JUAN. Comendador,

yo idolatro a doña Inés, persuadido de que el cielo nos la quiso conceder para enderezar mis pasos por el sendero del bien.

No amé la hermosura en ella, ni sus gracias adoré;

lo que adoro es la virtud, don Gonzalo, en doña Inés.

Lo que justicias ni obispos ni pudieron de mí hacer con cárceles y sermones,

lo pudo su candidez.

Su amor me torna en otro hombre, regenerando mi ser,

y ella puede hacer un ángel de quien un demonio fué.

Escucha, pues, don Gonzalo, lo que te puede ofrecer

el audaz don Juan Tenorio de rodillas a tus pies.

Yo seré esclavo de tu hija, en tu casa viviré,

tú gobernarás mi hacienda, diciéndome esto ha de ser.

El tiempo que señalares, en reclusión estaré;

cuantas pruebas exigieres de mi audacia o mi altivez,

del modo que me ordenares con sumisión te daré;

y cuando estime tu juicio que la puedo merecer,

yo la daré un buen esposo y ella me dará el Edén.

GONZ. Basta, don Juan; no sé cómo me he podido contener,

oyendo tan torpes pruebas de tu infame avilantez.

Don Juan, tú eres un cobarde

cuando en la ocasión te ves, y no hay baja a que no oses como te saque con bien.

JUAN. ¡Don Gonzalo!
 GONZ. Y me ayergüenzo

de mirarte así a mis pies, lo que apostabas por fuerza suplicando por merced.

JUAN. Todo así se satisface, don Gonzalo, de una vez.

GONZ. ¡Nunca, nuncal ¿Tú su esposo? Primero la mataré.

¡Ea! Entrégamela al punto, o sin poderme valer,

en esa postura vil el pecho te cruzaré.

JUAN. Míralo bien, don Gonzalo; que vas a hacerme peder

con ella hasta la esperanza de mi salvación tal vez.

GONZ. ¿Y qué tengo yo, don Juan, con tu salvación que ver?

JUAN. ¡Comendador, que me pierdes!
 GONZ. Mi hija.

JUAN. Considera bien que por cuantos medios pude

te quise satisfacer; y que con armas al cinto

tus denuestos toleré; proponiéndote la paz

de rodillas a tus pies.

ESCENA X

DICHOS; DON LUIS, *soltando una carcajada de burla*

LUIS. Muy bien, don Juan.

JUAN. ¡Vive Dios!
 GONZ. ¿Quién es ese hombre?

LUIS. Un testigo de su miedo, y un amigo,

comendador, para vos.

JUAN. ¡Don Luis!

LUIS. Ya he visto bastante, don Juan, para conocer

cuál uso puede hacer de tu valor arrogante; y quien hiere por detrás

y se humilla en la ocasión,
es tan vil como el ladrón
que roba y huye.

JUAN. ¿Esto más?

LUIS. Y pues la ira soberana
de Dios junta, como ves,
al padre de doña Inés
y al vengador de doña Ana,
mira el fin que aquí te espera
cuando a igual tiempo te alcanza,
aquí dentro su venganza
y la justicia allá fuera.

GONZ. ¡Oh! Ahora comprendo... ¿Sois
el que...?

LUIS. Soy don Luis Mejía,
a quien a tiempo os envía
por vuestra venganza Dios.

JUAN. ¡Basta, pues, de tal suplicio!
Si con hacienda y honor
ni os muestro ni doy valor
a mi franco sacrificio:

y la leal solicitud
con que ofrezco cuanto puedo
tomáis, ¡vive Dios! por miedo
y os mostráis de mi virtud,
os acepto el que me dais
plazo breve y perentorio,
para mostrarme el Tenorio
de cuyo valor dudáis.

LUIS. Sea; y cae a nuestros pies,
digno al menos de esa fama
que por tan bravo te aclama.

JUAN. Y venza el infierno, pues.
Ulloa, pues mi alma así
vuelves a hundir en el vicio,
cuando Dios me llame a juicio,
tú responderás por mí.

(*Le da un pistoletazo.*)

GONZ. ¡Asesino! (Cae.)

JUAN. Y tú, insensato,
que me llamas vil ladrón,
di en prueba de tu razón
que cara a cara te mató.

(*Riñen, y le da una estocada.*)

LUIS. ¡Jesús! (Cae.)

JUAN. Tarde tu fe ciega
acude al cielo, Mejía,
y no fué por culpa mía;

pero la justicia llega,
y a fe que ha de ver quién soy;

CIUT. (dentro). ¿Don Juan?

JUAN. (asomado al balcón). ¿Quién es?
CIUT. (dentro). Por aquí,

salvaos.

JUAN. ¿Hay paso?
CIUT. Sí;

arrojaos.

JUAN. Allá voy.

Llamé al cielo y no me oyó,
y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos en la tierra
responda el cielo, y no yo.

(*Se arroja por el balcón, y se le oye caer
en el agua del río, al mismo tiempo
que el ruido de los remos muestra la
rapidez del barco en que parte; se oyen
golpes en las puertas de la habitación;
poco después entra la justicia, solda-
dos, etc.*)

ESCENA XI

Alguaciles, Soldados; luego DOÑA INÉS
y BRÍGIDA

ALG. 1.º El tiro ha sonado aquí.

ALG. 2.º Aún hay humo.

ALG. 1.º ¡Santo Dios!

Aquí hay un cadáver.

ALG. 2.º Dos.

ALG. 1.º ¿Y el matador?

ALG. 2.º Por allí.

(*Abren el cuarto en que están doña Inés
y Brígida, y las sacan a la escena;
doña Inés reconoce el cadáver de su
padre.*)

ALG. 2.º ¡Dos mujeres!
INÉS. ¡Ah, qué horror,

padre mío!

ALG. 1.º ¡Es su hija!

BRÍG. Sí.

INÉS. ¡Ay! ¿Dó estás, don Juan, que

me olvidas en tal dolor?

ALG. 1.º Él le asesinó.

INÉS. ¡Dios mío!

¿Me guardabas esto más?

ALG. 2.º Por aquí ese Satanás se arrojó, sin duda, al río.

ALG. 1.º Miradlos... a bordo están del bergantín calabrés.

TODOS. ¡Justicia por doña Inés!

INÉS. Pero no contra don Juan.

(*Cayendo de rodillas.*)

PARTE SEGUNDA

ACTO PRIMERO

LA SOMBRA DE DOÑA INÉS

Panteón de la familia Tenorio.—El teatro representa un magnífico cementerio, hermoso a manera de jardín. En primer término, aislados y de bulto, los sepulcros de don Gonzalo de Ulloa, de doña Inés y de don Luis Mejía, sobre los cuales se ven sus estatuas de piedra. El sepulcro de don Gonzalo a la derecha, y su estatua de rodillas; el de don Luis a la izquierda, y su estatua también de rodillas; el de doña Inés en el centro, y su estatua de pie. En segundo término otros dos sepulcros en la forma que convenga; y en el tercer término y en puesto elevado, el sepulcro y estatua del fundador don Diego Tenorio, en cuya figura remata la perspectiva de los sepulcros. Una pared llena de nichos y lápidas circuye el cuadro hasta el horizonte. Dos florones a cada lado de la tumba de doña Inés, dispuestos a servir de la manera que a su tiempo exige el juego escénico. Cipreses y flores de todas clases embellecen la decoración, que no debe tener nada de horrible. La acción se supone en una tranquila noche de verano, y alumbrada por una clarísima luna.

ESCENA PRIMERA

EL ESCULTOR, disponiéndose a marchar

Pues, señor, es cosa hecha: el alma del buen don Diego puede, a mi ver, con sosiego reposar muy satisfecha. La obra está rematada con cuanta suntuosidad su postrera voluntad dejó al mundo encomendada. Y ya quisieran, ¡pardiez!, todos los ricos que mueren que su voluntad cumplieren

los vivos, como esta vez. Mas ya de marcharme es hora:

todo corriente lo dejo, y de Sevilla me alejo al despuntar de la aurora.

¡Ah! Mármoles que mis manos al pulieron con tanto afán,

mañana os contemplarán los absortos sevillanos;

y al mirar de este panteón a las gigantes proporciones,

tendrán las generaciones la nuestra en veneración.

Mas yendo y viniendo días, se hundirán unas tras otras,

mientras en pie estaréis vosotras, póstumas memorias mías.

¡Oh! frutos de mis desvelos, ¡Peñas a quien yo animé

y por quienes arrostré la intemperie de los cielos;

el que forma y ser os dió, va ya a perderos de vista;

¡velad mi gloria de artista, pues viviréis más que yo!

Mas ¿quién llega?

ESCENA II

EL ESCULTOR; DON JUAN, que entra embozado

ESC. Caballero...

JUAN. Dios le guarde.

ESC. Perdonad, mas ya es tarde y...

JUAN. Aguardad un instante, porque quiero que me expliquéis...

ESC. ¿Por acaso sois forastero?

JUAN. Años ha que me faltó de España ya,

y me chocó el ver al paso, cuando a estas verjas llegué,

que encontraba este recinto enteramente distinto

de cuando yo le dejé.

ESC. Yo lo creo; como que esto

era entonces un palacio, y hoy es panteón el espacio donde aquél estuvo puesto.

JUAN. ¡El palacio hecho panteón!

ESC. Tal fué de su antiguo dueño la voluntad, y fué empeño que dió al mundo admiración.

JUAN. ¡Y por Dios que es de admirar!

ESC. Es una famosa historia, a la cual debo mi gloria.

JUAN. ¿Me la podréis relatar?

ESC. Sí; aunque muy sucintamente, pues me aguardan.

JUAN. Sea.

ESC. Oíd la verdad pura.

JUAN. Decid, que me tenéis impaciente.

ESC. Pues habitó esta ciudad y este palacio heredado, un varón muy estimado por su noble calidad.

JUAN. Don Diego Tenorio.

ESC. El mismo.

Tuvo un hijo este don Diego peor mil veces que el fuego, un aborto del abismo.

Un mozo sangriento y cruel, que con tierra y cielo en guerra, dicen que nada en la tierra fué respetado por él.

Quimerista, seductor y jugador con ventura, no hubo para él segura vida, ni hacienda, ni honor.

Así le pinta la historia, y si tal era, por cierto que obró cuerdamente el muerto para ganarse la gloria.

JUAN. Pues ¿cómo obró?

ESC. Dejó entera

su hacienda al que la empleara en un panteón que asombrara a la gente venidera.

Mas con condición, que dijo que se enterraran en él los que a la mano cruel sucumbieron de su hijo. Y mirad en derredor

los sepuleros de los más de ellos.

JUAN. ¿Y vos sois, quizás, el conserje.

ESC. El escultor de estas obras encargado.

JUAN. ¡Ah! ¿Y las habéis concluido?

ESC. Ha un mes; mas me he detenido hasta ver ese enverjado colocado en su lugar;

pues he querido impedir que pueda el vulgo venir este sitio a profanar.

JUAN (mirando).

¡Bien empleó sus riquezas el difunto.

ESC. ¡Ya lo creo!

Miradle allí.

JUAN. Ya le veo.

ESC. ¿Le conocisteis?

JUAN. Sí.

ESC. Piezas

son todas muy parecidas y a conciencia trabajadas.

JUAN. ¡Cierto que son extremadas!

ESC. ¿Os han sido conocidas las personas?

JUAN. Todas ellas.

ESC. ¿Y os parecen bien?

JUAN. Sin duda, según lo que a ver me ayuda el fulgor de las estrellas.

ESC. ¡Oh! Se ven como de día con esta luna tan clara.

Ésta es mármol de Carrara.

(Señalando a la de don Luis.)

JUAN. ¡Buen busto es el de Mejía! (Contempla las estatuas unas tras otras.)

¡Hola! Aquí el comendador se representa muy bien.

ESC. Yo quise poner también la estatua del matador entre sus víctimas, pero

no pude a manos haber su retrato... Un Lucifer dicen que era el caballero don Juan Tenorio.

JUAN. ¡Muy malo!

Mas como pudiera hablar,

le había algo de abonar la estatua de don Gonzalo.

ESC. ¿También habéis conocido a don Juan?

JUAN. Mucho. Don Diego ESC.

le abandonó desde luego desheredándole.

JUAN. Ha sido para don Juan poco daño ese, porque la fortuna va tras él desde la cuna.

ESC. Dicen que ha muerto.

JUAN. Es engaño: vive.

ESC. ¿Y dónde?

JUAN. Aquí, en Sevilla.

ESC. ¿Y no temé que el furor popular...?

JUAN. En su valor no ha echado el miedo semilla.

ESC. Mas cuando vea el lugar en que está ya convertido

el solar que suyo ha sido, no osará en Sevilla estar.

JUAN. Antes ver tendrá a fortuna en su casa reunidas

personas de él conocidas, puesto que no odia a ninguna.

ESC. ¿Creéis que ose aquí venir?

JUAN. ¿Por qué no? Pienso, a mi ver, que donde vino a nacer

justo es que venga a morir. Y pues le quitan su herencia

para enterrar a éstos bien, a él es muy justo también

que le entierren con decencia. ESC. Sólo a él le está prohibida

en este panteón la entrada. JUAN. Trae don Juan muy buena es-

[pada, y no sé quién se la impida.

ESC. ¡Jesús! ¡Tal profanación!

JUAN. Hombre es don Juan que, a volverá el palacio a hacer

encima del panteón. ESC. ¿Tan audaz ese hombre es

que aún a los muertos se atreve?

JUAN. ¿Qué respetos gastar debe con los que tendió a sus pies?

ESC. ¿Pero no tiene conciencia, ni alma ese hombre?

JUAN. Tal vez no, que al cielo una vez llamó

con voces de penitencia, y el cielo, en trance tan fuerte

allí mismo le metió, que a dos inocentes dió,

para salvarse, la muerte. ESC. ¡Qué monstruo, supremo Dios!

JUAN. Podéis estar convencido de que Dios no le ha querido.

ESC. Tal será.

JUAN. Mejor que vos.

ESC. (¿Y quién será el que a don

[Juan abona con tanto brío?)

Caballero, a pesar mío, como aguardándome están...

JUAN. Idos, pues, enhorabuena.

ESC. He de cerrar.

JUAN. No cerréis,

y marchaos.

ESC. ¿Mas no veis...?

JUAN. Veo una noche serena

y un lugar que me acomoda

para gozar su frescura,

y aquí he de estar a mi holgura,

si pesa a Sevilla toda.

ESC. (¿Si acaso padecerá

de locura desvarios?)

JUAN (dirigiéndose a las estatuas).

Ya estoy aquí, amigos míos.

ESC. ¿No lo dije? Loco está.

JUAN. Mas, ¡cielos, qué es lo que veo.

O es ilusión de mi vista,

o a doña Inés el artista

aquí representa, creo.

ESC. Sin duda.

JUAN. ¿También murió?

ESC. Dicen que de sentimiento

cuando de nuevo al convento

abandonada volvió al momento

por don Juan.

JUAN. ¿Y yace aquí?

ESC. Sí.

JUAN. ¿La visteis muerta vos?

ESC. Sí.

JUAN. ¿Cómo estaba?

ESC. Por Dios.

que dormida la creí.
La muerte fué tan piadosa
con su cándida hermosura,
que la envió con la frescura
y las tintas de la rosa.

JUAN. ¡Ah! Mal la muerte podría
deshacer con torpe mano
el semblante soberano
que un ángel envidiaría.

¡Cuán bella y cuán parecida
su efigie en el mármol es!
¡Quién pudiera, doña Inés,
volver a darte la vida!
¿Es obra del cincel vuestro?

ESC. Como todas las demás.

JUAN. Pues bien merecés algo más
un retrato tan maestro.
Tomad.

ESC. ¿Qué me dais aquí?

JUAN. ¿No le veís?

ESC. Mas... caballero...

¿Por qué razón...?
JUAN. Porque quiero
yo que os acordéis de mí.

ESC. Mirad que están bien pagadas.

JUAN. Así lo estarán mejor.

ESC. Mas vamos de aquí, señor,
que aún las llaves entregadas
no están, y al salir la aurora
tengo que partir de aquí.

JUAN. Entregádmelas a mí,
y marchaos desde ahora.

ESC. ¿A vos?

JUAN. A mí: ¿qué dudáis?

ESC. Como no tengo el honor...

JUAN. Ea, acabad, escultor.

ESC. Si el nombre al menos que usáis
supiera...

JUAN. ¡Viven los cielos!

Dejad a don Juan Tenorio
velar el lecho mortuario
en que duermen sus abuelos.

ESC. ¡Don Juan Tenorio!

JUAN. Yo soy.

Y si no me satisfaces,

compañía juro que haces
a tus estatuas desde hoy.

ESC. *(alargándole las llaves.)*
Tomad. (No quiero la piel
dejar aquí entre sus manos.
Ahora, que los sevillanos
se las compongan con él.) *(Vase.)*

ESCENA III

DON JUAN

Mi buen padre empleó en esto
entera la hacienda mía:
hizo bien: yo al otro día
la hubiera a una carta puesto.

No os podéis quejar de mí,
vosotros a quien maté;
si buena vida os quité,
buena sepultura os di.

¡Magnífica es, en verdad,
la idea del tal panteón!

Y... siento que el corazón
me halaga esta soledad.

¡Hermosa noche...! ¡Ay de mí!

¡Cuántas como ésta tan puras,
en infames aventuras
desatinado perdí!

¡Cuántas, al mismo fulgor
de esa luna trasparente,

arranqué a algún inocente
la existencia o el honor!

Sí, después de tantos años
cuyos recuerdos me espantan,

siento que en mí se levantan
pensamientos en mí extraños.

¡Oh! Acaso me los inspira
desde el cielo, en donde mora,

esa sombra protectora
que por mi mal no respira.

*(Se dirige a la estatua de doña Inés, hablán-
dola con respeto.)*

Mármol en quien doña Inés
en cuerpo sin alma existe,

deja que el alma de un triste
llore un momento a tus pies.

De azares mil a través
conservé tu imagen pura,

y pues la mala ventura

te asesinó de don Juan,
contempla con cuánto afán
vendrá hoy a tu sepultura.

En ti nada más pensó
desde que se fué de ti;
y desde que huyó de aquí,
sólo en volver meditó.
Don Juan tan sólo esperó
de doña Inés su ventura,
y hoy, que en pos de su hermosura
vuelve el infeliz don Juan,
mira cuál será su afán
al dar con tu sepultura.

Inocente doña Inés,
cuya hermosa juventud
encerró en el ataúd
quien llorando está a tus pies;
si de esa piedra a través
puedes mirar la amargura
del alma que tu hermosura
adoró con tanto afán,
prepara un lado a don Juan
en tu misma sepultura.

Dios te erió por mi bien,
por ti pensé en la virtud,
adoré su excelsitud,
y anhelé su santo Edén.
Sí; aún hoy mismo en ti también
mi esperanza se asegura,
que oigo una voz que murmura
en derredor de don Juan
palabras con que su afán
se calma en tu sepultura.

¡Oh, doña Inés de mi vidual!
Si esa voz con quien deliro
es el postrimer suspiro
de tu eterna despedida;
si es que de ti desprendida
llega esa voz a la altura,
y hay un Dios tras esa anchura
por donde los astros van,
dile que mire a don Juan
llorando en tu sepultura.

(Se apoya en el sepulcro, ocultando el rostro; y mientras se conserva en esta postura, un vapor que se levanta del sepulcro oculta la estatua de doña Inés. Cuando el vapor se desvanece, la estatua

ha desaparecido. Don Juan sale de su enajenamiento.)

Este mármol sepulcral
adormece mi vigor,
y sentir creo en redor
un ser sobrenatural.
Mas... ¡cielos! ¡El pedestal
no mantiene su escultural!
¿Qué es esto? ¿Aquella figura
fué creación de mi afán?

ESCENA IV

(El llorón y las flores de la izquierda del sepulcro de doña Inés se cambian en una apariencia, dejando ver dentro de ella, y en medio de resplandores, la sombra de doña Inés.)

DON JUAN, la sombra de DOÑA INÉS.

SOMBRA. No; mi espíritu, don Juan,
te aguardó en mi sepultura.

JUAN (de rodillas.) ¡Doña Inés! Sombra

[querida,
alma de mi corazón,
¡no me quites la razón
si me has de dejar la vidual!
Si eres imagen fingida,
sólo hija de mi locura,
no aumentes mi desventura
burlando mi loco afán.

SOMBRA. Yo soy doña Inés, don Juan,
que te oyó en su sepultura.

JUAN. ¿Conque vives?

SOMBRA. Para ti;
mas tengo mi purgatorio
en ese mármol mortuario
que labraron para mí.

Yo a Dios mi alma ofrecí
en precio de tu alma impura,
y Dios, al ver la ternura
con que te amaba mi afán,
me dijo: «—Espera a don Juan
en tu misma sepultura.

•Y pues quieres ser tan fiel
a un amor de Satanás,
con don Juan te salvarás,
o te perderás con él.

«Por él vela; mas si cruel
 «te desprecia tu ternura,
 «y en su torpeza y locura
 «sigue con bárbaro afán,
 «llévese tu alma don Juan
 «de tu misma sepultura.»

JUAN (fascinado).

¡Yo estoy soñando quizás
 con las sombras de un Edén!

SOMBRA. No: y ve que si piensas bien,
 a tu lado me tendrás;
 mas si obras mal, causarás
 nuestra eterna desventura.

Y medita con cordura
 que es esta noche, don Juan,
 el espacio que nos dan
 para buscar sepultura.

Adiós, pues; y en la ardua lucha
 en que va a entrar tu existencia,
 de tu dormida conciencia
 la voz que va a alzarse escucha;
 porque es de importancia mucha
 meditar con sumo tiento
 la elección de aquel momento
 que, sin poder evadirnos,
 al mal o al bien ha de abrirnos
 la losa del monumento.

(Ciérrase la apariencia; desaparece doña
 Inés, y todo queda como al principio
 del acto, menos la estatua de doña Inés
 que no vuelve a su lugar. Don Juan
 queda atónito.)

ESCENA V

DON JUAN

¡Cielos! ¿Qué es lo que escuché?
 ¡Hasta los muertos así
 dejan sus tumbas por mí!
 Mas sombra, delirio fué.
 Yo en mi mente la forjé;
 la imaginación le dió
 la forma en que se mostró,
 y ciego vine a creer
 en la realidad de un ser
 que mi mente fabricó.

Mas nunca de modo tal
 fanatizó mi razón

mi loca imaginación.
 con su poder ideal.

Sí, algo sobrenatural
 vi en aquella doña Inés
 tan vaporosa, a través
 aún de esa enramada espesa;
 mas... ¡bah!, circunstancia es esa
 que propia de sombras es.

¿Qué más diáfano y sutil
 que las quimeras de un sueño?

¿Dónde hay nada más risueño,
 más flexible y más gentil?

¿Y no pasa veces mil
 que, en febril exaltación,
 ve nuestra imaginación
 como ser y realidad
 la vacía vanidad
 de una anhelada ilusión?

¡Sí, por Dios, delirio fué!
 Mas su estatua estaba aquí.

Sí, yo la vi y la toqué,
 y aun en albricias le di
 al escultor no sé qué.

¡Y ahora sólo el pedestal
 veo en la urna funeral!

¡Cielos! La mente me falta,
 o de improviso me asalta
 algún vértigo infernal.

¿Qué dijo aquella visión?
 ¡Oh! Yo lo oí claramente,
 y su voz triste y doliente
 resonó en mi corazón.

¡Ah! ¡Y breves las horas son
 del plazo que nos augura!

No, no: ¡de mí calentura
 delirio insensato es!

Mi fiebre fué a doña Inés
 quien abrió la sepultura.

¡Pasad y desvaneced;
 pasad, siniestros vapores
 de mis perdidos amores
 y mis fallidos deseos!

¡Pasad, vanos devaneos
 de un amor muerto al nacer;
 no me volváis a traer
 entre vuestro torbellino,
 ese fantasma divino
 que recuerda una mujer!

¡Ah! ¡Estos sueños me aniquilan,

mi cerebro se enloquece...
y esos mármoles parece
que estremecidos vacilan!
(Las estatuas se mueven lentamente y vuelven la cabeza hacia él.)

¡Sí, sí; ¡sus bustos oscilan,
su vago contorno medra...!
Pero don Juan no se arredra:
¡alzaos, fantasmas vanos,
y os volveré con mis manos
a vuestros lechos de piedra!

No, no me causan pavor
vuestros semblantes esquivos;
jamás, ni muertos ni vivos,
humillaréis mi valor.

Yo soy vuestro matador,
como al mundo es bien notorio;
si en vuestro alcázar mortuorio
me aprestáis venganza fiera,
daos prisa; aquí os espera
otra vez don Juan Tenorio.

ESCENA VI

DON JUAN, EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA

CENT. (dentro). ¿Don Juan Tenorio?
JUAN (volviendo en sí). ¿Qué es eso?
¿Quién me repite mi nombre?

AVELL. (saliendo). ¿Veis a alguien?

(A Centellas.)
CENT. (idem). Sí, allí hay un hombre.

JUAN. ¿Quién va?

AVELL. Él es.
CENT. (yéndose a don Juan).

Yo pierdo el seso
con la alegría. ¡Don Juan!

AVELL. ¡Señor Tenorio!
JUAN. ¡Apartaos,

vanas sombras!
CENT. Reportaos, señor don Juan... Los que están

en vuestra presencia ahora,
no son sombras, hombres son,

y hombres cuyo corazón
y vuestra amistad atesora.

A la luz de las estrellas
os hemos reconocido,

y un abrazo hemos venido
a daros.

JUAN. Gracias, Centellas.
CENT. Mas ¿qué tenéis? ¡Por mi vida

que os tiembla el brazo, y está
vuestra faz descolorida!

JUAN (recobrando su aplomo).
La luna tal vez lo hará.

AVELL. Mas, don Juan, ¿qué hacéis
¿Este sitio conocéis?

JUAN. ¿No es un panteón?
CENT. Y sabéis

a quien pertenece?
JUAN. A mí:

mirad a mi alrededor,
y no veréis más que amigos

de mi niñez, o testigos
de mi audacia y mi valor.

CENT. Pero os oímos hablar:
¿con quién estabais?

JUAN. Con ellos.
CENT. ¿Venís aún a escarneckellos?

JUAN. No, los vengo a visitar.
Mas un vértigo insensato

que la mente me asaltó,
un momento me turbó;

y a fe que me dió mal rato.
Esos fantasmas de piedra

me amenazaban tan fieros,
que a mí acercado a no haberos

pronto...
CENT. ¡Ja, ¡ja, ¡ja! ¿Os arredra,

don Juan, como a los villanos
el temor de los difuntos?

JUAN. No a fé; contra todos juntos
tengo aliento y tengo manos.

Si volvieran a salir
de las tumbas en que están,

a las manos de don Juan
volverían a morir.

Y desde aquí en adelante
sabed, señor capitán,

que yo soy siempre don Juan,
y no hay cosa que me espante.

Un vapor calenturiento
un punto me fascinó,

Centellas, mas ya pasó:
cualquiera duda un momento.

AVELL. y CENT. Es verdad.

JUAN. Vamos de aquí.
CENT. Vamos, y nos contaréis cómo a Sevilla volvéis tercera vez.

JUAN. Lo haré así, si mi historia os interesa; y a fe que ofrse merece, aunque mejor me parece que la oigáis de sobremesa.
¿No opináis...?

AVELL. y CENT. Como gustéis.

JUAN. Pues bien: cenaréis conmigo y en mi casa.

CENT. Pero digo, ¿es cosa de que dejéis algún huésped por nosotros?
¿No tenéis gato encerrado?

JUAN. ¡Bah! Si apenas he llegado: no habrá allí más que vosotros esta noche.

CENT. ¿Y no hay tapada a quien algún plantón demos?

JUAN. Los tres solos cenaremos. Digo, si de esta jornada no quiere igualmente ser alguno de éstos.

(Señalando a las estatuas de los sepulcros.)

CENT. Don Juan, dejad tranquilos yacer a los que con Dios están.

JUAN. ¡Hola! ¿Parece que vos sois ahora el que teméis, y mala cara ponéis a los muertos? Mas, ¿por Dios que ya que de mí os burlasteis cuando me visteis así, en lo que penda de mí os mostraré cuánto errasteis!

Por mí, pues, no ha de quedar: y a poder ser, estad ciertos que cenaréis con los muertos, y os los voy a convidar.

AVELL. Dejaos de esas quimeras.

JUAN. ¿Duda en mi valor ponerme, y cuando hombre soy para hacerme platos de sus calaveras? Yo a nada tengo pavor.
(Dirigiéndose a la estatua de don Gonzalo, que es la que tiene más cerca.)

Tú eres el más ofendido; mas si quieres, te convido a cenar, comendador. Que no lo puedas hacer, creo, y es lo que me pesa; mas por mi parte, en la mesa te haré un cubierto poner. Y a fe que favor me harás, pues podré saber de ti, si hay más mundo que el de aquí, y otra vida, en que jamás, a decir verdad, creí.

CENT. Don Juan, eso no es valor; locura, delirio es.

JUAN. Como lo juzguéis mejor: yo cumplo así. Vamos, pues. Lo dicho, comendador.

ACTO SEGUNDO

LA ESTATUA DE DON GONZALO

Aposento de don Juan Tenorio.—Dos puertas en el fondo a derecha e izquierda, preparadas para el fuego escénico del acto. Otra puerta en el bastidor que cierra la decoración por la izquierda. Ventana en el de la derecha.—Al alzarse el telón están sentados a la mesa don Juan, Centellas y Avellaneda. La mesa ricamente servida: el mantel cogido con guirnaldas de flores, etcétera. En frente del espectador, don Juan, y a su izquierda Avellaneda; en el lado izquierdo de la mesa, Centellas, y en el de enfrente de éste, una silla y un cubierto desocupados.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA, CIUTTI, un Paje

JUAN. Tal es mi historia, señores: pagado de mi valor, quiso el mismo emperador dispensarme sus favores. Y aunque oyó mi historia entera, dijo: «Hombre de tanto brío, merece el amparo mío; vuelva a España cuando quiera.» Y heme aquí en Sevilla ya.

CENT. ¡Y con qué lujo y riqueza!

JUAN. Siempre vive con grandeza quien hecho a grandeza está.

CENT. A vuestra vuelta.

JUAN. Bebamos.

CENT. Lo que no acierto a creer es cómo, llegando ayer, ya establecido os hallamos.

JUAN. Fué el adquirirme, señores, tal casa con tal boato, porque se vendió a barato para pago de acreedores.

Y como al llegar aquí desheredado me hallé, tal como está la compré.

CENT. ¿Amueblada y todo?

JUAN. Sí.

Un necio que se arruinó por una mujer, vendiéndola.

CENT. ¿Y vendió la hacienda sola?

JUAN. Y el alma al diablo.

CENT. ¿Murrió?

JUAN. De repente; y la justicia, que iba a hacer de cualquier modo pronto despacho de todo, viendo que yo su codicia saciaba, pues los dineros ofrecía dar al punto, cedióme el caudal por junto y estafó a los usureros.

CENT. Y la mujer, ¿qué fué de ella?

JUAN. Un escribano la pista la siguió, pero fué lista y escapó.

CENT. ¿Moza?

JUAN. Y muy bella.

CENT. Entrar hubiera debido en los muebles de la casa.

JUAN. Don Juan Tenorio no pasa moneda que se ha perdido. Casa y bodega he comprado, dos cosas que, no os asombre, pueden bien hacer a un hombre vivir siempre acompañado; como lo puede mostrar vuestra agradable presencia, que espero que con frecuencia me hagáis ambos disfrutar.

CENT. Y nos haréis honra inmensa.

JUAN. Y a mi vos. ¡Ciutt!

CENT. ¿Señor?

JUAN. Pon vino al comendador. *(Señalando el vaso del puesto vacío.)*

AVELL. Don Juan, ¿aún en eso piensa vuestra locura?

JUAN. ¡Sí, a fe! Que si él no puede venir, de mí no podréis decir que en ausencia no le honré.

CENT. ¡Ja, ja, ja! Señor Tenorio, creo que vuestra cabeza va menguando en fortaleza.

JUAN. Fuera en mí contradictorio, y ajeno de mi hidalguía, a un amigo convidar y no guardarle el lugar mientras que llegar podría.

Tal ha sido mi costumbre siempre, y siempre ha de ser esa; y el mirar sin él la mesa me da, en verdad, pesadumbre. Porque si el comendador es, difunto, tan tenaz como vivo, es muy capaz de seguirnos el humor.

CENT. Brindemos a su memoria, y más en él no pensemos.

JUAN. Sea.

CENT. Brindemos.

AVELL. y JUAN. Brindemos.

CENT. A que Dios le dé su gloria.

JUAN. Mas yo, que no creo que haya más gloria que esta mortal, no hago mucho en brindar tal; mas por complaceros, ¡vaya! Y brindo a Dios que te dé la gloria, comendador.

(Mientras beben se oye lejos un aldabonazo, que se supone dado en la puerta de la calle.)

Mas ¿llamaron?

CIUT. Sí, señor.

JUAN. Ve quién.

CIUT. *(asomando por la ventana.)*

A nadie se ve.

¿Quién va allá? Nadie responde.

CENT. Algún chusco.

AVELL. Algún menguado que al pasar habrá llamado sin mirar siquiera dónde.

JUAN (*a Ciutti*):
Pues cierra y sirve licor.
(*Llamam otra vez más recio.*)

Mas ¿llamaron otra vez?

CIUT. Sí.

JUAN. Vuelve a mirar.

CIUT. ¡Pardiez!

A nadie veo, señor.

JUAN. ¡Pues por Dios que del bromazo
quien es no se ha de alabar!

Ciutti, si vuelve a llamar
suéltale un pistoletazo.
(*Llamam otra vez, y se oye un poco más
cerca.*)

¿Otra vez?

CIUT. ¡Cielos!

AVELL. y CENT. ¿Qué pasa?

CIUT. Que esa aldabada postrera
ha sonado en la escalera,
no en la puerta de la casa.

AVELL. y CENT. ¿Qué dices?
(*Levantándose asombrados.*)

CIUT. Digo lo cierto
nada más; dentro han llamado
de la casa.

JUAN. ¿Qué os ha dado?
¿Pensáis ya que sea el muerto?

Mis armas cargué con bala;
Ciutti, sal a ver quien es.
(*Vuelven a llamar más cerca.*)

AVELL. ¿Oísteis?

CIUT. ¡Por San Ginés,
que eso ha sido en la antesala!

JUAN. ¡Ah! Ya lo entiendo; me habéis
vosotros mismos dispuesto
esta comedia, supuesto
que lo del muerto sabéis.

AVELL. Yo os juro, don Juan...

CENT. Y yo.

JUAN. ¡Bah! Diera en ello el más topo,
y apuesto a que ese galopo
los medios para ello os dió.

AVELL. Señor don Juan, escondido
algún misterio hay aquí.
(*Vuelven a llamar más cerca.*)

CENT. ¡Llamaron otra vez!

CIUT. Sí;
y ya en el salón ha sido.

JUAN. ¡Yal Mis llaves en mano!
habréis dado a la fantasma,
y que entre así no me pasma;
mas no saldrá a vuestro antojo,
ni me han de impedir cenar
vuestras farsas desdichadas.
(*Se levanta, y corre los cerrojos de las
puertas del fondo, volviendo a su lu-
gar.*)

Ya están las puertas cerradas:
ahora el coco, para entrar,
tendrá que echarlas al suelo,
y en el punto que lo intente,
que con los muertos se cuente,
y apele después al cielo.

CENT. ¡Qué diablos! Tenéis razón.

JUAN. ¿Pues no temblabais?

CENT. Confieso

que en tanto que no di en eso,
tuve un poco de aprensión.

JUAN. ¿Declaráis, pues, vuestro enre-

AVELL. Por mi parte, nada sé. [do?

CENT. Ni yo.

JUAN. Pues yo volveré
contra el inventor el miedo.

Mas sigamos con la cena;
vuelva cada uno a su puesto,
que luego sabremos de esto.

AVELL. Tenéis razón.

JUAN (*serviendo a Centellas*). Cariñena:
sé que os gusta, capitán.

CENT. Como que somos paisanos.

JUAN (*a Avellaneda, sirviéndole de otra
botella*).

Jerez a los sevillanos,
don Rafael.

AVELL. Habéis, don Juan,
dado a entrambos por el gusto;
¿mas con cuál brindaréis vos?

JUAN. Yo haré justicia a los dos.

CENT. Vos siempre estáis en lo justo.

JUAN. Sí, a fe; bebamos.

AVELL. y CENT. Bebamos.

(*Llamam a la misma puerta de la escena,
fondo derecha.*)

JUAN. Pesada me es ya la broma,
mas veremos quien asoma
mientras en la mesa estamos.

(*A Ciutti, que se manifiesta asombrado.*)

¿Y qué haces tú ahí, bergante?
 ¡Listo! Trae otro manjar: *(Vase Cirutti.)*
 mas me ocurre en este instante
 que nos podemos mofar
 de los de afuera, invitándoles
 a probar su sutileza,
 entrándose hasta esta pieza
 y sus puertas no franqueándoles.

AVELL. Bien dicho.
 CENT. Idea brillante.

(Llamam fuerte, fondo derecha.)

JUAN. ¡Señores! ¿A qué llamar?
 Los muertos se han de filtrar
 por la pared; adelante.
*(La estatua de don Gonzalo pasa por la
 puerta sin abrirla, y sin hacer ruido.)*

ESCENA II

DON JUAN, CENTELLAS, AVELLANEDA, la
 estatua de DON GONZALO

CENT. ¡Jesús!

AVELL. ¡Dios mío!

JUAN. ¿Qué es esto!

AVELL. Yo desfallezco.
(Cae desvanecido.)

CENT. Yo expiro.
(Cae lo mismo.)

JUAN. ¡Es realidad, o delirol!
 Es su figura..., su gesto.

ESTATUA. ¿Por qué te causa pavor
 quien convidado a tu mesa
 viene por tí?

JUAN. ¡Dios! ¿No es esa
 la voz del comendador?

ESTATUA. Siempre supuse que aquí
 no me habías de esperar.

JUAN. Mientes, porque hice arrimar
 esa silla para tí.

Llega, pues, para que veas
 que aunque dudé en un extremo

de sorpresa, no te temo,
 aunque el mismo Ulloa seas.

ESTATUA. ¿Aún lo dudas?

JUAN. No lo sé.

ESTATUA. Pon, si quieres, hombre im-
 [pío,

tu mano en el mármol frío
 de mi estatua.

JUAN. ¿Para qué?
 Me basta oírlo de tí:

cenemos, pues: mas te advierto...
 ESTATUA. ¿Qué?

JUAN. Que si no eres el muerto,
 lo vas a salir de aquí.

¡Eh! Alzad. *(A Centellas y Avellaneda.)*
 ESTATUA. No pienses, no,

que se levanten, don Juan;
 porque en sí no volverán

hasta que me ausente yo.
 Que la divina clemencia

del Señor para contigo,
 no requiere más castigo

que tu juicio y tu conciencia.
 Al sacrilego convite

que me has hecho en el panteón,
 para alumbrar tu razón

Dios asistir me permite.
 Y heme que vengo en su nombre

a enseñarte la verdad;
 y es: que hay una eternidad

tras de la vida del hombre.
 Que numerados están

los días que ha de vivir,
 y que tienes que morir

mañana mismo, don Juan.
 Mas como esto que a tus ojos

está pasando, supones
 ser del alma aberraciones

y de la aprensión antojos.
 Dios, en su santa clemencia,

te concede todavía,
 don Juan, hasta el nuevo día

para ordenar tu conciencia.
 Y su justicia infinita

porque conozcas mejor,
 espero de tu valor

que me pagues la visita.
 ¿Irás, don Juan?

JUAN. Iré, sí;
 mas me quiero convencer

de lo vago de tu ser
 antes que salgas de aquí.

(Coge una pistola.)
 ESTATUA. Tu necio orgullo delira,

don Juan: los hierros más gruesos

y los muros más espesos
se abren a mi paso: mira.
(*Desaparece la estatua sumiéndose por la pared.*)

ESCENA III

DON JUAN, AVELLANEDA, CENTELLAS

JUAN. ¡Cielos! ¡Su esencia se trueca,
el muro hasta penetrar,
cual mancha de agua que seca
el ardor canicular!
¿No me dijo: «El mármol toca
de mi estatua?» ¿Cómo, pues,
se desvanece una roca?
¡Imposible! Ilusión es.
Acaso su antiguo dueño
mis cubas envenenó,
y el licor tan vano ensueño
en mi mente levantó.
¡Mas si éstas que sombras creó
espíritus reales son,
que por celestial empleo
llaman a mi corazón!,
entonces, para que iguale
su penitencia don Juan
con sus delitos, ¿qué vale
el plazo ruin que le dan?
¡Dios me da tan sólo un día...!
Si fuese Dios en verdad,
a más distancia pondría
su aviso y mi eternidad.
«Piensa bien que al lado tuyo
me tendrás...», dijo de Inés
la sombra, y si bien arguyo,
pues no la veo, sueño es.
(*Trasparentase en la pared la sombra de
doña Inés.*)

ESCENA IV

DON JUAN, la sombra de DOÑA INÉS,
CENTELLAS y AVELLANEDA, dormidos

SOMBRA. Aquí estoy.

JUAN.

¡Cielos!

SOMBRA.

Medita

lo que al buen comendador
has oído, y ten valor
para acudir a su cita.

Un punto se necesita
para morir con ventura;
eligele con cordura,
porque mañana, don Juan,
nuestros cuerpos dormirán
en la misma sepultura.

(Desaparece la sombra.)

ESCENA V

DON JUAN, CENTELLAS, AVELLANEDA

JUAN. Tente, doña Inés, espera;
y si me amas en verdad,
hazme al fin la realidad
distinguir de la quimera.
Alguna más duradera
señal dame, que segura
me pruebe que no es locura
lo que imagina mi afán,
para que baje don Juan
tranquilo a la sepultura.
Mas ya me irrita, por Dios,
el verme siempre burlado,
corriendo desatentado
siempre de sombras en pos.
¡Oh! Tal vez todo esto ha sido
por estos dos preparado,
y mientras se ha ejecutado,
su privación han fingido.
Mas, por Dios, que si es así,
se han de acordar de don Juan.
¡Eh!, don Rafael, capitán.
Ya basta: alzaos de ahí.
(*Don Juan mueve a Centellas y a Avel-
laneda, que se levantan como quien vuelve
de un profundo sueño.*)
CENT. ¿Quién va?
JUAN. Levantad.
AVELL. ¿Qué pasa?
¡Hola, sois vos!
CENT. ¿Dónde estamos?
JUAN. Caballeros, claros vamos.
Yo os he traído a mi casa,
y temo que a ella al venir,
con artificio apostado
habéis, sin duda, pensado,
a costa mía reír:
mas basta ya de ficción,
y concludid de una vez.

CENT. Yo no os entiendo.
 AVELL. ¡Pardiez!
 Tampoco yo.

JUAN. En conclusión,
 nada habéis visto ni oído?

AVELL. y CENT. ¿De qué?
 JUAN. No finjáis ya más.

CENT. Yo no he fingido jamás,
 señor don Juan.

JUAN. ¡Habrá sido
 realidad! ¿Contra Tenorio
 las piedras se han animado,
 y su vida han acotado
 con plazo tan perentorio?
 Hablad, pues, por compasión.

CENT. ¡Voto va Dios! ¡Ya comprendo
 lo que pretendéis!

JUAN. Pretendo
 que me deis una razón
 de lo que ha pasado aquí,
 señores, o juro a Dios
 que os haré ver a los dos
 que no hay quien me burle a mí.

CENT. Pues ya que os formalizáis,
 don Juan, sabed que sospecho
 que vos la burla habéis hecho
 de nosotros.

JUAN. ¡Me insultáis!
 CENT. No, por Dios; mas si cerrado
 seguís en que aquí han venido
 fantasmas, lo sucedido
 oíd cómo me he explicado.

Yo he perdido aquí del todo
 los sentidos, sin exceso
 de ninguna especie, y eso
 lo entiendo yo de este modo.

JUAN. A ver, decídmelo, pues.
 CENT. Vos habéis compuesto el vino,
 semejante desatino

para encajarnos después.
 JUAN. ¡Centellas!

CENT. Vuestro valor
 al extremo por mostrar,
 convidasteis a cenar
 con vos al comendador.
 Y para poder decir
 que a vuestro convite exótico
 asistió, con un narcótico
 nos habéis hecho dormir.

Si es broma, puede pasar;
 mas a ese extremo llevada,
 ni puede probaros nada,
 ni os la hemos de tolerar.

AVELL. Soy de la misma opinión.
 JUAN. ¡Mentis!

CENT. Vos.
 JUAN. Vos, capitán.

CENT. Esa palabra, don Juan...
 JUAN. La he dicho de corazón.

Mentis; no son a mis bríos
 menester falsos portentos,
 porque tienen mis alientos

su mejor prueba en ser míos.

AVELL. y CENT. Veamos.
 (Ponen mano a las espadas.)

JUAN. Poned a tasa
 vuestra furia, y vamos fuera,
 no piense después cualquiera
 que os asesiné en mi casa.

AVELL. Decís bien..., mas somos dos.
 CENT. Reñiremos, si os fiáis,

el uno del otro en pos.
 JUAN. O los dos, como queráis.

CENT. ¡Villano fuera por Dios!
 Elegid uno, don Juan,

por primero.
 JUAN. Sedlo vos.

CENT. Vamos.
 JUAN. Vamos, capitán.

ACTO TERCERO

MISERICORDIA DE DIOS, Y APOTEOSIS DEL
 AMOR

Panteón de la familia Tenorio.— Como estaba en el
 acto primero de la segunda parte, menos las esta-
 tuas de doña Inés y de don Gonzalo, que no están
 en su lugar.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, *embozado y distraído, entra
 en la escena lentamente*

— Culpa mía no fué: delirio insano
 me enajenó la mente acalorada.
 Necesitaba víctimas mi mano,
 que inmolar a mí fe desesperada,
 y al verlos en mitad de mi camino,

presa les hice allí de mi locura.
 ¡No fui yo, vive Dios! ¡fué su destino!
 Sabían mi destreza y mi ventura.
 ¡Oh! Arrebatado el corazón me siento
 por vértigo infernal... mi alma perdida
 va cruzando el desierto de la vida
 cual hoja seca que arrebatada el viento.
 Dudo..., temo..., vacilo..., en mi cabeza
 siento arder un volcán..., muevo la planta
 sin voluntad, y humilla mi grandeza
 un no sé qué de grande que me espanta.

(Un momento de pausa.)

¡Jamás mi orgullo concibió que hubiese
 nada más que el valor...! Que se aniquila
 el alma con el cuerpo cuando muere
 creí..., mas hoy mi corazón vacila.
 ¡Jamás creí en fantasmas...! ¡Desvaríes!
 Mas del fantasma aquel, pese a mi aliento,
 los pies de piedra caminando siento,
 por doquiera que voy, tras de los mios.
 ¡Oh! Y me trae a este sitio irresistible,
 misterioso poder...

(Levanta la cabeza y ve que no está en su pedestal la estatua de don Gonzalo.)

¡Pero qué veo!

¡Falta de allí su estatua...! Sueño horrible,
 déjame de una vez... No, no te creo.
 Sal, huye de mi mente fascinada,
 fatídica ilusión..., estás en vano
 con pueriles asombros empeñada
 en agotar mi aliento sobrehumano.
 Si todo es ilusión, mentido sueño,
 nadie me ha de aterrar con trampantojos:
 si es realidad, querer es necio empeño
 aplacar de los cielos los enojos.

No: sueño o realidad, del todo anhelo
 vencerle o que me venza; y si piadoso
 busca tal vez mi corazón el cielo,
 que le busque más franco y generoso.
 La efígie de esa tumba me ha invitado
 a venir a buscar prueba más cierta
 de la verdad en que dudé obstinado...
 Heme aquí, pues: comendador, despierta.

(Llama al sepulcro del comendador.—Este sepulcro se cambia en una mesa que paradójicamente la mesa en que cenaron en el acto anterior don Juan, Centellas y Avellaneda.—En vez de las gornaldas que cogían en pabellones sus

manteles, de sus flores y lujoso servicio, culebras, huesos y fuego, etc. (A gusto del pintor.) Encima de esta mesa aparece un plato de ceniza, una copa de fuego y un reló de arena.—Al cambiarse este sepulcro, todos los demás se abren y dejan paso a las osamentas de las personas que se suponen enterradas en ellos, envueltas en sus sudarios.—Sombras, espectros y espíritus pueblan el fondo de la escena.—La tumba de doña Inés, permanece.)

ESCENA II

DON JUAN, la estatua de DON GONZALO,
 las Sombras

ESTATUA. Aquí me tienes, don Juan
 y he aquí que vienen conmigo
 los que tu eterno castigo
 de Dios reclamando están.

JUAN. ¡Jesús!

ESTATUA. ¿Y de qué te alteras,
 si nada hay que a ti te asombre,
 y para hacerte eres hombre
 platos con sus calaveras?

JUAN. ¡Ay de mí!

ESTATUA. Qué, ¿el corazón
 te desmaya?

JUAN. No lo sé;
 concibo que me engañé;
 no son sueños..., ¡ellos son!

(Mirando a los espectros.)

Pavor jamás conocido
 el alma fiera me asalta,
 y aunque el valor no me falta,
 me va faltando el sentido.

ESTATUA. Eso es, don Juan, que se va
 concluyendo tu existencia,
 y el plazo de tu sentencia
 está cumpliéndose ya.

JUAN. ¡Qué dices!

ESTATUA. Lo que hace poco
 que doña Inés te avisó,
 lo que te he avisado yo,
 y lo que olvidaste loco.
 Mas el festín que me has dado
 debo volverte, y así

llega, don Juan, que yo aquí cubierto te he preparado.

JUAN. ¿Y qué es lo que ahí me das?

ESTATUA. Aquí fuego, allí ceniza.

JUAN. El cabello se me eriza.

ESTATUA. Te doy lo que tú serás.

JUAN. ¡Fuego y ceniza he de ser!

ESTATUA. Cual los que ves en redor: en eso para el valor, la juventud y el poder.

JUAN. Ceniza, bien; ¡pero fuego!

ESTATUA. El de la ira omnipotente, do arderás eternamente por tu desenfreno ciego.

JUAN. ¿Conque hay otra vida más

y otro mundo que el de aquí?

ESTATUA. ¿Conque es verdad, ¡ay de mí,

lo que no creí jamás?

JUAN. ¡Fatal verdad que me hiela

la sangre en el corazón!

ESTATUA. Verdad que mi perdición

solamente me revela.

JUAN. ¿Y ese reló?

ESTATUA. Es la medida

de tu tiempo.

JUAN. ¡Expira ya!

ESTATUA. Sí: en cada grano se va

un instante de tu vida.

JUAN. ¿Y esos me quedan no más?

ESTATUA. Sí.

JUAN. ¡Injusto Dios! Tu poder

me haces ahora conocer,

cuando tiempo no me das

de arreptirme.

ESTATUA. Don Juan,

un punto de contrición

da a un alma la salvación,

y ese punto aún te le dan.

JUAN. ¡Imposible! ¡En un momento

borrar treinta años malditos

de crímenes y delitos!

ESTATUA. Aprovéchale con tiempo,

(*Tocan a muerto.*)

porque el plazo va a expirar,

¡y las campanas doblando

por ti están, y están cavando

la fosa en que te han de echar.

(*Se oye a lo lejos el oficio de difuntos.*)

JUAN. ¿Conque por mí doblan?

ESTATUA. Sí: esos

JUAN. ¿Y esos cantos funerales?

ESTATUA. Los salmos penitenciales,

que están cantando por ti.

(*Se ve pasar por la izquierda luz de hachones,*

que van rezando dentro.)

JUAN. ¿Y aquel entierro que pasa?

ESTATUA. Es el tuyo.

JUAN. ¡Muerto yo!

ESTATUA. El capitán te mató

a la puerta de tu casa:

JUAN. Tarde la luz de la fe

penetra en mi corazón,

pues crímenes mi razón

a su luz tan sólo ve.

ESTATUA. Los ve... y con horrible afán:

porque al ver su multitud,

ve a Dios en la plenitud

de su ira contra don Juan.

JUAN. ¡Ah! Por doquiera que fui

la razón atropellé,

la virtud escarpecé

y a la justicia burlé,

y emponzoñé cuanto vi.

JUAN. Yo a las cabañas bajé,

y a los palacios subí,

¡y los claustros escalé;

y pues tal mi vida fué,

no, no hay perdón para mí.

JUAN. ¡Mas ahí estáis todavía

(*A los fantasmas.*)

con quietud tan pertinaz!

ESTATUA. Dejadme morir en paz

a solas con mi agonía.

JUAN. Mas con esta horrenda calma

¿qué me auguráis, sombras fieras?

ESTATUA. ¿Qué esperan de mí?

(*A la estatua de don Gonzalo.*)

ESTATUA. Que mueras

para llevarse tu alma.

JUAN. Y adiós, don Juan; ya tu vida

toca a su fin, y pues vano

todo fué, dame la mano

en señal de despedida.

JUAN. ¿Muéstrasme ahora amistad?

ESTATUA. Sí: que injusto fui contigo,

y Dios me manda tu amigo

volver a la eternidad.

JUAN. Toma, pues.

ESTATUA. Ahora, don Juan,

pues desperdicias también el momento que te dan, conmigo al infierno ven.

JUAN. ¡Aparta, piedra fingida! Suelta, suéltame esa mano, que aún queda el último grano en el reló de mi vida.

Suéltala, que si es verdad que un punto de contrición da a un alma la salvación de toda una eternidad, yo, santo Dios, creo en Ti: si es mi maldad inaudita, tu piedad es infinita... ¡Señor, ten piedad de mí!

ESTATUA. Ya es tarde.

(Don Juan se hince de rodillas, tendiendo al cielo la mano que le deja libre la estatua. Las sombras, esqueletos, etc., van a abalanzarse sobre él, en cuyo momento se abre la tumba de doña Inés y aparece ésta. Doña Inés toma la mano que don Juan tiende al cielo.)

ESCENA III

DON JUAN, la estatua de DON GONZALO,
DOÑA INÉS, Sombras, etc.

INÉS. ¡No! Heme ya aquí, don Juan: mi mano asegura esta mano que a la altura tendió tu contrito afán, y Dios perdona a don Juan al pie de mi sepultura.

JUAN. ¡Dios clemente! ¡Doña Inés!

INÉS. Fantasma, desvanecéos:

su te nos salva..., volveos a vuestros sepulcros, pues. La voluntad de Dios es: de mi alma con la amargura purifiqué su alma impura, y Dios concedió a mi afán la salvación de don Juan al pie de la sepultura.

JUAN. ¡Inés de mi corazón!

INÉS. Yo mi alma he dado por ti, y Dios te otorga por mí tu dudosa salvación.

Misterio es que en comprensión no cabe de criatura: y sólo en vida más pura los justos comprenderán que el amor salvó a don Juan al pie de la sepultura.

Cesad, cantos funerales:
(Cesa la música y salmodia.)

callad, mortuorias campanas:
(Dejan de tocar a muerto.)

ocupad, sombras livianas, vuestras urnas sepulcrales:
(Vuelven los esqueletos a sus tumbas, que se cierran.)

volved a los pedestales, animadas esculturas;
(Vuelven las estatuas a sus lugares.)

y las celestes venturas en que los justos están, empiecen para don Juan en las mismas sepulturas.

(Las flores se abren y dan paso a varios angelitos que rodean a doña Inés y a don Juan, derramando sobre ellos flores dulces y lejanas, se ilumina el teatro con luz de aurora. Doña Inés cae sobre un lecho de flores, que quedará a la vista en lugar de su tumba, que desaparece.)

ESCENA ÚLTIMA

DOÑA INÉS, DON JUAN, los Ángeles

JUAN. ¡Clemente Dios, gloria a Ti! Mañana a los sevillanos aterrará el creer que a manos de mis víctimas caí. Mas es justo: quede aquí al universo notorio que, pues me abrió el purgatorio un punto de penitencia, es el Dios de la clemencia.

el Dios de DON JUAN TENORIO.
(Cae don Juan a los pies de doña Inés y mueren ambos. De sus bocas salen sus almas representadas en dos brillantes llamas, que se pierden en el espacio al son de la música. Caen el telón.)

LA COPA DE MARFIL

ESPECTÁCULO TRÁGICO EN TRES PARTES 21

PERSONAS

ROSMUNDA.
ALBOINO.
BRENILDA.

RODIMIRO.
BUCILIO.
SOLDADOS, ESCALVOS.

La escena en Verona. — Año 573 de N. S. J. C.

PARTE PRIMERA

Antecámara real en el palacio de Alboino, con puertas en el fondo y a los lados. En medio un pequeño aparador con copas, que sirve en el primer acto.

ESCENA PRIMERA

BRENILDA

(Aparece mirando con circunspección por la puerta de la derecha, que se supone dar al aposento en que el rey Alboino celebra un festín, cuyo rumor se oirá durante las dos primeras escenas, pero sin que pueda interrumpir la representación.)

Aún dura su festín ¡Cuán fácilmente olvidan sus peligros y desastres esos guerreros, que lo mismo se barten de generosos vinos, que de sangre! ¡Cuán fácilmente su garganta trucea sus aullidos de guerra formidables y sus lamentos bárbaros de muerte

en alegres y báquicos cantares!
He allí al rey Alboino... ¡oh! Bien que-
[rían
otro nombre mejor mis labios darle,
mas sonar debe sólo en sus oídos
tan delicioso título... en las reales
cámaras nada más, en las tranquilas
nocturnas horas, cuando todo yace
sepultado en el sueño y el silencio,
y oírnos nombre tal no pueda nadie.
Ciegos en derredor todos los ojos
tienen que estar para esto; los pilares
de esta estancia no más tal nombre escu-
[chan
cuando en murmullo de mis labios parte,
y de su labio real otro tan dulce
como el que yo le doy en pago sale...
mas seguros que el eco de ambos nombres
de la cámara real se ahoga en el aire...
Y mientras ¡ay de mí! sólo me es dado
vagar en torno de él; pasar, mirarle,
oír su acento, contemplar su rostro,
servir su copa y a sus pies sentarme,
cual blanca sombra del amor perdido,

casto recuerdo de adorada imagen, sin que ese nombre dulce en mis oídos suene jamás en público... ¿quién sabe? Tal vez un día por la vez primera sonará, y para siempre milinaje, mis derechos, mi amor, mis sufrimientos, al universo todo haré palpables. Tal vez..., mas él también a la derecha del rey está. ¡Cuán bello! En sus brillantes pupilas, en su rostro todo entero se revela el placer que halla en mirarme. *(Aparece Rosmunda por la puerta de la izquierda, y al percibir a Brenilda se detiene a escucharla, acercándose poco a poco hasta colocarse detrás de ella.)* Y sus ojos no más me ven ahora; nadie más que él me ha apercibido... ¡oh!

[vale para mí esta mirada hurtada a todos la mitad de mi vida... idolatrarle puede no más mi corazón. Le adoro; sí, le amo, y me extasio contemplándole. *(Mira con precaución levantando el tapiz.)*

ESCENA II

BRENILDA, ROSMUNDA

ROS. (¿Qué dice? ¿Le ama? ¿A quién se fijan? ¿Quién es él?... ¡Si más sagaces que los suyos, los míos el objeto de su amoroso arrobamiento hallasen!

(Mira por detrás de Brenilda.) ¡Cielos, es él! Es Rodimiro... el vaso alza al rostro... sí, sí; para ocultarme su clara turbación, porque tras ella aparecer ha visto mi semblante.

BREN. ¡Mas ha palidecido de repente: no me quiere mirar!

ROS. Niña, ¿qué haces?

BREN. ¡Ay!

ROS. ¡Silencio! Que otro ¡ay! involuntario no llame su atención...

BREN. Señora...

ROS. Apártate del círculo a que alcanzan sus miradas, y respóndeme: ¿qué es lo que te hace

tan arrobada estar ante esa puerta? ¿Qué hay en la mesa del festín que llame tan fuertemente tu atención? ¿No has [visto nunca en palacio fiesta semejante? ¿Nunca vistes al rey sus nuevos triunfos celebrar en la mesa con sus grandes y sus guerreros, di? ¿O es que hay entre [ellos quien tu liviano corazón ablande con el osado fuego de sus ojos?

BREN. ¡Qué! A ser eso verdad, ¿tan [mal lo hallarais que así lo preguntéis, airado el gesto, trémula?...]

ROS. ¿A ser verdad? ¿Vas a negar- [me lo que escuché yo misma de tu boca, «le amo, le adoro?»]

BREN. ¡Dios! ¿Eso escuchasteis? ROS. Sí, y las miradas de sus ojos fijas sobre los tuyos sorprendí. ¿Turbarse no le viste? ¿Llevar el vaso al rostro tras su áureo metal para ocultártelo? Pues fué porque detrás de tu cabeza vió la mía en la sombra dibujarse.

BREN. Sí, todo ahora lo entiendo. ROS. ¿Ahora lo entiendes? Y el vil secreto que pasar dejaste de tu pecho a mi pecho, ¿has comprendido hasta dónde ¡infeliz! puede llevarte? ¡Si el rey lo comprendiere!

BREN. ¡Siempre... siempre en mi mayor tormento se complace vuestro vil corazón!... ¡Siempre, doquiera persiguiéndome vais, vais espiándome, contándome los pasos que camino, interpretando de mi voz las frases, exprimiendo los mismos pensamientos que aún a palabras no reduce: echándome al rostro sin piedad mi desventura, de mi misma virtud haciendo ultraje, de mi pobre esperanza una por una sin compasión las flores deshojándome! ¿Hasta cuándo, señora, este suplicio ha de durar? Sin nombre me dejasteis, sin mil derechos que al nacer obtuve, cuando a la luz me dió mi regia madre; cuanto era mío, vuestro fué: nacida

bajo de real dosel, de reyes traje noble y justa altivez, sin recordaros los vasallos, los bosques, las ciudades que pasaron a vos... y con todo ello ofrenda os hice y os rendí homenaje. Él os amó y me dijo: «Me interesa que el trono rindas, que tu nombre ca-

[les, que no entienda tu ser hombre nacido, y olvidada de ti, por otra pases.» Y olvidada de mí, pasé por otra; mi nombre ni mi ser no entendió nadie, y naciendo señora me hice esclava de quien necio adoró mi ciego...

ROS. ¡Infame!
Que no salga jamás de tu garganta ese nombre fatal, y al reclamarle si te atreves un día, ve, contempla el abismo que cava inmensurable entre ti y Rodimiro; porque es ese el soplo que mantiene el fuego que arde en tu pecho, Brenilda: ese es el ídolo a que elevó tu corazón altares.

BREN. ¡Por compasión, callad!
ROS. ¡Oh, te amedrenta que le conozca!... Pero qué, ¿más grave será por ello tu torpeza? Al cabo es bizarro, galán, cortés, afable, el escudo y sostén de Lombardía, el trono con el rey divide casi. ¡Oh! ¡Has elegido bien! No habrá en Italia quien descontento tu elección te tache. Luego, es joven, y hermoso; en rubios ri-

[zos
larga madeja de cabellos cae sobre sus anchos hombros; sus pupilas radian cual radia en la serena tarde, entre purpúreo pabellón de nubes, el sol, tras la montaña al ocultarse: su sonrisa es más grata que el aroma de la flor que en abril temprana nace, y es más grata su voz que el son tranquilo con que murmura el aura entre los árboles.

[les.
¡Oh! ¡Has elegido bien! ¡Cuántas matronas más expertas que tú, sus gracias traen esculpidas en su alma! ¡Cuántas dieran muchas horas de amor, muchos galanes tiernos, enamorados, generosos

de su amorosa fe por un instante! Y tú, casi en la infancia, al lince apenas del campo de la vida, la red frágil le tiendes de tu amor... tal vez a solas con falsas esperanzas le persuades, le ofreces...

BREN. Basta ya: tened la lengua, que me avergüenza oír palabras tales en vuestra boca real; y una sospecha siento al oiros en mi pecho alzarse, que os hace tan odiosa ante mis ojos cuanto si al rey...

ROS. ¡Silencio! ¡Miserable! ¿Qué es lo que osas pensar?

BREN. Lo que no osara si vuestra misma voz no me obligase a concebir desde hoy.

ROS. Tus celos sólo inspirártelo pueden.

BREN. Tal vez margen para ellos me han dado otros.

ROS. ¡Insensata! Calla, y tu crimen a ninguno achaques.

¿Tú te atreves a amar? ¿Sabes quién eres? ¿Ignoras que a morir puede llevarle vuestro amoroso y criminal secreto?

BREN. ¿Nuestro? Mío no más: él no [lo sabe.

ROS. ¿No lo sabe?
BREN. Jamás osó mi labio ni aun dirigirse a él.

ROS. ¡Ah! No me engañes, Brenilda; ¿de ese amor?...
BREN. Vive el misterio sólo dentro de mí.

ROS. ¿Cómo probarme lo que dices podrás, si yo te he visto una vez y otra vez fija mirarle, y a él por encima del dorado vaso sus ojos elevar para mirarte?

BREN. Errado habrán mis ojos, más [mi lengua,

mi corazón son puros; ni faltarme jamás a mi decoro tanto pude por más que mi cariño me extraviase; que yo jamás olvidaré, señora, lo que me debo a mí, y aunque se rasgüe mi corazón de mi dolor al ímpetu,

devoraré en silencio mis afanes,

y sabré descender a mi sepulcro
víctima del dolor, mas no culpable.

ROS. ¿Tan severa virtud en tu alma
con tan firme pasión a un tiempo cabe?

BREN. Cabe, sí; y pues que vos la com-
prendisteis,
si él la entiende a su vez, que acaso es
[fácil,
al mismo rey declararé sin miedo
mi pasión...

ROS. ¡Ay de ti si tal osares.
Brenilda! ese secreto es tu sentadía,
y sólo vivirás mientras le guardas.

BREN. ¿Quién es esta mujer, sagrados
[cielos,
que por doquiera a detenerme sale,
que a todas partes con furor me sigue,
doblando mi dolor en todas partes?
¿Conque no hay para mí paz ni reposo?
¿No hay piedad para mí? ¿Fuerza es que

[cave
mi tumba gota a gota con mis lágrimas,
y paso a paso hasta mi tumba baje,
empujándome vos paso tras paso,
cuanto ame y cuanto espere arrebátan-
[dome?

ROS. Te ciega tu pasión: yo sólo quie-
por el camino de tu bien guiarte,
purgándote de necias ilusiones,
harto indignas de ti... Pero ya salen
del banquete..., esas lágrimas enju-
ga, y a servir a tu rey pronto prepárate
la última copa del festín: es honra
que te dispensa siempre, ya lo sabes.

BREN. ¿Qué me valdrá ¡ay de mí se-
[car los ojos
mientras el corazón lágrimas mane?

ROS. ¡Hola, esclavos! Las lámparas di-
la necesaria luz.

BREN. ¡(Oh cielo, ampárame!)

ROS. Le ama... ¡y cuánto! ¡Oh furor!

¡Y torpe acaso
en mi alma la dejé que penetrase
dándole un arma contra mí... No importa.
Yo sabré para siempre separarles,
yo haré que entre los dos un muro in-
[menso,
inaccesible a entrambos, se levante.

ESCENA III

ALBOINO, RODIMIRO, ROSMUNDA, BRE-
NILDA, BUCILIO

ALB. ¡Bien lo hemos hecho, por quien
[soy! Y espero
que no se quejarán de nuestro trato
esos romanos viles que nos tienen
por salvajes estúpidos y bárbaros.

BUC. Lobos son nada más que aullan
[cobardes
al verse en nuestras redes entrapados.

ALB. ¡Lobos! ¡Tienes razón!

BUC. ¡Qué ojos pusieron
sobre las mesas al mirar rodando
los vasos de oro de sus templos!

ALB. Era
convidar al banquete necesario
a esos altivos ricos, cuyo miedo
puede a Italia tranquila conservarnos.
Y aunque acaso completo no hallarán
el servicio a que están acostumbrados,
tuvieron qué comer, tuvieron vino,
y se fueron con vida.

BUC. Ya las manos
me hormigueaban a mí viendo sus gestos
y melindres.

ALB. ¡Pardiez! Ya se marcharon,
y cumplimos con ellos bravamente.

BUC. Eso sí, cual quien somos nos por-
[tamos.

ALB. Harto hacemos dejándoles la vi-
[da,

puesto que, ya vencidos, son esclavos.
En fin, ahora nosotros, lejos de ellos,
sin ceremonias necias concluyamos
nuestro festín, como acabarlo deben
húngaros valerosos y lombardos.

(A Rosmunda y Brenilda.)
¡Hola! ¿Aquí estáis vosotras?

ROS. Tus costumbres
sabiendo, todo aquí te lo aprendamos.

ALB. Muy bien: esos imbéciles me han
[hecho
tragar sin reflexión vaso tras vaso,
con sus rondas y brindis... y esos vinos
de Italia, al paladar me son tan gratos,
que a no ser yo quien soy, fuera de tino

me pusiera tal vez. ¡Eal Sentaos, capitanes, aquí; todos en torno mio, y como partimos en el campo las lanzadas y golpes, la alegría con mano franca per igual partamos. Rosmunda, tú también: y tú, Brenilda, sírveme a mí; a vosotros mis esclavos, que esas manos son haces de azucenas y a un rey sirven no más. ¡Eal! Bebamos BUC. Mas, por los cielos, Rodimiro, [creo que tu copa no apuras.

ALB. (con desdén). Extasiado en amoroso arroamiento ha días anda.

ROD. Alboino...

ALB. De tu mismo labio lo sé, tú me lo has dicho. Pero ahora que lo miro mejor, ¡oh, desdichados

(Mirando a Brenilda y Rodimiro.) de vosotros si es cierto! Esa memoria me recuerda... Brenilda, tú has llorado. Rodimiro, ¡ay de ti si me has mentido!

ROD. ¡Yo mentir, Alboín!

ALB. Silencio. Cuando su mano a demandar te has atrevido, que ella estaba ignorante me has jurado de tu insensato amor.

ROD. Sí, y estoy pronto a volverlo a jurar; nunca llegaron a sus oídos mis palabras.

ALB. ¿Cómo la he visto, pues, el rostro adelantando detrás de ese tapiz mientras comíamos, y cómo la volvías al soslayo sus furtivas miradas?

BREN. y ROD. ¡Cielos!

ALB. Todo lo penetran mis ojos, insensatos. Oye, pues, Rodimiro; yo me avengo a perdonarte amor tan temerario, mientras es sentimiento que escondido hierve en tu corazón; pero si osado redujiste a palabra el pensamiento para ponerle en sus oídos castos, te juro por el cielo que nos cubre que mueres esta noche.

BREN. ¡Cielos santos, hay más duelos aún! Señor, yo os juro

por cuanto respetéis por más sagrado, que no me habló jamás.

ROD. Rey Alboino, tú me conoces bien; yo he peleado largo tiempo por ti; sabes mi esfuerzo, y sabes que mis consejos y mi brazo te han servido con honra, y ha bien poco la Italia a conquistar te han ayudado: pues bien, yo me he creído con derecho para aspirar a galardón tamaño. La he visto, la he amado: he acudido a aquel que la guardaba, imaginando que quien era el segundo de su reino merecerla podría.

ALB. Te ha engañado tu orgullo, Rodimiro, y veo ahora que tu lombardo brío amaneillando, has aprendido a hacer largos discursos en la lengua servil de los romanos. En Hungría pidieron siempre tierras, castillos o riquezas, los soldados en premio del valor, mas no mujeres. Y si pensaste alucinarme acaso con largas peroratas en la lengua de la venciada Italia, esfuerzos vãos para lucir tu ciencia de hoy excúsame; porque a mí esos discursos estudiados y esas floridas frases, ni me mueven jamás ni me convencen: al contrario, me provocan a risa, porque creo que donde hay mucha lengua hay pocas [manos: y porque tengo oídos para húngaros, mas para perros de la Italia, látigos.

ROD. Castiga, pues, con ellos a tus perros, mas no amagues con ellos a lombardos como yo.

ALB. ¿Como tú? Me inspiras lástima y desprecio no más. ¿Méritos altos recuerdas de valor? Ya lo has perdido. Si en otros tiempos junto a mí has lidiado, hoy bajo el cielo de la torpe Italia envilecido te has: lo están mostrando los perfumados rizos de tu crencha, tu esmerado vestir, tu afeminado porte, en fin, tu afición a los placeres y el amor, de quien cedas al halago. Mas la mujer sobre la cual tus ojos

te atreviste a poner, a más bizarro y fuerte corazón está ofrecida: porque tal cual la ves, es noble tallo de una rama arraigada en regio tronco y con sangre real fecundizado.

ROD. Yo nunca pregunté, para adorarla, qué sangre la dió el ser, ni cuáles trajo títulos a tu casa: la vi en ella, y me bastó encontrarla en tu palacio para tenerla en mucho: ni es justicia que por vivir su origen ignorando, en tu casa me insultes.

ALB. Rodimiro, basta de arengas ya: tú has provocado mi lengua, y la solté: si te ha ofendido, súpelo; tu rey soy, tú mi vasallo: y en cuanto a ella, que comprendas basta que para tuya no nació. Bebamos.

ROD. Entonces, dame de tornar a Hun- [gría licencia.

ALB. No haces falta en mis estados: cuando te plazca, vuélvete.

ROS. Albino, considera, señor, que largos años te sirvió con honor; que fué tu amigo, y si osó contrariarte, sabrá manso olvidar ese amor.

ROD. Nunca.
ALB. Rosmunda, ¿tú también, lo sospecho, te has pagado de su hermosura juvenil? ¿Que parta por no volverle a ver sientes acaso?

ROS. ¡Albino!
ALB. Rosmunda, te conozco; mas con ventajas tus traiciones pago, y por muchas que me hagas, ya te llevo una bien extremada de adelanto. Mas, ¿qué digo? Perdona las bravatas de unos celos imbéciles. Bebamos.

Toma, Bucilio: Rodimiro, toma, y necias disensiones apartando, tú aquí en mi copa de marfil, Rosmunda, conmigo beberás. Ya sabes que hago de esta copa alta estima, y que con ella concluyo siempre mi festín diario, y en la corte, en la caza, en la campaña, siempre me sirvo de ella.

ROS. Lo he notado.

ALB. Hondo misterio en su labrada consigné mi poder, y ha tiempo largo que mis labios no más llegan a ella. De mi injusto rigor en desagravio, hoy te la ofrezco; bebe, pues, Rosmunda, que con tu padre bebes.

ROS. ¿Eh? No alcanzo lo que me dices? ¿Con mi padre bebo?

ALB. Con su memoria, sí. De un sorbo [acáballo.

ROS. Sea.

ALB. Así trato a los que en mucho es- [timo.

ROS. Gracias.

ALB. ¡Ja, ja, ja, ja! Señores, vámonos. (Albino vase, llevando por delante a Bre- nilda, y siguiéndoles Bucilio. Rosmunda y Rodimiro quedan cada uno a un lado de la escena.)

ESCENA IV

ROSMUNDA, RODIMIRO

ROS. Esa risa feroz... me ha estreme- [cido...

Sí, alguno encierra pavoroso arcano que no comprendo bien! Siempre la suelta al complacerse en algún mal.

ROD. Salgamos de ese palacio, en que el vapor se aspira del crimen.

ROS. ¿Mas quién osa?...

ROD. Yo me aparto, perdonad.

ROS. Rodimiro... ¿aquí qué esperas?

ROD. No espero; parto. ¡Adiós!

ROS. Tente. ¿Los pasos del rey no sigues?

ROD. No. Para mis plantas se abre el camino por opuesto lado.

No haces falta, me ha dicho: conque nada me resta ya que hacer en su palacio.

ROS. Palabras que a un amigo se le [dicen

tal vez en un colérico arrebató, mas que se olvidan luego.

ROD. En mi memoria

quedarán indelebles, y en el campo
volvérse las espero en algún día
con la misma arrogancia.

ROS. ¿Conque tanto
amas a esa mujer, que por negártela
le aborreces así?

ROD. Sí, la idolatro.
Por la esperanza de lograrla un día,
me uní a Alboino, combati a su lado,
le ayudé en sus tiránicas conquistas,
testigo de sus crímenes infandos;
mas hoy que me la niega, hoy que se apa-

ga
mi esperanza, el ambiente emponzoñado
no quiero respirar con que él respira,
y en verme su enemigo me complazco.
Voy de la suya a dividir mi gente
y a partir de Verona: pero aguardo
volver dentro de poco a su presencia
a pedir con las armas en la mano
lo que tal vez a mis servicios debe.

Y ¡ay de él entonces!

ROS. Cálmate, ¡oh gallardo
capitán!

ROD. ¡Ah! ¿Calmarme cuando pierdo
en sólo un punto cuanto espero y amo?

ROS. Pues esperas en balde; esa donce-
lla,
nacida en regia cuna, y al cuidado
de Alboino encargada por su padre,
sólo se debe unir en puro lazo
con quien ciña corona y cetro émpuñe,
cual conviene a su origen soberano.

ROD. Pues bien, hablad; ¿cuál es?
[¿Quién es su padre?

¿Dónde tiene su imperio? ¿En qué apar-
tado
rincón del mundo reina? Iré a buscarle,
y ambas rodillas a sus pies doblando,
le pediré a Brenilda.

ROS. Y rey no siendo,
¿con qué derecho pedirás?

ROD. Soldados
tengo y tierras, soy noble, y atrevido,
y avezado a la guerra: el mundo es ancho,
y nunca un sitio en donde alzar un trono
me ha de faltar, si con el trono pago.

ROS. ¡Oh, y lo mereces!

ROD. ¡Ah! Vos de mi parte...

ROS. No, por mi vida, no: te has en-
volvido en el amor [ganado.
¿Yo de tu parte en tu amor ciego? Nun-

ca...
primero el corazón me harán pedazos.

ROD. No acierto a comprender...
ROS. Pues... ¿no lo oíste?
«¿Y tú también, Rosmunda, te has pagado
de su hermosura juvenil? ¿Que parta
por no volverle a ver sientes acaso?»

Él mismo te lo dijo, él, Alboino...
Pues bien, dijeron la verdad sus labios,
No partirás; delante de mis ojos
quiero tenerte siempre, porque te...

ROD. Harto
habéis dicho, señora; y si la mente
con pensamiento tal habéis manchado,
y el torpe corazón con tal deseo,
la lengua no manchéis, ciega explicándolo.

Ea, partir dejadme; me avergüenza...
ROS. ¡Qué, infeliz!

ROD. El haberos escuchado.
ROS. ¿Y el haberme entendido?

ROD. Sí, Rosmunda.
ROS. Pues es secreto que vender no
trato

sino a precio subido; y pues lo sabes,
piensa que fuerza te será pagármelo,
porque al pasar de pensamiento a dicho,
fuerza es cumplirle o sepultura darlo.

ROD. Las amenazas y el amor desprecio
de quien no sea Brenilda.

ROS. ¡Mentecato!
Brenilda, como tú, víctima mía,
en mi poder está... mas concluyamos.
Yo el desamor a perdonar me avengo,
pero el desprecio no; y pues ocultarlo
no supe de Alboino, desde hoy a todo
por ti me atrevo, y por tu amor lo abarco,
y en punto tal, el mundo pondrá inútiles
a mi venganza o a mi amor obstáculos.

Mujeres como yo no se desprecian
en vano, Rodimiro; y si yo cambio
los nombres de los dos cuando esta escena
revele, y este amor en que me abraso
te lo atribuyo a ti, burla, desprecio
de Brenilda serás, del vulgo escarnio,
objeto de la saña de Alboino,

y su víctima luego en el cadalso.

Todo de un solo golpe te lo quito, toda de un soplo tu esperanza apago.

—ROD. ¡Basta, infernal mujer! Digna te miro

de tu real esposo; a un amor casto, ¿cómo puede ayudar quien parte el lecho con un monstruo como él?

—ROS. Mas de sus manos puedo arrancarte yo, o ponerte en ellas para morir; y piénsalo despacio, que yo te necesito amante o muerto, y si no cedas al amor, te mato.

—ROD. Moriremos los dos.

—ROS. ¿Tú me amenazas?

—ROD. Sí; fías en ti misma demasiado, y esperas de Alboino lo que juzgo que ya no lograrás.

—ROS. Piensas acaso que quien me debe la corona...

—ROD. Pienso que hay dos hombres en él, distintos am-

bos, el marido y el rey; y éste del trono que le usurpó a tu padre asegurado, cuando pueda saldrá de ti el marido que bebe en esa copa.

—ROS. Habla más claro. ¿Qué me quieres decir? ¿Tú en esa copa conoces el misterio consiguado?

—ROD. Sí; y no esperé arrojarle de mi pecho en tu cámara misma revelándolo;

pero ya que me dices «ama o muere», oye, Rosmunda, y tiembala contemplando qué es lo que puedes esperar del hombre con quien casada estás... mas ve si acaso pueden de sus oídos al alcance mis palabras salir.

—ROS. (cerrando las puertas). Di, confiado; pero sé breve.

—ROD. Escucha, pues: tú sabes que el casarse Alboin contigo; sólo fué por asegurar con tal enlace la usurpación tirana de este reino que a tu padre quitó.

—ROS. Sí; ¿mas no sabes que yo para mi amor ganarle supe, y que me amó después?

—ROD. Sí; mas es fácil que ignores tú que amaba a Clotosinda también, y al meditar que, desposándote tu trono aseguraba, en unas verbas la dió la muerte.

—ROS. Sí; pero no sabes que hasta el amor que profesó a los hijos de Clotosinda, al mío en homenaje rindió, y al buen Comundo a rengos míos perdonó, y aun logró que le amparase en vez de perseguirle, y a la sombra de su amparo vivió.

—ROD. Sí; mas no sabes la muerte de tu padre el rey Comundo.

—ROS. Sí, la supe después; el miserable, no pudiendo sufrir verme vencido, expiró en Lombardia... mas ¿cuál trae todo eso relación con el misterio?

—ROD. ¡Ah, me das compasión! Inmenso te abre un abismo a los pies ese Alboino, de quien esperas que te atienda en balde, y en vano juzgas conocer, en vano fías en tu poder un solo instante.

—ROS. La corona me debe, y todavía como en esos balcones me asomase gritando: ¡guerra! como tigres vieras levantarse en mi nombre mil parciales.

—ROD. Llámalos, pues, y si saldrán ve de las sangrientas urnas en que yacen.

—ROS. Te lo juro en verdad; ¡pobre me haces refr queriendo amedrentarme.

Siempre ha de ver en mí la que amó un día.

—ROD. La que víctima fué de sus males.

—ROS. ¿Víctima?... Tú deliras.

—ROD. Tú, Rosmunda, sí que deliras; tú: siempre callarte quise por compasión este misterio, mas, pues, tú misma le provocas, sábele: no tienes un amigo, sus cabezas rodaron una a una: y execrable venganza de tu padre al fin tomando, él mismo le mató.

—ROS. ¡Mientes!

—ROD. Su sangre

dió a sus caballos a beber, y mira:
¿ves esa copa que precioso engarce
de oro circunda?

ROS. Sí.

ROD. De ella se sirve

desde tu misma boda; a todas partes
la lleva.

ROS. Sí; concluye.

ROD. ¿Y no has oído,

Rosmunda, las palabras infernales
con que te la brindó: «Bebe, Rosmunda,
que con tu padre bebes?» Pues bien, sabe
lo que aquellas palabras significan,
y tu esperanza de una vez acabe:
esa ancha copa que marfil parece,
no es más que el hueco cráneo de un ca-
[dáver.

ROS. ¡Qué horror!

ROD. ¿No has comprendido todavía
cúyo es, Rosmunda?

ROS. No.

ROD. Fué de tu padre...

ROS. ¡Ah! *(Un momento de pausa.)*

ROD. Piensa qué esperar debes

[ahora.

ROS. Una cosa no más.

ROD. ¿Cuál es?

ROS. Que no me vengaarme.

ROD. Es tarde ya.

ROS. No, no; déjame sola,
déjame pensar; y si salvarte
quieres, y quieres a Brenilda, aparta
a ese aposento hasta que yo te llame.

ROD. Vana ilusión; es tarde.

ROS. Rodimiro,

mientras vive Rosmunda, nunca es tarde.

PARTE SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

ROSMUNDA

¡A mirarla ¡ay de mí! me atrevó apenas!
¿Conque es verdad? ¿Burlada, escarneci-
[da,
de tan horrible modo?... ¡Y yo, insensata,
que en esa copa sin pavor bebía

mientras sus labios sonriendo!... ¡Bárbaro!
¡Venganza sólo de salvajes digna
ha sido tu venganza! ¡Ni aun sepulcro
le distel... ¡Ay, que esta idea me horro-
[ríza!

¡Miseró padre mío! ¡Y yo pensaba
ir a verter sobre su tumba un día
la última gota de sincero llanto
que mis enjutos párpados abrigan!

¡Yo, que anhelaba del sepulcro al menos
en el borde fatal, ya que no en vida,
el postrimero ¡adiós! dar a sus restos
porque durmiera el ánimo tranquilo!
¡Y no hay tierra ¡qué horror! que los co-
[bije,
no hay urna que los guarde, mientras su
[hija

parte el lecho nupcial con el verdugo
y con su seca calavera brinda!
Sombra insepulta de Comundo... ¡Acaso
vagas en torno de la mesa misma
en que tu cráneo sirve, demandando
represalia de moña tan sacrílega!

¡Venganza, sí, venganza! ¡Oh padre mío!
Yo te la debo, y la tendrás: cumplida
en él y en cuantos tengan de su raza
un átomo no más: ¡oh! Y la tendrás,
aunque fuera preciso para dártela
tornar mis propios reinos en ceniza,
y sorber gota a gota en ese cóncavo
toda la sangre de su vil familia.

¿La ira que te animó contra mi padre
has hecho caer en mí?... Tú legitimas
mi venganza, Alboino: ¡oh! Por ventura
hijos tienes también de Clotosinda,
de la que tanto amaste... ¡Me estremece
la barbarie sondar de nuestras iras!
Pero al pensar en mi insepulto padre,
mi saña más atroz será justicia.

ESCENA II

ROSMUNDA, ALBOINO

ALB. ¿Aquí Rosmunda aún?

ROS. Él es: mi sangre
se agolpa hirviendo al corazón.

ALB. ¿Qué ideas
tan absorta la traen?

ROS. Siento sus ojos clavados en mi faz, y puedo apenas impedir que al calor de sus miradas el carmín de la rabia me enrojezca. ¿Alboino?

ALB. ¿Rosmunda? ¿Aquí tan sola por las cámaras reales? ¿En qué piensas?

ROS. Pensamientos bien tristes me acompañan, Alboino, y me alegro de que vengas.

ALB. Jamás supe con labio compasivo consuelo dar a mujeriles penas, ya lo sabes, Rosmunda; y si es que ahora sobre tu corazón alguna pesa, no la intentes partir con Alboino, que sólo sabe dominar.

ROS. No temas, no, que al pesar que el corazón me agobie, consuelo demandar al tuyo quiera.

ALB. Ni tampoco a mi voz.

ROS. Tampoco: sólo quiero que tú mis pensamientos sepas, por si quieres cumplirme en algún día el deseo que en mí tales los crea.

ALB. Di, pues.

ROS. Pienso en mi padre, el rey [Comundo.

ALB. ¿Séalo leve la mortuoria piedra!

ROS. ¿Mas dónde está?

ALB. ¿Y por qué me lo preguntas?

ROS. Porque algún día visitar quisiera su solitaria tumba, algunas flores dejando y una lágrima sobre ella.

ALB. Muchas veces, Rosmunda, me lo [has dicho, y has oído otras tantas mi respuesta; nunca, yo vivo, la verás; las tumbas inspiran melancólicas ideas, y no quiero que nunca al lado mío sus sombrías memorias te entristezcan.

ROS. ¿Conque al fin tu furor es implacable, y ni aun al borde de las tumbas cesa?

ALB. No; mas fué mi enemigo; la fortuna me puso enfrente de él, y si a ver llegas su sepultura, al recordar su muerte, la causa recordar te será fuerza.

ROS. Tal vez no tiene sepultura honrada, y te causa rubor que yo la vea.

ALB. Tiene un palacio por sepulcro... [y gentes que continuo le cuidan y le cercan. Y basta de ello ya.

ROS. Sólo, Alboino, quisiera confesarte... una flaqueza tal vez, un infantil remordimiento, pero que roe sordo mi existencia. Dicen que en paz el alma no reposa del triste padre que en el mundo deja hijos que en su sepulcro no colocan, con pía mano, funeraria ofrenda.

ALB. Delirios.

ROS. Aseguran que su sombra vaga invisible en su redor, y lenta, triste y desnuda, de su lecho en torno, en la callada noche se pasea. ¿No la has sentido tú?

ALB. ¿Yo? Desvarías.

ROS. Mas, ¿ni aun tu sueño alguna vez su memoria? [altera

ALB. Jamás; mis enemigos, si mueren una vez, no se presentan ante mis ojos más, ni mi memoria en sueño ni en vigilia los recuerda.

ROS. Tienes un corazón...

ALB. Lo sé, de bronce; un corazón audaz en que se estrellan, todos esos menguados sentimientos que al guerrero envilecen. Los que reinan, los que mandan ejércitos que arrastran detrás de su corcel a la pelea, los que el imperio donde nacen miran cual jaula vil que su valor encierra, y de algo más sintiéndose capaces los hierros viles de su jaula quiebran para buscar espacio a sus alientos, y para dar ensanche a su grandeza, un corazón de bronce como el mío deben tener, Rosmunda; una alma incapaz de temor, y un pie tan firme que haga a su paso estremecer la tierra.

ROS. Un corazón de tigre como el tuyo, que ni a los hombres ni a los cielos tema.

ALB. Tú lo dices, Rosmunda; y pues
 fuerza será que tu destino veas
 en mí, que soy tu dueño, porque nada
 mi corazón contrasta ni doblega,
 y cuanto encuentre a su camino opuesto,
 es fuerza que se humilde o que perezca.
 Y óyeme bien, porque te estoy notando
 un no sé qué de lúgubre y siniestra
 que yo comprendo, y para que obres cauta,
 lo que pienso de tí quiero que sepas.
 Yo aborrecí a tu padre; contra él solo
 salté feroz las húngaras fronteras,
 y me lancé sobre él como un torrente,
 resuelto a esclavizar toda su tierra.
 Peleamos, vencí; volvió los suyos
 a juntar, y otra vez a la refriega
 torné a vencerle yo; quedé mi esclavo,
 y cautiva con él su raza entera.
 Entonces me llamó contra el romano
 injuriado Narsetes, y revuelta
 no queriendo dejar a mis espadas
 tu nación humillada, con destreza
 acerté a mantener lo conquistado,
 cuando, mi esposa Clotosinda muerta,
 legítimé casándome contigo
 el derecho que obtuve por la fuerza.

ROS. ¿Y mi padre?

ALB. No más me le recuerdes:
 aún vive en mí su enemistad ileña,
 y un poco que te amé por tu hermosura,
 se me puede olvidar, si me impacientas.

ROS. ¡Alboino!

ALB. ¡Rosmunda!

ROS. El pueblo mío
 puede acordarse de que soy su reina.

ALB. Yo haré que al punto mismo se
 para siempre. [le olvide]

ROS. ¿Con qué?

ALB. Con tu cabeza.

ROS. ¡Monstruo! ¿Serás capaz?

ALB. De todo: ahora
 más que nunca, Rosmunda, y porque en-

cuánto te importa ser prudente, sabe
 que deben los romanos a las puertas
 de Verona llegar en esta noche,
 y yo salir a recibirlos fuera:
 mas recoge, Rosmunda, esa sonrisa

que a tu labio asomó, porque penetran
 mis ojos en tu pecho, y tus ocultos
 intentos leen.

ROS. ¡Oh cielos!

ALB. La sospecha
 roe mi corazón: esos lombardos
 que a Rodimiro siguen, si se quedan
 dentro de la ciudad, pueden venderme;
 les saco, pues, conmigo a la pelea;
 mas sin su capitán... aún no respire...
 Escucha cómo en la ciudad se queda.
 Gobernador contigo en nombre mío
 el pueblo todo lo creará en mi ausencia:
 sus lombardos así saldrán seguros
 y lidiarán leales: mas en estas
 salas presos los dos, ni a los balcones
 os debéis acercar hasta mi vuelta.
 Ni una señal, ni una palabra debe
 revelar vuestro estado. Y la primera,
 hará saltar la espada de Bucilio,
 que velará sobre vosotros. Prenda
 de salvación, tal vez de represalias,
 Brenilda ser para los dos pudiera
 si en vuestras manos la dejara; pero
 todo lo calculé, y en las tinieblas
 del alcázar saldrá, y en más seguras
 manos la dejaré. Si fuera adversa
 mi suerte y me vencieran los romanos,
 de ninguno de entrambos será presa,
 que no quiero de mí que os venguéis nun-

[ca
 en el único ser que amo en la tierra.
 Mas si vuelvo triunfante... para entonces.
 Rosmunda, ajustaremos nuestras cuentas,
 ¡Silencio! Yo os conozco. Rodimiro
 ama a Brenilda, acaso le ama ella;
 mas tú le amas a él, y por vengarte
 de todo eres capaz; los celos ciegan.
 Él, capitán valiente, hombre gallardo
 y enamorado azaz, por obtenerla
 todo lo emprenderá, y estoy resuelto,
 de fuerza o de grado, a que jamás la ob-
 tenga.]

Es un árbol fatal que me hace sombra,
 es una fama a mi renombre opuesta,
 es un hombre que marcha al lado mío
 y casi igual a mí crece y se eleva,
 y estoy celoso de él, y necesito
 hundir bajo mi planta su soberbia.

ROS. ¿Conque es decir?...
 ALB. Que morirá.
 ROS. ¡Malvadol!
 ALB. El amor de Brenilda es su sen-
 [tencia.
 ROS. Dijo que es su gloria, su valor, tus
 [celos.
 ALB. Su gloria y su valor se la acele-
 [ran;
 donde Alboino está quiere estar solo,
 donde reina Alboino, nadie reina,
 y el que a sus pies no doble la rodilla,
 doblará ante su espada la cabeza.
 He aquí mi historia, pues: he aquí mis
 [leyes:
 he aquí mi corazón: lo que haces piensa.
 ¿Bucilio?

ESCENA III

ALBOINO, ROSMUNDA, BUCILIO

BUC. Aquí me tienes.
 ALB. ¿Está todo?
 BUC. Todo.
 ALB. A ordenar voy, pues, mis
 [haces: presta
 vuelta daré; tu obligación no olvides.
 BUC. Fía.
 ALB. Aquí están los tres, guarda
 [las puertas.

ESCENA IV

ROSMUNDA, BUCILIO

ROS. ¿Qué es lo que aguardas tú?
 BUC. ¿No habéis oído
 las órdenes del rey?
 ROS. Desde allí fuera
 puedes también guardarlas: en mi cámara
 sola quiero quedar: ¡lo oyes? Despeja.
 BUC. Yo sé lo que el rey quiere.
 ROS. ¡Ira del cielo!
 ¿Y no sabes también que soy la reina?
 ¡Atrás!
 BUC. Señora...
 ROS. ¡Atrás!

BUC. Ved que velando
 junto al dintel estoy.

ROS. Donde tú quieras,
 como no sea ante mis ojos. Bueno,
 (Cierra la puerta.)

Estos breves instantes que me restan,
 aprovechar sabré. «He aquí mis leyes:
 he aquí mi corazón: lo que haces piensa.»
 Dijo. Ya lo pensé: todo por todo
 voy a arriesgarlo, sí: ¡vengada o muerta!
 Implacable como él, bárbara, impía,
 será a mi turno; pero pronta, diestra,
 ni aun tiempo le daré... ¡pecio! insensato!
 que el alma me descubres, y me dejas
 vivir un punto más... ¡rey Alboino,
 verás tu imprevisión lo que te cuesta!
 ¿Rodimiro?

ESCENA V

ROSMUNDA, RODIMIRO

ROD. ¡Traidor!
 ROS. ¿Oíste?
 ROD. Todo.
 ¡Tirano vill!
 ROS. Más bajo; nos acechan.
 ROD. ¡Encerrados aquí!
 ROS. Y con tus lombardos
 victorioso quedar aguarda mientras.
 ROD. No, todos a mi voz en un ins-
 [tante
 acudirán a mí.
 ROS. Tente; ¿qué intentas?
 ROD. Desde cualquier ventana...
 ROS. Serás muerto
 antes que a alguna aproximarte puedas.
 La espada de Bucilio al dar un paso
 más allá de esta cámara te espera.
 ROD. ¿No tengo yo la mía?
 ROS. Él tiene muchas
 en torno suyo contra ti dispuestas.
 ROD. El coraje me ahoga.
 ROS. Razón tienes,
 grande, sobrada, poderosa, inmensa;
 mas un momento cálmate.
 ROD. ¡Calmarme,
 cuando toda la sangre se aglomera
 sobre mi corazón, que aquí en mi pecho

no cabe de furor? ¿Calma? ¿Paciencia?
 ¿Cuando acabo de oírle que me mata
 por la gloria que he dado a sus banderas?
 ¿Por qué junté mis armas con las suyas
 para doblar sus triunfos con mis fuerzas?
 ¿Calmarme, cuando veo en un instante
 que en vez de una anhelada recompensa,
 mis hazañas, que a un trono le llevaron,
 sólo a una muerte sin honor me llevan?
 ¡Calmarme! Tú podrás, que también tie-

nes, lo mismo que él, el corazón de piedra.
 Yo no, que tengo sus injurias todas
 en mi afrentado corazón impresas.

ros. ¿Y no las tiene el mío, Rodimiro?
 ¿No tiene injurias que vengar? ¿Afrentas
 que están clamando por venganza como
 ellas son de satánicas y horrendas?
 ¿No pide, di, venganza esa vil mofa
 tantos años seguida... ver expuesta
 la cabeza del padre asesinado
 ante mi vista y en mi propia mesa?
 ¿Crees acaso que un punto en mis oídos
 las palabras horribles no resuenan
 que nunca comprendí? «*Bebe, Rosmunda,
 que con tu padre bebes.*»

ros. Cesa, cesa,
 que me espanta, Rosmunda, el torvo bri-
 llo que tus sangrientos ojos reverberan.
 Eso es que transparentes mis pu-
 pilas

te dejan ver del corazón la hoguera.
 ros. Sí, sí; tienes razón.

ros. ¿Crees aún mi calma
 hija de un alma a las injurias muerta?
 ros. No te creo capaz...
 De todo ahora!

mas a no errar el golpe bien resuelta,
 busco yo mi venganza como debo,
 no con el corazón, con la cabeza.

¿Quieres unir tu suerte con mi suerte?
 ros. No te comprendo bien.
 Su pronta vuelta
 al partir anuncié; de un sólo golpe
 lograr podremos la venganza nuestra.

ros. Habla, el valor me sobra.
 ros. No hará falta
 mucho valor.

ros. ¿Qué, pues?

ros. Mucha destreza,
 mucho silencio, sobre todo: escucha.

ros. Habla y sé breve, porque el tiem-
 po vuela.

ros. Tú mandas cierta tropa...

ros. Ya lo sabes.

ros. ¿De su fidelidad tienes completa
 confianza?

ros. Vasallos de mis padres
 son, y nacidos en mi patria mesma.

ros. ¿Y están a tu servicio?...

ros. Voluntarios:
 a mí en el mundo nada más respetan;
 aliados, no vasallos de Alboino.

ros. Pues yo sé por do se abre una
 [poterna
 que sale de este alcázar a las ruinas
 de ese templo romano. Una vez fuera
 de aquí uno de los dos, a tus lombardos
 meter puede a esta cámara por ella.

ros. Guía; como una vez me vea li-
 [bre,
 caeré sobre él con mi legión entera.

ros. No, puede descubrir tu movi-
 [mientos,
 y a los suyos llamar en su defensa.

ros. Tarde será.

ros. Se encerrará en palacio.

ros. Y yo le sitiaré dentro su regia
 mansión: es mi venganza más segura.

ros. No, Rodimiro, no; de esa manera
 tu venganza es segura: pero en cambio
 a mí me hará colgar en las almenas
 por haberte salvado. No, yo sola
 del alcázar saldré, y a las casernas
 llegaré de los tuyos a anunciarles
 el peligro mortal que te rodea.

ros. ¿Mas si llega Alboino antes que
 [tornes?...

ros. Respetar necesita tu existencia
 mientras pueda esperar que tus soldados
 le ayuden a vencer: ¡oh! nada temas.

ros. Pero ¿cuál es tu plan?

ros. El devolverle
 venganza por venganza; y cuando vuelva
 a saciar la que aguarda de nosotros,
 dé en la que en cambio prevenida tenga.

ros. Dices bien.

ROS. Por si acaso desconfían tus lombardos de mí, dame una prenda que crédito me dé.

ROS. Mi anillo.

ROS. Tráele;

¿es señal convenida?

ROS. Sí; cualquiera de ellos bien le conoce, y al mostrársele, todos resueltos seguirán tus huellas.

ROS. Tú, aguardame entretanto.

ROS. Aquí te espero.

ROS. Cuida bien que tu rostro no nos [venda, la inquietud de su pecho revelando en la turbada paz.

ROS. Está serena.

ROS. Ni mirada, ni voz, ni ¡ay!, ni te haga traición. [suspiro

ROS. Ve en paz.

ROS. Él su anatema sobre ambos fulminó: púsonos a ambos juntos para morir en su sentencia;

y pues nos junta el cielo a la venganza, yo juro quedar hoy vengada o muerta. Adiós.

ROS. Aguarda.

ROS. ¿Qué?

ROS. ¿Si se descubren? No ha de ser antes que los tuyos [sepan tu situación, y a tu socorro lleguen.

ROS. ¿Mas si acaso morir té aconteciera?

ROS. Entonces pon mi muerte en el [platillo de la balanza fiel de tus afrentas.

ROS. ¿Y si me toca a mí?

ROS. Lo que yo haría haz.

ROS. ¿Qué?

ROS. Arrostrar tu suerte con [fiereza, y bajar en silencio a tu sepulcro sin estorbar a la venganza ajena.

ROS. Te comprendo muy bien.

ROS. Si me comprendes, cuanto a ambos nos importa considera que el que caiga no estorbe al compañero, siguiendo ambos a dos la misma senda.

ROS. Caeré sin estorbarte tu camino; fía en mí.

ROS. Y en mí tú.

ROS. Ve, pues.

ROS. Pues vela.

ESCENA VI

RODIMIRO

Tiene razón esa mujer. Oculta, sorda y en las tinieblas preparada, como ese vil tirano nos la apresta, así debe de ser nuestra venganza. Ha discurredo bien: todo por todo; mas esa fría reflexión me espanta con que todo lo mira y lo calcula, y el tiempo mide, y la ocasión señala. ¡Tal es la ofensa, empero! ¡Un día y otro con escarnio tan bárbaro mofada en su amor, y en su estirpe escarnecida! Sangre, aliento de hiena en sus entrañas tienen ambos a dos; y me parece que el aire que se aspira en este alcázar es un vapor de crimen que emponzoña con honda sed de crímenes el alma. ¿De dónde, de qué padres, de qué tierra maldita viene tan maldita raza, que así cuanto hay entre los hombres sacro con tan frío furor vende y ultraja? ¡A quién leal les sirve, le escarnecen! ¡Sentencian a morir a quien les ama!... ¿Quién me juntó con ellos? ¿Quién me

[trajo a Verona?... Mas... oigo en esa estancia pasos... se acercan, sí. ¿Si esa Rosmunda me venderá tal vez?... ¡Oh! Acompañarla debí, seguirla por doquier... ¿qué digo? ¡Dejarla aquí a Alboino abandonada! No; su afrenta es mayor: yo soy un hombre, y saber debo sucumbir salvándola.

A esa puerta llamaron...

BREN. (dentro). ¿Alboino?

ROS. Ese acento... ¿quién va?

BREN. (dentro). Brenilda.

ROS. Mi alma reconoció al punto.

(Abre la puerta adonde Brenilda llama.)

ESCENA VII

RODIMIRO, BRENILDA

BREN. ¡Ah!... Rodimiro.

ROD. Sí, yo soy.

BREN. ¡Ay de mí!
(En acción de retirarse.)

ROD. (deteniéndola). Detén la planta un momento no más: la vez primera es esta en que logré fortuna tanta, y por si es a la par la postrimera, perder no quiero esta ocasión.

BREN. Levanta, déjame.

ROD. No, Brenilda; ya lo oíste de boca de Alboino: te amo.

BREN. Calla.

ROD. En vano el labio a la pasión resiste;

del respeto el amor rompe la valla; no sébelo al fin: si me ligué a Alboino, fué nada más que por seguirte y verte: si he sembrado de glorias mi camino, ha sido nada más por merecerte.

Permanecer en tu palacio ahora es no tener valor de abandonarte, y callar la pasión que me devora, recelo nada más fué de enojarte.

Mas hoy que ajeno labio en tus oídos resonar de mi amor hizo el secreto, los míos se resuelven atrevidos a llegar de mi amor al santo objeto. Sabe, pues, de una vez, Brenilda, saber lo que en mi solo corazón no cabe. Yo te amo, sí, te adoro.

BREN. ¡Rodimiro, déjame por piedad!

ROD. Brenilda mía! Tú eres el aire con que yo respiro, tú eres la estrella que mis pasos guía, tú la felicidad por quien deliro: tu vista es para mí la luz del día; será tu nombre mi postrer suspiro, mi anhelo amarte, mi temor perderte, tu amor mi ser, tu desamor mi muerte.

BREN. Calla, que tus palabras me fascinan; y en mis oídos resonar no deben.

ROD. Son la verdad no más,

BREN. ¡Ah! Me asesinan esas verdades que a escuchar me inclinan;

ROD. ¿A escuchar? ¿Es decir, que si se atreven mis ansias a esperar?...

BREN. No, te alucinan; apártate de mí.

ROD. ¿Me huyes? ¡Ingrata! Yo creí ver en tus radiantes ojos siquiera compasión... mas con enojos me apartas: ¡ay! que tu traición me mata. Yo creí que tus ojos me seguían con cariñoso afán, que penetraban mi corazón, y el fuego comprendían que ardía dentro de él... mas me engañan

[ban cuando a los míos responder fingían y con falsa expresión me contemplaban, ¡Tal es el fin de mi pasión sincera! Cumpro, pues, mi destino: ¡adiós!]

BREN. Espera.

ROD. ¿Espera, dices, y la hermosa mano me tiendes?... ¿Y una lágrima perdida resbala por tu rostro soberano, en el momento de partir vertida? ¿Al corazón arrancas un suspiro? Acaba de una vez: ¿cuál en tu lloro misterio sé me esconde?

BREN. ¡Rodimiro!

ROD. Habla.

BREN. No puedo más; ¡sí, yo te adoro!

ROD. ¡Oh instante puro de placer su-

[premio] ¿Me amas, Brenilda mía?

BREN. Sí, te amo.

¿Cómo ocultar la llama en que me quem-

[mo, cuando ves que estas lágrimas derramo al estrecharte entre mis brazos? Mira, tú eres solo la luz de mi existencia, el aire tú que el corazón respira, tú vital parte de su propia esencia, tú la felicidad por quien suspira. Tu presencia es mi bien, mi mal tu ausen-

[cia; mi anhelo amarte, mi temor perderte; tu amor mi ser, tu desamor mi muerte.

ROD. ¡Alma mía!

BREN. Mis ojos no mentían cuando tus bellos ojos acechaban y tus tiernas miradas te volvían; mas ¡ay de mí! Los ojos nos perdían, que otros también velando estaban.

ROD. ¿Qué importa, si a este punto nos [trajeron?

BREN. No, que un abismo a nuestros [pies abrieron.

Óyeme, Rodimiro: el rey Alboino, tal vez eterno manantial de pena...

ROD. ¡Ese tirano vill...

BREN. La lengua enfrena, porque a su voluntad me ató el destino.

ROD. Todo lo puedo con tu amor ah-

[ra; soldados tengo, esfuerzo generoso. ¿Quién no osa a todo por el bien que ado-

[ra? Huyamos de ese tigre rencoroso.

BREN. Rodimiro, jamás juzgas en vano que la razón en mí pierda su imperio.

ROD. Condena nuestro amor.

BREN. Sí.

ROD. ¿Y su tirano imperio no huirás?

BREN. No... es un misterio.

ROD. Sepa yo al menos su fatal arca-

[no. BREN. Es inútil.

ROD. ¿Por qué?

BREN. Porque sería convencerte no más del muro inmenso que nos divide.

ROD. Sí, su tiranía nada más.

BREN. Su poder.

ROD. Que ignoras pienso sus leyes.

BREN. No.

ROD. ¿Luego mi muerte sabes?

BREN. ¡Cielos! ¡Tu muerte!

ROD. Con cruel sentencia me condeno a morir.

BREN. ¿Mas por qué graves delitos?

ROD. Por tu amor.

BREN. Mas en presencia (Aparece Rosmunda por donde salió de la escena, y al verlos se detiene y escucha.) de quién? ¿Quién, Rodimiro, lo ha escu-

[chado? ROD. Yo mismo, yo, Brenilda.

BREN. ¿Tú?

ROD. Y Rosmunda.

BREN. ¡Oh! Siempre esa mujer! Em-

[ponzoñado cuanto ella toca está... siempre fecunda en daños su alma vil, por donde quiera que va derrama el mal.

ROD. Hoy en mi suerte, Brenilda, es a la par mi compañera.

BREN. ¡Ah! Desconfía de ella, que a la

[muerte te conduce: los celos la devoran. Te ama.

ROD. Y yo la detesto. Mas escucha; salvar mi vida la interesa ahora;

sin mí es perdida, con mi fuerza lucha.

BREN. ¿Lucha? Y ¿con quién?

ROD. Con Alboino.

BREN. ¡Cielos, una traición!

ROD. Una justicia.

BREN. Espera; explicámelo bien.

ROD. Es larga historia. Yo debo aquí morir dentro de poco

quizás, pero mi fin comprarán caro.

BREN. ¡Oh! No, ¡no por piedad! Tu in-

[tento loco desecha.

ROD. Su sentencia en mi memoria grabada está.

BREN. Desistirá.

ROD. No; avaro de mi sangre le he visto, y sus atroces intentos comprendí... no le conoces.

BREN. Mejor que tú... yo puedo darte

[amparo. ROD. ¿Tú?

BREN. Yo. Si yo no cambio tu des-

[tino, nadie le cambiará: no hay en la tierra más que una sola voz que oiga Alboino; su alma, un afecto nada más encierra.

Sólo hay una mujer que su ira calma, que en sus labios benéfica provoca sonrisa de placer, y agota en su alma la fuente de furor: a ésta le toca valerte, y te valdrá.

ROD. ¿Mas quién alcanza tanto poder con él, que así revoca sus leyes de exterminio y de venganza?

BREN. Yo, Rodimiro.

ROD. ¿Tú?
BREN. Yo, que te adoro, y en pago de mi prez y mi decoro, que renuncié por él, y en honra suya, le exigiré, aunque sea en mi desdoro, por cuanto soy y fui, la vida tuya; sabrá que imposible es que en mí destruya el grande amor que para ti atesoro.

Y esa mujer por quien me holló Alboi- [no...

ROS. Hela aquí.

BREN. ¡Siempre vos!

ROS. Es tu destino.

ESCENA VIII

BRENILDA, RODIMIRO, ROSMUNDA

ROD. ¡Rosmunda, val!

ROS. ¡Silencio! Miserable, nos ibas a perder si no te tengo la lengua. Tú, despeja. (A Brenilda.)

BREN. Reina...

ROS. Al punto, ¡prayo de Dios!

ROD. ¡Rosmunda!

ROS. ¡Rodimiro!

ROD. Es nuestra salvación.

ROS. Lo necio admiro de tu fe: créela, y eres difunto.

ROD. ¡Cielo!

ROS. ¿Ahí estás aún?

BREN. Al rey espero.

ROS. Su cámara real es tu retiro,

y allí, cual sueles, que le aguardes quiero,

o aquí te cuesta el postrimer suspiro.

BREN. ¡Vil mujer!

ROS. Obedéceme.

BREN. Yo muero.

ESCENA IX

ROSMUNDA, RODIMIRO

ROD. Rosmunda, esa mujer...

ROS. Te asesinaba: ¿no oíste sus palabras?

ROD. ¿Tú has oído?...

ROS. Sí, todo desde allí, cuando llegaba por dicha mía.

ROD. Y bien, si has comprendido...

ROS. Todo, sí; y más que nunca decidida camino, Rodimiro, a mi venganza, con nuevo y doble afán embravecida.

ROD. Mas me hizo concebir una esperanza, Rosmunda.

ROS. Ya lo sé; ¿mas no comprendes ese misterio tú? Puede salvarte.

ROD. Me lo dijo.

ROS. Mas ¿cómo? ¿Aún no lo entiendes?

¡Fatal amor con que logró cegarte, miserable de ti! De ese Alboino una mujer no más puede arrancarte. Sólo escucha su voz sobre la tierra; su alma ese afecto nada más encierra, y por él solo cambia tu destino; nada más que por él sus leyes huella y de su furia el ímpetu revoca; y ese afecto el suyo es.

ROD. ¿Sella la boca!

ROS. Sí, Rodimiro, y la mujer es ella, ella, a quien tú tu corazón destinás.

ROD. ¡Basta, Rosmunda, basta! Me asesinas.

¿Qué raza es esta de traidores? ¿Todos son viles por igual? ¿Todos serenos al crimen van por diferentes modos? ¡Oh! ¿Qué me resta ya?

Vengarte al menos.

ROD. Mas no, tú mientes: inocente, calumniada por ti Brenilda ahora fué torpemente.

ROS. No.

ROD. ¿Quién me asegura?...

ROS. ¿No lo dijo ella misma?

ROD. Tú, traidora,
lo interpretas así.

ROS. ¿Y cómo interpreto
que en la cámara misma de Alboino
por las noches le aguarde? ¿Qué secreto
es ese con que espera tu destino
cambiar? ¿Por qué con ella es piadoso
quien con todos es cruel y formidable?
¿Por qué de tu cariño tan celoso
se muestra y te castiga inexorable?
¿No te ha dicho: «Aunque sea en mi des-

[doro,
yo puedo exigir de él la vida tuya
en pago de mi prez y mi decoro?»
Nada más claro contra ti que arguya.

ROD. Sí, sí, lo veo bien: toda en mi
la funesta verdad se patentiza, [mente
e impresa en mi memoria, horriblemente
el pobre corazón me martiriza.

ROS. Piénsalo, Rodimiro, y si camino
hay que esta idea en tu favor concluya,
fía en ellos, serás víctima suya;
yo no, que lucharé con mi destino.

ROD. Yo también lucharé: no por la
[vida:

¿qué me resta ya en ella? ¿Qué esperanza
halagármela puede? ¡No se anida
ya en mí más ambición que de venganza!
Mi fe burlada, mi amistad vendida...

La muerte, el premio que mi gloria al-

[canza,
¡y tan villana muerte!... ¡Esto me espera!
Venganza, pues; pero venganza fiera.

ROS. Muera Alboino.

ROD. ¡Morirá!

ROS. A mí entero
vuelva otra vez el cetro de Comundo.

ROD. Volverá.

ROS. Te lo ofrezco.

ROD. No lo quiero.

ROS. Rey de Italia serás.

ROD. Ni rey del mundo

sin ella quiero ser: todo lo pierdo
con su amor.

ROS. ¿Qué harás, pues?

ROD. Volver a Hungría;

mas vengado volver, y su recuerdo
guardar eterno en la memoria mía.

ROS. Considéralo bien, que es grande
[el precio,
libertador de Italia, mi corona
y mi amor reunir en tu persona.

ROD. Ya te he dicho una vez que los
[desprecio.

ROS. A la venganza, pues.

ROD. Sí, mis soldados...

ROS. Franco para ellos ya tengo un
[postigo.

ROD. Tenlos, Rosmunda, cerca aposta-

[dos,
y a una voz mía mételes conmigo.

ROS. Asegúrate bien; la astucia em-
[plea,

no arriesgues neciamente una pelea.

(Mientras dice Rosmunda este último verso,
cierra la puerta de la izquierda, por la
que entró Brenilda. Rodimiro la pregun-
ta dudoso:)

ROD. ¿Qué haces?

ROS. ¡Si se presenta y nos delata!

ROD. Tienes razón.

ROS. (No quiero que la vea:
todo podría revelársele.) Ea,

no hay miedo ya: o le matas, o nos mata.

ROD. Su sangre sobre mí.

ROS. Sobre ti sea.

(Rodimiro se sienta: Rosmunda, al mar-
charse por la puerta de la derecha, se de-
tiene en el dintel.)

ROS. (¿Tú lo quieres? Pues bien, llegó
[mi hora;

hoy para todos por igual funesta
mi venganza será. Ve, pues, ahora

lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.)

PARTE TERCERA

ESCENA PRIMERA

RODIMIRO

Rápido el tiempo corre: todo calla
en derredor de mí. Tras de esas puertas
vela sin duda el capitán Bueilió,
porque siento sus pasos detrás de ellas
compasados sonar... ¡Cuánto esta calma
sobre el inquieto corazón me pesa!

¡Cuánto esta soledad me martiriza
 con las memorias tristes que me acuerda!
 Ayer guerrero triunfador partía
 el poder con un rey... ¡Hoy en su regia
 cámara misma, con traición taimada,
 sediento de mi sangre, me encarcela!
 Ayer en dulces y amorosos sueños
 embebecido, mi dichosa estrella
 bendecía esperando; ¡hoy ni esperanza,
 ni gloria, ni poder, ni amor me resta!
 Cuantos amé insensato, me han vendido:
 con quien he odiado más me junta adversa
 mi menguada fortuna... ¡oh, sí! Aborrezco
 con toda el alma a esa mujer. Quisiera
 no haberla visto nunca... es un fantasma
 que va siguiendo por doquier mis huellas,
 y cuyo hálito impuro en mi alma infunde
 un vértigo infernal que me marea.
 ¿Y me ama? ¡Infando amor! Partir me
 [ofrece
 conmigo el trono... ¡Abominable oferta,
 que me abrasa en furor, y en las entrañas
 toda mi sangre paraliza y hiela!
 ¿Yo a la par de tal monstruo? Nunca,
 [nunca:
 mas ¡ay de mí! La aguardo, y de mí es
 [pera
 la venganza también... ambos de un cri-
 [men
 nos vamos a lanzar sobre la senda.
 ¿Y a mí de qué me vale una venganza
 que ni dicha ni amor me recupera?
 ¡Oh, no! De calma el compasivo cielo
 estos instantes por mi bien me deja
 para mejor pensarlo..., un alma noble
 cuanto olvida mejor, mejor se vengas.
 No más sangre, no más... renuncio a todo.
 Dice que tiene franca una poterna
 por do salir de esta mansión horrible,
 y que la guardan mis lombardos... Ea,
 voy a dejar la Italia en medio de ellos;
 Alboino, traidor, yo te perdono.
 Yo te desprecio al par. ¡Brenilda pérfida,
 adiós! En mí desde hoy vuestra memoria
 sombra es no más de pesadilla horrenda.
 Mas esta puerta se resiste... ¡Cielos!
 ¡Rosmundal! No responde... ¡oh qué sos-
 [pechal

Rosmundal... El eco solamente herido
 por la bóveda cóncava resuena.
 Rosmundal... ¡oh! La traidora me ha ven-
 [dido
 para dejarme de Alboino presa
 en su lugar... Si por allí lograra...
 Miserable de mí, que fié en ella
 y la dejé salir.

ALB. (dentro). ¡Bucilio!
 ROD. Es tarde
 ya. Alboino está aquí. Su voz es esa.

ESCENA II

ALBOINO, RODIMIRO, BUCILIO

ALB. ¿Dónde está, dónde?
 BUC. ¿Quién?
 ALB. A mi coraje
 poca es su sangre toda.

BUC. Tu ira enfrena,
 señor.

ALB. Bucilio, aparta, o con las tuyas
 caerá a la par tu criminal cabeza.
 ¿Qué has hecho, miserable?

BUC. A esos dinteles
 incesante velar.

ALB. ¡Maldito seas!
 Te han burlado.

BUC. Alboino...

ALB. ¿Quién ha abierto
 las puertas de mi alcázar a la reina?

BUC. No hay más que esa, señor, que
 [de tus cámaras
 salga, y no me aparté ni un punto de ella.

ALB. Pasaron sobre ti.

BUC. Sobre mi vida
 pasaran antes, o a mis pies cayeran.

ALB. Pues pasaron, Bucilio, porque
 [ahora

Rosmundal a los lombardos me subleva,
 y enfrente de las torres de Verona
 las águilas de Roma se presentan.
 Sí, sí, perdidos somos: entretanto
 que el enemigo en la ciudad nos cerca,
 las tropas que acaudilla Rodimiro
 dentro nos mueven infernal contienda.
 Y toda su legión, en voces altas,
 ahora a su capitán pidiendo queda

por las plazas y calles, y Rosmunda
les encamina aquí... ¡La ira me ciega!
¿Qué has hecho, pues, de ese hombre?

[¡Desdichado!

¿Dónde está ese traidor?

ROD. En tu presencia.

ALB. ¡Oh, al fin das en mis manos! Ve,

[Bucilio;

pronto, mete en palacio toda entera
mi húngara guardia, y si se pierde todo,
baremos de mí alcázar fortaleza,
y a lo menos debajo de sus ruinas
nos sabremos abrir tumba sangrienta.

ESCENA III

RODIMIRO, ALBOINO

ALB. Y oye tú; los romanos se prepa-
ra asaltar la ciudad: fácil defensa [ran
tiene aún si recoges a los tuyos
y a la batalla los conduces; ea,
elige, pues; o nos batimos ambos
por ambos, como siempre, o de las rejás
de mis ventanas te suspendo, al punto
que tus lombardos a buscarte vengan.

ROD. ¿Me amenazas a un tiempo y me

[suplicas?

ALB. Súplicas o amenazas, como que-

[ras;

pero responde pronto, porque siento
menguar rápidamente mi paciencia.

ROD. Y también tu fortuna.

ALB. ¡Rodimiro!

ROD. Alboino, tus ímpetus modera:

la fortuna es voluble para todos,
y hoy la fortuna para ti se trueca:
por doquier de enemigos circundado,
debajo de tus pies se abre la tierra.

ALB. No me hundiré yo solo, Rodimi-

[ro,

por la ancha sima ante mis pies abierta;
yo me desplomaré, mas como un monte
que arrebató en pos suyo cuanto encuen-

[tra.

Puedo caer, mas como cae el rayo,
que humo detrás de sí tan sólo deja.

ROD. Como una chispa que al brotar

[expira

al estrellarse el rayo en la alta peña;
cual carcomido tronco que arrebató
torrente asolador que el bosque anega;
cual vieja torre que en cenizas torna
el incendio voraz que la rodea.

Porque ya nada tienes, Alboino;
la muerte en torno por doquier te ace-

[cha,
en las lanzas aquí de mis lombardos,
y en las romanas lanzas allá fuera.

ALB. Mientes si juzgas que la muerte
[es cosa
que el alma de un rey húngaro amedrenta,
que no es la muerte pavorosa imagen
para el valiente acostumbrado a verla;
ni es gran golpe caer en una tumba
de enemigos cadáveres repleta.

Pero estamos aquí perdiendo el tiempo
cual mujeres imbéciles que llenan
de alaridos estúpidos el aire,
en tanto que el peligro se acrecienta.

De una vez concluyamos, Rodimiro;
unidas hasta aquí las armas nuestras,
sólo tenemos una causa, como a
hemos tenido siempre una bandera.

Enemiga de entrambos igualmente,
Roma a la par contra los dos se apresta;
sí ambos con Roma no lidiamos, a ambos
nos asesina una venganza necia.

Yo te ofendí, es verdad: tú me aborreces;
nuestras almas tal vez están sedientas
de nuestra sangre al par; mas todavía
bálsamo habrá con que calmarse puedan.
Obremos, pues, como hombres; depongá-

[mos
nuestras iras un punto; y con fiereza
demo sobre el romano ambos unidos,
sin partir la fortuna ni la fuerza.

Venzamos hoy como vencimos siempre,
y mañana, si aún cólera nos queda,
caigamos cuerpo a cuerpo combatiendo,
mas sin dejar a Roma que nos venza.

ROD. Noble he nacido y generoso, y

[grande
ánimo el noble corazón me alienta,
y nadie en vano reclamó mi esfuerzo
en penosa ocasión y en causa buena.
Mas ha muy poco, de tu misma boca
mi destino escuché, y aún me resuenan

dentro de los oídos tus palabras,
dentro del corazón tu ruina vileza.
Yo te conozco ya, rey Alboino;
hoy abatimos las romanas tiendas,
y mañana, traidor, a tus verdugos
con victoriosa enemistad me entregas.

ALB. Pues bien, pactemos cual contra-
rios.

ROD. [Habla.

ALB. Yo de seguridad te daré prenda.

ROD. No la hay entre los dos.

ALB. Tú la has hallado:
con ella puede hacerse duradera
la paz entre nosotros; con Brenilda
puedo tus sienas coronar.

ROD. ¿Y es esa
de nuestra paz la oliva? ¿Es ese el precio
a que te he de salvar? Tamaña afrenta,
en lugar de extinguir mi sed de sangre,
me la dobla, doblándome la ofensa.

ALB. ¡Rodimiro!

ROD. Pues qué, ¿piensas que ignoro
que un afecto no más hay que enterneza
tu fiero corazón; que hay, Alboino,
una mujer no más sobre la tierra
por quien vaga en tus labios la sonrisa,
que en tu alma del furor la fuente seca,
y que tus leyes bárbaras revoca...
y esa mujer, rey Alboino, es ella?

ALB. ¡Cielos! ¿Y quién del libro de mi
pecho
te ha mostrado esa página secreta?

ROD. Otro labio real.

ALB. ¡El de Rosmunda!

ROD. El de Rosmunda, sí.

ALB. Pues bien; si entera
la historia sabes, con razón más sólida
la paz te ofrezco con Brenilda; acéptala.

ROD. ¡Semejante baldón! Tirano imbécil,

si las infames manos tienes hechas
a que los perros de tu esclava Italia
se arrodillen humildes a lamértelas,
no esperes, no, que los lombardos tigres
a recoger tus desperdicios vengán.

Yo amé a Brenilda mientras fué a mis
ojos

pura, lejana y rutilante estrella;
cuanto lejana más, más admirable,

más digna de anhelarse su belleza.
Mas hoy, que como tuya la conozco,
mi amante corazón cambia para ella,
y si odio engendró en él tu negativa,
desprecio en él tu ofrecimiento engendra.

ALB. ¿Qué es lo que dices, insensato?

ROD. Digo,
que a quién tú se la das, te la desprecia;
que no hay entre los dos desde este punto
ni lazos, ni amistad, ni fe, ni treguas.

ALB. ¡Basta, rayos del cielo! Tú lo di-
ces,
no hay treguas, ni amistad; tu infame len-
gua

en la mitad del corazón me ha herido
con el desprecio de Brenilda, y esta
es una injuria que jamás sabría
mi rabia perdonar... ¡Oh! ¿Y ofrecértela
pude yo en un momento de locura?

¿Cuándo pudiste acaso merecerla?
¿Quién eres tú para que a amor tan alto
las torpes alas a tender te atrevas?

Arrodíllate, esclavo; de rodillas
debéis oír su nombre: el labio en tierra
le debes pronunciar, el polvo sólo
para besar en que sus pies asienta:
tienes razón, no hay paz entre nosotros,
ni treguas, ni amistad; y en las extremas
horas que a un tiempo de peligros tantos
circundan y amenazan mi existencia,
no por mi salvación te envía el cielo,
sino porque de ti vengado muera.

¡Oh! Y morirás: el término aplazado
de mi aliento vital siento que llega,
porque veo que el mundo se desploma
sobre mí; pero ve lo que te resta:

este alcázar va a ser nuestro sepulcro;
yo le defenderé mientras que tenga
sólo un soplo de vida: hasta esta hora
tú conmigo estarás, y cuando sienta
que el alma me abandona, haré, implaca-
ble,

arrancarte la tuya en mi presencia.

ROD. Yo la daré tranquilo, porque
mi ánima ya del universo espera, [nada
y porque si tú vences, todavía
para vengarme a mí Rosmunda queda.

ALB. ¿Rosmunda? Desvarías con el
miedo.

Si ella con tus lombardos se presenta delante del palacio, a sus balcones haré colgar tu livida cabeza; y tus mismos lombardos al mirarla, antes que en mí te vengarán en ella.

ROS. No; la sombra insepulta de Co-
[mundo
con ella va y en su favor pelea.

ALB. ¿Qué estás diciendo?

ROS. Que el misterio sabe que en esa copa tu furor encierra, y que esta noche cerrará Rosmunda del padre rey la profanada huesa.

ALB. ¿Tú se lo descubriste?

ROS. La he pagado secreto con secreto; deber era.

No hay esperanza; contra ti, Alboino; hasta los muertos sus sepuleros dejan; y no reposarán en sus sepuleros hasta que al tuyo descendier te vean.

ALB. Tantos descenderán de mí de-
[lante,

que les haré tal vez perder la cuenta, y te juro que no has de ser el último de mi mortuoria comitiva.

ROS. Llega;

todavía en mi brazo está mi espada, y en tanto, rey, que levantarla pueda, ni moriré como cobarde esclavo, ni seguro estarés delante de ella.

ALB. Y hombre soy yo que obligará a
[tu espada
con el brazo a caer que la sostenga, si antes que de la vaina la desnudes aquí a mi voz mis húngaros no llegan.
¡Hola! Bucilio.

ESCENA IV

ALBOINO, RODIMIRO, ROSMUNDA

ROS. ¿Qué queréis?

ROS. ¡Rosmunda!

ALB. ¡Oh! ¡Me los junta mi feliz estre-
[lla!

Bucilio, pronto a mí.

ROS. No será fácil

que ya a tu voz a presentarse vuelva.

ALB. ¿Por qué?

ROS. Porque está lejos. Alboino, tu voz a la honda eternidad no llega.
Mira.

Abre las puertas del fondo, y ve una guardia romana y a Bucilio tendido a un lado.

ALB. ¡Traición tamaña!

ROS. Es obra mía.

Yo metí con silencio y con destreza en tu palacio a los lombardos, antes que Bucilio a tus húngaros metiera. Y he vendido a Verona a los romanos al caro precio de tu sangre regia.

¡Ea, pues, a morir como quien eres disponte ya! Tu comitiva es esa.

Esos romanos que Longino envía para llevarle la ofrecida prenda, tu tronco real conducirán al campo y ante el emperador tu real cabeza.

ALB. El coraje me ahoga.

ROS. Ahora, Alboino,

si es que en señal de despedida eterna quieres vaciar el postrimero vaso, tu copa de marfil te daré atenta, diciéndote a mi vez: «Bebe, Alboino, que con mi padre bebes; mas contempla que si me has dado en muchas tu venganza, yo te he dado la muerte en la primera.

ALB. ¡Oh, te sabes vengar!

ROS. Tú me enseñaste:

y lo bien que aprendí para que veas, sabe que el cetro de Comundo vuelve a mi mano otra vez, e Italia entera, amparada mirándome de Roma, me aclama al par libertadora y reina.

ALB. ¡Tú amparada por Roma!

ROS. Sí, Alboino,

y en tu lugar sobre tu solio puesta.

ALB. Ahora comprendo el bárbaro des-
[precio

con que a Brenilda ajó... ¡Reinar esperas con Rosmunda también!

ROS. Tente, Alboino;

yo no tengo, cual tú, sangre de fiera, y ni lecho, ni trono, ni sepulcro sabría nunca dividir con ella.

ROS. Mas partirás con él mi cruel ven-
[ganza,

que sabré sobre ti lograr entera.

ESCENA V

ALB. ¡Oh, respiro!!! Os odiáis; gracias,
[¡oh Averno!

Rosmunda, ya lo ves; su odio me vengas
todo por él lo has hecho, pero todo,
porque viene de ti, te lo desprecia.

ROS. Pues más caro que tú mis iras
[pagas,
va a pagar el desprecio que me muestra:
y siento, por quien soy, que mi venganza
ver, Alboino, hasta su fin no puedas:
porque tal es, que la creyeras tuya
viéndola tan medida y tan completa.

ALB. También la mía lo es, puesto que
[os dejo
aborreciéndooos siempre, y me consuela
morir sabiendo que en ausencia mía
viviréis en discordia sempiterna.

ROS. ¡Oh! Te lo creo; mas te aguardan;
[parte:
rey Alboino, mi justicia es recta.
Tu sepulcro está allí, mas no vacío;
la sombra de mi padre en él te espera.

ALB. Yo al lado suyo dormiré tran-
[quilo,
y en su tumba entraré con faz serena,
porque no piense que al morir, su espíritu
el corazón con que le odié amedrenta.

Goza, pues, de tu suerte y tu venganza
como gozarla supe yo: y no temas
de mis labios oír súplica inútil
en favor de otra víctima que deja
mi torpe imprevisión entre tus manos,
y a quien no salvará ni su inocencia.

Y no quiero gastar mi aliento en balde,
y desmentir la heroica grandeza
con que debe arrostrar esta venganza
quien de esa copa se sirvió en la mesa.

Sí; yo sabré morir como he vivido,
mi suerte afrontaré tal como sea,
y expirará Alboino sin que exhale
un ¡ay! su corazón, ni un ¡ay! su lengua.

ROS. Ve, pues; sabéis mis órdenes;
[cumplidlas.
ROD. Venganza es harto justa, pero
[horrenda
tu venganza es también.

ROSMUNDA, RODMIRO

ROS. Detén la planta;
cumplir me resta la mitad segunda:
de Comundo vengué la causa santa,
mas falta aún la causa de Rosmunda.

ROD. Véngala tú: yo parto en el mo-
[mento
de Italia para siempre, que me aterra
qué a la par nos cobije el firmamento
y al par nos sufra sobre sí la tierra.

ROS. ¿Tanto, pues, me aborreces?
ROD. Cuanto cabe
en ofendido corazón humano;
cuanto tu mente concebir no sabe
y mi lengua explicar querría en vano.

Y a mi sincero corazón perdona,
Rosmunda, esta verdad: tu faz sombría
me espanta aun a través de esa corona
que te ciñe la sien de pedrería,
mas que no la ennoblece ni la abona.

Esos altivos y radiantes ojos,
por quien barones mil tal vez deliran,
corazones rindiendo a sus antojos,
dan al mío pavor cuando me miran.

Y esa romana y clásica hermosa
que hace admirar tu forma majestuosa,
no sé qué tiene para mí de oscura,
que hace a mis ojos tu beldad odiosa.

Un dios, o un mal espíritu, en tu pecho
encendió una pasión que te esclaviza,
y no puedo vivir bajo de un techo
que cubre esa pasión que me horroriza.

Tal vez dirás que tus hechizos dejo
por los de otra mujer... ¡Mujer perjura!
Mas si amé a otra mujer, que imagen pura
de los cielos creí, cuando reflejo
la concebí de tu maldad impura,
la odié también, y de las dos me alejo
despechado, a llorar mi desventura.

Adiós, pues: ¡oh Rosmunda! Ya vengada
quedas y reina; y al romano unida,
los lombardos de ti no esperan nada,
ni quieren de tu tierra ensangrentada
más que el sol que señala su partida.
Adiós.

ROS. Espera.

ROD. ¿Qué?
ROS. Pues te he escuchado esa que acabas relación funesta, justo es que de mi labio apasionado escuches tú también una respuesta.

Tus bárbaras palabras una a una aquí, en mi corazón cayendo han ido, ahogando en él sin compasión alguna cuanta esperanza en él se ha mantenido. Tú me has abierto el tuyo: es, pues, for-

zoso que el mío te abra yo, y de cerca al verle, penetres en su centro misterioso y aprendas de una vez a conocerle.

¡Tú me has aborrecido, y yo te amaba! Con insolente mofa, tu desprecio de sí apartó cuanto mi amor te daba, y aun retó a mi furor tu orgullo necio. Por ti ultrajado, y de tu amor testigo, cambióse al fin mi corazón contigo.

Oye, pues; la pasión que te horroriza no existe ya en Rosmunda: el odio insano que implacable hacia mí te fanatiza, reina en mi pecho con poder tirano.

No soy ya la Rosmunda que te adora, soy la Rosmunda que ultrajada y fiera, del inmenso furor que en sí atesora, viento va a dar a la gigante hoguera. Rosmunda sólo sabe, Rodimiro, o amar o aborrecer, mas nunca olvida: ama de amor hasta exhalar su vida, y aborrece hasta el último suspiro.

Tan poderosa, pues, tal en grandeza mi amor concluye, y mi venganza empie-

¡Oh! Y aún no afrontes con mi faz som-

bría tu desdeñoso continente fiero, y escucha con paciencia todavía, pues mi venganza que comprendas quiero. Piensas dejar la Italia prontamente; ¿mas cómo?

ROD. En paz con Roma, estorbos vanos me opondrás a que parta con mi gente.

ROS. ¿Les quitarán los hierros de las [manos?

ROD. ¿Qué es lo que dices?
ROS. Tu legión valiente dejó esclava también de los romanos.

ROD. ¡Miserable de mí!
ROS. Ya te lo dije:

sólo sé amar o aborrecer; si necio mi odio fatal tu corazón elige, mi odio y mi amor le costarán gran premio. Escoge; aún puedes: mi piedad es tanta: con los tuyos esclavo, o rey conmigo.

ROD. El cielo mismo junto a ti me es-

panta: no, antes morir que respirar contigo.
ROS. Está bien, morirás: mas antes a esa que tanto amaste en algún día, que des al menos el adiós postrero.

ROD. No, no la quiero ver.

ROS. ¡Oh, es cosa mía!

ROD. ¡Ah! Me hiela de horror tu aspecto fiero.

ROS. Así el desprecio de mi amor se y el cáliz del rencor se apura entero.

(Va a la puerta de la izquierda, y abriéndola llama a Brenilda en alta voz.)

¿Brenilda?

ROD. ¡Ah! ¡Yo no sé qué vaticino de horrible aqul!

ROS. Quimérico recelo.

¿Brenilda?

ROD. ¡Oh! ¡No la llames!

ESCENA ÚLTIMA

ROSMUNDA, RODIMIRO, BRENILDA

(Brenilda, al salir, se detiene a la puerta, junto a la cual está Rosmunda cruzada de brazos, sombría e inmóvil. Rodimiro permanece en el centro de la escena sin mirar a Brenilda.)

BREN. (al salir, deteniéndose).
¡Santo cielo,

aquí aún!... ¿A qué lúgubre destino vuestra calma fatal sirve de velo?

¡Oh! Hablad, por compasión... ¿Qué es de [Albeino?

ROS. (a Rodimiro). Su primera palabra.

BREN. Habla; ¿qué es esto.
Rodimiro? ¿Qué es de él?

EL ALCALDE RONQUILLO

6

EL DIABLO EN VALLADOLID

DRAMA EN CINCO ACTOS 22

PERSONAS

DON RODRIGO DEL RONQUILLO,

alcalde de casa y corte.

VAN-DERKEN.

UN ESPÍA DE FELIPE II.

ROBERTO.

EL DOCTOR ROBLES.

DON LUIS DE VALDÉS.

GIL.

EL HERMANO JUAN.

EMBOZADO 1.º

EMBOZADO 2.º

EMBOZADO 3.º

CAPO DE LAS RONDAS DEL ALCALDE.

SOLDADOS, MÚSICOS, RONDAS, EN-

MASCARADOS Y ALGUACILES.

La escena en Valladolid, septiembre de 1559

ACTO PRIMERO

Plazuela en Valladolid, formada por los tres edificios siguientes: 1.º A la derecha: una casa de buena apariencia con puerta y balcón practicables. 2.º A la izquierda: una casa de mezquina apariencia, con puerta y ventana baja practicables; sobre la puerta un rótulo que dice: «*Taberna y Hostería*». 3.º En el fondo, una casa en estado casi ruinoso, cuyas ventanas bajas están tapiadas, y las altas y puerta cerradas y clavadas con travesaños de madera, y selladas con la cruz de la Inquisición. Sobre la puerta un rótulo que dice (en letras de no muy grandes dimensiones): «*Casa del Diablo*».—Esta casa forma dos calles que se pierden por el fondo, con las paredes de otras dos casas inmediatas, en una de las cuales (en la de la derecha) hay una puercecilla, y las paredes que la forman son tapias de un jardín.—Las casas de la derecha y de la izquierda forman también, con estas últimamente citadas, otras dos calles laterales por donde se sirve la escena.—Al levantarse el telón, en este primer acto, se ve salir al alcalde Ronquillo de su casa, que es la de la derecha, e ir a llamar a Roberto a la suya, que es la taberna.

ESCENA PRIMERA

RONQUILLO, ROBERTO

RONQ. ¿Roberto?

ROB. Señor.

RONQ. ¿Tan presto tienes cerrada tu tienda?

ROB. ¿Y qué queréis ya que venda, si es un sitio tan funesto en el que la tengo abierta, que en diciendo que anochece alma humana no parece por delante de mi puerta?

RONQ. ¿Conque tanta boga cobra lo que se habla de esta casa?

ROB. Juzgado por lo que pasa.

RONQ. ¿Pero es seguro?

ROB. De sobra,

señor: sin recelo alguno podéis las puertas dejar

abiertas de par en par,
que no os robará ninguno.
Por no pasar por aquí
de noche, hay hombre que acaso
se queda a dormir al raso.
ROÑQ. ¿De veras?
ROB. A fe que sí.
Porque son tan espantosas,
y de tal modo se aumentan
las historias que se cuentan
de esa casa...

ROÑQ. ¿Conque cosas
pasan aquí tan terribles?

ROB. Tremendas.
ROÑQ. ¡Vaya por Dios!

ROB. Cada noche un hombre o dos
muere a manos invisibles
en estos alrededores.

ROÑQ. ¿Mas de tal manera expiran?...
ROB. De tal, que por más que miran
no ven a sus matadores.

Nadie lo duda, señor:
en esa casa maldita,
por fuerza algún diablo habita,
del hombre exterminador.

ROÑQ. Ya ves, cuando el santo oficio
condenarla me mandó
y sus entradas selló,
claro es que habrá maleficio.

ROB. Hombre que atento se pare
a contemplar esta casa,
si dos o tres veces pasa
por la noche, Dios le ampare.
Y, en fin, mejor lo sabéis
vos, que los más de los días
causas de muertos tenéis
en aquestas cercanías.

ROÑQ. Bien, bien. Mas oye: mi gente
reunida en el juzgado
está: mientras que firmado
dejo un vale al intendente,
aviso a mis rondas pasa
de que la hora difiero
de la ronda, y les espero
a las nueve, ahí en mi casa.

ROB. Voy, señor.
ROÑQ. Corre.

(Vanse, Roberto por el fondo y Ronquillo
por la izquierda.)

ESCENA II

VAN-DERKEN, *embozado*; luego DON LUIS,
lo mismo

DERK. Los dos
salieron: bien calculé:
la hora que señalé
es ya; mas, gracias a Dios,
ya veo ahí detenido
un embozado.

LUIS. ¡Hola! Ya
me espera. ¡Hidalgo!

DERK. ¿Quién va?
LUIS. El diablo.

DERK. Muy bien venido.

LUIS. ¿Vos?...
DERK. Diablo también.

LUIS. Dios guarde
a Satanás; y perdone
si esperó.

DERK. No os ocasione
pesar eso, que no es tarde.
Conque ¿qué hay?

LUIS. Grandes noticias.
DERK. ¿Y nuevas?

LUIS. De ellas infiero
que anda todo el pueblo entero
festejando las albricias.

DERK. Sepámoslas, pues.
LUIS. Oíd:

pasado mañana está
el rey aquí, y a ser va
la corte Valladolid.

DERK. Traerla aquí es ya proyecto
concebido muy de atrás
por el rey.

LUIS. Y ahora a efecto
lo lleva.

DERK. Bueno. ¿Y qué más?
LUIS. La paz está ya firmada
con Francia, y con tanta priesa,
que nos manda una princesa
por poderes desposada
con nuestro rey don Felipe;
y éste, como el tiempo apura,
la vuelta hacia aquí apresura
porque no se le anticipe.
Conque la guerra acabó.

DERK. Todo eso muy cierto es.

LUIS. ¿Sabíais?...

DERK. Que el veinte y tres de julio se efectuó la ceremonia en París, firmó el de Alba por el rey, y quedó conforme a ley la boda.

LUIS. Hizo con San Luis la paz Santiago.

DERK. Y sin miedo de que otra traición la extinga, el rey se embarcó en Flesinga y el siete arribó a Laredo. Pero el tiempo no perdamos en relatos de política, que en situación harto crítica en este lugar estamos.

LUIS. Cuando os le vi señalar para nuestra cita, a fe que un tanto extraña me fué la elección de tal lugar.

DERK. Pues es natural que así sea: el demonio habita esa casa; y pues os cita el diablo, ser debe aquí.

LUIS. Tenéis razón.

DERK. ¿Conque vos estáis de veras resuelto?

LUIS. Yo nunca la cara he vuelto, dada una vez, ¡vive Dios!

Os dije que mi razón me impelía a no aprobar ciertos fueros que arrogar se quiere la Inquisición.

De mi sospecha por ello, y en mi empleo y en quien soy, sé que si un paso atrás doy, arriesgo tal vez el cuello; sólo a raya les mantiene contra mí, el darme favor mi tío el inquisidor.

DERK. Que de secretario os tiene.

LUIS. Eso me vale; mas pronto saltar contra mí le harán, y no quiero por San Juan! resignarme como un tonto. Consérvome todavía con la inmensa facultad

de mi empleo y dignidad; mas tal vez me dure un día, y estoy de una vez dispuesto a echar mano a mi poder contra ellos, y a poner mi cabeza en mejor puesto. Si así mi oferta admitís, hecha limpia y francamente, valgámonos mutuamente, que valdrá mucho.

DERK. Don Luis, jamás dudé en vuestro honor, mas no debí en compromiso tal ponerlos, sin aviso del riesgo que hay.

LUIS. Con valor entro en la empresa; con él sus consecuencias admito, y ¡os juro al cielo bendito! que seré muerto, mas fiel.

DERK. No hablemos más del asunto.

LUIS. ¿Queda hecho, pues, nuestro pacto?

DERK. Satanás es siempre exacto.

LUIS. Pues pasemos a otro punto, ¿Una carta?...

DERK. La leí.

LUIS. ¿Supongo que?...

DERK. Se quemó.

LUIS. ¿Disteis con la dama?

DERK. Aún no.

LUIS. Pero ¿estáis en rastro?

DERK. Sí.

¿Y los papeles?

LUIS. Aquí.

DERK. ¿La Inquisición, pues?

LUIS. La erró.

DERK. ¿Podrá sorprendernos?

LUIS. No.

DERK. ¿Cuestión concluída?

LUIS. Sí.

DERK. Esta noche ha de tener fin todo; ¡alerta por Dios!

LUIS. Ya sabéis que os toca a vos mandar, y a mí obedecer.

DERK. ¿Es decir que os hallaré allí siempre?

LUIS. Siempre allí.

DERK. ¿Con cuanto haga a caso?

LUIS. Pues allí os avisaré... Sí, Y
 DEREK. Con que me deis media hora,
 nada hará falta.
 DEREK. Me avengo.
 LUIS. A todo el mundo hecho tengo
 juguete mío hasta ahora.
 DEREK. ¿Tan decidido, eh?
 LUIS. Os doy

con pleno conocimiento, y con fe y convencimiento,
 alma y vida y cuanto soy.

DEREK. Cuanto se añada es de más.
 LUIS. Con el corazón os hablo:
 entero me doy al diablo.

DEREK. Contad, pues, con Satanás.
 Y en todo caso, don Luis,
 acogeos sin dilación
 al austriaco pabellón.

LUIS. Lo haré como lo decís.
 DEREK. Y no os pesará jamás.

LUIS. Conque hasta luego.
 DEREK. Idos, ¿pues;

LUIS. Adiós, señor Satanás.
 DEREK. Adiós, don Luis de Valdés.

(Vase don Luis.)

ESCENA III

VAN-DERKEN, luego el doctor ROBLES

DEREK. ¿Quién podrá en esta ocasión
 competir con Lucifer,
 teniendo a par el poder
 del diablo y la Inquisición?

Mas el otro está ya aquí. (Asoma el doctor.)
 DOCT. ¿El diablo?

DEREK. Y Austria.
 DOCT. Señor....

DEREK. Muy buenas noches, doctor;
 mas cumplidos remitid,
 que es tarde. ¿Qué hay?

DOCT. Todo está.

DEREK. ¿El lego?
 DOCT. Corre por mí.

DEREK. ¿El escultor habló?
 DOCT. Sí.

DEREK. ¿Y lo otro?
 DOCT. Os lo traigo ya.

DEREK. ¿A ver?
 DOCT. En esta cajita
 va, metido en un frasquillo.

DEREK. ¿Pero es remedio?...
 DOCT. Sencillo
 por demás.

DEREK. ¿Y necesita
 precauciones?

DOCT. Simplemente
 en un líquido cualquiera
 beberlo.

DEREK. ¿Si en vino fuera?
 DOCT. No hay ningún inconveniente.

DEREK. ¿Respondéis de su virtud?
 DOCT. Sobre mi honor. El doliente

que use de él, del accidente
 queda en completa salud.

DEREK. Si no se pone mejor,
 yo se le haré administrar.

DOCT. ¿Tenéisme más que mandar?
 DEREK. ¿Dónde os hallaré, doctor,

si os necesito?
 DOCT. En mi casa,

como siempre; ni un momento
 saldré de ella, sólo atento

a vos.
 DEREK. Recompensa escasa
 no tendrá tal adhesión.

DOCT. Ya conocéis por demás
 que me entrego a Satanás

con todo mi corazón.
 DEREK. Contad, pues, con su poder.

DOCT. Cuento ya con su favor.
 DEREK. Pues buenas noches, doctor.

DOCT. Buenas, señor Lucifer.

ESCENA IV

VAN-DERKEN, luego ROBERTO

DEREK. Adelante: en tal empresa
 cooperación bien extraña
 es la que el diablo interesa:
 mas ya está el diablo en campaña,
 y no es el diablo un aliado
 digno en verdad de desprecio;
 que tiene el brazo muy recio
 y el juicio muy despejado.

Mas por allí venir veo
a alguno ya.

ROB. (O veo mal,
o de mi puerta al umbral
que hay un embozado creo.)

(Tocan a las ánimas.)

¡Eh, buen hombre! ¿Qué hace ahí?

DERK. Por el tono en que está hecha
la pregunta, entro en sospecha
de que os busco a vos.

ROB. ¿A mí?

DERK. Sí, por cierto, ¿no sois vos
el bribón del hostelero
de esta tienda?

ROB. Caballero...

DERK. Vaya, abre, y entre los dos
vaciando un par de botellas
en buena paz, te perdono
la incivilidad del tono,
y el tiempo que a las estrellas
me has hecho que aquí te espere.

ROB. Es mala ocasión, hidalgo,
y si el alma tiene en algo,
despeje.

DERK. Según se infiere
de tus cortesías modales,
no te trae con gran cuidado
hacer bueno o mal mercado.

ROB. No a fe.

DERK. ¿Así de tus umbrales
despachas a un forastero
que fatigado se llega
hasta tu mala bodega
a dejar su buen dinero?

ROB. En tal caso, no os asombre,
buen hidalgo, y perdonad
que os advierta que dejéis
el lugar, porque ya veis...
las leyes de la ciudad
no permiten que mi tienda
a esta hora...

DERK. Ya.

ROB. Además,
vos ignoraréis quizás
que la noche aquí... es tremenda.

DERK. ¿Por qué?

ROB. Porque es esa casa,
según se dice, guarida
de algún ser de la otra vida...

Y, en fin... porque... pues... si pasa
la ronda... y nos ven...

DERK. Pardiez,
cada vez te va turbando
más tu cuento, y me va dando
más sospéchas cada vez
de que eres un embustero.

ROB. De cualquier modo que fuere,
pues la justicia no quiere
que venda más, caballero,
idos, o por Barrabás
que invocare contra vos
la ley.

DERK. Vaya, entre los dos
tres palabritas no más.

ROB. Ni media; a la queda tocan;
y en fin, claro, no me quedo
con vos, porque tengo miedo:
que esas campanas evocan
los diablos que en esa oscura
casa habitan.

DERK. Poco afán
te den: traigo un talismán
que de sombras me asegura.

ROB. Vaya, camorra no quiera,
lárguese y téngalo a suerte.

DERK. Bien: mas antes voy a hacerte
una pregunta ligera.

ROB. Diga.

DERK. ¿Has estado en Amberes?

ROB. ¿Qué os importa a vos?

DERK. ¿Conoces
la calle de las Tres Voces?

ROB. No.

DERK. Pues haz lo que pudieres
por traer a tu memoria
esta calle, y vente en pos
de mí a su número dos.

ROB. ¡(Cielo!)

DERK. Y sabrás una historia
que allí pasó, y que te debe
gustar... ¡Oh! Es cosa gentil.
Pues, señor, era esto en mil
quinientos cuarenta y nueve.
Era una hora avanzada
de una noche oscura y fría,
cuando la puerta se abrió
de la casa precitada.

Salió de ella un embozado;

hizo una seña; acudieron
 otros tres: cuando se hubieron
 los cuatro identificado,
 se colocaron por fuera
 de la puerta, por la cual
 salió a poco, o vió muy mal
 el que lo vió, una litera.
 ROB. ¡(Dios!)

DERK. Creo que ya he logrado
 tu atención. ¡Oh! Ya verás.
 Pues, señor, salió detrás
 de esta litera (embozado
 también) otro personaje,
 que apartando un poco al guía,
 le dió... pues, lo que debía,
 instrucciones para el viaje.

ROB. Pero...
 DERK. Un momento y se acaba.

Salieron con gran sigilo
 de la ciudad, y tranquilo
 el que a viajar los enviaba,
 volvió a su casa juzgando
 seguro su porvenir.
 Y aquí conviene seguir
 a los que van caminando.
 Atiende bien: pues, señor,
 yendo camino adelante,
 dejaron atrás a Gante
 y a Brujas, y hasta Nieuport
 no pararon; desde allí,
 siempre con mucha cautela,
 para España dieron vela,
 y catáelos aquí.
 Bajo el Cabo de Tordera
 fueron de noche a fondear,
 y vuelta a desembarcar
 los cuatro con su litera.
 De Castilla así la vía
 tomaron: cuatro, ten cuenta,
 porque de Hoyos en la venta
 se menguó la compañía.
 Tomó unos hongos por setas
 uno, y dos que los comieron,
 a las seis horas murieron:
 cargaron con sus maletas
 los otros dos, y metiendo
 la litera en los pinares,
 llegaron sin más azares
 a Simancas: mas queriendo

en Valladolid entrar
 sin ser vistos, por las breñas
 del Pisuerga a las aceñas
 llegaron de noche a dar.

De unas barcas molineras
 asiendo una, río arriba
 llegaron a fuerza viva
 a tocar en las Moreras.
 Entonces, dando uno de ellos
 sobre el otro de repente,
 le mató, y a la corriente
 le arrojó por los cabellos.
 Saltó, ató la barca, abrió
 la litera, y una dama
 sacando en brazos... es fama
 que en la sombra se perdió.
 ¿Qué tal? ¿Es bueno el relato?
 Roberto, ¿qué te parece?

ROB. Que pagártese merece.
 (Le tira una puñalada.)

DERK. Te vendiste, mentecato.
 el robo. ¡Se ha despuntado sobre el
 puñal!

DERK. Gracias al cielo,
 me has rasgado el terciopelo,
 mas es de acero mi piel.
 Bien sabía de qué modo
 concluirías de oírme:
 mas no has de poder huirme
 sin que te lo diga todo.
 ¿Sabes el hombre quién era?
 Tú.

ROB. ¡Yo!
 DERK. Tú: ¡oh! Lo sé de cierto.
 ¿Pero dónde está, Roberto,
 la dama de la litera?

ROB. No lo sé.
 DERK. Luchas en vano
 conmigo, estás bien sujeto.
 ROB. ¡Oh! Soltad.

DERK. Estáte quieto,
 o te hago polvo la mano.
 ¿Dónde está? Lo sabes.

ROB. Sí;
 pero nunca os lo diré.
 DERK. Pues yo te lo arrancaré.
 (Abrese la puerta de la derecha.)
 ROB. ¡A mí, don Rodrigo, a mí!

ESCENA V

ROBERTO, VAN-DERKEN, RONQUILLO,

RONDA

RONQ. ¡Hola! ¿Qué es eso? ¿Pendencia?

ROB. Quitadme este hombre, señor.

RONQ. Sujetadle.

ROB. Es un traidor.

DERK. No, que soy vuestra conciencia.

RONQ. Maniatadle.

DERK. Atrás, canalla.

RONQ. ¿Resiste?

DERK. ¿Para qué? No; entre vosotros y yo.

hay una invisible valla que nunca podréis romper.

RONQ. ¿Cómo que no? A verlo vas: ¡vea, a él... ¡Oh! Preso estás.

DERK. Ronquillo, no puede ser; tú me puedes sepultar en la cárcel más sombría, pero una palabra mía a mis pies te ha de postrar.

RONQ. Imbécil, me haces reír; no doblara mi justicia la fuerza ni la malicia.

¡Necio! ¿Qué me has de decir que el pavor en mi alma siembre? Veremos a quién apelas en mi prisión.

DERK. A Bruselas, y al veinte y dos de noviembre.

RONQ. (¡Santos cielos!)

DERK. Don Rodrigo, que os guarde Dios. Vamos.

RONQ. No, tened.

DERK. Bien sabía yo que no podáis conmigo.

RONQ. Apartad.

ROB. Ved lo que hacéis, señor: ese hombre maldito tiene un poder infinito.

RONQ. Déjanos. Ya me tenéis solo con vos: caballero, ese recuerdo invocado tan a tiempo, ha coartado mi justicia: ¿qué queréis?

¿Qué hacéis aquí? ¿Con quién hablo?

¿Quién os puso de ese abismo sobre la boca...

DERK. Yo mismo.

RONQ. ¡Vos! ¿Pues quién sois vos?

DERK. El diablo.

RONQ. ¿Os burláis?

DERK. Vais a juzgar

por lo que os voy yo a decir.

Tened, pues, a bien de oír lo que os tengo que contar.

Bruselas y veinte y dos de noviembre... estoy fijando

la escena: años van pasando

del nacimiento de Dios mil y quinientos cuarenta

y ocho; mas tal vez el caso sepáis, estabais de paso

en Bruselas, según cuenta: pues, señor, allí vivía

un noble de aquel país; barón recto, don Dionís

Van-Derken; el cual tenía una hija hermosa y doncella;

a quien un juez que llegó del extranjero, pidió

para casarse con ella.

Era hombre de gran favor este juez; depositario del afecto y secretario

del difunto emperador; mas fugado de su tierra

porque su conducta cruel había puesto con él

a todo su pueblo en guerra; don Dionís, que protestante

era, y que además sabía que su hija le aborrecía,

se la negó. En este instante allí el príncipe llegó

recorriendo sus estados; y a poco, a los obstinados

galanteos se rindió la doncella de un galán

castellano, seductor que la embriagó con su amor

y se decía un don Juan. Mas una noche, al dejar

la casa por un postigo

oculto, aquel enemigo
de juez sobre él vino a dar,
Tiré de la manta yo,
desembozóse el amante,
y el juez, al ver su semblante,
de hinojos ante él cayó,
Debí de ver doña Inés
desde el balcón tal escena,
porque, de lágrimas llena
y de su padre a los pies,
nombró al infiel seductor,
y el padre, brotando fuego,
juró ir a quejarse luego
ante el mismo emperador.
Emprendió, pues, la jornada
en su busca hacia Breda,
llevando con él allá
su doña Inés infamada.
Para probar del galán
la traición, ya veis, tenía
las cartas que la escribía
bajo el nombre de don Juan.
Y como el mozo imprudente,
creyendo que su poder
a hija y padre enmudecer
lograría de repente,
la escribió por despedida
una carta que firmaba
con su nombre, y que probaba
qué padres le dieron vida.
RONQ. Pero...

DERK. Escuchad, que concluyo:
aquel maldito billete,
de letra igual a otros siete
de don Juan, daba por suyo,
claramente lance tal,
cuyo final divulgado,
le iba a traer de contado
el desprecio universal.
Llamó entonces a aquel juez,
conociendo bien quién era,
y le dijo: que pusiera
fin a aquello de una vez.
A los tres días, volviendo
don Dionís a su hospedaje,
en Amberes dió a su viaje
temprano fin, concluyendo
a puñaladas la vida.
Y unas tres horas después

salió de allí doña Inés
para España, conducida
cerrada en una litera.
Y ahora os falta solamente
saber quién era la gente
de esta historia verdadera.

RONQ. Callad, callad.
DERK. No, por Dios,
fuerza es que os lo participe
del todo: el rey don Felipe
era el galán, el juez vos,
El que a puñaladas muerto
dejó a don Dionís, y a Inés
trajo a Castilla después
por orden vuestra, es Roberto.

RONQ. ¡Todo lo sabe!
DERK. Sí, todo.
Las ocho cartas cogidas
a doña Inés, reunidas
conserváis, y de este modo,
si el rey os quiere perder,
con remitirlas al papa
tendrá el rey que haceros capa,
su honor para mantener.
El juego es, como perverso,
seguro; pues de los dos,
sólo él juega contra vos,
y en su contra el universo.
Pero no se os advirtió
que tras vuestro juego a vueltas,
tomando las cartas sueltas,
os conozco el juego yo.

RONQ. ¡Ira de Dios! ¿Qué hombre es
ante mis pasos opuesto?
Mas es fuerza salir de esto
pronto... y cueste lo que cueste.
La historia sabéis de coro,
y aunque acaso mía no es,
cual decís, veamos, pues,
qué queréis con ello. ¿Es oro?
DERK. Tengo más del que deseo.
RONQ. ¿Es nobleza?
DERK. Soy tan noble
como un rey.
RONQ. ¿Es poder?
DERK. Doble
que vos, como veis, poseo.
RONQ. Con poder, oro y nobleza,

no sé qué queréis de mí, cuando me venís así a entregar vuestra cabeza.

DERK. Ya os dije que entre nosotros hay una valla imposible de saltar.

RONQ. Todo es posible tal vez..

DERK. Será para otros. Pero no os inspira Dios, noble, rico y con poder, qué es lo que puedo querer, señor Ronquillo, de vos? ¿Y en lo que puedo querer tenéis aún algún reparo? Lo que quiero está bien claro: las cartas y la mujer.

RONQ. ¡Voto a...!

DERK. Nada: es muy sencillo; vos de pillo nos la dais, y juego como jugáis: va, a lo más, de pillo a pillo.

RONQ. Mil veces no: antes al rey me entregaré.

DERK. Mas sin fruto. Yo sé que os pondréis astuto a cubierto de su ley, si le decís con tesón: «O por las cartas que os doy libre a otros reinos me voy, o entrego a la Inquisición la mitad de ellas, y envío a Roma la otra mitad, y pensáis bien, en verdad, si al rey veis... mas no lo fiero.

RONQ. ¿Qué es lo que queréis decir?

DERK. Que el rey vendrá.

RONQ. Y pronto a fe.

DERK. Para vos tarde.

RONQ. ¿Por qué?

DERK. Acabaráis de morir.

RONQ. ¡Oh! Ya apuráis mi paciencia.

DERK. Mirad que va en la partida la vida contra la vida.

RONQ. Fuerza es ganar la existencia a cualquier coste; y pues ya el juego está conocido,

dad el vuestro por perdido.

¡Hola!

(Llama a su gente.)

DERK. Un momento: otro está en el secreto, en unión conmigo, y si un día falto, se planta al punto de un salto en la santa Inquisición; de todo ello la previene, y el rey... es rey... con que vos iréis a dar cuenta a Dios por ambos... ved si os conviene.

RONQ. ¡Nudo infernal!

DERK. Y apretado: un nudo gordiano, alcalde; querer romperle es en balde, y aflojarle es arriesgado. Con que os tengo que perder, o la tengo que salvar: ved, pues, si me queréis dar las cartas y la mujer.

RONQ. Nunca.

DERK. Ved que osaré a todo; que os espío sin cesar, y que tengo de lograr mi intención de cualquier modo.

RONQ. Nunca.

DERK. En tres días con hoy llega aquí el rey; sed prudente; pensadlo maduramente: veinte y cuatro horas os doy.

(Vase.)

ESCENA VII

RONQUILLO, EL CABO DE LA RONDA

CABO. Señor, ¿le hemos de prender?

RONQ. No, no. Id sin mí a rondar.

CABO. ¿Os volvemos a buscar?

RONQ. Tarde; ahora tengo que hacer.

(Vanse todos. Roberto queda tras la puerta de su taberna, que estará entornada.)

ESCENA VIII

RONQUILLO, ROBERTO

RONQ. Se ha desatado el infierno esta noche contra mí.

¡Oh! ¿Quién trajo ese hombre aquí?

¿Quién es... quién es?... ¡Dios eterno!

Todos, todos en un día

mis planes desharátó:
 todo me lo sorprendió.
 ¿Sueño? No... ¡Horrible agonía!
 Es, por desdicha, muy cierto
 todo... y un medio no habrá
 que de él me libre?... Quizá...
 Mas pronto ha de ser. ¿Roberto?

ROB. ¿Señor?

RONQ. ¿A ese hombre conoces?

ROB. No, señor.

RONQ. ¡Qué imbécil eres!

ROB. Señor, conoce en Amberes
 la calle de las Tres Voces.

RONQ. Y algo más.

ROB. ¿Más?

RONQ. ¡Todo, todo!

ROB. Lo temí.

RONQ. ¡Y aquí, Roberto,
 le has tenido y no le has muerto!

ROB. ¡Guardóle Dios!

RONQ. ¿De qué modo?

ROB. Cuando esa historia fatal
 vi que sabía, derecho

mi golpe le aseté al pecho.

RONQ. ¿Le erraste?

ROB. Saltó el puñal.

RONQ. ¡Oh! A todo está prevenido.

ROB. Mas de él es fuerza salir.

RONQ. Si de esta casa ha podido

el misterio decubrir...

ROB. ¿Habló de ello?

RONQ. No.

ROB. En tal caso

no sabe nada, y claro es,
 preguntó por doña Inés,

y ahorró semejante paso
 debió, porque es evidente

que por ella preguntar
 era venir a mostrar

que ignora completamente
 dónde está.

RONQ. Cierto.

ROB. ¡Oh! Muy cierto;

dió un paso en falso.
 RONQ. Es verdad.

Sacarla de la ciudad
 es necesario, Roberto.

La misma superstición
 con que habemos esta casa

cercado, será ya escasa
 valla a nuestra salvación.

ROB. El vulgo está persuadido.

RONQ. Y era ya fe universal;
 hasta el santo tribunal

está de ello convencido.

¡Oh! Mientras en ese asilo
 se la pudo hacer vivir,

bien podíamos dormir
 con el corazón tranquilo.

Nadie a sospechar llegó

jamás que yo le guardaba.

ROB. Ni que al infierno mandaba,
 a los imprudentes yo.

RONQ. Sí, pero desde este instante
 todo esto pende de un pelo:

no sé qué hacer ¡vive el cielo!

ROB. Señor, lo más importante
 es alejarla de aquí

si os habéis de asegurar,
 y si queréis conservar

pruebas que os salven.

RONQ. ¡Oh, sí!

Mas alguien llega.

ROB. Embozado
 se acerca un hombre.

ESCENA VIII

ROBERTO, RONQUILLO, ESPÍA

RONQ. ¿Quién va?

ESP. ¿Alguno razón me da
 de la casa o del juzgado

de don Rodrigo Ronquillo?

RONQ. Yo mismo soy.

ESP. Pues tomad. *(Le da un pliego.)*

RONQ. ¿De quién?

ESP. De su majestad.

RONQ. ¡Del rey!

ESP. Y debéis abrirlo
 al instante.

RONQ. ¿Es tan urgente?

ESP. Abridlo y ved.

RONQ. Ya está abierto:

acerca esa luz, Roberto.

(Roberto, acercando la luz, se dispone a ver

el pliego: el espía se la quita de la mano

y alumbra.)

ESP. Trae.

RONQ. ¿Qué hacéis?

ESP. No es conveniente

que los ojos de un villano

se posen en los renglones

donde regias instrucciones

os envía el soberano.

RONQ. Largo escribe.

«Don Rodrigo: dentro de dos días llegaré

a Valladolid, mi nueva corte, y vos sois el

primero a quien quiero ver en mi palacio.

«El portador de este pliego debe ser recibido

a vuestro servicio desde el punto en

que os lo entregue. Jefe de vuestras ron-

das, secretario de vuestro juzgado y ma-

yordomo de vuestra casa, no se separará

de vos hasta que nos veamos. He oído

decir que hay una casa contigua a la vues-

tra, conocida por la Casa del Diablo, y

esto me ha hecho pensar en que para ale-

jar de él importunas curiosidades, con-

viene a mis intenciones que conserve cier-

to prestigio sobrenatural, a lo que ayu-

dará, como veréis, su traje y fisonomía.

«Por lo demás, mi confianza tiene, y en él

ha de ser la vuestra depositada. Mas no

por eso os coartará en nada la voluntad.

«Cuando le habléis escuchará; cuando le

mandéis obedecerá. Su señor sois, y vuestro

esclavo es; ni debe vivir sino al lado

vuestro, ni os debe ocurrir un daño de

que él no participe. Y si (dé lo que os

guarde el Señor) en el ejercicio de vues-

tras funciones os ocurriera sucumbir en

defensa nuestra, caer deberá él delante de

vos. Tal es la voluntad de vuestro rey.

«FELIPE SEGUNDO.»

RONQ. Mucho en vos

se fía el rey.

ESP. Ya lo veis.

RONQ. Yo espero que cumpliréis

bien.

ESP. Y yo, mediante Dios.

RONQ. En casa os daré aposento

y cuanto hayáis menester,

y empezareis a ejercer

vuestro cargo en el momento.

ESP. Tal es la real voluntad.

RONQ. Que entera se ha de cumplir.

ESP. Mandad, ya empiezo a servir.

RONQ. No, esta noche descansad.

ESP. Mandó el rey que ni un instante

nos apartemos.

RONQ. Yo os mando

que descanséis.

ESP. ¿Hasta cuándo?

RONQ. Hasta la cena. Id delante.

¿Gil?

GIL. ¿Señor?

RONQ. Alumbra y guía

a mi aposento a este hidalgo,

y de cuanto tengo y valgo

es dueño en ausencia mía.

ESP. Señor... (Saludando.)

RONQ. Remitid cumplidos,

y subid.

ESCENA IX

RONQUILLO, ROBERTO

RONQ. ¡Viven los cielos,

que el rey viene con celos

de que he de dejar fallidos

sus afanes! Sí, por Dios,

es un testigo, un espía

eterno lo que me envía;

mas nos veremos los dos.

ROB. ¿Qué hay, señor?

RONQ. Llueven azares

en esta noche maldita:

otro diablo.

ROB. ¡Cruz bendita!

RONQ. Los echa el infierno a pares.

ROB. Pero ¿quién es?

RONQ. Un espía

que, del diablo bajo el nombre,

me envía el rey en ese hombre:

(El balcón se abre.)

mas tenemos todavía

algunas horas delante,

y no me harán desmayar

mientras pueda aprovechar

la ventaja de un instante.

Roberto, vas a partir

con la mujer que se encierra

en esa casa: pon tierra por medio.

ROB. ¿Dónde he de ir?

RONQ. No lejos: a mi castillo de Fuensaldaña, que importa que estén a distancia corta las venganzas de Ronquillo.

Guárdala en una mazmorra, y vuélvete en la noche alta, que un siervo fiel me hará falta que a par mis peligros corra.

Desde tu vuelta; jamás te me apartes, y si muero a traición, como lo espero, sobre mi pecho hallarás un relicario de plata

que llevo al cuello colgado: rómpelo, pues, sin cuidado: verás unas cartas que ata un delicado cordón:

hay ocho; cuenta las siete, y al punto a entregarlas vete.

ROB. ¿A quién?

RONQ. A la Inquisición.

ROB. ¿Y la que queda?

RONQ. Al vicario apostólico, y al punto huye, o cuéntate difunto.

A más, un breve sumario de mi mismo puño escrito te haré, que te ilustrará: voy a escribirle: mas ¡ah! Con ese espía maldito, en mi cuarto no podré.

ROB. En el mío.

RONQ. Vamos, sí: lo dispondré todo allí y por la cava entraré que a mis aposentos pasa, sin ser visto. Vamos presto.

(*Entran. Se asoman el espía y Van-Der-ken, uno a la ventana y otro a la esquina.*)

ESCENA X

EL ESPÍA, VAN-DERKEN

ESP. ¡Por la hostería!

DERK. ¿Qué es esto?

¿Entra por allí a su casa?

ESP. Llegan.

(*Cierra la ventana, pero cuando ya Van-Derken le ha visto.*)

DERK. Diligencia vaña fué cerrar; le vi... ¡holá! ¡holá!

¿A quién se hará creer que sola se abre y cierra una ventana?

Reflexionemos.—Aquí la hostería; frente a frente su casa, que claramente

tiene entrada por allí: la Casa del Diablo en medio

de la plaza, y un espía desde allí; ¡por vida mía!

Ya son míos sin remedio. Todo al fin lo comprendí.

Míos son. Mas ¿quién va allá?

ESP. (*saliendo por la puerta de la derecha*). ¿Ahora?

Quien cuenta a pediros va qué es lo que esperaréis aquí.

DERK. Llegaos.

ESP. Y vos. Bien.

DERK. ¿Con quién estoy?

ESP. Con el diablo.

DERK. ¡Jesús!

ESP. ¿Y yo con quién hablo?

DERK. ¿Vos? Con el diablo también.

Mas tened en cuenta vos que no somos de igual grey;

vos sois el diablo del rey, y yo soy el diablo de Dios.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.—Es de noche.—Abierta la escena, el teatro permanece solo un momento. Después se oyen dar las once y media de un reloj de torre, y al dar la última campanada de los cuartos se presenta en la escena don Luis, que sale embozado por la derecha, y Van-Derken, que sale por la puerta de la taberna.—Debe verse claramente que es una cita.

ESCENA PRIMERA

DON LUIS, VAN-DERKEN

LUIS (*mirando*).

Aún no está, y la hora es.

DERK. Allí está.

LUIS. ¿Cómo! ¿Salís de ahí?

DERK. Silencio, don Luis; todo es nuestro.

LUIS. ¿Cómo, pues?

DERK. Dentro de su casa ya el infierno les metí, y al volver su dueño allí, don Luis, con los diablos da. ¿Me comprendéis?

LUIS. Sí, muy bien.

El puesto han abandonado...

DERK. Y el diablo les ha ganado las vueltas.

LUIS. ¿Tenéis también la dama?

DERK. Está asegurada: y ahora sí que con razón pueden de esta habitación decir que está endemoniada.

¿Y vos?

LUIS. Todo está. *(Y que consiguiera enseñándole un papel.)*

DERK. Rumor oigo: apartémonos ya.

Volved al puesto que os di, y aguardad tranquilo allí mis órdenes.

LUIS. Bien está.

DERK. Yo lo he dispuesto de modo, que sin peligro ni ruido podrá quedar sorprendido en breves instantes todo.

LUIS. Adiós, pues.

DERK. Adiós. *(Vanse por la izquierda, Van-Derken, y don Luis por la calle del fondo.)*

ESCENA II

RONQUILLO y ROBERTO, por la derecha

RONQ. Estamos a salvo. Toma el papel, Roberto: tendrás con él francas las puertas.

ROB. Pues vamos, señor; manos a la obra.

RONQ. Ten mucha cuenta: oírás una serenata: ¿estás?

Entonces habrá de sobra tiempo y ocasión: Mi gente haré que aquí cerca se halle: con que ganas esa calle, y a Fuensaldaña.

ROB. Corriente.

RONQ. En cuanto al maldito espía, ordené que entre el tumulto le busquen tantos el bulto, que en paz nos deje; a fe mía. Conque entra, y mucha atención.

ROB. Desentada: *(Éntrase Roberto en la taberna, cuya puerta se cierra al momento y de golpe.)*

ESCENA III

RONQUILLO

Tenga yo suerte

esta noche, y soy más fuerte que el rey y la Inquisición.

¿Creíste, al mirarte loco de medio universo dueño,

que era un hombre muy pequeño y una afrenta era bien poco?

Enseñarte quiero, pues, que no hay quien tanto levante

que decir pueda arrogante: todo el mundo está a mis pies.

¡Oh! Por Dios, que has de envidiar, si mi vuelo has de seguir,

mi vientó para subir, mis alas para volar.

¡Hola! Vuelven mis lebreres por mí.

ESCENA IV

RONQUILLO, UNA RONDA

CABO. Señor, Dios os guarde.

RONQ. ¿Qué hay?

CABO. Se recogen tarde los vecinos hoy.

RONQ. Son fieles a su rey, y como saben

que aquí con su corte viene, lo celebran. Mas conviene que sus festejos acaben. Id, pues, el barrio a limpiar, y haced que nadie transite por él. Tal vez necesite de vos: oíd. Al sonar la doce, traed la gente por esa calle, en la cual, hasta que oigáis mi señal, estaréis ocultamente: oiréis una serenata de esa otra calle al emboque; quietos, y dejad que toque: tendréis música barata.

De esa esquina por la reja una mujer sacarán con disimulo, y se irán. Cuando veáis que se aleja la serenata de aquí, os ponéis sobre su pista, y sin perderla de vista vais donde vaya: si así se llegan de la ciudad a algún extremo, y la puerta les niegan, haced que abierta les sea, y vayan en paz. Mas si antes de que concluya del todo la serenata oís mi pito de plata, salid, y que nadie huya.

¿Entendisteis?

CABO. Sí, señor.

RONQ. Id, pues, y alerta.

(Vase el cabo con su ronda.)

ESCENA VII

RONQUILLO, después GIL

RONQ. Veamos ahora en casa cómo estamos con mi regio embajador.

¿Gil?

GIL (dentro). ¿Señor? (Mientras llama y habla con Gil, se abre una ventana del piso bajo de la taberna, por la que sacan una mano que hace una seña con un pañuelo blanco, ocul-

tándose inmediatamente. En seguida Van-Derken, embozado y de puntillas, se acerca con mucha precaución a la reja, por la cual le dan un papel, que guarda, alejándose del mismo modo.)
RONQ.

¿Y el forastero? GIL. En vuestro aposento.
RONQ. No salió de él?

GIL. Sí que salió, y sospecho que primero abrió el balcón para ver a alguno que fuera estaba.

RONQ. ¿Y ha tardado mucho? GIL. Acaba casi ahora de volver.

RONQ. ¿Habló en casa con alguno? GIL. Con nadie; y según parece, le aconteció o le acontece contratiempo inoportuno.

RONQ. ¿Por qué? GIL. Porque ha vuelto inquieto, confuso y descolorido.

RONQ. (Habrà mi rastro perdido, y duda lograr su objeto.) Gil, dile que aquí le aguardo. (Gil entra en la casa; un momento después sale el espía de ella.)

ESCENA VII

RONQUILLO, ESPÍA

RONQ. (¿Espía del rey?... ¡Por Dios que se han de llevar los dos! ¡solemnísimo petardo!)
¿Descansasteis?

ESP. Nunca siento cansancio para el servicio del rey.

RONQ. Pues en ejercicio vais a entrar desde el momento.

ESP. Mandad.

RONQ. Antes es preciso aclarar entre los dos qué soy yo aquí, y qué sois vos, para ir ambos sobre aviso.

ESP. Señor, no os lo escribe el rey: hablad y os escuchará.

mandad y obedecerá? Oír y obrar es mi ley.

RONQ. Si; mas en vos me señala secretario y mayordomo, tutor creo. ¿Y esto, cómo con obedecer se iguala? Si mi casa gobernáis, mi correspondencia veis, de mis rondas disponéis, ¿obedecéis o mandáis? ¿Bajo qué aspecto desde hoy y respecto os mostraréis a mi lado?

ESP. Su majestad os ha dado a entender bien lo que soy.

RONQ. Su majestad hizo mal en no explicarse mejor.

¿Qué es decir que os dé el valor de un ser sobrenatural?

¿Piensa el rey que su justicia necesita ese misterio?

¿O cree que en mi ministerio me halló falta de pericia?

El rey discurre que os deis de Satanás la apariencia; si lo podéis en conciencia

Y efectuar, vos lo sabréis.

Yo ni reto a Satanás, ni ultrajo la religión,

y temo a la Inquisición para osar a ello jamás.

Y, en fin, arguye malicia, y es un falso testimonio

a la verdad, que el demonio acompaña a la justicia.

ESP. Yo no traigo facultad para discutir con vos.

Servir al rey manda Dios; serviros su autoridad.

Yo os debo de obedecer, y os debo de acompañar:

debo oír, ver y callar, pero a él solo responder.

RONQ. ¿Es decir que vais, amigo, a hacer el doble papel

de espía para con él, y de traidor para conmigo?

Esto es: que están mis secretos, mis actos, mis pareceres,

y hasta mis mismos deberes,

a vuestra inspección sujetos; No es así? Pues escuchad: si a esto habéis aquí venido, volveos, y que os despidió decid a su majestad.

ESP. ¡Cómo!

RONQ. Si no me separa de la dignidad que tengo, ni aun al mismo rey me atrevo a dar a torcer mi vara.

ESP. Nada alcanza mi impericia antes que su augusta ley.

RONQ. Lo primero no es el rey, señor mío, es la justicia.

Y si el rey mismo a pecar contra ella osado se atreve,

mientras yo esta vara lleve, ni el rey se me ha de escapar.

Harto os he dicho: entendedme, y arreglaos a ello en tanto que aquí estáis.

ESP. Sabe el rey cuánto os debe, señor, creedme.

RONQ. Bueno está; entendedme! os [digo;

y pues vamos compañeros, ya sabéis a qué ateneros;

para caminar conmigo; mas ved que si en falso os pilló,

mas que pese a su real ley, os las habréis vos y el rey,

con el alcalde Ronquillo.

ESP. (Decidido es el alcalde.)

RONQ. (Taimado es el tal espía.)

ESP. (Será en balde su osadía.)

RONQ. (Su astucia ha de ser en balde.)

Ahora empezad a jugar vuestro endiablado papel;

sabio sois, pues sois Luzbel; mirad cómo vais a obrar.

Podéis esa orden leer del santò oficio, en la cual

a un hombre muy principal manda esta noche prender.

Y pues sois mi secretario, leed alto. (Lámpara.)

ESP. Dice así: «Un noble mancebo, atrevido y enamorado, se ha propuesto robar de la casa de

«sus padres a la engañada doncella que es el objeto de su pasión. Fiado en el pavor que inspira al vulgo la Casa del Diablo, y seguro de que por ello no han de osar los crédulos vecinos a su alrededor habitan ni aun asomarse a las ventanas, la sacará esta noche por una cancela que su jardín tiene, durante una serenata, que es para ella la señal convenida. En consideración al decoro de su familia, y a la elevada nobleza del mancebo, es la voluntad de su eminencia el inquisidor general que sean tan hábilmente sorprendidos, que ni haya en la calle escandaloso estruendo, ni los padres de la dama se aperciban de su deshonra. Para conseguirlo, pues, es preciso que, dejándoles al parecer consumar su fuga, quede la doncella dentro de su casa antes de amanecer, y asegurado el mancebo hasta el día siguiente, que será presentado a su eminencia el inquisidor general don Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla; quien recomienda el desempeño de esta comisión delicada a la actividad y discreción del alcalde de casa y corte don Rodrigo del Ronquillo.»

Son los músicos buscados por el mancebo galán, que traerán sobre su huella una litera cerrada,

Bien, todo va para llevar a la doncella. Tienen orden de seguimos Calle adelante echaréis, y aquí con ellos vendréis; y porque pueda sentirlo yo, que entonces la canción que ha compuesto contra mí Cristóbal Benamejí. Es la mejor precaución para que nadie se asome a mirar lo que aquí pasa, sabiendo que ésta es mi casa, y que es muy fácil que tome venganza de insulto tal. En esa calle postrera, haced quedar la litera; cuando lleguéis, otra igual habrá aquí por gente fiel conducida: en ella irá otra mujer que está ya instruída en su papel: se alejará entre mi gente, y el mozo que cerca espera, viendo dama en la litera, la seguirá erradamente. Mi ronda hará lo demás; vos en tanto os quedaréis a esa puerta, que oiréis abrir por dentro: sin más esperar, hablar, ni oír, daréis a quien se presente esta carta, y prontamente cerráis, sin dejar salir a nadie: y con tal prudencia, y a dar vendrá el seductor a manos de su eminencia. ¿Habéis comprendido? ESP. Todo.

RONQ. Pues andad, que darán presto las doce, y es fuerza que esto se concluya, y de este modo.

RONQ. Para coger, pues, aquí a ese mozo temerario, oid lo que habéis de hacer, que pues os he de fiar lo que por mí ha de pasar, ahora os he menester. Con oro o miedo he ganado a todos sus confidentes, de manera que sus gentes son nuestras por decontado. ¿Conocéis las calles? ESP. Sí. RONQ. ¿Sois de la ciudad? ESP. No a fe; mas he tiempo que habité más de seis años aquí. RONQ. Bien: en la Plazuela Vieja y número diez y seis, junto a su puerta veréis con celosía una reja. Llamad a ella: saldrán seis hombres enmascarados.

ESCENA VII

RONQUILLO

Bien, todo va bien. En vano luchas conmigo, y mi muerte a deseas, porque tu suerte tengo yo job rey en mi mano. En tu gracia he de morir, y en vida me has de temer, y o funesto te ha de ser. Tu padre, el emperador, secretos fió a mi fe, con los que a fuerza obtendré de ti mismo igual favor.

Por ellos partí a la par con él su imperial poder. Mi rival quisiste ser, y por mí no ha de quedar. Tú atropellaste mi amor con tu poder soberano, mas hoy pendé de mi mano la balanza de tu honor. Otros cortesanos viles con honores se contentan y por dichosos se cuentan con adularse serviles.

En una mirada tuya funden su dicha menguanda, al sin pensar que otra mirada es fácil que les destruya.

Ese oropel exterior a los necios abandono; yo, aunque te pese, ambicioné más positivo favor. De ti a mí será la lucha, mas será con armas tales, que de no quedar iguales, sacarte he ventaja mucha. Partirá el cetro, aunque a dillo no llegue jamás el mundo, el rey Felipe Segundo con el alcalde Ronquillo.

¿Gil?

GIL (dentro).

ESCENA VIII

RONQUILLO, GIL

RONQ. Baja mi espada: mantener quiero a la vez, como hidalgo y como juez, el honor de esta jornada.

GIL. Tomad.

RONQ. Las ventanas cierra, Gil; y cuenta cómo sales, ni siquiera a los cristales, aunque sientas que la tierra se hunde.

GIL. Señor, si de mí necesitáis...

RONQ. No, por cierto; ciérrate bien, y te advierto que a nadie abras.

GIL. Lo haré así. Pero si dado me fuera decir lo que pienso...

RONQ. ¿Qué?

GIL. Si me da vuesa merced permise...

RONQ. Di.

GIL. Una quimera será acaso de mi oscura ignorancia.

RONQ. Circunloquios deja, que para coloquios no estoy ahora, y se me apura la paciencia.

GIL. Pues, señor, con franqueza y de una vez: solo y de noche, ¡pardiez! tengo en casa...

RONQ. ¿Qué?

GIL. Pavor.

RONQ. ¿Pavor tú, que tienes fama de hombre de tal corazón, que hay quien apuesta por ti para reñir contra dos? Te burlas.

GIL. No son los hombres a los que temo, señor. En lances bien apretados me habéis metido, y por Dios que os dejé bien, ya lo visteis.

RONQ. ¿De quién es, pues, tu temor?

GIL. No lo sé.

RONQ. ¡Gil!

GIL. Perdonadme

si asaz importuno estoy;

mas permitid que os recuerde

la noche en que vos y yo

entramos en esa casa.

RONQ. Mandóme la Inquisición

registrarla.

GIL. Y así fué,

que una pieza no quedó

por mirar.

RONQ. Bien; y en seguida

dejamos el interior

abandonado; cerráronse

las entradas; se tapió

su piso bajo, y sellóse

con discreta precaución

cada nueva cerradura

que el santo oficio mandó

poner; dieron escribanos

fe de ello; y en conclusión,

quedó a un abandono eterno

condenada. Gil, en pro

del bien público, y por dar

fin a la maligna voz

de que era casa de hechizos,

y del diablo habitación.

Mas nada hallamos en ella,

y desde esto aconteció;

no hay tampoco más que el miedo

con que la superstición

por las pasadas consejas

sus cavidades pobló.

GIL. Tal creí yo, mas sospecho

que estamos en un error.

RONQ. ¿Por qué?

GIL. Porque, la verdad,

señor juez, mientras que yo

aguardando vuestra vuelta

tras los vidrios del balcón,

velo por las noches, noto...

RONQ. ¿Qué notas?

GIL. Que mientras vos

con el espía Roberto

estáis en conversacion

en su casa, dentro esotra

pasa algo que no sé yo

explicar, pero que prueba que hay quien mora esa mansión.

RONQ. ¿Y de qué lo infieres tú?

GIL. De que yo he visto, señor,

pasar luces a través

de las maderas, y son

of de voces humanas,

y lamentos de dolor

dentro de aqueso recinto.

RONQ. ¿Y has oído alguna voz

conocida?

GIL. Aunque la hubiera,

me lo estorbara el temor:

que a cada paso he temido

ver abrirse algún balcón

o ventana, y asomarse

algún vestiglo feroz

del infierno.

RONQ. Vaya, Gil,

sólo tu imaginación

pudo fingir tales sueños.

Entra y vive sin temor

de que las ventanas se abran

de esa desierta mansión.

GIL. ¿Y si nos equivocáramos

y hubiera en ella...

RONQ. Sé yo

que no hay quien pueda salir

ni asomarse al exterior.

GIL. ¿Mas si se asomaran?...

RONQ. Gil,

basta de conversacion.

Si esas ventanas se abrieran,

cual tu miedo imaginó,

y ser humano por ellas

se asomara, sabe Dios

que quien más se asombraría

de caso tal, fuera yo.

GIL. ¿Vos?

RONQ. Es claro. ¿No fué a mí

a quien se dió comision

de penetrar sus misterios,

y despejar su interior

de cuantos seres nacidos

en ella hicieren mansión?

La iglesia, si había diablos,

los diablos exorcizó;

los hombres, si los hubiera,

en mis manos dieran.

GIL. ¡Oh! Eso sí; y no lo pasaran muy bien.

RONQ. Gil, a fe que no. Entra, pues, y cierra bien: y no pongas atención en ruidos ni en resplandores de luces, que del pavor son fantásticas ficciones. Y pues garantizo yo la soledad de esa casa, quimeras y no más son.

GIL. Muchos años lealmente os he servido, señor; y aunque sueños míos, de ellos fué ley el daros razón.

RONQ. Te conozco, y lo agradezco: mas ya te he dicho que yo respondo de todo al vulgo, al rey y a la Inquisición. Entra.

ESCENA IX

RONQUILLO

Criado leal que vive sin inquietud, conservando su virtud en el templo de Belial. ¡Oh, quién tuviera la calma que tiene en su corazón, atento a su obligación, y la quietud de su alma! ¡Cuánto envidio su ventura! Trocara por su baja esta vida de grandeza, tormentosa e insegura. ¿Qué digo? ¡Cuán necio soy! Ya no es tiempo de cejar.

(Música a lo lejos, que se acerca más cada vez.)

Mas siento gente llegar: me aparto... temblando estoy (Ronquillo se aparta a la izquierda. Poco después bajan a la escena seis músicos, que vienen cantando la primera estrofa de la canción, y guiados por un embozado.)

ESCENA X

EL EMBOZADO y los MÚSICOS se llegan a la esquina de la casa de la derecha, cantando, y en ella se paran. Al mismo tiempo sale de casa de Roberto otro embozado y una litera conducida por dos enmascarados, y se colocan entre los músicos, que en cuanto tienen en medio de ellos la litera, se alejan cantando la segunda estrofa. El alcalde RONQUILLO, que presencia todo esto con muestras de satisfacción, se acerca al embozado que sale de casa de Roberto, el cual le contesta secamente, y sigue su camino.

RONQ. (Ellos son... ¿Si estará listo mi buen Roberto?)

CANCIÓN

Estrofa primera. Niñas vallesolitanas, si os desvela amor quizá, no abráis hoy vuestras ventanas, que de ronda el diablo está.

¡Ja, ja, ja!

Diablo que anda por Castilla con vuelillos y golilla, ¿quién será?

¡Jesucristo, qué fracaso!

¡Ya está aquí! Dejadle paso.

Allá va.

¡Ja, ja, ja!

RONQ. Ya aquí salen: ¿está todo?

(Al embozado de la litera.)

EMB. (de la litera). Sí.

RONQ. Pues aprieta, ¡vive Cristo! (Vanse los músicos despacio cantando la segunda estrofa. Ronquillo los contempla tranquilamente. Poco detrás de los músicos va la ronda conducida por el cabo, a quien Ronquillo encargó semejante maniobra, y que ha salido por la derecha.)

Estrofa segunda. Niñas vallesolitanas, si os desvela amor quizá, abrid ya vuestras ventanas,

porque el diablo pasó ya.

¡Ja, ja, ja!
Ya la gente de golilla
sobre su rastro en la villa

puesta está,
y ha de ser diablo muy pillo
si al buen alcalde Ronquillo
se le va.

¡Ja, ja, ja!

RONQ. Perfectamente: en media hora
los tengo ya en Fuensaldaña,
y a Roberto en mi compañía
aquí al despuntar la aurora.
Ya no se oyen... con el paso
que tomaron, ciertamente,
ya estarán pasando el puente:

¡guardélos Dios de un fracaso!

Sí; guardada esa mujer,
tus cartas aseguradas,
tus espías engañadas,

¡oh! aún estás en mi poder.

Dijo bien Benamejí,
que ha de ser diablo muy pillo
quien del alcalde Ronquillo
escape...

*(La misma música de la anterior escena
se oye por el mismo sitio que se oyó la
otra, y en la misma forma sale a la
escena conducida por el espía a su
tiempo.)*

Mas ¡ay de mí!
¿Sueño, o vuelven a bajar
mis músicos? Sí, ellos son;
es mi seña, es la canción.
Pero ¿cómo... por qué dar
vuelta a esa calle otra vez?
¡Atravesar la ciudad

con esa publicidad!
Mas ya están aquí...

(Sale el espía y los músicos como los otros.)

ESCENA XI

RONQUILLO, ESPÍA

ronq. *(al espía)*. Pardiez,
¿de esta manera cumplís
las órdenes que os he dado?
¿Por qué volvéis, desdichado?

ESP. Ved, señor, lo que decís;
yo no vuelvo, llego ahora.

RONQ. ¡Vive Dios! Pues ¿quiénes fue-
[ron
los que antes que vos vinieron?

ESP. No os comprendo... óid... la hora
(Dan las doce.)
justa.

RONQ. No; finges en vano:
¿me vendes? *(Morirás, pues.)*

*(Van Derken, que se ha colocado entre los
músicos embozado, sale al paso a Ron-
quillo, que amaga al espía.)*

DERK. Ved, señor Ronquillo, que es
enviado del soberano.

RONQ. ¡Mil rayos! ¿Y quién sois vos?

DERK. Lo que el rey le manda a él ser.

RONQ. No entiendo...

DERK. Vais a entender
al momento.

(Se desemboza junto a Ronquillo.)

RONQ. ¡Santo Dios!

DERK. Veinte y cuatro horas os di:
mas como os habéis resuelto
antes, yo también he vuelto
más pronto que prometí.

RONQ. ¡Jesús me valga! Aquí hay algo
que no comprendo.

DERK. Un error
vuestro, y cuyo gran valor
a apreciar sólo yo valgo.

Conmigo, el diablo, van ya
dos veces que os encontráis:
mas pues vos y el rey usáis

de mi nombre, ley será
que yo salga por mi honor
con vuestras culpas cargado,

y en vez de ser el burlado,
pase el diablo a burlador.
¿Qué os dije? Os he de perder,
o la tengo de salvar.

No me la quisisteis dar,
y yo os quité la mujer.

RONQ. Pero... ¿cómo?

DERK. Como ahora

esa gente que traéis
puedo hacer mía.

*(A una seña de Van-Derken los músicos
y embozados que están al lado del al-*

calde Ronquillo se pasan al lado de Van-Derken.)

¿Lo veis?

RONQ. ¡Esto es un sueño!

DERK. Vos mismo de allí la visteis salir y la dejasteis partir.

RONQ. ¡Oh! Confúndate el abismo; mas esa infernal destreza con que por ocultos modos coges mis secretos todos, te va a costar la cabeza.

DERK. Reflexionad que si aquí partimos campo los dos, reñirán hombres por vos, pero demonios por mí.

RONQ. En vano con tu malicia amedrentarme querrás; ¡favor aquí a la justicia!

DERK. ¡Favor aquí a Satanás!
(A la voz del alcalde acuden varias rondas y gentes de justicia. A la voz de Van-Derken la puerta de la Casa del Diablo se abre de repente, y salen por ella varios embozados, que se ponen de parte de Van-Derken. Los músicos tiran los instrumentos y echan mano a las espadas, quedando en cuerpo todos los de Van-Derken, y vestidos de negro como él. Las ventanas altas de la casa se abren también repentinamente, y asoman por ellas varios otros partidarios de Van-Derken, que iluminan la escena con hachones, y dan grandes voces y careajadas. La justicia y los de Ronquillo huyen amedrentados.)

ESCENA XII

RONQUILLO, VAN-DERKEN, ESPÍA, JUSTICIA, ENMASCARADOS

UNO DE RONQ. ¡Jesucristo!

OTRO ID. ¡Los demonios

evoca ese hombre! (Vase.)

OTROS ID. ¡Qué horror! (Vase.)

DERK. Ese.

(Señalando al espía, a quien los de Van-Derken se llevan por delante.)

ESP. ¡Valme, Virgen Santa!
(Vanse todos, quedando en la escena Ronquillo y Van-Derken.)

DERK. Supongo, alcalde, que vos no tragáis lo de los diablos.

Mas ved la superstición del vulgo: vos le enseñasteis que esa casa era mansión de Satanás, y vos mismo me dais armas contra vos.

Oíd, pues: veis lo que puedo: hasta que amanezca os doy de término, meditadlo.

Esos billetes que son vuestra esperanza, a mis manos

pasarán, como pasó esta noche doña Inés:

mas ved con qué distinción: si me les dais, yo me encargo

de salvarlos; mas de no, perderéis cartas y vida antes que despunte el sol.

RONQ. Pero explicadme a lo menos...

DERK. Os daré la explicación después que me deis las cartas.

RONQ. Nunca: me sobra valor para arrostrar mi fortuna, y aún fío en mi corazón

y en mi astucia para hacer que se vuelva contra vos.

DERK. Doña Inés es mía ya.

RONQ. Podré recobrarla yo.

DERQ. Va viajando, y muy de priesa.

RONQ. Mi poder va más veloz, y la alcanzará.

DERK. La guarda gente muy buena.

RONQ. Mejor será la que irá en su alcance.

DERK. Nada logrará.

RONQ. ¡Pues no!

DERK. Camina del santo oficio bajo la alta protección, y con licencia expedida por el mismo inquisidor general.

RONQ. ¡Santos del cielo! ¿Quién pudo hacer tanto?

DERK. Yo,

señor alcalde: yo solo,
que logré alejar de vos
vuestras gentes para haceros
la postrer proposición.

¿Me dais las cartas?
RONQ. Jamás;

si me niega su favor
la suerte, al rey don Felipe
sus siete cartas le doy,
y la octava al santo oficio;
y hará al menos mi furor
lo que con los filisteos
hizo en el templo Sansón.

DERK. En ese caso, podéis
encomendaros a Dios,
porque moriréis sin ver
otra vez ni al rey ni al sol.

RONQ. ¿Pensáis?...
DERK. Dejaros morir

sin daros ni aun confesor,
y venir luego a llevaros
adonde es mi obligación. *(Vase.)*

ESCENA XIII

RONQUILLO

¿Quién es ese hombre, Dios mío?
Confuso, aterrado estoy;
todo el edificio hermoso
de futuro esplendor,
mis afanes de diez años
de un soplo desvaneció.
Pero no para rendirme
a la duda ni al temor:
me afané con tal empeño;
y en tanto que el corazón
tenga un instante de vida,
pondré a prueba su vigor,
y antes muerto que rendido!
Mas llegan... ¡pluguiera a Dios
que fuera la gente mial
¡Oh, no me engañé!...

ESCENA XIV

RONQUILLO, EL CABO DE LA RONDA,
de la escena cuarta

CABO. Señor...

RONQ. ¡Hablad, hablad con milrayos!
¿Qué habéis hecho?

CABO. Lo que vos habad
mandasteis. Les fui siguiendo
hasta bajo el malecón
del puente.

RONQ. ¿Y qué?
CABO. Allí la guarda

franco paso les dejó,
y como los vi salir
me volví.

RONQ. ¡Condenación!
¡Todo se ha perdido!

CABO. ¡Cómo!

¿No me dijisteis, señor?...

RONQ. Dejadme en paz.

(Se pasea agitado.)

CABO. Yo...

RONQ. Silencio

digo. ¿También me vendió

Roberto? No, es imposible:
sin duda alguna traición

de ese maldito... ¡ah! lo entiendo
todo; ahí dentro le esperó,

en su lugar salió luego
como mi escrita intención

lo prevenía... ¿mas él,
Roberto, dónde quedó?

¿Aquí?... Tal vez encerrado,
maniataado... eso es: ¡oh!

aún puede salvarse todo
si nos juntamos los dos.

(Ronquillo toma una de las luces de su

ronda, y va a entrar en casa de Ro-

berto.)

¿Roberto?... Una luz... Roberto,
respóndeme, alza tu voz

de donde quiera que estés;
soy yo, don Rodrigo soy.

Seguidme.

(Va a entrar y retrocede espantado.)

Mas ¡Jesucristo,

él es, él, muerto!

VARIOS. ¡Qué horror!

RONQ. Corred, seguidle al momento,
por ahí va quien le mató;

no puede estar todavía
lejos; id, y ¡vive Dios

que le traigáis muerto o vivo,

(Vanse corriendo los de la ronda.)

u os hago empalar si no!

La ciudad registraré
 pie a pie, rincón a rincón,
 hasta topar con el diablo
 que al hostelero mató;
 y antes que de mis secretos
 él se aproveche traidor,
 por asesino de ese hombre
 le cuelgo en la horca yo.

(*Vase por la derecha.*)

ESCENA XV

VAN-DERKEN

¡Oh, los ojos de tu astucia
 tu coraje te cegó!
 El hombre diestro no huye,
 burla a su perseguidor;
 y vas más lejos de mí
 cuanto vayas más veloz.
 Corre, pues: ve tras el diablo,
 que él la mano te ganó,
 y va a esperar a que vuelvas
 en tu misma habitación.

(*Entra por la casa de Roberto.*)

ACTO TERCERO

Habitación del alcalde Ronquillo.—Despacho rodeado de estantes con libros, entre los que se abre a su tiempo una puertecilla secreta. Puerta a la derecha; balcón a la izquierda: mesa, sillón y demás útiles propios del lugar. Al levantarse el telón la escena permanece un momento sola, y se oye correr un pasador, en tanto que Gil hace ruido con la llave en la puerta de la izquierda, por donde sale. Un velador preparado para cenar el alcalde.

ESCENA PRIMERA

GIL

Dios me valga: creí que andaba alguno dentro de este aposento: juraría que oí pasos y ruido de una llave desde ese otro salón cuando venía.

Aprensiones del miedo:
 mas confieso, ¡por Dios! que acostumbro
 a semejante vecindad no puedo.

En la calle hace poco que he sentido de voces y de gente extraño ruido, y lo que es esta vez no me he engañado, en esa casa endemoniada ha sido.

Mas ¡Dios mío! ¿Qué es esto?
 ¿Quién trastornó los chismes de esta me-

sa?
 ¿Quién estos vasos apartó del puesto en que yo los dejé? ¡Santa Teresal

Ese vino se mueve todavía dentro de la botella... No, no hay duda, alguien ha estado aquí en ausencia mía. Yo no dejé el sillón así apartado de la mesa. ¡Pardiez, que no es ahora vana aprensión! Y estoy determinado: salga por donde quiera, me despido esta noche del alcalde, y cuanto riña y gruña será en balde.

Yo he nacido del vulgo, me he criado entre el pueblo; ni sé, ni he aprendido más que aquello que al vulgo han enseñado, y creo cuanto creo; temo y respeto cuanto respeta y teme;

y no creo, aunque pese a mi fortuna, que estoy ni estaré a ser, por ley alguna, más sabio que mis padres obligado. Apechar con los duelos y disgustos a que estamos expuestos los mortales, pase; pero vivir con tantos sustos entre duendes y tragos internales, eso no.

RONQ. (*dentro*). ¿Gil?

GIL. Señor, gracias al cielo. ¡Jesucristo, qué humor trae esta noche! Allá voy, allá voy.

(*Vase, y vuelve alumbrando a Ronquillo.*)

ESCENA II

RONQUILLO, GIL

RONQ. Todo fué en vano: cual sombra que en el aire se deshace, ese hombre se me escapa de la mano.

GIL. Señor...

RONQ. En balde espero de mis agentes nada.

¡Ira de Dios! La rabia concentrada

dentro mi corazón me abraza. Fiero late; pero impotente, me encuentro por doquier para atajarme, y no le hallo jamás para vengarme.

GIL. Señor...
RONQ. ¡Eh!

GIL. Ya tenéis la mesa puesta, y creo que ya es hora de que...

RONQ. Bien, está bien: lo que tú quieres. [ras.]

(Se sienta distraído. Gil sale y vuelve.)
Vendrán, sí que vendrán, mas los menciono con las manos vacías. [guados]
¡Oh! En esos desdichados me vengaré de las angustias mías.

GIL. Ea, aquí está, señor. En horas [tales]

ya es justo que toméis algo caliente.
RONQ. ¿Qué es esto?

GIL. Vuestro caldo: os lo tenía, como siempre, dispuesto.

RONQ. ¡Caldo! Sangre es lo que ahora con gusto bebería.

GIL. ¡Qué es lo que habla!

RONQ. ¿Qué digo? ¡Necio de mí! Me vendé mi coraje.

GIL. Trémulo estáis, señor, descolorido. ¿Qué tenéis? ¿Os han hecho algún ultraje?

RONQ. Silencio, Gil.
GIL. Señor...

RONQ. ¿Ha parecido el forastero?

GIL. No, señor.
RONQ. Al punto que llegue, que entre aquí.

GIL. Señor, ¿su vuelta vais a esperar velando?

RONQ. Gil, muy suelta, tienes tu lengua.

GIL. Es que... me da cuidado la inquietud en que veo a useñoría.

RONQ. Llena ese vaso.
GIL. ¿Lleno?

RONQ. ¿Pues no lo oyes? Lleno te he dicho; lleno.

GIL. Como nunca...
RONQ. Alguna vez sería la primera.

GIL. ¡Buen trago! Con eso su infernal melancolía se disipará, y al fin menos adusto me oírás, que desde hoy más a su gusto busque otro paje por ausencia mía.

Pecho al agua.—Señor...
RONQ. Basta, importuno.

GIL. Es que tengo, señor...
RONQ. Silencio, digo.

GIL. Perdonad.
RONQ. Perdonado.

RONQ. Perdonado. Esa mesa levanta y vete fuera: si viene el forastero, aquí al instante le mandarás entrar. (¡Oh! Estoy resuelto; fuerza es que acabe de cualquier manera esta duda fatal. Sí, la agonía es demasiado larga, y arrostrarla puede ya apenas la paciencia mía.)

Despáchate.
GIL. Ya está.

RONQ. Déjame solo.
GIL. (Pavor me da mirar su faz som-

bría.)
Despáchate.

(Vase.)

ESCENA III

RONQUILLO, y a su tiempo VAN-DERKEN

RONQ. Un momento a la boca del abis-

[mo]

quiero asomarme, y calcular su hondura en calma y soledad conmigo mismo.

Recuerdo que en el tiempo borrascoso de mi agitada juventud, solía ese licor fragante y generoso dar a mi corazón ruda energía,

y en mis trances más duros y apurados inspiró muchas veces repentino a mi agotada mente recursos extremados:

que cambiaron la faz de mi destino. Y a este recuerdo, que produjo acaso el grato olor del generoso vino, colmado y sin rubor apuré el vaso.

Y por Dios que hice bien; porque ya siento que el juvenil vigor de aquellos días nuevo me infunde al corazón aliento y nueva luz a las ideas mías.

Perdido casi me contemplo. Solo con mi secreto estoy. Ese Roberto, mi único ayudador, cómplice mío único, yace muerto, y aislado estoy, de la traición y el dolor colocado en mitad. Terrible día ha sido hoy para mí: ¡cuán diestramente me han burlado, pardiez!

¡Si adelantara su llegada aquí el rey! Si yo lograra verme con él antes que nadie a solas, todavía el bajel de mi fortuna orgulloso bogará del mar de la ambición sobre las olas. Todavía pudiera devolverle ese traidor verdugo enmascarado, que me envía el hipócrita taimado, y pudiera a mi vez otro ponerle de su trono y su lecho al pie sentado.

DERK. (por la puerta secreta, que entreabre).

¡Hele allí solo ya! ¡Cuán hondamente absorbido le traen sus pensamientos! No me ve... ni me siente; habla... sí... sus acentos oigamos.

RONQ. Sí: aún pudiera desvanecer la tempestad furiosa que ruge sobre mí, y asir pudiera el hilo de esa intriga misteriosa que mina sorda mi existencia entera.

DERK. Me tiene muy presente, y lo su pesadilla soy.

RONQ. ¡Oh! Si en mis manos ese demonio a dar viniera vivo, juro a los cielos..., juramentos vanos de mi rabia no más..., Esos imbéciles no darán con su rastro... y lo confieso mal de mi grado, sí: se me ha ocurrido... ¡Si ese poder en que confía ese hombre del mismo Satanás le habrá venido!

DERK. ¡Torpe superstición! ¡El propio a temer de lo mismo que imagina para asombrar la muchedumbre ciega! ¡Su propio corazón le descamina!

RONQ. Jamás mortal alguno

supo burlarme así. Se me presenta, con medios que parecen naturales, mis planes a estorbar... ¡Oh! ¡Y me amenaza la destreza infernal con que lo alcanzá! Me amenaza, me ataja, me subyuga, doquier se me aparece, y me provoca; él mismo me abre senda a mi venganza, él mismo mis intentos favorece; delinquiendo, en mis manos su delito le pone; apela a repentina fuga, le sigo, y aun su sombra veo, siento sus pisadas... ¡Prodigio me parece! Y de mis manos casi en un momento como leve vapor se desvanece.

Mas pues huye de mí, libre me deja. Libre, sí; y su razón se lo aconseja, pues si en sus manos mi destino tiene, yo también en las mías su destino; y si a ponerse ante mi vista viene, antes que una palabra de su labio salte, le prenderé por asesino. Sin lograr ver al rey próxima muerte me auguré... ¡vive Dios! Saldré a esperarle, y nadie, nadie le hablará primero que yo: dejaré mal al adivino. Mas a fe que caliente demasiado mi enardecida sangre ese buen vino: ¡ah! no debí olvidar que se ha enervado mi juvenil vigor, y que ya empieza a flaquear con los años la cabeza.

¿Mas qué importa? Me siento más osado. ¡Pardiez, oh rey Felipe! No has atado todos los hilos bien: aún tengo un día, y esas cartas fatales, de mi muerte fiadas hasta el punto en las manos sagradas de un prelado, de confesión secreta bajo el sello, me pondrán de tu cólera al abrigo, y en vez entonces de segar mi cuello, tu real poder dividirás conmigo.

DERK. ¡Ja! ¡Ja!

RONQ. ¿Quién está aquí? ¡Dios!

DERK. Por doquiera que vas, tus parosigo.

RONQ. ¡Él!

DERK. Tu conciencia soy; me hu- donde quiera que estás, estoy contigo.

RONQ. ¿Por dónde?...
 DEREK. Por allí.
 RONQ. ¿Conoces?...
 DEREK. Todo.
 RONQ. ¡Cielos!
 DEREK. Todo. Ya visteis que cumplidas vuestras órdenes fueron: se falsearon las señas convenidas; los músicos vinieron; y los que dentro estaban prevenidos, con la litera a la señal salieron, quedando otros, cual visteis, escondidos, los que diablos al vulgo parecieron, en la Casa del Diablo reunidos. Mas no fué culpa mía si así huyeron; vos los tenfais de ello convencidos, y culpa vuestra fué si lo creyeron. Ya veis, nada hay aquí maravilloso; todo esto es natural, fácil, sencillo; y más diestro que vos, más vigoroso, os tengo en mi poder, señor Ronquillo.

RONQ. Todo lo entiendo ya: continuo de mi casa, la casa de Roberto [espía hoy asaltasteis en su ausencia y mía.

DEREK. Pues, y en ella introduje mis diablos con silencio en vuestra ausencia.

RONQ. ¡Oh! Y Roberto al entrar...
 DEREK. Cayó al momento en sus manos.

RONQ. ¡Pardiez! Mas la existencia perdió: luego leal rindió la vida sin vender sus secretos.

DEREK. La partida con él perdisteis. Se le dió tormento.

RONQ. ¡Traición infame!

DEREK. Y con la oculta entrada que en estos tres edificios comunica, con la mujer dos años ha encerrada en la casa por vos endemoniada, con todo di, y os lo deshice todo; y es por allí venir el mejor modo de explicároslo al fin.

RONQ. Bien me lo explica: mas en vano fiáis, porque seguro os tengo yo también, mancebo insano, y por el cielo os juro...

DEREK. ¡Eh! No juréis, señor alcalde, [en vano.

Ya sé que vuestra gente a una hora dada a buscaros vendrá; que a este aposento debe en silencio entrar: sé que el momento de semejante cita está cercano: mas cierto estad que de cualquiera modo, los dos tendremos tiempo para todo. Hablemos, pues, señor Ronquillo, en calma, que la vida del hombre está medida, y yo deseo que salvéis el alma, antes, señor, de concluir la vida.

RONQ. Hacéis mal de fiaros en la vuestra, porque no os valdrá ya la astucia diestra para volver a dar con la salida.

DEREK. La que debisteis vos tener guardada mi salida no fué, sino mi entrada.

RONQ. Mas dentro ya, os advierto que es que penséis en si os tendrá labrada vuestra noble familia sepultura.

DEREK. Esa ventaja me lleváis tan sólo, pues el rey os ha dado una capilla donde os labró suntuoso mauseolo a costa de sus rentas de Castilla: mas ved que no será gran maravilla que el que os labró la estatua que corona vuestro ataúd marmóreo, en su conciencia crea que estáis mejor que en apariencia, dentro del ataúd vos en persona.

RONQ. ¡Dios santo! Esas palabras...
 DEREK. Os explican, juez, mi presencia aquí, y en frase breve os diré lo que en suma significan y lo que en realidad cumplirse debe. Que no podríais ver al rey, os dije: no le veréis, perded toda esperanza. Hombre, demonio o ángel, soy quien rige vuestro destino; Dios quien me dirige, y el honor quien me alienta; encomendadme, pues, vuestra venganza, y yo en vuestro lugar daré a Dios cuenta.

RONQ. ¡Insensato! ¡Cederos, y en tal hora, el fruto entero, el término inseguro de mi afanosa vida! ¡Y cuando toco al anhelado fin!... Sería un loco.

DERK. Consideradlo bien: porque yo os juro que el justiciero Dios vuestro destino puso en mi mano, y su poder divino me otorgó sobre vos poder seguro; y mediré a mi antojo vuestro sino.

RONQ. ¡Villano!

DERK. Vuestra débil existencia apoyada no más está en mi aliento; y animar o extinguir puedo su esencia con un soplo no más; y en un momento puedo franquearos con el brazo mismo la oscura trampa del eterno abismo, o el pabellón azul del firmamento; creedme: irrecusable testimonio daros podré de mi infernal prestigio, y puedo, sin obrar ningún prodigio, ser para vos un ángel o un demonio. Dadme, pues, esas cartas, y abro nuevo camino a vuestra vida: al rey no abono: me ultrajó más que a vos, y soy quien debo vengar la injuria con mayor encono.

RONQ. Me inspiras compasión, pobre ¡Pienzas alucinarme con patrañas estúpidas, y me abres todo entero tu necio corazón! Tú necesitas mi secreto, y robármele meditas atrevido y astuto; mas te engañas, a mí solo no más que sirva espero, y antes que en manos confiarle extrañas, bajar con él a mi ataúd prefiero.

DERK. Pues mandáosle abrir, porque a que estáis, señor Ronquillo, en la agonía. Sí; ángel, hombre o demonio, yo he cruzado tierras y mares tras de vos: he sido vuestra sombra doquier: os he velado vuestro angustioso sueño: he sorprendido vuestros hondos secretos: he hacinado mil pruebas contra vos, y conseguido a fuerza de destreza, oro y afanes, el hilo asir de vuestros viles planes. La historia sé de vuestra infame vida; llevo de vuestros crímenes la cuenta: toda la sangre que tenéis vertida, gota a gota conté: toda la renta

que la justicia os dió, por vos vendida; sí, y los ayes, las lágrimas, la afrenta de cien familias contra ley juzgadas, y al cadalso inocentes arrastradas, aquí en mi corazón hierven ocultas, recogidas en él como en un vaso, y todas sus fantasmas insepultas de su verdugo en pos siguen mi paso. Velas: venganza de maldad tan obvia pidiendo cada cual te se avecina: cuéntalas... la de Derken, al que agobia de Inés la afrenta, que tras él camina; las de tus empalados en Segovia; las de tus abrasados en Medina.

RONQ. ¡Ay!

DERK. Y a ese grito de pavor que arranca, la de Acuña también se alza en Simancas.

RONQ. ¡Basta!... El miedo, la rabia me ten la lengua infernal que en torno esa sangrienta muchedumbre evoca.

DERK. No, no: tú has hecho con su sangre un río, tras del que ciega tu ambición coloca del trono de Castilla el poderío; y por manchar el trono de Castilla, saltar esperas a la opuesta orilla. Pero sueñas. ¡Del rey que a la alta esfera donde te ves te alzó desde tu nada, imaginaste en tu arrogancia fiera dejar la gloria y majestad hollada! ¡Miserable reptil! Ni tan siquiera podrás ver otra vez su faz sagrada para pedirle compasión de hinojos, arrastrándote vil ante sus ojos.

Yo te gané esa entrada: a tu aposento vine a esperarte: me senté a tu mesa; y tuve entre mis manos tu alimento: ¿y cuentas con tu vida? ¿Y la promesa que te hice olvidas de agotar tu aliento antes del nuevo sol? Mira, la espesa

(A la ventana.)

noche disipa; mas en este punto la descarnada muerte te está junto.

RONQ. ¡Mientes! ¡Mientes!... ¡Te burlas!

DERK. Viejo insano, escucha, y cesa en tu dudar prolijo: tú hiciste asesinar a un noble anciano,

dónde quiera que estés, estoy contigo.

su hija por deshonrar; mas ¿quién te dijo que ese padre infeliz no tiene un hijo, y esa doncella mísera un hermano?

RONQ. ¡Su hijo! ¡Su hermano!

DERK. Sí; comprende ahora el móvil de mi astucia vengadora.

RONQ. ¡Hijo!... ¡Hermano!... ¡Ay de mí! [Todas ¡oh infierno!

Tus iras contra mí desencadenas.

No miente, no, ese vil... hervir interno: su veneno voraz siento en mis venas.

DERK. Pues no desprecies mi postrer [aviso;

te juro que a tu vida y a tu muerte puedo aún marcar un término preciso.

Ronquillo, elige, pues, tu propia suerte. Cede.

RONQ. Jamás.

DERK. Pues a tu fin te advierto que aguardaré: mío eres: vivo o muerto, no te libras de mí; porque te juro que aunque el secreto pongas a cubierto de tu sepulcro, por mi mano abierto, ni aun en tu corazón está seguro.

RONQ. ¡Mas qué ruido!... Ellos son... [ahora veremos quién te libra de mí.

DERK. Llegan. *(Se oculta.)*

RONQ. Guardada

está ya la salida... ¡oh! Moriremos a lo menos los dos... ya está apostada mi gente abajo... ¡pero Dios! ¡Qué miro! ¡Guardias del rey!... Y siento que la vida ya me abandona... Suben... ¡ah! Yo expiro. *(Cae en el sillón con el sopor.)*

ESCENA IV

RONQUILLO, EL ESPÍA

ESP. Gracias a Dios que le hallo al fin.

RONQ. ¿Quién llega?

ESP. El rey a la ciudad.

RONQ. ¡El rey!

ESP. El mismo.

RONQ. Pronto, llévame ante él.

ESP. No, hacédme entrega

de unos billetes que os fió.

RONQ. El abismo te confunda: ¿tú sabes?...

ESP. Mucho, y cierto; la parte me dijo el rey; parte yo mismo en esta misma noche he descubierto. El diablo de esta casa sois, alcalde, vos: en ella, a favor de esa conseja, guardabais no sé qué, mas bien en balde; un diablo más audaz sin ello os deja.

RONQ. ¡Tú acasol

ESP. No; escuchad si sois servido. Nos han burlado a todos; os han muerto vuestro único leal; han sorprendido vuestras señales y horas, y han huído con el pase que disteis a Roberto. La misma Inquisición vendida ha sido. Don Luis Valdés, sobrino y secretario del arzobispo inquisidor, los sellos del santo oficio usando temerario, autorizó su voluntad con ellos, y huyó también.

RONQ. En ese caso, amigo, por piedad al rey llévame: un momento no pierdas... ¡Muero! ¡Ah! Llévame, y si eres pobre cuéntate opulento; si eres villano alcanzarás nobleza, si tienes ambición, favor sin cuento. Ya lo viste, tú mismo de su alteza me trajiste una carta en que decía que en la cámara real a su llegada yo era el primero a quien hallar quería. ¡Oh! Llévame ante el rey, y todavía puede esa gente vil ser atajada.

ESP. ¡No puede, ira de Dios! Europa

[entera en su favor está: todo es ya en vano. Del mismo emperador Maximiliano sombra les hace la imperial bandera; y un maldecido embajador que envía con apariencias por demás guerrera, en su trama infernal les protegía.

RONQ. ¡Oh! Cae el mundo sobre mí sin Pero ese embajador... [duda...

ESP. El diablo ayuda le da, nadie le ha visto todavía.

RONQ. Pronto, vamos al rey.

ESP. Es imposible: vuestra tumba va a ser este aposento.

RONQ. Ya lo sé..., ya lo sé..., la hora
[terrible]

llega. (*Desesperados esfuerzos.*)

ESP. Pues no perdamos un momento;
orad a Dios si en él creéis.

RONQ. Aparta.

Déjame en paz morir.

ESP. A eso es tan sólo

a lo que aquí su majestad me envía.

RONQ. ¡Cielos!

ESP. Sabedlo al fin: con fuerza o dolo,

mandóme de unas cartas que os dió un día

dar con el paradero; y descubierta

que fuera: «Ve (me dijo el rey) sus huellas

doquier siguiendo, sin reparo alguno

hazle morir; y en el panteón que ha dado

a su familia, entiérrale con ellas

sin que al cadáver llegue hombre ninguno.»

RONQ. ¡Gran Dios!

ESP. Tal es su ley.

RONQ. ¡Desventurado

de mí!

ESP. Y yo, que a Roberto os he oído

decir que las encierra bajo un sello

un relicario que lleváis al cuello,

mi deber cumpliré, y vuestro destino.

RONQ. ¡Miserable traidor! Ya llegas

ESP. ¡Tarde!

RONQ. Sí, antes que tú la muerte vino.

ESP. ¡Cómo!

RONQ. ¡El veneno que en mis venas

me liberta de ti, vil asesino!

ESP. ¡Dios! ¡La muerte vos mismo os

[habéis dado!

Mas... con las manos que apretáis al pe-

las cartas defendéis... ¡Bah! Todo está

[hecho.

(*Va a quitarle el relicario. Ronquillo se*

desfiende.)

RONQ. ¡Ah!... ¡Qué intenta!... ¡Favor!

(*Cae sin fuerzas.*)

ESCENA V

RONQUILLO, EL ESPÍA, VAN-DERKEN

DERK. Tente, malvado.

ESP. ¡Rayo de Dios! Este hombre

[aquí.

DERK. Presente
doquier que estás estoy.

ESP. Ahora lo entiendo:
¡por sus cartas venís!

DERK. Precisamente.

ESP. Por el rey de Castilla las desfiendo

DERK. Atrás.

ESP. ¡Favor al rey! (*Entran esbirros.*)

He aquí mi gente.

Os cogí, ¡vive Dios! señor tremendo.

(*A los esbirros.*)

Meted en la litera ese cadáver

(*Cubre a Ronquillo con su capa, y los esbi-*

rros le rodean dispuestos a llevarsele.)

con esa capa como está cubierto,

y nadie ose mirarle solamente:

¡la justicia del rey va en ese muerto:

(*A otros, por Van-Derken.*)

vosotros maniatad a ese asesino.

DERK. ¡Ay del que llegue a mí!

ESP. ¿Quién de nosotros

cejará a defender las armas reales?

(*Muestra las armas de Castilla bajo el*

jubón.)

Ohedeced.

(*Los esbirros van a acometer a Van-Der-*

ken: éste, abriendo a su vez su jubón,

muestra en el pecho las armas del Aus-

tria bordadas de oro.)

DERK. Atrás. ¿Quién de vosotros

se atreverá a las armas imperiales?

ESP. ¡Las armas de Austria!

DERK. Sí: si no te ciega

su esplendor, míralas.

ESP. ¡Otro misterio!

DERK. Señor diablo del rey, su ley no

[llega

do se hace oír la del austríaco imperio.

ESP. Señor diablo imperial, cumplí la

[mía

hasta donde llegó, y esta jornada

ya es del diablo del rey.

DERK. No todavía.

ESP. ¡Oh! Van con él sus cartas: gente

[armada

le guardará conmigo hasta que el día

muera, y entonces, de una vez cerrada

y sellada su tumba, en su sagrado

de entrambos quedará muy bien guardada.

Mas me esperan: a más ver,
amigo diablo imperial.

DERK. Un momento, diablo real:
sólo va vuestro poder
de su tumba hasta el umbral.

ESP. La muerte a todos da ley.
DERK. Mas no siendo de igual grey,
la tumba dirá a los dos:
«Hasta aquí el diablo del rey;
desde aquí el diablo de Dios.»

ACTO CUARTO

Plaza en Valladolid; a la derecha una bocacalle.
A la izquierda el palacio de Felipe II, con una
reja practicable, pero tan baja que cuando
quede abierta no hay más que un escalón que
bajar. El convento de San Francisco en el fondo.
Estre éste y el palacio, y formada por ambos
cañiños, una calle que se pierde en el fondo. —
Noche.

ESCENA PRIMERA

VAN-DERKEN, luego el doctor ROBLES

DERK. Aunque mucho se detiene,
fio en Robles, que es leal:
me debe cuanto es y tiene,
y no ha de dejarme mal.
Mas pasos oigo; allí viene.

DOCT. ¿El diablo?
DERK. De Austria.
DOCT. Señor,
dispensarme si tardé.

DERK. Ha un momento que llegué:
mas ¿qué tenemos, doctor?

DOCT. Todo lo que os indiqué.
DERK. ¿Consiente el lego?
DOCT. Ganado

en parte, en parte engañado,
se presta fácil a todo.

DERK. ¿Le hablasteis?
DOCT. Lo que he juzgado
preciso no más.

DERK. De modo
que el secreto...

DOCT. No saldrá
de nosotros dos si importa.

DERK. Si puede ser, más valdrá,
doctor.

DOCT. Pues voyme hacia allá,
que el tiempo da tregua corta.
Mas para ir a cosa cierta,
yo iré delante: escuchad,
Tengo llave de una puerta
excusada de la huerta
de ese convento. Esperad,
pues, a que yo con sigilo
entre, le avise, y os abra,
y no quebrems el hilo,
que es delgado.

DERK. Os doy palabra
de permanecer tranquilo
hasta que vos me llaméis.

DOCT. Cuando oigáis los cuartos dar
para las doce, echaréis
por esa calle, daréis

vuelta al convento, y a dar
iréis a una portezuela
del huerto: estará entornada,
y yo dentro en centinela:
colaos sin decir nada,
y en tanto andad con cautela.

DERK. Id descuidado, doctor;
en esas calles de ahí junto
me ocultaré.

DOCT. Es lo mejor,
y a los tres cuartos...

DERK. En punto.
Id.

DOCT. Hasta luego, señor. (Vase.)
DERK. Todo va perfectamente,

cónque manos a la obra;
mas me oculto por si gente
pasa, que al hombre prudente
jamás precaución le sobra.
(Ocúltase por la izquierda.)

ESCENA II

EL ESPÍA, EMBOZADO 1.º

EMB. 1.º Aquí en lo oscuro aguardad.
Se han quitado de palacio
las guardas un breve espacio
para más seguridad.

ESP. Bien.
EMB. 1.º ¿La reja conocéis
que se abrió para sacar
al rey, niño, a bautizar?

ESP. Sí.

EMB. 1.º Pues por ella veréis a quien os llama salir; mas cuenta que con respeto grande le habléis, que es sujeto que nos lo puede exigir. (Vase.)

ESCENA III

ESPÍA

¡Pardiez! Ya me lo supongo, y así por mi propio bien lo haré. En acecho me pongo hasta que los cuartos den.

(Se pasea por delante de la portada de la iglesia.)

¡Diablo! Empieza a lloviznar, y anda por esta plazuela un airecillo que pela.

En fin, no puede durar mucho tiempo mi plantón, que más de la media es.

(Dan los tres cuartos.)

¡Hola! El reló: una, dos, tres... Cabal; los tres cuartos son para las doce..., mas siento pasos. Por aquella esquina dobla alguno y se avvicina...

Cierto; recojo el aliento, ¡pardiez! y me pego al muro.

(Van-Derken cruza la escena embozado hasta los ojos, y como quien pasa con miedo muy aprisa y talarzando la canción del acto segundo.)

Pasa, y según lo confiesa con el canto y con la priesa, lleva miedo, de seguro.

Vaya, algún estudiantillo que vendrá del galanteo.

Y cantaba, a lo que creo, la canción contra Ronquillo.

Parece que el tal conoce que ya no le ha de encontrar.

Mas sale.

(La reja del palacio se abre, y por ella salen el embozado de la escena anterior con linterna, y otro embozado, que llegando cerca del espía, dice en voz alta:)

EMB. 2.º Acaban de dar los cuartos para las doce.

ESP. Los sí, señor.

EMB. 1.º (al espía). Llegaos, av

EMB. 2.º Dadme esa luz; descubriós.

ESP. Yo soy, señor.

EMB. 2.º Bien; cubriós.

Tapad la luz y apartaos.

(Al 1.º, que lo hace.)

¿Qué has hecho?

ESP. Todo, señor.

EMB. 2.º ¿Y el juez?

ESP. Enterrado.

EMB. 2.º Bueno.

¿Tú mismo le...?

ESP. No.

EMB. 2.º ¡Traidor!

ESP. Él fué.

EMB. 2.º ¿Cómo?

ESP. Con veneno.

EMB. 2.º ¿Mas tú le viste?

ESP. Expirar.

EMB. 2.º ¿Y las cartas?

ESP. Sobre sí

las tiene.

EMB. 2.º ¡Cómo!

ESP. De allí

no se las pude quitar.

EMB. 2.º ¿Quién te lo pudo impedir?

ESP. El Austria.

EMB. 2.º ¡Dios!

ESP. Mas, señor,

no temáis; su embajador

nada pudo conseguir.

EMB. 2.º ¿Ese enviado, a quien no he

visto

todavía, ha sido acaso?...?

ESP. Él; y a no atajarle el paso...

EMB. 2.º ¡Ampárenos Jesucristo!

(Todo se debe temer

del Austria en esta ocasión,

y la misma Inquisición

nos diera menos que hacer.)

Mas ¿cómo no has recogido

después las cartas?

ESP. Señor,

de su féretro en redor

hoy todo el pueblo ha acudido,

y como habíais mandado

que con tal solemnidad se enterrara, fué en verdad imposible; mas tocado no ha nadie su cuerpo, y yo fio, señor, con mi cuello

que el relicario, aun con sello, sobre su pecho quedó. Juan Robles, doctor muy grave...

EMB. 2.º Le conozco.

ESP. Ha dado fe de su muerte, y yo cerré la tumba: aquí está la llave. *(Se la da.)*

EMB. 2.º ¿Acudió la Inquisición?

ESP. Sí, señor; y escrupulosa selló y barrió la losa; conque a mi ver, es cuestión concluida.

EMB. 2.º No, por cierto, aún falta más.

ESP. ¡Por San Pablo! ¿Qué falta, señor?

EMB. 2.º Que el diablo se lleve esta noche al muerto.

ESP. *(Esta es otra.)*

EMB. Me aseguran que eres hombre tan valiente, que nada hay que te amedrente.

ESP. Señor, si es que no me apuran enemigos imposibles de resistir...

EMB. 2.º Los que vas a atacar, si el golpe das bien, serán poco temibles.

ESP. Ley es vuestra voluntad, señor; y yo mi deber haré, muerto hasta caer.

EMB. 2.º Cuestión es de habilidad, no de fuerza: mas valor requiere y serenidad.

ESP. En ese caso, mandad.

EMB. 2.º Pues eusecha. ESP. Hablad, señor.

EMB. 2.º Seguirás representando tu papel de Satanás;

y a media noche estarás en ese portón llamando con alabadas bien recias.

La espada tendrás segura; tú llama con más premura

hasta que abran: y pues precias de valiente y de sereno, cuando pregunten: ¿quién es? responde con voz de trueno: Satanás.

ESP. No abrirán. EMB. 2.º Pues vuelve otra vez a llamar; y pide de Dios en nombre con el superior hablar.

Es varón santo, y no es hombre a quien el diablo amedrente: invoca en alto la ley de Dios, y secretamente dale este papel del rey.

Al comprender el misterio, sus monjes retirará, y a rezar les mandará al fondo del monasterio. Si él no se va, le harás ver

que el rey ordena que solo te deje en el mauseolo del alcalde, y lo ha de hacer. Entonces tú, de Ronquillo

llegando a la sepultura, con mano diestra y segura darás la vuelta al tornillo que hace de punto final de su epitafio: al instante

la cubierta sepulcral saltará: que no te espante. Quita entonces al difunto el relicario que puesto mantiene al cuello, y tras esto, con el cadáver al punto en el aljibe darás.

Yo mandaré que los cieguen mañana: y antes que lleguen, el sepulcro volverás a cerrar del modo mismo

que le abriste, pues para esto en su fábrica dispuesto tiene oculto mecanismo. La losa se alza y se baja

sin ruido: ve sin afán, que ni linceas hallarán la señal por donde encaja. En seguida a aquella reja ve a llamar: yo saldré allí

por el relicario, y deja lo demás fiado en mí.

ESP. Entiendo: pero ¿y si acaso mañana?...

EMB. 2.º Yo haré contar como más convenga el caso, y obligaré de ello a dar a los monjes testimonio.

Con lo cual ¿qué podrá ser? ¿Que venga el vulgo a creer que se le llevó el demonio?

¡Bah! ¿Qué le dará al alcalde de que lo crean o no? Si el Señor le perdonó, cuanto digan será en balde.

ESP. Señor, perdóne su alteza: pero ¿si yo me negara a servirlos?...

EMB. 2.º Lo arreglara todo al fin...

ESP. ¿Quién?

EMB. 2.º Tu cabeza.

ESP. A las doce y cuarto en punto salid por el relicario.

EMB. 2.º Recibirás tu salario, y se concluyó el asunto.

(Va hacia el palacio, y antes de entrar se para un momento.)

(Diestro y bravo... ¡por supuesto! Mas tengo yo para mí que estos bravos mueren presto.)

(El espía saluda al embozado respetuosamente, y al retirarse por el lado opuesto se para también un momento.)

ESP. Si sé yo que para en esto, ¿cuándo me pescan aquí?

ACTO QUINTO

Vestíbulo de la capilla concedida a Ronquillo para panteón. En el fondo, una puerta que se supone dar a la capilla, que es una de las laterales de la iglesia. A la derecha, puerta que da a un claustro, al fin del cual está la puerta principal exterior del monasterio. A la izquierda, puerta que da a los claustros interiores del convento. En el centro, el sepulcro de Ronquillo (cuya efigie de mármol descansa en su parte superior), y preparado para el juego necesario en este acto, y su altura lo más de tres pies. En la cara inferior frente al público, escrita en bronce la palabra *Ronquillo*.

ESCENA PRIMERA

EL DOCTOR ROBLES, VAN-DERKEN, el hermano JUAN, con luz por la izquierda.

H. JUAN. Ya estamos, doctor, al cabo de la expedición. Entrad, doctor. Vuestra eficacia, en verdad, os agradezco y alabo.

H. JUAN. No hay mucho que agradecer ni que alabar: la salud os debo; no es, pues, virtud servirlos, sino deber. Sólo siento que no sea cosa de interés mayor mi servicio; mas, doctor, basta que vuesaeré vea en ello mi voluntad.

DOCT. Hermano Juan, os repito que os agradezco infinito vuestro servicio.

H. JUAN. Mandad.

DOCT. Gracias, y lo mismo os digo: si os hace en ardua ocasión mi bolsa o mi profesión, hermano, contad conmigo. Pero tiempo no perdamos, fray Juan, que no se recobra.

H. JUAN. Manos, doctor, a la obra, que en la ocasión nos hallamos. Ahí tenéis la sepultura del alcalde. ¡Brava pieza! según los que la belleza conocen de la escultura.

DOCT. Sí a fe.

H. JUAN. Cuando el escultor de orden del rey la labraba, a nadie entrar se dejaba a presenciar su labor. Aquí se encerraba él solo; y él solo aquí se las hubo hasta que acabado estuvo el busto y el mausoleo. Y se hizo con tal misterio, que hasta que él nos la mostró, ver tal obra no logró ni el abad del monasterio. Pero el rey vino durante su trabajo, y se encerró

con él aquí: él fué quien dió al alcalde semejante lugar para enterramiento, para lo cual, a mi ver, mucho le debió querer su alteza.

DOCT. Yo así lo siento; pero pasa el tiempo, hermano; y os recuerdo la promesa que me hicisteis...

H. JUAN. ¡Buena es esa! ¿Le voy yo en algo a la mano? Bien puede orar y llorar sin empacho, que a fe mía que yo también lloraría si me viera en su lugar.

DOCT. Sin duda; pero os aviso que me rogó formalmente que nadie habría presente más que yo, y en compromiso le ponéis, si el hondo exceso le hacéis mostrar de su pena.

H. JUAN. ¿Tanto el pesar le enajena?

DOCT. Le enloquece.

H. JUAN. Vean eso.

Y decían que era tal el alcalde don Rodrigo, que ni pariente ni amigo...

DOCT. Pues ya veis que dicen mal.

H. JUAN. ¡Lo que es el mundo, doctor!

Y nos le habían pintado como el hombre más malvado del orbe. ¡Pobre señor! Siempre se meten los más en camisa de once varas. ¿Eh, doctor?

DOCT. Pues.

DERK. (¡Si te ahogaras, hablador de Barrabás!)

DOCT. ¿Conque en fin?...

H. JUAN. Tenéis razón: mas dispensad: los que estamos en el claustro, no acabamos en pescando una ocasión para echar un parrafillo: mas ya os dejo; y a fe mía, no es la mejor compañía el cadáver de Ronquillo.

¡Eal En el claustro os espero, on conqué tranquilos estad.

DOCT. ¡Ah! Me olvidaba: escuchad os aún, hermano portero:

H. JUAN. Decid.

DOCT. Si oyeráis acaso voces, o rumor cualquiera que os extrañara o pudiera daros pavor, no hagáis caso.

H. JUAN. ¿Pues qué, doctor?...

DOCT. No os extrañe,

Juan hermano, esta advertencia, que es deber de mi conciencia que os prevenga y no os engañe.

Ya os he dicho que era tal de ese buen joven la pena, que a las veces le enajena tal desorden cerebral, que en aquel delirio insano se pone fuera de sí.

H. JUAN. Si necesitáis de mí, llamadme.

DOCT. Gracias, hermano. Como yo en cura le he puesto, yo solo le sé tratar, y basto para calmar sus accesos.

H. JUAN. Por supuesto. ¿Quién lo hará mejor que vos, que sois de la facultad?

DOCT. Idos, pues.

H. JUAN. A Dios quedad.

(Vase por la izquierda.)

(Robles cierra y mira un momento por la cerradura. Van-Derken espera embozado e inmóvil hasta que Robles se aparta de la puerta.)

DERK. ¿Se fué?

DOCT. Sí.

DERK. ¡Gracias a Dios!

ESCENA II

VAN-DERKEN, el doctor ROBLES

DERK. ¡Plática tenía ya hecha con vos hasta el alba!

DOCT. Sí a fe; pero le sufrí

porque no entrara en sospecha.
Por pariente del alcalde
os tiene.

DERK. No es mala idea.
Mas despachemos, no sea
que se vaya el tiempo en balde.

DOCT. Pues el resorte buscad
(*Van-Derken se acerca al sepulcro, y se detiene.*)

Vaya, ¿en qué os paráis?
DERK. No sé.

Pero...
DOCT. ¿Dudáis?

DERK. Sí.
DOCT. ¿Por qué?

DERK. Si alguna fatalidad
hizo...

DOCT. Fíad en mi honor.

DERK. Es que, por Dios, que sintiera
que su muerte recayera
sobre nosotros, doctor.

DOCT. Si no tenéis otra cosa
que os haga inquieto vivir,

tranquilo podéis dormir.

Ea, el resorte a la losa
apretad por el tornillo
que sirve de punto al nombre;

y mirad, sin que os asombre,
resucitar a Ronquillo.

Van-Derken aprieta el tornillo en cuestión,

y levantándose todo el cuerpo superior

del sepulcro, aparece el alcalde tendido

sobre su base. El doctor se acerca a él,

le quita el relicario, que tendrá al cuello,

y se le da a Van-Derken. Este rompe in-

mediatamente el sello, abre, saca, y cuen-

ta las cartas en el relicario encerradas, y

entretanto Robles vierte en la boca del

alcalde un licor que lleva en un frasqui-

llo. Luego se apartan del sepulcro.)
Tomad.
(*Dando a Van-Derken el relicario.*)
DERK. Intacto y sellado
está aún. Dos... tres... si alguna
falta... seis... ocho... ninguna.
¿Qué tenemos?
DOCT. No hay cuidado.
DERK. ¿Vuelve a la vida?
DOCT. ¡Pues no!

-DERK. ¡Ah, y yo también!
DOCT. Tened fe;

que cuando a ello me arriesgué,
bien seguro estaba yo;
mas que nos vea: aguardad
que el sopor eche de sí.

DERK. Gracias, doctor.
(*Dándole la mano.*)

DOCT. Yo cumplí.

DERK. Tenéis razón, despejad,
que yo empiezo desde aquí.

(*El doctor Robles entra en la capilla del*

fondo. Van-Derken queda en el fondo de

la escena. Ronquillo vuelve en sí. Sus

primeras palabras las dirá tendido aún;

y en el momento de incorporarse, reco-

nociendo instantáneamente el lugar, se

arroja espantado del sepulcro, desvaneci-

endo con la destreza de la ejecución la

mala impresión que puede causar situa-

ción semejante. El efecto depende del

actor. Desde que Ronquillo se pone en

pie, Van-Derken se va acercando al se-

pulcro quarecido de su levantada cubier-

ta, quedando pronto a presentarse a Ron-

quillo.)

ESCENA III

VAN-DERKEN, RONQUILLO

RONQ. ¿Dónde estoy? ¡Ay de mí! Lar-

ga y penosa
mi pesadilla fué. Mas ¡Dios, qué ve!

(*Se arroja del sepulcro.*)
No, no es ensueño que tenaz me acusa...

¡Esto es ¡qué horror! mi propio mausoleo!

¿Mas vivo a este lugar, quién me ha tra-

ido?
¡Oh! ¡Vago miedo el corazón me asalta!

Si de mi pecho el relicario falta...
(*Lo busca sobre sí, y halla el cordón roto.*)

¡Ah! Cortado el cordón... estoy vendido.

DERK. Con tiempo os lo advertí.

RONQ. ¡Dios soberano!

¡Siempre vos!
DERK. Siempre yo.
RONQ. ¿No hay, pues, manera
de librarme de vos?

DERK. Me huís en vano,
 Roja fantasma del vapor formada
 de la sangre de Derken derramada,
 y del honor del hijo y del hermano,
 con voluntad inexorable y fiera
 camino tras de vos, y por doquiera
 tras vos extendiendo la sangrienta mano.

RONQ. ¡Ah, mi mente se pierde en el
 [abismo
 de una angustiosa incertidumbre oscura!
 Siempre en mi mal con voluntad de hierro,
 ¿no es dique para vos la sepultura,
 que aun más allá de mi sepulcro mismo
 llega vuestro poder... o mi locura?

DERK. Ya lo veis.

RONQ. No hay dudar.

DERK. Sería yerro.
 Mi poder contra vos es infinito.
 De vuestra misma tumba en el encierro,
 de mi venganza os estremece el grito;
 y a esta voz con que os alzo y os aterro,
 parecéis como a punto os necesito:
 cuando os quiero cadáver, os entierro;
 cuando inútil me sois, os resucito;
 ved.

(Mostrándole el relicario y las cartas.)

RONQ. ¡Me ahoga el furor!

DERK. No os impaciente
 verlas en mi poder, y vil recelo
 no os atribule ya; sabio y prudente
 sed, y los fallos acatad del cielo.
 ¿No me entendéis? ¡Ya yo me lo temía!
 Pero voy a explicarme, porque quiero
 que sepáis, señor juez, desde este día
 lo que hay de la vileza a la hidalguía,
 y de un vil asesino a un caballero.
 Ese piadoso rey de santa fama
 que de la iglesia defensor se llama,
 y a los herejes quema, fué el amante
 de una infeliz doncella protestante,
 y holló la fe por conseguir la dama.
 Estas cartas, escritas por su mano
 en estilo amoroso, audaz, liviano
 cuando príncipe y mozo, vengarían
 mi afrenta y vuestra injuria; mas podrían
 el nombre mancillar del soberano.
 Porque tales están, que, a lo que infiero,
 a las razas del mundo venidero
 legadas en el libro de la historia,

echarán un borrón sobre la gloria
 de un católico rey, justo y severo.
 De semejante testimonio el peso
 bien comprendisteis vos: de ellas por eso
 un escudo os forjasteis... ¡vil gusano!
 que de torpe ambición en el exceso,
 queréis del que os crió morder la mano,
 antes que el labio levantéis a ella,
 el polvo os ahogará de su real huella!

Yo comprendí cual vos tal pensamiento,
 y en vos temiendo el temerario intento,
 tras vos y ellas corrí; y tenaz, taimado,
 al lo veis, por obtenerlas no he parado,
 hasta el fondo del mismo monumento.

Mas de vos con distintas intenciones;
 porque sagradas del honor las leyes,
 enseñan a los nobles corazones
 que mancillar la honra de sus reyes
 es manchar el honor de las naciones.
 Y he aquí de mi conducta el noble arcano.
 Del rey y de vos víctima, en mi mano
 tengo el vengarme de ambos justiciero;
 mas ved del noble lo que va al villano,
 y del vil asesino al caballero.

Si ambos en el honor me habéis herido,
 si ambos a dos mi sangre habéis vertido,
 caballero y cristiano, yo os perdono;
 caballero y cristiano, yo he cumplido
 guardando ileso el esplendor del trono.

Mirad, pues, el honor a lo que alcanza:
 (Toma la luz, y colocándola sobre el sepulcro
 abierto de Ronquillo, quema las cartas,
 dejando allí las cenizas.)

estas letras, que son nuestra esperanza,
 en esa llama sin dudar consumo.
 Dios maldijo la ira y la venganza;
 las nuestras, señor juez, sólo son humo.

RONQ. ¡Ah!

DERK. Si mi acción magnánima os
 [humilla,
 no olvidéis la lección. Noble o pechero,
 el que nace vasallo de Castilla,
 cuando alcanza a su pueblo su mancilla,
 de su honra le hace sacrificio entero.

RONQ. ¡Miserable de mí!

DERK. No todavía
 por tan misero os deis. Que ser podía
 para vos, dije, o ángel o demonio;
 prefiero ser vuestro ángel, y a fe mía

que de ello os voy a dar buen testimonio. Tuvisteis gran poder, lo habéis perdido; teníais esperanza, os la he quitado; osasteis hasta el rey, le he defendido; mi honor ensangrentasteis, le he vengado. Fuisteis, no sois; en el sepulcro hundido, del libro de la vida os he borrado; mas no he sabido meditar en calma por recobrar mi honor perder vuestra

[alma. Dos iras provocó vuestro delito: la mía acaba, la del rey empieza: vuestro nombre de hoy más está proseri- [to: decirle es entregar vuestra cabeza.

Os temán, teméis: era infinito vuestro tesoro, os hundo en la pobreza: solo y sin medios de ofender os dejo. Mas oíd de vuestro ángel un consejo. Olvidaos de vos. Sumid prudente vuestro ser en el caos del misterio. De la tumba salid, nuevo viviente, y marchad a ser otro en otro imperio. Fuisteis impío y vil, sed penitente; el palacio trocad en monasterio; y comprad, pues os dan tiempo y aviso, con la prez mundanal el paraíso.

RONQ. ¡Basta!... No así a mis ojos len- [tamente desenvolváis el porvenir horrendo.

¿Yo, como impío fui, ser penitente? ¡Vuestra venganza colosal comprendo! Será mi corazón eternamente rebelde a la virtud forzada siendo; e impotente, infeliz, pobre, proserito, será en mí la virtud otro delito.

DERK. Como queráis; mas ved de qué [manera vuestro sepulcro al rey labrar le plugo, y no os ciegue esperanza lisonjera:

si resistís de mi venganza al yugo, la Inquisición os dispondrá una hoguera, y el rey Felipe os nombrará un verdugo. Yo no paso de aquí con mi venganza; mas temblad la del rey si aquí os alcanza.

RONQ. Comprendo, sí, mi inmensa des- [ventura: mañana el rey y el pueblo castellano vacía encontrarán mi sepultura;

y el castigo creyendo sobrehumano, mi nombre excreará la edad futura, con mi fantasma soñará el villano, y de mi fin la tenebrosa historia guardarán con horror en la memoria. Pero sea. Del férreto nacido, vagabunda visión sin compañero, para toda región desconocido, para todas las razas extranjero, por la vida y la muerte repelido, objeto de pavor al mundo entero, el sitio de mi lúgubre memoria con un negro borrón marque la historia.

DERK. Que el cielo tal dolor os retri- [buya y a mi venganza de él cuenta no pida. Sangre pedía por la sangre suya mi asesinado padre, y vais con vida.

(Abre la puerta del fondo, por donde sale el doctor Robles.)

Robles, para salir me sustituya; al alba disponed nuestra partida y acogeos del Austria la bandera.

DOCT. ¿Vos?...
DERK. De mí no os curéis: el monje [espera.

(Toma la capa de Ronquillo, que habrá dejado éste sobre el sepulcro al echarse fuera de él, se la echa apresuradamente sobre los hombros, y embozándose Ronquillo y guiando Robles, vanse por la izquierda.)

ESCENA IV

VAN-DERKEN

(Quita la lámpara en que quemó las cartas, y dejando dentro la ceniza de ellas, cierra el sepulcro, diciendo.)

Cuanto puede acusarles aniquilo: yazga enterrado en su lugar mi encono y su tumba del rey guarde el sigilo. Noble respeta mi venganza el trono, y bien puedes ¡oh rey! dormir tranquilo. (Dan las doce.)

Cumplida mi misión, llegó la hora de abandonar la España, y al olvido

dar el tiempo que fué. A buscar ahora una salida voy.
(*Suenan dos recias aldobadas en la puerta exterior del convento.*)

Pero ¿qué ruido el eco de estas bóvedas despierta en su sombría cavidad dormido?
(*Lllaman otra vez.*)

¡Otra vez!... Ese claustro da a la puerta exterior del convento, y es por ella por donde llaman... el llavero acude por el claustro interior; siento su huella... ¡Oh! Este sagrado en tal azar me escude.
(*Se oculta en la capilla del fondo, y sale inmediatamente el hermano Juan por la izquierda.*)

ESCENA V

EL HERMANO JUAN, VAN-DERKEN

H. JUAN. Fuera apenas del postigo pudieron poner los pies.
¿Quién vendrá ahora? (*Lllaman otra vez.*)
¡Pues digo!

que no traen priesa!
(*Entreabriendo la puerta de la derecha con muy mal humor.*)
¿Quién es?

ESP. (*dentro*). Satanás.

H. JUAN. ¡Dios sea conmigo!

DERK. (*entreabriendo su puerta*).

(¡Qué oí, cielos! ¡Satanás!)

H. JUAN. ¡Ay de mí! ¡Si de esos dos vendrá el demonio detrás!

DERK. (¡Todo lo entiendo quizás!)

ESP. (*dentro*). Abrid en nombre de [Dios.

H. JUAN. No seré yo el temerario: ¿abrir? Lo que voy a hacer es apretar a correr y echar todo el campanario a vuelo.

DERK. (¡No has de poder tal, vive Dios!)

(*El lego va a volverse atrás y se encuentra con Van-Derken, que, saliendo de la capilla del fondo, le impide el paso por la puerta de la izquierda.*)

¿Dónde vas?

H. JUAN. ¡Jesús!

DERK. ¿De portero estás para eso? Abre, te digo.

H. JUAN. ¡Perdón!

DERK. Abre a Satanás.

H. JUAN. ¡Para que cargue conmigo!

DERK. Siempre ha de ser para ti lo mismo: abre, o ¡vive Dios que te haga llegar yo allí pronto!

H. JUAN. ¡Qué va a ser de mí, cielo santo, entre los dos!

DERK. ¡Ea, aprisa!

H. JUAN. ¡Voy allá.

(¡Muerto voy!)

DERK. El juego está visto... ya abre... Un embocado se entra... ¡oh! Él, por de contado; ¿mas adónde el lego va?

¡Jesucristo! De la cuerda se cuelga del esquilón; (*Se oye tocar.*) el convento en conmoción va a poner... mas no se pierda por mi precipitación todo.
(*Se vuelve a ocultar en la capilla del fondo.*)

ESCENA ÚLTIMA

VAN-DERKEN, *oculto*; EL ESPÍA

ESP. Ese imbécil va a echar todo el claustro sobre mí, pero tarde han de llegar,
(*Cierra la puerta de la izquierda.*)
y ya habré acabado aquí yo, cuando logren entrar. No hay tiempo, pues, que perder; lo que me importa es coger cuanto antes el relicario, pues o del rey va a poder, o me ahorca de lo contrario. Cuanto vacile es en balde; por Dios que no me hace gracia remover la momia lacia del emponzoñado alcalde. Pero ¿qué remedio? Embisto: del mecanismo el secreto en este tornillo está

según me dijo; le aprieto,
y adelante.

(*Ábrese la sepultura. EL ESPÍA, que ha estado atento a usar el resorte, levanta la cabeza para mirar al cadáver, y retrocede espantado, encontrándola vacía. VAN-DERKËN, que, mientras él ha estado ocupado en esto, ha venido a colocarse al lado opuesto del sepulcro, suelta una cajajada.*)

ESP. ¡Jesucristo!

¿Y el cadáver?

DERK. ¡Ja, ja, ja!

ESP. ¡Santos del cielo! ¿Aquí vos?

DERK. De tus pasos siempre en pos.

ESP. ¿Y qué va a hacer de mí el rey?

DERK. Te ahoreará: tal es su ley:

conque encomiéndate a Dios.

(*EL ESPÍA va a hablar. VAN-DERKËN le interrumpe.*)

Silencio. Lleva al rey el relicario

que ansió tanto adquirir; está vacío.

Dile que de su lecho funerario

se alzó el cadáver al mandato mío;

mas que encierra en su centro solitario

su secreto fatal su mármol frío,

donde bajo el misterio más profundo

quedará impenetrable para el mundo.

Dile que aquesta historia transmitida

será mañana al pueblo: mas velada

en misteriosas nieblas, referida

por la lengua del púlpito sagrada,

por la presente edad no comprendida,
por la futura edad no interpretada,
muro será de tradición tremenda
que su gloria real guarde y defienda.

Dile, que caballero y ofendido,

la fuerza y la razón tuve en mi abono:

mas satisfecho con haber podido,

el armiño manchar no osé del trono.

Dile que el deshonor que en mí ha vertido

no le devuelve en deshonor mi encono,

porque en la fe del noble verdadero

el honor de su rey es lo primero.

Eso dirás al rey: él solamente

lo entenderá; tras ti de este edificio

saldrá esta historia: el clero fácilmente

del diablo la dará por maleficio:

cundirá como tal entre la gente,

llegará como tal al santo oficio,

que en esa tumba encontrará espantado

el prodigio infernal testificado.

Mas crea de esa historia incomprendible

la venidera gente lo que quiera.

¿Que obra del diablo fué? No era imposi-

ble:

¿que fué superstición? También pudiera.

Santa verdad o fábula increíble,

no tendrá nunca explicación entera.

Llegan. Vamos de aquí.

(*Descorre el cerrojo de la puerta de la izquierda.*)

¡Vulgo sencillo,
cree tú que el diablo se llevó a Ronquillo!

EL REY LOCO

(PRIMERA PARTE)

DRAMA EN TRES ACTOS ²³

PERSONAS

WAMBA.
GERMANO (ERVIGIO).
RODESINDA.
PAULO.
EL DEÁN GALTRICIAS.
ROMUALDO.

GUNTINA.
HASSAN, esclavo nubiano,
negro de color.
NOBLES.
PRELADOS.
PUEBLO Y SOLDADOS GODO.

ACTO PRIMERO

La escena es en Idania la Vieja, pueblo de Lusitania. — Año 672 de N. S. J. C.

Interior pintoresco de un arruinado templo romano preparado convenientemente para el fuego escénico de este acto.

ESCENA PRIMERA

Multitud de Nobles y Pueblo godo rodeando a PAULO le escucha con muestras de aprobación.

(Algunas teas repartidas por la escena, ya en manos de actores, ya colocadas en los escombros, alumbran esta asamblea, que debe tener el carácter severo de la raza de hombres que la celebra.)

Wamba es más grande que la gloria humana y prefiere a ser rey, ser caballero.

(Acto III, escena V.)

PAULO. Para salvar la nave del Estado no hay más medio, a mi ver. Sólo un piloto, a voluntad de todos encargado del indócil timón, al caso roto puede dar ya contra la mar y el viento el necesario impulso y movimiento. De otra manera, con rubor lo digo, poco a poco la mar lo anega todo, y sin amparo, ni poder, ni abrigo, naufraga para siempre el reino godo. ¿Queréis salvarle?

PUEB. Sí.

PAULO. Da todavía treguas y medio la propuesta mía. ¿La aceptáis?

PUEB. La aceptamos.

PAULO. De ese modo separémonos ya: pronto la aurora

derramará su purpurina lumbre sobre la oscura tierra: mas primero, y ya que de nosotros nadie ignora de su elección la conveniencia, espero que todos juraréis, como es costumbre, coadyuvar a que cumplida sea la noble decisión de esta asamblea.

¿Venís en ello?

PUEB. Sí.

PAULO. Pues concluyamos.

¿Convencidos estáis de que los godos, huérfanos y sin jefe, necesitan un rey que los gobierne?

PUEB. Sí, lo estamos.

PAULO. ¿Reconocéis en el propuesto

[todos

las dotes que para ello le habilitan?

PUEB. Sí.

PAULO. ¿Resueltos estáis de grado

[o fuerza

a obligarle a que acepte el grave cargo y la suprema autoridad ejerza, para que el reino con el tiempo largo no desmaye y se pierda de tal modo, que enemigos osados o avarientos se le repartan en pedazos todo?

PUEB. Sí.

PAULO. ¿A Wamba alzáis por vues-

[tro rey?

PUEB. Le alzamos.

PAULO. ¿Juráis, en fin, que como tal,

[contentos

seguiréis sus banderas?

PUEB. Lo juramos.

PAULO. Recto es el fin y vuestra causa

[grande.

¡Dios os lo premie pues, u os lo demande! Buscaré al nobilísimo guerrero, que en estas soledades ha vivido del cortesano estruendo retraído, y en darle a conocer seré el primero lo que en pro general se ha decidido. Donde quiera que le halle haré que al

[punto

enciendan mis soldados una hoguera sobre el monte más junto; y el lugar en que esté nuestro elegido señalará ondeando mi bandera.

Allí acudid, y desde aquel momento

dad por determinado el alzamiento.

(*Vanse todos poco a poco.*)

El pueblo es mío. En cuanto al viejo in-

muero será de tradición remendada [sano,

como él acepte el puesto soberano,

lo mismo que le alcé le precipito.

Resta burlar la astucia de Germano,

con cuya fuerza mi poder limito:

ya estoy solo con él; le iré a la mano.

(*Durante estos últimos versos Paulo queda*

solo en la escena; y después de mirar en

derredor con precaución, hace una seña,

a la cual aparece Germano saliendo de

entre los escombros.)

ESCENA II

PAULO, GERMANO

PAULO. Son idos, sal.

GERM. Allá voy.

PAULO. ¿Viste? ¿Oíste?

GERM. Vi y oí.

PAULO. Sabes, pues, cómo cumplí.

¿Cumplirás tú?

GERM. En eso estoy.

Mas como en tal cumplimiento

nos va a los dos la cabeza,

Paulo, hablemos con franqueza,

si te parece, un momento.

PAULO. Habla.

GERM. Demasiado claro

va a parecerle tal vez

mi lenguaje a tu altivez.

PAULO. Di, que yo te iré a la mano.

GERM. En negocios semejantes

al que vamos a emprender,

entrar conviene, a mi ver,

a modo de comerciantes;

que puesto que en esta empresa

arriesgamos por igual

entramos un capital,

dividir nos interesa

los réditos legalmente.

Demos, pues, a nuestros pactos

límites justos y exactos.

PAULO. Parece muy prudente.

GERM. Sepamos, pues, sin disfraz,

ya que el caso es oportuno,

qué pone aquí cada uno,
 qué vale y de qué es capaz.
 PAULO. Tienes razón: vale mucho
 obviar todos los reparos
 antes.

GERM. Pues hablemos claros.
 PAULO. Empieza, pues, que te escucho.

GERM. Por la senda de la vida
 lanzados ambos a dos,

corremos de un trono en pos;
 y es fuerza o que se divida,
 o que uno de otro al encono
 a sus mismos pies sucumba,
 sirviendo al muerto de tumba,
 lo que al vencedor de trono.

PAULO. Y como a punto de asirle
 nos hemos ambos asido;
 juntos hemos convenido
 en asaltarle y partirle.

GERM. Derecho o razón ninguna
 tenemos a él para osar,
 mas si es derecho el reinar,
 razón buena es la fortuna.
 Debiendo, empero, los usos
 guardar del pueblo y sus leyes,
 para llegar a ser reyes.

Y a él el apodo de intrusos,
 fué de tu prudente aviso
 que una tercera persona
 su derecho a la corona
 nos trasmitiera.

PAULO. Preciso.
 Todo el reino en banderías
 dividido por doquiera,
 necesita una bandera
 de más precio que las mías.

GERM. Tal creo, y si yo pendón
 levantara por mí mismo,
 sólo aumentara un guarismo
 a los que hay en la nación.

PAULO. Mas uno que en sí reúna
 fama y derecho heredado,
 abatirá de contado
 muchas banderas en una.

Con nobleza y con valor
 antiguo, si sale al frente
 un hombre, toda la gente
 se lleva en su derredor.

GERM. En ello acordés estamos.

El cetro debe empuñar
 un rey que sepa reinar
 como nosotros queramos.

Un rey a quien real derecho
 dé su alcurnia, y den prestigio
 sus virtudes; un prodigio
 por nosotros solos hecho.

PAULO. E importa mucho al hacerle,
 Germano amigo, mirar
 si el idolo tiene altar,
 y sacerdotes ponerle.

GERM. Compréndote, Paulo amigo:
 un pueblo es fuerza que vaya
 tras él; mas como rey haya,
 él traerá pueblo consigo.

PAULO. Pues el rey ya está en mi mano.
 GERM. Pues un ejército presto
 tengo y armada.

PAULO. Dispuesto
 viste aquí al pueblo, Germano.

GERM. Veamos, ¿quién es tu rey?

PAULO. ¿No me le oíste nombrar?

GERM. Sí, mas no puedo apreciar
 si es oro de buena ley.

PAULO. ¿Tú no le conoces?

GERM. No.

PAULO. En dos palabras lo que es
 voy a decirte.

GERM. Di, pues.

PAULO. Es un hombre que nació
 de regia stirpe.

GERM. ¿Su edad?

PAULO. Nueve lustros y corrida
 la balanza.

GERM. De su vida
 casi en la flor.

PAULO. Sí, en verdad.
 Y si a lo robustó y sano

uniera un seso completo,
 era el tal harto sujeto

para ganarnos la mano.

GERM. ¿No está en su juicio cabal?

PAULO. No. Tiempo ha dejó la corte,
 y no hay cosa que le importe

más que el goce material
 de la existencia. Una casa

que en estos montes hiciera,
 habita, y como una fiera
 la vida en los montes pasa.

GERM. ¡Pardiez! Durará bien poco
fídelo tal, según eso.

¿Si le echa menos el seso,
qué pueblo admite un rey loco?

PAULO. Sabe el vulgo su nobleza,
y viendo que el mundo huye,
a experiencia lo atribuye,
desprendimiento y grandeza.

GERM. Huye el mundo. ¿Sabe de él?

PAULO. Vivió en palacio, y mal quiso
salió de allí.

GERM. Por lo visto
hizo allí mal su papel.

PAULO. Su prestigio hizo balanza
al poder de Chindasvinto,
y gozó de Recesvinto
igual siempre la privanza.

De ambos los secretos todos
penetró él.

GERM. En ese caso,
sólo le ha faltado un paso
para ser rey de los godos.

PAULO. A la muerte del postrero
fué a ofrecer la nobleza
el cetro; mas con fiereza
él la dijo: «No lo quiero.»

Los prelados y los jueces
con él después le han brindado
dos veces, y ha rehusado
admitirle las dos veces.

«Conozco, ha dicho altanero,
que por mi sangre me toca,
pero es una empresa loca;
ya he dicho que no lo quiero.»

GERM. ¡Singular hombre!

PAULO. Eslo tal,
y tal su seso, que dice
que el hombre más infelice
es el que reina.

GERM. Moral
muy buena, sin duda alguna,
mas moral que no comprendo.

PAULO. De eso es delo que yo entiendo
que enloqueció.

GERM. Fué fortuna
para nosotros.

PAULO. Si fué.
Y yo, que le espío ha un año
y conozco a ese hombre extraño,

que nos hace al caso sé.
A solas consigo mismo,
en sus manías extrañas,
sigue por esas montañas;
y ya a orillas de un abismo
mide en silencio su oscura
profundidad; ya da caza
él solo a la inmensa raza
de bestias, que la espesura
guarda; o semanas enteras
en su caserón se oculta,
o en las cuevas se sepulta
de donde arroja a las fieras;
o ya en las más escondidas,
con un esclavo nubiano,
platicando mano a mano
pasa las horas perdidas.

A veces, tras una esclava
que en su misma casa mora,
corre desde que la aurora
sale, hasta que el día acaba.

Y ella, que es una mujer
tan salvaje como un gamo,
corre delante de su amo
por sólo hacerle correr.

Ya ella le huye y él la llama;
ya ella, a los pies de su dueño
tendida, le guarda el sueño,
y aun sospecho que él la ama.

Y en su loca pasión brava
la apellida a cada hora,
unas veces, fiero, «esclava»,
otras, risueño, «señora».

Mas el fuego de otro amor
alimenta ella a mi ver,
Yo la selva recorrer
la vi con un cazador
forastero veces varias,
y aunque les quise la pista
seguir, perdiles de vista
por las breñas solitarias.

GERM. Natural cosa, en verdad.
Si esclava le guarda el sueño,
¿cómo amar puede al que, dueño,
coarta su libertad?

¿Y es rico?

PAULO. Tesoros tiene,
que el nubiano le administra,
que es quien sueldo suministra

a la gente que mantiene como noble: mas como él en cosa alguna la emplea, ni necesita en su aldea más que un potro y un lebrél, allá la tiene en Galicia dando guerra; y por su parte, su gente, con su estandarte, lleva nombre de milicia.

GERM. ¿Y esa gente...?

PAULO. Corto bando formaré, aunque se divida, contra la que hay prevenida, como has dicho, a nuestro mando...

GERM. Y aquí están mis credenciales; si entiendes árabe, léelas.

(Muestra varios pergaminos.)

PAULO. ¿En ciento setenta velas (Leyendo.) treinta mil hombres?

GERM. Cabales. Pronto a desembarcar, mis órdenes sólo aguardan, con otros mil que me guardan la espalda en ese encinar.

PAULO. Pues he aquí de mis aliados a mis cartas las respuestas. (Se las da.) Sus firmas, abajo puestas, valen veinte mil soldados.

Vélas, porque las estimes.
GERM. Gumildo de Magalona, (Leyendo.)

Requindo de Tarragona con Hilperico de Nimes.

¿Sigue, pues nuestra bandera (Representando.)

la España Tarraconense?

PAULO. Y en cuanto el fuego se intense, la Galia gótica entera.

GERM. Sólo una dificultad quedame ya en tus razones.

PAULO. ¿Cuál es?

GERM. La de que las pones sobre ajena voluntad.

¿Y si el rey serlo no quiere?

PAULO. Lo tengo determinado; lo será de fuerza o grado:

o reina, Germano, o muere.
GERM. ¡Juego audaz!

PAULO. Mas no imposible. Diré que al bien general antepone el personal y que es un traidor.

GERM. ¡Terrible posición para el pobre hombre!

PAULO. Sí, mas el pueblo en tal punto, para nombrar un rey junto, es fuerza que alguno nombre.

GERM. ¿Y si el pueblo piensa en otros que en los que crees?

PAULO. En tal caso, ¿quién al trono dará un paso si la fuerza está en nosotros?

GERM. ¿Y no hay bastante quizás con la fuerza, para ser dueño único del poder?

PAULO. El derecho vale más: y es preciso, a todo empeño, obtenerlo bien o mal, o por voto universal, o a voluntad de su dueño.

GERM. ¿Si eres rey...?

PAULO. Reinas conmigo; si algo habemos de valer, sólo juntos ha de ser.

GERM. Pues otro tanto te digo. Cuenta con mis sarracenos y mis ocultos jayanes.

PAULO. Y tú con mis catalanes y mis galos, cuando menos.

GERM. Ambos hemos menester uno del otro.

PAULO. Es verdad. Jurémonos lealtad.

GERM. Hasta reinar o caer. (Se dan la mano.)

PAULO. Voy, pues, por mi real cabeza.

GERM. Yo aquí a una mujer espero.

PAULO. ¿Amas tal vez?

GERM. Sí; la quiero; ley es de naturaleza el amar.

PAULO. Piensa que así perdió al mundo una mujer.

GERM. Ve tranquilo, que a mi ver ésta ha de salvarme a mí.

PAULO. Adiós.

GERM. Adiós.

PAULO. ¡Insensato!
(Desde el fondo al irse.)
Esté la suerte en mi abono,
y horca se me vuelva el trono
si al pisarle no te mato.)

(Germano vuelve a mirarle: Paulo le saludaba con la mano sonriendo: Germano le corresponde; y cuando Paulo vuelve la espalda para partir, dice:)

GERM. (¡Imaginas, mentecato,
que tu intención no penetro?
¡Puñal se me vuelva el cetro
si yo no te le arrebató!)

ESCENA III

GERMANO

¡Cuánto desvelo y afán
cuestan a mi corazón,
cuánta fiebre a mi razón,
los secretos que aquí están!
Mil veces desesperé
mi paciencia hasta este punto,
mas ya el fruto veo junto,
cuya ambición me afaná.

Tú mismo lo has dicho aquí:
«El derecho vale más;
¡pobre imbécil, qué dirás
cuando le encuentres en mí?
Por más que aún tuerza su fiel
la balanza de tu lado,
el trono entre ambos alzado
veremos quién sube a él.

Miserable aventurero,
que en el sitial soberano
intentas poner la mano,
te la he de cortar primero.
¿De mí te quieres asir
a un solio para trepar?

Con tus hombros me has de dar
escalón para subir.
Mas ya está lejos; la aurora
comienza la niebla parda
a disipar, y ya tarda.
¿Si la fortuna traidora
se volverá contra mí
por medio de esa mujer?

¡Oh!, yo sabré detener
su rueda inconstante. Allí
distingo una forma humana.
Ella es; ten cuenta, ambición,
que es el último escalón
de la alteza soberana.
(Rodesinda baja a la escena por la derecha; Germano le sale al encuentro.)

ESCENA IV

GERMANO, RODESINDA

GERM. ¡Rodesinda!
ROD. ¡Germano!
GERM. Ya tres días
sin hallarte.

ROD. Germano, culpa ajena,
no mía, fué.

GERM. Dudaba si vendrías
hoy tampoco y temí...

ROD. La selva llena
de guerreros está; llegar en vano
intenté sin ser vista muchas veces,
y nuestro asilo al descubrir, Germano,
a nuestro oculto amor temí dar jueces.

GERM. Desecha tu temor: esos guerre-
ros en la selva acampados, pertenecen
a un hombre que te adora: sus aceros
de Germano a la voz sólo obedecen.

ROD. ¡A tu voz...! Cazador desconocido
en tierra lusitana, desterrado
me dijiste que andabas y escondido
por estos bosques.

GERM. Sí.

ROD. ¡Me has engañado!
GERM. No; yo te dije que al siguiente
a este recinto protector vinieras, día
donde secreta historia te diría,
y han transcurrido tres sin que acudieras.
En este tiempo, misteriosa empresa
ha en capitán al cazador cambiado.
¿Mas callas? ¡Ay de mí! ¿Tal vez te pesa
ver puesto tu querer en un soldado?

ROD. No, no: mil veces no. Nunca tal
¡Y es rico!

GERM. ¿Pues qué interior agitación te
acosa?

Veo en tu roja faz, de tus ideas
la rápida mudanza: temblorosa
siento en la mía tu abrasada mano.
¿Tal vez detestas el laurel sangriento
que al guerrero corona?

ROD. No, Germano; no
comprendes al revés mi pensamiento.
Cuando el carmín el rostro me enrojece,
cuando el temblor mis miembros sobe-
ra, cuando el fuego la sangre me enardece,
nunca a miedo achacarlo te se antoje,
nunca, Germano: si temblé un instante,
fué de gozo al oír que mi destino
de ambición y valor dotó al amante
en quien sólo veía un campesino.
Porque, sábelo al fin, yo te quería:
pero a huir de tu amor determinada,
a despedirme de tu amor venía,
dejándote mi historia revelada.

GERM. Todo en tu corazón lo había
[leído.

Y esta cita aplacé, porque una clara
mutua revelación, fortalecido
dejando nuestro amor, le eternizara.
¿No te ha ocurrido nunca que pudiera
predestinada ser tu unión conmigo?
Piénsalo bien; me encuentras por doquiera,
de tu sombra a la sombra te persigo:
mi amor tiempo ha que conocido te era
y que le dió tu corazón abrigo.
Cruzamos un imperio y otro imperio,
un mar tras otro mar, tierra tras tierra,
y ambos fuimos para ambos un misterio
que todavía nuestro pecho encierra.
¿Mas piensas que el decreto soberano
une así vanamente nuestro sino?
¿Piensas que el cielo nos señala en vano
de la vida en el campo igual camino?
No; misteriosa fuerza, Rodesinda,
imán irresistible nos impele
y amor con alto porvenir nos brinda;
déjale, pues, al corazón que vuela.
Déjale, sí. ¿Quién sabe dónde el viento
la hoja del árbol desprendida lleva?
¿Quién sabe dónde va con su ardimiento
el cazador que a capitán se eleva?
Deja que vuela por el viento, libre;
que quien mantiene misterioso fuego

en nuestras almas vivo, hará que vibre
rayo inmortal de nuestra gloria luego.

ROD. Mi mente se trastorna: tus pala-
bras
deslumbran mi razón: habla, Germano:
dentro de mí con lo que dices, labras
un nuevo cauce a mi delirio insano.
Hay un misterio que en tu voz se esconde...
Sí, la sublime inspiración, que luce
sobre tu rostro varonil..., responde,
¿es el amor no más quien la produce?

GERM. No, Rodesinda, no; tal el se-
creto
de mi existencia es, y ante tus ojos
voy a patentizarlo, aunque el objeto
venga yo a ser al fin de tus enojos.

ROD. Di, di, Germano.

GERM. Escúchame, ¿recuerdas
la vez primera que nos vimos?

ROD. Iba
por las rocas de Escandia.

GERM. ¿Te acuerdas
del osó que seguías?

ROD. Monte arriba
le perdí en la maleza.

GERM. Te equivocas:
yo le atajé por el opuesto lado;
no se perdió..., se trasformó en las rocas.

ROD. ¿Se trasformó!

GERM. Tornóse monstruo alado,
mitad noble león, mitad serpiente;
ancha corona de flotante llama
ennoblecía su greñuda frente,
y regio manto su sonora escama.

ROD. (¡Qué escuchol)

GERM. De asomarte por la altura
de la escarpada Peña en el instante,
del vecino torrente dió en la hondura
su luz dejando sobre el agua errante.
Contemplábate yo bajar osada
a registrar el agua conmovida,
cuando miré tu frente coronada
con la luz de su frente desprendida.
Huí de ti asombrado; en mi cabaña
me escondí con pavor, mas por doquiera
ante mis ojos la ilusión extraña
se alzaba como cosa verdadera.
Desde entonces jamás seguí tu paso,
pero siempre te hallaba si salía:

y siempre, efecto de ilusión acaso, coronada de fuego te veía. Con sagrado respeto a tu persona me aproximé primero: poco a poco me acostumbré a la luz de tu corona, y al fin te busqué amigo, y te amé loco. Y no ha habido una noche, ni una hora de mi vida pasó, sin que presente haya estado ante mí, deslumbradora, tu corona aparición luciente. Ni los misterios sé de tu existencia; ni penetro tu origen soberano; sólo sé que eres de mi ser la esencia y voy donde tú vas.

ROD. Uno, Germano, voy nuestros secretos son. ¡Oh! Ya no dudo que hay predestinación en nuestro sino. No; sólo el cielo revelarte pudo lo que creí tal vez sueño divino. Oye: en aquella roca, en aquel lago donde viste en mi frente sacro fuego, al soplo llamear del viento vago, tu misma predicción me hicieron luego.

GERM. ¿Cómo?

ROD. Al borde llegué de aquel [abismo, descarriada después tras otra fiera, que al agua se arrojó: al tiempo mismo partió de junto a mi corza ligera, que echó por las malezas espantada. Tendí rápida el arco; de un ribazo al cruzar por la loma descampada, presa era ya de mi certero brazo, cuando atrevida mano de él asiendo, del blanco móvil desvió mi tiro. Vuélvome, ya otra flecha requiriendo, contra el audaz, y con asombro miro a una extranjería mujer desconocida que exclamó en ronca voz: «Tente, y perdede esa bestia gentil la noble vida; ¿no ves que lleva como tú corona?» Torné a la cierva, que hacia el bósque huía, y al purpúreo fulgor del sol poniente, vi que, en efecto, el animal ceñía de una corona fúlgida su frente. Volvíme a la mujer, pero no estaba conmigo ya; llamé, busquéla en vano; dudé si una ilusión me fascinaba, mas ya la creo realidad, Germano.

GERM. ¿Y no ha salido nunca de tu semejante secreto?

ROD. Acaso... un día, mi mente en torno de él girando loca, con eterna inquietud se revolvía. En delirio febrilla la noche entera pasado había, y despertando al alba, salíme a que el frescor de la pradera de su loca impresión me hiciera salvar, cuando un noble guerrero, que mi vida como padre cuidó desde la cuna, me sorprendió curiosa y abatida. A su paterno afán, a su importuna solicitud y cariñoso empeño, no supe resistir y al fin le dije: «De un pertinaz y misterioso ensueño es sólo la aprensión lo que me aflige. —¡Sueño!, ¿y cuál?, preguntóme. —Una [quimera, le respondí, no más. Corona ardiente, sueño que brilla en mi abrasada frente.

GERM. ¿Y él entonces?

ROD. Tornó a la faz severa, a contemplar un punto mi semblante, y alzando luego al cielo una mirada, dijo: «¡También mi vista delirante te creyó muchas veces coronada!»

GERM. ¡Ah!

ROD. Y la soledad en que sumida siempre viví; los rudos ejercicios en que pasó mi juventud; mi vida extraña a los deleites y a los vicios de las ciudades; el estudio serio de ciencias que emprender me obligó el [hombre que desde niña me crió, un misterio sin decirme jamás que hay en mi nombre: este vagar sin treguas ni reposo de uno en otro hemisferio, y el cuidado con que ese hombre, en mi bien siempre regia ambición al alma me ha inspirado, un laberinto son que me rodea, en cuyo centro mágico se hechizan augurios que tal vez mi mente crea, pero que el porvenir me divinizan.

GERM. Tal te adoraba yo; tal te soñaba, divina Rodesinda, cuyo aliento ser da a mi vida, de tu aliento esclava.

ROD. Tal soy, Germano; cual el mar
[y el viento,
grande es mi corazón. Me le devora
regía ambición: agüeros han ceñido
corona a mi cabeza... y hasta ahora,
en los salvajes bosques do he vivido,
de las fieras no más me vi señora.
GERM. Pronto lo puedes ser de un pue-
[blo todo.

ROD. ¡Oh!
GERMA. Destinada estás a una corona:
tu sien reclama la del pueblo godo,
y tu divino porvenir te abona.

Habla: ¿quieres reinar?

ROD. No te comprendo.

GERM. Di, ¿te ama mucho ese hombre
[que tu vida
como padre cuidó?

ROD. Tanto, que entiendo
que no fuera de su alma más querida,
hija en verdad de sus entraños siendo.

GERM. ¿Y si lo fueras?

ROD. Mas ¿por qué capricho...?

GERM. ¿Nada te dijo que en favor te
[arguya?

ROD. Germano, no lo soy; él me lo ha
[dicho
y ara es de la verdad la lengua suya.

Aunque al oírle a veces he pensado
que en la locura su cerebro toca,
y obra cual de ella a veces atacado.

GERM. Jamás, ¡oh Rodesindal, de tu
[boca
salte sospecha tal. Nuestro secreto

que por ella jamás llegue a su oído.

Tal vez está tu porvenir sujeto
a condición de universal olvido.

Y basta, Rodesinda, por ahora.

Si de un misterio universal rodeas
mi amor, tal vez a la siguiente aurora
cerca muy cerca del poder te veas.

ROD. Mas...

GERM. Fía en mí, y silencio impe-
[netrable.

Dios, que del porvenir conduce el vuelo,
oír te hará su voz: déjale que hable.

que Él de tu porvenir rasgará el velo.
Yo, que guerrero soy, gente a mimando
tengo, y mucha tal vez; el tiempo vuela,

la fortuna es voluble y... mas entrando
va el día ya: partamos, y a quien vela
deja velar, y si a tu sien consigo
ceñir esa corona que adivinas...

ROD. ¡Júrolo a Dios, la partiré con-
[tigo!

(*Interrumpiéndole.*)

GERM. Yo cumpliré las órdenes divi-
[nas,
a tu sombra real buscando abrigo.

Partamos, pues.

ROD. Espera; de estas ruinas
sola saldré primero, no importuno
juntos nos vea por azar alguno.

GERM. Dices bien.

ROD. Parto, pues, por esta caya.

GERM. Dame tu mano real por despe-
[dida.

ROD. En tus ojos de rey me quedo es-
[clava.

GERM. En los tuyos de sol se va mi
[vida.

(*Rodesinda vase por el fondo.*)

ESCENA V

GERMANO

También es mía: vencí.
Tu necia superstición,

de Paulo con la ambición,
trabajaré para mí.

Yo en tu pecho la sembré,
con lento y mañoso afán:

verás el fruto que dan
las semillas que en ti eché.

¡Predestinaciones...! ¡Sino!

¡Delirios que al necio hechizan!

Los sabios siempre esclavizan
a sus plantas el destino!

Águila que al cielo subes
fiada en tus alas leves,

fuerza será que me eleves
sobre tu pluma a las nubes.

Mas no andemos, corazón,
como los necios soñando.

Subamos, pero tanteando
escalón por escalón.
Todos los hilos sujetos

tengo. Voyme, pues, tranquilo, dando en este mudo asilo sepultura a mis secretos.

(Deteniéndose en el fondo al partir.)

Ruinas de ignorada historia,
rico monumento ayer
de un pueblo alzado a la gloria,
hoy silenciosa memoria
de su rendido poder;
pues sólo tomé consejo
del silencio de estas naves,
seguros cuando me alejo,
aquí mis secretos dejo.

(Vase por la derecha. Al irse, aparece Wamba por una secreta entrada de uno de los pilares que habrá en la escena.)

WAMBA. Eso es lo que tú no sabes.

ESCENA VI

WAMBA

¡Mas cómo ha de ser! Vivimos con semejantes miserias; unos tratan las materias arduas, y otros las oímos.

(Da dos golpes en el pilar con el pomo de la daga y sale Hassan por otro secreto.)

ESCENA VII

WAMBA, HASSAN

WAMBA. ¿Volvieron mis mensajeros?

HASS. Sí.

WAMBA. ¿Qué razón han traído?

HASS. Detrás de ellos han venido, al alba, mil ballesteros y mil jinetes.

WAMBA. ¿Han dado los de Galicia esperanzas de estar a tiempo?

HASS. Sus lanzas tienen ya el bosque cercado.

WAMBA. ¿Todo está?

HASS. Como tu alteza o dispuso.

WAMBA. ¿De ese modo, tú me respondes de todo?

HASS. Sí, señor: con mi cabeza.

WAMBA. Sal, y muéstrate en la altara del cerro, y cuando por mí te pregunten, hacia aquí dirígeles. *(Vase Hassan por la cava.)*

ESCENA VIII

WAMBA

La locura
reina en la tierra, y los pocos
cuerdos que hay, andan perdidos...
Vivamos, pues, prevenidos
en el reino de los locos.

(Se pasea meditando.)

Yo quiero dar de barato
que tal rey logren hacer:
mas ¿cómo va rey a ser
ese pobre mentecato?

¡Bahl! ¿De esto a mí, qué me da?

De lo que está por venir,
sólo el tiempo ha de decir.

El que viva lo verá. *(Se sienta.)*

Vivamos, pues, y veamos.

ESCENA IX

WAMBA, GERMANO, que vuelve por la derecha

GERM. Guardada está esa salida por gente desconocida.

Vendidos temo que estamos; pero, ¿por quién? Aún no tiene fuerzas contra mí ese griego: voy a ver si al bosque llevo por este lado.

(Va a salir por el fondo y se detiene.)

Mas viene
el pueblo entrando en tropel
por las ruinas..., ¿será esto
otro motín?

WAMBA. Por supuesto;
pues ¿qué ha de ser?

GERM. ¡(Cielos! él.)

(Repara en él.)

WAMBA. Yo, sí.
 GERM. Ya lo entiendo todo.
 WAMBA. Yo también.
 GERM. ¿Sabes quizá...?
 WAMBA. Que metiéndose aquí va
 (Interrumpiéndote.)
 en tumulto el pueblo godo.
 GERM. ¡Ah!

ESCENA X

WAMBA, GERMANO, PAULO, Pueblo
 PAULO. Vedle allí. Saludemos
 (Desde el fondo.)

a la augusta majestad.
 ¡Viva el rey!
 TODOS. ¡Viva!
 WAMBA. ¿En verdad,
 tenemos rey?

PAULO. Le tenemos.
 El pueblo godo, cansado
 de tan largas disensiones,
 sus divididos pendones
 bajo el de un rey ha juntado.

WAMBA. ¿Quién es, amigos, el hombre
 a quien fiáis vuestra ley?
 Saludar quiero yo al rey
 también: decidme su nombre.

PAULO. Decid el vuestro.
 WAMBA. ¿Rey yo?

PAULO. Todo el pueblo os ha nom-
 [brado.

WAMBA. Pues todo el pueblo lo ha
 [errado.

PAULO. ¿No queréis el cetro?
 WAMBA. No.

PAULO. El pueblo está decidido
 a obligaros a admitir.

WAMBA. Yo lo estoy a resistir.
 PAULO. Mas sin razón.

WAMBA. No os la pido.
 PAULO. Sois en nobleza el primero.

WAMBA. Por eso soy tan leal.
 PAULO. Hierve en vos sangre real.

WAMBA. Por eso soy caballero.
 PAULO. Conocéis, sabio, las leyes.

PAULO. Por eso sé respetarlas.
 WAMBA. Sois capaz de administrarlas.

WAMBA. Para eso serví a otros reyes.
 PAULO. Sois rico.

WAMBA. Por eso doy.
 PAULO. Tenéis general prestigio

con el pueblo.
 WAMBA. No es prodigio,
 pues que generoso soy.

PAULO. Sois bravo.
 WAMBA. Nadie lo ignora.

PAULO. De cien lides salió ileso
 vuestro honor.

WAMBA. Tengo por eso
 cien cicatrices ahora.

PAULO. El pueblo os pide.
 WAMBA. Yo a él no.

PAULO. Por noble y por virtuoso
 os ama.

WAMBA. Por revoltoso
 y ciego no le amo yo.

PAULO. Por vos en su mal se afana.
 WAMBA. De él cree que a sacarle voy.

PAULO. Humilde, a vos viene hoy.
 WAMBA. Feroz me ahorcará mañana.

PAULO. Confiesa que sólo en vos
 su fe está, y a vos acude.

WAMBA. Que en Dios fie, y no se es-
 connmigo, sino con Dios. [cude

PAULO. ¡Injurias su confianza!

WAMBA. Él me injuria, pues que viene
 a mí, cuando ya no tiene

en su mal otra esperanza.
 PAULO. Cuanto añadiréis será en vano.

La ley da al pueblo derecho
 de nombrar rey, y os ha hecho

el pueblo su soberano.
 WAMBA. Y el pueblo echará de ver

que es fuerza que sea injusto
 rey que toma contra gusto

su soberano poder.
 PAULO. Él sabe que la virtud

que en su pecho se atesora,
 garantiza desde ahora

su futura rectitud.
 PUEB. Sí.

PAULO. Ya lo oís.
 WAMBA. Ya está dicho.

PAULO. ¡Posponéis, pues, criminal,
 la salud universal

a vuestro injusto capricho!

WAMBA. Os dije mi voluntad: acabemos de una vez.

PAULO. Acabemos, sí, ¡pardiez! Por concluido: escuchad. Pues noble, sabio, opulento, bravo, generoso, amado, reconocido y rogado, fuiste elegido entre ciento; y en tu profundo egoísmo tu bien personal preferieses al de la patria, y no quieres ser útil más que a ti mismo; pues te niegas salvador a ser hoy del pueblo godo, con justicia el pueblo todo te declara por traidor.

PUEB. ¡Sí!

PAULO. Y falla con juicios ciertos, porque en duelos tan prolijos, la patria quiere a sus hijos, primero que ingratos, muertos.

PUEB. Sí.

PAULO. No hay medio en que elegir: decidida está tu suerte: o la corona o la muerte: Wamba, reinad o morid.

(Paulo y otros varios le ponen al pecho las espadas; y él y el pueblo le dicen a una voz:)

PAULO y PUEB. Elige. *(Wamba da un paso hacia ellos, hasta que su pecho toca con las puntas de las espadas; y abriéndose la ropa, y mostrándosele desnudo, dice con desdenosa calma:)*

WAMBA. Nunca al temor mi corazón prestó asilo:

aquí está, pero tranquilo: herid y aprended valor.

(Todos se sorprenden: Wamba, aprovechando la sorpresa, aparta las espadas de sí con ambas manos y avanza con altivez.)

¿Vaciláis? Tenéis razón. Comprendéis, cuando os provoqué, que por algo os tiene en poco hombre de tal corazón.

Pues os lo voy a explicar, y tendréis que comprender

que al ofrecerme el poder no me podéis engañar. Veinte años ha que os balláis en civil guerra empeñados: veinte años que atropellados por extranjeros estáis.

Entre los galos inquietos, los navarros montaraces, y los árabes sagaces, doquiera os tienen sujetos.

Por sombra tal, de la mano necesitáis quien os guíe, y buscáis quien os desvíe del precipicio cercano.

Y por rico y por leal, y porque vengo de reyes, y porque sé vuestras leyes, me queréis por general.

Y porque en tal anarquía sólo puede una bandera salvar la nación entera, elegido habéis la mía.

Entre morir o reinad dado me habéis a elegir... ¿Y no osáis verme morir...? *(Con desdén.)*

Os tendré, al fin, que mandar. Empuñad el cetro, sí;

mas no echéis nunca en olvido que a dármele habéis venido, y que yo no os le pedí.

Ceniré, pues, la corona; pero tened bien presente que al llevármela a la frente, es la fuerza quien me abona.

Y pues a fuerza soy rey por vuestra elección tirana, no os quejéis, necios, mañana de la fuerza de mi ley.

PAULO. Primero...

WAMBA. ¿Con qué derecho

(Con ímpetu.)

hablas tú ante el soberano? Arrodiillate, villano,

ante el rey que tú te has hecho. ¿Hassan? *(Llamándole.)*

(Los pilares y las paredes se abren: el fondo se llena de soldados; Hassan baja hasta cerca de Wamba. Paulo y Germa-

no se contemplan con asombro; el pueblo mira curioso sin comprender.)

ESCENA XI

WAMBA, PAULO, GERMANO, HASSAN, Nobles, Pueblo, Soldados

PAULO. ¿Qué es esto, Dios santo?

WAMBA. Tú rey me has forzado a ser,
(A Paulo.)

¿y al desplegar mi poder
le contemplas con espanto?
Vasallos, vuestro capricho
dobleó al suyo mi gusto;
nada hay que os coja de susto,
vosotros me lo habéis dicho.
Por rico, me sobra el oro;
por noble, lanzas mantengo;
por señor, esclavos tengo;
por rey, guardia y real decoro.
Mas no receléis por eso
que al mirarme soberano
me he de hacer vuestro tirano:
por mí no ha de haber exceso.
Juzgad de mis intenciones:
¿rey me hacéis para la guerra?
Ensangrentaré la tierra
con mis armadas legiones;
y cuando extraños sin fe
se arrojen contra nosotros,
yo delante de vosotros
a la campaña saldré.
¿Vuestras leyes a guardar
me fiáis y antiguos ritos?
Yo, cual me los deis escritos,
os los haré respetar.
Y al que la infrinja villano,
noble o ruin, rico o pechero,
castigaré justiciero
con vuestra ley en la mano.
Llegado, pues, a entender;
sí yo tengo de reinar,
así tengo de mandar,
así habéis de obedecer.
Y si al fin por sabios planes,
tras una y otra victoria
os doy paz, riqueza y gloria,
y os cansáis de mis atanes;

como siempre noble y fiel,
sin miedo, pesar ni encono,
volveré a bajar del trono
lo mismo que subo a él.

UNO. ¡Viva el rey!

TODOS. ¡Viva!

WAMBA. Ea, amigos;
pues que ya reino, mirad
cuál obra mi majestad
contra vuestros enemigos.
Hassan, de esos mil traidores
que se ocultan en la selva,
que a salir ninguno vuelva.

GERM. (¡Ah!)

WAMBA. De las costas señores,
(A uno.)

los sarracenos bajeis
nos las amagan; Teofredo,
con ciento que darte puedo,
tú irás contra los infieles.
Tú, por quien reino desde hoy, (A Paulo.)
capitán de mis soldados
contra enemigos privados
irás. Y a nombrarte voy
(a Paulo solo aparte.)

varios, porque el trance estimes.
Gumildo de Magalona,
Requindo de Tarragona
con Hilperico de Nimes.

PAULO. (¡Ah!)

WAMBA. Y tú, bravo extranjero
(A Germano.)

que a nuestra asamblea asistes,
la honra que en ello me hicistes
premiar dignamente quiero.
Por noble te da tu aliño;
en mi corte vivirás
y... nunca de ella saldrás.
Tu faz me inspira cariño.

GERM. (¡Ah!)

WAMBA. Despejad, caballeros
y villanos: esta tarde
veré los que hacen alarde
de ir al campo los primeros.

(Van saliendo todos victoreando a Wamba,
y mientras salen y éste los ve partir
rodeado de sus guardias, Paulo y Ger-
mano se juntan a un lado de la escena y
se dicen aparte uno a otro.)

PAULO. ¿Qué hacemos?
 GERM. Lo que nos toca.
 PAULO. Yo me fugo.
 GERM. Yo me quedo.
 PAULO. Yo del loco tengo miedo.
 GERM. Y yo fío en una loca.

(Saludan a Wamba pasando por delante de él y vanse con los demás. Los soldados, abiertos en dos filas por entre las cuales han pasado todos, aguardan a que pase Wamba, presentándole las armas como a soberano. Hassan aguarda también.)

ESCENA XII

WAMBA, HASSAN, Soldados

WAMBA. Castillos hizo en el viento su ambición: yo los derroco. Y ahora... ¡Dios ponga tiento en las manos del Rey loco! (Vase por el medio de los soldados. Hassan, le sigue.) (1)

(1) Por razones particulares, cuya explicación no es el caso, se hicieron en la representación estas correcciones. En la escena 4.ª del acto 1.º, entre Rodesinda y Germano, quedaron suprimidos desde el verso que dice:

GERM. Todo en tu corazón lo había leído,

hasta el de la misma escena, que dice:

ROD. Mas ya la creo realidad, Germano.

Ambos versos inclusive.—En lugar de los suprimidos, se representaron los siguientes versos:

GERM. Toda la sé.

ROD. ¡La sabes! (Sorpresa.)

GERM. En tu cuna

águila real de fuego coronada se meció sobre ti.

ROD. ¡Ah!

GERM. Destinada

te hizo a un trono nacer tu real fortuna.

ROD. ¿Mas cómo tal misterio...?

GERM. Oye; ¿recuerdas

la vez primera que nos vimos?

ROD. Iba

por las rocas de Escandia.

GERM. Sí. ¿Te acuerdas

del oso que seguías?

ROD. Monte arriba

¡e perdí en la espesura,

ACTO SEGUNDO

La escena en Toledo en el palacio de Wamba, año 680 de N. S. J. C.

Cámara ricamente decorada en el palacio de Wamba, en Toledo.—Puerta a la izquierda que da al interior del palacio.—Otra a la derecha que da al exterior.—Otra en el fondo, que decoran grandes tapices y que la cubren cayendo en gruesos pliegues.

ESCENA PRIMERA

HASSAN, RODESINDA

(Al levantarse el telón, Hassan está mirando por la puerta del fondo, que tiene abierta como si alguno entretuviera su atención por dentro.—Poco después suena el toque de la queda a lo lejos; a cuyo son cierra inmediatamente la puerta, y arregla cuidadosamente los tapices que la cubren.—Un momento después sale por la izquierda Rodesinda.)

ROD. Doblan a la queda, Hassan.

HASS. Tal hora y señal les di.

ROD. ¿Vendrán todos?

HASS. Allí están.

ROD. ¿Y el prelado?

HASS. Aguarda allí.

ROD. ¡Ninguno se apercibió de su entrada aquí!

HASS. Ninguno:

por el parque uno por uno

los fuí introduciendo yo.

Tú libre y señora eres

de este alcázar, donde obrar

a tu capricho y mandar

podrás hoy como quisieres.

y al trasponer la peña enmarañada, del vecino torrente dió en la hondura.

GERM. Contemplábase yo bajar osada a registrar el agua conmovida, cuando miré tu frente circundada de llamas, y sobre ella suspendida el águila de fuego coronada.

ROD. Tal es la predicción... ¡Oh! Ya no dudó que hay predestinación en nuestro sino no: sólo el cielo revelarte pudo lo que creí tal vez sueño divino.

GERM. Mas no ha salido nunca, etc.

(Lo demás como está.)

ROD. Hassan, el secreto importa guardar tan inviolable, que la vida del que hable de esta noche, será corta.

HASS. La mía está ya vendida una vez que esclavo soy: mas yo a quien sirvo le doy brazo, pensamiento y vida.

ROD. Hoy me sirves; si en verdad como dices leal obras, por el secreto recobras tu patria y tu libertad. Jamás el rey, tu señor, lo ha de saber por tu boca.

HASS. ¿Por ventura a mí me toca discurrir sobre tu amor?

ROD. De mi cámara el dintel hoy un hombre va a pasar.

HASS. ¿Qué habrá en eso, si va a entrar un sacerdote con él?

ROD. Vivo en palacio, y del rey no consulté la opinión.

HASS. El alma es libre, y la ley no reina en el corazón.

ROD. Rey es y vasalla soy.

HASS. Amor es Dios: puede más.

ROD. Bajo su tutela estoy.

HASS. Casada no lo estarás.

ROD. ¿Así piensas?

HASS. Pienso así.

Servirte el rey me mandó: que te cases, pues, o no, si te sirvo bien, cumplí.

ROD. Mucha es, Hassan, tu agudeza: y pues nada se la esconde, ¿sabe acaso quién responde de la lengua?

HASS. La cabeza.

ROD. Pues no lo olvidés.

HASS. No haré tal, que en ello hartó me va.

ROD. Y sé fiel.

HASS. ¡Oh!, como el pie al tobillo.

ROD. Bien está, Hassan. Pero ya han cesado las campanas, y aún no llega Germano.

HASS. Tu afán sosiega, que aún no es tarde.

ROD. ¿Hasle enviado la llave?

HASS. Sí.

ROD. ¿Está guardada del corredor la cancela?

HASS. Desde aquí la centinela puedes ver allí apostada.

(Abre Hassan la puerta del fondo y asómanse ambos por ella.)

¿Ves brillar algo en el fondo de la galería oscura?

ROD. Sí por cierto.

HASS. Es su armadura.

ROD. Veo ahora el caso redondo sobre la reja de hierro del patio. ¿Nos será fiel ese hombre?

HASS. Nadie como él: descuida, que no habrá yerro. Es él sólo a quien hallé amigo en mi esclavitud:

con él hasta mi ataúd, si es preciso, partiré.

Por allí entrará el que esperas; tras él la verja cerrada,

y por ese hombre guardada, puedes obrar como quieras.

ROD. Bien. ¿Viste a Teofredo?

HASS. Sí.

ROD. ¿Qué nuevas del rey te dió?

HASS. En el pliego que él le envió puedes verlas: hele aquí.

ROD. ¿Quién lo trajo?

HASS. Un mensajero que ha seis horas que ha llegado.

ROD. ¿Conocido?

HASS. De contado, debió ser un caballero.

ROD. Sal, y que te llame espera.

(Abre el pergamino y lee para sí.)

Llega el cinco..., el dos es hoy... Y él aún no viene. Dios quiera salvo traerle.

(Sale Germano por el fondo.)

GERM. Aquí estoy.

ESCENA II

RODESINDA, GERMANO

ROD. ¡Germano!
 GERM. ¡Rodesinda!
 ROD. Ya temía
 por ti.
 GERM. Dejo el caballo en este punto.
 ROD. Horas ha que en Toledo te creía.
 GERM. Fuera así: mas temí que me
 retrase.

ROD. ¿Y te alcanzó?
 GERM. Cuando la tarde
 tenían las tinieblas ya embozada.
 Aguardele con faz determinada:
 pasó en silencio y apretó cobarde
 la espuela y su corcel.

ROD. ¿Y era...?
 GERM. Un joyero
 que a mi sombra buscaba compañía;
 mas como solo andar me convenía,
 tomé por la espesura otro sendero,
 y hoy vi a Toledo al trasponer el día.
 Mas llego a tiempo.

ROD. Pero no el primero.
 GERM. ¿Diste mis cartas?

ROD. Sí.
 GERM. ¿Y han acudido

todos?
 ROD. Aguardan ya.

GERM. Pues no perdamos
 tiempo.

ROD. Ya todo lo previne. Vamos.
 GERM. Espera: aún no está todo pre-

[venido.
 ROD. ¿Qué falta?

GERM. Conocer necesitamos
 todos un secreto antes, que yo solo
 sé hasta esta hora.

ROD. Dilo, pues.
 GERM. ¿Seguros

nos hallamos aquí?

ROD. Macizos muros
 nos guardan por doquier, patios oscuros,
 galería sin luz; no cabe dolo.

Pero preocupada traes la mente
 de temor excesivo.

GERM. Sé una historia
 que hará tal vez que cambies de repente
 para conmigo.

ROD. Nunca.
 GERM. Es que fulgente
 brilla otra vez el astro de tu gloria.

ROD. Un tiempo fué que reina me so-

[ñaba,
 por agüeros sin fe desvanecida,
 y partir mi corona te juraba
 contigo: hoy, pues, que mi ilusión acaba,
 te ofrezco sólo dividir la vida.

GERM. Y un tiempo fué en que yo del
 [pueblo godo
 vine osado a ofrecerte la corona.

ROD. También soñabas.
 GERM. Mas del mismo modo

te la vuelvo a ofrecer, y el pueblo todo
 aceptará el derecho que te abona.

ROD. No turbes mi ambición, que ya
 [dormía:
 vuelve el rey vencedor.

GERM. ¿Quién osaría
 el solo vencedor, el solo fuerte,
 proclamarse? No hay fuerza ni osadía
 contra el poder tremendo de la suerte.
 Rodesinda: un secreto soberano
 la corona te da.

ROD. Robusta mano
 la tiene asida ya.

GERM. Mucho lo yerra
 quien así juzga.

ROD. Él reina.
 GERM. Cual tirano,

contra quien se alzará su propia tierra.
 ROD. No será ahora, que mandando

[viene
 un ejército entero, que asegura
 su derecho.

GERM. A estas horas no lo tiene.
 ROD. Le alzó el pueblo.

GERM. Por eso de su altura
 puede lanzarle.

ROD. Un triunfo le previene.
 GERM. Que para otro será cuando hoy

[por tierra
 su ídolo abata el pueblo. Es obra suya.

Para la guerra le hizo rey: la guerra concluyó, y será bien que restituya el poder y trono a quien derecho encierra mejor que el suyo.

ROD. ¿Y quién?
GERM. Tú, Rodesinda.

ROD. Sueño fué siempre de tu amor, derecho tal. [Germano,

GERM. Extenderás tu mano al cetro, y le asirás: hoy te le brinda de tu destino el misterioso arcano.

ROD. ¡Sueñas, te digo, sueñas! Arrasada [sada

Nimes, la Cataluña sometida, Paulo en prisión, Navarra apaciguada, por doquiera su ley obedecida, leal su tropa, con poder su armada, ¿en quién fías?

GERM. En mí, y en tu destino. Cansada de lidiar está su gente, y harto va de su ley, sobradamente severa, el pueblo, a lo que ayer se avino, hoy se rebela, y de ello se arrepiente.

ROD. Pero tarde.

GERM. Palabra de que el necio debe no más usar. Jamás es tarde para quien nada mira con desprecio, y de un instante conociendo el precio, no desperdicia la ocasión cobarde. Tras seis años de injusta civil guerra, que lo son de licencias y desmanes, odia el pueblo su ley, que desentierra los delitos y el fraude, en una tierra que es un nido no más de gavilanes.

Veinte años antes de subir al trono Wamba, de otras discordias al encono sanguinario, menguóse enteramente la virtud de los godos, cuya gente demanda olvido a lo que fué, y abono seguro, universal, a lo presente.

El sacerdote a quien tornó guerrero la contienda civil; el que usurero saqueó al necesitado; el que al amigo usurpó las haciendas, su heredero en su ausencia nombrándose, ¿el castigo no huirán? La rapiña y la violencia siempre al rey justo llamarán tirano, y si otro el pueblo encuentra que a la [mano

más le vaya, avezado a la licencia, le alzaré en su lugar por soberano.

¿Comprendes, Rodesinda? Yo he seguido las banderas de Wamba, yo he mandado con él sus huestes; vencedor he sido con él, y cien victorias me ha debido; pero su real poder tengo minado.

Ahora bien: el secreto que te abona, hasta sus mismos triunfos acrimina, si aprovecharse sabe y le destrona;

y el pueblo en ti la voluntad divina viendo, vendrá a ofrecerte su corona.

Ea, ¿quieres reinar? De tu destino la influencia aprovecha.

ROD. ¡Oh! Me fascina tu inalterable fe.

GERM. Sigo el camino por do tu sino real mi paso inclina, pronto el mandato a obedecer divino.

ROD. Yo te amo, Germano: tú a tu [antojo

guías mi corazón. Tu fe, tu arrojo, tu voluntad de hierro me enamora: cuanto en otro me fuera odio y enojo,

uano en ti mi corazón adora: tu amor y mi ambición son de consuno una sola pasión: amo, ambiciono, mas amor y ambición jamás desuno.

Fiebre de amor y de ambición me impele. De su vértigo a impulso me abandono, corriendo sin cesar detrás de un trono, que al tenderle la mano me repele.

Dudo, vacilo, ríndome, desmayo, mientras pasan mis horas en tu ausencia: y torna el fuego a fermentar del rayo de mi insana ambición a tu presencia.

Mas lo quieres tú así; sea en buen hora. ¿Qué me exige tu fe fascinadora?

¿Pides una corona a mi cabeza? Pues bien: sabré con varonil fiereza morir esclava por reinar señora.

GERM. Apronta, pues, a la tremenda tu valor. [lucha

ROD. Está pronto.
GERM. ¿A todo?

ROD. A todo.

GERM. Abre: con esos mi palabra es [cucha

y el cetro empuñarás del reino godo.

(Rodesinda va abrir la puerta derecha, en el umbral de la cual se presenta Hassan, con quien habla en secreto, durante cuya escena dice.)

GERM. ¡Misterios son del corazón humano! [manol]
Vi en ella, al conocerla, una enemiga, y en la red la envolví de audaz intriga, y fascinada al fin cayó en mi mano.

Compadecí después su error insano; hermosa la admiré, la quise amiga, falso la enamoré... ¡Dios me castiga! Hoy me rinde a sus pies amor tirano.

Grada del trono, del poder camino, con la suya encender quiero mi estrella, e inmolarla a mi triunfo determino; mas la hallo amante, la idolatro bella, y rendido a mi vez por su destino, quiero al trono subir, pero con ella.

ESCENA III

GERMANO, RODESINDA, GALTRICIAS, ROMUALDO, GUNTILA

GERM. En buen hora vengáis, amigos que acudís a mi voz. [fíeles]

GALT. Siempre, Germano, a ayudarte y servirte en cuanto emprendo decidida voluntad estamos. [das,

GERM. Gracias, deán.

GALT. ¿Del campamento llegas?

GERM. Ahora: con las tropas de mi [mando

por camino diverso enviéme Wamba, y aquí para llegar fijéme un plazo de hoy en tres días: yo dejé mi gente, le tomé estos tres días de adelanto, y un mensaje os envié para que juntos a mi arribo os hallarais.

GALT. No perdamos el tiempo, pues: sabemos tus deseos y los de Rodesinda.

GERM. Es necesario primero que me oigáis.

GALT. Habla.

GERM. ¿Conviene mis propuestas al clero?

(A Galtricias.)

mis propuestas al clero?

Sin reparo las acepta.

GERM. ¿Y las tropas? (A Guntila.)

GUNT. De Toledo tienes la guarnición a tu mandato.

GERM. ¿Y el pueblo? (A Romualdo.)

ROM. Es tuyo. Reunidos quedan en secreto sus jefes esperando.

GERM. ¿Piden?

ROM. Rebaja general de impuestos, olvido universal de lo pasado, y que su nuevo rey sea elegido de regia estirpe y de blasón preclaro.

GERM. Juzgarán por sí mismos. Ahora [oidme.

Hasta aquí solamente se ha tratado de minar un poder hartamente absoluto para el siglo azaroso que alcanzamos.

El rey, forzado a recibir el cetro por la urgencia del tiempo, necesario se juzga por demás, y cada día prueba más que su juicio no está sano; y lo que en brío y en virtud le sobra, en seso y dignidad se muestra falto.

La soledad le agrada y el retiro, más que la regia majestad y el fausto.

Muchas veces detiene a un campesino para hablar de semillas y ganados; reúne los Concilios, y a su antojo arregla los negocios eclesiásticos.

Las faltas, en la guerra inevitables, castiga con la muerte en el soldado, y por quejas no más de unas doncellas, a algunos castigó de un modo bárbaro.

Todo lo quiere ver, saberlo todo, y todo por sí mismo despacharlo, como si fuera gobernar un reino dirigir una escuela de muchachos.

«Las leyes, dice, como están escritas, se han de cumplir: ni jueces ni letrados las pueden alterar; ni admito en ellas una interpretación ni un comentario.»

Seis años ha que reina, y a las tropas seis años ha que tiene peleando; y aunque en paz está el pueblo, que no [lida,

está ya el reino de victorias hartamente.

El ejército, el clero, el pueblo todo, el yugo a sacudir determinado,

conspira descontento, mas ignora
 todavía por quién, y piensa acaso
 que si otro intruso se entroniza, sólo
 cuando mude de rey, mudará de amo.
 Tras seis años de afán y de política,
 yo abrí camino a sus intentos llano,
 y hoy a su soplo, como rama estéril
 el trono con el rey se viene abajo.
 Presente estuve a la elección de Wamba,
 y de mí por instinto pelecando,
 fingiéndome amistosa simpatía,
 me tuvo con temor siempre a su lado.
 Yo, empero, leal siempre, siempre atento,
 sus sospechas doquier previne cauto,
 y gané con mis públicos servicios
 los más honrosos puestos de su Estado.
 Con él pasé a la Galia, asalté a Nimes;
 y doquier a su vista peleando,
 a la cabeza de sus tropas siempre,
 la victoria doquier debió a mi brazo.
 El primero en la lid y en el consejo,
 y él acertado más, mal de su grado,
 caudillo de su ejército me hizo,
 y hoy le asalaria él, mas que yo le mando.
 Él por su fiera ley reina temido,
 yo por buen capitán gobierno amado,
 y seis años de triunfos y servicios
 le tienen convencido o descuidado.
 En palacio viviendo, a Rodesinda
 vi. Tal vez imprudentes nos amamos,
 y hoy, pues que Wamba a nuestro amor
 [se opone,
 ocultamente unírnos intentábamos;
 mas un secreto descubierto a tiempo
 me obliga antes que a amante a buen va-
 [sallo.
 Entre varios escritos del Gobierno,
 a este pergamino hallé extraviado.
 Leedle; es del difunto Recesvinto,
 caracteres y firma de su mano.
 GALT. Es su letra en efecto, y así dice:
 (Lee.) «Wamba, a ti, que eres mi mejor
 [vasallo,
 «mi mejor consejero en los negocios,
 «y en el combate mi mejor soldado,
 «sío, muriendo, mi único secreto
 «y mi postrera voluntad encargo.
 «Huérmano tras de mí quedará el trono:
 «elegirán los godos de su agrado

«un rey mejor que yo. Tal vez para ello
 «dividiráse su nación en bandos,
 «y correrá la sangre de mi pueblo
 «desde mi regio túmulo brotando.
 «Yo no dejo varón de mi linaje,
 «parientes, sí, mas niños y lejanos;
 «tengo, empero, una hija, a quien conoces,
 «cuya historia otro tiempo te he contado,
 «y a quien amo a la par de mi existencia:
 «huérmana va a quedar, dale tú amparo.
 «Tienes favor, riquezas y prestigio
 «con los godos..., si un día, el tiempo an-
 [dando,
 «ella mujer, y sin monarca el trono,
 «hay de mi raza digno de su mano
 «alguno, y la fortuna te es propicia,
 «vuelve el solio a mi estirpe. Te lo mando
 «rey, te lo ruego amigo. Esta escritura
 «divide de mi firma por debajo,
 «y esta mitad primera, de mi hija
 «testifique el origen soberano.
 «Su nombre es Rodesinda, y tiene a fuego
 «hecho un lunar en el siniestro brazo.»
 ROD. Hele aquí: yo soy esa..., ese es
 [mi nombre.
 GERM. Un momento: la carta conclu-
 [yamos.
 GALT. (Lee.) «La mitad inferior del per-
 [gamino,
 «instrucciones contiene para el caso;
 «guárdalas para ti, y si llega el día,
 «Wamba, en tu honor y probidad des-
 [canso.»
 ROD. ¡Hija de Recesvinto!
 GALT. Los primeros
 tus sagrados derechos acatamos.
 GERM. Hija de Recesvinto, a tus pies
 [pone
 su fe y sus huestes tu primer vasallo.
 ROD. ¡Hija de Recesvinto, una corona
 está mi regia frente reclamando!
 ¿Y otro la cibe usurpador? Al punto
 por la corona y la cabeza vamos.
 ¡Hija de Recesvinto! Él lo declara:
 mi destino real se cumple al cabo.
 GERM. Y el cielo mismo, de cumplirlo
 [entero
 contra Wamba, traidor, tomó a su cargo.
 ROD. ¿Cómo?

GERM. Anheló, muriendo Recesvinto, de su familia regia unir dos vástagos, y Wamba usurpador, al desunirlos, ciego hasta hoy alimentólos a ambos.

ROD. ¿Qué dices?

GERM. Con misterio impenetrable, en mí sólo creyendo y esperando, sólo yo mi derecho conociendo, por mí yo propio conspiré siete años; y por las sombras del poder mi estrella guiándome hacia el solio paso a paso, uniéndome mi destino a tu destino, de Recesvinto a vengador me traje. Porque... tú sola aquí no me conoces: sólo una vez mi nombre de mis labios saltó, para servir de garantía a estos fieles y antiguos partidarios, que abonando mi nombre con los suyos el clero y pueblo para mí ganaron.

ROD. ¿No te conozco yo?... ¿Cuál es tu nombre? [entonces

GERM. Ervigio.

ROD. ¿El hijo de Ardebasto?

GERM. De Elena, esposo, de tu padre [prima.

ROD. Mi vaticinio real está bien claro, y la real voluntad de Recesvinto hoy entera en los dos cumplen los astros.

GERM. Mas ruega a Wamba que te dé ¿has elegido ya? [un esposo:

ROD. Sí, al ara vamos.

GERM. Vamos; tú reinarás sola, abso- [luta, como en mi corazón, en el Estado.

ROD. Tú serás en la historia el rey Er- [vigio, pero en mi corazón serás Germano.

GERM. Tú serás para el pueblo hija de [reyes, mas para mí de mi ventura el astro.

ROD. De tus ojos de rey seré cautiva.

GERM. En tus ojos de sol vivirá esclavo. Mas no soñemos. Perdonad, amigos, a diez años de amor este arrebató; y pues tiempo de sobra no tenemos, si queremos vencer, no le perdamos. El pueblo, el clero y la milicia sepan el nombre de sus nuevos soberanos.

(A Galtricias.)

Deán, di al clero, que en Concilios junto, a par del rey gobernará el Estado.

(A Guntilla.)

Guntilla, di a la tropa, que la guerra terminada, licencia a mis soldados.

(A Romualdo.)

Romualdo, al pueblo di que al coronarme, doy al fuego el registro del erario, y que atendiendo al tiempo que corremos, suspendo los impuestos por un año. Ya no hay al rey deudores ni rebeldes; olvido universal de lo pasado.

Mañana entran mis tropas en Toledo.

GALT. Y al otro día el rey.

GERM. Pues aunque entrado hubiera ya a estas horas, sobre el trono en lugar de juzgar fuera juzgado. Ahora a la capilla precedednos.

(A Romualdo.)

Espera: tú irás luego acompañándonos.

(Vanse Galtricias y Guntilla.)

ESCENA IV

GERMANO, RODESINDA, ROMUALDO

GERM. Ya lo ves, Rodesinda; de mis [sueños no salen hoy los vaticinios falsos.

ROD. El cielo nos protege.

GERM. Empero mientras, pensar conviene que en la tierra estamos. Claros son tus derechos, pero importa de la ley con el peso sancionarlos, y vale más política emboscada, que triunfo tumultuoso y sanguinario. ¿Estás a todo pronta?

ROD. Sí. De Wamba quiero vengar la usurpación.

GERM. En vano fuera abusar del real poder; el cielo se encargó, te lo he dicho, de vengarnos. Wamba no está seguro en su cerebro; de enfermedad recóndita amagado, puede atacarle de un momento a otro, y él mismo su poder nos dará acaso si obramos diestramente.

ROD. No te entiendo.

GERM. Algunos le han tenido por ma-
niático siempre, y yo mismo, que a su lado vivo,
he tenido ocasión de repararlo.
Pronto un ataque de locura, el cetro
le obligará a dejar. Dile a Romualdo,
que advertido por mí desde hace tiempo,
observa en él los síntomas extraños,
precursores del mal que yo temía,
dile que te haga un rápido relato
del caso de locura de esta clase,
del buen Ali-Beijir, el africano.
Oyele, que es un sabio inteligente,
y allá su juventud pasó estudiando.

ROD. No te comprendo, Ervigio...
[Cuando esperan...]

GERM. Oye; tal vez importa demasiado.
ROD. Habla.

ROM. Amigo leal del rey Ervigio,
cuando proscrito se llamó Germano,
su boca real me reveló el prodigio
que de tu porvenir abrió el arcano.
Yo, para asegurarle en los agüeros
de tu futura gloria, volé ansioso
al África: allí vierte los regueros
del divino saber, Dios generoso.
El sabio a quien allí sirve de tienda
el firmamento azul, por el desierto
tendiendo el ojo audaz libre de venda,
lee en sus espacios como en libro abierto.
La fuente de su ciencia en vaso de oro
a recoger fui yo, y el Dios propicio
dióme por el dorado sacrificio
muestra brillante del saber del moro.

ERV. El oro es talismán omnipotente.

ROM. Yo demandé a los sabios del
[Oriente;

yo consulté los signos celestiales,
y allí, como en los páramos natales,
coronada también brilló tu frente.
Y allí mandaba Ali-Beijir, furioso
musulmán, que a sus pueblos gobernaba
por la ley del alfanje, y en reposo
un momento a sus pueblos no dejaba.
Tenía sucesor en un hermano,
que del mal de su pueblo se dolía,
mas sin poder contra el feroz tirano.
Y aconteció que Ali, sediento un día,
bebió un agua, en la cual tuvo una yerba

un negro, en infusión, y a su beleño
brotó en su mente un mal, que el seso
tras un profundo y repentino sueño.

De él Ali al despertar, a los que estaban
en su cámara habló con mucho agrado,
y tan otro mostróse, que no osaban
en un cambio creer tan no esperado.
Los invitó a sentarse en los cojines,
de su corte oriental contra costumbre;
les habló de saraos y festines;
mostró de lo pasado pesadumbre,
y al fin, riendo a llena carcajada,
contóles con diabólico relato
la historia de una reina endemoniada...
El desdichado Ali ya era insensato.

Dicen que fué del negro maleficio,
de él por vengarse; mas de tal manera
obra esta yerba en el humano juicio,
que probar la verdad difícil fuera.
La conducta de Ali mostraba a veces
que a algún desorden cerebral tendía;
proponía muy grave mil sandeces,
y a la menor observación cedía.

Viéndole así un faquí que estaba entre
ellos y comprendió del rey el mal insano,
a su loca sandez por no exponellos,
a presencia de Ali trajo a su hermano.
Puso en manos de aquél los reales sellos,
de abdicación un acta ante él escrita
le presentó, que Ali firmó risueño.
Coronó su hermano en la mezquita,
y el insensato Ali tornó a su sueño.

ROD. ¡Ah!

ROM. ¿Entendiste?

ROD. Muy bien, y... ¿mayor daño
la bebida causó?

ROM. Gracias al cielo,
sano y alegre con su humor extraño
siguió: contar historias fué su anhelo;
y vivió... bueno siempre, pero lelo.

ROD. ¿Y volvió a la razón?
ROM. Después de un año.

ROD. ¿Y recobró el poder?
ROM. No era prudente

devolvérsele ya, no fuera caso
que por segunda vez diera en demente.
ROD. ¿Y a ese mal tiende Wamba?

ROM. ¡Dale un a y, noisín! A largo paso.
Y si indiscreto como Alf bebiera,
luego...

ROD. La lengua ten... Claro está todo.
(Interrumpiéndole.)

Partamos: nos aguardan allá fuera.

ROM. De hoy en dos días la ciudad le
[espera.]

ROD. Abdicará al tercero el cetro godo.
¿Hassan? (Llamándole.)

ESCENA V

GERMANO, RODESINDA, ROMUALDO,
HASSAN

ROD. Ya no saldrá por donde ha en-
[trado]
(A Hassan.)

quien mi esposo va a ser. Esas cancelas
secretas cierra y paga a ese soldado.

(Dale un bolsillo.)

No ha menester secretos ni cautelas
en su alcázar el rey.

(Rodesinda, abriendo la puerta, sale resuelta,
mostrándoles el camino. Germano y Ro-
mualdo la siguen. Hassan queda mirán-
dolos alejarse. En el punto en que han
desaparecido, Wamba se presenta por la
puerta del fondo. Hassan, al sentirle,
cierra con prontitud la otra por donde
él mira, volviéndose respetuosamente a
Wamba.)

ESCENA VI

HASSAN, WAMBA

WAMBA. Por decontado
que todo es elegir los centinelas.
(Se echa a reír.)

¿Quién conspirando en centinelas fía?
Yo he sido siempre centinela mía.

¿Hassan?
HASS. ¿Señor?

WAMBA. El rey llega mañana;
hasta entonces, lo que hay en mi aposento
no llegue a sospechar persona humana.
No pierda voz, señal, ni pensamiento

tu perspicaz penetración nubiana.
No te separes de ella ni un momento:
sea para ambos tu obediencia muda,
y quien viva verá, si Dios me ayuda.

(Vase Hassan a una señal de Wamba.)

Sospechándome imbécil, me pusieron
para subir al trono las espadas
al pecho: yo, las leyes que me dieron,
supe sin miedo mantener sagradas.
No buscaban tal rey; se arrepintieron.
Para hacerme hoy bajar sus regias gradas,
dicen que no está firme mi cabeza...

Pronto van a juzgar de su firmeza.
Esclavos los hallé, ya son señores:
hufan por doquier, les di victoria:
secretos saben, yo los sé mejores.

Mi espíritu, más grande que su gloria,
desprecia su furor, cual sus favores.
Loco he de ser del tiempo en la memoria:
mas el tiempo verá, si piensa un poco,
que fué más cuerdo que ellos el Rey loco.

ACTO TERCERO

Cámara del rey Wamba. En el fondo, su alcoba
cerrada con lujosa tapicería. A la izquierda, un
escritorio, sobre el cual hay un reloj de are-
na, cuyos granos están concluyendo de pasar.
Puerta a la izquierda. Balcón a la derecha.
Noche.

ESCENA PRIMERA

RODESINDA, en el sillón del escritorio;
HASSAN, tendido sobre una piel de tigre,
al pie de los tapices que cierran la alcoba
de Wamba.

ROD. La arena está al concluir,
y el alba empieza a clarear.
Nueva era va a comenzar
el día que va a lucir.

¿Hassan? (Llamándole.)
(Hassan se levanta y espera en pie que le
hable Rodesinda.)

Has cumplido bien.

HASS. ¿Satisfecha estás?

ROD. Sí, y voy
a pagarte.

HASS. Esclavo soy:
se pagó mi sangre.

ROD. Ten.
(Dándole un pergamino.)

HASS. ¿Qué me das?
ROD. La libertad.

HASS. Tú no eres quien me compró,
ROD. A tu dueño heredó yo
y estás en mi potestad.

Ave extranjera, ya espacio
tienes, a tu patria vuelva.
Libre eres. Por la cancela
secreta, Hassan, del palacio
sal. Hallarás a Germano
en mi cámara: que es hora
dile, y parte.

HASS. Adiós, señora.
(Hassan recoge del suelo su piel de tigre,
saluda y vase.)

ROD. Encomiéndate a Él, nubiano.

ESCENA II

RODESINDA

Hoy al trono he de subir
donde tengo mi lugar:
sólo reinan es vivir:
¡Eal, morir o reinan.

De reina el osado aliento,
de reina la alta ambición
de mi grande corazón,
llamada a reinan me siento.
Alumbrándome de intento
hasta el trono para ir,
va sin cesar de lueir
la antorcha de mi destino;
y pues él me abre el camino,
hoy al trono he de subir.

Águila real, a quien sobra
en las garras el poder
su jaula para romper,
y al instinto que en ella obra
viento y libertad recobra,
se remonta sin parar,
y se remonta sin parar;
voy a remontar mi vuelo
del real dosel hasta el cielo
donde tengo mi lugar.

Allí, desde más altura
la tierra a los pies se mira;
allí un aura se respira
más vivífica y más pura.
Desde allí puede segura
la vista osada seguir
el vuelo del porvenir;
y allí puede el alma fiera
decir a la tierra entera:
sólo reinan es vivir.

¿Y qué falta a mi ambición
para asaltar el dosel?
Derechos me dan a él
mi estirpe y mi corazón.
El pueblo me da ocasión,
mi afán no me da vagar,
el tiempo me da lugar,
el destino me da aliento,
la fortuna alas y viento...
¡Eal, morir o reinan.

ESCENA III

RODESINDA, ERVIGIO

ROD. Ven, Germano.
ERV. ¿Bebió?
ROD. Sí.
ERV. ¿Quién le dió el líquido?
ROD. Yo.
ERV. ¿Tú misma?
ROD. Yo misma fui.
ERV. ¿Y qué efecto le surtió?
ROD. Una hora después dió en tierra.
ERV. ¿Cómo?
ROD. Sin sentido, inermemente.
ERV. ¿Y desde entonces?
ROD. Aún duerme;
ese pabellón le encierra.
ERV. ¿Le vió Romualdo?
ROD. Un momento.
ERV. ¿Y qué dijo?
ROD. Que de más
bebió tal vez. Ya verás;
por mí has de quedar contento.
ERV. ¿Y tú misma recibiste
de Romualdo el agua?
ROD. Yo.
ERV. ¿La fiaste a alguno?

ROD. No.
 ERV. ¿Bien segura la tuviste?
 ROD. Todo el día en mi aposento cerrada estuvo; en mi mano la llave de él, y el nubiano no se separó un momento de su lindel en mi ausencia.
 ERV. ¿Y él no pudo...?
 ROD. ¿Estaba acaso en tal secreto? Ni el vaso vió ni tocó.
 ERV. ¿En su presencia bebió el rey?
 ROD. Como es costumbre antigua de Wamba y mía, a la mesa nos servía con esclava mansedumbre. Mas ni a los vasos llegó, ni con el rey le dejé solo un punto: yo escancié al rey y servíle yo. Él de apearse acababa, yo de comer concluía: cansado él y hambriento estaba, yo de más, y le servía.
 ERV. ¿Y el nubiano?
 ROD. Sonreía detrás de él, y me miraba.
 ERV. No fío en él.
 ROD. La alegría embargado le tenía: la libertad esperaba que yo ofrecido le había. Ya está libre.
 ERV. Y tú perdida.
 ROD. Sí, por cierto, que sabe: mas va a ser muerto como un sabio, a la salida.
 ERV. ¡Ah!
 ROD. ¿Y Toledo?
 ERV. En mi poder.
 ROD. ¿Del rey acampaste fuera la gente?
 ERV. Y Toledo entera, vendrá aquí al amanecer.
 ROD. ¿Y a qué?
 ERV. A mover un tumulto que a los dos nos justifique.

ROD. ¿Y cómo?
 ERV. Pidiendo a bulto, por si está cuerdo, que abdique. Del vulgo costumbre necia tal vez; mas en cuenta toma que así obró el vulgo de Roma y así el de la sabia Grecia. La política hará aquí su papel, diestra y sagaz; como ignorante, tenaz, hará coro el vulgo allí. Y por doquier que se tuerza la suerte, en la ocasión crítica, si pierde aquí la política, allá ganará la fuerza.
 ROD. ¿Y otro peligro no habrá?
 ERV. No temas: en conclusión, saldremos luego al balcón y allí nos victorearé. Ya está todo así dispuesto, y el pueblo tan a mi mano, que si no despierta insano, se despertará depuesto.
 ROD. De todos modos lo fuera.
 ERV. ¿Por qué?
 ROD. Porque ya es inepto para reinar.
 ERV. ¿Por efecto de qué?
 ROD. De la cabellera.
 ERV. No te comprendo.
 ROD. ¿No son los Concilios nuestras leyes?
 ERV. Sí.
 ROD. Pues nos dan, como a reyes, sus decretos protección.
 ERV. Expílicate.
 ROD. Lee, Germano, con ojos y vida entera: lee la decisión tercera de un Concilio toledano. *(En un libro abierto sobre el escritorio.)*
 «Nadie de origen servil, ni raza a godos extraña, podrá ser rey en España: ni el que por delito vil perdido haya su nobleza: ni el que en cualquier ocasión, por pena o por devoción,

«se motile la cabeza.»
 Pues bien; como de repente
 (Representando.)
 adoleció, y por difunto
 se le tuvo, en aquel punto
 el hábito penitente
 se le vistió a su demanda,
 y al filo de la tijera
 dió su noble cabellera,
 como la Iglesia lo manda.

ERV. ¡Oh!... Extraña idea.

ROD. Feliz.

ERV. ¡Diabólica!

ROD. Peregrina:
 de la astucia femenina
 pasada por el tamiz.

ERV. Mucho sabes.

ROD. Da el amor
 ciencia infusa a quien bien ama.

Se alzaré, pues, de la cama
 monje o loco: no hay temor.

Mas ya concluyó la arena
 de correr, y hora ya es

de despertarle.

ERV. Hazlo, pues.

Ya está esa cámara llena
 de nobles y cortesanos

que al recibir tu mensaje
 en mi compañía traje.

ROD. También van ya los villanos

(Al balcón.)

agrupándose en la plaza.

ERV. Esparcí por la ciudad
 de su grave enfermedad

la nueva.

ROD. ¿Nada embaraza
 tu plan ya?

ERV. No, si bebí; de
 Romualdo, de su bebida

me responde con la vida.

ROD. Del beber respondo yo.

ERV. ¿De ese modo...?

ROD. Es cosa hecha.

(Interrumpiéndole.)

Voy a apartar de su sueño
 las tinieblas del beleño.

ERV. El tiempo, pues, aprovecha
 antes que el tósigo ejerza
 más daño que el que queremos.

ROD. Y hoy, Germano, reinaremos,
 por mi astucia o por tu fuerza.

Yo el cetro te voy a dar.

ERV. Tú sola lo has de tener.

ROD. ¡Mi amor podrás olvidar!

ERV. Nunca; no está en mi poder.

ROD. ¿Contigo iré por doquier?

ERV. Siempre; tu ser vive en mí.

ROD. Yo sólo en tu amor viví.

ERV. Será eterna nuestra fe.

ROD. Yo a todo por ti osaré.

ERV. Y yo moriré por ti.

(Rodesinda descubre los tapices del lecho donde aparece Wamba dormido, sin cabellera y vestido con una túnica de lana blanca, ceñida a la cintura con una correa. Esta túnica será larga hasta los pies, y ancha lo bastante, para que ajustada con el cinto en numerosos pliegues, dé a la figura de Wamba la grave majestad de un anciano en traje talar, y no la ridícula apariencia de un fraile mal vestido. El cabello de Wamba no debe aparecer cortado en cerquillo monacal, sino igual por toda la cabeza. Su barba, erizada, como en los dos primeros actos. La locura que muestra en las dos siguientes escenas es sólo la continua distracción de un hombre débil de juicio, no la sanded estúpida de un imbécil, ni el arrebatado de un loco furioso.)

ESCENA IV

ERVIGIO, RODESINDA, WAMBA

ROD. ¿Señor?

WAMBA. ¿Quién habla?

ROD. Yo soy.

Rodesinda.

WAMBA. ¿Qué me quieres?

ROD. ¿Te sientes bien?

WAMBA. ¿De qué infieres

que me sienta mal? Estoy
 como siempre.

ROD. ¿Más tranquilo

estás ya?

WAMBA. He tenido el sueño
 más dulce y más halagüeño

de mi vida. Cuando el hilo de su fantástica historia cobre, te lo he de contar, y sé que te ha de admirar.

ROD. No fatigues tu memoria.

WAMBA. ¿Fatigarla? No es tan largo para causarme fatiga.

ROD. Señor, fuerza es que lo diga, tu sueño ha sido un letargo.

WAMBA. ¡Un letargo!

ROD. Sí, has caído en él poco ha de repente, sin sentido enteramente.

WAMBA. Pues, señor, no lo he sentido. Mas parece que es de día, y dormir tanto es mal hecho en un rey. Quitate.

(Intentando levantarse.)

ROD. ¿El lecho

vas a dejar?

WAMBA. Sí, a fe mía.

¿Qué dirían en Toledo de mi pereza si no?

ROD. ¿Quiéres que te ayude?

WAMBA. No, por cierto, yo solo puedo.

(Se levanta como distraído.)

¡Hola! ¿Aquí estás tú, Germano?

Seas siempre bien venido; ningún día has acudido a palacio tan temprano.

Pero, ¿qué ropas son éstas? (Mirándose.)

ROD. Señor, te vimos tan mal, que creyéndote mortal

te las pusimos.

WAMBA. Bien puestas, si tal creisteis.

ROD. Así ¿no te enojas?

WAMBA. ¿Enojar? Con volverlas a mudar

se compone, ¡pesiamil!

Mas ¿qué es lo que te entristece?

¿Que me las quite? En buen hora.

Llevaré éstas desde ahora lo mismo da. Si os parece que me van éstas mejor,

no haya por ello disgusto, yo estoy con ellas a gusto,

conque adelante. En rigor, nada hace al hombre el vestido cuando el hombre es de provecho.

(Se sienta en el escritorio en actitud de trabajar.)

Hagamos algo.

ERV. Esto es hecho. (A Rodesinda.)

ROD. Es asunto concluido. (A Ervigio.)

¿Señor? (A Wamba.)

WAMBA. ¿Qué?

ROD. ¿Vaste a poner tan temprano a despachar?

WAMBA. ¿Pues quién ha de gobernar?

ROD. Te hará mal.

WAMBA. ¿Cómo has de ser!

ROD. ¿Cómo sientes la cabeza?

WAMBA. Perfectamente: más pura que nunca, y con más firmeza

la razón; con más soltura la razón, a mi ver, el cuello,

manejo, a mi ver, el cuello, y aun siento menos pesada

la frente, y más despejada. (Al pasarse la mano por la frente no halla

la melena.)

Pero calla, ¿y mi cabello?

ROD. Señor...

WAMBA. Vamos, la melena no es conveniente a este traje,

y adiós la mía..., ¡buen viaje!

(Se pasa la mano por la cabeza, riéndose.)

¡Motilón! Enhorabuena.

(Ervigio y Rodesinda le contemplan atentamente. Wamba los mira pasando la

vista de uno a otro.)

Pero turbados sospecho que os halláis. ¡Fuera temor!

Si es que de mí algún favor deseáis, dadlo por hecho.

(Otro momento de silencio.)

Pero, ¡ah! Ya caigo..., os amáis tal vez, y uniros supongo que anhelaís..., Bien; no me opongo

tampoco; cuando queráis. (Fija otra vez la atención en los pergaminos del escritorio.)

ROD. (Admirable fué el beleño.)

(A Ervigio.)

ERV. (El seso tiene perdido.)
(A Rodesinda.)
ROD. ¡Qué atable y qué comedido
(A Ervigio.)
ha salido de su sueño!
WAMBA. ¿Qué hacéis ahí? Concluid,
o me vais a impacientar;
si algo me tenéis que hablar,
hacedlo, si no, salid.
(Ervigio se acerca a él con seguridad y le dice.)

ERV. Señor...
WAMBA. ¡Hola! ¿Eres tú al cabo
el que echa a la mar el cable?
ERV. Alguno es fuerza que os hable
franco y amigo.
WAMBA. Te alabo
la amistad y la franqueza,
Germano; pero, ¡pardiez!,
háblame algo de una vez.

ERV. Pues escuchad.
WAMBA. Pues empieza.
ERV. Enfermedad repentina
de tal manera os postró
esta noche, que os juzgó
cadáver la medicina.

WAMBA. Pues bueno; si los empíricos
me han dado ya por difunto,
de que digan es asunto
la misa y los panegíricos.

ERV. Es que el pueblo, que ha creído
que erais muerto, se juntó
al punto, rey eligió
que os suceda.

WAMBA. Pronto ha sido;
pero bien.
ERV. Y dos al par
no puede haber.

WAMBA. Pues, por Dios,
que es claro; uno de los dos
tiene el cetro que abdicar.

ERV. Vos. (Con firmeza.)

WAMBA. Pues bien, yo.
(Con indiferencia.)

ERV. ¿Estáis dispuesto (Con asombro.)
a ello?

WAMBA. ¿Pues no? Al instante.

ERV. ¿Y a declararlo delante
de la corte?

WAMBA. Por supuesto.
ERV. ¿Y el acta que os den escrita
a firmar?

WAMBA. Pues ya se ve:
¡vaya si la firmaré!
Doble, si se necesita.

Pero habláis de una manera
hoy..., parece que os extraña
todo. Me dices que España
conviene en que yo me muera;
pues bien, que me dé por muerto.
Me dices que el cetro abdique;
pues bueno. Que ratifique
la abdicación; sí, por cierto.

¿Qué hay, pues, para que te espantes?
Me ungisteis rey en Toledo:
bien. Me quitáis. Pues como antes:
Wamba fuí, Wamba me quedo.

(Se echa a reír y vuelve a quedarse distraído. Ervigio le contempla de reojo y receloso.)

ERV. (O está por demás insano,
o está demasiado bueno:
pero ya todo es en vano;
mi fuerza o la del veneno
te han puesto, al fin, en mi mano.)

(Saca del pecho un pergamino.)
Firmad, pues. (A Wamba.)

WAMBA. ¿Que firme?

ERV. Sí.
WAMBA. ¿Qué es ello?

ERV. La abdicación.

WAMBA. ¡Ah!, sí. ¿Y en quién la elec-
ción recayó del pueblo?

ERV. En mí.

WAMBA. ¿En tí?

ERV. En mí, sí.

WAMBA. Que me place;
con eso y con que os caséis...

ERV. Lo estamos ya.

WAMBA. Pues lo habéis
acertado. ¿Y qué se hace
ahora de mí?

ERV. El pueblo, atento
al bien de vuestra alma...

WAMBA. Es justo.
ERV. En el reino, a vuestro gusto
os da a elegir un convento,

WAMBA. Bueno. Ayer rey. Monje hoy...
El abad del de Pampliega
es mi amigo.

ERV. No se os niega
la elección.

WAMBA. Pues allá voy.

ERV. Mas firmad antes.

WAMBA. ¡Ah!, sí.

(Firma.)

Wamba, diez y ocho... Toledo...
Toma.

ERV. Bien.

WAMBA. Wamba nació,

(Frotándose las manos como insensato.)

Wamba soy, Wamba me quedo.

ROD. ¡Precioso filtro en verdad!

(A Ervigio.)

ERV. Sí.

(A Rodesinda.)

ROD. No des tiempo a peores

efectos.

ERV. Abre.

(Rodesinda abre las puertas de la cámara,
diciendo a los de fuera:)

ROD. Señores,

el rey lo permite, entrad.

ESCENA V

WAMBA, ERVIGIO, RODESINDA, GALTRICIAS,
ROMUALDO, Cortesanos

ERV. Nobles e ilustres godos; los desti-
[nos

de la tierra el Señor tiene en sus manos:
Él rige los imperios a su antojo

y trastorna la faz de los Estados.

Las continuas fatigas de la guerra,

y del gobierno los penosos cargos;

en la edad avanzada del monarca

su natural salud menguaban.

Hoy, en las altas horas de la noche,

por repentina enfermedad postrado,

sin sentidos dió en tierra, y de su vida

desesperó la ciencia de los sabios.

La Iglesia, de su alma cuidadosa,

atavió al cuerpo para el viaje santo

desde el trono al sepulcro, y manos sa-

[cras

su cabellera noble motilaron.
Reunidos vosotros con el pueblo,
muerto creyendo al rey, y al resultado
no queriendo exponeros de otra guerra
por la nueva elección, por voluntario
voto, de Recesyinto a los parientes
el cetro de los godos habéis dado:
cumpliendo a par el postrimer deseo
que aquel piadoso rey mostró expirando.
Quiso el Señor tornar a la existencia
al victorioso Wamba, y por tan raro
modo, se halló la España con dos reyes,
pronta tal vez a dividirse en bandos.
Mas Wamba entonces, a la paz atento
y a la libre elección de sus vasallos,
con alto ejemplo de virtud sublime
y de heroísmo regio y sobrehumano,
la corona abdicó: y al santo traje
con que la Iglesia le vistió, obligado
viéndose, cambia humilde el regio alcázar
por la tranquila soledad del claustro.

He aquí su abdicación: he aquí la hija
de Recesyinto; y de su raza vástago,
he aquí que a llamar vais desde este día
el rey Ervigio al capitán Germano.
Señor, si es ésta la expresión exacta

(A Wamba.)

de vuestra voluntad, testificarlo,
como pide la ley.

WAMBA. ¿Si es cierto, dices?
¿No lo he firmado?

ERV. Sí.

WAMBA. Pues está claro.

ERV. Señores, mis secretas intenciones
conoce ya el deán, mi secretario.

A él os remito. De mi real tesoro
tiene las llaves: para el pueblo franco

está: pregonen mis heraldos regios
mi advenimiento al trono: el aparato

de mi coronación se apreste al punto.
Hoy me ungré en la catedral; y en tanto

que reúno, cual debo, los Concilios,
comience con festejos mi reinado.

Wamba, débil aún de su dolencia,
reposo necesita: retiraos.

Su juicio todavía muy seguro
no está.

(Wamba se echa a reír saliendo de la dis-
tracción en que cae siempre que no le

dirigen la palabra, y mira a todos como quien los ve por primera vez. Las risas de Wamba deben manifestarse como consecuencias de sus íntimos pensamientos, y extrañas al parecer a toda exterior excitación.)

WAMBA. ¡Hola! ¿Aquí aún? ¿No he ya? ¿Qué esperáis?... ¡Mas, ah!... de la [abdicado] memoria se me iba ya. ¡Ocasión más oportuna...! Sí, sí: esperad, y os contaré una historia de otro rey..., ¡gran leyenda...! ¡Oh, la [fortuna] no siempre en los alcázares habita!

Lo vais a ver. Prestadme oído atento, porque atención mi historia necesita, y gusto que me escuchen cuando cuento.

ERV. (¿Qué va a decir?)

GALT. Oigamos.

ERV. Agravante (A los cortesanos, recatándose de Wamba.) síntoma es de su mal, según los sabios.

ROM. (Idem.) Tal vez delire dentro de [un instante].

ROD. (Tengo el alma pendiente de sus [labios])

WAMBA. Fué un rey, el mejor rey. Su [augusta esposa,

modelo de virtud, era la llave del arca de su noble y generosa

bondad: los dos, cuanto en mortales cabe.

Veintiún años reinaron: en su espacio, de conyugal amor ejemplo, objeto

en su reino, su corte, y su palacio, fueron de admiración y de respeto.

Su siglo los juzgó por los mejores esposos..., pues fiad en la apariencia.

El mismo rey me lo contó, señores, y os lo voy a contar en confidencia.

Una noche aquel rey entró en la estancia de su esposa real, torvo, y perdida

la color... y la esposa, estremecida cayó a sus pies, y... el rey, con la arro-

[gancia] de juez, la dijo en ronca voz: «Lo mismo divide a dos esposos la distancia

de un muro, que un desierto o un abismo.

Allí yo, y aquí vos. Entre lo hecho

y los ojos del mundo, haya una venda col tendida; la verdad en nuestro pecho quede, y jamás el mundo la comprenda.» Y así fué. Juntos siempre, mas extraños siempre uno a otro, en dicha mentirosa vivieron uno... dos... hasta diez años, ¡la reina sin rey, esposo sin esposa.

Y luego el rey... a la miseria humana sujeto... ansió venganza... y al imperio cedió de otra pasión..., pasión villana, embozada en las sombras del misterio.

(Se echa a reír.)

Siempre el mundo fué así... ¡Oh!, es muy [bella] historia.

GALT. El infeliz está sin tino.

(A Ervigio.)

ERV. Su historia lo dirá. (Sombrio.)

ROD. (No sé qué en ella de siniestro y de lúgubre adivino.)

WAMBA. Atended ahora bien: ya ha- [béis oído]

que no está mi cabeza muy segura, y cualquier distracción, o en mí un des-

[cuido], puede hacer mi leyenda un poco oscura.

Era otra noche, y de ella en alta hora, cuando en un oriental rico aposento,

tenía en un cojín cómodo asiento un hombre. De la estancia la señora

sonreíale amante, y cerca de ellos, sobre la blanda y arabesca alfombra,

una niña gentil, de sus cabellos pugnaba por asir la móvil sombra.

Era un risueño cuadro de familia; mas... cual la sombra de Daniel airada,

de Baltasar en la fatal vigilia, turbóle aparición inesperada.

Otra mujer, de rostro más enjuto, de beldad más severa, en su semblante

como en sus ropas arrastrando luto, aparecióse de los dos delante.

«La balanza está igual desde este día (dijo a aquel hombre la mujer sombría):

de mi falta, diez años penitencia hice yo: hoy la venganza me convida,

mas ofrecerte importa a mi conciencia, venganza no, satisfacción cumplida.

Dios perdonó; a su ejemplo perdonemos:

los dos a esta mujer olvidaremos: si me perdonas tú, yo la perdono. La hija de vuestro amor, lo será mía; ministro eterno de tu justo encono, estaré ante mis ojos noche y día. Mi honor cubrirá el tuyo eternamente, pero desde hoy en mí tu alma severa vea sólo la esposa penitente; mayor expiación, quién me impusiera? Calló aquella mujer, tembló aquel hombre comprendiendo el sublime sacrificio, e indigno vió de hidalgos de buen nombre dar a tal corazón tan vil suplicio.

«Sí, sí (exclamó aquel hombre): ¡Dios te

[envíal
Tú derramas la luz sobre mi mente; tu alma grande engrandece el alma mía. Mi honra a tu amor sacrificó inclemente: sacrifica a tu honor a esa judía.»
Porque aquella mujer era una hebrea; hebrea, sí, con cuya unión se infama quien cede a su amor vil, sea quien sea: y aquel hombre era un rey, y aquella enlutada, una reina, y yo la tea [dama soy que ilumina el tenebroso drama. Yo soy la tea a cuya roja lumbre, escrito en la mitad de un pergamino, va este secreto a leer la muchedumbre, si a lo escrito sobre él mi luz inclino.

ROD. Un momento, señores, un mo-

[mento.
ERV. Dispensad; ya os lo dije, está de- el infeliz. [mente

ROD. Salid del aposento.
(Salen todos: Rodesinda y Ervigio cierran las puertas.)

ESCENA VI

WAMBA, ERVIGIO, RODESINDA

WAMBA. Creo que comprendéis perfec- [tamente
que cuerdo el loco está: que su destreza vuestra astucia burló, pues que en su seno del mulsumán Alf no entró el veneno, y que en su mano está vuestra cabeza.
(Ervigio y Rodesinda van a hablar y Wamba les interrumpe.)
¡Ni una palabra!... Reino todavía.

¡Eal, ley del talión: mano por mano y deshonor por deshonor... ¿La valla de vuestra fe saltáis? Salto la mía.
¿Me la ofrecéis? Acepto la batalla.
¿Rey me ultrajáis? Me temblaréis tirano. Tú tienes la mitad de una escritura: yo la otra. Tú ahí mi trono tienes: yo aquí vuestra deshonra... ¡Oh! Mi lo- [cura
me inspiró conservar con cuerdo instinto, del porvenir versátil en rehenes, la mitad del papel de Recesvinto. Oíd.

(Lee Wamba: Rodesinda y Ervigio siguen con la vista su lectura sobre el pergamino.)

«Voy a morir. Wamba, tú sabes
(Leyendo.)

»mi secreto. En tus manos está todo; »con póstumo delito no me graves:
»mi honra pospón al bien del pueblo godo.
»De la reina jamás sepa la historia »el mundo: contra ti tan sólo arguya.
»Penitente miró por mi memoria:
»yo velaré al morir por la honra suya.
»Wamba, que la hija mía se dirija »quiero por ti. Si es digna de mi trono »y honra a su estirpe, cual de reyes hija, »reine, y tenga la reina en ella abono.
»Esta es mi voluntad; nadie reclame.
»Wamba, si es noble sangre de la mía, »reine, hija de ambos; mas perezca infame »si sólo es sangre de la vil judía.
»RECESVINTO.»

Es el rey de mi leyenda,
(Representando.)

la enlutada la reina, y tú el infame retoño de la hebrea. ¡Infamia horrenda sobre el cristiano que tu fe reclame!

ROD. y ERV. ¡Ah!
WAMBA. Bien hicisteis en echar la gen- [te
fué de sana razón leal consejo, porque soy una tea cuya llama pálida luz en torno desparrama, y habéis palidecido a mi reflejo. Habéis hecho muy bien; nunca es prudente que alumbré a los serviles cortesanos la luz que de sus reyes a la frente saca la palidez de los villanos.

ROD. Pues bien: para vencer, te falta [un poco todavía: y si esperas que la tea que ilumina la historia de la hebreá lucirá un día más, si que estás loco.]

WAMBA. ¿Y quién la apagará?

ROD. Los que extinguida necesitan tu luz, muda tu boca: los que contigo juegan trono y vida y en cuya mano estás.

WAMBA. ¡Miserá local!

Desde hoy, de su palacio en el recinto, aquí tú y allí yo, dirá el esposo:

¡el silencio o la tumba!, y por instinto un velo tenderás bien tenebroso sobre la tumba real de Recesvinto.

(Vivas, músicas y tumulto dentro.)

Mas he ahí a vuestro pueblo.

VOCES (dentro). ¡Viva Ervigio!

WAMBA. Y es, a fe mía, la ocasión famosa para doblar con él vuestro prestigio.

(Se adelanta hacia el balcón.)

ERV. ¡Wambal!

WAMBA. ¡La tentación es poderosa!

(Deteniéndose.)

¿Qué dirían los cuerdos si el insano por el balcón, al popular instinto hoy entregara con airada mano la mitad del papel de Recesvinto?

¿Qué los reyes dirán cuando les llame, ante sus leyes la venganza mía, cuentas a dar de la coyunda infame del noble godo con la vil judía?

¡Oh!, lo vamos a ver.

(Llega al balcón y pone en la jalleba.)

ROD. ¡Señor, detente!

(Aterrada.)

ERV. ¡Respetá de los muertos la memoria,

(Id.)

ministro del furor omnipotente!

WAMBA. ¡Gracias a Dios que comprendéis mi historia!

(Quitándose del balcón.)

Al fin, aunque tenido tan en poco y atropellado con furor villano, apeláis al honor del pobre loco...

Y habéis hecho muy bien, no será en vano.

De vuestros ojos, pues, caiga la venda. Dios sabe nada más lo que yo he hecho, y Dios de mi conducta satisfecho está. Voy a explicaros mi leyenda. Conozco bien desde el primer instante

(A Ervigio.)

tu ser, nombre y origen. En tu vida distes un paso sin que yo delante caminara de ti: ni una guarida tuya se me ocultó: ni un pensamiento tu mente concibió, sin que la mía no te le sorprendiera en el momento: doquiera he sido tu perpetua espía.

Te protegí en Escandia; a Rodesinda con uno y otro engañador prodigio te dejé fascinar: ¿cómo deslinda tu razón mi conducta? Por Ervigio te conocía, y te sufrí Germano:

con Paulo en Lusitania conspiraste, y en las ruinas de un templo del romano asistí a vuestras citas: encontraste,

a Toledo volviendo, en tu camino un joyero; era yo: de una cancela y un hombre fiel ayer vuestro destino

fiasteis; yo os hacía centinela; y os espié tenaz, y dobles llaves di a Hassan, que fué mi sombra noche y

[día, y todos vuestros planes conocía, y evité vuestros crímenes más graves.]

Peró, ¿por qué desde el primer momento en que llegué a entender vuestras vilezas no derribé a mis pies vuestras cabezas? Porque hice a Recesvinto un juramento.

Sí, mi conducta comprended entera, mas nunca la expliquéis: no nos conviene. Fiada a mí la voluntad postrera

de Recesvinto, a que la cumpla y llene mi honor me obliga y mi virtud severa.

«Dale el trono», me dijo; ya lo tiene: uniros me mandó, ya estáis unidos; los votos de mi rey están cumplidos.

¡Pardiez! ¿No os extraño que de los godos estuviera el tirano, desde luego, desvelado y alerta contra todos

y sólo contra vos dormido y ciego? Tal soy, y tal obré: los raros modos jamás digáis por que el poder os lego:

si a vuestro corazón quitáis la llave,

Dios solamente nuestra historia sabe.
 Conocedme por fin. La soberana
 potestad os entrego. Yo prefiero
 morir tranquilo en soledad cristiana.
 Mío es el cetro aún, mas no lo quiero:
Wamba es más grande que la gloria hu-
mana
y prefiere a ser rey ser caballero.
 Cumplí con Recesvinto: ya en el trono
 su raza está. Olvidadme y os perdono.
 ¿Hassan? (Llamándole.)

ESCENA ÚLTIMA

WAMBA, ERVIGIO, RODESINDA; HASSAN,
que aparece a la voz de Wamba, por
una puerta secreta que se abre junto a la
alcoba.

WAMBA. Leal siempre ha sido
 (A Rodesinda señalando a Hassan.)

a su señor, y tu ciega
 venganza, como yo ha huído.

ROD. ¡Ah! (Con despecho.)

WAMBA. ¿Está todo prevenido?
 (A Hassan.)

HASS. Todo está.

WAMBA. Pues a Pampliega.

(Wamba, servido por Hassan, se ciñe una
 túnica o traje talar a manera de sobre-
 vesta larga, semejante a las que saquen
 los nobles en los actos anteriores. Esto se
 efectúa en el fondo de la escena, y mien-
 tras, dicen Ervigio y Rodesinda.)

ROD. ¿Le dejas ir?

ERV. Es modelo

de virtud y honor; y escucha:
 tú allí y yo aquí.

ROD. ¡Por el cielo
 santo! ¿Eso a mí? ¿A nueva lucha
 me provocas?

ERV. Yo no lucho;
 (Con altivez.)

mando.

ROD. Y mi orgullo no cede
 jamás.

ERV. ¡Oh! El rey puede mucho.
 (Con ironía.)

ROD. ¡Oh! Más la venganza puede.

(Con ironía.)

(Wamba, transformado su traje y dispuesto
 a partir, baja otra vez al proscenio.
 Hassan le aguarda en la puerta secreta.)

WAMBA. A Recesvinto juré
 (A Rodesinda.)

velar por ti, y le guardé
 fidelidad. Cuando Dios
 nos llame a juicio a los dos,
 yo de mí responderé.

Escucha, Ervigio, un consejo.
 (A Ervigio.)

Me hicisteis rey a estocadas;
 y si hoy el trono no dejo,
 me echáis de él a puñaladas;
 tómame, pues, por espejo.

ERV. Señor, virtud de gran precio
 te otorga Dios: pronto estoy
 si quieres...

WAMBA. No soy tan necio:
 (Interrumpiéndole.)

guarda el poder que te doy;
 lo conozco y lo desprecio.

VOCES (dentro). ¡Viva Ervigio!
 ¡Viva!

WAMBA. Ahí fuera
 creo que el pueblo os espera.
 Como loco, a darle voy
 mi despedida postrera.

(Se asoma al balcón, tomando la corona,
 que lo mismo que el mant. real habrán
 estado todo el acto a la vista sobre un
 mueble.)

VOCES (dentro). ¡El loco! ¡El loco!

WAMBA. Yo soy.

(Mostrando la corona.)

Vedla aquí. De mi cabeza
 la quitan sólo mis brazos.

Pero aplaudid mi largueza:
 me la disteis en pedazos

y os la vuelvo en una pieza.

(Tira la corona por el balcón, soltando una
 carcajada, y cierra.)

VOCES (dentro). ¡Bien! ¡Bien!

WAMBA. Yo tomo el camino

(A Ervigio.)

de Pampliega. Tan escaso

LA REINA Y LOS FAVORITOS

(PRIMERA PARTE)

DRAMA EN TRES ACTOS 24

PERSONAS

DOÑA LUISA DE GUZMÁN, reina
regente de Portugal.
EL CONDE DE CASTEL-MELHOR.
DON LUIS DE SANDOVAL.
EL REY DON ALFONSO VI DE POR-
TUGAL.
ANTONIO CONTI VINTIMIGLIA.

DOÑA AURORA DE MOLINA.
JULIANA.
GIL.
TRISTÁN, negro.
UN JEZ.
RONDAS Y EMBOZADOS.
SOLDADOS.

La escena pasa en Lisboa, año 166 de N. S. J. C.

ACTO PRIMERO

Plazuela de Lisboa. A la derecha, una casa con puerta y ventana baja practicable. A la izquierda, una iglesia en cuyo pórtico o peristilo pueden ocultarse los personajes unos de otros. En el fondo, una casa: calles a derecha e izquierda.

ESCENA PRIMERA

DOÑA AURORA y JULIANA con mantos, saliendo por la derecha

JUL. Ya estamos en salvo. Aquí nuestra nueva casa está.

AUR. Alguno sigue quizá nuestra huella.

JUL. A nadie vi, aunque volví, doña Aurora, la cabeza a cada paso.

AUR. ¡Sospechado habrán acaso la mudanza!

JUL. Estad, señora, descuidada; ni el casero sabrá que ya nos habitamos su casa, pues conservamos las llaves.

AUR. ¿Y el caballero que esta noche ha de volver?

JUL. Allí está Gil, que, maestro en cuentos, le sabrá diestro engañar o entretener hasta que tengáis respuesta de don Luis o el cardenal.

AUR. ¡Mal haya el que a Portugal nos trajó!

JUL. La casa es esta:

entremos pronto, señora,
y cerrémoslos con llave.

AUR. ¿Mas Gil, donde estamos sabe?

JUL. Sí sabe; y a cualquier hora
que venga, en esa ventana

le he prevenido que toque
para que no me equivoque.

AUR. Dios nos proteja, Juliana.
Entremos.

JUL. Pasad.

AUR. Y cierra.

JUL. Por supuesto: con cerrojo,
llaves y tranca, ¡pues flojo
es el apuro! *(Entran y cierran.)*

ESCENA II

CASTEL-MELHOR; después tres HOMBRES

CAST. La tierra
me vienen ganando; y ellas
de aquí pasar no han podido;
ellos mi rastro han perdido

tal vez, pero yo sus huellas...
Dos casas sólo hay aquí

y el sitio sé: por ahora
me salvo, y en mejor hora

volveré.

HOMBRE 1.º Miradle allí.

SEGUNDO. ¿Es él?

PRIMERO. ¡Vaya! No ha podido
ir más que por esa oscura

calleja, y su embocadura
de vista no hemos perdido.

(A Castel-Melhor.)

Gracias a Dios, buen hidalgo,
que os parasteis.

CAST. Una hora ha
que estoy parado.

PRIMERO. ¿Quizá
se os perdió por aquí algo?

CAST. ¿Y a ucedes?

PRIMERO. Nadita más
que vuestra persona; y pues

os vemos, pérdida no es,
sino hallazgo. Conque...
(Va hacia él. Castel-Melhor le pone al pe-

cho la espada.)
CAST. Atrás.

PRIMERO. ¿Es valiente?
CAST. Lo que sobra

para ellos.

PRIMERO. Tema tenemos
en conoceros.

CAST. Veremos.

PRIMERO. *(a los suyos.)*
¡Eal Manos a la obra. *(Rüñen.)*

Buen brazo: mas, vivo o muerto,
el rostro os hemos de ver.

CAST. Lo que es vivo no ha de ser.

PRIMERO. Pues os entierran, de cierto.

ESCENA III

DICHOS; DON LUIS, por la izquierda

LUIS. ¿Tres contra uno? ¡Ah villanos!
¡Valor, hidalgo!

(A Castel-Melhor, poniéndose de su parte.)
CAST. En buen hora

llegáis.

PRIMERO. ¡Por Nuestra Señora!
Creo que son castellanos.

LUIS. En la mano lo podréis
conocer.

SEGUNDO. ¡Ay!

LUIS. ¡Firmel Así. *(A Castel-Melhor.)*

TERCERO. Herido estoy; ¡ay de mí!

PRIMERO. ¡Fuera! *(Huyen.)*

LUIS. ¡Oh! Todos no os iréis.
(Siguiéndolos.)

ESCENA IV

DON LUIS, CASTEL-MELHOR

CAST. Caballero, si acertar
(Deteniéndole.)
queréis, no vayáis en pos

de ellos.

LUIS. Vayan, pues, con Dios.
¿Herido estáis?

CAST. A no estar
vos tan pronto, en la contienda
soy muerto.

LUIS. ¿Tal os querían?

CAST. Con esa intención venían.

LUIS. Salvaos, pues.

CAST. Buena prenda
llevan de vuestra bravura,
para que intenten volver
por ahora.

LUIS. Ha de tener
alguno una picadura.

CAST. Y a mí guardar me interesa
breves momentos el paso
de esta plazuela.

LUIS. En tal caso,
que os guarde Dios.

CAST. Con tal priesa,
caballero, no os iréis
sin que sepamos primero...

LUIS. Imposible, caballero.

CAST. Castellano parecéis
en el habla y en el traje,
y en un país enemigo
no os estorbará un amigo
pronto a servirlos.

LUIS. No a ultraje
lo toméis, ni a menosprecio;
mas me conviene guardar
el incógnito.

CAST. A él osar
pudiera tan sólo un necio
o un villano: mas yo os debo
la vida, y deuda sagrada
es, que quisiera pagada
ver. Otro interés no llevo,
cuando acaso os importuno,
que el de pagárosla; así,
por si algo queréis de mi
exigir en tiempo alguno,
guardad, si no os embaraza
en la memoria, señor,
al conde Castel-Melhor,
número diez, en la plaza.

LUIS. ¡Castel-Melhor! ¿Oí mal?

CAST. No, sino bien.

LUIS. ¡Dios me ayudad!

¿Carta tuvisteis sin duda
del cardenal Sandoval?

CAST. ¡Hidalgo!

LUIS. No receléis
nada: otra yo para vos
traigo de él.

CAST. ¿Venís en pos
de una dama?

LUIS. Sí; sabéis
de ella?

CAST. No lo afirmaré:
mas sospecho que quizá
con ella di.

LUIS. ¿Por vos yap
no está amparada?

CAST. No, a fe:
Hasta hoy no vino en mi auxilio
la suerte. Desde que ha muerto
su padre, no tuvo cierto
esa dama domicilio.

LUIS. ¿Cómo?
CAST. Tres veces mudó
de casa, sin que consiga
saber qué es lo que la obliga
a tal movimiento.

LUIS. No
alcanzo de semejante
conducta la causa; pero
que debe de haberla infiero,
por el tono suplicante

en que escribe al cardenal,
que vea de cualquier modo,
atropellando por todo,
sacarla de Portugal.

Para que yo desdé luego
en Lisboa entrar pudiera,
logró del rey que me diera
para la regente un pliego.
Yo, fiando sólo en mí,
de buscaros con destino,
tomé al instante el camino
de Lisboa, y heme aquí,
en vuestras manos.

CAST. Yo estoy
en las vuestras; mas espero
que no extrañéis, caballero,
lo que a preguntaros voy.

LUIS. No a fe: mas vengo tal cual
instruído, y adivino
la pregunta: soy sobrino
del cardenal Sandoval.

CAST. No me previno este honor
vuestro tío.

LUIS. Remitid
cumplidos, y permitid
que a vuestra amistad se ofrezca,
Luis Sandoval, por más saña

que entre Portugal y España hoy encendida aparezca.

CAST. Don Luis, la guerra no es entre España y Portugal un combate personal de español a portugués; y demostraros espero, pues importa al honor mío, que tiene en mí vuestro tío un amigo verdadero.

LUIS. Dudarlo fuera mancella en mí, que, después de Dios tío, señor conde, en vos.

CAST. Y hacéis bien; mas ¿por Castilla qué dejáis?

LUIS. Nada de nuevo para vos, que sois llamado a los consejos de estado; aunque ocultaros no debo que más que nunca se piensa en atacaros con brío.

CAST. Cual vuestro ataque, confío que ha de ser nuestra defensa.

LUIS. Por lo demás, en Madrid, lo mismo que siempre ahora, se festeja y se enamora y se riñe. Va la lid siguiendo, como aquí, en Flandes y en Italia; sus noticias cuentan unos como albricias, y otros descalabros grandes lloran. Sé baila, se miente y se murmura, y se juega; se aplaude a Lope de Vega y a Calderón; y la gente vive, si no muy contenta, hallada con sus costumbres, tomando las pesadumbres de las venturas a cuenta.

CAST. ¿Y el rey?

LUIS. Quisiera doquier triunfar; los planes propone él, mas Dios los dispone y él dice: «Cómo ha de ser!» La reina quiere algo mal a don Juan de Austria: bastardo le llama, y ocioso y tardo en ganar a Portugal. Pide él lo que ha menester,

le dan lo que no le alcanza; se quejan de que no avanza y él dice: «Cómo ha de ser!» Tal es nuestro estado actual; conque, a pesar de la guerra, por ahora nuestra tierra no somete a Portugal. Se pierde y gana jornada tras jornada: pero al caso viene, y adviértoos de paso que Évora ha sido ganada.

CAST. ¿Ganada?

LUIS. Sin duda alguna

CAST. ¿Y cuándo?

LUIS. Al rayar el día

la guarnición se rendía. Tengo la mala fortuna de ser triste portador de esta noticia fatal.

CAST. Juego es la guerra: da mal un día, y otro mejor.

LUIS. Esta jugada perdida

(Con misterio.)

no fué por fatal destino: traidora mano intervino en los dados: fué vendida.

CAST. ¿Évora vendida?

LUIS. Pruebas

tengo, y en ellas confío, un secreto intento mío para lograr. Pero nuevas necesito: ¿cómo va por Lisboa?

CAST. No muy bien, don Luis: se sigue también con las costumbres de acá. Los ingleses nos ayudan: sueldo, rancho, armas y ropas, les damos, mas vuestras tropas, por lo visto, los desnudan.

LUIS. ¿Y el rey?

CAST. El rey es un mozo todavía.

LUIS. Mas con bríos; en rondas y en amoríos se divierte que es un gozo, según dicen.

CAST. Algo hay de eso: tratáronle desde niño

con excesivo cariño, y ha salido algo travieso.

LUIS. ¡Oh! De él cuentan por Castilla travesuras que, a tener fundamento, debe ser el mozo una maravilla.

CAST. Veo que se sabe mucho en Madrid de Portugal.

LUIS. Es mi tío el cardenal hombre en negocios muy ducho, y ve sin duda muy lejos.

CAST. Y yo en vuestro despejado talento, que os ha guiado con su ejemplo y sus consejos.

Vuestro tío está instruido bien de todo. El italiano tiene al joven soberano ciego, loco, envilecido.

No rey portugués, rey vándalo es nuestro rey don Alfonso: aún es un mancebo intonso y es ya de Europa el escándalo.

No hay vida ni honra segura; de las orgías embriagado sale, y va desatinado corriendo en la noche oscura las calles de la ciudad, entre infames asesinos, asaltando a los vecinos que encuentra en la oscuridad.

Ni hay vicio con que no manche su existencia, ni malvado de sus presídios fugado, que a su servicio no enganche.

Y el autor de todo es Antonio Conti, que el seso le tiene embebidido en eso.

LUIS. ¡Maldecido genovés! Mas, ¿no hay fuerza, no hay ardid para quitar de delante del príncipe a ese tunante?

CAST. Don Luis, ¿se priva en Madrid al rey de sus favoritos tan fácilmente?

LUIS. Es que allí no andan los reyes así con truhanes de garitos: mas perdonad, también mozo

soy, e indiscreto olvidé que os hablaba.

CAST. No hay por qué podéis hablar sin rebozo: pero dejemos la plática si os parece, que interesa que dore bien vuestra empresa vuestra misión diplomática.

LUIS. Sí, a fe: la ocasión es crítica, y hemos insensiblemente hilvanado inútilmente conversación de política. Vamos de aquí.

CAST. Todavía un momento, Sandoval: pues si no me acuerdo mal, hace poco que os decía que juzgaba, salvo error, haber hallado la prenda que buscáis.

LUIS. Sí.

CAST. La contienda de que aquí vuestro valor me sacó con bien, no tuvo más ocasión. La señora que buscáis, siguiendo ahora vine, y aquí se detuvo. En esta plazuela entró, y no pudo salir de ella. Dos calles hay: por aquella vinimos, y no pasó por la otra: en una es de estas dos casas en donde en este instante se esconde.

LUIS. Llamemos en una, pues.

CAST. ¿Y si no es en la que está?

LUIS. Vamos a la otra.

CAST. Es un paso en falso, y se pierde acaso la ocasión. Mejor será...

LUIS. ¿Qué?

CAST. Si hubiera alguna seña que daros a conocer pudiera de ella.

LUIS. A saber si la sirve aún cierta dueña...

CAST. En la casa que ocupaba, tan sólo me han informado de una moza y un eriado.

LUIS. ¿Acaso un viejo que estaba de su padre en casa?

CAST. Sí.
Y la moza es castellana también.

LUIS. ¿Su nombre?
CAST. Juliana.

¿Conocéísla?
LUIS. ¡Pesiamíl!

¡Ya al cabo de todo estamos! Talarearé a media voz un canticio que veloz la hará asomar. Vamos.

CAST. Vamos.
Pero escuchad.

LUIS. ¿Qué hay?
CAST. ¿No oís pasos?

LUIS. Sí, dejad al que es pasar.

CAST. Guarézcianos, pues, ese pórtico, don Luis.

ESCENA V

CASTEL-MELHOR y DON LUIS, *ocultos*; GIL; después CONTI, con dos hombres

GIL. Fuera inútil la tardanza: que lo sepan es preciso para que estén sobre aviso, si queda alguna esperanza.

(Yendo hacia la ventana.)

Llamaré... mas ¡ay de mí! me han seguido.

CONTI. Castellano, disimular es en vano: o hablas, o mueres aquí.

Tu señora en esta casa está, y concertada tienes una señal, pues que vienes a la reja. De hoy no pasa que yo la hable: ponte, pues, en razón; canta de plano; habla o mueres, castellano.

GIL. Pues máteme, portugués.

CONTI. Sí que haré, pero más tarde, después que me haya servido.

Guardádmelo al mal nacido.

GIL. Mas no traidor, ni cobarde.

CAST. (Tened por Dios, si queréis)

(A don Luis, que quiere salir.)
que a la mano se nos venga la fortuna.)

LUIS. ¡Dios me tengal!

CAST. (O se pierde y os perdéis.)

(Idem.)

ESCENA VI

CASTEL-MELHOR y DON LUIS, *ocultos*;

CONTI

CONTI. Por esa mujer está ciego, y, o se la hago ver, o su favor y el poder en su mal humor me va.

Necesito que algo tenga en mí siempre en esperanza, si quiero que mi privanza sobre el agua se mantenga.

En torno de mí la intriga fermenta; y si no consigo el lazo que hasta hoy conmigo por sus caprichos le liga,

apretar; si otro por dolo logra lo que yo no pude, yo mismo, necio, me inmoló y no hay poder que me escude.

¡Oh, no! Por fuerza o de grado la ha de ver. Si él la ocasión no aprovecha, en conclusión, yo a más no me he obligado.

Si el oro al fin no lo allana, pecho al agua. Para todo en arriesgándose hay modo.

Veamos si a la ventana sale alguno, que aunque tenga convenida una señal, en duda de si oyó mal, fuerza es que a enterarse venga.

Intentaré, pues, con maña explorar el campo:

(Mira por la ventana.)

¡Viva!

tienen luz, y a llamar iba el otro, ¡bah! ¿Quién se engaña con datos tales? (Llama y mira.) Mató la bujía para estar

en sombra. Tarda; a llamar
vuelvo.

JUL. ¿Quién?

CONTI. Abre, soy yo,
(Juliana abre la ventana, y se reconocen
uno a otro.)

(La doncella es.)

JUL. (El hidalgo
que va con él. La deshecha
haremos, por si aprovecha
y en limpio sacamos algo.)

ESCENA VII

CASTEL-MELHOR y DON LUIS, ocultos;

CONTI; JULIANA, a la reja

JUL. Vamos a ver, ¿qué se ofrece,
caballero?

CONTI. En vano ha sido
ocultaros: no he perdido
vuestro rastro. Resplandece
siempre el sol de la hermosa
como el sol del firmamento,
y aunque se nuble un momento,
tras los nublados fulgura.

JUL. Mucha poesía es esa
para doncellas, hidalgo:
diga si de mí quiere algo
en prosa, y pronto, que hay prisa.

CONTI. Esquiva es la castellana,

JUL. ¿De Castilla me juzgáis
por el habla? Pues la erráis,
porque soy americana.

CONTI. ¿De qué punto?

JUL. De Quito,
y así, del que no me agrada
me quito pronto.

CONTI. Taimada me habéis
es.

JUL. Lo da el tiempo.

CONTI. Infinito
me place a mí un genio abierto
y me enamora un buen picol.

JUL. ¡Vaya! ¿Es andaluz?

CONTI. Del Puerto:
mas vengo de Puerto Rico.

JUL. Diz que allí llueven doblones.

CONTI. Llover, no; mas de la tierra

cualquiera los desentierra
removiendo los terrones.

JUL. Así tendréis muchos.

CONTI. Tantos,
que el servicio más vulgar
pago con un centenar.

JUL. ¡Válgame todos los santos!

CONTI. ¿Qué te admira?

JUL. Que se atreva
nadie a miraros, que al punto
no se caiga allí difunto
de vergüenza.

CONTI. En ti la prueba
de lo contrario ves clara.

JUL. Es que eso va en condiciones:
yo aliento con los doblones
que me tiráis a la cara,
¡rumboso!

CONTI. Nunca me pico
de pródigo inútilmente,
y me precio de prudente
cuanto me precio de rico.

JUL. Y hacéis bien.

CONTI. Yo jamás hago
limosnas ni beneficios,
pero caros los servicios
que se me hacen siempre pago.

JUL. ¡Feliz quien os sirve!

CONTI. Pues
sírveme tú, y cobrarás
al precio que los demás
que me sirven.

JUL. ¿Y en qué es
en lo que os voy a servir?

CONTI. En una cosa ligera.

JUL. ¿Y honrada?

CONTI. Como se quiera
tomar; sólo, en mi sentir,
hay honra donde hay provecho.
Y aquí hay oro.

JUL. Pues sospecho
que nos hemos de avenir.
Que a mí me place también
la gente franca, que al cabo
sabe uno que da en el clavo
cuando da el golpe.

CONTI. Muy bien
discurre, y en ese caso
a entendernos empecemos.

JUL. Hablad bajo, que podemos tener escuchas acaso.

CONTI. Segura estáis por ahora.

JUL. Ea, pues, ¿de qué se trata?

CONTI. De una hermosura harto ingrata con quien rendido la adora.

JUL. ¿Y quién es esa hermosura?

CONTI. Tu señora.

JUL. ¡Jesucristo!

Vamos claros; ¿habéis visto vos a mi ama, por ventura?

CONTI. Sí, por cierto.

JUL. ¿Y un galán?

hay, a quien su amor aqueja?

CONTI. Sí.

JUL. ¡Ja, ja! Si es una vieja

con más barbas que Abrahán.

CONTI. ¡Una vieja!

JUL. Sesentona,

viuda, coja, y vizecaína.

CONTI. Doña Aurora de Molina.

JUL. Doña Inés de Zarandona.

CONTI. Finges en balde. Hace un mes

que la sigo: nombre, estado,

condición, patria... estudiado

lo traigo, e inútil es

todo efugio: alucinarme

no puedes, y cuando vengo

de ti a valerme, lo tengo

bien meditado. A ayudarme

reducete, pues, y exige

precio.

JUL. Pero, en conclusión,

¿qué hay que hacer? ¿Mi intervención

en esto, a qué se dirige?

CONTI. Un mancebo cortesano,

noble y rico, a doña Aurora,

como un frenético adora,

victima de amor insano.

De su pasión, que ya raya

en insensata demencia,

no hay quien calme la violencia,

ni hay quien a mano le vaya.

Las rondas, los galanteos

y los billetes, han sido

no más que tiempo perdido

en plantones y paseos.

De él huyendo, al parecer,

mil veces habéis cambiado

de casa, mas ha logrado hallaros él por doquier.

El hablarla en parte alguna ha sido presunción vana;

no hubo puerta ni ventana favorable a tal fortuna.

Su amor es firme, sencilló, verdadero: él es amante

noble y galán, y, no obstante, vuestra casa fué un castillo

para su afán amoroso cerrado siempre: pues bien,

fuerza es que razón le den de un odio tan misterioso.

Cuando un galán y una dama son de condición iguales,

quien sufre desaires tales bien de ellos razón reclama;

y el que de tu ama los llora, está decidido a todo,

por llegar de cualquier modo a los pies de doña Aurora.

Por declarar su pasión a la dama en su aposento,

pagar a cada momento de la visita, a doblón.

JUL. Era ocasión peregrina de enriquecerme, y me pesa

que no sea mi ama esa doña Aurora de Molina.

CONTI. Ya te he dicho que es inútil la ficción. A tu señora

conozco, y la doña Aurora en cuestión es: y es tan fútil

la ignorancia que aparentas en el asunto, que raya

en torpeza: conque, vaya, ríndete y echa tus cuentas.

Ello ha de ser, y ha de entrar el mancebo en esta casa:

si es por tí, pide sin tasa; mas si no, te ha de pesar.

JUL. Hidalgo, ya os tengo dicho que equivocódo venís:

mas si tenaz insistís en vuestro necio capricho,

sabed que, aunque se me diera todo el oro que atesora

Portugal, a mi señora

tan vilmente no vendiera.
Id, pues, que es empresa vana,
porque ni amenazas ni oro
han de manchar el decoro
de la noble castellana.

CONTI. Pues bien; dile que enemigo
de Castilla el Portugal,
en buscar aquí hace mal
una castellana abrigo.

JUL. Id, que el pueblo portugués
no hace a las mujeres guerra
villana: aún hay en su tierra
caballeros, pues no lo es
quien obra como obráis vos:
mas si en Portugal no hallamos
quien nos proteja, fiamos
en la protección de Dios.

CONTI. Bueno es que fiéis en ella,
porque solas os halláis
con él, y en mi mano estáis
la señora y la doncella.

JUL. Justicia habrá en Portugal.
CONTI. No contra mí, por ahora.
Prevénselo a doña Aurora,
y ved lo que menos mal
os ha de estar.

JUL. Ya está visto.
CONTI. El mancebo es poderoso.

JUL. Y el honor muy valeroso.

CONTI. Y él audaz.

JUL. Está previsto
su atrevimiento.

CONTI. Aún ignora
con quien bravea la esclava.

JUL. Pues juzgad si será brava,
por la sierva, la señora.

CONTI. Fiera es la virtud villana.

JUL. Así se gasta en Castilla.

CONTI. Todo a la fuerza se humilla.

JUL. Menos la fe castellana.

CONTI. Adiós, pues, las del castillo.

JUL. Con Dios vaya el portugués.

CONTI. Hasta luego.

JUL. Hasta después.

CONTI. ¡Habrá taimada!

JUL. ¡Habrá pillo!

(Cierra la ventana.)

ESCENA VIII

CASTEL-MELHOR y DON LUIS, ocultos;

CONTI

CONTI. A la seducción no cede:
mas mucho en ello me va
y a la fuerza cederá:
todo la fuerza lo puede. (Vase.)
(Don Luis quiere seguirle. Castel-Melhor
le contiene.)

CAST. Teneos ¡por San Andrés!

LUIS. Dejadme.

CAST. Va bien cogido,
don Luis.

LUIS. ¿Le habéis conocido?

CAST. Sí.

LUIS. ¿Quién es?

CAST. Un genovés. (Con misterio.)

LUIS. ¡Ah! (Con inteligencia.)

CAST. ¡Silencio! Al cabo estoy

de la intriga. ¿Esa doncella

que salió a la reja?...

LUIS. Es ella.

CAST. Oídmelo, pues.

LUIS. Hablad.

CAST. Voy

franco a ser. Si no tenéis

grande confianza en Dios,

vámonos de aquí.

LUIS. Idos vos,

Castel-Melhor, si queréis.

CAST. ¡Señor don Luis!

LUIS. Yo me quedo.

CAST. La vida me habéis salvado,

y moriré a vuestro lado.

LUIS. Gracias.

CAST. Hago cuanto puedo;

mas ya oísteis; volverá.

LUIS. Y yo le recibiré.

CAST. Tal vez no solo.

LUIS. Lo sé.

CAST. Adelante.

LUIS. Dios dirá.

A mí jamás me desola

el peligro; y pues tenemos

tiempo aún, conde, arreglemos

el negocio a la española.

CAST. Contad conmigo.

LUIS. Yo traje cinco leales, que están en la hostería de San Telmo, ahí cerca. A mi paje llamado, dadle esto, y con vos vendrán. Ponedlos allí: *(En el pórtico.)* decidles que estoy aquí, y encomendados a Dios. Mas si hay tiempo, y por fortuna ese hombre tarda, o no viene, mirad si esta casa tiene por la espalda entrada alguna. Sea puerta, reja o cualquiera pasaje, de todos modos, franco estará, y yo en espera: entrad, y Cristo con todos.

CAST. Os comprendo: mas me dais, don Luis, palabra de honor de que el otro...

LUIS. No temáis: sé quien es, Castel-Melhor. *(Vase Castel-Melhor, saludando a don Luis con inteligencia.)*

ESCENA IX

DON LUIS

Pues, señor, bien. De la guerra a pesar de los reveses, estos buenos portugueses se divierten en su tierra. Su juego, a fe, no es bastante leal, pero a tiempo llevo, y a tomar voy en el juego cartas y trampa adelante. Por lo visto, sus jugadas van por oros: no es mal palo, mas veré si les igualo la partida por espadas, y ¡ay de ellos, si en un renuncio les atrapo! Mas la hora se adelanta aprieta.

(Llama a la ventana.)

¿Aurora?

Como él ha hecho el anuncio de su vuelta, se recela de su traición, y lejano me juzga. Mas no fué en vano nuestra antigua cantinela,

tantas veces repetida en la morisca Granada, para que tenga olvidada letra que fué tan sabida.

(Recitando a media voz junto a la ventana.)

Aurora de mis ojos,
sol de mi vida,
a tu albor se despierta
mi alma dormida.
Sal a tu oriente
para que adore mi alma
tu luz fulgente.

(Juliana abre la ventana al concluir don Luis su cantinela.)

ESCENA X

DON LUIS: JULIANA, a la reja; después DOÑA AURORA, *idem*

JUL. ¡Virgen santísima, él está

LUIS. Yo.

JUL. Venid, venid, señora.

AUR. ¡Mi don Luis!

LUIS. ¡Mi doña Aurora!

AUR. Llegas a tiempo.

LUIS. Tus pies

a besar.

AUR. Y escudo a ser de mi honor, que está cercado de peligros.

LUIS. Sin cuidado respira ya.

AUR. Que temer no tengo si estás conmigo.

LUIS. Sabes que tuya es mi vida.

AUR. ¡Ah, don Luis! Tal vez vendida la traes por mí al enemigo.

LUIS. No temas: soy mensajero de un pliego del cardenal, y libre de Portugal sacarte conmigo espero.

AUR. No sabes entre que redes estoy presa.

LUIS. Allí escondido coger un hilo he podido.

AUR. Desenredarlo no puedes tú solo.

LUIS. Tal vez, Aurora,

lo hilaré de modo tal,
que haga con él un dogal
al que lo ha hilado hasta ahora.

AUR. No hay fuerza que a su garganta
le ate.

LUIS. Ese es cuidado mío:
al que tiene ingenio y brío,
ninguna fuerza le espanta.
Yo he cruzado los contrarios
territorios para hablarte,
forjando para salvarte
mil intentos temerarios.
Escudado solamente
por un pliego (vano acaso),
he sabido abrirme paso
del rey y de la regente
hasta la cámara. Un hora
no ha que llegué, y la más rara
casualidad me depara
tu encuentro. ¿Qué teme, Aurora,
el que tiene a la fortuna
decidida en su favor,
y siente el doble valor
de dos almas puesto en una?
Yo te amo, Aurora; en la tierra
ventura sin ti no encuentro,
ni sin ti esperanza dentro
de mi corazón se encierra.
Por ti vengo; y arrogante
con el valor que atesora
mi amor en mi pecho, Aurora,
no hay peligro que me espante.

AUR. Y yo, a quien sola en el mundo
de mi buen padre la muerte
dejó, fío en ti mi suerte.
Ciego, idólatra, profundo,
para ti mi corazón
su amor guarda, eterno y solo,
y a él entera me inmoló
como tú a mi salvación.

LUIS. Aurora mía, al venir
hoy tu amor a socorrer,
no hago yo más que cumplir
de noble con el deber.
La muerte te dejó sola
en esta corte estragada,
expuesta a la audaz mirada
de un mancebo, que española
mirándote y sin amparo,

a sus plantas te juzgó,
y un paso hacia ti avanzó
para hollar tu honor preclaro.
Mas primero que mancilla
ponga en tí, verá quién es
el fidalgo portugués,
un amante de Castilla.

AUR. ¡Alma noble!

LUIS. Ahora, amor mío,
nuestro tiempo aprovechemos,
que no es mucho el que tenemos.
Un amigo de mi tío
el cardenal, que por nuestra
suerte en mi favor está,
a buscarme volverá;
y es necesario una diestra
retirada imaginar,
porque en posición tan crítica,
vale más en la política
que en la fuerza confiar.

AUR. Entra, pues, y convenida
la marcha que más conviene
seguir...

LUIS. ¿Por ventura tiene
esta casa otra salida?

AUR. No sé.

LUIS. Temo que ésta presto
nos obstruyan, y es preciso
tener de mi gente aviso
antes de dejar el puesto.

JUL. Entrad, don Luis. *(Por la puerta.)*

LUIS. Voy allá.

(A Juliana.)

Aurora, de cualquier modo,

(A doña Aurora.)

¿estás bien resuelta?

AUR. A todo.

LUIS. Pues adelante: saldrá
lo que Dios quiera. Juliana,
mientras que yo me aseguro
de la casa, tú en lo oscuro
mantente de la ventana:
y no me pierdas de vista
la plazuela.

*(Entran por la puerta y vuelve a parecer
Juliana en la ventana.)*

ESCENA XI

JULIANA, a la ventana

Ya está puesta la atalaya. ¡Con bien de ésta nos saque Dios! Nadie chista todavía: nada veo. ¿Qué se hará Gil? Ya debiera de haber venido: siempre era un amigo más, y creo que no estamos para andar eligiendo. Mas obremos con precaución y miremos sin que dé que recelar la reja abierta, y fatiga inútil sea. Allí enfrente veo ya en la sombra gente. ¿Será amiga o enemiga?

ESCENA XII

CONTI, un JUEZ, dos ALGUACILES y una ronda de hombres

CONTI. Alto aquí. Vosotros dos esa calle tomaréis y mi seña aguardaréis; id.—Con vuestra ronda vos (Al juez.) en esa casa llamad: dos mujeres españolas están dentro de ella solas. En nombre del rey tomad a las dos presas: si almad están y os niegan la entrada, por debajo apalanca la puerta, y entrad. Si os alzan el grito, ahogadles la voz; mas todo con decencia y con buen modo que se cumpla necesito. Y cuenta con la torpeza señor juez; porque es asunto en cuyo éxito barrunto que arriesgamos la cabeza. (El juez va a llamar a la puerta. Conti se retira al pórtico de la izquierda.) Pobre corza, en tu guarida postrimera acorralada,

corrido has desesperada, pero al fin estás cogida. (Llama el juez.)

JUEZ. No responden.
ALGUACIL. Por malicia tal vez.
CONTI. Puede; repetid.

ESCENA XIII

DICHOS; JULIANA, a la reja

JUL. ¿Quién va a estas horas?
JUEZ. Abrid.
JUL. ¿Que abra? ¿A quién?
JUEZ. A la justicia.
JUL. ¡Vaya un chiste! ¿En esta casa la justicia? Equivocados venís.
JUEZ. Ved que autorizados a todo estamos, y tasa no tiene nuestro poder; y en la casa para entrar, todo lo hemos de intentar: conque ved cómo ha de ser.
JUL. Prohibe allanar la ley las casas.
JUEZ. Pues a ver vais que se allanan si os negáis a abrir. En nombre del rey os requiero la postrera vez para que abráis de grado; de no a la fuerza, obligado, apelaré.
JUL. De manera, que lo que yo hacer podré será avisar a mi ama, que es la justicia quien llama, y lo que me mande haré.
JUEZ. Tres veces a llamar voy: si a la tercera la puerta no está a la justicia abierta, con ella en el suelo doy.
JUL. Yo aquí no soy la señora y mi obligación haré: haced vos lo que os esté mejor.
CONTI. ¡Oh! Lo que es ahora todo cuanto discurráis será en balde.)

JUEZ. Dos. (Llamando.)
CONTI. Si franca (Al juez.)
no está a la otra, la palanca
meted; y nada temáis.
Servicio del rey.

ALGUACIL. Ya siento
pasos. (Mirando por la cerradura.)
Ya viene.

JUEZ. A la entrada,
mano echad de la criada.

ALGUACIL. Por supuesto, en el mo-
Yo gira en la cerradura [mento.
la llave.

(La puerta se abre y entran el juez y al-
guaciles.)

JUEZ. ¡Adelante!
JUL. ¡Ay, Dios! (Dentro.)

CONTI. Como me la lleve en pos,
mi fortuna está segura
por ahora.

ESCENA XIV

Mientras CONTI espera guarecido del pórtico, CASTEL-MELHOR, embozado hasta los ojos, coloca dos hombres uno a cada esquina de los edificios laterales, quedándose él a un lado e inmóvil.

CONTI. Se entretiene
demasiado. ¿Mas qué es esto?
(Va a salir y ve los de Castel-Melhor.)
¿Quién ahí esa gente ha puesto?
¿Quién es el que se mantiene
inmóvil allí detrás

de la esquina? A verlo voy.
(Al salir Conti del pórtico, salen por la
puerta de la casa don Luis, doña Auro-
ra, Juliana, el paje y cuatro hombres
embozados, los cuales y Conti, avanzan-
do, se hallan en medio de la escena.)

ESCENA XV

CONTI, DON LUIS, DOÑA AURORA, JULI-
ANA, CASTEL-MELHOR, embozados

CONTI. ¡Mas qué es lo que viendo es-
¡Traidores!

(Al irse para ellos, don Luis le pone una
pistola al rostro, los demás siguen.)

LUIS. Un paso más
y sois muerto.

CONTI. ¡Castellanos
aquí!

LUIS. Sin duda ninguna,
signor Conti: y fué fortuna
que dierais en tales manos.

(A una seña de don Luis, el paje y sus hom-
bres se apoderan de Conti.)

Sólo es cosa de quedar
unas cuantas horas preso
en esta casa; con eso,
no me podréis estorbar.

CONTI. Mas, caballero...

LUIS. A fe mía

que lo soy, pues en mi mano
estáis y os late villano
el corazón todavía.

Entrad, pues, o ¡vive Dios,
señor Conti, que una bala
todas las cuentas iguala
esta noche entre los dos: (Le llevan.)

Atadle, y cerrad después.
Que Portugal le detesta
me han dicho... Portugal, de ésta,
se libra del genovés.

ACTO SEGUNDO

Despacho de la reina regente: puertas en el fondo
y a la izquierda. Luz artificial

ESCENA PRIMERA

LA REINA, CASTEL-MELHOR

REINA. No es posible gobernar
con semejante desorden:
dentro de un año volvemos
a estar de los españoles
bajo el poder, si esto sigue.
Lo que el consejo dispone
el rey lo estorbá. Ni llegan
a nuestros jefes sus órdenes
a tiempo, ni oro hay bastante
para que el rey lo derroche
con el favorito iníame

en vicios y diversiones
vergonzosas. Cada día
que amanece, de sus torpes
hazañas viene a advertirnos
emprendidas por la noche.
Vamos perdiendo las plazas
unas tras otras. Monforte,
Veyros, Oerato, Fonteira
y Ónguela ven los pendones
castellanos a estas horas
tremolar sobre sus torres.
Osuna ganó a Escalona,
don Pedro de Acuña corre
las campañas de Portela
y Castel-lindoso; enormes
sumas nos cuesta el ejército;
tenemos más fe en los hombres
que le mandan, ingenieros
y generales mejores
que los castellanos, y
sólo murmurar se oyen
derrotas y descababros.
¿Y esto en qué consiste, conde?
CAST. Señora, yo en el consejo
expuse mis opiniones
muchas veces: todos saben
la razón y los autores
de nuestras malas venturas:
mas no hay, en verdad, quien ose
ir contra la voluntad
del príncipe y del que acoge
en su favor. Mi franqueza
vuestra majestad perdona:
mas ni Portugal, ni el rey
se salvan, mientras que
le aconseje. Él es quien
del rey las inclinaciones,
avivando los instintos
de su corazón, cual joven
vicioso y ardiente. Él es
quien le obliga relaciones
a contraer con las gentes
más impúdicas e innobles:
y él es, en fin, quien el oro
de Lusitania recoge,
y en Génova, patria suya,
a salvato a salvato
para cuando la fortuna
en Portugal se le torne.

REINA. Mas ¿no hay, conde, quien le
ataje?
¿No hay medio que, sus traiciones
patentizando, este germen
de nuestra ruina sofoque?
CAST. Dos veces le habéis la entrada
prohibido en vuestra corte,
y el príncipe a su real cámara
le ha llamado: no conocea
límites ya su impudencia:
él manda, él reina, él absorbe
todo el poder, y a vendernos
va, como haya quien nos compre.
REINA. Sí, sí; ¿qué hay común entre él
y nosotros? ¿Qué razones
ni qué intereses le ligan
a Portugal?
CAST. Sus mayores
ni en Génova fueron nunca
preclaros, ni nunca nobles
cargos hubieron: y aquí,
tal vez fugados y pobres,
llegaron a guarecerse:
y como orugas, que roen
el árbol que les da vida,
de sus mismos protectores
fueron el caudal royendo,
con mil especulaciones
clandestinas, elevándose
desde siervos a señores.
Tal fué su padre: tal es,
señora, ese Antonio Conti,
mercaderes, que por patria
sólo el oro reconocen:
espuma que sobrenada
sólo en las revoluciones.
REINA. Castel-Melhor, es preciso
que esto concluya, y que logre
Portugal, de un modo o de otro,
verse libre de este azote.
En vano el yugo rompimos
español, si nos lo impone
más duro un vil favorito:
y es en vano que tremolen
sobre las portuguesas
en frente de los leones
castellanos, si es forzoso
que sus victorias deshome
un príncipe, que, entregado

a semejantes traidores, el verdugo es de su pueblo y el escándalo del orbe. Los consejeros están llamados para las once secretamente en mi cámara: y para que se reporte el rey en sus demasías, y se acordarán los mejores medios que ocurran. Preciso es que el rey oiga las voces de la razón. Como madre y como reina, me impone mi deber el de atajarle en el sendero por donde a su perdición le arrastra quien su corazón corrompe. Castel-Melhor, es preciso, aunque sus iras provoque, que escuche el rey de mi boca la verdad y a condiciones razonables se reduzca antes que su reino asole el genovés.

CAST. Imagino, señora, que las razones nada harán, y los consejeros llegan tarde, porque Contino tiene su alma prisionera en la red de las pasiones. Esa es la zizaña que hace que en su corazón no broten de la virtud las semillas, y nunca darán ya flores sin que el campo de su alma de zizaña se desmonte.

REINA. ¿Mas cómo?

CAST. Esperad, señora, su madre, y la que en el nombre de la ley mandáis.

REINA. La intriga me ata las manos.

CAST. Entonces, en las de Dios entregaos y dejad al tiempo que obre.

ESCENA II

DICHOS: un PAJE, que entra con una bandeja

REINA. ¿Qué hay?

PAJE. Un pliego. (Se lo da.) Está aguardando el portador vuestras órdenes.

CAST. Señora. (Saludando en actitud de retirarse.)

REINA. Esperad: acaso me vais a hacer falta, conde. (Viendo el pliego.)

Nuevas de España: contestan a mis comunicaciones. (Lee aparte.)

«Señora: Como secretario de S. M. el rey don Felipe IV de España, estoy encargado de contestar a la postrera comunicación que nos habéis hecho el honor de dirigirnos. S. M. siente mucho que el decoro de su nación no le permita complaceros aceptando las treguas y pactos que le proponéis, pues que la guerra está ya demasiado empeñada, y de su parte la fortuna. Por lo tocante al canje de prisioneros, S. M. lo acepta con todas las condiciones propuestas: y el portador de este pliego, don Luis de Sandoval, lleva instrucciones que os manifestará de palabra.—Madrid, etc., etc.»

Decid que entre al mensajero. (Al paje representando.)

de Castilla. Altivo ahora está el español.

ESCENA III

LA REINA, CASTEL-MELHOR, DON LUIS

LUIS. Señora. (Saludando.)

REINA. Acereaos, caballero. Con don Luis de Sandoval, según este pliego advierte, hablo.

LUIS. Por mi buena suerte, señora, y el favor real.

REINA. Muy joven sois todavía:

mucho en vos debe fiar
vuestro rey, cuando a tratar
negocio tal os envía.

LUIS. Señora, es el secretario
del rey de España mi tío,
y al favor suyo, no al mío,
debo el ser vuestro emisario.

REINA. Discreto sois y modesto.

LUIS. Si a vuestros ojos valor
cobro alguno, es el honor
de que en mí los hayáis puesto.

REINA. Tan noble cortesanía
me reconcilia en verdad,
Sandoval, con vuestra edad.

LUIS. Con vuestra venia osaría
una observación haceros.

REINA. ¿Cuál?

LUIS. Son los nobles de España,
cual bravos en la campaña,
en la corte caballeros.

REINA. A ser todos tan corteses
como vos, de otra manera
la corte de España viera
nuestros mutuos intereses.
A su rey propuse un medio
de transacción, que orgulloso
no tiene por decoroso.

LUIS. ¿Qué remedio?
Como hasta aquí, nuestra tierra
defenderemos, y puede
que lo a que altivo no accede,
le obligue a aceptar la guerra.

Sus instrucciones tenéis
vos: para con Portugal
os sirve de credencial
el pliego que me traéis.
Hablad.

LUIS. Ved la lista nuestra
de prisioneros; si agrada
a Portugal, aceptada
cual la hagáis será la vuestra.

(*Le da un papel, que la reina lee.*)

REINA. Bien. Las personas que están
aquí escritas, pasaporte
obtendrán de nuestra corte
y a España libres irán.

LUIS. Las que por vos señaladas
fueren, en número igual,
volverán a Portugal

hasta la raya escoltadas
con seguridad y honor.

REINA. Mi lista recibiréis;
y ved si de mí queréis
algo vos: embajador
tan galán y cortesano,
pluguérame que memoria
llevara satisfactoria
del gobierno lusitano.

LUIS. Siempre el suelo portugués
con gusto ha de recordar,
quien tuvo el honor de estar
un momento a vuestros pies.
Mas con tal benevolencia
seguro de no enojaros,
me arrojaré a demandaros
una gracia.

REINA. Si en su esencia
no es cosa que a tribunal
o a consejo alguno atañe...

LUIS. No es cosa que a nadie dañe:
es asunto personal
mío.

REINA. Tendré a dicha el daros
cualquiera satisfacción.

LUIS. Y yo en hallar ocasión
en la que poder pagaros.
Hay una dama española
en Lisboa, cuya suerte
me interesa, a quien la muerte
de su padre dejó sola
en el mundo, y me pluguiera
que de esa lista en la suma
de los nombres, vuestra pluma,
el de esa dama añadiera.

REINA. ¡Hola! A lo que se me alcanza
sois a un tiempo embajador
en política y amor.

LUIS. Perdonad si en la esperanza
que a concebir me ha impelido
vuestra real benevolencia,
osada mi inexperiencia
al demandar se ha excedido.

REINA. ¡Oh! Nada de eso. ¿Esa dama,
cómo está en Lisboa?

LUIS. Vino
con su padre, que un destino
sirvió con provecho y fama
en América, y sentó

casa aquí cuando mi rey daba a Portugal la ley... que vuestro esposo abolió;

REINA. ¿Y vos la habéis conocido en Madrid o en Portugal?

LUIS. Parienta del cardenal fué su madre, y he venido por orden suya tres veces a visitarlas, amigo. Pero sin duda os fatigo con tamañas pequenezas.

REINA. No, por cierto, no. Decid, pues, el nombre de esa dama que vuestro interés reclama, e irá, si gusta, a Madrid.

LUIS. Doña Aurora de Molina.

CAST. ¡Ah!

REINA. Os habéis sorprendido, conde. ¿Sois su conocido?

CAST. Algo.

REINA. ¿Y es?...

CAST. ¡Oh! Peregrinal

Pero si me es otorgado dar mi opinión...

REINA. Mi permiso tenéis.

CAST. Pues bien; soy de aviso, señora, que es excusado cuanto en favor de esa dama se haga.

REINA. ¿Por qué?

CAST. Porque existe un galán, a quien asiste fuerza mayor, que la ama.

REINA. ¡Ah! Si esa dama a otro amor inclinada, en Portugal se halla bien...

CAST. Sin duda, mal me explique.

REINA. Hacedlo mejor, pues, señor conde; ¿quién es ese galán?

CAST. A su nombre no debe osar ningún hombre en el reino portugués.

REINA. ¡Oh! ¿Qué decís? Esa dama es...

CAST. Con la que el favorito distrae al rey.
REINA. Necesito (Con interés.) pruebas.

CAST. De pública fama (Encogiéndose de hombros.) lo sé no más. Se asegura que Conti sobre su huella va, y en relación con ella está o estarlo procura; que sitiada o asistida, doquier se ve, y galanteada por una sombra embozada que con él va.

REINA. ¿Está vendida tal vez?

LUIS. Perdonad, señora, que os ataje: vuestra lengua iba a afirmar una mengua que no cabe en doña Aurora. El príncipe está por ella ciego: mas ese menguado de Conti, es quien ha jurado entregarle a esa doncella.

REINA. ¡Oh! ¡Siempre ese hombre fatal!

CAST. Contra él y el amor del rey podrá bien poco la ley.

LUIS. ¿No hay justicia en Portugal?

REINA. Contra ese vil favorito, acaso posibles pruebas no habrá jamás.

LUIS. ¿Y si nuevas os doy yo, que de un delito le convencen, tan villano, que no pueda su castigo evitar, por más que amigo le proteja el soberano?

REINA. ¿Con pruebas irrecusables?

LUIS. Con pruebas indestructibles y testigos infalibles; cartas suyas, innegables.

REINA. ¡Oh! Si eso hacéis, portador sois del bien de Portugal, y nada le estará mal ceder a su salvador.

LUIS. Pues bien: si se libra a Aurora de manos del joven rey, en las manos de la ley entrego a Conti, señora.

REINA. Pues si ante el consejo vos de Conti el crimen probáis, cuando a Madrid os volváis irá la dama con vos. Y si os importa ocultar el nombre...

LUIS. Es indiferente, señora, completamente: pues pronto os ha de llegar una noticia de oficio que indignación general excitará en Portugal; pero que pondrá propicio al pueblo todo hacia aquel que pruebas os suministre, que logren que se administre justicia al fin contra él.

REINA. ¿Noticia tal?

LUIS. Permitted que os la calle. Por ahora mensajero soy, señora; nada más que de Madrid. Y a más, me quiero excusar de veniros a traer noticias que os han de ser ciertamente de pesar. Al consejo las daré, mas no como acusador: como mero relator de un hecho del cual doy fe.

REINA. ¡Oh! Bien supo el cardenal lo que se hizo, caballero, cuando envió por mensajero su sobrino a Portugal. Claro está el canje cual es que vuestra misión reclama.

LUIS. Muy claro: por esa dama, el ministro genovés. Ved si os conviene, señora: yo a vuestra elección lo dejo.

REINA. Don Luis, seguidme al consejo.

LUIS. Vuestro es Conti.

REINA. Y vuestra Aurora.

(La reina se adelanta hacia la puerta de la izquierda. Don Luis se dispone a seguirle. Castel-Melhor les hace paso, saludando a la reina, y al pasar don Luis por delante de Castel-Melhor, se dicen aparte.)

LUIS. (¿Qué tal, condé?)
(A Castel-Melhor.)

CAST. (A maravilla.)
(A don Luis.)

REINA. Aguardad, Castel-Melhor, un momento.
(A Castel-Melhor, desde la puerta.)
(La reina y don Luis entran por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV

CASTEL-MELHOR

Pues, señor, bien se porta el de Castilla. Con buen mozo se las ha el genovés. Esto es hecho; Conti naufraga. ¿En provecho de qué costa? Se verá. Sin embargo, puede ser que del naufragio a pesar se logre asido salvar al cable del real poder y llegue vivo hasta el muelle.

¡No, pardiéz! El temporal es preciso que sea tal que para siempre le estrelle. El pueblo es mar engañoso: cuando más calma aparenta, prepara mayor tormenta en su seno proceloso: y acaso las alas suaves del venticillo más blando; la tempestad desatando, echan a pique las naves. ¡Oh! Verdida esa noticia por el pueblo, en buen instante, fuerza es que el agua levante a la tempestad propicia. Y si la levantará:

y a tal punto, que de cierto, ni al rey ni a Conti en el puerto la tempestad cogerá. Y si el rey quiere salir vivo del revuelto mar, tendrá a Conti que dejar entre sus ondas morir. Porque al mar en su furor

todo el mundo ha de temer,
y a los dos a socorrer
sólo irá un buen nadador.

(Hablan dentro.)

Mas toman tono harto recio
esas voces. ¿Quién la ley
de la etiqueta en desprecio
tal puede tener?

UN PAJE. El rey.
(Abriendo la puerta del fonao.)

ESCENA V

EL REY, CASTEL-MELHOR

REY. ¡Hola! ¿Tú también aquí,
Castel-Melhor? ¿Por ventura
será lo que se murmura
cierto?

CAST. ¿Qué, señor?

REY. Que en mí
pones osado la lengua,
asistiendo al conciliábulo
de la regente.

CAST. ¿Y quién pábulo
da a tal aserto en mi mengua?

REY. Tal vez quien por el honor
de su rey sin treguas vela.

CAST. O tal vez el que recela
que yo mine su favor.

REY. La reina conserva amigos,
entré los cuales estás,
y tus amigos quizás
son del príncipe enemigos.

CAST. Os informaron muy mal
de mí, si creéis, señor,
que esté de nadie a favor
contra el rey en Portugal.

Al contrario: noble y fiel
por mi rey, como quien soy,
a morir dispuesto estoy:
mas por él, sólo por él.

REY. Paréceme harta impudencia,
Castel-Melhor, que hable tal
quien asiste en Portugal
al consejo de regencia.

CAST. La regencia es el poder
que al enemigo combate,
y yo estoy con quien se bate

vuestro honor por mantener.
Soy de la regencia en pro,
porque contra el castellano
representa al soberano;
mas por la regencia, no.
Y si el rey dijera un día:
«yo solo el rey soy aquí»,
la regencia contra sí
y en pro del rey me tendría.

REY. ¿De veras?

CAST. Sin duda alguna.

REY. ¿Y si eso dice hoy el rey?

CAST. Olvidará que la ley
se lo veda.

REY. ¿Y si ninguna
quiere ya el rey tolerar
que sus derechos coarte?

CAST. Le diré que el estandarte
de la rebelión va a alzar.

REY. Jamás es rebelde el rey.

CAST. Lo mismo pienso, señor:
mas un coto a su menor
edad señala la ley.

REY. Los bríos hacen mayores
a los reyes; y aunque mozo
el rey, piensa sin rebozo
despedir a sus tutores.

CAST. Mas tendrá alguna razón
que dar; y al pueblo fianza
de que con esta mudanza
mejora de condición.

Necesitará cumplir
lo que prometa: bajar
los impuestos; ordenar
el ejército, y salir

al campo contra Castilla,
y pelear, y vencer,
si a la corte ha de volver
soldado y rey sin manilla.

REY. ¿Y entonces, para qué tiene
tantos sabios tribunales,
ministros y generales,
como en su reino mantiene?

¿El rey ha de ser esclavo
de su reino hasta el excesó
de ocuparse en todo eso,
de su gloria en menoscabo?
Los generales harán
la guerra: harán los ministros

las leyes; los suministros
 los mercaderes darán.
 Entenderá cada cual
 en lo que le toque, y
 don Alfonso sexto así
 será el rey de Portugal.
 Será al menos de su casa
 el dueño, y tendrá en su erario
 el dinero necesario,
 sin que se le ponga tasa
 en sus gustos y amistades:
 y premiará a sus amigos,
 y hará que sus enemigos
 respeten sus voluntades.
 Ahora, pues, Castel-Melhor:
 esta misma noche intento
 ser el rey; ¿contigo cuento,
 por supuesto?

CAST. No, señor.

REY. ¡Traidor! ¿Te vuelves atrás?

CAST. No, por cierto. Os proponía
 ser rey como os convenía:
 ¿aceptado habéis quizás?

CAST. Cuando a la reina quitéis
 el poder, para así obrar,

¿qué razón vais a alegar?
 ¿Que lo hacéis porque queréis?

CAST. ¿Que os cumple a vuestro capricho
 vivir como soberano,

sin que os vayan a la mano
 desde ahora? Ya os lo he dicho,

señor: yo estoy por el rey
 y en contra de la regencia,

mas quiero que la prudencia
 real se escude con la ley.

CAST. Que viva el rey, se supone,
 a su gusto quiero, es justo,

CAST. pues rey es: mas no a su gusto
 la política se opone.

CAST. En guerra estamos y son
 los triunfos del otro bando;

CAST. decid que tomáis el mando
 por salvar a la nación.

CAST. Se quejan los portugueses
 de los ministros: nombrad

CAST. otros, que seguridad
 presten a sus intereses.

CAST. Quisieran... dejad, señor,
 que os hable al fin con franqueza,

que ya vuestra ligereza
 juvenil fuera menor;

CAST. decid que reconocido
 vuestra distracción habéis,

CAST. y que recobrar queréis
 el tiempo que habéis perdido.

CAST. Decid que su independencia
 amáis, y por el país

CAST. a lidiar os prevenís;
 y va a pique la regencia,

CAST. y el pueblo en vuestro favor
 se levantará, y haréis

CAST. cuanto queráis, y podéis
 contar con Castel Melhor.

REY. ¡Oh, tienes razón, pardiez!
 Tu consejo es excelente,

CAST. Castel-Melhor.

CAST. Imprudente
 me excedo al hablar, tal vez;

CAST. mas el bien de mi señor
 pudo arrastrarme a decir

CAST. lo que debiera medir
 mi pensamiento mejor.

REY. No; con gusto te escuché,
 y tu opinión me propongo

CAST. seguir. ¿Y ahora, supongo
 que eres mío?

CAST. Aún no lo sé.

REY. Castel-Melhor, desde niño
 indulgente te traté:

CAST. pero fía mucho, a fe,
 tu osadía en mi cariño.

CAST. ¡Te mofas, Castel-Melhor!

CAST. ¡Dios me libre! Pero junto
 a vos me tendréis, si un punto

CAST. dilucidamos, señor.

REY. ¿Cuál es?

CAST. El pueblo aborrece
 a un amigo vuestro, y fiel

CAST. no os será mientras que de él
 no os apartéis.

REY. Me parece
 que eres tú quien le detesta,

CAST. y entras también en la liga
 contra él hecha.

CAST. Dios maldiga
 la discordia, señor. Esta
 es del pueblo la opinión,
 y cuando os la manifiesto

no es porque yo le detesto, sino porque la nación no le quiere; y es preciso, puesto que a ello me obligáis, que os lo diga; no reináis con tal ministro, os lo aviso.

REY. Lo veremos.

CAST. La opinión sé del pueblo.

REY. El soberano manda, y el pueblo villano obedece.

CAST. A la razón.

REY. ¿Cuál hay para que pretenda mi fe de Conti alejar?

CAST. La misma que hay para echar al saltador de la hacienda.

REY. ¡Castel-Melhor!

CAST. Eso es lo que cree el pueblo, señor: en Lisboa es saltador lo mismo que genovés.

Me preguntáis, y en conciencia os respondo; es lo que pasa.

Si Conti está en vuestra casa, el pueblo por la regencia.

REY. ¡Tanto le odia!

CAST. No, señor; le conoce. Nada ha hecho más de él solo en provecho,

y el vulgo murmurador sus miserias le atribuye;

se ofende de su altivez, y sabe mucho tal vez,

señor, cuando así le arguye.

¿Qué significa el salir de noche por la ciudad

con él, en la vecindad dejándolo traslucir?

Esos lances misteriosos de duelo, suerte y amor,

¿qué significan, señor, si en ello están los curiosos?

Sed rey: tenéis aposento libre y solo en el palacio,

donde obrar dueño y de espacio como os venga más a cuento.

Mas haced que Portugal cambie de opinión. La mía

es, señor, que os serviría cualquiera otro menos mal.

REY. Yo soy a quien interesa
(Después de un momento de duda.)

estar servido, y contento de él estoy.

CAST. Metedle a intento, señor, en cualquier empresa difícil. Poned los ojos

en una hermosa esquiva, presumida, hidalga, altiva:

de que temple sus enojos, encargadle que la siga,

la convenza, y que conduzca un buen plan que la reduzca

a ser de contraria, amiga.

REY. Ya lo está.

CAST. ¿Y en él fiáis?

REY. Estoy seguro.

CAST. ¿Queréis apostar a que perdéis

cuanto por él esperáis?

REY. Le quieres mal.

CAST. No, señor: pero al fin es mercader,

y hecho a comprar y vender, os venderá a lo mejor.

REY. Mas no lo ha hecho aún.

CAST. ¿Quién sabe!

REY. Castel-Melhor, ya es antiguo
(Después de otra pausa.)

en ti ese tono, en que ambiguo nada se halla y todo cabe.

Mas ya profundo, ya fútil, ora franco, ora encubierto,

contra Conti, te lo advierto, para conmigo es inútil.

CAST. Yo os estimo la advertencia: mas en tal caso, señor,

el pueblo y Castel-Melhor estarán por la regencia.

REY. Yo soy el rey.

CAST. Yo el vasallo.

REY. Yo siemore al fin mandaré.

CAST. Yo siempre obedeceré.

REY. Pues no hablemos más.

CAST. Yo callo.

(Un momento de pausa, en que el rey me-

duda, y Castel-Melhor le contempla sonriendo.)

ESCENA VI

EL REY, CASTEL-MELHOR, CONTI

CONTI. ¡Ah! *(Viendo a Castel-Melhor.)*

CAST. ¡Conti! *(Viendo a Conti.)*

REY. ¡Gracias a Dios

que estás de vuelta!

CONTI. No ha sido culpa mía.

REY. ¿Pues qué ha habido?

Habla.

CONTI. Señor, sólo a vos.

(El rey y Conti se apartan a un lado. Castel-Melhor los contempla sonriéndose malignamente.)

REY. ¿Qué hay, Conti? Estás demudado. *(A Conti.)* [do,

deseolorido, el cabello

enmarañado; ¿qué es ello?

¿Qué has hecho?

CONTI. Nos han burlado.

REY. ¿Quién? ¿En qué?

CONTI. El diablo sin duda,

que introducido a deshora

en casa de doña Aurora,

contra nosotros la ayuda.

REY. Pues ¿no me jurabas?

CONTI. Sí,

señor, estaba en mis manos;

pero están los castellanos

ya en Lisboa.

REY. ¡Dios!

CONTI. De mí

por delante la sacaron

de su casa: me pusieron

un arma al pecho; me hicieron

rendir, y me maniataron.

REY. Pero ¿y tu gente, qué hacía?

CONTI. En la misma habitación

de esa mujer, a traición

cogida, inerte yacía.

REY. ¡Ira de Dios! ¿Quién a tanto

se atrevió? ¿Y en la ciudad

castellanos ya?

(La puerta del gabinete de la reina se abre

y aparece a ella la reina y don Luis, que distraídos en su conversación se detienen a su umbral unos momentos.)

CONTI. ¡Dios santo! *(Viéndolos.)*

REY. ¿Qué es eso?

CONTI. Señor, mirad.

ESCENA VII

EL REY, CASTEL-MELHOR, CONTI, LA REINA, DON LUIS

CONTI. ¿Veis ese hombre que habla [ahora

(Al rey.)

con la reina mano a mano?

REY. Sí.

CONTI. Pues es el castellano

que nos robó a doña Aurora.

REY. ¡Jesucristo!

CONTI. Él es, él mismo,

y con la reina está acaso

de acuerdo. No dais un paso,

señor, que sobre un abismo

no sea. De vuestras manos

el cetro por arrancar,

le van tal vez a entregar

a los mismos castellanos.

REY. ¡Vive Dios, que no será

mientras yo viva! *(A la reina.)* Señora.

REINA y LUIS. ¡El rey!

REY. El rey desde ahora,

vos lo habéis dicho.

REINA. Quizá

no me comprendisteis bien.

REY. Me comprenderéis a mí

vos, y basta. ¿Quién aquí

permite que en paz estén

los enemigos? ¿Con cuál

derecho, por qué motivo

hay un castellano vivo

del reino de Portugal

en la corte? ¿Quién es ese

mancebo, que inteligencia

mantiene con la regencia

mas que al príncipe le pese?

¿En quién fía, cuando osado

contra lo que el rey dispone,

a la justicia se opone

del reino? ¿Es este el cuidado paternal de la regencia por el pueblo portugués y por su príncipe? ¿Esto es gobernar?

REINA. ¿Y esa violencia, mancebo audaz, y ese tono, es el en que se dirige un príncipe a la que rige su reino y ocupa el trono en el nombre de la ley?

REY. Pues ese cargo cesó para vos, señora. Yo soy desde esta noche el rey. A las provincias irán mis correos, anunciando que el rey ha tomado el mando a los que por vos están de gobernadores; y vos me entregaréis los sellos reales, y cuentas con ellos de mis rentas.

REINA. ¡Eso a mí, señor! ¿Olvidáis que soy vuestra madre?

REY. Nada olvido, señora: y cuando os las pido, sé que en mi derecho estoy. Quiero saber lo que pasa en mis reinos, y tener libertad, oro y poder para gobernar mi casa.

REINA. Sois muy joven todavía.

REY. Fuéronlo más otros reyes y reinaron.

REINA. Nuestras leyes...

REY. Ya no hay más ley que la mía, *(Con impetu.)*

señora: y os aconsejo que obedezcáis, porque es vana toda obstinación.

REINA. Mañana se reunirá el consejo.

REY. Esta noche. Acostumbrado le tenéis a cualquier hora a reunirse, y ahora mismo ha de ser convocado.

REINA. Lo será.

REY. Inmediatamente.

REINA. Y en él vistas quedarán varias causas, que serán falladas públicamente.

REY. Así al menos dejará vuestra memoria un recuerdo de justicia.

REINA. Estoy de acuerdo con vos: pero cambiará vuestro parecer después de sentenciadas.

ESCENA VIII

DICHOS; UN PAJE *que trae unos pliegos*

PAJE. Señora, *(A la reina.)* un pliego que llega ahora del ejército.

REY. El rey es *(Tomándole.)* quien lo ha de ver.

PAJE. Para vos, *(A Conti dándole un billete.)*

señor Conti, *(Conti.)* El rey le envía Schomberg.

CONTI. Y mi policía *(Al rey.)* éste.

REY. Veamos. *(Abren las cartas. Castel-Melhor pasa a colocarse entre el rey y Conti.)*

REY. ¡Gran Dios! Desde ayer los castellanos tienen a Évora ganada.

CONTI. ¡Cielos!

CAST. Mirad si comprada *(Al rey aparte.)*

dice, señor: en sus manos murmuran que entró por oro.

REY. ¡Tú lo sabes!

CAST. Yo en conciencia nada sé, mas la regencia sabrá ya lo que yo ignoro.

CONTI *(al rey)*. Leed, señor. *(Le da un billete; mientras lo lee, Castel-Melhor se acerca a él.)*

CAST. El castellano *(a Conti aparte.)* pasó por Évora.

CONTI. ¿Y qué?

CAST. Que sabe el traidor quién fue.

CONTI. ¡Oh! Ganadle, pues, por la mano; apoderaos de Aurora y su secreto comprad con su amor, o abandonad a Lisboa antes de un hora. *(Conti se queda confuso. El rey. concluyendo de leer, se dirige a la reina.)*

REY. Señora, al instante haced que se reúna el consejo: hasta que amanezca os dejo en sesión: pero tened en cuenta que al despuntar el alba, en su trono puesto, el rey don Alfonso sexto va su reinado a empezar. Las protestas y amenazas excusad. Fuerza es que acabe regencia que tan mal sabe defendernos nuestras plazas. Conti, mañana serás mi secretario. Al salir de aquí, preso conducir a ese castellano harás.

REINA. Es de Madrid mensajero, y de un seguro al abrigo está.

REY. Es un enemigo y quedará prisionero. Y todos los castellanos que se hallen, sin excepción, serán puestos en prisión al caer en nuestras manos. Aquí te advierten de Aurora. *(Aparte a Conti.)*

Conti, el asilo secreto: si la coges, te prometo que te nombro desde ahora secretario general, y tanto poder, que después de mí has de ser el primero en Portugal. *(Vase.)*

ESCENA IX

LA REINA, DON LUIS, CASTEL-MELHOR, CONTI

CONTI. Oído habéis, caballero, *(A don Luis.)*

la orden del rey: al dejar la cámara, vais a dar en mis manos prisionero.

REINA. Señor Conti, será tarde *(A Conti.)*

cuando salga. CONTI. A mucho ser será hasta el amanecer, señora, lo que le aguarde.

REINA. A esa hora habré entregado a mi hijo los reales sellos, y de una causa con ellos cuenta al consejo habré dado.

CONTI. De vuestros papeles yo seré quien tome registro, puesto que primer ministro seré.

REINA. Conti, acaso no; y como regente soy todavía, ahora os suplico que os retiréis.

CONTI. No replico. Hasta que salgáis. *(A don Luis.)*

LUIS. Estoy en eso.

CONTI. Bésaos los pies, señora.

REINA. Que Dios os guarde, Conti.

CONTI. *(Un poco más tarde os guardaré yo a los tres.)*

ESCENA X

LA REINA, CASTEL-MELHOR, DON LUIS

REINA. Señor don Luis, todo cabe *(A don Luis.)*

en ese vil genovés; del rey y de él huid, pues. Voy a daros una llave con una fiel camarera que os guíe hasta una salida secreta; y por vuestra vida, que huáis en viéndoos fuera de este palacio. Una orden os daré que os abra paso; conque huid antes que acaso los instintos se desborden

del pueblo, y deis en su mano cuando, oyendo la noticia de Évora, crea justicia inmolar a un castellano. (Vase.)

ESCENA XI

CASTEL-MELHOR, DON LUIS.

CAST. Prevenida hay cierta nave por otro: de aquí a una hora será mía. A doña Aurora embarcad antes que acabe la noche y caiga en las manos del rey y Conti, que irán a buscarla.

LUIS. No darán con ella.

CAST. Don Luis, son vanos vuestros juicios. El billete que aquí Conti ha recibido, de todo los ha instruido y no habrá quien los sujete.

LUIS. Mas ¿quién pudo descubrir...

CAST. Yo, don Luis.

LUIS. ¿Vos? ¡Tal vileza!

CAST. No. De Conti la cabeza el pueblo en vano a pedir vendrá, mientras en palacio esté: más segura allí la tendrá. Corred, y en mí fiad, que aún tenéis espacio.

LUIS. Señor conde, en mi conciencia creo que jugáis a dos palos.

CAST. Pero no con vos, a quien debo la existencia. Y pues medio os suministro de huir con Aurora, huid.

LUIS. Y cuando llegue a Madrid...

CAST. Seré yo primer ministro. (Acercándose a su oído.)

LUIS. ¡Ah!

CAST. ¡Chist!

ESCENA XII

CASTEL-MELHOR, DON LUIS, LA REINA;
una CAMARERA con luz.

REINA. Tomad; id en pos (A don Luis, dándole un pliego y una llave.)

de esta dama, y con Aurora partid.

LUIS. El cielo, señora, (Besándole la mano.) sobre vos vele.

REINA (despidiéndote). Id con Dios, (Vase don Luis.)

ESCENA XIII

LA REINA, CASTEL-MELHOR

REINA. Conde, está la acusación contra el genovés probada.

CAST. Y en el pueblo divulgada a estas horas su traición.

REINA. ¿Su cabeza demandada será?

CAST. Sí. ¿Le condenó el consejo?

REINA. A muerte.

CAST. No huirá.

REINA. De infame tal (Marchando hacia la parte de izquierda.) será libre Portugal.

CAST. (Y primer ministro yo.) (Siguiéndola.)

ACTO TERCERO

Decoración cerrada. Aposento de una casa de Lisboa: puerta a la derecha que da al exterior. Otra secreta en el mismo lado, más hacia el proscenio. Balcón en el fondo, por el cual se ven a lo lejos las mástiles de los barcos anclados en el Tajo.

ESCENA PRIMERA

DOÑA AURORA; JULIANA, a la celosía.

AUR. ¿Ves algo?

JUL. Nadie pasa. De la plaza está el ámbito desierto, y sólo al lejos se distingue el puerto, de las estrellas a la luz escasa, y los inquietos mástiles, que mueva el vaivén de las ondas.

AUR. Tarde debe de ser.
 JUL. Las dos han dado.
 AUR. Y aún no viene don Luis.
 JUL. ¿Quién tan medido tiene, señora, el tiempo, que asegure de su vuelta el momento, por más que lo procure?
 AUR. En Lisboa es don Luis muy conocido, y está Castilla en guerra con Portugal.

JUL. ¿Qué teme, protegido por el noble fidalgo de esta tierra que aquí en seguridad nos ha traído?
 AUR. Desconfío de todo, Juliana, ya. Son tantos los azares a que expuesta me he visto, que la hora de abandonar a Portugal anhelo, y solamente fe tengo en el cielo. Aumenta mi zozobra a cada instante que trascurrir; esta casa solitaria, esa luz vacilante, que es preciso tener siempre tapada porque no reverbera en la vidriera y llame la atención de los de fuera: y ese negro africano que nos guarda, medrosas aprensiones me traen al pensamiento.

JUL. ¡Miedo vano! Afanoso se esmera en atenciones excesivas; y en cuanto al color de su piel, no hay que os extrañe, señora: hoy en las Indias, posesiones tienen los portugueses, y se sirven con esclavos que traen de esas regiones: y vos, que en las Américas vivido con vuestro padre habéis, acostumbrada debéis estar a verlos.

AUR. No ha nacido éste en ningún confin americano, y es o moro o judío ese nubiano.
 JUL. Séase lo que quiera, tiene un duecaboro leal y fiel amigo, [ño, que ha jurado sacarnos de este empeño, y espero en él que cumplirá.
 AUR. ¿Testigo de su promesa es Dios!
 JUL. Cual siempre, ahora

velará por nosotras, doña Aurora.
 ¡Mas silencio! Oigo pasos; viene apriesa
 (Se asoma.)
 hacia aquí un embozado, y atraviesa la calle; a nuestra puerta llega.
 AUR. ¡Cielos!
 ¡Si descubierto habrán!
 (Llamando de un modo particular.)
 JUL. Su seña es esa?
 AUR. Es don Luis.
 JUL. Desechad vuestros recelos:

ESCENA II

DICHAS: EL NEGRO, *asomándose a la ventanana*

NEGRO. ¿Quién va?
 LUIS. La Aurora.
 (Dentro.)
 NEGRO. ¿A qué hora sale?
 LUIS. Ahora.
 NEGRO. Tomad y echad por dentro los [cerrojos.
 (Echándole la llave.)

El que vino con vos.
 (Volviéndose a doña Aurora.)
 JUL. Él es, señora.
 Cierra, sube, ahí está.

ESCENA III

DICHOS, DON LUIS

AUR. ¡Don Luis del alma!
 LUIS. ¡Aurora de mis ojos!
 AUR. ¿Qué hay?
 LUIS. Que salvos estamos y a Castilla nos vamos.
 AUR. ¿Cuándo?
 LUIS. Al punto. En el muelle nos es- [pera el patrón de una nave que a llevarnos va a Cádiz; y no cabe más dilación que el tiempo que tardemos en llegar desde aquí hasta la ribera.
 AUR. Partamos, pues; bien corta de aquí a los muelles es la travesía.

LUIS. Partamos, sí; la diligencia im-
[po-ta.
Vamos. (Al negro.)

AUR. ¿No os pondrán impedimentos
en el puerto?

LUIS. Llevamos documentos
legales, y de darnos al instante
a la vela la orden. Ve delante. (Al negro.)

NEGRO. Esperad: en la calle
siento ruido. (Mira.) Allá a ríba veo gente
detenida. Tapad esa bujía.

Dos hombres van bajando,
a la luz de un farol señas tomando
de las casas.

LUIS. A ver... Sin duda alguna.
¿No podemos salir sin dar con ellos?

NEGRO. No, y os buscan tal vez.

LUIS. ¡Muy ruin fortuna
nos ocurre esta noche!

NEGRO. Pasos siento.

LUIS. ¿Dónde?

NEGRO. En un caracol, cuya salida
usa mi amo no más.

LUIS. ¿Si sorprendida
habrá sido también?

NEGRO. ¡Silencio!

AUR. Apenas
respiro de pavor, ¡Virgen María,
valednos!

NEGRO. Ya está ahí.

LUIS. ¿Quién?

NEGRO. Lo veremos.

ESCENA IV

DICHOS, CASTEL-MELHOR

LUIS. ¡Castel-Melhor!

CAST. Es tiempo todavía.

AUR. ¡Gracias al cielo!

LUIS. ¡Aquí vos!

CAST. Aquí y donde quiera os sigo,
seguro y leal amigo.

AUR. ¡Que os lo recompense Dios!

LUIS. Este caballero, Aurora,
es quien nos salva: a él debemos
tu honor y vida.

CAST. Dejemos

eso, don Luis, porque ahora

no hago yo más que pagaros
lo que os debo. Aquí tenéis
cuanto menester habéis.

detenciones para ahorraros.
Este anillo es la señal

para el patrón que os espera,
y con cuya nave, fuera
os veréis de Portugal.

Cuando ya lejos del brazo
de la justicia os halléis
y fuera del puerto, haréis

disparar un cañonazo,
y que en salvo vais sabré.

Conti de palacio ya
salió; buscándoos está

y pronto es fuerza que dé
sobre esta casa, que a ser
va la cita universal,

donde todo Portugal
trastornado se va a ver.
Señora, yo en el encargo

de arreglaros pronto quedo
vuestros negocios, y puedo
aseguraros que largo

no será el tiempo que en esto
tarde.
AUR. Tan buenos servicios,
caballero...

CAST. Son oficios
que me darán un pretexto
para entablar amistad

con dama tan noble y bella.
AUR. Y podéis contar con ella
con toda seguridad.

CAST. Mas despachaos, don Luis:
Lisboa está en conmoción,

y a perder vais la ocasión
si pronto de ella no huís.
Al pie de esta escalerilla

secreta, un criado mío
hallaréis; con él del río
llegaréis hasta la orilla

por un secreto pasaje
que he abierto, por si acaso
la suerte en algún mal paso

me pone. Id, pues; y buen viaje.
Oíd: si halláis gente armada

al atravesar por él,

dejad hacer su papel
al guía, y no temáis nada.

LUIS. Castel-Melhor, apretad:

(Danse las manos.)

y si la suerte algún día
a situación a la mía
semejante os trae, contad
con un amigo en Madrid.

CAST. Eso mismo os digo a vos,
señora; que os guíe Dios.

AUR. Con él quedad.

CAST. Con él id.

ESCENA V

CASTEL-MELHOR

Perfectamente: ya están
en medio de un laberinto,
de cuyo oscuro recinto
salir sin mí no podrán.

Todo esta noche resuelto
queda. Conti sin favor,

y preso como traidor:

el consejo real disuelto:

la dimisión admitida

de la reina; amotinado

el pueblo, y pidiendo airado

del favorito la vida.

Y el rey, cogido en mi red,

sin Conti ni Aurora, a mí

acude, o se encuentra aquí

del populacho a merced.

Cual lo imaginé salí

todo; mañana, por ley

justa, es el príncipe rey

y primer ministro yo.

En cuanto a los otros, van

en salvo. ¡Hola! Ruido siento.

(Se asoma al balcón.)

Pues si pierden un momento,

¡en manos de Conti dan:

(Llaman a la puerta.)

Llegas tarde, cazador

de palomas: en su nido

la serpiente se ha escondido,

Y ¡ay de tí! ¿Tristán?

ESCENA VI

CASTEL-MELHOR, EL NEGRO

NEGRO. ¿Señor?

CAST. ¿Partieron?

NEGRO. Ya fuera están
del jardín.

CAST. En una hora
lo estarán del reino. Ahora

mira quién llama, Tristán.

NEGRO. ¿Quién va?

CONTI. Abrid al rey.

(Dentro.)

NEGRO. Señor,

la justicia.

CAST. Que entre, pues;

abre: casa del rey es

la que es de Castel-Melhor.

La diplomacia es gran ciencia;

y profesor para ser

de ella, no son menester,

a fe, estudios de conciencia.

Del enamorado antojo

de un mancebo lusitano,

y de un mozo castellano

del enamorado arrojo,

la suerte de Portugal

depende esta noche aquí.

Mas ¿qué remedio? Es así

nuestra política actual.

Acaso en su rigidez

dirá algún viejo mañana,

que nada en el cambio gana

de ministros esta vez

el país; pero ¡pardiez!

de una dama, un favorito

y una regencia le evito;

las tres plagas; conque estoy

en que si en mí un mal le doy,

gana los tres que le quito.

ESCENA VII

CASTEL-MELHOR, CONTI

CAST. He aquí uno.

(Viendo a Conti, que sale.)

CONTI. ¡Castel-Melhor!

(Sorprendido al verle.)

CAST. ¡Oh signor Conti! Pasad adelante: a la verdad, me hace un inmenso favor vuestra visita.

CONTI. A fe mía, señor conde, que os protesto, que no esperaba tan presto veros, ni aquí; yo os creía en palacio.

CAST. ¡Grave error, señor Conti! No es palacio sitio para hablar despacio, y he tenido por mejor citaros aquí.

CONTI. ¿Fué, pues, el papel que recibí...

CAST. Mío, señor Conti. Así lo más acertado es que toméis cómodo asiento en un sillón, y alejando esta gente que guardando está a la puerta, un momento me oigáis.

CONTI. Siento, señor conde, que a la comisión que vengo a cumplir aquí...

CAST. Os prevengo

(*Interrumpiéndole.*)
también que no se me esconde la comisión que traéis: pero no os estará mal saber lo que en Portugal pasa, antes de que paséis a desempeñarla: os ruego pues, otra vez, que un sillón toméis, y en conversación entraremos desde luego: porque urge el tiempo, y conviene que sepáis cierta noticia que os importa.

CONTI. De justicia la gente es que se mantiene a la puerta, y no está bien hacerla esperar así.

CAST. Como gustéis; pero allí tengo yo gente también prevenida, y en conciencia vais a ponerme en el caso de reclamar su presencia,

y no me parece paso muy prudente.

CONTI. Señor conde, me obligáis a declararos que hay orden para tomaros preso, y que de vos responde mi honor al rey.

CAST. Yo lo siento, señor Conti; más me obliga vuestra franqueza a que os diga también, que en este momento de prenderos tengo encargo, y de vos a la regencia respondo con mi existencia.

CONTI. ¡Ah!

CAST. Y os pido, sin embargo, esta tregua, porque quiero que nadie piense esta vez que obré con vos como juez y no como caballero.

CONTI. La grande serenidad con que me dais el aviso...

CAST. Que os pruebe, Conti, es preciso la grande seguridad en que estoy aquí con vos. Conque, pues es neutral tierra el cuarto que nos encierra, parlamentemos los dos: porque os juró que os importa más que a mí.

CONTI. Aunque mi cabeza arriesgo, vuestra nobleza me obliga. Si ha de ser corta la plática...

CAST. Solamente dos minutos.

CONTI. ¿Lealtad segura?

CAST. Fidelidad absoluta: aquí mi gente no asomará, si la vuestra se mantiene siempre un paso de la puerta allá.

CONTI. En tal caso, cerrad, y atrás. (*A su gente.*)

CAST. Igual muestra de lealtad os doy.

(*La gente de justicia, que se ha mantenido en el umbral de la puerta de la derecha*)

desde la salida de Conti, se retira cerrando la puerta, sobre la cual corre Conti el cerrojo. Castel-Melhor dice sus últimas palabras corriendo los cerrojos, a las otras salidas de la habitación.

ESCENA VIII

CASTEL-MELHOR, CONTI

CONTI. (Sepamos de qué se trata, y veremos quién prende a quién.)

CAST. ¡Eh! Ya estamos sin testigos, y podemos hablar sin rebozo: ahora, pues, escuchad lo que pasa en Lisboa, de esta casa fuera, en la presente hora.

CONTI. Os escucho.
CAST. Es una historia un poco enredada: pero si cogéis, como lo espero, sus cabos bien, de memoria la entenderéis.

CONTI. Hablad, pues.
CAST. Tiene el rey de Portugal hoy un favorito, el cual, diestro como genovés, le tiene el seso embebidamente con una española dama, quien a un castellano ama, como español, atrevido. Delira el rey por la bella: y el favorito, que tiene por qué temer, entretiene el favor del rey con ella. Odia al privado infinito la regente, y de tal modo, que yo la creo de todo capaz contra el favorito. Paga éste liberalmente su odio; y tal se la enreda, que el reino esta noche queda sin privado o sin regente. Así es que no ha media hora que presa la reina estaba en su cuarto: se esperaba al castellano que adora

la española, a la salida de él para asirle: y la dama que ama el rey y ella no ama, iba aquí a ser sorprendida. Hallábanse así poco ha las cosas, del favorito dispuestas al exquisito tacto, en favor suyo ya: pero cuando éste salía de palacio a sorprender la dama, no echó de ver que la escalera subía un paje con un papel para el rey: y en la escalera muerto el privado le hubiera a saber lo que iba en él.

CONTI. ¡Ah!
CAST. Decía así: «Señor: «El favorito, que os vende «por oro a Évora, pretende «vender también vuestro amor. «Con el oro que le vale «la venta de vuestra villa, «hoy mismo para Castilla, «con vuestra española sale «en un barco catalán «prevenido para el caso. «Si habéis de atajar su paso, «de tal punto partirán.» Y le señalaban esta casa.

CONTI. Señor conde, a fe que no os diré yo que esté esa carta al rey mal puesta. Pero como el rey sabrá que el favorito no huye, y cuanto se le atribuye sin pruebas encontrará, sola y por su propio peso se hunde esa espesa maraña, y sólo el escrito daña a su autor.

CAST. Es que hay más que eso. Mi historia no tiene en esta carta su fin todavía. Quien este papel envía al rey, ha dejado puesta en manos de doña Luísa de Guzmán, regente actual

del reino de Portugal, otro pliego en que la avisa de que aquí puede encontrar al favorito a esta hora con el rey y doña Aurora, a quien viene a enamorar; y que si quiere, a pretexto de este escándalo, perder al privado, no ha de haber motivo más manifiesto: y que si no lo hace, el rey hoy, a su ruego, suspenderá el consejo de que pende su causa, según la ley: encierra en un monasterio a la regente; disuelve la regencia, y se le absuelve de culpa; en un ministerio hecho por él: con lo cual se quedará, en conclusión, ignorada su traición y el dueño de Portugal.

CONTI. Tampoco os diré que esté mal escrito esotro pliego: pero dudo, desde luego, que buen resultado dé. Si el favorito poder tanto tiene, y tal favor con el rey, no habrá valor que se le pueda oponer. Visteis que el rey, señor conde, pidió a la reina los sellos reales, y cuentas con ellos: y tampoco se os esconde que al favorito hizo el rey su secretario; y mañana, que potestad soberana dará al príncipe la ley, pues el cetro empuñará, nadie acusar temerario osará a su secretario. Cuanto más, que ya no habrá quien sepa la verdad cierta: porque es esperanza loca la de que quede una boca contra el favorito abierta para llamarle traidor a oídos de la ciudad de Lisboa.

CAST. Perdonad si os digo, que en un error estáis, hartamente inconcebible en tan clara previsión. La prueba de su traición dais casi por imposible: mas como me interrumpís sin cesar...

CONTI. ¡Oh! Hablad.

CAST. Probada la traición está, y fallada su causa.

CONTI. ¡Bah!

CAST. Un tal don Luis de Sandoval, al cruzar el español campamento, de su rey por mandamiento testimonio se hizo dar de los hechos en cuestión: porque con este papel pensaba rescatar el objeto de su pasión.

CONTI. Mas de una revolución en el trastorno total, ¿no perderá el tribunal esas pruebas en cuestión? El favorito, mañana ministro, podrá romper la causa, haciendo prender a ese don Luis: conque vana será aquella, y será el preso muerto, y lo serán con él cuantos tengan del papel noticias.

CAST. Es que no es eso todo aún: pues como vos me atajáis a cada paso, no os puedo enterar del caso por completo. Oid, por Dios, Conti, sin comentar.

CONTI. Hablad.

CAST. Todo ha de ser vano contra el galán castellano.

CONTI. ¿Por qué?

CAST. Porque por azar a las manos se le vino doña Aurora, y entabló la acusación, porque abrió a España a los dos camino.

CONTI. ¿Camino? (Turbado.)

CAST. Pues claro está.

La cabeza del traidor
vendió por la de su amor.

CONTI. ¡Venta inicua!

CAST. Pero ya

concluida. Y cómo era
preciso que el rey pidiese

su dama, y que no pudiese

darla el favorito, fuera

del reino ya: y como había

que dar a todo esto viso

de raptor, fueron de aviso

de partir antes del día

en el barco catalán

don Luis y Aurora.

CONTI. ¿Y se han puesto (Espantado.)

en fuga?

CAST. Pues por supuesto.

CONTI. ¡Dios de Dios!

CAST. A bordo están:

y cuando logren salir

del Tajo libres al mar,

un cañazo tirar

harán: aquí se ha de oír.

(Conti hace un movimiento para levantar-

se; Castel-Melhor le detiene.)

Tened, que hay más todavía.

CONTI. ¡Más!

CAST. Si: mientras la justicia

en la traición decidía

del favorito, noticia

al pueblo se daba de ella;

porque, siendo de él sabida,

no se pudiera ir con vida

el traidor que así atropella

de Lusitania el honor,

vendiéndola por dinero,

como mercader logrero,

sus plazas de más valor.

CONTI. ¡Hombre, monstruo de malicia!

¡Satanás sólo ha podido

tejer la red que has tendido

a mis pies!

CAST. O la justicia

de Dios: porque es tan entera

la venganza que prepara

vuestra perdición, que avara

doquier la muerte os espera.

El rey vendrá tras de vos
furioso contra un rival,

y vos, sin la dama, mal

le satisfaceréis. En pos

del rey vendrá la regente,

con él aquí a sorprenderos

y del escándalo a haceros

el único delincuente.

Tras de la reina, la audiencia

con vuestra traición probada,

vuestra causa sustanciada,

y escrita vuestra sentencia:

y tras de la audiencia, viene

todo el pueblo amotinado,

pidiendo, por de contado,

vuestra cabeza: que tiene

que ser inmolada al fin

o a la venganza del rey,

o a la espada de la ley,

o a la furia del motín.

CONTI. ¡Infernal nudo!

CAST. Gordiano,

señor Conti; y que se aprieta

más cuanto más indiscreta

lleguéis a él vuestra mano.

CONTI. ¡La vuestra en él bien se mues-

tra!

CAST. Y en las tres viles espadas

contra mí desenvainadas

en una calle, la vuestra.

Ahora, señor genovés,

pues en ellos os va la vida,

mirad por dónde salida

tiene el reino portugués.

CONTI. Puerta es sólo ¡vive Dios!

la tumba acaso; mas valga

lo que quiera, saldréis vos

ante mí cuando yo salga.

(Conti va hacia la puerta derecha; Castel-

Melhor hacia la izquierda, y al poner

ambos mano a los cerrojos, dice Castel-

Melhor a Conti, que se detiene un ins-

tantante a escucharle.)

CAST. Ved que es inútil afán:

tomar la calle he mandado

por fuera, y los que han entrado

con vos, sitiados están.

Si abris, abro; y cuando pida

el pueblo en tumulto ronco



vuestra cabeza, del trono la encontrará dividida.

CONTI. ¡Cólera de Dios! Villano!
(Poniendo mano a la espada.)

Si estás de mi sangre ansioso, abre al menos generoso mis venas espada en mano.

CAST. Me habéis hecho en mi camino por tres hombres asaltar, y no os puedo yo tratar sino como a un asesino. Traidor al pueblo y al rey, su justicia os va detrás, y mi espada está de más donde está la de la ley.

CONTI. ¡Mientes! El sangriento yugo me humillará de mi suerte; más no me dará la muerte la cuchilla del verdugo.
(Abre la puerta de la derecha; al mismo tiempo que Castel-Melhor la de la izquierda, diciendo ambos a la gente.)

CONTI. Sea en nombre de la ley apresado o muerto.

CAST. ¡Ea! adelante, y muerto sea ese traidor!

ESCENA IX

DICHOS, JUSTICIA, ARMADOS

(Las gentes de justicia de Conti y los armados de Castel-Melhor salen por una y otra parte y se confunden peleando; los de Castel-Melhor, defendiéndole; los de Conti, atacándole. Castel-Melhor permanece con la mano puesta en el cerrojo de la puerta que acaba de abrir, mirando tranquilamente la contienda, que no dura más que un instante, durante el cual se ve luz de antorchas por el balcón del fondo. De repente se oye la voz de Paso al rey, y todo el mundo se detiene; quedando en medio de los contendientes, que se abren, el rey, a su derecha Conti y Castel-Melhor impassible junto a la puerta. Esta escena debe de ser ejecutada con rapidez.)

UNA VOZ. ¡Paso al rey!
TODOS (menos Castel-Melhor). ¡El rey!
(Suspensión general.)

ESCENA X

DICHOS, EL REY

REY. Yo mismo, villanos. Yo soy el rey, que os pregunta: ¿qué hace tanta gente junta con las armas en las manos?

CONTI. Matarme a traición, señor.

(Señalando a Castel-Melhor.)

CAST. Mi espada quieta, y desnuda
(Con serenidad.)

la suya, no os dejan duda de quién es aquí el traidor.

REY. ¿Adónde está doña Aurora?
(A Conti, airado.)

CONTI. Señor...

REY (con impetu). Pronto, ¿dónde está?
(Suenan un cañonazo lejano, pero claro.)

CONTI. ¡Rayo de Dios! (Desesperado.)

CAST. Señor, va lejos.

REY. ¡Cómolo!
CAST. Esa sonora

explosión, que el viento trajo de la mar, es la señal

de que le abrió Portugal franca la puerta por el Tajo.

A seguirla iba el traidor cuando al paso le salió;

por eso encontráis aquí hojas desnudas, señor.

REY. ¡Me vendías, miserable!
(A Conti.)

CONTI. Escuchadme.

REY. Un paso más, y hacia el sepulcro le das.

Prendedle, y que nadie le hable.
(Se apoderan de Conti y óyense voces dentro.)

REY. ¿Qué es eso?

CAST. Un tropel de gente (Al balcón.) llega.

VOZ (dentro). ¡Muera el traidor!
MUCHAS (idem). ¡Muera!

REY. ¡Un motín!
CAST. ¿Quién lo dijera,

(*Sigue mirando al balcón.*)
señor? Viene acaudillando
a la plebe la regente.

REY. ¡Cielos! (*Mirando por el balcón.*)

CAST. Oído Sois, señor,
(*Tomando al rey aparte.*)

dos hermanos: si al menor
quisiera esta noche el mando
la reina dar?

REY. La cabeza
darán antes, ¡vive Dios!

CAST. Pues obrad con entereza,
porque la regencia ó vos.

REY. (*altivo*). Yo:—¿Mas por mí se sus-
pongo?

CAST. ¿Apartáis a Conti?

REY. Sí.

CAST. Pues bien, fíaos de mí.

REY. Obra: en tus manos me pongo.

ESCENA XI

DICHOS, LA REINA, DOS PAJES

(*Dos pajes con luces, colocándose a los lados de la puerta derecha, anuncian a la reina.*)

PAJES. La reina.

REINA. ¿Cómo, señor!
(*Viendo al rey.*)

¡Vos aquí! ¡Tan a deshora!

REY. ¿Y a qué venís vos, señora,
aquí?

REINA. A prender a un traidor.

REY. ¿Y para eso amotinado
al pueblo traéis en pos?

REINA. Se amotina porque a vos
os debe poco cuidado.

REY. ¡Señora!

REINA. Conti vendió
a Évora y morirá

por traidor; el pueblo está
pidiendo justicia, y yo

se la quiero hacer.

CAST. Señora,
llegáis ya tarde: al traidor

prendió, el rey nuestro señor
en persona, y vedle ahora
en manos de la justicia
esperando su castigo:

mas perdonadme si os digo
que arguye tal vez malicia,
y al rey extraña en verdad,
ver cruzar a vuestra alteza
de un motín a la cabeza
a estas horas la ciudad.

REINA. ¡Castel-Melhor!
CAST. Es el rey

quien os habla por mi boca.
No a vos, a los jueces toca
la ejecución de la ley.

REY. Y pues va el día a rayar
(*A la reina.*)

y tal plazo se os impuso,
y del poder tal abuso

habéis hecho, podéis dar
vuestra regencia, señora,
por concluida. Elegid

un monasterio, y salid
hoy de la corte.

REINA. En buen hora:

saldré, y de muy buena gana,
para no ver cómo Dios

permite que os den a vos
el mismo pago mañana.

VOCES (*dentro*). ¡Muera! ¡Muera!
REINA. Todavía (*Con ironía.*)

bulle el pueblo.
CAST. No fiéis

en él: porque le veréis
quieto a una palabra mía.

(*Asomándose al balcón.*)
Disuelta está por la ley

la regencia: a reinar va
solo el rey, y morirá

el genovés. ¡Viva el rey!
EL PUEBLO (*dentro*). ¡Viva!

CAST. No el pueblo le vea:
(*Al rey por Conti.*)

salida oculta le valga.
REY. Sálvale si puedes.

CAST. Salga,
pues, por aquí.

(*Castel-Melhor hace seña de que salgan por
la puerta secreta de la izquierda que él*

mismo abre a los que guardan a Conti, que serán el negro Tristán y varios de los que salieron por Castel-Melhor. El negro es el último que sale, y Castel-Melhor le dice al paso:

Muerto sea.

(El negro hace una señal afirmativa de inteligencia.)

ESCENA XII

DICHOS, MENOS CONTI Y TRISTÁN

REY. Ahora, Castel-Melhor, a palacio; darte quiero un cierto encargo, y te espero.

CAST. Os sigo al punto, señor.

(El rey sale: la justicia y su gente tras de él. La reina y Castel-Melhor se encuentran en medio de la escena; los pajes de la reina quedan a la puerta, y algunos armados de Castel-Melhor en el fondo.)

REINA. ¿Cómo deciros que no,

ESCENA ÚLTIMA

LA REINA, CASTEL-MELHOR

REINA. Si es obra vuestra todo esto preguntar no necesito, pues quedáis del favorito y la regente en el puesto.

CAST. ¿Cómo deciros que no, quedando a tal evidencia él preso, vos sin regencia y primer ministro yo?

REINA. Pues procurad que os escude constante vuestra fortuna, y que el rey con cada luna de favoritos no mude.

Y os prevengo que desde hoy respondéis de Portugal de Dios ante el tribunal. Yo al monasterio me voy.

CAST. Tras de sus muros benditos pedid al cielo, señora, que se olviden desde ahora la reina y los favoritos.

(Castel-Melhor saluda cortosamente a la reina, que se va sombría por la izquierda, al tiempo que Castel-Melhor por la secreta con sus armadas, y cae el telón.)

LA CALENTURA

(CONTINUACIÓN DE EL PUÑAL DEL GODO)

DRAMA FANTÁSTICO EN UN ACTO 25

AL SEÑOR

DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO

ENCARGADO DE NEGOCIOS POR S. M. C. EN DINAMARCA

Querido Leopoldo: Te dedico esta obrilla, cuyo manuscrito te envío, para que lleves a Dinamarca un recuerdo de nuestra última entrevista. Al hojearle en Copenhague, acuérdate de tu mejor amigo,

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 3 de octubre de 1847.

PERSONAS

FLORINDA.
DON ROMANO.

TEUDIA.
EL MONJE ROMANO.

ACTO ÚNICO (1)

Cabaña del monje Romano.

ESCENA PRIMERA

ROMANO, solo

Señor, Tú, que al más mezquino
gusano infundes aliento,

para que pueda contento
cumplir su vital destino:
tú, cuyo soplo divino
a cuanto crece y respira
fe en tu omnipotencia inspira,
no dejes que sólo el hombre
tu poder tenga y tu nombre
por una inútil mentira.

Fué rey, y se ve sin trono;
noble, y se ve sin honor;
soldado, y perdió el valor:
¿qué le resta en su abandono?

(1) Los versos que van señalados con esta señal * se suprimen en la representación.

Doquier cree tu eterno encono
 ver; nadie en su mal le abona:
 todo el mundo le abandona;
 vuelve ¡oh Dios! al que olvidado
 se ve rey, noble y soldado,
 sin valor, honra y corona.

Jesús, hijo de María,
 Redentor del universo,
 por el justo y el perverso
 expiraste el mismo día.
 Duélete de su agonía
 por la que en la cruz sufriste,
 y que no imagine el triste
 que si por todos bajaste,
 al desdichado olvidaste
 y al pecador redimiste.

Mas ya es de noche: el nublado
 espesa: brilla la llama
 del relámpago: el mar brama
 a lo lejos irritado.
 ¡Infeliz! Él, descarriado
 ni aun verá los elementos
 turbarse, y a pasos lentos
 cruzando el monte sin tino,
 le arrastrará el torbellino
 de sus tristes pensamientos.

En fin, Dios cuidará de él.
 Nada se puede esperar
 de tan intento pesar
 ni de infortunio tan cruel.
 Henchido tiene de hiel
 su corazón, y enemigo
 siempre invencible, consigo
 le lleva siempre. (*Escuchando.*) Ya creo
 que sube... ¡Pero qué veo!

(*Entra Teudia embozado.*)

¿Quién es?

TEUD. Un antiguo amigo.

(*Mostrándose.*)

ESCENA II

ROMANO, TEUDIA

ROM. ¡Teudia!

TEUD. Yo soy, buen anciano.

ROM. ¡Que es vuelvo a ver!

TEUD. ¡Ay de mí!

Por imposible lo di:
 mas Dios me tendió su mano.

ROM. Decis bien, Dios está en todo:
 y pues os trae a mi amparo
 segunda vez, está claro
 que es el mejor acomodo.

Ea, sentaos; tomad

posesión de mi chozuela:

(*Siéntase Teudia a la lumbre.*)

calentaos; ¿no os consuela

esa llama?

TEUD. Sí, en verdad.

ROM. Acercaos más; así.

¿Traeréis hambre?

TEUD. De dos días.

ROM. Viandas hay, aunque frías.

TEUD. Dadme; aún hay calor en mí
 que suplirá al de la lumbre,
 y comer frío no daña
 a quien trae de la campaña
 la privación por costumbre.

ROM. Entrad, pues, a ese pastel
 como si fuera a una plaza
 enemiga.

TEUD. ¡Buena traza

tienes!

ROM. Pues firme con él.
 Aquí tenéis un vasijo
 con vino añejo de Oporto.

TEUD. Padre, me dejáis absorto,
 ¿Aquí vino?

ROM. Bebed, hijo:

(*Teudia come y bebe.*)

gozad el bien que os da Dios,
 y aprended que en él tan sólo
 no cabe falta ni dolo;
 y pues os crió, de vos
 cuida su paterna mano;
 porque sin su voluntad
 no bulle en la inmensidad
 ni el átomo más liviano.

TEUD. Anciano, tenéis razón:

y nadie en su gran poder
 mayor fe puede tener
 que Teudia en su corazón.
 Sí, padre; yo he visto al hombre
 en su agonía mil veces,
 y siempre le oí con preces
 invocar su santo nombre.

No hay mercader tan infame
ni tan blasfemo soldado,
que por la muerte llamado,
a Dios muriendo no llame.
Y tal vez al pensamiento
que puse una noche en Dios,
debo el hallarme con vos
aquí, y en este momento.

ROM. Os creó. Teudía: sin duda
os creó; porque los males
son recuerdos celestiales
con que nuestra fe se ayuda.
¿No más? *(Teudía aparta la vianda.)*

TEUD. Soy sobrio, aunque godó.
Mas el hambre y el cansancio;
por la pasta y por el rancio
me han hecho olvidar de todo.
Dios me perdone. Ahora, hermano,
decidme...

ROM. No os fatigúéis
en preguntas.

TEUD. ¡Oh! ¿Sabéis
de él?

ROM. Sí sé.

TEUD. ¡Dios soberano,
gracias! Ya desconfiaba
de volverle en vida hallar.
¿Qué es de él? ¿Qué hace?

ROM. Vegetar
como una planta que traba
raíces en un peñón,
por un turbión producida,
y espera, al peñasco asida,
que la arranque otro turbión.

TEUD. ¡Infeliz! ¿Cuánto ha que vino?

ROM. Tres meses ya. Todavía
era de noche, y dormía
yo aún, cuando un repentino
golpe en la puerta asentado,
estremeció la cabaña.
Tal visita era harto extraña,
y acudí sobresaltado.

Abrí; entró: sombrío, mudo,
avanzó con lento paso;
colgó, sin hacerme caso,
espada, casco y escudo
en el pilar: se metió
en la pieza que ocupaba
la otra vez, y como estaba,

sobre una piel se tendió;
Durmiose al punto. ¡Ay de mí!
¿Cómo venía el cutiado!
Herido, roto, embarrado...
Lloré cuando tal le vi.
Llamé, mas no dormía.
Fuerza febril le sostuvo
hasta llegar, más cuando hubo
el fin que se proponía
tocado, le abandonó
su vigor calentamiento,
y en un aletargamiento
anonadado cayó.

La hambre, el pesar, la fatiga
que al par en él presa hicieron,
vi que a la par le rindieron.
Con solicitud amiga
desnudé, y le abrigué
de unas pieles al calor:
espirituoso licor
vertí en su boca, y dejé

que con el sueño cobrara
las fuerzas que abandonado
le habían; me eché a su lado,
y esperé a que despertara.

TEUD. ¡Oh, buen amigo, dejad
que os bese la noble mano!

ROM. Él infeliz, yo cristiano,
cumplí con la caridad.

TEUD. ¡Bendígaos Dios!... Mas, seguid,
seguid.

ROM. El sol se ocultaba
ya, cuando él se despertaba
poco a poco.

TEUD. ¿Y qué hizo?

ROM. Oíd.

Tendió una vaga mirada
en torno de sí; me vió,
y el infeliz sonrió
sin poder decirme nada:
porque al hallar un amigo
que lloraba junto a él,
su suerte vió menos cruel
y echóse a llorar conmigo.

TEUD. ¡Oh, se comprende muy bien!

ROM. Vistióse, tomó alimento,
y oramos por un momento.
Hizolo él como quien
pone en Dios una fe santa,

y en alas de su oración,
entero su corazón
al trono de Dios levanta.
Tranquilo después le vi,
y tendiéndome la mano,
dijo: «Ya lo veis, hermano,
vuelvo a vos, mirad por mí.»
De entonces acá, ni aun tiene
voluntad: «orad» le digo,
y se arrodilla conmigo;
«id o venid», y va o viene.

TEUD. ¿Y nunca os dijo?

ROM.

Jamás;

como en el tiempo pasado;
en silencio se ha encerrado,
y yo nunca quise atrás
la vista hacerle volver,
por no renovar la herida
que el recuerdo de su vida
le debió en el alma hacer.
Mudo así, pero tranquilo,
vive, y tengo a buen consejo
dejarle como le dejó
vivir, quieto en este asilo.
Mi hospitalidad recibe
con gratitud: no desdén
bajar al monte por leña,
sacar agua del aljibe,
encender fuego, arreglar
los trastos de la cabaña;
nada le ofende ni extraña;
conmigo vive a la par,
y todo a ambos es común.
Para él pedí a mi convento
más nutritivo alimento;
se lo sirvo; pero aún
no ha dado señal ninguna
de ver si hay más que agua y pan;
come de lo que le dan,
y sin notar mudanza alguna.
Mas a veces, como a impulso
de algún vértigo arrastrado,
sale desalentado
de la cabaña, y le llamo
en vano; de risco en risco
huye montaraz, arisco
como un acosado gamo
que huyendo va del ojo,
y metido en la espesura

se está, hasta que cierra oscura
la noche. ¡Ay! Entonces veo
en su cara macilenta
y el cansancio que le abate,
las huellas de la tormenta
interior que le combate.
Le hago orar, y se consuela:
mas bajo el sayo eremita
la sangre real se le irrita
y el corazón se revela.
Hoy tarda ya. El desdichado,
hoy como nunca sombrío,
me dijo: «Orad, padre mío,
por este desventurado.
Orad más que ningún día
hoy, porque yo os aseguro
que es el día más oscuro
que hay en la existencia mía.»

TEUD. ¿Hoy? ¿Quién sabe el día fijo,
a su recuerdo más cruel?

¡Son tantos! Padre, por él

oremos.

ROM. Oremos, hijo.

(*Al irse a arrodillar ambos, Teudía, que es-
cucha, detiene al ermitaño.*)

TEUD. Mas aguardad un momento,

pues, o me engaña el oído,
o a lo lejos he creído
oír un grito.

ROM. Fué el viento

de la tempestad acaso.
(*Abre la puerta del fondo: se ve relampaguear.*)

Ved cómo el nublado avanza.

TEUD. Mi oído es fino, y alcanza
de alguno que sube el paso.

ROM. Tenéis razón; es su huella,
la reconozco.

(*Oyese muy a lo lejos un grito lúgubre.*)

TEUD. ¡Dios santo!
¿Qué grito es ese?

ROM. Es de espanto,
de agonía.

TEUD. ¡Ah, si se estrella
algún barco!

ROM. Vamos, pues,
al mar; tal vez tiempo haya
de traer hacia la playa
al náufrago, si lo es.

(Romano y Teudia van a entrar, Romano delante. Don Rodrigo sale al mismo tiempo, y encarándose sólo con Romano, sin reparar en Teudia, le dirige la palabra.—Teudia permanece en el fondo.)

ESCENA III

DICHOS, DON RODRIGO

ROD. Padre, no os mováis de aquí: no, no es náufrago el que grita.

ROM. ¿Quién es?

ROD. La sombra maldita que viene detrás de mí.

Cerrad, cerrad.

ROM. Son antojos que os forja algún desvarío.

ROD. No; oí su voz, padre mío, y la he visto por mis ojos.

Como un pájaro marino, como un vapor, avanzaba por sobre el mar, que la daba sobre sus ondas camino.

A la torva claridad de un relámpago la vi,

¡maldita sombra! ¡Ay de mí!

Me la trae la tempestad.

(Don Rodrigo se sienta junto a la tumba, tapándose la cara con las manos.)

ROM. Aún no ha reparado en vos:

(A Teudia.)

no os mováis de ahí.

(A don Rodrigo.) Hijo mío, con ese vértigo impío

luchad: acudid a Dios.

ROD. ¡Ay padre! Dios no me escucha, y a Satanás a la tierra

ha enviado a moverme guerra, y es desigual esta lucha.

Yo a todo mi ánimo apelo, pero por grande que sea,

¿quién, quién a un tiempo pelea contra sí mismo y el cielo?

Ya os he dicho esta mañana que hoy era mi día aciago, y ténome algún estrago

contra el que mi fuerza es vana.

ROM. Indigna superstición hija de la fantasía!

ROD. Del acíbar que se ería en mi triste corazón.

Hija de la sangre amarga que, por celestial sentencia,

envenena mi existencia, cuanto más triste, más larga.

¿Qué me resta ya que hacer? Llamé al cielo y no me oyó;

me mostré a la tierra, y no me quiso reconocer.

Sí, sí: esta es la misma hora del crimen: este el fatal

día de tan criminal aniversario, y ahora

la sombra debe venir a mis puertas a llamar,

sin que la pueda ahuyentar... Dejadme, pues, sucumbir.

Del África viene, sí; yo la he visto balancearse

sobre el agua, y acercarse a la playa contra mí.

¿No habéis oído en la calma nocturna un horrendo grito?

Fué el espíritu maldito que viene a pedir mi alma.

ROM. Serenaos, don Rodrigo.

ROD. Jamás me llaméis así; bajo ese nombre perdí

todo cuanto tuve amigo. Sólo en la tierra me halló:

pereció cuanto leal era a ese nombre fatal.

¡hasta mi último caballo!

(Don Rodrigo se levanta, trasportado por los recuerdos a los tiempos pasados. Varios de carácter hasta volver a caer en su desvarío al fin de esta escena.—Depende del actor.)

Un generoso corcel con paramentos de malla;

todo un corcel de batalla. ¡Qué bizarro iba yo en él!

Sobre él, de venganza rayo, encerrado en mi armadura,

llegué en una noche oscura al campo de don Pelayo.

Con él, al pie de una encina,
 pasé aquella noche horrenda,
 y abrigo, falto de tienda,
 le di con mi capellina.
 Apenas el alba nueva
 por el oriente asomaba,
 ya sobre él caracoleaba
 por las márgenes del Deva:
 y al escuchar los clarines
 del feroz morisco bando,
 su noble raza mostrando,
 bufó y erizó las crines.
 Al combate me lancé
 sobre él; con él me metí
 entre los moros, y a mi
 sabor los alanceé.
 Tras de su tropel impío,
 cuando ya huían deshechos,
 tenaz se arrojó de pechos
 conmigo en mitad del río.
 La corriente nos llevó:
 llegué yo, hiriendo y matando,
 hasta Causegadia, cuando
 el monte se desplomó.
 Cuantos árabes delante
 llevaba, huyendo de mí,
 se sepultaron allí
 bajo el peñasco gigante.
 Mas de entre el golfe de espuma
 que alzó el peñón desplomado,
 sacóme a la orilla a nado,
 flotando como una pluma.
 Allí di en tierra con él,
 rendidos al fin los dos:
 yo tendí la diestra a Dios,
 y la siniestra al corcel.
 Leal junto a mí yacía,
 y al ir perdiendo el sentido,
 me aperebí conmovido
 que la mano me lamía.
 Era el amigo postrero
 que tenía, y yo pensaba
 que a par de él aún expiraba,
 si no rey, buen caballero.
 ¡Mas Dios no lo quiso así!
 Al volver de mi desmayo,
 de las gentes de Pelayo
 cercado en torno me vi.
 Halláronme al explorar

el campo al siguiente día.
 ¡Mas hiel allí todavía
 restábase que apurar!
 Pelayo me dijo: «Amigo,
 ¿quién eres? Por ti vencí;
 yo ufano ¡meo de mí!
 contesté: «Soy don Rodrigo.»
 Todo el mundo se echó atrás
 con horror; y replicó
 don Pelayo: «Ya se hundió,
 para no alzarse jamás,
 don Rodrigo; y de su nombre
 no habrá ya rey en España;
 mas tú has hecho en la campana
 cuanto puede hacer un hombre,
 y en premio de tu valor,
 a faz del pueblo te abono
 yo; libre eres, te perdono
 por lo bravo, lo impostor.»
 De sangre con una venda
 cegó mis ojos la ira,
 al oír que de mentira
 era mi palabra prenda.
 Quedé inmóvil de coraje;
 y teniéndome por loco,
 dejáronme poco a poco
 a solas con tal ultraje.
 ¡Sólo aquella vil canalla,
 por quien lidié, me dejó!
 Mas no estaba solo, no:
 mi fiel corcel de batalla
 pacía en una ladera;
 sobre la silla me eché,
 el acicate le hínqué
 y se lanzó a la carrera.
 Pensé en vos y en Lusitania,
 y hacia vos me dirigí;
 ¡mas era sino ¡ay de mí!
 perder en mi ciega insania
 todo cuanto me era fiel!
 ¡En mi vértigo infernal,
 me olvidé que era mortal
 mi desdichado corcel!
 Desbocado le traía
 día y noche sin cesar.
 A mí la hiel del pesar
 de alimento me servía,
 del universo enemigo
 para huir; mas a él, que no,

¡noble animal! expiró,
y con él mi último amigo.
(Don Rodrigo, al volverse, da con Teudia,
que se ha puesto de rodillas a su lado a
sus últimas palabras, y que le dice:)

TEUD. Señor, aún os quedo yo.

ROD. ¡Teudia!

TEUD. No echéis un caballo
de menos: mientras yo viva,
aún la fortuna no os priva
de un amigo y de un vasallo.

ROD. Alza, y que yo te reciba
en mis brazos. ¡Ay! Creí
que tú también, como todos
ingrato, harías allí
causa común con los godos,
volviéndote contra mí.

TEUD. ¡Yo contra vos hacer bando!
No; si ante vos estallando
la tierra se nos derrumba,
para entonces yo os demando
la mitad de vuestra tumba.

ROD. Sí, te reconozco bien:
tú solo fuéras capaz
de mirarme sin desdén.

TEUD. Y de vengaros también
del mundo entero a la faz.

ROD. Mas ¿cómo hiciste jornada
hacia aquí?

TEUD. Allá en Covadonga
viendo que era hombre de espada,
me pusieron de avanzada
por la noche. «Que me exponga
yo más que éstos, justo es,
me dije: soy un soldado,
y no hay completo un arnés
en campo tan mal armado:
de facción quedéme, pues.
Creí juntarme con vos

a la aurora: mas la lucha
se trabó antes: yo os fui en pos,
pero la gente era mucha,
y quiso apartarnos Dios.
Caf herido: de un paisano
lleváronme a la cabaña:
y cuando ya me vi sano,
volviendo al campo de España
nuevas de vos pedí en vano.
Mas comprendí que viviais

por un soldado que habló
de uno que por rey se dió:
y juzgando que os vendríaís
aquí, tras vos eché yo.

Orillas del Duero di
con los huesos de un corcel:
cerca los pedazos vi
de un arnés: fijéme en él,
y el vuestro reconocí.

ROD. ¿No viniste, pues, por mar?

TEUD. No; y que lo penséis me asom-
[brá.

ROD. ¿Conque al llegar yo?...
TEUD. De entrar

acababa.

ROD. ¡Horrendo azar!

TEUD. ¿Qué hay?

ROD. ¡No eras tú aquella sombra!

ROM. Señor...

ROD. Dejados, anciano,
a solas por un momento.

ROM. Idle, por Dios, a la mano.

(A Teudia.)

TEUD. Yo procuraré con tiento
(A Romano.)

calmar su espíritu insano.

ESCENA IV

DON RODRIGO, TEUDIA

ROD. ¡Teudia!

TEUD. ¿Señor?

ROD. Escúchame. Tenía
sed de volverte a ver, de hablar contigo;
porque tú ves la desventura mía
tan inmensa cual es: porque testigo
de mi poder y de mi gloria un día,
tú solo puedes consolarme amigo:
*porque rey, necesito un caballero,
*no un monje, en mi pesar por compañero.

TEUD.* Es un siervo de Dios.

ROD.* Mas nunca ha sido
*ni soldado ni rey; ni nació godo;
*ni vió jamás su nombre escarnecido
*y su honor arrastrado por el lodo;
*ni se vió de su pueblo maldecido
*y rechazado, en fin, del mundo todo.
*¿Qué decir puede semejante amigo

*al inmenso dolor de don Rodrigo?

*Nada.—Siento exaltarse mi cabeza

*en esta soledad, y se enloquece

*débil ya mi razón. Si; la pereza

de esta vida inactiva me enflaquece.

Teudia, bullir en mi cerebro siento mil siniestras imágenes, que aumentan como una inundación cada momento.

TEUD. Quimeras son con que Satán [os tienta.

ROD. ¡Pero odiosas, proféticas acaso! ¡Tentaciones horribles que no puedo vencer!—¡Qué vida tan horrenda paso, Teudia!—¡Ah, no me abandones! Tengo [miedo.

TEUD. ¡Miedo, señor: ¿De qué?

ROD. Teudia, de todo:

de todo cuanto siento y cuanto miro; de todo cuanto lleva un nombre godo; de Dios, de mí, del aire que respiro.

TEUD. ¿De Dios? ¿No es infinita su [elemeucia?

ROD. Y también su justicia.* ¿Crees [que alcanza

*un día de forzada penitencia

*el rayo a detener de su venganza?

*No; un reino entero pereció a mis ma- [nos

*por mi crimen fatal, y un pueblo entero,

*esclavo de los fieros africanos,

*venganza pide contra mí... ¡y yo infiero

*que Dios se la ha de dar!—La tierra [hispana

*tinta en la sangre de mi pueblo humea,

*sangre doquiera que la huella mana;

*¡sangre por mi vertical!—Hay una idea

*arraigada en mi mente, una profunda

convicción en mi seno guarecida,

en que mi sino proverbial se funda,

y que es, Teudia, el tormento de mi vida:

TEUD. *¡Superstición!

ROD. *Tal vez; pero se aferra

*más cada día al corazón; se extiende

*más cada día por mi mente, y cierra

*más mi horizonte a cada punto; atiende

*Es la ley celestial: sobre la tierra

*abre Dios un infierno al rey que vende,

*cual yo, a sus pueblos; a este rey malvado

*le señala un espíritu, que impio,

*le acosa, al pueblo hasta dejar vengado;

*y yo siento ese espíritu a mi lado

que venga de su rey al reino mío.

TEUD. ¡Superstición!

ROD. No, no; yo sé, yo creo

que, de Dios mensajero, tras mi vaga místico ser que por doquier me amaga y por doquiera junto a mí le veo.

TEUD. ¿Mas quién es ese ser?

ROD. No sé: un fantasma

que marcha tras de mí cuando camino: su huella siento, y de terror me pasma: va a mi lado, es mi sombra, mi destino.

Escucha. A veces, a la luz postrera del día, bajo hacia la mar: me place verla estrellarse humilde en la ribera, al triste son que con sus ondas hace.

¿Qué busco allí? No sé. Voy arrastrado allí por un instinto poderoso, a esperar al fantasma amedrentado:

porque le temo, aunque le busco ansioso: y no en vano. Del África viniendo,

acercarse le veo de ola en ola, su caprichosa oscilación siguiendo, la playa hasta tocar callada y sola.

Huyo al verle llegar, y me parece (yo no sé si es el viento que murmura), mas creo que se ríe y me escarnece, y en lengua que no sé, volver me jura.

TEUD. ¡Miserol

ROD. Hoy le esperé: del horizonte

destacarse le vi, crecer, llegarse más que nunca visible: hui hacia el monte, mas mi sangre sentí paralizarse

cuando le oí lanzar hondo lamento que estubo en tierra para dar conmigo, y gritarme le oí: *¡Vuelve, Rodrigo!*

Y esta vez fué su voz, no la del viento.

TEUD. Fué, señor, vuestra loca fanta- [sia;

fué que la soledad y la abstinencia exaltan vuestra mente cada día más, y os minan la frágil existencia.

ROD. *Teudia, ya te lo he dicho: esta [es la hora

*del crimen: es el de hoy el mismo día

*del año, y esa sombra vengadora

*sale hoy a reclamarme del abismo.

El eco de su voz, en mi memoria

toda entera evocó la edad pasada,
 Si, todo cuanto fué: toda mi historia:
 fué voz por un espíritu lanzada.

TEUD. Fué voz por vuestro espíritu
 [forjada.

ROD. ¡Ah! Lo ignoras tal vez. Hoy ha
 [diez años
 que a Florinda ultrajé.
 (Teudía va a hablar: don Rodrigo le pone
 la mano en la boca.)

No lo repitas.
 Hay en la soledad ecos extraños
 que te devolverían mis malditas
 palabras... pero sábelo: a esta hora
 en mi palacio de Toledo... aún veo
 aquella escena amante, abrasadora;
 y veo aún su rostro virginal que llora
 y aún ¡sacrilego amor! qué la amo creó.

TEUD. *¿Señor!

ROD. *¿Tú alguna vez en el seguro
 *recinto del palacio no la viste?

TEUD. *Jamás la conocí; ¡mas la mal-

ROD. *¿Teudía!—Inocente fué; yo te
 [lo juro.

TEUD. *Pero os perdió su amor.

ROD. ¿Quién le resiste

cuando Dios nos le da para castigo?

TEUD. ¡Infeliz!

ROD. *¡Lloras, Teudía! Te comprendo:
 *te inspiro compasión.

TEUD. * Señor, si lloro,

*es porque vos no veis, y yo estoy viendo,

*que Dios, que de piedad es un tesoro,

*a vos me guía por su propia mano,

*porque guíe desde hoy vuestro destino,

*porque os recuerde yo que el ser humano

*tiene su origen en el ser divino.

*Avergüenceos, pues, vuestra locura;

*los ojos levantad al Dios que dijo:

*Venid a mí en las horas de amargura;

Padre, os perdono en nombre de mi Hijo.

Necesitáis trabajo y ejercicio:

las fieras de la selva nos convidan

a sacudir de la pereza el vicio,

y así echaréis las sombras que se anidan,

de la inercia a favor, en vuestro juicio.

*Recordáis que sois rey? He aquí un vasa-

[lo.

¿Que sois harto infeliz? He aquí un amigo.

¿Cenobita os hacéis? Como batallo,

rezo: mandad, llorad, orad conmigo:

pronto a partir con vos la vida me hallo;

tendréis en mí un esclavo, don Rodrigo:

de cuanto vuestro fué, yo solo os quedo;

mas aún sois para mí rey de Toledo.

Mientras que viva yo, vuestra ventura

seguiré, atado siempre a vuestra huella:

si os condena la suerte a vida oscura,

no ha de faltaros, pese a vuestra estrella,

ni un vasallo que os cave sepultura,

ni un amigo leal que os lllore en ella:

y siempre queda mundo, don Rodrigo,

al que le queda Dios y un buen amigo.

ROD. Teudía, tienes razón: Dios te me

[envía

cual aura de consuelo y de bonanza,

en la borrasca de la angustia mía,

cual iris mensajero de esperanza:

tienes razón; tú irás siempre conmigo.

TEUD. Siempre.

ROD. Y emprenderemos otra vida

mejor para mi espíritu.

TEUD. Y os digo

que cobraréis vuestra quietud perdida.

ROD. Batiremos el monte.

TEUD. Y volveremos

con hambre a la cabaña.

ROD. Y de la lumbre

al amor, de otros tiempos hablaremos.

TEUD. Y oraremos también.

ROD. Tengo costumbre

de orar al acostarme.

TEUD. Pues le haremos

juntos todas las noches.

ROD. Me temía,

Teudía, que el campamento...

TEUD. ¿Lo cristiano

en mí amenguara? ¡Oh, no! Con alegría

sufro, y tengo fe en Dios.

ROD. ¿La corte mía

(Con amargura.)

frecuentaste?

TEUD. Jamás: noble he nacido;

mas vivir en la corte no he querido

nunca.

ROD. Por eso crees, y el alma pura

conservas y leal.

TEUD. Es lo que ahora necesito, señor, vuestra amargura; fe cierta, y lealtad consoladora. Mas se hace tarde: reposad tranquilo esta noche, señor, y nuestra nueva vida mañana empezará. Este asilo es seguro, y no hay nadie que se atreva a penetrar en esta selva.

ROD. Pero si esta noche...

TEUD. El pavor eehad del alma; yo estoy con vos, y yo soy un guerrero.

ROD. ¿Mas ya no te irás?

TEUD. Dormid en calma, señor; yo velo aquí.

ROD. No, estás rendido de fatiga: esta noche necesitas reposo tú. Mi lecho muy mullido no es, mas yo te le doy con infinitas albricias por tu vuelta.

TEUD. ¿Y vos?

ROD. Un rato quiero estarme a la vera de la lumbre, conmigo mismo a solas.

TEUD. Mas...

ROD. Ingrato el sueño huye de mí, y es mi costumbre recogerme a altas horas.

TEUD. Hoy, empero, no tardaréis.

ROD. No a fe, que con el día te pienso despertar. Ve, pues: lo quiero.

TEUD. Os obedezco.

ROD. Ve, y en mí confía; yo te despertaré.

(Va don Rodrigo a sentarse a la lumbre: Teudia, contemplándole, dice desde la puerta, levantando los ojos al cielo.)

TEUD. ¡Dios justiciero, yo adoro tu piedad! Si tardo un poco, desventurado rey, le encuentro loco.

ESCENA V.

DON RODRIGO

¿Y por qué, si feliz ser ya no puedo, con Dios no viviré y conmigo mismo en paz? Bien dice Teudia: sí, mi miedo

sólo es superstición, sonambulismo.
*¡Lejos de mí quiméricas visiones!
*Ellos reposan en la tumba todos,
*y la tea apagó de las traiciones
*el huracán que dispersó a los godos.
*En mí acabó mi raza: fué sentencia
*del sumo Dios, que condenó al misterio
*de oscuridad perpetua mi existencia:
*mas lo que vale me mostró el imperio.
*Señor, yo acato tu poder, y acepto
*mi sacrificio entero. Si no pura,
*obediente mi alma a tu precepto,
*el cáliz beberá de su amargura.

Si; muerto para el mundo, en la montaña viviré, de la cruz bajo el abrigo, y arrostraré la execración de España en nombre del que fué rey don Rodrigo.

FLOR. Don Rodrigo. (Dentro.)

ROD. ¡Dios mío! ¿Quién me nombra?

(Ábrese la puerta del fondo, y a la luz de un relámpago se presenta Florinda, desmelenada y las ropas en desorden. Este personaje es altamente fantástico, y la determinación de su carácter en la escena depende solamente de la actriz. Florinda presenta en su fisonomía, en sus miradas y en sus acciones, la vaguedad de la locura y la exaltación de la fiebre. Contesta maquinalmente, y no se fija en nada más que en el fuego, junto al cual se coloca con el placer de un loco que logra el capricho de su demencia; hasta que, calmándose poco a poco, entra lógicamente en el sentido de la escena.)

ESCENA VI

DON RODRIGO, FLORINDA

ROD. ¡Una mujer!

FLOR. (fijándose en la lumbre).

Aún arde: a tiempo llego.

(Siéntase Florinda al lado del fuego, gozando de su calor con insensata avidez.)

ROD. ¿Qué traéis? ¿Qué buscáis?

FLOR. Sed, frío, fuego.

ROD. ¿Mas quién sois?

FLOR. Nadie ya, soy una sombra.

ROD. ¡Sombra! ¿Quién me la trae?

FLOR. La mar, el viento.
 ROD. ¿Y de dónde?

FLOR. Del África.
 ROD. ¡Es la mía!

¡Ah! ¿Qué quiere de mí?
 FLOR. Vida, alimento.

¡Aguá!... Tengo el temblor de la agonía.
 ¡Aguá!

ROD. ¡Ay de mí! Yo creo que deliro.
 FLOR. ¡Aguá!... La calentura me sus-

tenta,
 y en el momento en que me deje, expiro.

¡Aguá!
 ROD. Ahí la tienes.

(Señalando una vasija.)
 FLOR. (después de beber).

Gracias, Dios en cuenta
 te lo tenga, buen hombre. ¡Qué cansada

estoy!... A esos peñascos he trepado,
 por este fuego y esa luz guiada.

Temí que me la hubieras apagado.
 ¡Qué agradable calor! ¡Cómo consuelal

Allá en la oscuridad ¡qué frío hacía
 sobre la mar! Pues ¿y en el monte? Hiela.

ROD. ¡Sobre la mar!
 FLOR. Sin duda; yo venía

todas las noches a esta playa.
 ROD. ¡Todas!

FLOR. Todas. Todas las noches de seis
 años;

siempre viendo pasar las naves godas
 ante mí; y yo ¡qué afán! presa entre ex-

ante mí; y yo ¡qué afán! presa entre ex-
 años.

Porque yo estaba en África cautiva,
 allá en un torreón... sobre una roca

que daba al mar... mas ya no estaba viva.
 ROD. ¿No estabais viva ya?

FLOR. No; estaba loca.
 Yo lo sabía bien, porque sentía

que la razón se me iba por momentos;
 mas el dolor con la razón huía,

y gozaba en mis locos pensamientos.
 Un día mi señor trajo a un anciano

a la torre, y mostrándome, le dijo:
 «hela ahí.» El viejo me tomó la mano,

e hizo de mí un examen muy prolijo.
 Aquel viejo era un sabio. «¡Pobre esclaval,

(decía) mis pronósticos son ciertos;
 esta es la fiebre que la vida acaba.

—¿Nadie la curará?» Le preguntaba
 mi señor... Yo afanosa le escuchaba.

Y el viejo contestó: «Tal vez los muertos.
 Si el rey que la infamó resucitase,

si a su edad virginal volver pudiera,
 a su patria, a su amor, cual si tornase

de un ensueño, tal vez en sí volviera.
 Tan sólo esta impresión desesperada

la podría curar. Mas id con tiento;
 pues sólo por la fiebre alimentada,

cuando la deje, morirá.»—Y ya siento
 que se va poco a poco.

ROD. ¡Desdichadal
 El eco de su voz ¡ay! me estremece;

mas me atrae como imán; no sé qué en-
 canto

sinistro tiene para mí; es el canto
 traidor de una sirena que adormece.

FLOR. Vivifica estallama; bien has he-
 en no apagarla. Mira, me devora [cho

la fiebre... me consume hora por hora
 la vida... Mas percibo que mi pecho

se fortalece a su calor un poco;
 muy poco, porque tiene mi existencia

un plazo fijo, y a su extremo toco.
 Hoy moriré tal vez: es mi sentencia.

ROD. ¡Hoy!
 FLOR. Hoy, que es día aciago. Tú no

[puedes
 comprenderlo: es verdad; pero yo quiero

que lo comprendas. Oye: en las paredes
 de mi prisión había un agujero

que daba sobre el mar. Desde él veía
 siempre atada una barca en la ribera,

que encima de las ondas se mecía,
 e imán eterno de mis ojos era.

En ella, sobre el mar, iba y venía
 todas las noches yo: me aproximaba

a estas playas: en ellas percibía
 un ser de quien soy sombra: le llamaba;

venía... mas mi barca se volvía
 a África, y yo volvía a ser esclava.

ROD. ¿Veníais a esta playa en las ti-
 nieblas?

FLOR. ¿Te he dicho eso? ¡Jal ¡Jal!...
 [No; lo soñaba.

ROD. ¡Lo soñabais! ¿Mas hoy?...
 FLOR. Hoy en las nieblas

nocturnas descendí de la montaña.

ROD. ¿Mas cómo?

FLOR. Como sombra, por el viento.
Rompió la tempestad, y en un momento
mi hermano el huracán me trajo a Es-
paña.

ROD. ¿Vais a España?

FLOR. ¿Pues qué? ¿No estoy en ella?

ROD. Aún no.

FLOR. ¿Conque es decir, que ya no
esta noche llegar?

ROD. ¿Dónde la huella
queríais dirigir?

FLOR. Voy a Toledo.

ROD. ¡A Toledo! ¿Y a qué?

FLOR. Allí he nacido.

ROD. Yo también.

FLOR. Allí fui rica y querida.

ROD. Yo también.

FLOR. En su alcázar he vivido.

ROD. Yo también.

FLOR. Allí amé; mas fui vendida.

ROD. También yo.

FLOR. Una corona allí he perdido.

ROD. Yo también.

FLOR. Y allí, en fin, perdí mi vida.

ROD. (Dadme fuerzas, Señor; luz en su
mente
derramad, y abreviad este suplicio.)

¿Conque moristeis?

FLOR. Di, ¿vive realmente
el que pierde el honor, la fe y el juicio?

ROD. No vive, no.

FLOR. Pues bien; yo estoy ya muerta:
mas soy mi sombra, y a merced del viento
sobre la tierra voy vagando incierta,
porque un secreto revelarle intento.

ROD. ¿A quién?

FLOR. Al rey.

ROD. ¿A cuál?

FLOR. Al de los godos.

ROD. ¿Y qué vais a decirle?

FLOR. Es una historia
que él solo entenderá: no es para todos.
Nadie la sabe aún; en mi memoria
vive no más; y mira, he canecido
sólo por conservarla en ella escrita;
por ella mi nación me ha maldecido,
y por ella mi raza está maldita.

ROD. Y la mía también.

FLOR. Odio, detesto
cuanto fui.

ROD. Yo también.

FLOR. Hasta el cariño
de los que ser me dieron, y el honesto
pudor de virgen y el candor de niño.
Óyela, pues, entera la recuerdo;
mas no me la interrumpas: esta fiebre
me abandona, y tal vez si tiempo pierdo,
al par mi historia con mi ser se quiebre.

ROD. Habla.

FLOR. Yo era una flor que cultivaba
un rey en el jardín de su palacio:
con solícito afán él me cuidaba,
y yo con mi perfume embalsamaba
de su real corazón todo el espacio.

Era aquel rey galán, rey de las flores,
y una elegir debía para esposa:
yo era entre ellas la flor de sus amores...
¡mas Dios me hizo brotar de los traidores
tallos de una letal flor venenosa!

Aquella flor de quien nací capullo,
en vez de contemplarme con orgullo,
hija suya por ser y la elegida,
del aura de la envidia oyó el arrullo,
y envidió mi favor y odió mi vida.

Iba de noche el rey enamorado
al jardín, mientras yo, casta, plegaba
mis hojas sobre el cáliz delicado,
y él en silencio y a mis pies echado,
con el aroma de mi amor soñaba.

Si en la sombra hacia mí tendió la mano,
tropezó de mi honor con las espinas:
porque yo, frágil flor, y él rey liviano,
receló y me previne... y no fué en vano.

Una noche... espesísimas cortinas
de tinieblas velaban tierra y cielo;
tendióme el rey la mano: el aura errante
inclinó a mi rival hacia adelante:
no halló espinas el rey, y con anhelo,
de la traidora flor gozó ignorante.

ROD. ¡Ah!

FLOR. Y al siguiente día, audaz, risueño,
confiado, mis hojas purpúras
vino a besar con amoroso empeño:
yo, ajena a la traición hecha en mi sueño
cerréme, y di a sus labios mis espinas.

Indigné al rey galán mi fantasía,
y viendo que de noche, flor liviana,
a su liviano amor correspondía,
desairándole hipócrita de día,
me deshojó a la fuerza una mañana.

ROD. ¡Ah! Comprendo, infeliz, tu ho-
[rrenda historia.

FLOR. ¡Imposible!

ROD. Recobra tu memoria,
de ti las nieblas del delirio aparta;
respóndeme... Una noche a tu aposento
fue el rey tras el perfume de una carta.

FLOR. No era mía.

ROD. En la sombra el suave aliento
sintió de una mujer.

FLOR. El mío no era.

ROD. Su mano halló otra mano.

FLOR. No era mía.

ROD. ¿Cuál era, pues, la flor que el
[rey cogía?

FLOR. La que el aura inclinó porque
[él la asíera.

ROD. ¿Cuál la que deshojó con mano
[fiera?

FLOR. La que en su cáliz virginal dor-
[mía.

ROD. ¡Ah! De una vez tus pensamien-
[tos fija;

tú la inocente flor, ¿quién fue la rea?

FLOR. De su tallo nací. *(Con misterio.)*

ROD. ¡Maldita sea!

FLOR. ¡Es mi madre! *(Con espanto.)*

ROD. De tigres eres hija.

FLOR. Y tú que la maldices, tú, ¿quién
[eres?

ROD. ¿Quién he de ser sino quien fue
[contigo

de su generación plaga y castigo?

FLOR. ¡Tú...!

ROD. Mirame.

FLOR. ¿Eres tú?

ROD. Mira te digo.

FLOR. ¿Tú... el rey infamador de las
[mujeres?

ROD. ¡Tú Florinda infeliz!

FLOR. ¡Tú don Rodrigo! *(Pausa.)*
Mi alma se va... la vida me abandona.

Si: de nuevo la luz brilla en mi mente;

recuerdo..., reconozco..., me perdona
sin duda Dios.

ROD. Florinda. *(Acercándosele.)*

FLOR. ¡Atrás! Detente.

(Rechazándole.)

Yo no soy la mujer que hundió tu trono;
yo soy mi sombra, que pasó a tu lado
al volver a su tumba, solamente
para decirte: «¡Adiós, rey desdichado!
Yo, de tu crimen víctima inocente,
blanco seré de universal encono
y execración de la futura gente;
mas el juicio de Dios tengo en mi abono.»

ROD. ¡Florinda!

FLOR. Aparta... tentador..., el alma
se separa del cuerpo..., dulcemente
la tierra huye de mí... yo la abandono
sin pesar..., siento en mí la dulce calma,
la paz, la sombra del sepulcro...

ROD. ¡Ah!

FLOR. ¡Tentel
¡Hasta la eternidad! Yo te perdono. *(Cae.)*

(Asoma Teudis.)

ROD. No hay perdón para mí; yo lo re-
[chazo.
¡Tierra de maldición, libre muy presto
vas a verte de mí!

ESCENA ÚLTIMA

DON RODRIGO, TEUDIA, FLORINDA, muerta

TEUD. Señor, ¿qué es esto?

ROD. Es que el rayo de Dios de herir-
[me acaba;
que mi vida fatal llegó a su plazo.

TEUD. ¡Una mujer!

ROD. Mi sombra: esa es la Cava.

TEUD. ¡Cielos! ¿Mas dónde vais?

ROD. A la montaña.

TEUD. ¿A qué?

ROD. A buscar en el sepulcro abrigo
del odio universal contra la saña.

TEUD. Esperadme, señor,

ROD. Nadie conmigo:

(Desde la puerta.)

solo en la culpa, solo en el castigo;
la maldición del cielo me acompaña.
(Cierra la puerta de golpe, y cae el telón.)

EL EXCOMULGADO

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS 26

A DON CARLOS LATORRE

Querido Carlos: He aquí la mezquina obra que emprendí por amistad tuya, y concluí en tan poco tiempo: tú, que sabes su historia, conoces su poco valer; pero apréciála no por el que tiene, sino porque es la expresión de la lealtad con que te quiere tu amigo

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, y junio 13 de 1848.

PERSONAS

DON JAIME EL CONQUISTADOR, rey de Aragón.
DOÑA VIOLANTE DE HUNGRÍA.
DOÑA TERESA GIL DE VIDAURA.
DON BERENGUER DE CASTEL-BISBAL, obispo de Gerona.
EL CARDENAL ÁNGELO DE CAMARINO, legado de Inocencio IV.
EL PRESBITERO DESIDERIO, su secretario.
EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA DE ARAGÓN.

GARCÉS, paje y trovador del rey Don Jaime.
GERMÁN, mayordomo viejo.
UN PORTERO.
CORTESANOS.
NOBLES.
DAMAS DE DOÑA VIOLANTE.
PAJES DEL REY, Y SÉQUITO CORRESPONDIENTE A CADA PERSONAJE ECLESIASTICO O SEGLAR QUE LO REQUIERE.

La escena en Zaragoza en el alcázar del rey, por los años 1246 de N. S. J. C.

ACTO PRIMERO

Cámara de don Jaime. Decoración ochavada. Puerta a la izquierda en la primera caja. Lujosa puerta de dos hojas en el fondo, abiertas las cuales se ve el suntuoso lecho del rey dentro de la alcoba. A la derecha, en la segunda caja, una puerta secreta; y en este mismo lado y en primer término, la mesa de despacho del rey, con pergaminos, plumas, etc.; en la segunda caja de la derecha, el arpa de Garcés. Luz de la mañana.

ESCENA PRIMERA

GARCÉS, *franqueando la cámara real a DON BERENGUER, descubierto y con ademán respetuoso.* DON BERENGUER, *embobado en una capa oscura, bajo la cual*

viste traje talar morado, sin insignias sacerdotales. Cabello gris, barba larga, y anillo episcopal.

GARCÉS. Esperad aquí, señor Obispo. Su majestad me ordenó que os condujera a esta cámara real, y que le avisara al punto que llegarais.

BERENGUER. Avisad, pues, al rey de que ya aguardo sus órdenes.

GARC. No os mováis de aquí, señor, aunque el rey

se retarde: y dispensad si os advierto que al balcón no os asoméis, ni lo abráis; pues importa que se ignore que estáis aquí.

BER. Bien está.

GARC. Perdonad; cumplo así obrando mi obligación.

BER. Vete en paz.

ESCENA II

DON BERENGUER

No puedo dar con la oculta razón de misterio tal.

¡El rey con tanto secreto y tan temprano a llamar me envía!... Y el pajeillo con avizorado afán, calles buscando excusadas, suplicóme que la faz recatara, y las insignias del traje sacerdotal. No lo comprendo: a palacio vengo con asiduidad: me ve el rey todos los días.

GARC. El rey. (Anunciando.)

BER. Él se explicará.

ESCENA III

DON BERENGUER, el rey DON JAIME

(El rey despide a Garcés con una seña imperativa, y cierra la puerta por donde entró, antes de hablar.)

REY. Disimulad, si del lecho mi paje a sacaros fué: mas me urge el tiempo, y a fe que aunque avaro lo aprovecho, temo que me ha de faltar.

BER. El rey sois: mandad, señor.

REY. No: vos sois mi confesor, y me vais a aconsejar.

Por esto con tal premura

llamar en secreto os hice.

Tomad: ved lo que me dice

el papa en esa escritura

que acabo de recibir.

(El rey le da un pergamino, que lee don Berenguer.)

BER. Un matrimonio os propone.

REY. Como padre que dispones de sus hijos al morir.

BER. Poca esperanza de vida en su escrito manifiesta su santidad.

REY. Le molesta crónica y envejecida enfermedad, que le lanza en el sepulcro, y desea que por mí esta boda sea,

como postrer ordenanza de un buen padre moribundo, aceptada. Es un empeño ya antiguo en él, y es el dueño de los señores del mundo el papa: conquese razón obedecerle, a mi ver; siempre que se pueda hacer sin fuerza o contradicción.

BER. Os veo, señor, dispuesto a seguir de todos modos su parecer.

REY. No de todos, Obispo: mas os protesto que esta boda, si se aviene con la situación política de mis reinos, en la crítica ocasión para mí viene.

BER. Las ventajas personales que a vos os pueda traer...

REY. Las vais al punto a saber, (Interrumpiéndole.)

y a juzgarlas tales cuales son. Esta correspondencia entre el papa, el castellano y yo, pondrá claro y llano a vuestra alta inteligencia todo el negocio. (Le da unos pergaminos.)

BER. Señor... (Inclinándose.)

REY. Negocio exclusivo mío, que de vos tan sólo fio porque sois mi confesor.

Mis cortesanos, mis nobles consejeros no guardan secretos que les fiaran, no: juegan con dados dobles; y nunca uno faltaría que, de ellos depositario,

los vendiera a algún contrario,
antes de acabarse el día.
No, no. Yo quiero cumplir
la voluntad pontificia;
mi buena fe o mi malicia
tan sólo se ha de medir
por mi confesor y yo:
si obro bien, porque me abone
ante Dios, o me perdone
de Dios en nombre, si no.

BER. Señor, juzgáis hartomal
a los nobles de Aragón.
Ninguno hay de corazón
tan villano y desleal,
que obrara con tanta mengua.

REY. Yo sé bien que alguno habría:
mas también juro a fe mía
que le costara la lengua.
En fin, a vos os lo fio,
don Berenguer, y yo espero
que seréis buen consejero
al par que confesor mío.
Legista, ataréis el hilo
de mis litigios mejor,
mientras como confesor
me guardaréis el sigilo.
Vamos los cabos atando,
pues, hasta que el hilo entero
saquéis: con que id, consejero
o confesor, preguntando.

Echad a un lado la inútil
cuestión de si la futura
trae virtudes o hermosura,
que es don perdedizo y fútil.
Los reyes, al escoger
esposa, hemos de tomar
para el reino en el altar
antes reina que mujer.
Mas en el caso presente
es, pues, el papa la fia,
doña Violante de Hungría
reina y mujer excelente.
Ved.

(Dice este «ved» el rey señalando las cartas que ha puesto en manos de don Berenguer, y que éste va consultando conforme indica el diálogo.)

BER. Dice aquí el castellano

que la esposa repudiada
vuelve a ser por vos llamada.

REY. ¿Qué ha de decir, si es su her-
mano?

BER. Que pide en razón infiero:
pues el hijo en ella habido
está ya reconocido,
señor, por vuestro heredero.

REY. Mas fuera, según calculo,
la autoridad pontificia
injuriar, pues su justicia
dió el matrimonio por nulo.

BER. Amaga aquí el castellano

(Viendo otra carta.)

con declararos la guerra,
y hay bandos en vuestra tierra
que podrán prestarle mano.
Vuestro hijo, como heredero,
partido tiene, y aún viven
señores que no os reciben
con respeto muy sincero.
La Navarra se os rebela.
En Francia tenéis añejos
derechos, pero está lejos,
y en vuestra frontera vela
Aben Zaen; esta boda
que el Pontífice os propone,
en guerra, a mi ver, os pone,
señor, con la tierra toda.

REY. Como vos lo calculáis,
seguramente que sí:
mas tengo yo para mí
que errado el cálculo echáis.
Tengo exhausto mi tesoro,
mi ejército es bien escaso,
y van a salirme al paso
el castellano y el moro.
Es la verdad: necesito,
pues, oro y gente muy presto,
o el trance a que estoy expuesto
sólo por milagro evito.
Pesáis con fidelidad;
mas veamos lo que pesa
la boda de la princesa
que me da Su Santidad.
La dota, porque es su ahijada,
en un millón de onzas de oro,
y en la guerra contra el moro
me da bula de cruzada.

Propone al rey castellano
 (que tiene un hijo y una hija)
 que, para su tiempo, elija
 para uno dellos la mano
 del primer hijo que Dios
 me dé en este matrimonio,
 como prenda y testimonio,
 de la paz entre los dos.
 Si es estéril mi mujer,
 mientras duda el castellano,
 tiempo sobrado le gano:
 y si, lo que puede ser,
 la proposición rechaza,
 mientras con la Santa Sede
 se gobierna como puede,
 la guerra con que amenaza
 le iré yo mismo a llevar:
 pues con la bula y el oro,
 a pretexto de ir al moro
 puedo un ejército alzar.
 Todo el rebelde que altera
 hoy en su bando a Aragón,
 tendrá de la religión
 que juntarse a la bandera.
 Y ninguno habrá que deje
 de acudir a la sagrada
 enseña de la cruzada,
 a no pasar por hereje.
 A la voz, pues, de indulgencia
 plenaria, tendré muy presto
 un ejército dispuesto,
 que con oro y diligencia
 prevenido a una jornada
 marchará donde yo quiera:
 y pues siempre en la frontera
 moros hay, siempre es cruzada.
 Conque ved cómo, a mi ver,
 esta aconsejada boda
 en paz con la tierra toda
 me pone, don Berenguer.
 Mas, sabedlo a prevención:
 esto que a solas os digo,
 lo sabéis sólo conmigo:
 porque esta es mi confesión.

BER. De advertírmelo excusáis:
 mas aunque admiro y alabo
 vuestros cálculos, si al cabo
 por confesor me llamáis,

después de la confesión
 debo a mi rey en conciencia...

REY. Imponer la penitencia
 (Interrumpiéndole.)
 y otorgar la absolución.

BER. Señor... (Turbado.)

REY. Las conciencias reales,
 por misteriosas razones,
 están en sus confesiones
 en casos excepcionales.
 Faltas a los reyes pesa
 tomar, Obispo, a su cargo,
 y las toman, sin embargo,
 porque a su pueblo interesa.
 Esto a mis reinos conviene:
 la vida del Papa es corta,
 y aprovechar nos importa
 la escasa vida que aún tiene.
 Sé cuánto en Roma se intriga
 para la nueva elección,
 y sé que no es de Aragón
 la nueva elección amiga.
 Conque hoy partirá el enviado
 del Papa con mi respuesta,
 y en lo que de otoño resta
 he de quedar yo casado.
 Es mi voluntad.

BER. Señor...

REY. Bien: docto sois y entendido:
 a Roma lo convenido
 escribid; es lo mejor.
 Y ahora que de consejero
 pasáis a mi secretario,
 en aqueste solitario
 camarín dejáros quiero,
 para que a solas, y en vista
 de esos datos, respondáis
 al Santo Padre, y luzcáis
 vuestros dotes de jurista
 y de retórico; dad
 al viento todas las alas
 de vuestro ingenio, y mil galas
 de erudición prodigad
 por mí; traducid, en fin,
 al Pontífice romano
 mi bárbaro castellano
 en vuestro culto latín.

BER. Lo haré.

REY. Yo volveré luego.

Voy del correo a mandar los caballos ensillar: mientras, a mi nombre y ruego escribís vos aceptando la boda a Su Santidad, y si hay postdata, anotad que estoy la novia esperando. (Vase.)

ESCENA IV

DON BERENGUER

¿Quién puede la buena fe de su corazón sondar?
 ¿Si de mi carta oyó hablar?
 ¡Imprudencia escribir fué!
 Con esta boda... bien dice, será fuerte contra todos, y quiere de todo modos efectuarla. Si lo que hice sabe, al fiarme a su vez este secreto, me obliga al tiempo que me castiga. Si no me teme... ¡pardiez! está bien claro... ¡Adelante! Rey él, y yo de su trono alcanzo lo que ambiciono, poder... ¡Oh! Desde este instante, de su secreto a favor, el de la corte conquisto.

¿Qué tengo, pues, que temer?
 (Al decir don Berenguer estos dos últimos versos, la puerta secreta que hay a sus espaldas se ha entreabierto misteriosamente, asomando por ella doña Teresa, que se presenta al concluir el último.)

TER. Nada más que a una mujer.

BER. ¡Dios!

TER. ¡Silencio!

(Doña Teresa va a echar el cerrojo de la puerta izquierda por donde el rey se fué, volviendo en seguida a la escena.)

ESCENA V

DON BERENGUER, DOÑA TERESA

TER. Por lo visto

vos ignorabais, señor, que nadie da un paso aquí sin que llegue al punto a mi de sus pasos el rumor.

BER. Señora...

TER. ¿Me conocéis?

BER. ¿Quién, si a la corte ha asistido, no os conocerá?

TER. Advertido de mi favor estaréis.

BER. ¡Oh!

TER. Llegó un pliego del Papa al rey, al amanecer:

y otro a mí. A don Berenguer

llamó el rey, y él, con la capa

de un hidalgo disfrazado,

al alcázar acudió;

pero al mismo tiempo, yo

entré en él por otro lado.

Cuanta puerta, pasadizo

y caracol hay secreto

de servirme a mí se hizo.

Nada se habla, nada se hace

que yo no oiga y yo no vea:

nada hay que cumplido sea

si a mí no me satisface.

Jamás fiéis en palacio

de bóveda, ni de alfombra:

para un eco o una sombra,

jamás falta aquí un espacio.

BER. Pero, en fin...

TER. No comprendéis adónde voy a parar,

pero me voy a explicar.

(Don Berenguer mira con inquietud a la

puerta izquierda, y dice doña Teresa:)

Cerré bien: no receléis.

Creo que a escribir a Roma

vais: yo puedo aconsejaros

antes, y no hagáis reparos;

consejos el cuerdo toma.

BER. Hablad.

TER. Primero que el pliego

al Pontífice escribáis,

será bueno que sepáis

una historia: oídla os ruego.

BER. Sea, pues os empeñáis.

TER. En una fresca alquería

con reneros de castillo,

que a espaldas de un montecillo

circuye alameda umbría,

diez años ha que habitaba

una mujer, una niña,
 señora de la campiña
 solitaria en que moraba.
 Rica, opulenta quizás,
 huérfana de ilustre gente,
 caritativa, inocente,
 hermosa... ¿qué os diré más?
 Allí del mundo apartada
 y de sus cuitas exenta,
 vivía libre y contenta,
 del universo olvidada:
 y un árbol nuevo, una flor
 que empezaba a abrirse, un nido
 entre las zarzas cogido,
 era su antojo mayor.
 Jamás extranjero alguno
 penetró en su quieto asilo,
 ni en su corazón tranquilo
 vano amor inoportuno.
 Mas un día, entre los altos
 robles de un soto vecino,
 no un caballo, un torbellino
 se precipitó, y a saltos
 desesperados salvando
 cuanto hallaba en su carrera,
 huyó al monte, en la pradera
 a su jinete lanzando.
 Era un hermoso mancebo;
 la niña de la alquería,
 sin ver el mal que se hacía,
 le acogió en ella; y al cebo
 de la compasión, llamada
 de su belleza incentiva,
 se aproximó compasiva
 y se apartó enamorada:
 y cuando partió el doncel,
 repuesto, de su campiña,
 el corazón de la niña
 partió del campo con él.
 El mozo, en amor maestro
 ya, aunque casi en la niñez,
 volvió una y otra vez:
 y ella inocente y él diestro,
 prometiendo él, y fiando
 ella, al cabo la pasión
 atropelló a la razón,
 y... día a día, pasando
 fueron cinco años así:
 y ella, que le idolatraba,

no su amante, fué su esclava.
 «Nunca te muevas de aquí,
 o al punto me perderás
 en que dejes la alquería»,
 le dijo: ella le creía,
 y no la dejó jamás.
 Pero la mujer se hartó
 de misterios tan prolijos,
 y un día... para sus hijos
 apellido le pidió.
 Él vaciló: insistió ella:
 partióse él de la alquería,
 y ella, al ver que no volvía,
 partió también tras su huella.
 Llegó a la ciudad: oyó
 que había en la tierra un rey
 que la justicia y la ley
 guardaba, y a él acudió.
 Se hizo al alcázar llevar;
 el rey daba al pueblo audiencia;
 llegó del rey a presencia,
 mas cuando al rey iba hablar,
 juzgad de la confusión
 que embargó su alma sincera,
 al ver que su amante era
 él mismo, el rey de Aragón.
 Ni una razón, ni un suspiro
 lanzó aquella dama altiva:
 torva, silenciosa, esquiva,
 volvió a su triste retiro.
 La gente, a enajenación
 atribuyó su altivez;
 sólo el rey supo esta vez
 leer en su corazón.
 El rey no más tuvo en cuenta
 que a la oveja inofensiva
 en pantera vengativa
 puede cambiar una afrenta.
 Y el rey volvió a la alquería
 y se humilló, y tal lo nizo
 con ella, que satisfizo
 su enojo, y juró que haría
 cuanto exigiera: de modo
 que ella, viéndolo preciso,
 tomó lo que él darle quiso;
 pero hoy... hoy lo quiere todo.
 Porque hoy, a fuerza de vil
 hipocresía y constancia
 pertinaz, y tolerancia

pasiva, muda y servil,
supo la mujer al cabo
cegar al hombre de amor;
y la cautiva al señor
supo al fin hacer su esclavo.

BER. ¡Señora!...

TER. Leed aquí:
en un día de embriaguez,
de que le pesa tal vez,
lo escribió don Jaime así.

(Mostrándole con el dedo lo que va leyendo.)

«El papa, por ley expresa,
anula desde este día

«mi matrimonio; Teresa,

«no quiero que pase un día

«sin cumplirte una promesa.

«Si así a perdonarme vas

«pesares harto prolijos,

«no me casaré jamás,

«legitimare tus hijos,

«y te amaré, ¿quieres más?»

Su sello, su firma es esa;

y a la reina repudió:

mas aunque hizo tal promesa,

no se la cumplió a Teresa,

y esa Teresa soy yo.

¿Comprendéis?

BER. No bien; mas va
viniéndome la memoria
de haber oído esa historia.

TER. En su confesión quizá.

Guardarla debió en su pecho

de todos, pues sólo Dios

tiene con nosotros dos

para saberla derecho.

Mas cuando os la cuento, es llano

que es para que la entendáis:

para que se la escribáis

al Pontífice romano.

BER. Es imposible, señora.

TER. Pues imposibles haréis.

BER. Nunca lo conseguiréis.

TER. ¿Nunca? Yo espero que ahora.

BER. Es sacrosanto el secreto

que se fia al confesor.

TER. ¿Y no se debe al honor

ni a las promesas respeto?

BER. Imposible.

TER. Os advertí,

si no me engaño, al entrar,
que nada en este lugar

puede oponérseme a mí:

y cuando a vos me mostré,

sin duda fué decidida

a arriesgar la honra y la vida.

Siento hollar de vuestra fe

los rectos principios fijos,

mas del deshonor que arrostró,

la mancha caerá en mi rostro,

pero no en el de mis hijos.

Nunca: os lo juro; y en prueba

de lo resuelta que estoy,

y de que no habrá desde hoy

cosa a que yo no me atreva,

solamente preguntaros,

don Berenguer, necesito,

si os acordáis de un escrito

que caro puede costaros;

la carta por vos enviada

al infante don Fernando

una noche a Huesca, cuando

el rey en una emboscada

cayó del rebelde en manos,

y sólo salvarse pudo

por su lanza y por su escudo,

lidiando contra villanos.

¿La recordáis?

BER. Bien, ¿y qué?

TER. Que esa carta se compró,

y que la poseo yo,

y que al rey se la daré.

BER. ¡Oh!

TER. En política y amor

escribir es necesidad:

lo que hoy es una verdad,

es mañana un sandio error.

En fin, si ansiáis el poder

y aspiráis a favorito,

rescatad de mí este escrito,

y aún podéis llegarlo a ser.

Una demanda apoyad

que a entablar en Roma voy,

don Berenguer, y os le doy.

BER. Imposible.

TER. Pues quedad

con Dios.

(Se dirige a la puerta de la izquierda por

donde se fué el rey.)

BER. ¿Dónde vais?
 TER. A hacer
 leer al rey vuestro escrito.
 BER. Tened.
 TER. Os lo facilito
 sólo en dos casos: si ver
 hacéis al rey mi justicia
 cual la conciencia os lo manda,
 o si apoyáis mi demanda
 en la corte pontificia.

BER. Pero ¿y si algún día el rey?...
 TER. Os he dicho que lo puedo
 todo.
 BER. ¡Todo! Mientras, quedo
 a la merced de su ley
 y su ira.

TER. En mí fiad.
 Para caso de desgracia,
 tengo yo un acta de gracia
 omnipotente: escuchad.
 De cólera en un exceso
 la mano me levantó,
 mas pagar se lo hice yo
 con buena prenda: leed eso.
 (Le da un pergamino, que lee don Berenguer.)

BER. «Cualquiera que sentenciado
 (Leyendo.)
 por mí o por mis tribunales,
 sean sus crímenes cuales
 fueren, si al ser condenado
 esta escritura presenta,
 mi regia voluntad es
 que hasta dos días después
 de la ley no se tome en cuenta.
 «Yo Jaime, rey de Aragón.»
 Mas ¿si él mismo, en su coraje
 (Representando.)
 por su mano?...

TER. Tal ultraje
 no haría a su religión.
 En fin, el rey va a venir:
 habladle antes: si no doma
 su altivez, podéis a Roma
 lo que os ha dicho escribir;
 mas detrás del portador
 de su pliego, irá un correo
 con mi demanda, y yo creo
 que la apoyaréis, señor.

BER. Pero...
 TER. En cifra escribiréis,
 del modo que más os cuadre,
 una carta al Santo Padre,
 y cuando me la entreguéis,
 a más de esa acta que os dejo,
 os volveré vuestro escrito:
 si no, al rey se lo remito.
 Conque Dios os dé consejo.

(Vase por la puerta derecha.)

ESCENA VI

DON BERENGUER

No Dios, sino Lucifer,
 es quien me ha de aconsejar,
 que es quien puede aventajar
 en malicia a la mujer.
 ¿Suponer que el rey desista
 de la boda? Desde luego,
 vale más creer que un ciego
 no querrá cobrar la vista.
 Sin ejército, sin oro,
 el reino en bandos turbado,
 le trae la paz al Estado
 esa boda, y un tesoro;
 ¿y pensar que a ella renuncie?
 Mas esa mujer tenaz
 de todo será capaz
 como yo al rey no denuncie.
 ¿Qué he de hacer, ¡ira de Dios!
 con dos fieras enjaulado,
 para no ser devorado
 por ninguna de las dos?
 ¡Maldita ambición mundana!
 Mas para retroceder
 ya es tarde. ¡Ay de mí, mujer,
 si cambia el viento mañana!
 ¡Ay de ti si el rey no cede,
 Roma no te oye, y recibes
 mi carta y con el rey privo...!
 Que todo avenirse puede.
 ¡Gota a gota has de apurar
 la amarga hiel que hoy me ofrees;
 gota a gota hasta las heces
 del cáliz... Mas va a llegar
 pronto el rey, y el pasador

corrió. *(Lo quita.)* Por hoy, lo mejor será ceder y esperar.
(Se sienta en la mesa, y a poco sale el rey por la puerta izquierda.)

ESCENA VII

DON BERENGUER, EL REY

REY. ¿Estáis ya de eso hecho cargo?

BER. Sí, señor.

REY. ¿No hay objeción que hacer a mi aceptación?

BER. Sois rey: mandáis; sin embargo, siendo del rey confesor, a Roma antes de escribir debo de reconvenir al rey, si peca, señor.

REY. ¿Volvéis?

BER. A vuestra conciencia a hablar, que es mi obligación. Poned sobre el corazón la mano.

(El rey hace un gesto de impaciencia, y don Berenguer le dice para calmarle:)

Es la penitencia

que os impone el sacerdote.

REY. La pongo.

BER. ¿Y cuando escribís la aceptación, le sentís latir sin que en él denote su desigual movimiento, que a contraer esa boda la conciencia se acomoda sin ningún remordimiento?

REY. Seguramente que sí: tranquilo está.

BER. Una promesa sin embargo hay...

REY. ¿De Teresa

(Interrumpiéndole.)

queréis hablar, pesiamí!

BER. De ella.

REY. ¿Y qué tiene que ver aquí Teresa?

BER. Según.

REY. Basta: nada hay de común entre el amor y el deber. La boda es la obligación de mirar por mis estados:

los compromisos pasados son deudas del corazón.

Esas, él las pagará,
¿O es el orgullo tan vano de Teresa, que la mano tiende hacia el trono?

BER. Quizá, señor, si atrevida o diestra cree en derechos...

REY. ¡Por mi fe, *(Interrumpiéndole.)* sois muy su amigo!

BER. ¿De qué lo inferís, señor?

REY. De vuestra afición parcial lo arguyo.

BER. A nadie aborrezco yo; mas podéis jurar que no seré nunca amigo suyo.

REY. Pues no me habléis de ella más: le debo mi corazón, mas no el cetro de Aragón: no lo prometí jamás.

Id, pues, y no andéis apático las notas en extender luego, si os han de tener por confesor diplomático.

BER. Voy: mas espero, señor, que distingáis, para un crítico trance, la fe del político de la fe del confesor.

REY. No daré en error tan grave. Tomad, señor secretario, de mis archivos la llave. do hallaréis lo necesario. Escribid mi aceptación a Roma, don Berenguer, y en su casa disponer dejad al rey de Aragón.

ESCENA VIII

EL REY

Tenaz anduvo, mas era su deber: se lo perdono. Rey nací: ensalzar mi trono es mi obligación primera. Le siento que se estremece, y halagüena la fortuna,

oportunidad me ofrece;
 y aunque pese a la pasión,
 desperdiciarla no debo;
 no: la corona que llevo
 pesa más que el corazón.
 La amé, y ¡perdóneme Dios!
 aquí aboga amor por ella:
 pero su fatal estrella
 puso el trono entre los dos.
 Humilde, empero, a la ley
 sabrá doblar la cerviz,
 y se tendrá por feliz
 con el corazón del rey.
 Yo la amo aún..., a mí sólo
 aquí decirme puedo:
 mas es forzoso y no cedo:
 todo a esta boda lo inmoló.

ESCENA IX

EL REY, GARCÉS; después DOÑA TERESA

REY. ¿Qué hay, Garcés?
 GARC. Doña Teresa
 Vidaura audiencia demanda,
 señor.
 REY. ¿Tan temprano, y anda
 ya por palacio?
 GARC. Y a priesa,
 señor, pues tras mí se viene
 de sala en sala.
 REY. ¡Pardiez!
 Es esta la primer vez
 que tal arrogancia tiene.
 GARC. Llega, señor.
 REY. Hazle paso:
 (Sale doña Teresa: Garcés queda esperando
 las órdenes del rey.)
 ¿Vos en palacio, señora?
 TER. Incompetente es la hora:
 mas temí que el tiempo acaso
 para veros me faltara,
 y aunque a la desgracia expuesta,
 señor, de seros molesta,
 el tiempo aprovecho avara.
 REY (a Garcés). Sal. (Vase Garcés.)

ESCENA X

EL REY, DOÑA TERESA

REY. Habla, Teresa mía.
 ¿Qué ocurre, di, que así vienes
 pálida y grave? ¿Qué tienes?
 Siéntate.
 TER. Mal estaría
 ante vuestra majestad
 sentada yo.
 REY. ¡Qué lenguaje!
 ¿Por ventura algún ultraje
 recibiste?
 TER. A la verdad
 que no lo sé todavía,
 señor: mas sospechas tengo
 y a preguntároslo vengo.
 REY. Ese tono de ironía
 que hallo en tus frases, Teresa,
 y tu rostro huraño y serio,
 me dejan ver un misterio
 que me disgusta.
 TER. Me pesa
 de ello, señor; mas tiempo ha
 cuanto sale de mi boca
 sólo a disgusto os provoca,
 y haciéndome a él voy ya.
 REY. ¡Creo, por Dios, que pretendes
 irritarme! Ya te he dicho
 que no me agrada, ¿me entiendes?
 de esa ironía el capricho,
 y en el humor en que estoy
 me importuna, y la paciencia
 no es mi virtud.
 TER. Experiencia
 tengo de ello.
 REY. Pues quien soy
 sabes, ¿qué es lo que de mí
 quieres? ¡Pronto!
 TER. Breve espero
 ser, señor: haceros quiero
 sólo una pregunta.
 REY. Di.
 TER. Me han dicho que hoy os llegó
 de Roma un correo.
 REY. ¿Y qué?
 TER. ¿Volverá a partir?
 REY. Sí, a fe.
 TER. ¿Y con respuesta?

REY. ¿Pues no?

TER. ¿Y aceptáis la boda?

(Con aplomo.)

REY. ¿Sabes?...?

(Con la mayor sorpresa.)

TER. Todo. (Interrumpiendo.)

REY. ¡Cómo!

TER. Cuando entró

el pliego en palacio, yo

entré tras él; tengo llaves.

REY. ¡Tienes llaves!

TER. Por supuesto.

En vuestras ausencias tuve

esta idea, y me entretuve

en mi soledad en esto.

REY. ¡Te entretuviste!

TER. Supuse

ser por vos tarde o temprano

engañada, y me dispuse.

REY. ¡Téngame Dios de su mano!

¿Te dispusiste a qué?

TER. A hacer

algo de mi honra en favor:

es el único valor

que da precio a la mujer.

REY. Te estoy oyendo, y a fe

que no te conozco; no,

no eres la misma que yo

conocí siempre, y no sé

qué es lo que hoy tu fantasía

perturba. Siempre te vi

grata, humilde para mí.

TER. Eso fué allá en la alquería.

REY. O tú estás loca, o yo sueño:

¿tú te atreves de tal modo

a mí?

TER. Los locos a todo

se atreven, señor.

REY. ¡Voy dueño

a no ser pronto de mí!

¡Ea, la razón me aclara

de mudanza en ti tan rara,

o vive Dios!...

TER. Hela aquí:

como anduvisteis cinco años

engañando vos mi fe,

a mi vez yo me apliqué

a estudiar vuestros engaños.

REY. ¿Aún más? ¡Tu insolente calma
acrecienta mi furor!

TER. Y a pesar de ella, señor,

tengo el infierno en el alma.

Dejémosle, pues, brotar

ambos: porque mal sujeto

siento a mi lengua el respeto,

y le voy a atropellar.

¡Sí, sabedlo de una vez:

ni soy la misma que fui

para vos, ni hay más en mí

ya que enojo y altivez.

El Pontífice os propone

para esposa una princesa,

y yo tengo una promesa

que a vuestra boda se opone.

REY. ¡Ira de Dios! ¿Tal creíste?

¿Así te la interpretaste?

y hasta el trono te atreviste

a alzar los ojos? Soñaste.

TER. Ni en mi altivez ni en mi encono,

por ambiciosa esperanza,

ni por vil sed de venganza,

mis ojos alcé hasta el trono:

pero jamás hombre alguno

afirmar ha de poder,

que hijos a quien yo di ser

fueron hijos de ninguno.

Burlasteis mi sencillez

disfrazándoos, señor,

y vale mucho mi honor

para olvidarle otra vez.

REY. ¿Y esperaste ¡pesiamí!

en tu insensata jactancia

que daría a tu arrogancia

lo que a tu humildad no di?

TER. Entendedme bien: del trono

no aspiro a la majestad:

mis hijos legitimad,

y profeso y os perdono.

REY. Más tarde.

TER. Ahora, señor.

REY. ¡Nunca! Humilla tu cabeza.

TER. Nunca: que a cegarme empieza

de la cólera el vapor.

¡Ea! Ceded.

REY. No: jamás.

TER. Pues todo o nada. Mañana

aspiraré a soberana.

REY. ¡Desdichada! No podrás; porque desde este aposento, por tu pertinacia altiva, irás a enterrarte viva en la tumba de un convento.

TER. A desenterrarme irán.

REY. ¿Quién?

TER. Roma.

REY. ¿Y quién ha de ir a Roma por ti a pedir?

TER. Vuestras cartas.

REY. No saldrán de tu poder, sino al mío para pasar.

TER. ¡Estáis loco!

REY. Sois para tanto muy poco.

REY. ¿Braveas?

TER. Os desafío.

REY. Pues sea: aquí quedas presa mientras envíe por ti.

(El rey se va furioso por la puerta izquierda, que se oye cerrar por fuera; doña Teresa, al punto que él vuelve la puerta, va a ella y corre el pasador que tiene por dentro, dirigiéndose inmediatamente a la salida secreta de la derecha.)

TER. Y cuando vuelvas aquí, ya no hallarás a Teresa.

(Vase por la derecha.—Cae el telón.)

ACTO SEGUNDO

Salón de embajadores en el palacio de don Jaime, dispuesto para la solemne ceremonia de la presentación en la corte de la reina Doña Violante. Trono; puerta grande en el fondo, y pequeñas a los lados en la última caja de bastidores. Balcón a la derecha, cerrado con vidrios de colores, a través de los cuales se ven los relámpagos a su tiempo.

ESCENA PRIMERA

DON BERENGUER, GERMÁN, *arreglando*

BER. (De Roma, con Desiderio, no tengo que recelar; mas tiemblo mientras mi escrito no está en mi poder.) Germán, ¿está todo pronto?

GERM. Sí,

señor, todo: y en verdad que está como un ascua de oro el salón.

BER. Bien está.

GERM. Mas

quisiera yo a nuestros reyes ver en el alcázar ya.

BER. ¿Por qué?

GERM. Daros vuestros ojos pueden la razón: mirad los nubarrones que el cielo anublán.

BER. Así será

menos incómodo el sol.

GERM. Si falta de sol no más

produjeran esas nubes,

no fuera grande el pesar.

No temo yo lo que quiten,

sino lo que puedan dar:

no oiréis el mediodía

primero que el huracán.

BER. Pasará.

GERM. ¡Ay, señor Obispo,

que está la divinidad

contra Aragón irritada,

y ya dos tormentas van

en este mes, como yo

no las he visto jamás!

BER. En verdad que hemos tenido

una estación bien fatal:

mas parece que la gente

ya... *(Mirando por el balcón.)*

GERM. Imposible; si aún no habrá

tal vez pasado la reina

las puertas de la ciudad.

Es ceremonia prolija,

y temo que se ha de aguar.

BER. ¡Cómo ha de ser! Los nubladros

del hombre en mano no están!

GERM. ¡Y el rey que va hecho un pino

de oro! ¡Lástima será

que llueva sobre aquel manto

tan rico!

(Un portero entra, y saluda a don Berenguer.)

PORT. Señor.

BER. ¿Qué hay?

PORT. Un forastero, que aguarda,

os quiere ahora mismo hablar.

BER. No hay tiempo.
PORT. Dijo que os diera esto.

BER. ¡Ah! Que entre. Despejad.
(A Germán.)

ESCENA II

DON BERENGUER, DESIDERIO

BER. Gracias a Dios.
DES. Llego a la hora justa, ilustrísimo.

BER. Deja cumplimientos, y habla: ¿hoy mismo llegas?

DES. De Roma.

BER. ¿Qué nuevas de allá?

DES. ¿Estamos solos?

BER. Solos: no hay más que los centinelas exteriores, que están lejos: todos han ido a las puertas de la ciudad con el rey, a recibir a la reina.

DES. Trabajo inútil.

BER. Qué, ¿el Papa?...?

DES. A que la boda suspenda manda un nuncio con poderes omnímodos.

BER. ¡Con clemencia nos mire Dios!

DES. ¿Pues?

BER. Su boda daba ya por cosa hecha: empleado tiene el oro de la dote: por su tierra predicada la cruzada, y en pie de campaña puesta su gente.

DES. Pues todo en balde.

BER. Pero ¿no fué la sentencia del tribunal pontificio en su favor?

DES. La primera que por Celestino cuarto fué dada, sí: mas no muestra tanta amistad por don Jaime Inocencio, que ahora reina,

y dió al pleito en la segunda vista solución diversa.

BER. ¿Cómo?

DES. Después de fallado una vez, doña Teresa llegó a Roma.

BER. Te avisé su partida.

DES. Y a la letra cumplí vuestras instrucciones. Fuí la persona primera con quien dió en Roma, Español siendo, sirviendo en la iglesia y con crédito en la curia romana, llegué hasta ella a ofrecerle mis servicios. Dile a entender que yo era partidario de su causa, y expatriado por ofensa personal del rey don Jaime, y que ansiaba complacerla en su pleito contra él; pero es mujer muy discreta la de Vidaura, y me dijo con tranquilidad soberbia: «Vuestra protección no os pido, conque podéis recogerla.»

BER. ¿Entonces?...?

DES. Por otro lado tiré mis líneas. A fuerza de vigilancia y dinero, no dió sin que lo supiera yo, un paso; entabló demanda segunda vez, y una audiencia de Su Santidad obtuvo. No sé lo que pasó en ella, mas el Papa ordenó al punto que segunda vez se viera y se fallara el litigio; nombróse comisión nueva de cardenales para ello, y yo, como según vuestra orden, no debía andar en miramientos, la mesa compré del notario a quien tocó la causa, y en ella me instalé por sustituto de enfermedades y ausencias. La Vidaura intrígu astuta,

vertió el oro a manos llenas, ganó, en fin, del Santo Padre la protección manifiesta, y él mismo activó su pleito y dió en su favor sentencia. Mas como en primera instancia se dió en el del rey, y era sabido que, atravesando la Italia, en Ostia, a la vela se había dado un día antes para España la princesa, desposada por poderes, en la nave más ligera que se halló, se hizo al legado embarcarse a toda priesa para suspender la boda.

BER. ¿Y está aquí ya?

DES. A la hora de esta se viste para venir del rey don Jaime a presencia; mas yo aproveché un instante para avisaros.

BER. ¡Tremenda va a ser la ira del rey cuando destruídos vea sus proyectos y su bodal ¡Y hombre ha de ser de firmeza el que intimarle de Roma el nuevo fallo se atreva!

DES. Por eso estad sin cuidado, que el nuncio encargado de esta comisión, es hombre de alma libre de miedo y resuelta.

BER. Aún no conoce el legado del rey el alma colérica.

DES. Ya el nuncio la pondrá a raya, que habla en nombre de la Iglesia.

BER. Su ira vallas no conoce, ni privilegios respeta.

DES. ¿Pero ese hombre?...

BER. Enfurecido,

no es un hombre, es una hiena: hasta pierde muchas veces el sentido, de soberbia en el exceso, y le asaltan ataques de risa histérica.

DES. Allá se avengan: yo en eso me lavo las manos. Resta ahora entregaros no más

este escrito, de las piezas del pleito por mí extraído.

BER. ¡Y que buen oro me cuental

DES. Y si en Roma se descubre, a mí una prisión perpetua.

BER. ¿Mas no consta?

DES. En parte alguna; por razones de conciencia, que se reservó el Pontífice, se falló.

BER. ¿Y doña Teresa?

DES. Dejó a Roma el mismo día que se firmó la sentencia.

BER. ¿Y adónde?...

DES. A España. Tal vez pise de Aragón la tierra.

Ya estáis en todo: os serví como amigo: es cosa hecha; conque, perdonad, maestro, que a situarme ante la puerta del palacio voy.

BER. ¿A qué?

DES. A esperar a su eminencia, de quien soy el secretario: pues cupo la honra excelsa de esta embajada al Prelado que obtuvo la presidencia del tribunal, y al notario que escribió la causa regia.

BER. Ve, pues; y excuso ofrecerte mivaler.

DES. Aquí, en reserva, me debéis, con vuestra vida, la fortuna venidera, pues si quedan vuestras cifras metidas entre las piezas de este proceso...

BER. ¡Silencio!

DES. Dios os guarde.

BER. Él te proteja.

ESCENA III

DON BERENGUER

Salí, por fin, de inquietudes. Vuelva ahora doña Teresa cuando guste. Si el rey cede al Pontífice, y es reina, prenda por prenda; el favor

dividiremos a medias.
Si nada consigue, nada
tengo ya que temer de ella.
¡Hola! Ya se oye murmullo;
parece que el rey se acerca,
y ya era hora; el nublado
por instantes se acrecienta.
Espacio vienen: aún
tardarán la ancha plazuela
en cruzar, por el tumulto.
Muy galán con la princesa
viene el rey. ¡Desventurada!
¡Qué ajena está de la afrenta
que la aguarda! ¿Y quién arrostra
la ira del rey? ¡Dios le tenga
de su mano!

(El portero se presenta otra vez con una carta.)

ESCENA IV

DON BERENGUER, EL PORTERO

BER. ¿Qué hay?

PORT. Señor.

Una tapada, estas letras
para vos trajo, encargando
que al instante las leyeráis.

BER. Dame a ver. ¿Contestación
aguarda?

PORT. Partió sin ella.

(Don Berenguer toma la carta, despidiendo al portero con la cabeza.)

ESCENA V

DON BERENGUER

¡Jesucristo! ¡Su escritural!
Zaragoza. De hoy la fecha.
«Me habéis cercado de espías; (Lee.)
«yo obré con igual cautela.
«Todo lo sé: vuestras cifras
«han sido por mano diestra
«extraídas del proceso;
«y, pues con trampa se juega,
«ved que vuestro testimonio
«cita el Papa en la sentencia
«que trae escrita el legado;
«y si el rey a dar no acierta
«(y sí dará, que es sagaz)
«con la razón, que secreta

«vence el fiel de la balanza
«de mi parte, será fuerza
«que con ella dé, el escrito
«del tribunal cuando lea.
«Conque ya estáis prevenido:
«tal vez os va la cabeza
«en la cólera del rey;
«huída, pues, si es que os queda
«tiempo aún: si no, tomaos,
«don Berenguer, la molestia
«de acordaros de aquella acta
«de gracia, de que yo entrego
«os hice un día, y fiad,
«Obispo, en su omnipotencia:
«porque es en vuestro naufragio
«la sola áncora que os resta.
«Mas no despreciéis mi aviso:
«porque os juro en mi conciencia,
«que esa acta lo puede todo,
«y yo quiero y me interesa
«que en Aragón por mi causa
«ningún crimen se cometa.
«Me hicisteis traición, y os salvo:
«aprended de mí.

TERESA

(Representa.)

¡Confúndame Dios! Mujer
infernál, sagaz eulebra
sin compañera en astucia
y en las intrigas maestra.
¡Que huya del rey!... Bien tu mano
se ve, pues tu aviso llega
al mismo tiempo que él.
¿Y el acta?... ¡Es una advertencia
donosa! Siempre la llevo
conmigo: mas ¿qué defensa
dará un papel, a quien tiene
que luchar con una fierra?

(Mira por el balcón.)

¡Imposible! Ante el alcázar
la comitiva se apea.
¡Imposible huir!... Hacer
rostro a la fortuna es fuerza:
tal vez el Nuncio no llegue...
tal vez don Jaime no lea,
ciego de ira, el escrito; acaso
no lo comprenda.
Vamos, preciso es que el rey
me halle al pie de la escalera.

(Vase rápidamente por el fondo. Durante los últimos versos de esta escena, se habrá oído dentro rumor de pueblo, vivas, y tumulto de fiesta popular. El teatro permanece abandonado breves momentos, quedando solo en él el soldado que guarda el exterior de la puerta del fondo, que deja don Berenguer abierta. Por ella salen después el rey don Jaime, ricamente vestido de ceremonia; la reina doña Violante, de blanco; grandes de Aragón, Prelados, jueces, dignatarios, cortesanos, etc. El rey, dando la mano a doña Violante, le dirige la palabra, conduciéndola al trono cuando lo indican los versos.)

ESCENA VI

EL REY, LA REINA DOÑA VIOLANTE, EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA, DON BERENGUER, GRANDES, CORTESANOS, fuera de la puerta; en el fondo, pueblo.

REY. Mi pueblo te bendice, y su ven-
tura

aguarda de tu mano: el mismo cielo,
para que no ofendiera tu tez pura,
su sol cubrió con nebuloso velo.

VIOL. Sois muy galán, señor: si ufana
[admito

las bendiciones de Aragón, espero
merecer su favor: lo solicito
de él, con fe pura y corazón sincero.

REY. Yo te respondo de él, y me re-
[mito

Violante mía, al tiempo venidero:
reina entretanto por mi noble gente
vas aclamada a ser solemnemente.

Ya en mi alcázar estás: desde esta hora,
de Aragón en el trono al lado mío
eres conmigo de Aragón señora,
y es la ley de mi alcázar tu albedrío.

Tu casa es, gobiérrala a tu antojo:
vive a tu gusto en ella, sin cuidado
de que tu real placer me cause enojo;
reina en palacio tú, yo en el Estado.

Proceres de Aragón, a la belleza
de vuestra reina humildes ofreecos,

y doblad la rodilla y la cabeza
ante la reina de Aragón.

(Al inclinarse todos para saludar a doña Violante, el Nuncio pontificio aparece saliendo por la puerta del fondo, diciendo en alta voz:)

NUNCIO. Teneos. *(Suspensión general.)*
(El rey, bajando colérico del trono, va a encontrarse con el Nuncio, que habrá avanzado al centro de la escena.)

REY. ¿Quién interrumpe audaz al so-
[berano?

NUNCIO. El Nuncio del Pontífice ro-
[mano.

ESCENA VII

DICHOS, EL NUNCIO

REY. ¡Por quien soy, señor Nuncio,
[que recelo
que ignoráis a qué tierra habéis venido!

NUNCIO. Ni yo lo pregunté: con santo
[celo,

«Parte», me dijo el Papa, y he partido.

REY. Sabed, empero, que si el Papa en
[Roma,

yo reino en Aragón, y reino solo,
y nadie voz imperativa toma
donde mi voz resuena.

NUNCIO. Ni yo inmoló
sacrificio, señor, ni inciense quemó,
ni doblo la rodilla en más altares,
Nuncio cual soy de sus sagradas leyes,
que en los del sumo Dios, que es juez
[supremo,

lumbre del sol, barrera de los mares,
ser de la creación, rey de los reyes.

REY. Dios... en el cielo está: yo aquí
[en la tierra

le represento, y a mi vez respeto
exijo del mortal..., pero el objeto
sepamos que aquí os trae: lo que encierra
vuestra misión, decid.

NUNCIO. Mas en secreto
conviene que os lo diga.

REY. Un plazo escaso
esperad.

NUNCIO. Ni un instante.

REY. En ese caso,

voy a abreviar la ceremonia: ofensa fuera a la reina hacer...

NUNCIO. No deis un paso más en tal ceremonia.

REY. ¿Es por acaso?...

NUNCIO. Inútil: vuestra boda está sus-
(Bajo al rey.) [pensa.

REY. ¡Dios de Aragón! ¿Suspensa?

NUNCIO. Sí.

REY. Un momento,

(A los que están en escena.)

señores, un momento: dispensadme; salid.

VIOL. ¡Gran Dios! ¿Qué es esto?

(El rey conduce a doña Violante, a quien siguen sus damas y pajes, a la puerta de la derecha, que cierra tras ellos. Los demás se van por la del fondo.)

REY. A este aposento.

(A doña Violante.)

pasad, señora, vos. (Dios, enfrenadme la cólera que hervir siento en el alma.)

ESCENA VIII

EL REY, EL NUNCIO

REY. Henos solos, hablad: pero hablad [presto,

porque impaciente soy, y estoy expuesto a no guardar la conveniente calma.

Hablad, y no hagáis caso de mi gesto ni de mi acción; hablad: mas os lo aviso, pronto, claro, y no más que lo preciso.

NUNCIO. Oid, pues, la sentencia que en vuestro pleito.

REY. Eso es lo que interesa:

decid.

NUNCIO. Si el rey don Jaime esposa [toma,

esta esposa ha de ser doña Teresa: y dos hijos del rey, en ella habidos,

han de ser por el rey reconocidos.

REY. ¿Mi pleito en Roma se falló dos

NUNCIO. Sí. [veces?

REY. La primera en pro. ¿Y en

[qué se funda

la ley y la conciencia de los jueces al fallar en mi contra la segunda?

Ha debido de haber de obvia justicia

una razón, legal, grave y oculta: razón no alegada antes, que hoy faculta a la sensata curia pontificia para anular su fallo primitivo.

NUNCIO. Sí.

REY. ¿Cuál?

NUNCIO. Es de conciencia: el [Santo Padre,

por su voto especial reservativo falló por sí.

REY. ¿Y creéis que a mí me cuadre semejante razón?

NUNCIO. Será forzoso:

declaraciones con que *sub sigilo confessionis* se dieron, y que asilo tienen ya impenetrable, misterioso, del Pontífice en la alma.

REY. ¡Dios piadoso! De una trama infernal me dais el hilo.

¿Sólo tiene el Pontífice la llave del secreto, decís?

NUNCIO. Sí.

REY. ¿Fué, pues, hecha tal confesión al Papa?

NUNCIO. Sí.

REY. ¿La sabe

él solo? NUNCIO. Sí.

REY. Mostradme con qué fecha se sentenció.

NUNCIO. Miradla.

(Mostrándole un pergamino.)

REY. No fué suya la confesión: Teresa hecho la habría en su primer demanda, el primer día,

sí; mas no hay otra confesión que influya en providencia tal, más que la mía:

y yo a Roma no fuí, ni a Roma he en- [viado

legado mío, ni del Papa he visto más legado que a vos... ¡por Jesucristo!

Eso es: mi confesión se ha revelado.

NUNCIO. Reparad...

REY. La han escrito.

NUNCIO. En el proceso no consta.

REY. ¿Qué falta hace el testimonio de vuestros garrapatos para eso?

Sólo mi confesión el matrimonio

suspender puede, y revelada ha sido...
 Si la siento aquí *(Señalando la frente.)*
 escrita... sí, el demonio

me la está delectando en el oído.
 NUNCIO. Señor, no estáis seguro.

REY. *Todavía*
 no: mas lo voy a estar.

NUNCIO. ¿Cuándo?
 REY. Al momento.

¡Y en estándolo!...
 NUNCIO. ¿Qué?

REY. ¡Por vida mía!
 Veréis.

(Se vuelve hacia la puerta, y el Nuncio se le interpone.)

NUNCIO. Tened.

REY. ¡Quitaos de delante!

NUNCIO. Reportaos, señor; no así arro-
 gigante

os dejéis arrastrar de una ira impía.

Ved que traigo absolutas facultades
 en pro de la verdad, premio o castigo

para otorgar al bien, o a las maldades.
 REY. Para eso en Aragón basta con-

NUNCIO. Teneos. *[migo.]*

REY. Apartad: porque me sube
 la ira del corazón a la cabeza,

y el vapor de la sangre en una nube
 mis ojos siento que a envolver empieza.

NUNCIO. ¡Tened, del Papa en nombre!
 REY. ¡Por Dios vivid!

Su nombre a punto a vuestro labio aso-
 veréis: nuestro poder es relativo: *[ma:]*

veréis: yo en Aragón, como él en Roma,
 tengo un voto especial, reservativo.

NUNCIO. Señor...

REY. Quitad os dije.

NUNCIO. Ved, os ruego.

REY. ¿Qué he de ver? ¿No veis vos
[que estoy ya ciego?]

(El rey abre la puerta del fondo, y la de la derecha: a su vez vuelven a salir todos.)

ESCENA IX

EL REY, EL NUNCIO, DOÑA VIOLANTE,
 DON BERENGUER, DESIDERIO, EL PRE-
 SIDENTE DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA;

NOBLES, DAMAS DE LA REINA, PAJES,
 PUEBLO.

REY. Adelante, señores, adelante
 todos; entrad, entrad.

NUNCIO. *(Su ira encona*
 la oposición: dejemos que un instante

se calme y ceda.)
 REY. Obispo de Gerona,

(A don Berenguer.)
 entrad también. ¿Vos sois el presidente

del tribunal de mi justicia?
 PRES. Tengo,

señor, honra tan alta.

REY. Yo me avengo
 con vuestro parecer. Decid al punto,

pues, a don Berenguer, que está presente,
 qué pena tiene por la ley sagrada

el confesor que, a intento o sin cautela,
 la confesión y el pecador revela.

PRES. Señor, pierde la lengua.
 REY. Revelada

(A don Berenguer con ira.)
 por vos mi confesión y escrita ha sido

a la romana curia pontificia.
 BER. ¡Señor!... *(Anonadado.)*

REY. Vuestra sentencia habéis oído.
 ¡Ea! Al ejecutor de mi justicia

(Al presidente.)
 entregadle, y la lengua cercenada

le sea al punto.
 PRES. Ved...

REY. No veo nada.

PRES. Reflexionad, señor.

REY. No reflexiono
 nada.

VIOL. Yo de rodillas os lo ruego:
(A sus pies.)

templad, señor, vuestro exaltado encono.

NUNCIO. Rey don Jaime, acatad la
 del sacerdocio en él. *[preeminencia]*

REY. Llevadle luego.
(Al presidente del tribunal.)

Y ¡ay de vos si volvéis a mi presencia
 de su amplia ejecución sin ser testigo!

NUNCIO. Mirad que si se cumple la sen-
 dais en la excomunión. *[tencia]*

REY. Llevadle digo,
(Al presidente con toda exaltación de la ira.)

¡ira de Dios! ¿No soy el soberano?

Obedecedme, ¡uez, o su castigo

(Pone mano a la daga.)

aquí ejecuto por mi propia mano.

TODOS. ¡Oh! *(Aterrados.)*

(El presidente, poniéndose entre el rey y don Berenguer, hace desaparecer al último y va tras él.)

NUNCIO. ¡Sacrilégio atroz!

REY. ¿Y el crimen suyo, es por ventura más que un sacrilégio?

NUNCIO. En nombre de la Iglesia, yo le [excluyo de vuestra ley.

REY. Recuso el privilegio.

NUNCIO. Pues del Papa en poder le [constituyo.

Revocad la sentencia, o yo del regío soberano poder os destituyo.

REY. Vos estáis delirando. lo que es [mio

por derecho y por ley, ¿quién me lo quita?

NUNCIO. Roma.

REY. De Roma y su poder me río.

NUNCIO. Revocad.

REY. Es ya tarde.

(Viendo al presidente, que aparece al umbral.)

TODOS. ¡Ah!

NUNCIO. ¡Rey impío, *(Avanzando hacia el medio de la escena y tendiendo las manos hacia el rey.)*

Dios lega a Satanás tu alma precita!

(Todos se echan atrás dejando al rey solo.)

Rey de Aragón, escucha arrodillado, y esa risa sardónica que asoma en tus labios, mofándose de Roma, tórna la en ¡ay! de súplica, humillado a su poder. ¡Estás excomulgado!

(Rompe la tempestad tronando.)

TODOS. ¡Ah!

NUNCIO. Oye a Dios, y tu soberbia [doma.

Bajo la huella de tus pies impíos agostese la mies, púdrase el grano, séquese el árbol, súmeranse los ríos; el monte se desplome, húndase el llano; quemé el rayo tus bosques y plantíos, traiga a tus tierras peste el aire insano,

y abandónete a Dios y a sus castigos tus vasallos, tus deudos, tus amigos.

(A todos.)

Sin Dios ni rey quedáis. Desde ahora [mismo

los templos de Aragón quedan cerrados, prohibidas las aguas del bautismo, los sacramentos de la fe vedados; fuera, en fin, de la grey del cristianismo estás, y en su cabeza excomulgados; quien le dé auxilio, quien señor le llame, es maldito con él, con él infame.

(El rey queda un momento aterrado, como si sintiera sobre la cabeza el peso de la excomunió. El Nuncio se va por la puerta del fondo, y todos tras él en completo silencio. La puerta se cierra detrás del último. El ruido de la tempestad llena el espacio, dejando luego el intervalo de calma necesario para la escena siguiente.)

ESCENA X

EL REY

¡Emponzoña el ambiente en que respiral ¡Su voz es un puñal helado, agudo!

¡Me ha herido aquí en el pecho!... No...

¡Mentiral

Ha sido aquí... en la frente; y a su rudo

golpe, el cerebro descompuesto gira,

y el vago son de sus palabras siento

zumar en el confuso pensamiento.

¿Quién es? ¿Qué es lo que dice? ¿A qué ha

[venido?

Parad... parad, recuerdos, un instante.

Repetid lo que he visto... lo que he oído.

La mies... el rayo... Dios... doña Violante

a mis pies... un Obispo... un acusado...

gentes que me rogaban... y uno, uno

más que todos tenaz, más importuno...

¿Qué traía en la mano?... Un privilegio...

No, la lengua arrancada de su boca.

¡Horror! ¿Quién cometió tal sacrilégio?

¡Para, para un instante, mente local

Vuelve a mí... vuelve a mí, juicio perdido...

(Con desesperado afán, queriendo recobrar

a la fuerza las ideas extraviadas.)

Vuelve, recuerda... *(Se mira las manos.)*

¡Estoy ensangrentado!
¿Quién me acusa?... ¡Su lengua!... Sí, yo [he sido];
mas no me sigas... no. (*Va a la puerta.*)
¡Me han encerrado con ella! ¡Auxilio! ¡A mí!... Todos se han [ido].

Todos... ¡Del universo abandonado estoy!... Todo lo entiendo... lo he perdido todo... ¡hasta Dios! ¡Estoy excomulgado! (*Vuelve a romper la tempestad tronando.*)
Ruge la tempestad... ¡a buena hora! (*Se aproxima al balcón, cuyas vidrieras abre el viento con estrépito.*)

¿Qué me importa de ti? No puede nada contra mí tu furor. ¡Ruge!... ¡Devoral! Ya no hay Dios para mí... ¡Ruge, men- [guada]!

Yo me río de ti... míralo... toma; yo te escupo a la faz mi careajada; tómala... y con mi alma excomulgada, implacable huracán, llévala a Roma. Y (*Cae desplomado.*)

ESCENA XI

EL REY, *desmayado*; DOÑA VIOLANTE,
DOÑA TERESA, *ésta por la izquierda*;
aquella por la derecha.

VIOL. ¡Solo! A su amparo mi deber me [llama].

TER. Mi auxilio nada más le resta aho-
VIOL. ¡Una mujer! [ra].

TER. ¡La infanta! ¿Vuestra fama así arriesgar osáis?

VIOL. ¡Y vos, señora!

TER. Soy Teresa Vidaura.
VIOL. ¡Vos! ¡La dama de su alma perdición!

Su salvadora.

VIOL. ¡Cómo!

TER. Vais a entenderlo en el momento: mas primero es llevarle a su aposento.

VIOL. ¡Yol! ¡Con vos!

TER. Ayudadme sin cuidado, señora, que ni soy lo que aparento, ni cabe excomunió do no hay pecado. (*Doña Teresa y doña Violante acuden a levantar al rey.—Cae el telón.*)

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

DOÑA VIOLANTE, *sentada*; DOÑA TERESA

TER. Tal es la historia de mi amor, se- [ñora];
tales son mis razones, mis derechos.

VIOL. No los recuso; mas os resta aho- [ra]
darme la explicación de ciertos hechos audaces por demás para una dama de tal ingenio y tan ilustre origen.

TER. En casos en que van honor y fa-
todo la fama y el honor lo exigen. [ma,

VIOL. Tal vez.

TER. Oídme, pues: seré sincera.
¿Creéis que nadie por razón domine los salvajes instintos de una fiera, y doméstica a ser la determine?

VIOL. No es posible.

TER. Pues bien: esta mañana habéis visto a ese rey, ciego, iracundo, su dignidad hollando soberana, atropellar cuanto respeta el mundo. Le habéis visto, en su cólera embriagado, recusar el sagrado privilegio sacerdotal; desafiar osado a Roma; el más horrendo sacrilegio cometer, del Pontífice al legado desconociendo; y aun del mismo cielo sacrilego mofarse, y sólo al rayo de tal excomunió ver el abismo a sus pies, y ceder sólo al desmayo de su temor supersticioso.

VIOL. ¡Horrible espectáculo fué!

TER. Pues con tal hiena tuve yo que luchar, y era imposible dominarla en su cólera terrible; mas que con el azote y la cadena. Diez años humillada, envilecida a los ojos del mundo y a los míos, triste me demandé mi honra perdida, hechos mis ojos de mi llanto pérdida; y diez años corrieron sin que nada lograran fe ni amor; mas una hora llega en que la mujer que ruega y llora,

ofendida a la vez y avergonzada, álzase de sí misma vengadora por la fe y la razón autorizada. Llegó esta hora para mí: enemiga de mi señor me alcé, y el oportuno tiempo esperando, astuta, uno por uno, fui los hilos atando de una intriga: y llegada a su término, tornándose guerrero halcón la tímida paloma, de las alas del águila ayudándose, tendió su vuelo al tribunal de Roma; y el águila rendida, desde el suelo la vió en sus plumas remontarse ufana, y la vió regresar cerniendo el vuelo entre los rayos de la ley romana.

VIOL. Del rey me estáis hablando.

TER. No lo olvido,

señora: para alzarme hasta su altura, al tribunal de Dios he acudido, que nos nivela a todos: mas segura, bajo el amparo de su ley sagrada, no a abusar de mi triunfo vencedora vengo, no el solio a reclamar osada, sino a vivir resuelta desde ahora, reina no, mas tampoco deshonrada.

VIOL. ¿Qué es, pues, lo que queréis?

TER. Que una palabra

satisfaga una ofensa: que hijos llame a los que suyos son: que no nos abra a sus hijos y a mi sepulcro infame. Él audaz y yo débil, ambos fuimos criminales al par: yo me someto al yugo de la ley: mas delinquimos de muy distinto modo; él el secreto de su origen guardó, yo fui engañada, y no debo al honor guardar respeto del que el mío y sus hijos tiene en nada. Vencido está a mis pies; mas no que bese mi planta quiero, ni me ofrezca el trono: que remedie su error, que lo confiese, y me vuelvo a mi quinta y le perdono.

VIOL. ¿A vuestra quinta?

TER. Para vos, señora,

el esplendor del solio: yo no puedo disputárosle, no: desde esta hora, si en mi auxilio venís, sin pena cedo.

VIOL. ¡Yo!

TER. Sí. Vos sois un ángel descendido del cielo para el rey, de su ventura

nuncio, y en su aflicción aparecido, bálsamo para ser de su amargura. Llegáis en su dolor a su presencia bajo el nombre tiernísimo de esposa: sois elocuente, compasiva, hermosa... Venced en mi favor su resistencia.

VIOL. ¡Yo!

TER. Vos: y comprendedme. Él

[indomable,

yo ofendida y tenaz, no había modo de conseguir del rey lo razonable, sino aspirando a conseguirlo todo. Todo lo conseguí: mas sólo quiero lo que es mío por ley: si lo exigiera todo, de mi altivez víctima fuera: se alzara contra mí su pueblo entero. Tomad. (Le da un escrito.)

Decidle vos: «Todo fué un sueño: la excomunión, el crimen, fué una intriga; mas firma: es tu deber, y yo me empeño por una pobre madre, que es mi amiga. Y seré... tanto no, vuestra cautiva; menos, el escal de vuestro trono; pondréis los pies sobre mi frente altiva. Ved lo que por mis hijos ambiciono: mas lucharé por ellos mientras viva, y a este precio no más cedo y perdono.

VIOL. Y si perdonaréis. Grande es ad-y grande como vos a ser aspiro. [miro, Vuestros hijos, Teresa, os aseguro que honrados vivirán. Antes del día serán reconocidos, si; ¡os lo juro! Causa común la vuestra con la mía, yo los adoptaré. Cuando no tengan en su desolación mejor arrimo, enviadlos, sí, que a mi palacio vengán y acogidos serán: los legítimo.

TER. Gracias.

VIOL. Alzad: de gracias no es pues vos al punto partiréis. [asunto,

TER.

Al punto.

VIOL. Lejos.

TER.

Donde queráis.

VIOL.

Sois generosa, fascinadora, apasionada, hermosa.

TER. ¿Celos vos, de los ángeles tra-

VIOL. Soy débil, soy mujer. Seré su es-

[asunto?

[posa.

TER. Nada temáis de vuestra humilde
[esclava.

Triste, porque le amé, y os lo confieso,
me volveré a la quinta en que guardaba
puro mi corazón, mi honor ileso.

Si él me envía un billete, sin abrirle
se lo devolveré: si a darme quejas
a su paje me envía, sin ofrle
razón ni trova, cerraré mis rejas.

Si él se llega a mi puerta con misterio,
yo se la cerraré como a enemigo:
si la intenta forzar, por un postigo
me acogeré al vecino monasterio;
y si me sigue allí, si la clausura
iracundo y sacrilego atropella,
dentro del claustro al afirmar su huella
me abriré ante el altar la sepultura.

¿Qué más queréis, señora?

VIOL. Que mi amiga
(Tendiéndole la mano.)
seas.

TER. Hasta morir.

VIOL. ¡Dios te bendiga,
sublime y generosa criatura!

TER. Mas por ambas velad: que no me
[siga,

que no le vea más. Vuestra hermosura,
vuestro ingenio emplead en que me ol-
[vide:

todo os lo cedo en paz. ¡Dios me es tes-
[tigo!

Que entero sea vuestro honor me pide
mi sacrificio, y lo será; me obligo:
mas no os puedo mentir; aquí reside
su amor, y sólo morirá conmigo.

VIOL. Pues ocultadle bien en vuestro
[pecho;

de ese amor que el espíritu os desola,
para pedirnos cuentas con derecho
no hay más que Dios, que el corazón ha
[hecho.

Id al legado a ver. Dejadme sola.

ESCENA II

DOÑA VIOLANTE

Justicia es, y la obtendrá cumplida,
mas saldrá de Aragón. Al otro extremo
quisiera verla de la tierra... hundida

en el misterio más profundo... erguida
de su altivez la admiro... mas la temo.
Esa águila imperial, con su fiereza
dominará al león tarde o temprano.

Empezaría el rey su fortaleza
por admirar, y al cabo la cabeza
doblaría servil bajo su mano.

Único ser cuyo resuelto arrojo
fuera capaz de despreciar su enojo,
fuera el único ser que hallara digno
de su pasión... y al corazón maligno
evitar es preciso tal antojo.

¡Qué entrada tengo en Aragón! Mas ella
la explica en mi favor... prudente y bella,
ángel me cree del cielo descendido
para su bien... más perspicaz ha sido
que yo para leer mi buena estrella.

Mas no seré yo misma quien la deje
mentir. Vuelva a la vida y al imperio
del ángel a la voz, que le protege,
y de un celeste amor ante el misterio,
su terrenal amor ceda y se aleje.

(Abre las dos hojas de la puerta del fondo,
y aparece el rey en su lecho.)

ESCENA III

DOÑA VIOLANTE, EL REY

VIOL. Respira: no es su aliento ya agi-
el letargo pasó: ya es solo sueño: [tado:
pero desagradable... aún frunce el ceño.

Tal vez interrumpirle es arriesgado.

Una emoción ingrata, repentina,

le pudiera dañar... mas es forzoso

que despierte... aguardar la matutina

luz es mucho esperar, y su reposo

no puede ser tan largo. El nuevo día

no debe hallar en Aragón ni a ella,

ni al Nuncio, ni a ninguno por quien
[huella

del escándalo encuentre. Yo querría

sacarle de su sueño lentamente,

de un modo natural en que su alma

pasara poco a poco de la calma

del sueño a la vigilia, de su mente

las sombras ahuyentando.

(Fija la vista en el arpa de Garcés, que
como en el primer acto ocupa un rincón
del aposento.)

¡Ah!... Dios me envía el medio de apartar de su memoria la horrible escena de hoy. Sí, que reciba nueva impresión de mí, más expresiva en favor de su esposa, cuya historia va con la suya a caminar unida mientras camine de los dos la vida. (Se sienta al arpa, colocándose de manera que el rey no pueda verla. Éste se despierta poco a poco al sonido de la música.)

VIOL. «Aparta de tus ojos (Canta.) las nieblas de tu sueño: despiértate, mi dueño; despiértate, señor. Despierta a los suspiros de un alma que te ama; despierta, que te llama el ángel del amor.

Despierta, no pase: despierta, señor.»
 REY. ¡Ay de mí! ¿Dónde estoy? Grato de una celeste música soñaba que hería melancólico mi oído.

¡Quimeras de mi sueño!... Deliraba. (Doña Violante empieza el preludio de la segunda estrofa.)

¿Oigo un arpa? Tal vez estoy dormido aún. (Se sienta en el lecho, quedándose distraído.)

Vuelve, recuerda, mente mía: recuérdame..., recuérdame..., yo creo que duermo, que deliro todavía.

(Baja a la escena y ve a doña Violante, a quien contempla extasiado, mientras canta.)

¡Qué hermosa aparición sueño! ¿Qué veol
 VIOL. «El alba esclareciendo
 (Cantando.)

va ya con luz incierta: el ave se despierta, desplégase la flor.

Despierta, que la aurora su resplandor derrama; despierta, que te llama el ángel del amor.

Despierta, no pase: despierta, señor.»

REY. Despierta dice... ¿conque estoy [dormido?

¿Quién eres tú, que con tu voz derramas un bálsamo en mi pecho dolorido?

VIOL. El ángel del amor. ¿No lo has
 REY. Te tuve por mujer. [oído?

VIOL. La que tú amas.

REY. ¿Yo?... No amo... ¡Detesto!

VIOL. Te equivocas. Ven, siéntate a mi lado; poco a poco irán volviendo tus ideas locas.

Yo te las llamaré.

REY. Me las evocas en vano..., estoy soñando, o estoy loco.

VIOL. ¿En qué te fundas?

REY. ¡Ay de mí! Me fundo en el vacío que percibo inmenso en mi cerebro: en el horror profundo que me tengo: en que ignoro lo que pienso:

en que no sé si pertenezco al mundo. En que te estoy mirando, y no comprendo

por qué te veo aquí: en que te miro, y tu sonrisa plácida no entiendo: y aunque te estoy aquí escuchando y viendudo si existes, o si yo deliro.

[do,

VIOL. Mas ¿qué sientes?

REY. Vacío en la cabeza; vacío en el espíritu: tristeza en el desierto corazón, que nada desea: y, sin embargo...

VIOL. ¿Qué?

REY. Me agrada oírte, y contemplarte en tu belleza. ¿Quién eres?

VIOL. No lo sé: yo todavía no tengo nombre aquí, ni tengo empleo.

REY. ¿A qué has venido, pues?

VIOL. A ser tu guía, a acompañarte..., es mi único deseo estar cerca de ti.

REY. Yo bien decía: estoy soñando aún: de otra manera, ¿qué ser a acompañarme se atreviera a mí, de quien el mundo es enemigo,

y sobre quien echó para castigo su execración la humanidad entera?

VIOL. ¿Por qué?

REY. Lo ignoro.

VIOL. Mas ¿lo crees?

REY. Lo creo:

siento una convicción...

VIOL. ¿De qué?
 REY. Estoy loco.
 ¿Te sonries? Deliro: ya lo veo.
 VIOL. Deliras, sí; mas ven, darte deseo
 tu juicio; ven. Recuerda poco a poco.
 REY. ¿Qué?
 VIOL. Algo de ayer.
 REY. ¿Ayer?... ¡Ayer! Un rayo,
 de una nube rugiente desprendido,
 cayó a mis pies, y me lanzó rendido
 en un lóbrego abismo.
 VIOL. En un desmayo.
 REY. Aún siento su mareo y su zum-
 bido.
 VIOL. ¿No te acuerdas de más?
 REY. No; me ha postrado
 un profano sopor, una fatiga
 intensa..., mil delirios me he forjado;
 ¡he visto tantos ctreulos!... ¡He dado
 tantas vueltas!... ¿Me has dicho que te
 lo que siento?
 VIOL. Sí, dímelo.
 REY. Padezco
 un malestar... una inquietud... aguarda;
 no es eso; es... miedo. Sí, de eso adolezco,
 de miedo... mi memoria me acobarda:
 tengo miedo a pensar.
 VIOL. ¡Te compadezco!
 REY. ¿Por loco? Ya lo ves: hablo con-
 quimérica ilusión, como si fueras [tigo,
 más que un delirio que en mi mente
 en mi locura tiene. [abrigo
 VIOL. Ven conmigo
 pues: ven a delirar.
 REY. Como tú quieras.
 VIOL. Ven a mí lado, ven. Juntos ire-
 vagando por las mágicas campiñas [mos
 de la imaginación: nos centatemos
 nuestro amor en voz baja: cruzaremos
 valles frondosos, enramadas viñas,
 huertos que sombra nos darán, y opimos
 frutos y sabrosísimos racimos
 para templar la sed: mientras palomas
 nos arrullan la siesta, y lo que fuimos
 olvidaremos; y en las frescas lomas
 de este encantado Edén, vagando eternos
 sabremos existir sin separarnos
 uno de otro jamás; ni entristecernos.
 (Un momento de pausa: el rey contempla

a doña Violente como si aún la escu-
 chara.)
 REY. Habla..., ¡sigue, por Dios! ¿A qué
 [pararnos?
 ¡Íbamos ya tan bien! Hay en tus tiernos
 conceptos una música tan suave...
 Hay en tu dulce voz una armonía,
 cual dar no más naturaleza sabe
 al son del río y al cantar del ave.
 ¡Háblame, por piedad, ilusión mía!
 VIOL. ¿No te enoja mi voz?
 REY. ¡Oh, me enajena!
 VIOL. ¿Me acompañas gustoso?
 REY. No me dejes
 nunca.
 VIOL. ¿Mi ausencia te causara pena?
 REY. Temo que he de morir cuando te
 [alejes.
 VIOL. ¿Quieres oír mi historia?
 REY. Enhorabuena.
 Cuenta, cuenta, fantasma delicioso,
 cuenta, sueño de amor... que no despierte
 yo jamás, si ha de ser para no verte
 ni oírte... cuenta, que te escucho ansioso.
 VIOL. Yo soy una mujer.
 REY. ¡Delirio vano!
 (Interrumpiéndola.)
 Si lo fueras...
 VIOL. ¿Qué harías?
 REY. ¡Ay! Amarte:
 partir contigo mi existencia, darte
 todo mi corazón, mi soberano
 poder.
 VIOL. ¿Eres tú rey?
 REY. Sí.
 VIOL. ¿Y en qué parte
 del orbe está tu reino?
 REY. Todo el mundo
 lo sabe: en Aragón.
 VIOL. Pues bien: partamos
 juntos hacia Aragón; pero vayamos
 en el misterio envueltos más profundo.
 REY. ¿Por qué?
 VIOL. ¿Lo ignoras?
 REY. Sí.
 VIOL. Porque si vamos,
 vivir en tu palacio no podemos.
 REY. ¿Por qué?
 VIOL. De él me echarían tus vasallos,

REY. A los que osaran tal, remos con
les haría yo atar a mis caballos [remos
y arrojarlos al monte.

VIOL. ¡Siempre extremos
de cólera! ¡Siempre ímpetus de ira!

REY. Es verdad: dices bien... la ira me

VIOL. ¿No sería mejor? [pierde.

REY. ¿Qué cosa?

VIOL. Mira;
tengo una quinta en cuya olmeda verde
sólo el aliento del amor se aspira.

REY. ¿Una quinta?

VIOL. Amenísima.

REY. ¿Y en dónde?

VIOL. En Aragón.

REY. ¿En Aragón?

VIOL. El Ebro,
entre unos setos de abedul y enebro
la riega, y con los árboles la esconde
de su ribera fértil.

REY. Mi cerebro
comienza a vacilar.

VIOL. ¿Qué te entristece?

REY. Nada..., siento rodar en mi cabeza
mil confusos recuerdos. Me parece
que a revolverse mi memoria empieza...
y mi sueño feliz se desvanece.

VIOL. Te engañas, todavía está con-
[tigo,
y siempre lo estará, si tú lo quieres.

REY. ¿Si yo lo quiero? Sí, Dios me es
[testigo.
Siempre, sueño feliz, vendrás conmigo:
mas quisiera saber... dime ¿quién eres?

VIOL. Una mujer.

REY. Tu arpa ángel te llama.

VIOL. ¿Recuerdas?...
[de,

REY. Que cantabas.

VIOL. (Ya recobra
la memoria: Señor, completa mi obra.)

REY. Ángel..., mujer..., no cabe: algu-
[no sobra.

VIOL. Tiene algo de ángel la mujer que
[ama.

REY. ¿La que ama? No: de Satanás es
[hija.

VIOL. Esa es otra mujer: yo no soy esa.
Me has dicho eso no más porque me aflija.

REY. ¿Afligirte yo? No.

VIOL. Tus ojos fija
en los míos: ¿qué encuentras? ¿Qué te
[expresa

de mi pupila ardiente la mirada?
Recuerda..., ¿no la has visto en tu pasada
vida, entre vivas, músicas y oro?

REY. Recuerdo su expresión enamora-

VIOL. ¿Y la conoces? [da.

REY. No: pero te adoro,
sueño hermoso de amor.

VIOL. Rasga las nieblas
que ofuscan tu memoria: desvanece
de un soplo esas quimeras con que pueblas
la fantasía: ahuyenta y esclarece
de tu juicio, que vuelve, las tinieblas.
Recuerda..., ¿quién soy yo?

REY. Me lo has cantado:
el ángel de mi amor.

VIOL. Antes, ¿quién era?

REY. ¿Antes? Una mujer.

VIOL. La que has amado.

REY. No: aquella no eres tú.

VIOL. Te has obcecado:
confundiéndome estás con la primera;
mas aquella se va.

REY. No te comprendo.

VIOL. Recuerda.

REY. ¿Qué?

VIOL. La quinta..., la que amas.
REY. Te estás en pesadilla convirtien-
[do,

sueño..., mas ¡ay!... Recuerdo..., tú te lla-
[mas...]

VIOL. Teresa, no. (Vivamente.)

REY. No, no; que es nombre horrendo.

VIOL. ¿A Teresa conoces?

REY. Sí..., un momento
aguarda. ¡Para..., para, mente mía!

¡No ruedes..., no círculos, pensamiento!
Vuelve a mí..., vuelve a mí... ¡ay! Ya lo
[siento...]

Espera... fué Teresa...

VIOL. (¡Oh, qué agonial)

REY. A Roma... ¿ha vuelto ya?

VIOL. Sí.

REY. Otro instante
déjame..., eso es..., eso es... Teresa ha sido
pero que me la quiten de delante:
huye..., mas no eres tú.

VIOL.

Yo soy...

REY.

Violante.

(Reconociéndola.)

VIOL. Sí; tu esposa.

REY. ¡Gran Dios! ¿Quién te ha traído aquí? Reina infeliz, te han engañado. ¡Huye, parte al momento, vuelve a Hun-

En brazos de un dragón te han entregado prometiéndote un rey. ¡Huye, alma mía, huye de mí!... ¡Yo estoy excomulgado!

(Pausa. El rey, recobrando completamente su juicio, reconoce su situación y habla espantado consigo mismo. Doña Violante le contempla con ansiedad, leyendo en su rostro y en sus palabras su interior agitación, espionando el momento, y meditando las palabras más a propósito para calmarla. Toda esta escena depende más de los actores que del poeta. Las notas y acotaciones están, sin embargo, suprimidas en ella, porque estando escrita para personas determinadas, teniendo en cuenta sus facultades, nada hay que advertir a éstas, y a los actores que fuera de Madrid se encarguen de los papeles del rey y de doña Violante, es inútil embrollarlos con notas, si su talento dramático no comprende a primera vista el carácter que debe llevar toda la escena. El rey sigue hablando consigo.)

Excomulgado, sí. Bajo el pie impío

se me agosta la mies, se pudre el grano,

se huela el árbol, y se seca el río;

y el monte se hunde, y me rechaza el lla-

no,

y Dios no me conoce. ¡No es el mío

el Dios que alumbra al corazón cristiano!

Excomulgado estoy... ¡Su ira infinita

entregó a Satanás mi alma precial

VIOL. ¿Y si no fuera así?

REY. ¿Qué estás diciendo?

VIOL. ¿Si no existiera el sacrilegio ho-

riendo

que cometer creíste?

REY. ¿Por qué dices

VIOL. Porque ese crimen no existiendo,

podríamos aún vivir felices.

REY. ¡Tentación infernal! Estás ha-

blando

de imposibles... milagros suponiendo.

¡Y yo te estoy, imbécil, escuchando!

No, no: mi horrible situación comprendo.

¡Feliz después de mi delito infando!

¿Y la sentencia pontificia?

VIOL. Acaso

ella misma, Teresa, retirara

su demanda de Róma.

REY. ¡Bien escaso,

si su amor me le ofrece!

VIOL. ¿Y en tal caso?

REY. No; la detesto ya.

VIOL. ¿Y si yo te amara?

REY. ¡Tú! Escucha. Sangre de mis ma-

nos brota.

Roe mi corazón, mi hálito mengua

la excomunión, y cercenada y rota

viene tras mí, pidiéndome su lengua,

cuanta sangre hay en mí, gota por gota.

¿Y me quieres amar? ¡Ay! Ya empezaba

mi corazón a amarte a ti. Creía

que eras de paz un ángel que velaba

paso tras paso la existencia mía;

¡Y al averno conmigo te arrastraba!

¡Apártate de mí! Delirio hermoso,

de casto amor, fantasma peregrino

de un sueño pasajero y vaporoso,

¡apártate de mí, que no hay reposo,

ni bien, ni sombra, ni amor en mi camino!

VIOL. No importa: iré, caminaré con-

tigo.

REY. Pero ¿no ves que cuanto toco in-

famo?

¿Que va de Dios la maldición conmigo?

¡Sálvate! ¡Huye de mí!

VIOL. No: yo te sigo,

porque tu esposa soy, porque te amo.

REY. ¡Amor en el infierno germinado!

VIOL. Celeste amor que redimirte pue-

de;

que te vuelve a la vida; que ha lavado

el borrón que manchaba tu pasado.

Vive don Berenguer, Teresa cede.

Mira. ¡mi vida me da los ojos que me ven

¡mi alma te cree!

(Pausa.)

ESCENA IV

EL REY, DOÑA VIOLANTE, DOÑA TERESA,
EL DON BERENGUER, EL NUNCIO Y Y.

(Al volverse el rey, halla a doña Teresa ante la puerta derecha, y a don Berenguer, descalzo y en hábito penitente, seguido del Nuncio, ante la puerta izquierda, y retrocede espantado conforme van estos personajes acercándose a él.)

REY. ¡Dios! ¡Ellos son! ¡Me los evoca tan satánico amor! Volved al caos, sombras..., no os acerquéis... de mí alejaos. ¡Jaos.

(A don Berenguer, que, aproximándose a él poco a poco, se arrodilla, alargándole un pergamino.)

¿Por qué me sigues tú?... Mudo fantasma, ¿qué quieres? ¿Qué? ¿Tu lengua! A Dios dírtela, él solo puede... ¡a mí me pasma de horror el ver que falta de tu boca! ¿Te arrodillas?... ¿Qué es eso?... ¿Traes algo que decir no puedes?

(Toma el pergamino.)

¿Quién te ha dado mi acta de gracia?

Yo.

¿Dios infinito!

¿Es decir?... (El Nuncio, que se ha ido también acercando al rey, le interrumpe, diciéndole con solemnidad y señalando a don Berenguer, que está de rodillas.)

NUNCIO. Escuchad.

BER. Que no hay delito más que en mí: que soy yo el excomulgado.

REY. ¡Hablas!... ¡Oh, todo lo comprendo ahora!

¡Ay!... Apartad... dejadme que respire.

(Se aproxima al balcón, que abre doña Teresa, que está a este lado y comprende la intención del rey. Entra el sol.)

Dejadme que la luz consoladora vea... ¡dejadme que a los cielos mire!

(Arrodillase.)

¡Mi alma te cree, Señor, mi fe te adora!

(Pausa.)

(El rey, al levantarse, ve a don Berenguer en el mismo sitio, y le dice.)

¿Qué esperáis ya de mí? ¿No habéis habido?

BER. La última vez: de el siglo, que salgo a silencio eterno condenado. Dadme vuestro perdón.

REY. Id perdonado. ¡Dios me perdone a mí mi infando en

También, Nuncio, de Roma solicito perdón.

(El Nuncio le presenta el escrito de Teresa, que ha recibido de manos de doña Violante.)

Firmad, señor, en este escrito. (Se lo pone en la mesa.) Yo, y en nombre del Pontífice os perdono.

REY. ¿Qué es esto?

VIOL. La justicia que a una madre hace Violante de Aragón. Yo imprimo mi nombre aquí también. (Firma.)

Falta el del padre.

REY. ¡Mis hijos!

VIOL. Firma. (Ofreciéndole la pluma.)

REY. Sí: los legítimo.

TER. El honor de mis hijos lo exigía, (A sus pies.)

y a todo osé por él desesperada. Perdonadme, señor.

REY. No tengo nada que perdonarte... la honra te debía.

VIOL. Partid.

(A doña Teresa, dándole el pergamino firmado.)

REY. Que parta, sí: que el reino deje: que yo no la halle... que de mí se aleje donde tentar mi corazón no pueda.

TER. (al rey, besándole la mano.) ¡Adiós! (El rey vuelve la cabeza hacia la izquierda, donde se había colocado doña Violante, a quien tiende una mano, mientras abandona la otra a doña Teresa.)

REY (a doña Teresa). ¡Adiós!

TER. Un ángel os protege: la tentación se va y el ángel queda.

(El rey abraza a doña Violante.)

LA CREACIÓN Y EL DILUVIO

ESPECTÁCULO TEATRAL 27

DOS PALABRAS DEL AUTOR

A DON FRANCISCO ARANDA

Mi querido amigo: Si algo bueno tiene esta obra es la poesía que le prestarán tus decoraciones: si el público la aplaude, a ti solo te pertenecerá el honor de recibir esta noble recompensa, única que satisface el corazón del artista.

Tu mejor amigo,

Madrid y octubre 10 de 1848.

JOSÉ ZORRILLA.

LA CREACIÓN

INTRODUCCIÓN FANTÁSTICA EN DOS PARTES

PERSONAS

LUZBEL.
EL CAOS.
LA TENTACIÓN.
EL ARCÁNGEL MIGUEL.

EL ARCÁNGEL GABRIEL.
ADÁN,
EVA,
UN QUERUBÍN, } que no hablan.

PRIMERA PARTE

EL CAOS

El teatro representa el Caos. Decoración de gasas: oscuridad completa. Desde el momento de alzarse el telón se oye una música sorda y monótona, a cuyo son se abre muy despacio la apariencia de sombra que oculta a Luzbel, quien se supone que va atravesando la región tenebrosa del Caos, cuyas tinieblas van lentamente aclarándose conforme Luzbel se aproxima a los confines de la Creación. Los personajes de esta escena

no pisan el tablado, van sobre grupos de vapores flotando en la oscuridad, entre la que aparecen y desaparecen cuando salen o entran. —Luzbel es un hermoso mancebo cuyo cuerpo está completamente escamado de verde, púrpura y oro, y adornado con alas de magníficas plumas negras plegadas sobre sus espaldas, de manera que hagan el efecto de un manto graciosamente recogido. La Tentación es una joven bellísima, cuyos cabellos sueltos en bucles caen sobre sus hombros, que, así como las partes de su cuerpo que no repugnan la decencia y el decoro, deben ir desnudos. Este personaje viste un manto cubierto de pedrería. El Caos es un personaje invisible, de quien sólo se percibe la voz.

ESCENA PRIMERA

LUZBEL, LA TENTACIÓN, EL CAOS

CAOS. ¿Qué espíritu extraviado
atravesar osó
el Caos increado
en donde reino yo?

LUZBEL. Yo.

CAOS. Tú eres el primero
que se atrevió hasta hoy
a provocarme fiero
donde señor yo soy.

LUZB. Yo soy.

CAOS. Vasallos que, invisibles,
veláis bajo el misterio
de las inaccesibles
tinieblas de mi imperio;
espíritus terribles
que a mi poder servís:

noche profunda, pálido
Temor, Remordimiento
devorador, escuálido
tropol calenturiento
de Afanes, que en el cálido

Caos brotáis y hervís:
caed sobre el altivo
ser que a sondar se atreve
nuestras tinieblas: pruebe
mi azote vengativo,
apoderaos de él.

LUZB. Leves y pusilánimes
espíritus del Caos:
ante mis pies, unánimes
y humildes prosternaos;
ante mi faz exánimes

caed: yo soy Luzbel.

CAOS y VOCES. ¡Eh!

LUZB. Yo: vuestro rey: arcángel alta-
[riero
que no quise ante Dios ser el segundo,
y contra Dios enarbolé guerrero
mi rebelde pendón, y furibundo
a su santuario real trepé el primero,
amontonando mundo sobre mundo,
y ensordecí con mi clamor de guerra
cuanto el imperio celestial encierra.

Mil legiones de arcángeles bizarros,
henchidos de mis mismas esperanzas,
contra él lanzaron sus ardientes carros,

flechas de fuego y ponderosas lanzas.
Vencidos fuimos... Los infestos barros
del cieno del Estigio, a las venganzas
del rayo a su pesar nos sustrajeron,
y las simas del orco nos valieron.

Dios allá se quedó, Señor del cielo,
único rey de la región del día:
mas al bajar a la mansión del duelo,
la mitad de sus huestes me seguía.

Yo prefiero reinar en aquel suelo,
alcázar del pesar y la agonía,
a sufrir en los cielos, que maldigo,
otro ser que a la par reine conmigo:

No podéis ignorar mi grande intento,
porque al rumor de la mortal pelea
vacilé estremeceido el firmamento:
en el espacio azul, donde campea,
perdió el sol su equilibrio y movimiento,
y esta región, donde jamás flamea
su esplendente fulgor, en mi caída
cubrió la fuga de mi grey vencida.

Oídmé, pues, atentos, impalpables
engendros del pavor. Yo, que guardaba
los archivos del ciclo inescrutables,
sé que una tradición se conservaba
consignada en sus libros inmorrables
y cuyo plazo de cumplirse acaba.
A él igual en nobleza y hermosura,
ha hecho Dios una hermosa criatura.

Sé que para labrar una morada
a este ser favorito, os ha usurpado
nueva porción del reino de la nada,
en patrimonio vuestro vinculado.

¿Dónde está esa mansión que os fué ro-
[bada?

Debéis saberlo, pues la habréis llorado.
Guiadme allá, si es cierto el vaticinio,
y os haré recobrar vuestro dominio.

Yo no puedo vencer al que fulmina
el fuego de su rayo omnipotente
y al mundo vil desde el zenit domina;
pero no hay criatura que me intente
resistir después de él, y a su divina
resolución opuesto eternamente,
puedo manchar sus obras más perfectas;
puedo dejarlas con mi aliento infectas.

Guiadme, pues, a la feliz entrada
de esa nueva región de la ventura:
guiadme al pie de la mansión dorada

de esa nueva y dichosa criatura. Guiadme hasta ese mundo que a la nada robado fué de vuestra esencia oscura. Allí guíadme, y de Luzbel fiaos: ese feliz Edén volverá al caos.

CAOS. Arcángel y señor de las tiniepara lograr tus generosos fines [blas, abandonate en alas de mis nieblas, que te conducirán a los confines de esta región que de esperanzas pueblas. Desde allí puedes ver unos jardines que fecundiza el sol, y el mar encierra: esa es la obra de Dios: eso es la tierra.

LUZB. Manda, pues, a esas nieblas vi-gorosas que me han de conducir, que rienda suelta den a sus negras alas vaporosas: y mientras de ese mundo doy la vuelta, que a mis órdenes queden. Las hermosas flores, la luz en que germina envuelta esa obra nueva del Señor del cielo, volverá a cobijar tu inmenso velo.

Partid: surcad, espíritus, el tenebroso espacio: llevadme ante las mágicas murallas de topacio en donde tiene límites la claridad del sol.

Trueque una vez las lóbregas cavernas en que habito por la extensión espléndida del éter infinito, que azula el alba pálida con trémulo arrebol.

Ya con mi vista limpida de lejos os diviso, ¡oh esplendorosas bóvedas, fanal del paraíso! ¡oh huertos aromáticos del terreno Edén!

Hija falaz del Báratro, (A la Tentación.) levanta tu cabeza; prepara el dulce tósigo de tu letal belleza, que va a hacer infructíferos los gérmenes del bien.

(La Tentación, que habrá estado hasta aquí reclinada entre los vapores a los pies de Luzbel, se incorpora para hablar.)

TENT. ¿Adónde estamos, padre?

LUZB. Atravesamos de la nada los lóbregos confines, en brazos de la niebla.

TENT. ¿Y dónde vamos?

LUZB. Del Edén a los mágicos jardines,

donde ha puesto el Señor del firmamento al hombre, el nuevo ser a quien destina la dignidad celeste, y el asiento que yo ocupaba en la mansión divina.

TENT. ¿Y a qué me llevas al Edén?

LUZB. Escucha.

Yo, sabio como Dios, como él eterno, rey de los cielos él, yo del infierno, vivo con él en implacable lucha.

Él ha creado al hombre a imagen suya, como a mí: como yo, quiero que peque; quiero que le maldiga o le destruya; quiero que el sol por las tinieblas trueque, como yo: quiero que su esencia pura con el pecado, como yo, se infeste,

y Dios en la rebelde criatura, su obra aborrezca y su poder deteste. Quiero perder el mundo que ha creado; quiero romper su hechura favorita; quiero verter el germen del pecado en el alma inmortal por él bendita.

Eso quiero, y para eso necesito de ti. Tú eres mi hija: tú naciste dentro de mi cerebro; en él creciste, mi único amor, mi genio favorito.

Hija y engendro criminal primero, nefando amor después, siglos te tuve dentro de mí y oculta te mantuve hasta poderte dar a luz. Entero te di me genio, y viéndote tan bella, te llamé *Tentación*; y cuando vieron mi tentación, los ángeles cayeron, hasta los mismos ángeles, en ella.

Hoy, como a ellos de Dios en aquel día les arrastraste a blasfemar del nombre, vas a hacer con tus filtros, hija mía, caer como a los ángeles al hombre.

Tú eres irresistible; si la idea reproduces de entonces: la atesora todo ser en sí mismo: es una tea que le ilumina y luego le devora.

Ser libre, ser señor, ser el primero;

esa es la idea sin rival, la estrella
de perdición, y reinarás con ella
en uno y otro mundo venidero,
si el hombre tras su luz pierde la huella.
¿Comprendes, Tentación, por qué conmigo
te conduzco al Edén?

TENT. Sí, padre, y espero
vencedora de allí volver contigo.
Tengo tu mismo ser, tu misma vida,
y como tú sin fe, sin esperanza,
del firmamento, como tú, caída,
sólo respiro, como tú, venganza.

LUZB. Vamos, pues, a saltar esos jar-
copia de los del otro paraíso
que perdimos los dos.

TENT. Será preciso
que guardados estén.

LUZB. Por sus confines
vagarán, para dar al hombre ayuda,
algunos de los bellos serafines,
incensadores degradados; seres
siervos de Jehová; pero sin duda
les tendrán adormidos los placeres
de tan grata mansión. ¡Oh! ¡Pronto de
ella haremos salir! Pronto a millares
seguirán mis espíritus, mi huella,
y el hombre nos hará tal vez altares.

TENT. Vamos, padre, volemós a esa
donde mora ese ser privilegiado, [tierra
y ¡ay si en su masa terrenal encierra
la más leve semilla del pecado!
Yo espíare su sueño y su vigilia,
su más escasa voz, su movimiento,
más tenue, en soledad como en familia,
como en la luz, en las tinieblas. Siento
que se dobla el poder de mis hechizos
contra ese ser: le asaltaré doquiera
que vaya: llenaré de bebedizos
mortales cuanto toque: la pradera
que huele, y el ambiente que respire,
y el lecho en que repose, y cuanto vea,
cuanto piense y desee, haré que sea
profana tentación que el mal le inspire.
Murmuraré a su oído tentadoras
palabras que despierten sus deseos:
inspiraré a su mente abrasadoras
ideas de ambición y devaneos
de arrogancia infernal: y las quimeras

de su sueño henchiré de mil visiones
de grandeza celeste, y lisonjeras
al paso le saldrán mis ilusiones.
Su hermosa admirar le haré en la fue-
le infundiré con ella insano orgullo;
le ofreceré un deseo delincuente
de la olorosa flor en el capullo,
y en el sonoro cántico del ave,
y en el rumor del árbol, y en el lento
soplo acariciador del aura suave,
y hasta en la misma faz del firmamento.

LUZB. ¡Hija inmortal del pensamiento
Tentación del orgullo, irresistible
serás: bien fié en ti. Con tan terrible
aliada ¡oh Jehová! te desafío.

TENT. Broten enhorabuena de su ma-
no mil mundos: si de seres no los puebla
más perfectos que tú, tarde o temprano,
yo tornaré sus obras polvo y niebla.

ESCENA II

LUZBEL, LA TENTACIÓN; MIGUEL, *apare-
ciendo en lugar más elevado entre la
niebla.*

MIG. Ten tu vuelo.
LUZB. ¿Qué me quieres,

Miguel?
MIG. En tu orgullo necio
aconsejarte.

LUZB. Desprecio
tus consejos: tú no eres
más que un espíritu esclavo,
que ultrajando tu nobleza,
te prosternas con vileza
ante un ser más que tú bravo.

MIG. Ante el Dios que me creó,
TENT. Eso él solo te lo dijo:
mas ¿qué sabes si eres hijo
de otro ser que a él le engendró?

¿Qué sabes tú si tirano,
rebelde a su padre él,
se constituye, Miguel,
en señor tuyo un hermano?
¿Qué hacéis en el firmamento?
Adorarle sin cesar:
mas no os deja penetrar

en su santuario un momento.
«Adoradme, es lo que os dice;
yo soy el Supremo Ser:
mas nunca oséis comprender
lo que fui, ni lo que hice.»
¡Necios, que sois sus iguales,
y no veis, envilecidos,
que os mantiene embecidos
con misterios celestiales!
Y le tomáis por Señor
porque os dice: «Yo os he hecho»;
lo que hace es en vuestro pecho
alimentar su temor.
Andad, que sois unos viles;
que habiendo nacido reyes,
recibís sus fieras leyes
con reverencias serviles.
Id, y su poder inmenso
glorificad: prosternaos
imbéciles, y embriagaos
con el olor del incenso.

MIG. Te conozco, Tentación,
e inútilmente me haces
esos discursos falaces
que no cree tu corazón.
Tu padre te los inspira
en su rabioso despecho,
pero tu padre se ha hecho
el padre de la mentira.
Engañada te conduce
a los huertos del Edén;
preparada para el bien,
la tierra el mal no produce.
El Señor ha dado al hombre
un espíritu inmortal,
y su pecho es un fanal
en que se guarda su nombre.

TENT. Yo haré, muy pronto tal vez,
que llegue un hora fatal
en que rompa ese fanal
su orgullosa insensatez.
Dios es justo: y tanto bien
como al hombre ha prodigado,
sin duda habrá compensado
con algún coto también.

MIG. Dios es justo: tú lo dices;
hay una prohibición
para el hombre en la mansión
de aquellos huertos felices.

Mas tan suave de cumplir,
tan conforme a la razón,
que no podrás, Tentación,
obligársela a infringir.

LUZB. ¿Cuál es?

MIG. Vedado le está
sólo un fruto: el de la ciencia.

LUZB. ¿Y si de él come?

MIG. Es sentencia
pronunciada: morirá.

LUZB. Morirá: tú lo dijiste,
y su raza entera en él.

MIG. Su fe le mantendrá tiel.

LUZB. ¿Quién mi tentación resiste,
que pudo en sólo un momento,
con sólo su voz alzar,
contra sus Dioses revelar

la mitad del firmamento?

MIG. No lo podrás conseguir.

LUZB. Si el hombre en su fe es tan
¿por qué entre él y yo ponerte?

MIG. Dios llegar te ha de impedir.

LUZB. Dios no puede: el Ser divino
que en mi espíritu engendró,
no puede quitarme, y yo
su creación examino

como artificio que al ver
la construcción de su obra,
puede decirle: «Esto sobra,

esto te falta que hacer.»

¿De qué, si no, me valdría
haber nacido en el cielo?

Las tinieblas no son velo
para la mirada mía;

y al atravesar la nada
desde este caos profundo,

he comprendido su mundo
a la primera ojeada.

MIG. ¿Qué puedes tú comprender
del hombre que el Señor hizo?

LUZB. Que es de polvo quebradizo,
y que se puede romper.

MIG. ¡Ay si en tu arrogancia loca
pones sobre él un momento
tus manos!

LUZB. Con el aliento
se romperá, de mi boca.

Dios es justo, y al hacerle
le dió su libre albedrío: